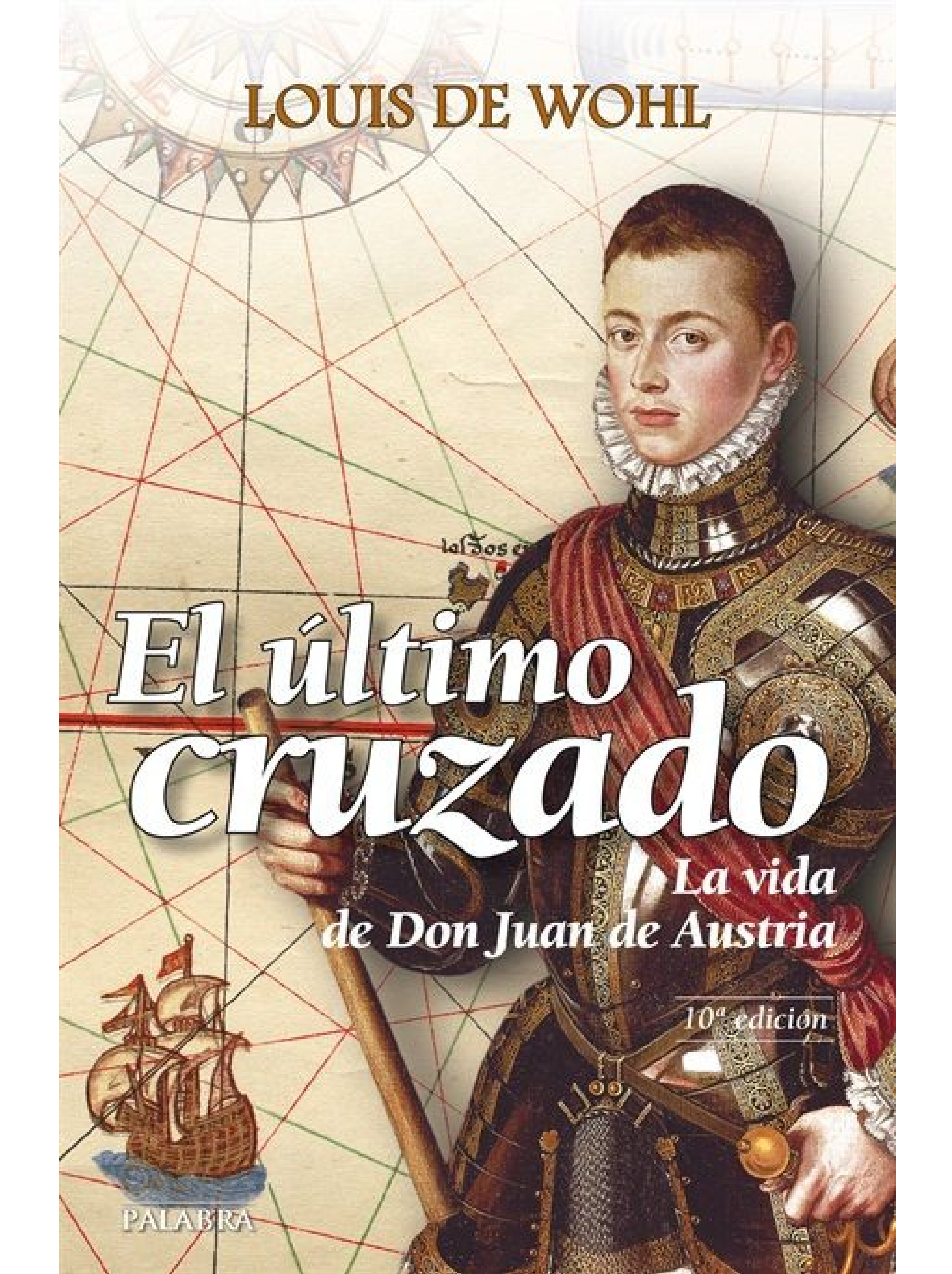

LOUIS DE WOHL
El último cruzado
La vida de Don Juan de Austria
10ª edición
PALABRA

El último cruzado
La vida de Don Juan de Austria

LOUIS DE WOHL

DÉCIMA EDICIÓN



Título original: *The last crusader*

Colección: Astor
Director de la colección: Ricardo Regidor

Paseo de la Castellana, 210 - 28046 MADRID (España)
Telf.: (34) 91 350 77 20 - (34) 91 350 77 39
www.palabra.es
epalsa@palabra.es

Diseño de cubierta: Francisco Javier Pérez León
Edición en ePub: José Manuel Carrión
ISBN: 978-84-9840-989-5

LIBRO PRIMERO
AÑOS 1544-1559

CAPÍTULO 1

No había carretera que llevara a Leganés; solamente había un estrecho sendero enlodado, en el que se veían las huellas de pies descalzos, y sembrado de piedras irregulares, de todos los tamaños, como los dientes en la boca de un anciano. El pueblo, colocado encima de una ligera colina, se cocía fuertemente bajo el sol de las primeras horas de la tarde.

Cuando Charles Prévost lo contempló a través de la ventanilla de su carruaje, movió pensativamente su gran cabeza gris. Podían haber escogido un lugar mejor, se dijo. Pero aquel hombre llamado Massy había sido un violinista, un músico, y no había manera de comprender a esa clase de gente. Podía haberse instalado en Valladolid o incluso en Madrid mismo, aunque en estos sitios la vida hubiera sido más cara y, además, en las ciudades había un peligro mucho mayor de encontrarse con gente que podía hacer preguntas o, lo que era peor, podía vislumbrar el… el secreto. Y eso…

Un golpe seco interrumpió la cadena de sus pensamientos. Algo había chocado contra el carruaje.

Charles Prévost acercó su voluminoso cuerpo a la ventanilla y se asomó. Se le cortó el aliento. Una flecha se había clavado en la cortinilla de cuero. ¡Una flecha!

Miró alrededor y, a cierta distancia, vio una cabeza con un turbante… y luego otra… y otra. Eran moros…

Durante un momento alucinante, Charles Prévost se sintió transportado al tiempo del sitio de Túnez: las trompetas vibrando, las banderas al viento y el Emperador en persona gritando órdenes como solo él sabía hacerlo. Pero al instante se dio cuenta de que aquellos rostros bajo los turbantes eran rostros de niños con expresión de verdadero susto. Eran niños que estaban jugando a «moros y cristianos» y habían disparado las flechas contra su carruaje. Con cara de enfado tiró del cordón de seda cuyo extremo estaba atado al dedo meñique del cochero.

El carruaje se detuvo.

—¡Esperad un momento! –les gritó irritado, y empezó a abrir la portezuela.

—¡No lo hagáis! –dijo una voz joven, clara y aguda–. ¡Por favor!

El hombre grueso se volvió. Un niño estaba asomado al carruaje por la otra ventanilla; un niño que tendría unos siete u ocho años, con el pelo rubio y una cara pálida y asustada. Estaba vestido de harapos.

—¿Qué significa esto? –le preguntó Prévost, mirándolo irritado.

—Os habéis puesto en medio, ¿no? –le protestó el niño con enfado–. No disparaban contra vos… lo que pasa es que vuestro carruaje se ha interpuesto en la línea de fuego.

—¡Vaya…! –balbuceó Prévost atónito–. ¡Fuera de aquí! Jamás he visto…

—Fue un disparo desafortunado –reconoció el niño–. Pero si permanecéis en vuestro carruaje, os vengaré.

Prévost lo miraba estupefacto. Ojos azules. Ojos azules y pelo rubio…

—¿Quién eres? –le preguntó con voz ronca.

—Soy el jefe de los cristianos –respondió el niño muy serio–. Ahora tengo la oportunidad de ganar la batalla. Quedaos en vuestro carruaje, por favor. Ya veréis. Venceré –y se marchó dejando caer la cortinilla.

Prévost dio un resoplido. Sacó un gran pañuelo de seda y se enjugó la frente. Después levantó la cortinilla. Los moros seguían allí… ahora eran más numerosos, eran por lo menos una docena de niños entre siete y doce años, con turbantes y armados con espadas de madera, hondas y arcos y flechas.

Se aproximaban al carruaje mirándolo fascinados. Probablemente era el primero que veían en su vida. Aquella era una comarca muy pobre. Un hombre se podía considerar acomodado si poseía un burro, y verdaderamente rico si poseía una mula. Un carruaje con dos lacayos, un cochero y un palafrenero era sin duda una sensación y, con mucho, más interesante para ellos que su juego.

Prévost iba a decirles lo que pensaba de una cuadrilla de granujas mocosos que entorpecían su camino disparando contra su carruaje, pero se detuvo estupefacto.

Una voz clara y aguda aulló:

—¡Santiago!

Los moros apartaron la mirada del carruaje y salieron corriendo, arremetiendo contra un enemigo que Prévost no podía ver.

Pero era demasiado tarde. Una pequeña tropa de niños los atacaba por la retaguardia y, casi al mismo tiempo que se enzarzaban con ellos, un segundo grupo se les echó encima procedente de detrás del coche y capitaneados por el chaval rubio. Los moros se dispersaron y salieron corriendo perseguidos encarnizadamente por los cristianos.

Charles Prévost se echó a reír. Tiró dos veces del cordón de seda y el carruaje se puso en movimiento hacia Leganés. Al cabo de unos minutos, las primeras casas lo contemplaban a través de los ojos de sus inquilinos. Las puertas empezaron a llenarse de gente. Los perros ladraban a los caballos.

Prévost vio a un anciano sacerdote que pasaba por allí, se asomó a la ventanilla y, llevándose la mano a su sombrero, le saludó cortésmente.

—Buenos días, reverendo. ¿Me podéis decir dónde está la casa del Sr. y la Sra. Massy?

El sacerdote debía de tener unos ochenta años y la sotana no parecía mucho más joven que él. Tenía el aspecto de un espantajo, pero su inclinación fue la de un gran señor.

—Soy el Padre Juan Bautista Vela, a vuestro servicio. El Sr. Francisco Massy murió

hace años. Yo cerré sus ojos… Que Dios le tenga en su gloria.

—Amén –dijo Prévost, santiguándose–. ¿Y la señora?

—Os enseñaré su casa. Si sois tan amable de decirle a vuestro cochero que me siga…

—¿Por qué no subís conmigo?

El anciano sacerdote echó una mirada de espanto a los caballos.

—Si vuestra Excelencia me lo permite, prefiero ir a pie. Está tan solo a un tiro de piedra.

Echó a andar, con su figura larga y delgada, como una sombra de sí mismo.

La casa de la Sra. Massy era un edificio destartalado y calcinado por el sol. Unas cuantas gallinas salieron corriendo y cacareando cuando el carruaje se acercó. La calle empezó a poblarse de gente silenciosa que contemplaba con mirada solemne aquel singular espectáculo, igual que lo habían contemplado asombrados los moros.

Una mujer apareció en la puerta. Debía de andar por sus últimos años cuarenta, pero en su cara se veían los vestigios de su antigua belleza y su vestido sencillo estaba muy limpio. Palideció y empezó a temblar. El sacerdote se acercó a ella y le dijo algo en voz baja. Ella pareció no oírle. Miraba al carruaje y a aquel hombre grueso que descendía de él ayudado por el palafrenero.

Nadie había visto nunca a un hombre como aquel. La gente del pueblo miraba obnubilada los abundantes mostachos blancos, la cuidada barba cortada en punta y el verde brillante de su atuendo.

—¿La señora Ana Massy? –preguntó Prévost, llevándose la mano al sombrero–. Soy Charles Prévost, al servicio de Su Majestad el Emperador.

La mujer asintió con la cabeza. Quizá solo era un gesto de respeto, pero parecía más bien la aceptación de una sentencia. Invitó al forastero a entrar en la casa. Después de un momento de titubeo, el anciano sacerdote los siguió dentro y cerró la puerta tras él.

La casa no era ni peor ni mejor que cualquiera otra casa de Leganés. La mujer le ofreció a Prévost el mejor asiento y un pequeño vaso de vino. Él aceptó ambas cosas, tomó un sorbo para probar el vino y se aclaró la garganta.

—Señora Massy, supongo que sabéis por qué he venido.

La mujer no dijo nada.

Prévost frunció los labios. Sacó un documento del bolsillo interior de su jubón, lo desdobló cuidadosamente y empezó a leerlo muy despacio, con el tono de un hombre de negocios.

«Yo, Francisco Massy, violinista de Su Majestad, y Ana de Medina, mi mujer, reconocemos que hemos recibido un hijo del Sr. Adrián de Bues, ayuda de cámara de Su Majestad, el cual hemos recibido por encargo de su padre y lo tomamos para educarlo como si fuera nuestro propio hijo y no diremos a ninguna persona de quién es hijo, pues el dicho señor Adrián de Bues desea que ni su mujer ni ninguna otra persona sepa absolutamente nada de él, ni oiga siquiera hablar de él. Por consiguiente, juramos y

prometemos que no diremos ni informaremos a ninguna persona viviente de quién es el dicho niño, hasta que el dicho señor Adrián nos envíe una persona con este documento o venga él personalmente; y declaramos que hemos recibido del dicho señor Adrián, por el primer año, la suma de cien coronas. Y a partir de ahora el dicho señor Adrián nos entregará cincuenta ducados por cada año sucesivo para el mantenimiento del niño. Dado en Bruselas el día trece de junio del año del Señor mil quinientos cincuenta».

Prévost dobló despacio el documento y se lo guardó en el bolsillo. Entonces levantó la vista.

—Confío en que esto es suficiente para establecer mi identidad y la finalidad de mi visita. ¿Dónde está el niño, señora Massy?

—Está… estará pronto en casa –tartamudeó la mujer–. Ya es la hora de comer –sollozó–. ¿Habéis venido… a preguntar cómo progresa en su educación?

En su voz había como un eco de esperanza. Cuando le cayó encima el golpe, no fue más que la confirmación de sus temores.

—He venido para llevármelo. Lo que ahora tiene que aprender no puede aprenderlo aquí.

Ana Massy empezó a llorar en silencio. El anciano sacerdote le dio unos golpecitos en el hombro. Su mano agarrotada y deformada por la artritis, era como la de una madre.

Prévost sacó una pequeña bolsa de seda.

—Os entrego el importe de otro año, en reconocimiento de vuestros servicios –dijo, sintiéndose incómodo–. Cincuenta ducados.

Los ojos de la mujer brillaron.

—Entonces no os lo vais a llevar inmediatamente, señor… me lo vais a dejar algún tiempo… un poco de tiempo…

—No, señora. Tengo que llevármelo hoy.

Ella apretó la bolsa con la mano.

—No quiero vuestro oro –se volvió–. Ha sido… como un hijo para mí. Esto sería como… venderlo.

—¿Venderlo? –Prévost se sintió ofendido.

—Él es todo lo que me queda –dijo ella con la voz temblorosa–. Mi marido…

—Ya me he enterado de su pérdida –interrumpió Prévost rápidamente–. Este buen padre me lo ha dicho. Lamento tener que causaros una pena más, pero tengo que obedecer órdenes… todos tenemos que obedecer órdenes.

Pero ella no se resignaba.

—Seguramente que, si su padre ha podido estar sin él todos estos años, no le importará mucho que el niño se quede un poco más de tiempo conmigo.

Prévost se puso de pie con un gesto solemne. Su enorme y gruesa figura parecía llenar la habitación.

—Señora Massy, no os dais cuenta de cuál es vuestra situación. Adrián de Bues es un servidor personal del Emperador y mi misión me ha sido encargada por el poderoso don Luis Méndez Quijada personalmente, Mayordomo de Su Majestad Imperial. Confío en que no esperaréis que yo no acate sus órdenes explícitas.

Ella se entregó por completo con un gesto tembloroso y sin esperanza de ambas manos. Prévost, conmovido por su dolor, sacó el pañuelo y se lo acercó a la nariz.

—Vamos, vamos, buena mujer… esto es para el buen nombre del chico. ¿Dónde está?

—Jerónimo está exactamente detrás de vos, señor –balbuceó la mujer–. Acaba de llegar.

Prévost giró en redondo. Tenía siete u ocho años. El cabello rubio. Los ojos azules. Era el jefe de los cristianos con una pequeña ballesta en la mano.

Prévost se dio cuenta de que lo había sospechado desde el primer momento: Un chico de siete u ocho años… capitaneando a los otros, algunos de los cuales eran mayores que él y dos veces más fuertes. Sonrió.

—He venido a llevarte conmigo para hacer un viaje.

El chico lo miró sin pestañear.

—He ganado la batalla –dijo–. ¿Me habéis visto ganar la batalla?

—Sí, lo he visto.

—Bien –manifestó el chico–. Iré con vos de viaje, pero antes tengo que comer. Estoy hambriento.

Si a Prévost esto le divertía, no dio muestras de ello. Se acercó a la puerta, la abrió y dio unas órdenes. El palafrenero y uno de los lacayos aparecieron con un mantel, servilletas de lino, vajilla de plata y un cesto bien provisto. Prévost supervisó cómo ponían la mesa y se dirigió después al chico:

—La comida está servida –anunció.

El muchacho se sentó y empezó a comer como si las perdices estofadas, el pan blanco y los deliciosos pastelillos de miel hubiesen sido sus platos habituales desde siempre. Después de un par de bocados preguntó:

—¿Es que la señora Massy no va a comer?

Ana Massy lo miró llorando todavía y al instante el chico se levantó y se acercó a ella.

—Dice que esto es por mi bien, ¿no? –le dijo–. ¿Por qué lloras entonces?

—Está bien –sollozó la mujer–. Todo… todo está bien, Jerónimo. Hala, cómete esas cosas tan buenas.

El niño obedeció sin muchas ganas. Prévost trinchó la perdiz con mano experta y después le cambió el plato. Cuando el muchacho acabó, Prévost mandó al palafrenero que llevara los cubiertos al carruaje.

—Tenemos que marcharnos ya –dijo tranquilamente.

El chico asintió. Ana Massy corrió hacia él y le echó los brazos al cuello.

—Jerónimo, mi pequeño Jerónimo…

Se le veía embarazado y también conmovido. Sus ojos estaban llenos de lágrimas. Besó a la mujer en las mejillas e inclinó la cabeza para recibir la bendición del Padre Vela. Después tomó su ballesta.

—No es necesario que te lleves nada –le dijo Prévost sonriendo.

Pero Jerónimo salió andando con su ballesta. Cuando salieron de la casa, la calle estaba abarrotada de gente. El pueblo entero se había reunido allí.

Jerónimo se fue hacia un chico que le llevaba una cabeza de alto y le puso la ballesta en las manos.

—Tómala –le dijo con gran dignidad–. Dispara muy bien, pero debes tener en cuenta la dirección del viento.

El jefe de los moros tomó el arma. Murmuró unas palabras de agradecimiento y sonrió ilusionado.

El chico subió al carruaje y Prévost lo siguió. El palafrenero cerró la portezuela y dio la vuelta al coche para situarse detrás del cochero. El látigo azotó el aire y, dando una sacudida, el carruaje se puso en movimiento, seguido en el acto por moros y cristianos unidos en una misma algarabía.

Ana Massy salió de la casa con el pelo suelto como una loca.

—¡Hijo mío! ¡Jerónimo…! ¡Jerónimo…! ¡Hijo mío!

Algunos vecinos del pueblo se echaron a reír, pero la mayoría la miraban compadecidos. El anciano sacerdote se le acercó y le dijo en voz baja:

—Dominaos, hija mía. No es vuestro hijo. Lo sabéis bien. Y esto no os puede beneficiar nada.

Ella se apartó los cabellos de la cara.

—Lleváis razón, Padre Vela. No es mi hijo. No soy más que una mujer tonta. Pero mirad lo que os digo: tampoco es hijo de Adrián de Bues.

El Padre la miró asombrado.

—¿Qué queréis decir?

Ella lanzó una carcajada histérica.

—No disimuléis, Padre. Habéis visto de qué manera ese hombre me ha tratado… respetuosamente, más que respetuosamente… con deferencia. Jerónimo no es hijo de Adrián de Bues, de un ayuda de cámara. ¿Os digo quién creo que es?

El anciano se asustó.

—No levantéis la voz, hija mía. La gente podría oíros y…

—No me importa –replicó, pero bajó la voz–. No es un chico corriente, Padre. Creo

que es hijo de un gran noble… y por lo que el Señor Prévost ha dicho hoy, me parece que es hijo del propio don Luis Méndez Quijada.

—No tenéis derecho a acusar a nadie –por primera vez la voz del anciano sacerdote sonaba firme y dura–. Quienquiera que sea su padre, es ante todo y sobre todo un pecador que necesita la misericordia de Dios.

* * *

El carruaje había dejado atrás el pueblo y rodaba hacia la llanura.

Prévost miró al chico que iba sentado a su lado, muy derecho, silencioso, con los grandes ojos brillantes.

—No parecéis sorprendido por el cambio que ha tomado vuestra vida.

—No lo estoy.

—¿No? –preguntó Prévost con el ceño fruncido–. ¿Qué sabéis acerca de vuestro nacimiento?

—Nada.

—¿Y cómo es que no estáis sorprendido? –volvió a preguntar Prévost.

El chico tenía la mirada fija ante él.

—Siempre he sabido que esto ocurriría algún día.

—Rogad al señor Prévost que entre –ordenó el Prior. El fraile descalzo dobló una rodilla, se levantó y salió andando por las ardientes losas del patio.

El Prior sonrió levemente. Ya estaban acostumbrados. Hacía pocos años que el Padre Provincial había impuesto la regla y habían tenido que abandonar las sandalias. Algunos incluso habían estado llevando zapatos ligeros. Habían protestado y renegado bastante, pero el Padre Provincial permaneció impasible.

—Si eso fue bueno para San Francisco… también será bueno para nosotros.

De todas maneras, él exigía mucho menos a los demás de lo que se exigía a sí mismo. Eso había que reconocerlo. Su sueño se reducía a un par de horas diarias y solamente tomaba alimento cada tres días. Había manifestado que nunca exigiría esas cosas a nadie, pero el hecho era que, al hacerlo él, despertaba en los demás algo así como una mala conciencia… al menos en algunos de ellos. Era algo maravilloso tener por Superior a un santo. Pero también era bastante incómodo.

El Prior sonreía. Pedro de Alcántara, el Padre Provincial, se había marchado de allí hacía ya unos meses, pero era imposible volver a la vida relajada; era como si pudiera aparecer detrás de una esquina en cualquier momento, con sus pasitos cortos, observándolo todo, incluso los pensamientos que atravesaban por la mente de los hombres, tanto los buenos como los malos. No decía nada. Quizá esto era lo más asombroso en él. No hablaba nunca, si antes no se le dirigía la palabra… como el más humilde de los hermanos. Pero no había quien no sintiera la necesidad de hablar con él, de consultarle. Era como un impulso irresistible. Entonces él respondía… con un lenguaje tan conciso y tan terriblemente cordial, que nadie podía resistírsele. Su simpatía estaba llena de calor humano y de aliento. Su amor a Dios era ardiente como el hierro al rojo vivo.

Bueno, ¿quién era aquel hombre gordo que venía acompañado por un niño? Prévost. Prévost… ¿Francés? ¿Flamenco? Lo más probable es que fuera flamenco, a juzgar por sus mostachos. No era un noble. Sería algo así como un alto funcionario, pues llevaba consigo un cierto aire de cortesano… sí, Su Alteza; al menos Su Alteza; sin duda, Su Alteza. El chico… eso era menos fácil. Vestido de harapos. Sus movimientos no eran de gran clase. Un chico de pueblo, casi como un pequeño salvaje, pero con rostro de alguien de sangre noble. Sangre limpia, sin duda. No era un rostro español. Del norte. Del nordeste. Un enigma, un acertijo, quizá un misterio. Bien… los misterios humanos solían tener una rápida explicación y habitualmente era una explicación humana. Quizá se trataba del hijo ilegítimo de un noble… uno más. Con demasiada frecuencia el espíritu era débil y la carne fuerte…

Prévost se llevó la mano al sombrero.

—Reverendo Prior, os ruego que disculpéis esta intrusión…

—Si hubiera algo que perdonar, ya lo habría hecho al haberos rogado que entraseis, señor Prévost –dijo el Prior afablemente, aunque sin apartar la vista del niño–. No es vuestro hijo, seguramente.

—No, Reverendo Prior, no. Es hijo de un tal Adrián de Bues, mayordomo del Emperador. Don Luis Méndez Quijada os quedaría muy agradecido si pudieseis ofrecerle hospitalidad… solo durante unos días –añadió apresuradamente, al ver que el Prior levantaba las cejas–. Y quizá menos tiempo… aunque sería mejor que pudiera hablar con vos a solas, Padre Prior, si me lo permitís.

El Prior se inclinó hacia el niño.

—¿Cómo te llamas?

—Jerónimo, Reverendo Prior.

—Un nombre excelente y un gran santo. ¿Conoces algo de su vida?

–Sí, Reverendo Prior. Tradujo la Biblia al latín y fue muy duro con san Agustín.

—¿Ah, sí? –el Prior consiguió conservar la seriedad–. Bueno, espero que no lo imites en eso. Ahora date un paseo por ahí; sal a ver nuestro huerto. Si encuentras naranjas maduras puedes coger las que quieras.

—Gracias, Reverendo Prior.

Buena contextura ósea. Buenos tobillos y muñecas. Buena raza, pero sin domar. ¿Conque don Luis Quijada? El misterio parecía aclararse, aunque su explicación era un tanto sorprendente. ¡Quién lo habría dicho de don Luis! El chico ya se había alejado lo suficiente para que no los oyera.

—Muy bien, señor Prévost, ¿en qué podemos servir a don Luis? No sabía que ya había regresado.

—No ha regresado. Hace unas semanas lo dejé en Flandes… en Vlissingen, para ser exactos. ¿Puedo preguntaros si el Padre Pedro de Alcántara ha vuelto? Don Luis me comentó que había ido a Roma.

—Sí, ha hecho una peregrinación descalzo.

El Prior no pudo evitar contar esto, aunque sabía que al Padre Provincial no le gustaría.

—Puede regresar cualquier día de estos.

Prévost se limitó a chasquear la lengua, haciendo unos gestos de asombro y de admiración, pero se le veía decepcionado.

—Pues ya veis, Reverendo Prior… don Luis… el niño… don Luis está muy interesado en saber si el chico tiene condiciones para la vida religiosa.

—Es aún demasiado joven…

—No se trata de tomar una decisión ahora. Lo que don Luis desea saber es si se viera en el niño alguna señal en ese sentido. Eso podría tener influencia en su futura

educación.

—Me hago cargo…

Estaba claro que don Luis deseaba conocer la opinión del propio Padre Provincial. Además, esto mismo indicaba que este asunto era muy importante para él.

—Pues bien, señor Prévost, tendremos aquí al chico durante algún tiempo. ¿Qué pensáis hacer vos?

—Tengo orden de llevármelo de aquí al castillo tan pronto como Vuestra Reverencia pueda formar un juicio.

¡A Villagarcía! El enigma volvía a oscurecerse. Si el niño era hijo de don Luis, ¿se lo iba a llevar al castillo, donde residía su mujer? Doña Magdalena era una joya de mujer, pero había un límite en lo que una mujer puede tolerar.

—Si queréis alojaros con los hermanos, señor Prévost, seréis muy bienvenido, aunque me temo que vais a encontrar nuestra morada más elemental que la vuestra.

Prévost le dio las gracias con una inclinación de cabeza.

—En cuanto a vuestro carruaje –prosiguió el Prior–, mis frailes se ocuparán de él.

—No es necesario, Reverendo Prior, lo he dejado en las afueras del pueblo, cerca de la Puerta Balboa. He creído mejor entrar en el pueblo a pie. Las calles están tan llenas de gente…

—Desde luego… hay mucho movimiento estos días. Está aquí don Felipe visitando a la Princesa Regente y hoy está paseando por las principales calles… ¿No lo habéis visto?

—Pues no… no hemos coincidido con él –respondió el hombre grueso, con un tono un tanto incómodo.

—¿No habéis coincidido? ¡Es lástima por el chico! Estoy seguro de que le habría gustado.

—Tal vez –dijo Prévost con el rostro inexpresivo.

¿Podría ser que este individuo no quisiera que el chico viera el cortejo real? ¿O no sería que no deseaba que el chico fuera visto? ¿Qué había en todo esto? El Prior se sentía extrañamente incómodo. Era absurdo hacerse preguntas acerca de este lamentable asunto, y más absurdo aún inquietarse por un cortesano, aunque de rango elevado, que se comportaba de manera enigmática.

En aquellos días la historia se estaba haciendo en Valladolid. Don Felipe, Príncipe de Asturias, había llegado para despedirse de la Princesa Regente Juana, antes de partir para Inglaterra, a donde iba a casarse con la Reina. Podría ser aquello, muy probablemente era, el comienzo de una nueva gloriosa época para España y para Inglaterra; para el mundo.

—Señor Prévost, encontraréis el alojamiento de los hermanos en el ala izquierda del edificio principal. Ahora, si no os importa excusarme…

Las naranjas estaban buenas; eran mucho mejores que las del huerto del señor Álvarez de Leganés. Todo le parecía que era mejor en cualquier parte que en Leganés.

No volvería allí jamás.

El palacio de la Princesa Regente debía de ser lo más bonito del mundo. Solo había podido echarle un rápido vistazo, porque el señor Prévost parecía estar muy apresurado cuando pasaron junto a él. La gente por la calle llevaba unos trajes muy bonitos, incluso más elegantes que los del señor Prévost, aunque los tejidos que este usaba eran tan suaves como la mejilla de tía Ana cuando le daba un beso al acostarse por la noche. Siempre la había llamado tía Ana, aunque no era su tía en realidad. No era cierto que solamente los niños inventaran juegos, también los inventaban las personas mayores… al menos algunas personas mayores. La señora Massy jugaba a ser «Tía», como los niños jugaban a ser «moros y cristianos». Era muy buena, igual que Ramón era un buen chico, a pesar de que siempre le tocaba hacer de jefe de los moros, porque era muy moreno. ¿Sabría utilizar bien la ballesta que le había regalado? Era un arma muy buena y le había costado mucho trabajo fabricarla.

Se hartó de las naranjas. Solo las dos primeras le supieron realmente bien… o quizá las tres primeras. Las otras eran como… como soldados corrientes que seguían a sus oficiales.

—¡Eh, muchacho!

Un fraile se le acercaba; era un hombre con una cara ancha y sonriente.

—Vamos a cantar Vísperas. ¿Quieres venir? No tienes por qué hacerlo, pero si te gusta…

—Ya voy, Padre.

La iglesia estaba fresca y totalmente vacía. El fraile se apresuró para unirse a los otros y entrar con ellos.

Jerónimo se arrodilló en uno de los bancos del fondo de la nave. Rezó un poco… por Ana Massy, por Ramón, por el Padre Vela, pues este le pedía con frecuencia que rezara por él. Por el señor Prévost, que le había enseñado un mundo nuevo lleno de gentes elegantes y edificios suntuosos. Por el Prior, que le había ofrecido su hospitalidad.

Cuando iba a rezar por sí mismo, llegaron los frailes, ocuparon sus sitios en el coro y empezaron a cantar. Era como si sus palabras se hicieran incorpóreas al ser cantadas y subieran hasta la bóveda, donde Dios estaba esperando para recibirlas.

Siempre le venía a la cabeza la idea de que Dios estaba esperando en la bóveda de la iglesia. Una vez se lo dijo al Padre Vela y el anciano movió la cabeza diciendo:

—Dios no está en la bóveda, hijo mío, eso es una tontería. Dios está en el tabernáculo, como yo te he enseñado.

—Eso ya lo sé, Padre. Pero yo le rezo a Dios-Padre.

—Dios-Padre está en todas partes.

—Pues si está en todas partes, tiene que estar también en la bóveda, ¿no es así, Padre?

El Padre Vela no le replicó.

Dios, allá en el techo, tenía que escuchar una gran cantidad de deseos y de pensamientos. Fue un acierto el haber rezado primero por los demás, si no, no habría podido hacerlo.

Los cánticos iban y venían, como pájaros que no solo volaban hasta el techo, sino hasta el mismo trono de Dios.

Sería maravilloso estar allí sentado entre aquellos frailes y cantar con ellos todos los días de su vida, para honrar y dar gloria a Dios y a la Santísima Virgen. Nadie tenía más poder que un sacerdote, solía decir el Padre Vela. Porque un sacerdote puede hacer que Dios descienda a la tierra cada mañana que Dios mismo hace.

De pronto, y sin ningún motivo aparente, Jerónimo volvió la cabeza. Había allí un anciano sentado detrás de él y por un momento pensó en serio que era Dios. Se trataba de un anciano con el pelo blanco y la barba también blanca. Tenía los ojos más grandes que Jerónimo había visto nunca, y sonreía con ellos. Iba vestido exactamente igual que los frailes.

Jerónimo le hizo una respetuosa inclinación de cabeza –era difícil hacer una inclinación con la cabeza vuelta– y el anciano correspondió con una especie de sonriente gravedad, pero le hizo un gesto como si le dijera: «¿no crees que es mejor que mires hacia el altar?».

Jerónimo le hizo caso. Unos minutos después los frailes se levantaron y salieron de dos en dos, con el Prior al final de todos.

Cuando Jerónimo también se levantó y se volvió para marcharse, el anciano ya se había ido.

Volvió al huerto y se echó en la hierba, mirando al cielo de color azul celeste; allí estuvo hasta que el joven fraile de rostro amable vino a llevarlo al refectorio. Llegaron justo a tiempo de unirse a la bendición de la mesa que recitaba el Prior.

La cena fue buena: un poco de pescado, vegetales, pan, queso y hasta un vaso de vino tinto, que, a fuerza de ir echándole agua poco a poco, cambió de color de sangre al color amatista de aquella pequeña piedra con la que la señora Massy se adornaba los días de fiesta.

El señor Prévost estaba también allí. Pero no vio por ninguna parte al anciano que había estado sentado detrás de él en la iglesia.

Al principio estuvo un poco tímido, pero los frailes que estaban sentados a ambos lados suyos le infundieron confianza y comió con verdaderas ganas.

No estaba permitido hablar durante la comida. Un fraile, que había comido media hora antes, leía los escritos de un santo que se llamaba Buenaventura. Jerónimo escuchó, pero no se enteró de mucho. Una o dos veces sorprendió al Prior que tenía la mirada fija en él. ¿Sería que estaba comiendo demasiado?

Cuando la comida acabó, el Prior recitó una oración y los frailes empezaron a cantar un precioso himno de acción de gracias. Sin dejar de cantar abandonaron el refectorio y por un largo corredor volvieron a la iglesia.

El Prior puso su mano regordeta en el hombro de Jerónimo.

—Van a cantar Completas –le dijo–. Supongo que no tienes ganas de acompañarnos, ¿no? Puedes irte a la celda donde dormirás esta noche, es como todas las otras, la segunda a la derecha… allí puedes charlar un poco con el señor Prévost. Después de todo no eres un fraile.

Se marchó para reunirse con los demás.

Completas… era la última oración del día. Él lo sabía, aunque nunca había tenido ocasión de asistir a ella. Le gustaban los amables frailes y sus cánticos. Además, tal vez el anciano aquel estaría en la iglesia. Le gustaría verlo otra vez.

Pasó de largo por la puerta de la celda en la que iba a dormir y se deslizó dentro de la iglesia.

Estaba totalmente a oscuras y no veía por dónde andaba. Aunque el anciano hubiese estado allí no lo habría podido ver.

Los frailes cantaban en el coro y se puso a escucharlos. Sonaba triste, casi plañidero. La noche había empezado y solamente por la gracia de Dios se podría disfrutar de un nuevo día. Al rodear una gruesa columna, los vio; parecían fantasmas a la tenue luz de algunas velas. Al poco tiempo se pusieron de pie y desfilaron no hacia la salida, sino que, pasando por delante del altar mayor, entraron en la capilla de la Señora. Él los siguió.

Ahora elevaban el último canto del día.

Salve Regina…

Era el saludo a la Reina de los Cielos, la más augusta de los seres mortales, la Madre de Cristo y, desde el Gólgota, la Madre de todos los hombres.

—¡Madre!… –exclamó Jerónimo en voz muy baja y fervorosa–. ¡Madre!… «Ea, pues, Abogada nuestra, vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos y después de este destierro muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre…».

Si él pudiera verla una sola vez… con una breve mirada… como había visto el palacio de la Princesa Regente. Pero para eso tendría que esperar al final de su vida. Solo los santos, y ni siquiera todos ellos, la habían visto antes de morir.

Cualquiera otro tenía la satisfacción de poder mirar a su madre de la tierra… cualquiera que tuviera madre en la tierra.

Jerónimo apretó los labios. Él no tenía más madre que la Reina del Cielo.

«Ruega por nosotros, Santa Madre de Dios, para que seamos dignos de las promesas de Cristo».

* * *

Estar al servicio de un emperador llevaba consigo muchas exigencias, pero la vida de un monje era considerablemente más dura. La cama de Prévost era una simple tarima

con un delgado colchón encima; el agua de un jarro que había en un rincón tenía que servirle tanto para beber como para lavarse; y las campanas le despertaban a uno a mitad de la noche, precisamente cuando acababa de coger el sueño después de llevar horas cambiando de postura y dando vueltas. No había chinches. Eso ya era algo. El desayuno tampoco era malo, al menos para los huéspedes del monasterio. Pero de una cosa estaba seguro: no pasaría otra noche allí.

Afortunadamente se encontró con el Prior en el claustro y, después de hacerse una mutua y ligera inclinación y decirse unas amabilidades, le preguntó cuál era su veredicto.

El prior se encogió de hombros.

—Es todavía demasiado pronto, señor Prévost, tenéis que reconocerlo. Aunque quizá… si me hablarais un poco más acerca del niño. No penséis que deseo entrometerme en secretos. ¿Por qué os sorprendéis, mi buen señor? Está bien claro que en todo esto hay algún secreto, ¿no? Lo único que deseo saber es qué formación religiosa ha recibido hasta ahora. Ha debido de tener un buen maestro.

—Un sencillo sacerdote anciano. No me ha parecido ver en él nada de particular. Aunque, desde luego, yo no entiendo de estas cosas…

—El muchacho es extraordinariamente piadoso –comentó el Prior, pensativo–. Lo estuve observando ayer durante las Vísperas. Después, al final de la cena, le dije que no tenía por qué asistir a Completas, pero él vino. Esta mañana lo he visto en Misa también. Se ha quedado dando gracias. Muy pocos seglares hacen eso, y casi ningún niño de su edad. Hace unos momentos lo he visto otra vez ir a la iglesia.

—¿Otra vez?

—Sí, otra vez. No sé hasta qué punto don Luis conoce bien…

Prévost levantó las cejas.

—Don Luis no lo ha visto desde hace seis años, era todavía un niño muy pequeño.

—Por eso es mucho más sorprendente que piense que el niño pueda tener vocación. Aun así… es posible que tenga razón. No lo puedo asegurar todavía. Haceos cargo de que el niño no ha pasado aquí ni un día completo y yo no puedo tomar una decisión tan grave antes de haber hecho una completa… –se interrumpió.

—No puede oíros –le dijo Prévost.

Pero el Prior no estaba mirando al niño, que en aquel momento salía de la iglesia. Miraba a un fraile de elevada estatura y barba blanca que estaba con él y lo llevaba de la mano.

—Es el Padre Provincial…

La desigual pareja se acercó.

—Padre Provincial, Padre Provincial… –dijo el Prior, nervioso–. No sabía… no tenía ni idea de que habíais regresado…

El anciano sonrió, pero no dijo nada.

Prévost no pudo contenerse.

—Muy Reverendo Padre, permitid que me presente. Soy Charles Prévost, al servicio de Su Majestad Imperial, y estoy aquí por orden de don Luis Quijada, que se sentirá muy contento al saber que he podido veros. Don Luis desearía pediros un gran favor. Le gustaría saber si… Jerónimo, estoy seguro de que te permitirán que vayas al huerto a coger unas naranjas.

Pero el anciano no soltó la mano del niño.

—Vivirá en el mundo –dijo con cara radiante–. Hará un buen papel en el mundo cuando llegue el momento.

Le hizo un gesto al niño con la cabeza, soltó de su mano los largos y delgados dedos y desapareció con aquellos pequeños e inseguros pasos que le habían llevado a la lejana Roma y le habían vuelto a traer.

Se había avejentado, pensó el Prior. Está muy viejo. Quizá su mente no estuviera tan despejada como antes. Casi ni le había dado tiempo a poner los ojos sobre el niño.

—¿Vivir en el mundo? –tartamudeó Prévost–. ¿Vivir en el mundo? ¿Cómo ha podido saber lo que yo le iba a preguntar? ¿Cómo ha podido decidirlo tan rápidamente? Vos decíais…

—El Padre Provincial tiene sus métodos propios –manifestó el Prior con lo que parecía un punto de ironía en la voz–. De todas maneras, ya tenéis la respuesta… y mucho más rápida de la que yo habría podido daros.

Desde fuera de los muros del claustro llegó un sonido de trompetas.

El niño levantó la cabeza. De dos zancadas alcanzó el muro y trepó por él con la agilidad de un mono.

—¿Qué haces? –le gritó Prévost.

—Será mejor que bajes, hijo mío –le dijo el Prior.

Jerónimo no los oyó. Sentado en el filo del muro, miraba absorto lo que a él le parecía un largo desfile de torres altas que se movía lentamente. Torres de acero brillante, reluciente, tremendamente poderosas, invencibles… era la Guardia, la Guardia Real de Castilla, cubiertos de pesadas armaduras y cabalgando los más grandes caballos del mundo cubiertos también con unas armaduras, de manera que caballo y caballero parecían de una sola pieza. Se acordó de cuando el Padre Vela les contaba en el colegio la historia de Francisco Pizarro, que conquistó el Perú para España y para la fe. Cómo los indios peleaban valientemente contra los caballeros españoles, sin que les desanimara el hecho de que sus flechas y lanzas no atravesaban las armaduras; cómo su enorme superioridad numérica estaba a punto de decidir el día. Entonces un jinete fue desmontado de una lanzada; cayó al suelo, pero consiguió levantarse. Esto fue demasiado para los indios. Aquella criatura terrible, cubierta de escamas como un armadillo, había sido partida por la mitad y, no obstante, las dos mitades seguían viviendo. Era cosa de magia, brujería. Los indios empezaron a dar alaridos y salieron corriendo, llenos de miedo… y se ganó la batalla. La sorpresa, el descubrimiento de algo desconocido, algo que no se podía comprender, fue decisivo para la batalla. Exactamente

por eso mismo fue por lo que Ramón y sus moros fueron derrotados, cuando se quedaron sorprendidos ante el carruaje…

Allí estaban ahora los hijos y los sobrinos y los hermanos pequeños de aquellos caballeros que conquistaron el Perú, cada hombre era una pequeña fortaleza con majestuosos movimientos en un avance inexorable.

¡Trompetas de plata! La plaza estaba abarrotada de gente, los balcones atestados, y cada ventana y cada tejado. Las damas arrojaban flores y agitaban sus abanicos y sus pañuelos, mezclando sus voces temblorosas con los roncos gritos de los hombres. Veinticuatro trompeteros vestidos de amarillo y rojo; los alabarderos de la Guardia Alemana, los alabarderos de la Guardia Española… Jerónimo conocía todos los uniformes. El padre de Ramón tenía un libro con dibujos de todos ellos. Oficiales… altos, muy altos oficiales, todos a caballo, relucientes de oro y plata.

Y al final, un caballero solo, en un maravilloso corcel blanco de crines sedosas y larga cola. Iba vestido de púrpura y tisú de oro, su rostro era pálido, su cabello y su recortada barba eran de color rubio. Nadie osaría burlarse de él por ello, como se burlaban los chicos de un niño de Leganés que también tenía el pelo rubio. Muy al contrario, la gente aplaudía, gritaba y gesticulaba como si estuvieran locos. Un príncipe, tenía que ser un príncipe, un príncipe real. No podía ser el Emperador, porque todo el mundo sabía que ya era anciano. Un príncipe…

Abajo en el claustro, el Prior sonreía discretamente.

—El Padre Provincial tiene razón, como siempre, señor Prévost. El chico tiene que ser soldado.

El alboroto afuera era tal, que a Prévost le costó trabajo oír al Prior.

—¿Qué está pasando ahí fuera, Reverendo Prior? –dijo gritando.

—¿No lo sabéis? Está pasando don Felipe… el Príncipe de Asturias.

Prévost se puso mortalmente pálido. Se lanzó hacia el muro y, dando un ridículo salto, consiguió agarrar las piernas del chico y tirar de ellas hacia abajo.

—No debes… –dijo jadeando–. No debes…

En cuanto Jerónimo puso los pies en el suelo se revolvió como un tigre contra el hombre gordo.

—¡Pero qué hacéis! ¡Quiero verlo! ¡Es un príncipe! ¿Por qué me habéis hecho eso?

—Calma, hijo mío –le dijo el Prior, y Jerónimo se dominó, aunque seguía con los puños apretados.

El Prior le dio unos suaves golpecitos en la espalda.

—Soldado, señor Prévost –repitió–. Y… llegará lejos, se lo aseguro.

CAPÍTULO 3

—Llegará de un momento a otro –afirmó doña Magdalena muy agitada–. Y no sé lo que hacer. Me gustaría que pudierais ayudarme, mi señor hermano. Sé que no lo podéis hacer. Nadie puede hacerlo. Yo no debería haberos pedido que vinierais, es un fastidio para vos…

—Lo único que es un fastidio es que me estáis atolondrando –dijo el joven vestido con el austero hábito blanco y negro de los dominicos, y sonrió–. Desearía que dejaseis de correr para arriba y para abajo. Esta habitación de la torre es demasiado pequeña para esos ejercicios. ¿Por qué tenemos que permanecer aquí?

—Porque es el único sitio desde donde puedo ver si viene.

—Ya avisará Gómez sonando el cuerno. No tenéis que ser vuestro propio vigía –el joven fraile meneó la cabeza y ensanchó su sonrisa–. No habéis cambiado mucho, Magdalena. Desde siempre siempre habéis querido hacerlo todo vos misma.

—Cuando era pequeña no me permitían hacer absolutamente nada por mí misma, y vos lo sabéis.

Pero no pudo ocultar una sonrisa, y se vio que el parecido de ambos era evidente, cuando entornaban los ojos al levantar la cabeza y avanzar la barbilla; era la barbilla redondeada y obstinada de los Ulloa. Pero la sonrisa de la joven dama se apagó y desapareció antes de volverse hacia la ventana.

Habría sido una monja extraordinaria, pensó Fray Domingo. Si ella hubiera sabido que nunca podría tener un hijo propio, quizá no se habría casado con Quijada. O acaso sí. De todas formas no era momento para plantearse esa cuestión. Quijada era un gran caballero y hasta ahora el matrimonio era ejemplar… si se podía llamar ejemplar a un matrimonio en el que el marido tenía que pasar tanto tiempo alejado de su mujer, en el campo de batalla, en la corte, en misiones oficiales…

Como si se diera cuenta de lo que estaba pensando, Magdalena le dijo:

—Cinco años… cinco años de matrimonio… y ni uno de ellos lo hemos podido pasar entero juntos, cada par de meses ha tenido que marcharse…

—El Emperador es el rival de muchas esposas –comentó Fray Domingo–. Si os hubierais casado con un sencillo noble de la comarca, en vez de con el brazo derecho de Su Majestad… –y pensó: si necesita desahogarse, ahora lo hará.

En efecto, habló.

—Dios y sus santos no permitan que yo no le dé al Emperador lo que es del Emperador… incluso lo más preciado que tengo en mi vida: la presencia y el bienestar de mi esposo.

Él asintió.

—Una dama noble es noble en primer lugar y después es dama.

—Ciertamente –manifestó ella con un ligero movimiento de hombros resignado–. Es bastante fácil aceptar las órdenes, mi señor hermano… cuando una sabe que no puede elegir. No me quejo del Emperador. Pero cuando un hombre está separado de su mujer tan a menudo y durante tanto tiempo pueden surgir… otros rivales. Y ante estas circunstancias soy primero mujer, solamente mujer.

Llevaba yo razón, pensó su hermano. Tenía treinta y dos años –tres años más que ella– y se había ordenado de sacerdote casi al mismo tiempo que ella contrajo matrimonio. Había oído miles de confesiones y cuando se ha oído el primer millar, ya se han oído todas. Siempre era la misma cantinela: los mismos pensamientos, acciones y omisiones, los mismos motivos, una ola tras otra del mismo mar maloliente, y las mismas reacciones. Por supuesto que él sabía que todo esto se daba también dentro de él mismo y se despreciaba por ello; en los comienzos de su ministerio, le resultaba incluso difícil no despreciar a los demás –lo cual era un pecado grave–, en lugar de ser un instrumento que sirviera para que los pecadores encontraran una ayuda en su recuperación.

—Por nosotros mismos –dijo suavemente– no somos más que un puñado de miseria. Pero sabéis bien que no tenemos que ser nosotros mismos.

Ella se volvió en redondo y exclamó:

—¿Estáis leyendo en mis pensamientos?

—Querida, está más claro que el agua. Vuestro marido os envía una carta desde Bruselas…

—¡Ahí está! ¡Ahí está el carruaje! –le interrumpió ella, señalando con un dedo tembloroso–. ¡Oh! ¿Qué tengo que hacer? Tengo que…

—¡Tranquilizaos! Todavía no han llegado al pueblo, les falta por lo menos un cuarto de hora para llegar a la puerta principal. Sé que me habéis llamado porque no deseabais estar sola; en realidad no esperabais que yo os pudiera servir de ayuda. Pero aquí estoy e intentaré hacer lo que pueda. ¿Queréis enseñarme otra vez esa carta?

Ella no respondió. Siguió mirando cómo el coche, que parecía de juguete a esa distancia, se aproximaba a las primeras casas de Villagarcía.

—Dadme la carta, niña…

Ella la puso en sus manos. El coche desapareció detrás de la casa de la viuda de Fuentes, que estaba necesitando un tejado nuevo… tendría que hablarle de ello a Valverde.

«Charles Prévost, un hombre de toda mi confianza, llegará a Villagarcía con un niño de unos ocho años –leía Domingo en voz baja–. En nombre del amor que os tengo y del amor que vos me tenéis, os ruego que os hagáis cargo del niño y le deis vuestra protección maternal…».

Doña Magdalena se irguió muy tiesa y se mordió el labio.

«El niño es hijo de uno de mis mejores amigos –siguió leyendo su hermano–, cuyo nombre no me es permitido revelar, pero cuya nobleza y fama están fuera de cuestión. El niño Jerónimo deberá recibir la educación propia de un caballero, pero es deseo de su padre que no se haga ambicioso y que su forma de vestir sea siempre sencilla».

Domingo dobló la carta cuidadosamente.

—Un niño de unos ocho años –repitió–. Eso quiere decir que nació tres años antes de que conocierais a don Luis.

—Sí.

Él sonrió compasivo.

—Una de las grandes ventajas de un sacerdote, de un fraile, es que uno puede estar siempre seguro de su Amo. Hasta ahora yo siempre había pensado que vuestro marido estaba por encima de todo reproche. Por supuesto, es muy fácil mantener la fe mientras que no hay que ponerla a prueba…

Ella continuaba mirando el pueblo a lo lejos, donde ya no se veía ni un movimiento. Con la voz quebrada, dijo:

—Quiero hacerle al sacerdote, al fraile, una pregunta. ¿Por qué habrá sido voluntad de Dios que yo no le haya dado un hijo a don Luis?

—No lo sé, niña –le respondió con un suspiro.

—Al menos sois honrado.

—No hay mucho que especular –replicó él hablando despacio–. Pero podría ser… digo solo que podría ser, que Dios deseara que volcaseis vuestro amor en este niño.

Ella se volvió bruscamente. Sus labios estaban pálidos.

—En efecto, tal como decís, no hay mucho que especular. Lo único que puedo hacer es desear que esa no sea la voluntad de Dios, porque me resulta muy difícil no odiarle aun antes de haberlo conocido. Ahora tenemos que irnos abajo.

Salió apresuradamente y comenzó a bajar los escalones de la escalera de caracol. Domingo la siguió en silencio. Al llegar al primer piso, él se mantuvo un poco rezagado, mientras ella daba unas palmadas llamando a los sirvientes. Las dos dueñas, doña Isabel y doña Petronila de Alderete, vestidas de negro y con cofias blancas; los ayudas de cámara Ruiz y Juan Galarza, ambos veteranos de la guerra contra los infieles en Túnez; Pedro, el mayordomo; Valverde, el administrador, que sabía leer y escribir; los tres pajes y dos de las doncellas, Luisa y La Rubia con trenzas rojas y mil pecas. Desde ese primer piso unas anchas escaleras descendían hasta el patio con sus setos cuidadosamente recortados, que tanto le gustaban a don Luis.

Formaron un grupo compacto en lo alto de la escalera. Fray Domingo sonrió con sorna. Pensaba: no están recibiendo a un huésped, sino que se están defendiendo de un ataque. Nunca había visto a su hermana de aquella manera. Era posible que fuese hijo de don Luis. No sería la primera vez que sucedían esas cosas… aunque don Luis…, pero,

bueno, hasta el mejor y más recto de los hombre podía tener un tropiezo. Pero es que, además, aunque eso fuera así, no se le podía reprochar nada al niño. Incluso las mujeres más honestas perdían el sentido de la justicia cuando sus sentimientos se ponían de por medio. Y si, por cualquier motivo, una mujer que no podía concebir un hijo recibía en su hogar al hijo de otra, no debería considerarlo como un perpetuo reproche a su esterilidad… De todas formas, don Luis no tenía por qué haberle dado esa sorpresa… Tendría que haberla preparado poco a poco…

El portón claveteado de hierro fue abierto y el carruaje entró traqueteando por entre los setos hasta que se detuvo en medio de crujidos.

Por el rabillo del ojo, Fray Domingo vio el rostro de su hermana tenso y pálido. No le pudo ver los ojos.

Un hombre corpulento, con unos frondosos mostachos, emergió del carruaje, miró hacia arriba, se quitó el sombrero, inclinó la cabeza, volvió a ponerse el sombrero y se volvió para ayudar a descender a su acompañante, pero este ya se había apeado.

Era un chaval esbelto, de pelo rubio y ojos azules, vestido con sencillez, que se detuvo al pie de la escalera. Al no ver a nadie, miró hacia arriba y empezó a subir despacio.

No se oía más ruido que el de sus pasos ligeros.

Miraba fijamente a doña Magdalena. A mitad de la escalera se detuvo. Quizá porque el hombre robusto le había advertido que iba a ver a una gran dama, o quizá porque recordó lo que le había enseñado Ana de Medina de cómo había que saludar a la más alta de todas las señoras, puso una rodilla en el suelo y levantó las manos con las palmas juntas.

Percibió un revoloteo de terciopelo negro y encaje blanco y vio que la señora de Villagarcía se le venía encima, lo levantó y lo estrechó entre sus brazos.

Fray Domingo rezó para sus adentros una breve oración de acción de gracias, mientras él también descendía las escaleras. Con la despeinada cabeza del niño apretada todavía contra su pecho, su hermana lo miró con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Qué lástima! –murmuró–. ¡Qué lástima que yo no sea madre de este ángel!

Fray Domingo sonrió tan ampliamente, que ella casi se vuelve a poner de mal humor.

* * *

—El latín es bastante difícil, pero el griego lo tiene que haber inventado el mismísimo diablo.

Jerónimo le hizo este comentario al Padre Guillén Prieto, que era su maestro de estas dos lenguas; Prieto era un hombre Joven y amable, con el pelo negro revuelto. Le sugirió que, si eso era así, tenía que ser buena cosa aprender griego.

—Si queréis derrotar al enemigo, hay que conocer bien sus tretas.

Jerónimo lo miró dubitativo, pero le concedió este punto. Ahora bien, cuando el

Padre Prieto le contó la historia al Padre García Morales, capellán mayor del castillo, el anciano sacerdote meneó la cabeza:

—Un argumento peligroso. Sobre esa base el muchacho puede creerse autorizado a estudiar incluso una cosa prohibida, incluso la magia negra.

—No creo que tenga oportunidad para ello en Villagarcía –replicó el Padre Prieto, bromeando.

—Quizá no. Pero no se va a quedar aquí toda su vida y puede recordar esa enseñanza vuestra cuando más adelante se tropiece con cosas prohibidas. Deberíais haberle dicho que el griego no ha podido ser invención del diablo, puesto que la Iglesia emplea al menos algunas palabras griegas en la Misa.

—*Kyrie eleison* –dijo sonriendo el Padre Prieto–. Se lo diré… cuando se aprenda los verbos irregulares.

Lo que no dijo es que probablemente tardaría años en aprenderlos. El pequeño Jerónimo no era listo más que para aprender las cosas que le gustaban.

Juan Galarza, que le enseñaba esgrima, el uso de la lanza y de la ballesta y equitación, no tenía una queja contra él. Los dos se habían hecho amigos rápidamente; muchas veces las sirvientas se reían por lo bajo cuando veían a aquella pareja tan desigual dirigiéndose al pequeño patio que Galarza prefería como campo de entrenamiento; el espigado chaval y el macizo guerrero de barba gris con una gran cicatriz en la mejilla izquierda.

—¡Ríete, La Rubia, ríete! –le gritaba Galarza–. Es lo único que se puede esperar de ti. Unas cuantas lecciones más y este muchacho podrá señalar con la punta de la espada cada una de las pecas de tu nariz… a no ser que acabe cansado después del primer centenar –le hizo un gesto a Jerónimo–. Mujeres… no dejes nunca que se sobrepasen.

—¡Cara rajada! –chillaba La Rubia. ¡Vieja cara rajada!

—Se cree que eso me molesta –se reía Galarza, señalando hacia la sirvienta con el pulgar–. Una cicatriz es una cosa que honra. Pero cada peca que sale en la cara de una chica es un pecado que ha cometido. No le envidio nada al ángel que tenga que hacer la cuenta de esta.

A Jerónimo no le interesaba nada este duelo de su maestro con La Rubia. Acariciándose su propia mejilla le dijo pensativo:

—Parasteis muy mal ese golpe.

—¿Eso pensáis? Es posible que fuera así. Pero hay que tener en cuenta que un individuo no tiene más que dos brazos, y cuando aquel perro infiel circunciso atacó con su espada curva, tuve que cubrir a don Luis con el escudo que llevaba en mi mano izquierda y parar un golpe de lanza con mi derecha. ¿Qué habrías hecho tú?

Jerónimo quedó pensativo y frunciendo las cejas preguntó:

—¿Qué es «circunciso»?

—Es algo que hacen los turcos –dijo carraspeando–. Es que cortan algo… Bien, pues

aquel día…

—¿Dónde lo cortan?

—En Túnez –prosiguió Galarza imperturbable–. Aquello sucedió en Túnez y fue un día estupendo, ¡por Santiago! Como os iba diciendo, yo cubrí a don Luis, que es el guerrero más grande que podáis conocer.

—¿Tan grande como el Cid?

—Tan grande como el Cid.

—¿Entonces por qué no se cubrió él mismo?

—Buena pregunta –repuso Galarza–. No pudo cubrirse a sí mismo porque estaba cubriendo al Emperador –y se quitó la gorra respetuosamente.

—¡Oh! –exclamó Jerónimo–. ¿También estaba allí?

—¿Que si estaba allí? ¡Estaba al frente de nosotros, muchacho! Era nuestro jefe y no hay mejor en el mundo entero. Dicen que ahora está viejo y su salud no es la que era, pero en aquel tiempo era capaz de matar a un turco con su ballesta a más de cien pasos. Yo le he visto hacerlo. Ya no son aquellos tiempos en que los caballeros nobles miraban con desprecio las ballestas y decían que eran armas para ser empleadas solamente por la soldadesca.

—¿Eso decían?

—Eso decían. Consideraban que una ballesta ponía a un hombre en una situación demasiado ventajosa. El dardo de una ballesta podía atravesar una armadura. Esto le quitaba mucho atractivo a la pelea. Yo estaba de acuerdo. Un caballero era prácticamente invulnerable antes de que las ballestas existieran. Fue una revolución. Mi abuelo me contó que, hace mucho tiempo, cuando Inocencio III era Papa, condenó el uso de las ballestas. Decía que era un arma que los cristianos no debían utilizar, y que era una ofensa a Dios.

—¿Vuestro abuelo condenó las ballestas?

—No, no. El Papa. No pudo hacerse buen ballestero porque no quería ni tocar las ballestas. Él lo que utilizaba era la alabarda. Desde luego no es mala como arma, pero…

—¿El Papa utilizaba la alabarda?

—No. Mi abuelo. ¿Pero qué te pasa?

—Y si la ballesta está condenada, ¿cómo es que la utilizaba el Emperador?

Galarza enrojeció hasta las orejas.

—Tal vez el Papa cambió de idea más tarde… él mismo o bien otro Papa. De todas maneras, el Emperador la utilizaba contra los infieles. Además, ¿quieres dejar de hacerme preguntas? Toma tu ballesta y cárgala. Puedes apuntar al mismo blanco que ayer.

Jerónimo obedeció mecánicamente. Su ballesta no era, por supuesto, de tamaño normal. Galarza se la había fabricado especialmente para él, como también había

fabricado las de los cuatro Ballesteros que eran la guardia del castillo, con madera, asta, acero y cuerda de tripa; igualmente había fabricado los dardos y les había puesto plumas, y había engrasado la ranura. Era un arma estupenda, como si el Papa no la hubiera condenado… Pero se acordó del Padre Prieto. Era preciso conocer todos los trucos del diablo. Se le puso la cara radiante, levantó la ballesta, apuntó con todo cuidado y apretó el gatillo.

—¡Un turco menos! –exclamó Galarza–. ¡Qué lástima que don Luis no lo pueda ver!

Don Luis. Todos en Villagarcía hablaban de él, igual que en Villagarcía el Padre Prieto hablaba de Dios. «Si queréis agradar a don Luis, tenéis que aprender más palabras latinas». «Cuando venga don Luis, deseará ver cómo montáis a caballo». «Don Luis se disgustará si vais por ahí con manchas en el traje». «No apoyéis los codos en la mesa, sentaos derecho… don Luis no soporta a un chico que no guarda la compostura».

Jerónimo no estaba muy seguro de que don Luis le fuera a caer bien. Allí todo el mundo parecía quererle, aunque no lo dijeran expresamente. Él siempre podía decir si la gente quería a la persona de la que estaban hablando. Cuando la querían, percibía una especie de tono suave en la voz; incluso en la voz de Galarza.

La «Tía» amaba a don Luis, por supuesto; pero esto era natural, puesto que estaba casada con él. Al principio la llamaba doña Magdalena, tal como le dijo el señor Prévost, pero ella le dijo que podía llamarla Tía. Era maravilloso tenerla por tía. Un día se puso enfermo –acababan de madurar los primeros higos–, ella lo metió en la cama y lo arropó. Sus manos eran frescas y blancas, y olían a flores.

—Tía…

—¿Qué, Jerónimo?

Ella nunca le decía «niño» ni, lo que habría sido peor, «niñito», como algunos estúpidos le decían… como si él no supiera que estaba poco crecido para su edad.

—Tía, yo soy tremendamente rico, ¿no?

—¿Por qué dices eso, Jerónimo?

—Muchos niños tienen varias madres y varias tías…

—¿Varias madres?

—Desde luego. Su propia madre y la Madre de Dios. Son dos… y dos son varias, ¿no? Bueno, pues yo no tengo. Yo solo tengo una madre, la Madre de Dios; y solo tengo una tía, que sois vos.

La estaba mirando fijamente, pero ella ni sonrió.

—Es muy bonito eso que dices, Jerónimo, te lo agradezco mucho.

No había nadie como ella. Y nadie era suficientemente bueno para ella. Ni siquiera don Luis…

Además, era muy buena; era una santa. Iba a Misa en la capilla todos los días. Le contaba cuántos pobres acudían a ella y les repartía dos bolsas de monedas de plata y de cobre; los conocía a todos por sus nombres, sabía dónde vivían y quiénes eran sus

parientes; lo sabía todo. A partir del tercer día, le permitió que él repartiera el dinero bajo su personal vigilancia; nunca menos de veinte maravedís, y con frecuencia muchos más. Había un anciano, el viejo Pablo de Torrehumos, a quien todo el mundo procuraba evitar, y se comprendía por qué. Era terriblemente sucio y tenía unas manos feísimas, deformadas y cubiertas de verrugas.

Cuando le fue a dar el dinero, Jerónimo fingió que se le caían las monedas; el anciano fue a agacharse para cogerlas, pero la Tía fue más rápida. Lo detuvo, tomó el dinero y, antes de dárselo, le besó la repugnante mano.

Jerónimo se puso rojo. Ella ni lo miró. Él siguió distribuyendo las monedas, pero le temblaban las manos. Cuando terminaron y entraron en la casa, ella no le dijo nada y él no se atrevió a hablar. Más tarde, falló el blanco dos veces con la ballesta y montó a caballo tan mal que Galarza le tuvo que dar unos gritos.

Unos días después de esto, el viejo estaba otra vez entre los mendigos. Jerónimo se arrodilló ante él, le besó la mano y, antes de ponerse en pie, le entregó una moneda de plata.

Miró a la Tía y comprendió que todo se había arreglado.

CAPÍTULO 4

Don Luis iba a venir. Esta noticia revolucionó a todo el mundo y todas las cosas en el castillo. La Tía parecía que se movía sonámbula. Cuando Jerónimo le preguntaba alguna cosa, muchas veces ni le contestaba o, si lo hacía, su respuesta no tenía nada que ver con la pregunta.

Galarza estaba dedicado a bruñir todas las armas; las chicas del servicio se atropellaban fregando, quitando el polvo y barriendo, incluso La Rubia, que era bastante holgazana. Toda un ala del castillo fue puesta patas arriba, se sacudieron las alfombras, se limpió la tapicería.

Jerónimo se sentía olvidado. Ni siquiera le dejaban los criados entrar en la nueva ala del castillo, donde estaban tan atareados. Todos estaban nerviosos, tensos.

Y precisamente porque estaban nerviosos y tensos se olvidaron de cerrar la puerta del despacho de don Luis; cuando los criados se fueron a cenar y a dormir, Jerónimo se deslizó dentro para mirarlo todo a placer.

Era una habitación muy bonita y muy amplia, con cristales emplomados en las ventanas como si fuera una iglesia. Había una mesa muy grande y pesada, tallada con figuras extrañas en madera color de miel, como las sillas que hacían juego con ella. Alfombras de diversos colores cubrían el suelo. Habían puesto flores… así es que don Luis iba a llegar ese mismo día. Y libros… dos, tres… seis libros. Nunca había visto tantos libros juntos en una habitación; todos estaban encuadernados en una piel muy bonita con incrustaciones de plata.

En la pared había colgado un gran cuadro: era la Tía. Estaba vestida de negro con adornos dorados y sonreía un poco. El que había pintado aquel cuadro tenía que ser necesariamente un mago, porque no es que se pareciera a la Tía, sino que *era* la Tía. Parecía como si fuese a hablar en cualquier momento.

Por las ventanas abiertas se veían los árboles meciéndose suavemente con un leve susurro.

Entonces, en la pared de detrás del escritorio vio una cosa que le hizo abrir los ojos como platos. Era un crucifijo que tenía la cruz de madera y un Cristo clavado en ella. Pero… pero… estaba medio quemado.

Se quedó muy impresionado. ¿Quién había podido hacer aquello? ¿Habría sido alguna de las sirvientas? ¿Lo sabía la Tía? Si se enteraban de que él había estado en la habitación, a lo mejor pensaban que lo había hecho él…

Este pensamiento lo llenó de espanto. Se volvió… y se encontró de frente con la Tía. Se le cortó la respiración. Intentó buscar las palabras para explicar por qué estaba allí… que él no había hecho nada… que él no tenía la culpa. Pero vio que ella no le estaba

mirando a él, sino al crucifijo. En su bello y pálido rostro había una expresión que él nunca le había visto y que no podía descifrar. Era al mismo tiempo triste y humilde, alegre y orgullosa. Al cabo de un momento ella dijo:

—De todas las cosas que hay en el castillo, esta es la más preciosa.

Dio unos pasos adelante y le puso la mano en el hombro.

—Te diré por qué, Jerónimo. Ya te habrá contado Juan Galarza que don Luis acompañó al Emperador en su cruzada contra los infieles en Túnez. Esa ciudad era un nido de piratas entonces; no había barco cristiano o no cristiano que estuviese seguro ante su asalto; había la sospecha, y más que la sola sospecha, de que estaban en connivencia con los moriscos del sur de nuestro país; estos profesan ser cristianos e incluso asisten a Misa, pero en realidad pertenecen al Islam y ocultamente rinden culto a Mahoma. Antes de que don Luis se uniera a la flota, atravesando la huerta de Valencia, alguien le habló de una casa en donde los moriscos se reunían en secreto. Se disfrazó y se ocultó en una casa vecina. A la segunda noche de estar allí, vio que había fuego en el patio de la casa del morisco. Se subió al muro cuidando de no hacer ruido y vio a unos sesenta moriscos de rodillas alrededor del fuego y meciéndose de atrás adelante, como es su costumbre.

Jerónimo sintió que la mano de ella temblaba un poco.

—Se abrió la puerta de la casa –prosiguió la Tía– y llegaron dos moros llevando un crucifijo. Era evidente que lo habían robado de alguna iglesia. Los moriscos pararon de rezar y se pusieron a blasfemar; uno de ellos agarró el crucifijo y lo arrojó al fuego. Esto fue demasiado para don Luis. Saltó del muro en medio de ellos, sacó la espada y la emprendió a mandobles. Había luchado en muchas guerras y ganado muchas batallas; era considerado como el segundo luchador de todo el reino, pero nunca había atacado como en aquella ocasión. Los moriscos debieron de pensar que no era un hombre, sino uno de sus demonios –ellos los llaman efreed–, porque ¿cómo podía un hombre pelear de aquella manera? O quizá pensaron que debía de haber más hombres fuera, que acudirían inmediatamente a ayudarle. El caso es que salieron corriendo. Don Luis se metió en medio del fuego y desparramó las brasas hasta que pudo tomar el crucifijo con la mano izquierda sin soltar la espada con la derecha, atravesó la puerta por donde habían salido huyendo los moriscos, salió de la casa, se echó a la calle y no hubo nadie que se atreviera a detenerlo. Así fue como el crucifijo llegó a ser posesión nuestra.

Mientras estuvo hablando no apartó la vista del crucifijo, como si estuviera leyendo en aquella madera quemada las palabras de un poema épico.

—¡Quiero ser como él!

Estas palabras del niño la hicieron estremecerse. Se volvió hacia él. Vio que su pequeño rostro había palidecido y que sus ojos llameaban; sus manos se habían crispado.

—¡Quiero ser como él! –repitió Jerónimo–. ¡Madre mía del Cielo, haz que yo sea como él, por favor!

—¿Como Nuestro Señor? –preguntó doña Magdalena.

El niño negó con la cabeza.

—¿Cómo voy a ser Dios? ¡Si ya es casi imposible ser como don Luis…!

Con gran asombro vio que los ojos de la Tía estaban llenos de lágrimas.

—¿Qué pasa, Tía? ¿Es que he dicho algo malo?

—No, no… –le tomó la cara entre las manos–. A mí también me gustaría que llegaras a ser como él –murmuró.

Dos horas más tarde, el vigía de la torre noreste hizo sonar el cuerno; inmediatamente se produjo una tremenda conmoción. Las campanas de San Pedro, de San Boil y de San Lázaro se echaron al vuelo y los arcabuceros dispararon una salva de bienvenida.

Todo el personal del castillo se reunió en la puerta principal, excepto Juan Galarza, que había subido a la torre y allí estaba en posición de firmes, esperando el momento preciso en que el señor del castillo cruzase su umbral, para izar entonces la bandera blanca y plata de la casa de Quijada.

Jerónimo, al lado de doña Magdalena, sostenía un cojín sobre el que estaban las llaves del castillo.

Delante de las murallas, el pueblo entero esperaba la llegada del cortejo gritando y aclamando con vítores, danzas y aplausos.

Don Luis venía a la cabeza, pues solo ante él se abrirían las puertas. Jerónimo vio a un hombre alto, fornido, de contextura atlética, con rostro serio y barbudo bajo una gorra de tela flexible; llevaba unas ropas de seda completamente cubiertas de polvo; montaba una preciosa jaca andaluza ricamente enjaezada con adornos de plata. Tras él venía un grupo de oficiales a caballo. El cortejo se cerraba con una ristra de mulas que traían el equipaje.

Tal como se lo habían indicado, Jerónimo le ofreció las llaves al señor del castillo con una rodilla en tierra.

Don Luis desmontó. En vez de tomar las llaves, se fue derecho hacia doña Magdalena y, destocándose, la abrazó y la besó en las dos mejillas. Solamente entonces se volvió hacia el chico que estaba con la rodilla en tierra, cogió las llaves y con un breve y amable gesto le indicó que se levantara. Jerónimo pudo ver durante un momento el rostro del héroe de la huerta de Valencia muy de cerca; tenía las cejas negras y muy pobladas, una nariz grande y aguileña, una barba oscura con muy pocos cabellos plateados. En los ojos oscuros de don Luis había una expresión indefinible sin una sombra de sonrisa. En un instante se vio asaltado por la gente, que le saludaba con gran alboroto; una banda de música, al pie de la escalera, empezó a interpretar el himno de los Quijada; Juan Galarza agitaba el estandarte, y Jerónimo, con el cojín en las manos, se encontró de pronto solo en medio de una triunfal acogida en la que no tomaba parte.

Lo enviaron temprano a la cama, y con su sentimiento de soledad permaneció despierto durante horas, oyendo la música que le llegaba amortiguada desde el gran salón. Pensó que ya iba a ser siempre así. Don Luis había llegado y en adelante ninguno

pensaría en nadie más que en él.

Le vio otra vez a la mañana siguiente en Misa y en el desayuno, pero estaba rodeado de sus oficiales y no hacían más que hablar de Flandes y de Alemania, sacando a relucir docenas de nombres que no significaban nada para él. La Tía le dio un fugaz beso en la frente y luego se dedicó a atender a sus huéspedes. El Padre Prieto le hizo una seña con la cabeza y él lo siguió hasta la habitación en la que daba las clases.

—Traduce al griego: «Cuando los enviados del rey de Persia le dijeron a Leónidas que eran tan numerosos que con sus flechas oscurecerían la luz del sol, el rey de los espartanos replicó: tanto mejor, así combatiremos a la sombra».

Después vino la clase de latín, y después la de francés. Están haciendo de mí un monje o cosa por el estilo, pensó el chico.

Se sintió aliviado cuando vino Juan Galarza a llevárselo para la clase de equitación.

—Hoy no vamos a hacer nada nuevo –manifestó Galarza–. Vamos solamente a repasar todo lo que hemos aprendido hasta ahora.

Durante una media hora hizo que su alumno realizara todos los ejercicios: trotar, galopar, saltar, arrojar una lanza a un blanco del tamaño de un hombre.

—Está muy bien. Ahora vamos a ver qué tal te portas en la esgrima.

El florete, la espada, la combinación de florete y daga…

Las armas tenían la punta envuelta en una pequeña bola de cuero.

—Está muy bien –le dijo otra vez Galarza.

A Jerónimo le extrañó que no le criticara los ejercicios que había hecho, tanto más cuanto que él mismo se había dado cuenta de que había cometido faltas, sobre todo en la combinación del florete y la daga.

Se acercaba la hora del almuerzo y se dirigió a su habitación para lavarse y cambiarse de ropa. Después, cuando se estaba dirigiendo al salón, La Rubia fue a decirle que don Luis quería verlo en su despacho…

Don Luis… en su despacho. Le hizo a La Rubia un gesto distraído con la cabeza y se encaminó al despacho. Conforme se acercaba a la puerta, sus pasos se fueron haciendo cada vez más cortos y, cuando llamó, las rodillas casi no le sostenían.

Una voz profunda le dijo que entrara y él obedeció cerrando la puerta tras de sí.

Don Luis estaba sentado detrás de su escritorio, bajo el crucifijo por el que había luchado contra sesenta moriscos.

—Acércate, Jerónimo –le dijo con una voz en la que no había un especial tono de amabilidad–. Deseo decirte que, en su conjunto, estoy contento de los progresos que has hecho. Parece que el griego no te interesa de manera especial, y lo lamento. Es la única lengua que puede competir en belleza con el castellano y, además, es un gran placer leer a Homero, Tucídides o Eurípides en su lengua original.

El Padre Prieto ya le había dicho esas mismas cosas.

—En latín vas algo mejor, y me gusta cómo pronuncias el francés –prosiguió don Luis–. Tienes que aprender esas dos lenguas perfectamente. El latín es la lengua por excelencia y Dios nos habla en ella por medio de Su Santa Iglesia. El francés es la lengua de nuestro enemigo cristiano y tenemos que comprenderla. No tienes que aprender ni turco ni árabe, porque el único lenguaje que empleamos con ellos es el de la espada. Este lenguaje lo estás aprendiendo… te he estado observando.

Jerónimo se ruborizó.

—No serás nunca un hombre grande y corpulento –le dijo don Luis–. Por eso tienes que fortalecer tus músculos. Hablaré de ello con Galarza. Llegarás a cabalgar mejor cuando aprendas a tratar a tu montura como a un amigo, o incluso más: como a ti mismo. En la esgrima, recuerda que tienes que dominar tu temperamento. Un luchador frío triunfará siempre sobre uno que sea impetuoso, cuando la calidad de las armas de uno y otro sea la misma. Pero en su conjunto, como te he dicho, estoy contento.

—Gracias, don Luis –dijo Jerónimo, con la voz cortada.

—Otra cosa –añadió don Luis, mientras se ponía de pie–. Doña Magdalena te ha contado la historia de este crucifijo.

Descolgó el crucifijo y lo sostuvo reverentemente.

—Tómalo –dijo con toda naturalidad.

Tuvo que repetirlo, para que Jerónimo acopiase el valor de cogerlo. Las manos del chico temblaban cuando apretó con los dedos la madera preciosa.

—Es para ti –insistió don Luis.

—¿Para… mí? –tartamudeó Jerónimo.

—Colócalo a la cabecera de tu cama… y cuídalo bien para que quien está ahí representado te cuide a ti.

Con los ojos arrasados en lágrimas, el niño besó los pies quemados del Crucificado. No fue capaz de decir ni una palabra, pero mentalmente rezó para que Dios le permitiera morir por el señor de Villagarcía.

* * *

¿Por qué? ¿Por qué le había concedido don Luis un honor como aquel? No había hecho nada en su servicio. Ni había hecho nada por Dios ni por el Emperador.

Claro, en la Misa todos decían: *Dómine, non sum dignus…* Señor, yo no soy digno… Esto, en realidad, era un atrevimiento, pero a Dios no le importaba. Se suponía que los emperadores procuraban imitar a Dios lo mejor posible, y los nobles procuraban imitar al Emperador lo mejor posible, por eso quizá otorgaban honores a sus súbditos, aunque no los mereciesen. Incluso los reclutas recibían un real de plata cuando se alistaban.

Pero aquel crucifijo era más que eso, era más que cualquier honor que pudiera uno pensar. La Tía había dicho que era el objeto más valioso que había en el castillo; era una reliquia sagrada, y se la habían confiado para que la custodiara. Ayer mismo había tenido

la sensación de que no era nadie, de que no le hacían ningún caso, y ahora era el custodio del objeto más preciado del castillo. Es más, don Luis le había dicho que era *para él*... no podía ser. Nadie podía *apropiarse* aquello, como si fuera un sombrero, un jubón, un caballo, una casa. Nadie podía apropiarse un objeto sagrado.

Lo cuidaría a costa de su propia vida. Y aprendería los verbos irregulares griegos, todos. Y latín, y francés, y todo.

* * *

El Padre Prieto informó de que su alumno estaba haciendo unos progresos sorprendentes. Juan Galarza dijo lo mismo.

—Es ágil como un gato. Lo que le falta en fuerzas lo supera con la rapidez y con la habilidad. Si sigue así…

Don Luis asintió con la cabeza, sin decir nada. Envió a buscar a Jerónimo y le llevó a ver la armería. Como muchos nobles de su tiempo, don Luis poseía una sala de armas. Diego Ruiz era el encargado oficialmente de ocuparse de ellas, pero solo cuando don Luis estaba ausente.

—Cuando yo estoy aquí, él sigue cuidando de las armas de mi gente, pero no le permito que ni siquiera toque las mías. Te aconsejo que, cuando tengas armas propias, hagas lo mismo. Tu vida puede depender de una pequeña mota de óxido, de una pistola que no esté bien engrasada o de una mella de tu espada.

Empezó a desmontar y a limpiar una escopeta de caza y Jerónimo le fue alargando una a una las piezas cuando la volvió a montar. Aquella arma era muy diferente de la pequeña ballesta que tenía en Leganés. Jerónimo fue observando con gran interés cada una de sus partes.

Don Luis se dio cuenta.

—¿Crees que podrías disparar una escopeta como esta y dar en el blanco?

El niño levantó la cabeza, adelantando la barbilla.

—Eso y mucho más, don Luis.

—¿Ah, sí? ¿Qué más?

—Esperar que el enemigo dispare primero, como vos hicisteis en la batalla de Tetuán.

Don Luis le dedicó una de sus raras sonrisas.

—Supongo que Juan Galarza te lo ha contado.

—Sí, señor. Y también me ha contado lo de la Goleta y Hesdín y lo de Landrenis, cuando el Emperador os entregó la bandera y arengó al escuadrón de su guardia personal…

—«Este es el día de vuestro honor» –dijo don Luis, citando las palabras del Emperador–. «Luchad como caballeros que sois. Si veis que mi caballo se derrumba y la

bandera de don Luis Quijada cae… salvad primero la bandera».

El niño lo miraba con los ojos como platos.

—Quizá llegues a ser soldado –añadió don Luis lentamente–. Acabas de hablar como un soldado. Está bien…

Puso en su sitio la escopeta y se dirigió a la panoplia de las espadas. Escogió la más pequeña, la sacó de la vaina y probó su elasticidad doblándola sobre la rodilla.

—Toma –dijo, volviéndola a envainar–. Es para ti. Te la puedes llevar cuando salgas del castillo.

CAPÍTULO 5

Doña Magdalena no podía coger el sueño. Sabía bien qué era lo que la tenía desvelada. Era más de media noche y su marido estaba durmiendo hacía ya más de una hora. Es sabido que muchos hombres tienen el sueño más fácil cuando han sido soldados durante algún tiempo, y don Luis había sido soldado toda su vida.

Respiraba profundamente y con regularidad; no necesitaba mirarlo para saber que dormía boca arriba, con la barbilla saliente y las manos cruzadas sobre el pecho. Así dormía siempre. ¡Que los santos le protejan!

Lo conocía muy bien: acciones, pensamientos, ideas, sentimientos… sus temores no, porque él no temía a nada. Conocía todo lo suyo, todo excepto una cosa…

Se trataba de un secreto. Por primera vez en su matrimonio había un secreto que los separaba, y era algo de una fuerza terrible.

Hacía seis años que se había concertado su matrimonio entre, por una parte, doña Magdalena de Ulloa Toledo Osorio y Quiñones, hija del Señor de la Mota, San Cebrián y la Vega del Condado y de doña Magdalena de Toledo, hermana del marqués de la Mota, pariente próximo de la antigua familia de los condes de Luna; y, por otra parte, don Luis Méndez Quijada Manuel de Figueredo y Mendoza, Señor de Villagarcía, Villanueva de los Caballeros y Santofirmia. Era el 29 de febrero. Ella lo recordaba muy bien. En Valladolid. Ni el novio ni la novia estuvieron presentes. Al novio lo representó don Diego de Tabera, Consejero de Su Majestad y miembro de la Inquisición; a la novia, su tío don Pedro Manuel, Arzobispo de Santiago, don Gómez Manrique y don Pedro Laso de Castilla, Maestro de Ceremonias del Archiduque Maximiliano de Austria.

En el contrato, el marqués Rodrigo de la Mota convino en entregar a su hermana una dote de diez millones de maravedís: cinco mil duros en monedas, dos mil en joyas y el resto en tierras; el novio se comprometió a pagar cuatro mil ducados y garantizaba esa suma, así como la dote, con sus posesiones de Villanueva y Santofirmia.

El contrato fue aprobado por el Emperador. Entonces, el novio otorgó poderes por escrito a su hermano Álvaro de Mendoza para que se casara en su nombre con doña Magdalena. La ceremonia tuvo lugar el 27 de noviembre de 1549. Don Luis estaba entonces en el campo de batalla con el Emperador.

Hasta tres meses más tarde no fue autorizado a marcharse y entonces corrió a Valladolid a encontrarse con la muchacha con la que se había casado por poderes. Entonces fue cuando la conoció. En aquellos tiempos esto era cosa corriente. Había visto un retrato suyo, y a ella su tío se lo había descrito con todo detalle, porque él no tenía tiempo de posar para que le hicieran un retrato.

Por la bondad de Dios, no tuvieron necesidad de aprender a amarse, porque se

enamoraron inmediatamente y a los pocos días parecía como si se hubieran conocido toda la vida. Nada más verla, él la encontró mucho más bella que en el retrato y así se lo dijo con un tono de voz que le salía directamente del corazón; ella, por su parte, comprobó que ninguna descripción, por muy elogiosa que fuera, le hacía justicia; tenía una nobleza natural que se manifestaba en todo y era magnánimo en grado sumo. A pesar de estar en constante relación con el Emperador, no había en él ni una sombra de cortesano relamido. Era un hombre al que toda mujer podía mirar sin el más mínimo recelo y con profundo respeto.

Toda la gente joven de aquella época estaba obsesionada por el espíritu nuevo de aventuras, de grandes empresas y de conquista, combinado con una insaciable ansia de riquezas, provocada, quizá, por la increíble opulencia de los países recién descubiertos. Don Luis no era ya muy joven y por eso era diferente. Estaba dispuesto en todo momento a enfrentarse con el peligro y el riesgo, pero solamente en servicio de las dos grandes causas sagradas dignas de un caballero: la causa de Dios y de los que no tenían fortuna… y la causa del Emperador y del país.

Su rango y su estado lo habían alejado de ella repetidas veces, y siempre ella lo había despedido con una sonrisa, guardando las lágrimas para ella sola; cada vez que regresaba a casa era un día de fiesta y un renacer de la felicidad.

Pero ahora existía aquel secreto.

Ella sabía bien que todo el mundo en el pueblo miraba a Jerónimo como hijo natural de don Luis. Para ellos no había en eso ningún misterio ni ninguna duda, y probablemente no había una sola persona que no hubiera echado ya las cuentas con los dedos para calcular si el niño había sido concebido y había nacido dentro de su matrimonio. Y desde luego, en el castillo sucedía lo mismo.

La Rubia, que era bastante desvergonzada, no hacía más que llevar sus ojos de don Luis al niño una y otra vez, buscando el parecido de ambos. La buena y gorda Luisa, tan torpe, cuando le preguntaron el otro día dónde estaba el señor, respondió a tontas y a locas: «está en la armería con su hijo», y después se puso tan colorada como una amapola.

¿Era, en realidad, Jerónimo su hijo?

Doña Magdalena no le encontraba ningún parecido ni físico ni de manera de ser. Don Luis era alto y robusto, Jerónimo era pequeño para su edad; los ojos de don Luis eran oscuros, igual que el pelo y la barba; el niño tenía los ojos azules y el pelo rubio. Aunque esto podía ser por parte de su madre. Quizá el niño era el vivo retrato de su madre y le evocaba esa imagen a don Luis cada vez que lo miraba. Tal vez ella vivía aún, que era lo más probable, y posiblemente don Luis estaba todavía enamorado de ella… aunque no, eso era imposible, no era de esa clase de hombres que se casarían llevando la imagen de otra mujer en el corazón por más que ella sabía que había hombres capaces de hacer eso y cosas peores.

No cabía duda de que le había tomado afecto al niño. Al día siguiente de su llegada,

estuvo varias horas sentado detrás de una cortina escuchando las clases del chico, y lo observó desde una ventana cuando Juan Galarza le enseñaba a montar y a manejar la espada. Le había dado el crucifijo y le había regalado una pequeña espada. Y el chico le adoraba.

Si Jerónimo era su hijo, ¿por qué no se lo decía? ¿Por qué tenía que contarle esa historia de que era hijo de uno de sus mejores amigos…? A no ser que deseara que ella entendiese lo que incluso la tonta de Luisa había adivinado, a no ser que esa fuera la forma de decirle lo que no podía decirle de otro modo, sin quebrantar un secreto que debía quedar olvidado en un confesonario…

No era extraño que quisiera al chico, porque era fácil quererle; ella misma no podía evitar tenerle cariño. Tal vez si le sugería a don Luis que adoptaran al niño, entonces él le diría… no, eso no estaba bien, esa idea no había brotado enteramente del amor… no estaba bien; eso sería como preguntarle a bocajarro: ¿este niño es hijo vuestro? Era imposible hacer eso. Si él quisiera decírselo, ya se lo habría dicho. Forzarlo a hacerlo era una grave descortesía, y sería la primera vez que ella hiciera una cosa así.

Además, era evidente que don Luis no deseaba adoptar al chico. De lo contrario, no la habría encargado de que cuidase de que no se hiciera ambicioso y de que vistiera con sencillez.

Por otra parte, si no quería que el niño se hiciera ambicioso, ¿por qué le había entregado el crucifijo para que lo cuidara… y por qué le había regalado una espada siendo tan pequeño?

Todo aquel asunto era una pura contradicción; solo don Luis tenía la clave de aquel enigma y seguramente él sabía que ella no le iba a preguntar, que era él quien tenía que decírselo; tenía que hacerle el honor de aquella confidencia. ¡Eso era…! La falta de confianza… eso era lo que la tenía trastornada. No era propio de él pensar que ella no se iba a plantear la pregunta a la que todo el mundo, tanto en el castillo como en el pueblo, había encontrado respuesta.

Desde lejos llegó el sonido de la campana de San Lázaro. Eran las dos.

Don Luis seguía durmiendo pacíficamente, sus manos cruzadas sobre el pecho subían y bajaban con regularidad, su cara relajada y sin perder su expresión de dignidad ni en pleno sueño. Estaba en total armonía con la noche… una noche que para ella era interminable, sin descanso, horrorosa.

* * *

La corrida de toros de Villandrano no era, desde luego, un plato fuerte para los aficionados de Valladolid, de Córdoba o de Sevilla, que la mirarían con bastante indiferencia, aunque, por supuesto, acudirían a verla, si no tenían otra. No obstante, casi todo Villagarcía estaba allí y al menos otros cuatro pueblos vecinos, cuando el espectáculo comenzó, como siempre, a las cinco en punto de la tarde. Nadie, ni noble, ni alcalde, ni ninguna otra persona se habría atrevido a enfrentarse con la multitud

haciéndola esperar ni un minuto el comienzo de la fiesta.

Los espadas eran muy de tercer orden, los banderilleros eran o demasiado jóvenes o demasiado viejos. El paseíllo no se podía decir que hubiera sido un brillante espectáculo. Pero los toros eran buenos, fuertes, negros, criados para embestir y de bravura comprobada en la ganadería.

Las mujeres asomadas a las ventanas que daban a la plaza observaron con interés que asistía numeroso personal del castillo y, sentado solo aparte, estaba un niño de ocho o diez años, con el pelo rubio y los ojos azules… era él, sin duda era él. Querida, ¿no has oído decir…? Todo el mundo lo sabe…

Los ojos no apartaban la vista, las lenguas cuchicheaban, los abanicos se agitaban… Era un espectáculo dentro de otro espectáculo.

* * *

Luisa se despertó sobresaltada y vio que La Rubia estaba sacudiéndola. —¿Qué pasa? –protestó–. ¿Es que no puede una dormir tranquila? ¿Qué sucede?

—Espera que te cuente, espera que te cuente –a La Rubia le temblaba la voz–. El tercer toro…

—¡Oh! ¡Tú y tu corrida! –bostezó Luisa aparatosamente–. Me alegro de no haber ido y no quiero saber nada de ella. Vete a la cama. No tenías por qué haberme despertado.

—Ya sé que no eres aficionada a los toros –dijo La Rubia con los ojos muy abiertos–. No te voy a hablar de la corrida, no entiendes nada. Pero espera a oír lo que ha ocurrido…

—Bueno, ¿qué ha ocurrido? ¿Se ha enamorado alguien de ti?

—Podría ser, pero no había ninguna posibilidad con la vieja Inés a mi lado…

—… porque si no hubiera estado, se te habrían ido los ojos detrás de cualquiera que tuviese bigote. No tenías que haberme despertado.

—Yo no tengo la culpa de ser bonita, querida Luisa. No todas tenemos la nariz como una berenjena, ni las mejillas y la pechuga haciendo juego con ella…

—¡Oye, tú…! –le gritó Luisa, sentándose en la cama de un salto.

—¿He conseguido despertarte por fin? Entonces, escucha: el tercer toro era muy malo, buscaba el cuerpo del torero y lo empitonó; después saltó la barrera y no te puedes figurar la que se armó; todo el mundo salió corriendo…

—Ya te he dicho que no quiero saber nada de la corrida…

—… todo el mundo salió corriendo menos el hijo del amo. Eso es. Él no salió corriendo.

—¡Dios mío! –gritó la gorda–. ¿Le ha pasado algo?

—Se quedó exactamente donde estaba –prosiguió La Rubia–. Y sacó la espada que le regaló el amo la semana pasada.

—¿Esa cosa insignificante… contra un toro?

—Sí. Y era un real toro bravo, tenías que haber visto sus cuernos, y allí estaba, apoyando las patas traseras para subir a la tribuna. Todos gritaban espantados y el señorito se abalanzó sobre el toro y le clavó la espada en el morrillo ¡exactamente en su sitio!

—¡Madre Santa!… ¿Y le mató?

—¿Quién está emocionada ahora? –La Rubia se reía como un pilluelo–. No, estúpida, no lo mató. ¡Con esa espada de juguete y con el toro en aquella posición! Pero lo hirió. Lo hirió lo bastante para que se pusiera a bramar como un condenado, sacudió la cabeza y volvió a la arena. Tendrías que haber oído el escándalo que se formó, sobre todo cuando el hijo del amo retiró la espada, miró la sangre y, arrugando la nariz, la limpió con el pañuelo y la volvió a envainar como si fuera algo que hace todos los días. Hasta le arrojaron flores, pero llegó Juan Galarza…

—No debería haber permitido que eso sucediera. El amo…

—No pudo evitarlo, estaba sentado unas filas detrás y tuvo que saltar por encima del público. ¡Dios mío!, estaba excitadísimo. Si le hubiera pasado algo al niño, el amo le habría arrancado la cabeza con su bonita cicatriz y todo, y él lo sabía. Trajo al triunfante niño a casa, y el viejo cararrajada se lo contó al amo y este dijo con toda tranquilidad: «Muy bien hecho, Jerónimo. Ahora vete a la cama, que ya es tarde». No quería que el niño se envaneciera, supongo, pero yo pude observar que estaba realmente satisfecho, y la señora sonrió, aunque no estoy segura de si en su sonrisa no había una cierta amargura, ya sabes lo que quiero decir…

—Que yo no me entere de que hablas mal de ella, porque…

—¿Quién está hablando mal de ella? Yo solo te estoy contando…

—Tú tienes una lengua muy larga. Ahora déjame dormir.

—¿Que vas a dormir? Pero si no te he contado ni la mitad. ¿Sabes lo que hizo el amo cuando el chico se marchó? Fue a su despacho y escribió una carta en un papel muy especial que utiliza solo para los documentos más importantes. Está sobre su escritorio, sellada: El secretario Álvaro la ha visto, pero el muy tonto no ha mirado a quién va dirigida.

—¿Y qué importa?

—¡Tonta! ¿No lo comprendes? Ya veo que no. Si la carta está dirigida a alguno de los personajes de Madrid, eso significa que el amo tiene la intención de adoptar al niño… ¿Qué otra cosa podría significar?

—¿Y qué pasa si lo hace? Ya nos enteraremos.

—Pues yo quiero enterarme ahora. Voy a echarle un vistazo.

—¡No puedes entrar en el despacho! Porque si el amo…

—Ya se ha ido a la cama. Ahora no hay nadie en el despacho.

—Pero… pero… no la puedes leer. ¿Cómo vas a saber…?

—Crees que no sé leer. He recibido clases, aquí mismo, en el castillo.

—Eres una mentirosa.

—No lo soy. Siempre he querido aprender a leer y escribir. Y el señor Álvaro ha sido tan bueno que me ha dado clases.

—¿De verdad? –por algún motivo Luisa estaba turbada–. ¿Y asistía Inés a esas clases?

—No sé qué es lo que estás insinuando –protestó La Rubia, ofendida–. ¿Quieres venir conmigo a ver la carta?

—Olvidas que el señor Álvaro no me ha dado clases a mí –replicó Luisa mordazmente–. Además, no creo que quieras de verdad que vaya contigo. Estoy segura de que deseas ir a recibir otra lección…

—Eres una descarada. Ven conmigo y podrás ver a dónde voy. No… no me gustaría ir sola en la oscuridad hasta el despacho.

—A mí tampoco me gustaría, si tuviese mala conciencia –replicó Luisa–. Y ahora voy a dormir; y lo mismo deberías hacer tú, si supieras lo que te conviene.

La Rubia dudó un poco y acabó encongiéndose de hombros.

—Bueno, pues buenas noches.

Empezó a desnudarse, aunque parecía que no se daba demasiada prisa.

Unos minutos más tarde oyó el sonido que le era familiar de la respiración estertórica de Luisa. Estaba totalmente dormida.

La Rubia observó un momento. Después se volvió a poner el vestido. Encendió un cabo de vela y protegió la llama con la mano, aunque no era necesaria esa precaución, pues cuando Luisa dormía, dormía. Le había costado bastante esfuerzo despertarla, y ahora La Rubia se arrepentía de haberlo hecho, y todavía más se arrepentía de haberle hablado de la carta y de que la acompañara al despacho. ¿Sería posible que aquella gorda hubiera puesto sus ojos en el señor Álvaro? Era ridículo, ¡con aquella nariz y aquel tipo! Pero mejor sería que no se enterase de nada más, porque podría ir a contárselo a Inés o incluso a la misma señora.

La Rubia salió al corredor, cerró cuidadosamente la puerta tras ella y echó a andar. De puntillas pasó por delante de las habitaciones del servicio y llegó al salón, ocultando la luz con la mano, por si acaso el centinela pasaba cerca de allí. Subió la escalera con sumo cuidado, pues algunos escalones crujían, se deslizó por el corredor de la primera planta y atravesó la sala de recibir. Allí tuvo que volver a andar de puntillas, porque no había alfombra y el dormitorio de los señores estaba cerca. Se detuvo en seco y por poco si grita aterrorizada; pero aquella sombra gigantesca que había en la pared era la de ella misma: se acercó y la sombra fue disminuyendo hasta desaparecer cuando alcanzó la puerta que daba al otro pequeño corredor, en el que a derecha e izquierda estaban las armaduras de los antepasados de don Luis, como hombres ciegos, cuyo silencio parecía echarle en cara su conducta. Las viseras y las corazas brillaban amenazadoras a la luz de

la vela.

Por fin llegó al despacho. La puerta se abrió sin ruido, ella misma la había engrasado unos días antes. Se acercó al escritorio… allí estaba la carta y empezó a descrifrar la dirección. Le llevó su tiempo, porque las clases del señor Álvaro, aunque no habían sido pocas, no estuvieron por completo dedicadas al noble arte de leer y escribir; además, la dirección era larga y estaba llena de títulos de nobleza. Cuando iba por la mitad, oyó pasos que se acercaban al despacho.

No le daba tiempo de llegar a la puerta, así es que se ocultó precipitadamente tras la cortina que tapaba otra puerta que no conseguía abrir. Los pasos se oían cada vez más cerca y ella, haciendo fuerza con las manos, logró por fin abrir aquella puerta sin que, por suerte, hiciera ruido. Estaba en otro corredor absolutamente a oscuras. Había perdido la vela al escapar tan atropelladamente. Tuvo que echar a andar sin luz y de prisa, porque ahora sabía que alguien más había despierto en la casa. Lo más probable era que fuese el mismo don Luis.

Se deslizó por el corredor y, con alguna dificultad, encontró la salida que conducía a la escalera de servicio. Cuando cerró esta última puerta tras ella, respiró aliviada: estaba a salvo.

El cabo de vela debió de rodar bajo un pesado arcón. Su llama era muy débil y estuvo a punto de apagarse, pero prendió en la esquina de una alfombra, cuyos flecos empezaron a arder hasta formar una llamarada.

* * *

El centinela dio la primera alarma haciendo sonar el cuerno. Juan Galarza se despertó, tomó la espada y el escudo y salió corriendo hacia la torre del nordeste, de la cual era responsable. A mitad de camino se había despertado lo bastante para caer en la cuenta de que en aquellos momentos España no estaba en guerra y que aquel toque de alarma tenía que ser porque había fuego. Al mismo tiempo empezó a oler a humo. Dio media vuelta en su carrera. Desde una de las ventanas de la torre vio una nube de humo que se cernía sobre el ala este. Bramando como un toro se lanzó en aquella dirección.

Todo el castillo despertó. Se oían gritos por todas partes y aparecieron las primeras luces.

Doña Magdalena despertó tosiendo y al mismo tiempo don Luis saltó de la cama. En tres zancadas se fue a la puerta y la abrió. Un humo negro lo envolvió.

—¡Esperadme! –le gritó a su esposa y salió como un rayo.

Ella se vistió rápidamente una larga bata. En el patio, alguien gritó:

—¡Todo el castillo está ardiendo!

El humo era terrible. Casi no se podía respirar. Doña Magdalena mojó su pañuelo en el jarro de agua que había cerca de la cama sobre una mesilla y se cubrió con él la boca y la nariz. Oía el crepitar de las llamas. ¿Adónde había ido don Luis? Le había dicho que

lo esperara, pero el fuego estaba cada vez más cerca. Abrió la puerta y vio horrorizada que las llamas habían prendido en las cortinas de la sala de recibir… faltaban unos minutos para que cortaran el camino hacia la escalera.

El corredor estaba lleno de humo.

Jerónimo –pensó–; María, hay que despertar al niño inmediatamente. Vio a su esposo corriendo, con el pelo revuelto y tiznado de arriba abajo.

—¡Magdalena! ¿Estáis bien?

Ella le sonrió forzadamente.

—El niño –le dijo–. ¿Dónde está el niño? Tengo que…

—Está a salvo. Lo he sacado afuera. Vámonos, de prisa, antes de que el techo se desplome.

Pero a los pocos pasos ella se desmayó.

—No… no… puedo… el humo…

Él la tomó en sus brazos y la llevó a través de la sala, que estaba en llamas. Ella se quejaba suavemente.

Ya les faltaba poco para tener aire puro. Las escaleras estaban todavía intactas. Valverde y Galarza se acercaron para ayudarle, pero don Luis no les dejó.

—¡Reunid a los hombres!… Formad una cadena… Que las mujeres traigan cubos para el agua –ordenó enérgicamente–. Estaré con ustedes dentro de un momento.

No quería dejar a su mujer hasta que pudiera respirar el aire libre. Isabel de Alderete llegó con un farol encendido.

—Venid aquí –le dijo don Luis, depositando a su esposa en el suelo–. Cuidad de ella hasta que yo vuelva. ¿Está vuestra hermana con el niño?

—Sí, don Luis.

—Que se quede con él –ordenó–. Las tres sois responsables de él.

Diciendo esto, volvió al castillo.

En un cuarto de hora organizó la lucha contra el fuego, y dos horas más tarde se había dominado. Cuando amanecía, el castillo estaba a salvo. Solamente el ala este había sufrido daños de consideración. La Rubia tenía un ataque de nervios y se acusó a sí misma; don Luis le regañó severamente y la despidió de su servicio; ella volvió a casa de sus padres en Alcalá. No le impuso ningún otro castigo, con gran enfado de Juan Galarza.

—Al menos tendríais que haberla despedido con el pelo cortado, señor.

Don Luis negó con la cabeza.

—Ese no es mi estilo.

—Pero mirad todo el daño que ha ocasionado, señor. Muebles, paredes, alfombras, cortinas…

Don Luis sonrió comprensivo.

—La cabeza rapada de una sirvienta no recompondría nada de esto.

Juan Galarza se alejó, moviendo la cabeza con disgusto.

Don Luis entró en la habitación en la que las dos dueñas habían instalado a doña Magdalena lo más cómodamente posible. Estaba totalmente recuperada.

—¡Por fin! –exclamó ella al verle–. Querido, estáis agotado. Permitidme que os ayude a quitaros el traje.

Pero, en vez de ayudarle, le echó los brazos al cuello.

—Os amo –le dijo–. Os amo, os amo. El niño se ha quedado dormido. Profundamente. Querido, querido, me gustaría poder deciros cuánto os amo. Estoy muy orgullosa de vos.

—¿Sí? –la besó–. ¿Por qué?

Ella se puso de rodillas, dejándole desconcertado.

—Antes de decíroslo, tengo que pediros perdón.

Él la miró perplejo.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado? Por favor, levantaos…

—La costumbre –dijo ella sonriendo– es que el penitente se arrodille en el confesonario. Os tengo que confesar que en mi corazón os he atribuido un pecado… muy grave. Ha sido un pensamiento indigno de mí… y, mucho peor, indigno de mi amor y mi respeto hacia el mejor y el más delicado marido que una mujer pueda tener.

—Os perdono gustosísimo, sea lo que sea.

Don Luis no sabía bien si todo aquello lo emocionaba o lo divertía. La ayudó a levantarse.

—Ha sido terrible –dijo ella–. Daría todas mis joyas por no tener que decíroslo.

—No tenéis que decirme nada, querida.

—¿Entonces ya lo sabéis?

—Francamente, no tengo ni la menor idea –dijo él con una sonrisa–. ¿Por qué tenéis que torturaros por eso? Borradlo de vuestra memoria.

—No –insistió ella contundentemente–. No quiero tener secretos para vos, como vos no los tenéis para mí… me refiero a secretos personales. Seguramente sabéis que todo el mundo en Villagarcía está convencido de que Jerónimo es hijo vuestro.

Él frunció las cejas.

—Me figuraba que podría suceder eso.

—Bueno, pues al final… –ella sollozó, pero siguió diciendo–: al final yo casi acabé también creyéndolo; digo que «casi», porque no me detenía mucho a pensarlo… pero sí tuve grandes deseos de que vos mostraseis más confianza conmigo, aunque no pudierais decirme el nombre de la madre. A veces pensaba que dabais por seguro que yo lo

sabía… otras veces, que me considerabais demasiado estúpida, y esto hería mi vanidad. Tanto una cosa como la otra me hacían sufrir terriblemente.

—¡Querida mía…! –exclamó él.

—Lo peor era que existía un secreto –prosiguió ella–. El primer secreto entre nosotros. ¡No sabéis cómo bendigo este incendio!

—¿Que bendecís este incendio? ¿Qué estáis diciendo? Estáis enferma, estáis cansada…

Ella sonrió con los ojos llenos de lágrimas.

—Por el contrario, hacía tiempo que no me encontraba tan bien. Bendigo este incendio porque me ha dado la prueba de que he sido una idiota al dudar de vos ni un solo instante. Ahora sé que Jerónimo no es hijo vuestro.

—¿Que lo sabéis? –él la miraba escrutadoramente–. ¿Cómo es eso?

—Os amo –le dijo ella–. Y vos me amáis. Soy lo primero en vuestra vida. Si Jerónimo fuera hijo vuestro, me habríais salvado a mí antes… y después a él. Pero no lo hicisteis así. Me dijisteis que esperara y fuisteis a salvar al niño. En consecuencia, este niño ha sido confiado a vuestra custodia por alguna persona… y tenéis empeñado el honor con ella.

—Os prohíbo que sigáis hablando –le interrumpió–. Os prohíbo incluso pensar en quién puede ser esa persona.

La miró y en sus ojos brillaba el orgullo.

—Tenéis razón –añadió–. Sois la reina de las mujeres.

CAPÍTULO 6

El correo había llegado por la noche muy tarde. Juan Galarza le dijo a Jerónimo que el caballo del correo había acabado reventado y que tendrían que matarlo.

—Cuando se cabalga para el Emperador lo único que importa es llegar pronto. En España hay muchos caballos, pero hay un solo Emperador.

Hubo abundantes cuchicheos y no menos hipótesis acerca del mensaje que el correo había traído con tanta urgencia. Pero en realidad nadie sabía de qué se trataba; solamente que el correo procedía de Yuste, donde el Emperador vivía entonces. Valverde sabía que Yuste no era un pueblo, sino un monasterio, porque un primo suyo era monje allí; Jerónimo recordó que don Luis lo había citado hablando con la Tía, comentándole que el Emperador se había retirado allí «por una temporada». En realidad, no podía imaginarse cómo era aquello posible. Se acordaba del monasterio de Valladolid. ¿Cómo podía el Emperador dormir en un camastro de una pequeña celda? ¿Y qué pasaría con el séquito de la corte, los generales, los almirantes y todos los demás? ¿Y las damas? Las damas no podían entrar en un monasterio.

Álvaro, el secretario, aventuró que quizá el Emperador había muerto, pero Galarza se echó a reír.

—Si así fuera, don Luis nos lo habría dicho y la bandera estaría a media asta. Lo que decís es una tontería.

El secretario levantó las cejas.

—Al fin y al cabo, señor Galarza, el Emperador es muy anciano…

—No es más viejo que yo –protestó Galarza–. ¿Os parece que yo me estoy muriendo, señor Álvaro? Tomad un florete o una espada y veremos quién de los dos es más cadáver.

Álvaro tenía la suficiente prudencia para no aceptar.

—Todos sabemos que sois un hombre fuerte, señor Galarza. Mi única espada es la pluma. Yo no he dicho que estéis muriéndoos. He dicho…

—Ya lo he oído. Pero, después de don Luis, yo soy el hombre que mejor conoce al Emperador, Dios lo bendiga y le dé una larga vida…

—Amén, amén –dijo Álvaro precipitadamente.

—… he peleado a su lado más de una vez, señor Plumífero, y os digo que el día en que muera se producirá un terremoto, una catástrofe que sacudirá al mundo entero, y no nos quedaremos tan tranquilos aquí tomando el desayuno.

Por la tarde, don Luis ordenó que se empaquetaran un montón de cosas: muebles, cuadros, alfombras, vajilla; se compraron una docena de mulas; se revisaron todos los

carruajes. Y la Tía le dijo a Jerónimo que viajarían a Yuste, o al menos a Cuacos, el pueblo que estaba al lado de Yuste.

—El Emperador desea tener cerca a don Luis, y como será para mucho tiempo, nos ha dado permiso para alojarnos allí.

Parecía que en sus palabras había una cierta reserva, y hasta se podía sospechar que no era una idea que realmente la entusiasmara.

Jerónimo estaba radiante. Se iba a librar de las clases, pues en el castillo nadie tenía tiempo para esas cosas; el Padre Prieto debía empaquetar también sus pertenencias, porque sería el capellán de la familia en Cuacos. El Padre Morales estaba muy mayor y muy achacoso para hacer ese viaje; y tanto Juan Galarza como Diego Ruiz habían sacado las armas y las estaban revisando; unas las empaquetaban y otras las distribuían a los hombres del séquito; no podían ocuparse del muchacho. ¿Había algo más bello que las armas? La bien dibujada línea de la ballesta, el imponente acero de una espada, la arrogancia de un sable de parada, dorado y con las piedras incrustadas y su fino damasquinado; hasta los vulgares machetes tenían su belleza; el alfanje árabe y la cimitarra turca recordaban una media luna, lisas y brillantes como serpientes. Y aquella media docena de pistolas diferentes, las armas asombrosas que habían conquistado el Nuevo Mundo, los Incas, los Aztecas… y todo ello al servicio del Emperador, que gobernaba los dos mundos, el viejo y el nuevo, y al que pronto iba a ver.

Estaba absolutamente convencido de que lo iba a ver. Cuacos estaba muy cerca de Yuste, y muy altos tendrían que ser los muros del convento para impedir que él pudiera echar un vistazo más tarde o más pronto. Desde luego, don Luis lo vería con frecuencia. El Emperador tenía que ver a don Luis. Si alguna cosa faltaba para que Jerónimo venerase a su héroe, era la evidencia absoluta de que el Emperador no podía pasarse sin él.

* * *

Aquel fue un viaje bien diferente del que hizo con el señor Charles Prévost. Se le permitió a Jerónimo que montase su pequeña mula al lado de don Luis, a la cabeza de la caravana.

—Estamos haciendo el mismo camino que hizo el propio Emperador cuando fue a Yuste –le explicaba don Luis–. Salió de Valladolid después de la comida del mediodía. Excepto sus servidores personales, a nadie se le permitió acompañarle más allá de la Puerta del Campo. La escolta militar consistía en una escuadra de caballería y cuarenta alabarderos. La primera parada la hicimos en Medina del Campo.

—¿Estabais vos con él, señor?

—Sí. Pasamos la noche en casa de un hombre rico, llamado Rodrigo de Dueñas. Como muchos de los nuevos ricos, era vanidoso y estaba orgulloso del dinero que poseía. Era el mes de noviembre y hacía mucho frío. Colocó un brasero de oro en la habitación del Emperador; en vez de echarle brasas de carbón, lo encendió con maderas

olorosas de Ceilán… como un alarde. El tufo se le agarró a la garganta al Emperador. Además, a él no le gusta la ostentación. Así es que hubo que sacar el brasero de allí. A la mañana siguiente, dio órdenes de que se le pagase a Dueñas los gastos que había hecho. ¿Comprendes por qué lo hizo?

—Creo que sí –dijo Jerónimo dudoso–. No quiso concederle a aquel hombre el honor de haber sido su huésped. Lo trató como a un posadero.

—Exacto.

A los pocos días llegaron a Tornavaca y, lo mismo que había hecho el Emperador, cortaron camino atravesando el puerto de Puerta Nueva.

La subida del puerto no fue fácil. Aquello no era precisamente un camino real; las mulas, los caballos y los carruajes tenían que abrirse paso a través de espesos y oscuros bosques de castaños, vadear torrentes de montaña y seguir profundos desfiladeros.

—Unas horas más –comentó don Luis– y nuestros esfuerzos se verán ampliamente recompensados.

Dirigió a su esposa una sonrisa de aliento. Cabalgaba junto al carruaje de ella por aquel dificultoso camino, a ratos desmontaba y tomaba él mismo las riendas de la mula que tiraba del carro, con gran desconcierto del que la conducía.

Las dos últimas horas antes de coronar el puerto fueron las peores. Despacio, la larga caravana subía los montes; los desfiladeros que iban dejando atrás parecían negras cuchilladas abiertas en el terreno; los castaños escaseaban cada vez más, como si ellos mismo temieran seguir trepando por aquellas escarpaduras.

Ya cerca de la cumbre, don Luis se puso otra vez a la vanguardia. Jerónimo no mostraba cansancio alguno, iba sobre su mula tan derecho como si acabaran de salir de Villagarcía. Llevaba su precioso crucifijo bien sujeto a la silla, y su pequeña espada, al cinto.

Don Luis se acordó de la noche del incendio. Jerónimo se había soltado de sus brazos, había tomado primero el crucifijo y después la espada; solo entonces le permitió que le ayudara a salir de la habitación.

Se acercó a donde el chico estaba.

—Ponte un poco a la derecha –le dijo con tono brusco.

El niño obedeció. Atravesaron un tramo del camino sembrado de piedras y se detuvieron. Entonces, ante ellos se abrió una amplia y hermosa llanura, salpicada de suaves colinas y huertos de naranjos y campos de olivos.

—La Vera de Plasencia –dijo don Luis en voz baja–. Uno de los lugares más bonitos y más tranquilos de España.

A lo lejos, por encima del valle se veía una elevación del terreno exuberante de verdor y en lo alto unas casas blancas se agrupaban alrededor de una iglesia.

—Yuste –comentó don Luis–. Llegaremos pasado mañana –y añadió después de un breve silencio–: Ahora mismo estás exactamente donde el Emperador estuvo sentado. Lo

subieron aquí en una silla de manos y yo estaba en pie a su lado. Me dijo: «Ya solo me queda que atravesar un puerto: el de la muerte».

Jerónimo abrió la boca atónito.

Don Luis lo miró de una manera extraña.

—El Emperador, mi querido Amo, es un anciano –dijo con voz suave–. Es mucho más viejo de lo que correspondería a su edad. Incluso un Titán se debilitaría si tuviera que llevar el mundo sobre sus hombros durante tantos años. Reza por él, Jerónimo, reza por él todos los días.

—Lo haré, señor –dijo el niño con voz emocionada.

Era la primera vez que veía lágrimas en los ojos de don Luis.

Empezaron a descender.

* * *

La vida en Cuacos era un aburrimiento. Quizá lo más decepcionante era que nadie tenía tiempo que dedicarle. Allí no había castillo (era lógico, puesto que el mismo Emperador tenía que vivir en un monasterio). Ellos vivían todos en una especie de caserón, que en realidad eran tres casas juntas, en las que un montón de artesanos, campesinos y jornaleros habían estado trabajando durante meses hasta conseguir hacerla un tanto habitable. Don Luis no estaba en absoluto satisfecho del resultado; se reunía con algunos de los artesanos, les diseñaba planos y ordenaba hacer cambios. Cuando se marchaba al monasterio a ver al Emperador, los artesanos explicaban a los obreros y jornaleros lo que tenían que hacer y estos se ponían a hacerlo. Pero cuando don Luis regresaba por la tarde, se encontraba con que no habían comprendido sus explicaciones, y otra vez tenían que volverlo a hacer todo. Aquello era un continuo martilleo, y serrar, y romper paredes, y volverlas a levantar. En medio de todo esto, don Luis tenía que recibir numerosos huéspedes, grandes nobles con hermosas vestiduras y brillantes condecoraciones, arzobispos y obispos y abades; y siempre tenía que excusarse por el estado en que se encontraba la casa. Ellos lo alababan porque sacrificaba su comodidad en servicio del Emperador.

Allí no había lugar para un niño. Jerónimo tenía que dedicarse a matar el tiempo. ¡Matar el tiempo! Don Luis, Juan Galarza, el Padre Prieto y hasta la Tía, la querida Tía, no hacían más que hablar de la terrible situación en que se encontraba el mundo; lo que pasaba con los franceses, con los luteranos, los árabes, los turcos, los siempre odiados moriscos, los piratas ingleses que asolaban el imperio en el Nuevo Mundo, las peleas en Holanda y en tantos otros lugares. Y allí estaba él con sus once años y cuatro meses de edad, doce años prácticamente, y todo lo que se le permitía hacer era matar el tiempo; deambulaba por allí con la ballesta que le había fabricado Juan Galarza, matando pájaros y ardillas, como si fuera un niño de siete años.

Seguía ayudándole a la Tía a distribuir dinero y cosas a los pobres, porque en Cuacos también había pobres; pero era el dinero de la Tía y él se ponía enfermo cuando los

pobres le daban las gracias e intentaban besarle la mano, como si él fuera su benefactor.

¿Quién hubiera pensado que llegaría un día en el que desearía continuar sus clases de griego y de latín, de geografía y de historia y de todo lo demás? Pero el Padre Prieto no estaba dispuesto a ello. La mayoría de las veces acompañaba a don Luis a Yuste, y en la casa el continuo martilleo y el estruendo de los albañiles hacían las clases casi imposibles.

Lo único que realmente Jerónimo quería hacer era ir a Yuste y mirarlo todo; hasta, con un poco de suerte, ver al Emperador. Pero esto don Luis se lo había prohibido terminantemente; además, aunque intentara hacerlo a escondidas, no había ninguna posibilidad de que no lo descubrieran. En cualquier momento lo podía ver alguna de las muchas personas que andaban por todas partes.

Hubo un pequeño alivio en su aburrimiento: la Tía encargó que le hicieran un traje nuevo. Era muy diferente de las ropas sencillas que hasta entonces había llevado. Tenía el calzón corto y abullonado, igual que las mangas. La tela era casi tan suave como los vestidos de la Tía. Le dijeron que era el vestido de un paje y esta palabra le gustó.

—Me gusta ser tu paje, Tía. Seré siempre tu paje.

También le regalaron unos zapatos que, en vez de ser de cuero, eran de seda. Y hasta le dieron unas medias largas. Cuando el traje estuvo terminado, se lo puso y se miró al espejo. Se quedó satisfechísimo.

—Soy un paje –comentó orgulloso–. Soy el paje de la Tía.

La Tía también estaba satisfecha. El niño era extraordinariamente guapo, sus movimientos eran graciosos, pero viriles, a pesar de su vanidad.

—¿Te gustas como estás? –le preguntó la Tía y, como sin darle importancia, añadió–: Esperemos que al Emperador también le guste.

Jerónimo se volvió, dando un respingo. Se olvidó del espejo.

—¿El… el Emperador? ¿Es que… voy… iré a…?

—El Emperador me ha concedido una audiencia para mañana –le explicó ella–. Y tú me acompañarás como paje; le ofreceré un pequeño regalo, que espero se digne aceptar.

A Jerónimo la cabeza le daba vueltas.

—¡Pero Tía querida… yo… yo no sé qué le voy a decir! ¡No le diré más que tonterías…!

—No tendrás que decirle nada. Esperarás que se dirija a ti… si es que lo hace. Y cuando te hable, le contestarás con sencillez y con voz sosegada. No te preguntará nada a lo que no puedas responder. Le tienes que llamar Vuestra Majestad, como todo el mundo le llama.

Aquella noche durmió muy mal. Estaba preocupado con el miedo de cometer un disparate; quizá se le caerían las medias, o tiraría al suelo el regalo (eran unos preciosos pañuelos de encaje) o se le trabaría la lengua, tartamudeando cuando tuviera que responder al Emperador. El vencedor de Mühlberg, de Túnez, de Pavía, el más grande

conquistador de todos los tiempos, el gobernante de todo el mundo cristiano y de todos los millones de paganos del Nuevo Mundo, ¡le iba a hacer preguntas! ¿Y si se le ocurría preguntarle por los verbos irregulares griegos, por ejemplo?

Dio un salto de la cama, encendió una vela, buscó la lista de los verbos griegos y se metió con ellos, repasándolos uno por uno. El criado que fue a despertarlo por la mañana se lo encontró dormido sobre la mesa y con la vela encendida peligrosamente cerca de sus cabellos.

El criado lo sacudió suavemente hasta despertarlo y le cayó encima una catarata de verbos griegos. Salió corriendo estupefacto y fue a informar a doña Magdalena de que el niño había debido de tener una pesadilla o, lo que era peor, tenía que haber perdido la razón. Pero cuando ella llegó para ver lo que había pasado, Jerónimo ya estaba lavándose afanosamente, salpicando agua en todas direcciones, lo cual la tranquilizó por completo. Es sabido que los que pierden la razón no se acercan al agua, a no ser que deseen ahogarse, lo cual no era en absoluto la intención de Jerónimo. Era un secreto a voces que la infortunada madre del Emperador, la reina Juana, odiaba lavarse en los ataques de locura y se abalanzaba sobre cualquiera que se le acercara llevando una palangana con agua.

Después de haberse arreglado, doña Magdalena examinó a su paje con toda minuciosidad y se mostró satisfecha.

—Saldremos a las tres –le dijo–. Procura estar tan limpio como lo estás ahora.

Don Luis fue a Yuste por la mañana, como de costumbre. Vio a Jerónimo y le dijo unas cuantas palabras, pero no hizo ninguna observación acerca de su aspecto.

El tiempo parecía transcurrir a paso de tortuga. El Padre Prieto, que no había tenido que ir a Yuste aquel día, se quedó atónito cuando Jerónimo fue a su cuarto y le insistió en que le diera una clase de griego. Más tarde se lo comentó a don Luis: «Me quedé totalmente asombrado. Cualquier otro niño no habría podido pensar más que en la audiencia con el Emperador. Nunca he visto una determinación como la suya».

Al mediodía comió muy poco. Doña Magdalena no estaba presente, porque todavía se estaba arreglando.

Como toda dama que ha vivido en la corte, era muy puntual. Cuando en las campanas de Yuste sonaban las tres, estaba abajo de la escalera, y su paje, de punta en blanco, le abrió la portezuela del carruaje.

—Tía, ¿voy a pie al lado del carruaje o monto en la mula?

—Ninguna de las dos cosas –le respondió doña Magdalena horrorizada–. ¿Te vas a presentar ante Su Majestad con los zapatos y las medias cubiertas de polvo del camino o, lo que es peor, apestando a mula? Vendrás conmigo en el carruaje.

Ella subió al coche, magnífica con su vestido de seda negra y encajes blancos. Jerónimo la siguió sin decir palabra, un palafrenero cerró la puerta y el coche se puso en marcha.

De repente, Jerónimo se sobresaltó.

—¡El regalo, Tía, se nos ha olvidado el regalo!

—Siéntate y cálmate –le dijo doña Magdalena tranquilamente–. No se nos ha olvidado nada –y le mostró un pequeño cojín de terciopelo y un paquetito–. Cada cosa a su tiempo.

—¿Pero… le permitirán al Emperador utilizar estos pañuelos? –preguntó Jerónimo–. Digo si se lo permitirán en la celda de un monasterio.

—El Emperador no vive en una celda. No es un monje.

Por fin encontró respuesta a una pregunta que no se había atrevido a hacer nunca, porque temía que se burlaran de él.

—Han construido un ala nueva para él; es como un pequeño palacio; tiene incluso jardín y hay cincuenta personas a su servicio. Cincuenta y tres monjes, especialistas en diversas materias, han sido enviados a Yuste desde otros monasterios. Viven sujetos a la regla de su Orden, desde luego, pero tienen el encargo especial de estar a disposición de Su Majestad para que pueda consultarles en los asuntos que son de sus correspondientes especialidades.

—¿Entonces está viviendo en un palacio al fin y al cabo?

—Si llamas palacio a una casa con ocho habitaciones, entonces es un palacio. Don Luis dice que ha hecho traer algunos de sus tapices flamencos, unas cuantas hermosas pinturas y algunos otros objetos preciosos, pero la habitación es muy pequeña. Los criados, el barbero, los cocineros, los panaderos y su relojero de confianza tienen que vivir en otra parte del monasterio. El doctor Mathys, su médico, el señor Overstraeten, el boticario, y el cervecero Dugsen están en la hostería del monasterio, y el secretario, Martín Gaztelu, y el señor Morón, responsable del guardarropa, están en Cuacos, como nosotros. ¿Estás satisfecho?

El carruaje se detuvo y un criado con una librea negra abrió la portezuela. Jerónimo bajó de un salto y ayudó a descender a doña Magdalena. Vio que estaban ante la puerta de la iglesia del monasterio.

Miró intrigado a doña Magdalena, pero ella con toda calma deshizo el paquetito, sacó los pañuelos, pequeños milagros de encajes finos, y los colocó sobre el cojín.

—Ya está –le dijo–. Tómalo y sígueme.

Él obedeció mecánicamente y la siguió escaleras arriba hasta dentro de la iglesia. Tuvo que pasarse el cojín a la mano izquierda para tomar el agua bendita que ella le ofrecía con los dedos estirados. Se dirigieron hacia el altar mayor y la Tía hizo una genuflexión ante el Sagrario. Él hizo lo mismo sujetando bien el cojín. De repente, se acordó de lo que le había comentado don Luis y rogó para que los pañuelos le gustasen a aquel Emperador que ya no podía sostener sobre sus hombros el peso del mundo.

Vio, lleno de asombro, que doña Magdalena subía hacia el altar; pero torció a su derecha; él fue tras ella hasta una puerta acristalada ante la que había un criado. Este saludó con una inclinación y abrió.

Como sonámbulo, Jerónimo penetró en una habitación. Era un dormitorio sencillo y austero; la cama estaba situada de manera que desde ella se podía ver el altar mayor.

Doña Magdalena se volvió hacia Jerónimo.

—Como ves, Su Majestad puede participar en la Misa, cuando no se encuentra con fuerzas para abandonar el lecho. Y el celebrante puede acercarse aquí para darle la Sagrada Comunión.

Jerónimo asintió con la cabeza; tenía la garganta tan apretada que casi no podía ni respirar.

Ella señaló con la mano una pintura de la Señora, de una belleza indescriptible.

—Este cuadro es de su pintor preferido –le dijo–. Se llama Tiziano.

Jerónimo dirigió una inclinación de cabeza al cuadro, aunque no sabría decir si la dedicaba a la Señora o al genio del artista.

En la puerta siguiente había dos criados más, y un tercero, mucho más ricamente vestido, levantó una cortina de terciopelo, con un gesto de cortesía.

Penetraron en una especie de oscuridad. La habitación era negra, tan negra como la librea de los criados. La tapicería, negra; la cortina, negra; y hasta la funda de seis grandes arcones era negra. Había seis preciosos sillones de nogal forrados de cuero negro; y una gran mesa con un tapete negro. Y junto a ella…

Pobre hombre, pensó doña Magdalena, mientras hacía una profunda reverencia de cortesía. Pobre hombre. Sabía que el Emperador había ordenado que todo aquello se decorara de color negro cuando murió su madre, Juana la Loca, poco antes de retirarse a Yuste. Su muerte, después de muchos años de crueles sufrimientos del espíritu, había sido un alivio, y no solo para ella. El Emperador guardó luto… pero ahora ya hacía mucho tiempo que el luto oficial había terminado. No obstante, había dejado aquella habitación como estaba. Quizá de esa forma, rodeándose de la misma oscuridad en la que había estado la mente de su madre, el Emperador quería participar de los sufrimientos por los que ella había pasado.

Jerónimo se enderezó, después de haber hecho una profunda inclinación ante la nada, y entonces vio, en medio de aquel mundo de tinieblas, una imprecisa mancha clara: era el rostro de un anciano con una barba blanca muy suave. Estaba sentado en una silla de ruedas, acomodado entre cojines y con las piernas cubiertas por un fino paño de seda. Junto a él, sobre la mesa, había una jaula con un pájaro grande muy raro, como nunca Jerónimo había visto: sus plumas eran de un maravilloso color azul en la cabeza, las alas y la cola, el pecho era amarillo y los ojos los tenía rodeados de blanco.

Dos pequeños gatos maullaban a los pies del Emperador; también eran diferentes de todos los otros gatos: tenían la piel de color marfil, pero sus cabezas eran oscuras, como si el demonio los hubiera tocado para estropear su belleza.

Cuando los ojos de Jerónimo se acomodaron a la oscuridad, pudo ver junto a la pared la figura borrosa de don Luis, en posición rígida; tuvo deseo de dirigirle una sonrisa, pero no se atrevió. Lo único que se oía era la fatigosa respiración asmática del

Emperador, que levantó sus pesados párpados y fijó su mirada en el niño.

Jerónimo empezó a temblar. Los ojos del Emperador eran como de hielo azul, agudos y penetrantes; parecía que toda la vida que había en él estaba concentrada en aquellos ojos. Y al mismo tiempo, tenían una expresión triste, como si guardaran un enigma imposible de descifrar.

«Bárbara –pensó Carlos V–, la pequeña Bárbara…».

Aquel día en Regensburg… Pietro Colonna estaba allí y el Landgrave de Leuchtenberg… ya no se acordaba de lo que estaban pidiendo; había muchos problemas. Contarini le animaba contra Roma y Granvela lo apoyaba; no sabían lo que harían los sajones si hubiera una guerra. Era a finales de abril o principios de mayo, pero hacía frío, siempre hacía frío, todos los días había que encender el fuego en aquella posada… ¿cómo se llamaba?… *Zum Goldenem Kreuz,* la Cruz dorada. En las calles, los buenos ciudadanos de Regensburg se asomaban a las ventanas para ver al Emperador.

La Cruz dorada. Un nombre muy apropiado para aquella época en la que todo el mundo codicia el oro y se olvida de la Cruz… excepto las cruces doradas que llevan puestas en el pecho o colgadas del cuello… ¡locos!… la única Cruz que merece la pena es la que un día fue cargada sobre unos hombros.

El niño se parece a Bárbara. Tiene los ojos azules. ¿Por qué milagro de Dios los niños heredan los rasgos de sus padres? Por mucho que los sabios investiguen y descubran, en realidad eso seguirá siendo un milagro. Tiziano ha pintado un buen retrato mío, pero solo Dios ha hecho a Tiziano… y a mí. A mí. Y a este niño. Aunque en el caso de este niño fue infringiendo la ley divina.

¿Cómo sucedió? ¿Qué fue lo que trajo a la pequeña Bárbara a La Cruz dorada? Estuvo allí cantando para él… formaba parte de un coro. Llevar ese coro para distraerle fue idea de su hermana, Dios la bendiga, Juana de Hungría, la única persona de su familia que era alegre… al menos lo fue en su juventud. Ella sabía cuánto le gustaba a él la música. La música era como una forma concentrada de vivir, podía elevarnos hasta el cielo o sumergirnos en las profundidades del infierno, el éxtasis o la desesperación; un hombre debe tener dominio sobre sí mismo, pues de lo contrario se descarría fácilmente y entonces… entonces él quiso conocer a la cantante. Quijada fue a buscarla. Era joven, una primavera de juventud, era sencilla y amable, en absoluto tímida, pero sin perder el respeto… Fue una lástima que después se comportara tan mal; él se puso furioso… y recortó la cantidad de dinero que le entregaba. Cualquiera sabe de lo que habría sido capaz si le hubiera dado todo lo que pedía. «No podéis arrancar a un hijo del lado de su madre, eso es una crueldad, es inhumano»… probablemente los demás pensaron lo mismo, pero él estaba seguro de que a los pocos años el niño mismo, si es que valía algo, se habría apartado de ella.

Aquellos días furtivos en Regensburg, confesados ya hacía tiempo… y se acabó Carlos como simple hombre, se acabó Carlos como persona privada, aunque ella no podía comprender; solo pensaba en ella misma y en el niño como posesión suya. Lo había confesado ya hacía mucho tiempo y allí estaba el pasado, vivo, con un enorme

parecido a su madre…

No era necesario que Quijada le hiciera señas, no cabía ninguna duda, todavía tenía ojos para ver. Tenía que hablarle a Felipe. Por el momento, Quijada lo ha hecho bien por lo que se puede apreciar. Adiós, pequeña Bárbara…

Doña Magdalena estuvo esperando… podría ser que el Emperador desease decir algo. Pero, como se mantenía en silencio, le dio un empujoncito a Jerónimo y el niño, apretando los dientes, se adelantó hacia aquel hombre terrible y cayó de rodillas ante él, ofreciéndole el regalo de su señora. Una mano arrugada de color marfil tomó los pañuelos y los puso sobre la mesa, después se apoyó en la cabeza del niño; ¿sería una bendición?

Jerónimo vio que el anciano cerraba los ojos y oyó una voz apenas reconocible como de don Luis, que le dijo amablemente:

—Tienes permiso para retirarte.

Él se levantó y retrocedió junto a doña Magdalena. Ambos se retiraron por el mismo camino que habían venido. El dormitorio del Emperador. La puerta de cristales. La iglesia. Caminaban sin hacer ruido.

Ya fuera, a la luz del día, el carruaje esperaba. Pero Jerónimo le tiró suavemente del vestido a doña Magdalena y, cuando esta se volvió hacia él, se arrojó en sus brazos con el corazón encogido.

—¿Qué te pasa? ¿Qué te pasa, querido?

—No lo sé –dijo el niño sollozando.

Por encima de la cabeza del niño ella vio a su esposo de pie en el portal. No la miraba a ella, sino al niño. Sus fuertes y severas facciones estaban extrañamente distendidas y le temblaban los labios.

La mano de doña Magdalena, que acariciaba la cabeza del niño, se detuvo, pero un instante después siguió sus caricias. Se dio cuenta de que debía guardar para sí lo que de repente acababa de comprender.

CAPÍTULO 7

La noticia de la victoria de Gravelinas le fue dada al Emperador cuando estaba en el jardín sentado en su silla de ruedas y pescando en el estanque. Había pasado uno de sus mejores días y saboreó la noticia como si fuera una golosina. Luis Quijada tuvo que contarle todos los detalles que se sabían.

—¿Conque fue Egmont? –comentó el anciano muy satisfecho–. Siempre me gustó ese muchacho. Uno de mis mejores discípulos; él y Guillermo de Orange y Alba, mis mejores discípulos. Me he preocupado de que Felipe tenga personas buenas y capacitadas a su servicio. Habéis dicho que han sido Egmont y la flota inglesa. También tenía yo razón con los ingleses. Eso es algo que mi hermano no podrá comprender nunca, no sabe pensar en términos de marina, pero tendrá que aprenderlo, si quiere gobernar un imperio. En Inglaterra saben construir barcos y tienen hombres para tripularlos, si se proponen hacerlo. Ha sido una suerte haber llegado los primeros al Nuevo Mundo y a Asia. Va a ser una contrariedad para los ingleses el que no les quede ya nada que descubrir ni colonizar. Intenté un día explicárselo a mi hermano, pero no me comprendió. No sabe tener visión panorámica de las cosas, no sabe mirar más que en una dirección en cada momento. Eso es malo en el ajedrez y en la política.

Se le había ido el buen humor, como siempre que pensaba en su hermano. Guardó silencio, y don Luis conocía demasiado bien a su señor como para decir nada. Durante mucho tiempo, Carlos V estuvo intentando que la corona imperial pasase a su hijo, pero los Electores alemanes no quisieron nada con él. El rey Felipe era para ellos un extranjero y lo sería siempre. Durante años y años había estado ausente e incluso se había negado resueltamente a hablar otra lengua que no fuera el español y un poco de mal latín. Los príncipes alemanes, por supuesto, no hablaban español y su latín no era ni siquiera malo. El resultado era un clima tenso y formalista, propicio para que se fraguaran intrigas.

Hacía unos treinta años, cuando los Electores prefirieron a Carlos en vez de a Francisco I de Francia, pusieron las bases para las muchas terribles guerras que Carlos tuvo que emprender contra su rival. Ahora ya hacía más de diez años que Francisco había muerto, pero las lamentables consecuencias de sus guerras seguían vivas, porque ocurrió que en algunas de las fases bélicas se alió con el mismísimo Gran Turco; así el mundo pudo contemplar el espectáculo de un Emperador católico luchando contra un rey católico, el primero aliado con los príncipes protestantes y el segundo con el jefe de los musulmanes.

Cuatro años hacía ya que había dejado el Imperio en manos de su hermano Fernando, cuando se retiró a vivir en Yuste. Unos años después abdicó del ducado de Borgoña a favor de su hijo Felipe, y un año más tarde abdicó como rey de España también en

Felipe.

Pero la abdicación formal como Emperador la había hecho aquel mismo año; el día más amargo de su estancia en Yuste había sido cuando recibió la carta de los Electores alemanes en la que le informaban de la coronación de su hermano. Hizo llamar a su capellán y le dijo: «Desde ahora la oración por el Emperador debe mencionar el nombre de mi hermano Fernando. La oración por mí deberá decir solamente Carlos. Porque ya no soy más que eso». Reunió a todos los sirvientes en su habitación e hizo que el de más edad leyera la carta en voz alta. El pobre hombre estaba llorando y las palabras le salían con gran dificultad. Cuando acabó de leer, Carlos volvió a decir: «Eso es. Ahora no soy nadie».

A partir de aquel día, ni escudos, ni armas, ni nada que se refiriera al Imperio fue tolerado en el palacio de Yuste. Pero nadie le dirigía la palabra sin llamarle Vuestra Majestad o Sire.

—Haced que venga mi confesor –ordenó Carlos.

Don Luis asintió con la cabeza y fue él mismo en busca del Padre confesor del Emperador. Cuando llegó, el Emperador le dijo:

—Mañana celebraréis misa de difuntos por mis padres y por mi esposa.

—Sí, sire.

—¿Sería bueno, Fray Juan, celebrar una Misa por mí mismo, para que yo pueda ver lo que se hará por mí en un próximo futuro?

El Padre Juan de Regla intentó disuadir al anciano de que se hiciera eso, pero nadie podía disuadir a Carlos V.

—Padre, ¿creéis que eso será de provecho para mi alma?

—Sí, Sire.

—Muy bien. Entonces disponedlo todo.

* * *

Ante el altar mayor habían colocado el catafalco. Todo el mundo se había vestido de negro. Alrededor del catafalco había unos cirios encendidos y Carlos sostenía una vela encendida con su mano izquierda, pues con la derecha volvía las páginas de un viejo Libro de Horas desgastadas por el mucho uso.

Carlos V había rezado por su padre Felipe I, Felipe el Hermoso, como se le llamaba, que murió a los treinta años; por su madre Juana, que había amado tanto a su esposo, a pesar de todas las humillaciones que este le había infligido en su corto e infeliz matrimonio, que se volvió loca cuando lo besó en su lecho de muerte; ella siguió viviendo así medio siglo, loca perdida, desgreñada y sin consentir en lavarse, sintiendo un odio demencial hacia las cosas santas. En la Misa cerraba los ojos para no ver la elevación de la Hostia Sagrada. Varias veces había intentado suicidarse. Había rezado también por Isabel de Portugal, que tan pronto lo había dejado solo; Isabel, que siempre

le había dado alegría y amor. Y ahora Carlos estaba rezando por Carlos.

Aquel era su catafalco. Dentro de muy poco tiempo aquello sería toda la morada para el amo del mundo. Su pueblo lloraría por él como ahora estaba llorando… lo podía oír, a pesar del canto de los monjes.

Podía irse en paz. Nadie le tenía envidia, nadie… él había cuidado de que fuera así desprendiéndose de todo. No había nadie que no pudiera apañárselas sin él, nadie lo necesitaba realmente. No tenía especial interés ni por irse ni por quedarse. Se podía ir como se iba un monje, sin que nada le atara al mundo. Estaba libre para obedecer a Dios. Se sentía dispuesto para el viaje más largo que el de Colón o que el de Cortés.

* * *

Una tarde del último mes de septiembre se hallaba sentado solo en el jardín. Garcilaso de la Vega llegó de Flandes trayendo saludos de los de allí. Bien. Garcilaso se marchó. Bien igualmente.

Pudo seguir contemplando los tres retratos que tenía en la mano. Uno era de Isabel, joven y hermosa; difícilmente sería más hermosa en el cielo. Otro era Jesús en Getsemaní, Cristo en oración. Y el otro era el Juicio Final. El triunfo definitivo, el desastre definitivo, el final de todas las cosas finitas con la muerte; la sentencia, el cielo o el infierno.

Plus Ultra –más allá– era el lema de su escudo. Siempre más y más y todavía más. Había vivido de acuerdo con esas palabras. Más y siempre más. Hasta que incluso el mundo entero no era bastante; y tuvo que quitárselo de encima de los hombros para alcanzar a Dios. No, no, esos no eran pensamientos suyos, eran insinuaciones del tentador. Cuando Dios estaba en la tierra, dijo: «¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero, si pierde su alma?».

No era cosa fácil poseer el mundo y renunciar a él, pero él lo había hecho. Aunque el tentador seguía susurrándole que no había nadie que pudiera sustituirlo, que tenía el deber de continuar. Él sabía que aquello no era más que la voz de Satanás. Dios no tenía necesidad de ningún hombre en concreto para establecer su orden en el mundo. Si lo deseaba, podía dotar de su gracia y de su fuerza al más bajo, al más insignificante y al más débil de los hombres. Nada podía oponérsele a Dios. Un amor excesivo a las cosas del mundo, incluso a la esposa o al marido, al padre o a la madre, al hijo o a la hija, incluso a un imperio, apartaba del único amor que importaba verdaderamente. Vos me enseñasteis esto, madre, cuando os volvisteis loca a la muerte de mi padre. Pero entonces yo era un niño de seis años y no me enteré de lo que había sucedido. Por eso Dios os dejó vivir casi medio siglo… hasta que yo aprendiera la lección.

Ahora ya estaba cercano el día del juicio. El anciano se estremeció. Se llevó a los labios un pequeño silbato de oro.

Cuando los criados acudieron presurosos, dijo con una voz muy suave:

—Me encuentro mal.

Ellos lo llevaron en la silla de ruedas a la casa y llamaron al médico.

* * *

Con el Emperador enfermo, don Luis tenía que permanecer en Yuste día y noche. Fueron enviados emisarios en todas direcciones y los visitantes empezaron a invadirlo todo. La princesa Juana envió a su médico particular, el doctor Corneille Baersdorp. Inmediatamente llegó el arzobispo de Toledo, Bartolomé de Carranza, acompañado de dos frailes dominicos. Fue recibido durante unos breves minutos y después almorzó con los Quijada; era un hombre de rostro severo, con cabello blanco largo, vestido con una capa color púrpura encima del hábito de dominico. Doña Magdalena le alabó mucho su preciosa cruz pectoral, regalada por la Reina María Tudor de Inglaterra. Jerónimo se interesó más por la mula blanca del arzobispo, pero su interés se desvaneció cuando oyó decir a uno de los familiares del arzobispo que el Emperador había recibido los Últimos Sacramentos.

Todo el mundo sabía que, después de recibir los Santos Óleos, no era raro que se produjese una mejoría; de todas formas, aquello era serio.

El arzobispo estaba con la Tía rezando en la pequeña capilla que don Luis había hecho construir. Después Jerónimo vio que el palafrenero estaba ensillando otra vez la mula blanca. Los dos frailes esperaban delante de la casa y con ellos había varias personas. Él también esperó. Cuando llegó el arzobispo y se montó en la mula, todo el mundo se puso en movimiento en dirección a Yuste; Jerónimo se sumó a ellos. En esos momentos no le preocupaba que los zapatos y las medias se le llenaran del polvo del camino.

Todo el pueblo de Cuacos estaba en la calle, algunos iban hacia Yuste, otros estaban parados hablando en voz baja.

Entre aquella gente, Jerónimo distinguió a algunos de sus amigos, el hombre que le hizo los zapatos, el que le cortó el traje, los tres hijos del tendero que suministraba diariamente las verduras; toda esa gente parecían seres irreales, casi fantasmales; eran como las figuras pintadas en un cuadro.

En la portada del monasterio, una serie de monjes saludaron al arzobispo haciendo una inclinación y le acompañaron al interior; Jerónimo siguió a la comitiva, mezclándose con los frailes. La iglesia estaba abarrotada de gente que rezaba en silencio.

El arzobispo dio su bendición a derecha e izquierda conforme caminaba al altar mayor. Hizo una genuflexión ante el Sagrario, Jerónimo le imitó y se puso junto a él para dirigirse a la puerta de cristales. Si alguien le hubiera preguntado qué hacía allí no habría sabido lo que responder, pero él sentía la necesidad de estar allí.

Nadie le hizo preguntas, ni siquiera los criados vestidos de negro que estaban a la puerta del dormitorio imperial.

La habitación estaba llena de gente. Jerónimo no tenía ojos para nadie más que para el Emperador, pero a pesar de eso no podía ver más que un montón de cabezas, de telas

abullonadas y vestidos bordados, y un trozo de la manta que cubría las piernas del Emperador. No se oía más que la respiración irregular y estertórica de un hombre. Una alta figura se le puso delante y Jerónimo vio el rostro de don Luis. El niño se asustó; no tenía que haber ido allí.

Don Luis lo tomó por un brazo y lo sacó afuera, pasada la puerta de cristales.

—Hijo mío –le dijo suavemente–, Dios te bendiga por esto.

Con los ojos muy abiertos, Jerónimo vio que el gran hombre estaba luchando con las lágrimas.

—Vete a casa –susurró don Luis–. Vete a casa y quédate allí con tu tía –sonriendo ligeramente y de manera extraña, añadió–: Gracias… en nombre de Su Majestad.

Don Luis regresó a la habitación del enfermo.

* * *

En la casa de Cuacos todo el mundo estaba en la capilla. Jerónimo se unió a ellos, con doña Magdalena, y allí permaneció incluso cuando los criados salieron porque era la hora de almorzar. Después, la Tía tuvo que convencerle para que comiera un poco, y no quería irse a la cama. No consintió en desnudarse y ella se sentó a su lado hasta que se quedó dormido en un sillón.

Por supuesto que el chico no sabía. Ella estaba segura de que don Luis no se lo diría nunca, como nunca se lo había dicho a ella. ¿Se trataba, sin más, de una gran veneración que el chico sentía hacia la persona del Emperador? ¿No sería, quizá, que de alguna manera extraña e inexplicable sentía la existencia de unos lazos que lo unían al anciano moribundo de Yuste?

El secreto se convertía en un misterio.

Empezó a rezar el Rosario. Cuando iba a rezar los Misterios Dolorosos por segunda vez, un sonido profundo llegó rodando a través del aire. Era la campana gorda de Yuste. La campana de la agonía, la campana de «los pobres pecadores», que sonaba siempre que un alma cristiana iba a dejar esta vida terrena; todos, al oírla, dejaban un momento lo que estaban haciendo y se ponían a rezar.

La vibrante llamada insistía una y otra vez.

Ella se dio cuenta de que el niño se había despertado. Le temblaban los labios y sus ojos miraban interrogadores.

—*De profundis* –dijo doña Magdalena–. «Desde lo profundo clamo a ti, Dios…». Su voz era firme y sus lágrimas se cortaron. La voz del niño se unió a la de ella junto al tañido de la campana. Desde la calle llegó el ruido de pies que corrían, de voces apagadas, de los sollozos de un anciano.

«… porque en el Señor está la misericordia…» –rezaban juntos la mujer y el niño–. «… Y en Él es abundante la redención…».

La campana gorda dejó de tocar.

CAPÍTULO 8

Durante tres días consecutivos se celebraron Misas de difuntos por el titán fallecido. Cada una de ellas duraba tres horas, y a cada una de ellas asistió Jerónimo junto con don Luis, ambos vistiendo trajes negros. El niño parecía una réplica en miniatura de su protector.

Don Luis era el Maestro de Ceremonias. Un paje del marqués de Miravel quiso meter en la iglesia una silla, en el acto le ordenaron que la sacara de allí. El paje replicó que su amo no estaba en condiciones físicas para permanecer en pie durante la larga ceremonia.

—En ese caso tendrá que quedarse fuera –manifestó don Luis con firmeza–. Nadie se va a sentar en presencia de mi Emperador ni vivo ni muerto.

El paje se lo contó a su amo.

—Don Luis tiene razón –afirmó Miravel–. Y tú has sido un tonto bienintencionado.

Le pidió prestado un bastón al conde de Oropesa, entró cojeando en la iglesia y allí estuvo tieso como un palo, a pesar de su pie gotoso.

* * *

Pasaron casi dos meses hasta que los Quijada pudieran volver a Villagarcía. Don Luis tuvo que encargarse de que la casa imperial fuera desmontada. Hizo inventarios, despidió a los sirvientes, pagó las deudas y los gastos. En el momento en que cruzaban de regreso el puerto desde donde Jerónimo había visto por primera vez Yuste, estaba nevando.

La vida en Villagarcía era exactamente igual que antes… al menos externamente.

Jerónimo seguía las lecciones con el Padre Prieto y los entrenamientos con Juan Galarza. Como iba haciéndose más fuerte, el viejo guerrero empezó a enseñarle las más difíciles artes en el manejo de las armas.

—No serás nunca tan robusto ni tan fuerte como otros que yo he conocido… don Luis, por ejemplo…, así es que tienes que ser más astuto y más rápido. Cuando luches contra un enemigo más fuerte y más duro que tú…

—¿Era el Emperador un hombre muy fuerte?

—¿Es que no te vas a cansar nunca de oír hablar de él? –le replicó Galarza–. Bueno, llevas razón. El mundo no verá nunca otro como él. Es muy raro que un gran gobernante sea también un gran general, y que un gran general sea también un gran guerrero. En Túnez le vi una vez partir el yelmo de un árabe y hendirle el cráneo hasta casi la barbilla –el rostro de Galarza se iluminó–. Los mejores enemigos que un hombre puede tener

delante, muchacho, son los árabes, moros, turcos, kurdos, persas… cualquiera que aúlle el nombre de Alá.

—¿Los mejores enemigos? ¿Cómo es eso?

—Bueno… otros pueden pensar de otra manera, pero a mí siempre me resulta penoso partir en dos el cráneo de un cristiano. Siempre me quedo con la duda de si el individuo en cuestión puede haber muerto con un pecado mortal en su conciencia.

—Tendría que haber hecho un acto de contrición antes de entrar en batalla –dijo Jerónimo–. O mejor, tendría que haberse confesado. Siempre hay sacerdotes en el ejército, ¿no?

—Ciertamente que los hay, y muchos de ellos tan buenos soldados como el que mejor cuando tienen que demostrar su valor. Y tal vez son mejores porque no llevan armadura y casi nunca armas, ni siquiera para defenderse. Los infieles los buscan con especial interés, pues, según sus disparatadas creencias, adelantan una docena de pasos hacia el paraíso si matan a un *mullah* cristiano. No les resulta difícil localizarlo, porque, cuando uno de los nuestros cae herido, el sacerdote se acerca a atenderle, aunque ya previamente al comienzo de la batalla todos los soldados españoles habían puesto en orden sus conciencias. De todas maneras, siempre se confesaban cuando temían que podían morir a causa de sus heridas.

Galarza le contaba a Jerónimo una gran cantidad de historias de guerra. Pero don Luis, en su despacho –que ya había sido reparado tal y como estaba antes del incendio–, le explicaba cosas todavía más interesantes acerca de cómo tiene que ser un jefe que ha de planificarlo todo y sobre cuyos hombros pesa la responsabilidad de los hombres en el campo de batalla.

—El estómago es por lo menos tan importante como los brazos, Jerónimo. Si tus hombres tienen el estómago vacío, lucharán con poca eficacia. Y la sed es diez veces más temible que el hambre.

Jerónimo no se atrevía a hablar con don Luis acerca del Emperador; así fue durante bastante tiempo. El dueño de Villagarcía también evitaba tocar ese tema. Hasta que una vez, un día de comienzos de la primavera, cuando regresaban de haber estado montando a caballo, el chico preguntó de repente:

—Señor, ¿no va a venir nunca el nuevo Emperador a España?

—Ciertamente no vendrá mientras el Rey no esté aquí –fue la respuesta.

—¡Pobre Rey…! –dijo Jerónimo con tono compasivo.

—¿Por qué dices eso?

—Ha perdido a su esposa… ha perdido a la Reina hace poco, ¿no?

—Pues sí… –admitió don Luis–. Pero no era un matrimonio muy feliz. Los reyes a veces se casan por razones de estado, no con la mujer que aman. La reina María Tudor era una mujer muy desafortunada, a pesar de haberse casado con el príncipe más gallardo de la cristiandad.

—¡Oh, sí!– exclamó Jerónimo sorprendentemente–. Es extraordinariamente bien parecido.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo he visto –respondió Jerónimo con sencillez.

—¿Que lo has visto? –don Luis miró al niño, frunciendo las cejas–. ¿Cuándo? ¿Dónde?

—Exactamente antes de venir aquí, señor. En Valladolid. Pasó montado a caballo por delante del monasterio donde habíamos pasado la noche el señor Prévost y yo. Llevaba el caballo más bonito que yo había visto nunca.

Don Luis murmuró algo ininteligible. Después de un momento, dijo:

—Creo que pronto haremos las paces con Francia. Así podrá el Rey venir por fin a España.

En su rostro había una extraña expresión, parecida a la que tenía el día aquel cuando pasaron el puerto camino de Yuste y comentó que el Emperador era un hombre anciano y cansado.

—Reza por el Rey, Jerónimo –dijo.

—Lo hago todas las noches, señor.

* * *

La paz con Francia fue concertada, pero el Rey seguía sin venir a España. Tenía otros muchos asuntos que resolver; incluso corrió el rumor de que iba a casarse con la sucesora de la reina María Tudor en el trono de Inglaterra, la joven reina Isabel.

Pasó la primavera, y había casi pasado el verano cuando llegó la noticia de que el Rey Felipe había desembarcado en Laredo. A los seis días hizo su entrada en Valladolid.

Causó bastante sorpresa que don Luis no fuera a recibirle. Doña Magdalena le preguntó por qué y él se limitó a decir:

—No he sido invitado.

Ella le conocía lo suficiente para no seguir preguntando, aunque se daba cuenta de que estaba desasosegado y adivinaba el motivo. Su intranquilidad aumentaba a medida que pasaban los días sin novedad. No le resultaba fácil acomodarse al estilo de un monarca que era tan lento como rápido había sido Carlos V.

Había pasado ya un año desde la muerte del Emperador.

Al fin llegó un mensaje escrito con la grande y regular letra del Rey. Don Luis lo leyó, suspiró y lo volvió a leer; lo guardó cuidadosamente, fue a ver a su esposa y le dijo con voz ronca:

—Me temo que debemos prepararnos para perder a Jerónimo.

Por un momento ella sintió un escalofrío de terror. Aquello podía significar cualquier cosa.

—¿Perderlo?

—Bien… sí… todavía no lo sé con seguridad. Tengo que organizar una cacería en los Montes Toronzo.

Ella no sabía si echarse a llorar o a reír.

—La verdad, no os entiendo…

—Desde luego que no. Yo mismo tampoco lo entiendo, pero las órdenes que he recibido son bien explícitas. Tendrá lugar pasado mañana. Creo… supongo que puedo deciros que el Rey me dice que no se lo diga a Jerónimo…

—No os preocupéis –le interrumpió, sonriendo–. Hace ya tiempo que conozco el secreto, sin que nadie me lo haya dicho.

Él la miró horrorizado.

—Este secreto puede acarrear la muerte. Desde cuándo…

—Desde el día que lo llevasteis a ver al Emperador.

—¡Y no me lo habéis dicho!

—No tenía derecho.

—Tenéis razón, querida –le dijo, inclinando la cabeza–. Siempre tenéis razón. Os estoy muy agradecido.

—¿Qué pensará hacer el Rey? –preguntó ella en voz baja.

—El primer noble de España solo puede hacer lo que es justo y acertado –replicó él con cierta vehemencia.

Pero ella se dio cuenta de que esa vehemencia no era contra ella. Al cabo de un momento, él añadió:

—No creo que tenga tomada ninguna decisión todavía.

* * *

La partida de caza empezó al amanecer. Jerónimo montaba un caballo negro y Juan Galarza, en el momento de empezar la cabalgada, observó con satisfacción que su alumno algo había aprendido de él: montaba el caballo, no se dejaba llevar por él. Los codos en su sitio, los hombros derechos, las piernas en su sitio, a pesar del tamaño de la montura.

Galarza no terminaba de comprender lo que le había dicho el jefe de los monteros una media hora antes de salir: que tenía órdenes de seguir un sendero falso en un determinado momento de la mañana, un sendero que conducía hacia el monasterio de San Pedro de la Espina.

El jefe de los monteros no había sabido o no había querido decir nada más. ¿Qué se proponía don Luis?

La cacería fue bien hasta eso de las diez. Don Luis había cobrado un venado de buen tamaño; Jerónimo, con gran contento, cazó un zorro.

Pero después, el jefe de los monteros los condujo en otra dirección distinta de la que parecía una excelente senda. Atravesaron un gran bosque y llegaron a un claro.

Desde lejos les llegó el sonido de un cuerno de caza y al instante don Luis levantó la mano y se puso a escuchar atentamente.

Se oyó otra llamada más cercana.

Al cabo de un momento, un zorro atravesó el claro perseguido encarnizadamente por una jauría y por un grupo de jinetes.

—Son los cazadores del Rey –dijo don Luis–. Aquí termina nuestra cacería. Ven conmigo, Jerónimo. Los demás pueden regresar a Villagarcía.

Espoleó su caballo y el chico le siguió un tanto desconcertado.

El techo y el campanario del monasterio se veían detrás de un gran grupo de árboles. De esos árboles surgieron dos jinetes. Uno de ellos era un noble con aspecto de militar y barba gris; el otro, considerablemente más joven, tenía un rostro muy pálido y una barba rubia. Ambos iban vestidos de negro. Algunos otros jinetes les seguían a distancia.

—Bonitos caballos –comentó Jerónimo.

Don Luis le dirigió una sonrisa nerviosa.

—Desmonta, Jerónimo –le dijo, y él también desmontó.

Mientras bajaban de los caballos los dos jinetes se acercaron y Jerónimo observó que el más joven tenía los ojos azules. Era muy apuesto, aunque el labio inferior le sobresalía un poco. De repente, Jerónimo se acordó de que lo había visto antes y dónde había sido…

—Arrodíllate –le dijo don Luis– y besa la mano de Su Majestad.

Aquel pálido rostro se inclinó hacia él tan cerca que casi podía tocar la sedosa y dorada barba. Los ojos azules eran especialmente intensos. La mano que Jerónimo besó era pequeña y suave, casi femenina.

—¿Cómo os llamáis? –preguntó el Rey.

—Jerónimo, Majestad.

El Rey sonrió.

—El nombre de un gran santo, sin duda, pero tendremos que cambiarlo por otro.

También el Rey desmontó, mientras don Luis sujetaba el estribo.

—Gracias, Quijada, estoy contento. Nunca he cobrado una pieza más noble. Seguiréis siendo su preceptor, por supuesto. Os va a necesitar más que nunca –se dirigió al chico–: Dime, ¿sabes quién fue tu padre?

Jerónimo enrojeció intensamente. No dijo nada, pero no agachó la cabeza, sino que la levantó de manera que con su barbilla parecía apuntar al corazón del Rey.

Felipe sonrió de nuevo. Movió la cabeza con satisfacción.

—Ya veo que el secreto ha sido bien guardado –dijo–, pero ya no es necesario continuar guardándolo. El Emperador Carlos V, mi señor y padre, fue también padre

vuestro; aquí y ahora yo te reconozco como hermano mío.

Por un momento, don Luis creyó que el niño se iba a desmayar. Sus ojos estaban radiantes.

Felipe lo besó en ambas mejillas. Con su brazo rodeándole los hombros se volvió hacia don Luis.

—Estoy contento también de veros tan satisfecho –dijo afablemente–. Como preceptor de mi hermano tendréis el rango de Consejero de Estado y miembro del Consejo de Guerra. Además seréis hecho Comendador de la Orden de Calatrava.

Ese triple honor hacía de don Luis uno de los más poderosos hombres del imperio; la pálida mano cortó con un suave ademán toda expresión de agradecimiento.

—El personal de la Casa de mi hermano –prosiguió el Rey– estará compuesto por: Jefe de la Casa y preceptor: don Luis Quijada; mayordomo mayor: el conde de Priego; caballerizo mayor: don Luis de Córdoba; camarero mayor: don Rodrigo Benavides…– vaciló el Rey un momento, sacó un papel del interior de su casaca, lo miró y continuó–: Mayordomo particular: don Rodrigo de Mendoza; gentileshombres de cámara: don Juan de Guzmán, don Pedro Zapata de Córdoba y don José Acuña; secretario: Juan de Quiroga; ayudas de cámara: Juan de Toro y Jorge de Lima; capitán de la guardia: don Luis Castillo. La mitad de los componentes de la guardia será española y la otra mitad será alemana.

Así quedaba la corte establecida de acuerdo con la etiqueta borgoñona, que introdujo en España el abuelo del Rey, Felipe el Hermoso.

—Vuestra Majestad ha pensado en todo.

Esto fue todo lo que don Luis pudo manifestar, casi mudo de asombro. La lista estaba escrita a mano por el propio Rey, pues pudo ver su letra de gran tamaño. Aquella fue la primera vez que comprobó personalmente el cuidado que Felipe ponía en los detalles y el empeño por supervisarlo todo él mismo. Primero un silencio de meses, sin siquiera un indicio de cuáles eran sus intenciones. Después aquella lacónica carta: «Organizaréis una cacería en los Montes Toronzo. Deberéis llevar con vos al joven que tenéis a vuestro cuidado, vestido con sencillez y sin decirle cuál es la finalidad de esa cacería. Procuraréis que vuestra partida se encuentre junto al grupo de robles al sur del monasterio de San Pedro de la Espina hacia el mediodía. Yo, el Rey». ¡La preparación de un «encuentro casual»… Pero él ya tenía confeccionada la lista completa de la Casa de su hermanastro!

El séquito real seguía rezagado, remoloneando.

El Rey hizo señal de que se acercaran. Con la ayuda de Quijada, él montó a caballo.

Jerónimo pareció despertar de un sueño para ver a don Luis que también le ofrecía el estribo a él. Con un susurro le preguntó:

—¿Lo sabe la Tía?

—Lo sabe todo –susurró también don Luis–. Todo excepto que íbamos a seguir

estando juntos. Se va a poner muy contenta.

Jerónimo estaba radiante de felicidad. Don Luis se separó de él rápidamente y, mientras montaba en su caballo, recuperó su aspecto de seriedad.

El séquito real llegó adonde ellos estaban; había como una docena de nobles.

Don Luis reconoció algunos cuyos nombres estaban en la lista leída por el Rey.

El Rey habló con su suave y monótona voz; ellos estiraron el cuello para poder oírlo.

—Conoced y honrad a este joven como hijo natural del difunto Emperador y como hermano del Rey.

Brotó un grito entusiasta, que Felipe cortó inmediatamente levantando dos dedos de su mano enguantada. Y se oyó su voz casi tenue:

—Su Excelencia don Juan de Austria recibirá vuestra felicitación.

Cuando aquellos nobles se acercaron uno a uno a besarle la mano, el muchacho se fue dando cuenta de cuál era su nueva identidad.

LIBRO SEGUNDO
AÑOS 1560-1568

—Buenos días, señor tío –dijo Alejandro Farnesio afectuosamente, y ambos se sonrieron mutuamente.

Desde el momento de conocerse, cuatro meses antes, les unió una entrañable y simpática amistad. El príncipe Alejandro era hijo de Octavio Farnesio, quien a los dieciocho años fue el segundo esposo de Margarita, la hija mayor de Carlos V, Gobernadora de los Países Bajos. Alejandro tenía quince años, dos menos que su tío, era quince centímetros más alto y tan corpulento como un oso.

Ambos vestían de solemne color negro, que era el que se llevaba en la corte, aliviado únicamente por la gorguera blanca y las empuñaduras de oro, incrustadas de piedras, de las espadas y las fundas de las dagas.

—¿Qué tal está hoy vuestro otro sobrino? –preguntó Alejandro como sin darle importancia.

Juan no respondió inmediatamente. Miró alrededor. Estaban solos en la enorme y suntuosa antecámara y las puertas estaban cerradas.

Un gran reloj de oro preciosamente labrado iba marcando el tiempo con su monótono ruido. Desde fuera llegaba un ruido bien diferente, difuso y poco preciso. Aquel día las calles de Toledo estaban llenas de gente, incluso en los tejados.

—¿No tenéis nada que decir, Juan? –preguntó Alejandro haciendo una mueca–. ¿Tiene otra vez uno de sus malos días? Me lo figuraba. No hay ni un lacayo a la vista. ¿No ha salido aún de sus habitaciones?

—No desde que estoy yo aquí –dijo Juan–. ¡Pobre Carlos!

—Empiezo a cansarme de oír eso, ¿sabéis? Pobre Carlos, pobre Carlos… Es el nieto de un emperador y el hijo de un rey. ¿No puede comportarse como corresponde a su condición? Ya sé, ya sé… no me lo tenéis que decir, está enfermo con frecuencia, y tiene un carácter lamentable; lo estamos soportando a menudo. Pero no quiere controlarse a sí mismo, se deja arrebatar por esas rabias absurdas…

—¿Os gustaría estar en su lugar? –preguntó Juan apaciblemente.

—¡Por Baco! Desde luego que no. Aparte de que nunca se me ha ocurrido ser otro distinto de quien soy. ¿Y a vos?

—A mí, sí –respondió Juan–. Algunas veces.

Alejandro Farnesio movió la cabeza sorprendido.

—¿Y por qué? También vos descendéis de un emperador, sois alegre y muy fuerte para vuestra edad, el mundo está abierto de par en par ante vos… ¿de qué os podéis quejar?

—De nada –replicó Juan–. Nunca he tenido nada de que lamentarme. Por supuesto, no cuando jugaba a moros y cristianos con los otros chicos de Leganés, y desde luego no ahora.

—Entonces, ¿por qué tendríais que desear ser otra persona? ¿Y quién os gustaría ser?

—Una vez, en la iglesia de un antiguo monasterio, había un hombre sentado detrás de mí; era un fraile. Tenía el rostro más feliz que yo nunca había visto… enormemente feliz. A mí se me ocurrió pensar que se parecía a Dios. De hecho, hubo un momento en el que me creí que se trataba del mismo Dios. Yo era entonces muy pequeño –añadió Juan rápidamente.

—Pues ahora no sois muy grande –le replicó Alejando riendo.

—Yo no creo que vaya a crecer tanto como para ser tan grande como vos, sobrino Hércules –afirmó Juan haciendo una mueca–. De todas formas, aquella fue la primera vez que sentí ganas de ser otra persona. Tuve deseos de ser él… o como él.

—Nunca se me habría ocurrido pensar que os gustaría ser fraile.

—No me gustaría. Ni tampoco entonces me atraía esa idea. Pero sí pensé que debería ser maravilloso ser como aquel anciano. No era Dios, pero se le parecía mucho; al menos así lo creo. No lo sé explicar muy bien. Pero resulta que exactamente al día siguiente ya deseé ser otra persona. Había un desfile por las calles de Valladolid y en él iba un hombre cabalgando solo, vestido de púrpura y oro, en un corcel blanco. Tenía el cabello y la barba rubios y a primera vista se advertía que tenía que ser un príncipe, que no podía ser otra cosa, y todo el mundo le aplaudía y le daba la bienvenida a gritos… ¡Con cuánta fuerza deseé ser él!

Alejandro se estaba divirtiendo.

—¿De quién se trataba? Pelo rubio y barba rubia… ¿No querréis decir que era el Rey?

—Entonces era Príncipe de Asturias –asintió Juan–. Ahora es el Rey.

Alejandro, asombrado, levantó las cejas.

—¿Y sabe él esta historia?

—No. ¿Por qué?

—Por nada. Pero, si yo estuviera en vuestro lugar, no se la contaría a él… ni a ninguna otra persona.

—No os comprendo.

—Tío, tío, sois como un niño –dijo Alejandro–. ¿Sabéis de algún rey a quien le guste que alguien desee ocupar su puesto?

—¡Pero es que yo no deseo ocupar su puesto! –exclamó Juan–. Yo deseé entonces ser él en vez de ser yo. Salvo…

—¿Salvo qué?

—Salvo que yo prefiero los caballos negros a los blancos.

—Tío, sois como un niño –repitió Alejandro–. Pero un niño *grande.* Así que deseabais ser un fraile anciano y un joven príncipe.

—Sí… Y algún tiempo después deseé ser don Luis Quijada. Y sigo pensando que sería maravilloso ser don Luis. Y eso es todo… salvo que en una ocasión deseé ser un toro…

—¡Lo que faltaba! ¿Y por qué un toro, habiendo tantas cosas?

—Eso fue en una corrida, en Villandrando… está cerca de Villagarcía… y allí había un toro estupendo, era negro… pero perdió su oportunidad. Vi el agujero que le hizo el picador, pero el toro no se aprovechó y yo pensé que, si yo hubiera sido él, le habría dado su merecido… Actualmente me gustaría ser un águila. Tiene muchas ventajas ser un águila. Se sabe siempre dónde está el enemigo; nunca te puede dar una sorpresa. Si yo fuera un águila…

—A vos lo que os pasa –le interrumpió Alejandro– es que tenéis demasiada imaginación.

—Si yo fuera un águila –insistió don Juan–, podría observar lo que pasaba en cualquier fortaleza o en cualquier campamento del enemigo, ¿comprendéis?

—Sí, lo comprendo –afirmó Alejandro secamente– pero no podríais comunicárselo a nadie.

—Exactamente –asintió Juan con vehemencia–. Por eso, si un hombre pequeñito pudiese ser llevado por un águila…

—Es imposible, tío. Se necesitaría una docena de águilas para transportar un hombre… y aun así, difícilmente podrían ponerse de acuerdo. Cuando yo era pequeño íbamos con frecuencia de caza a las montañas. Allí había buitres tan grandes o más que ningún águila que yo hubiera visto. Podían llevarse un corderito recién nacido, y eso a duras penas. No podrían llevarse un hombre… ni aunque fuese tan liviano de peso como el príncipe Carlos.

—Se pesó la semana pasada –observó Juan–. Treinta y cinco kilos, y tiene quince años…

—Supongo que no os gustaría ser él.

—Es una persona muy desgraciada –comentó Juan con el ceño fruncido–. Y además hoy es un día muy desgraciado para él. Desearía que saliese ya de sus habitaciones. Las trompetas pueden empezar a sonar en cualquier momento.

—Cuando suenen significará que el cortejo pasa por la Puerta de Bisagra. Un cortejo real tiene que avanzar lentamente… en especial cuando un país recibe a una nueva reina, y cuando esta nueva reina es tan encantadora como Isabel de Francia.

—Isabel de España –le atajó don Juan.

Alejandro echó hacia atrás la cabeza y soltó una carcajada.

—¡Ay vosotros, los españoles! La reina no puede ser todavía muy española, ¿no os parece? En realidad, me pregunto hasta qué punto podrá llegar a serlo nunca. No olvidéis

que ha sido educada para odiar a España y eso permanece.

—Ahora hay paz entre España y Francia –replicó Juan.

—Sí, ahora… pero la reina tiene catorce años y durante toda su vida, por una cosa o por otra, los dos países han sido enemigos acérrimos… y eso sin hacer mención del tiempo anterior a su nacimiento. ¿Cómo es que vuestro padre se alió con los príncipes protestantes para luchar contra Francisco I de Francia?

—¿Y Francisco? –repuso Juan acalorado–. Fue todavía menos escrupuloso, ¿no creéis? ¡Se alió con el Sultán! Eso fue intolerable.

El príncipe Alejandro Farnesio despachó a los protestantes y a los turcos con un elocuente gesto italiano.

—Bueno, el hecho es que España tiene ahora una reina francesa. No puede uno menos que preguntarse si no va a ser una especie de caballo de Troya.

—¿Un caballo de Troya? –Juan lo miró espantado–. ¿Qué estáis diciendo?

—Está claro, ¿no? ¿O es que habéis olvidado de quién es hija?

—Del rey Enrique II de…

—No me refiero a su padre, querido tío. ¡No me vayáis a decir que no sabéis nada acerca de Catalina de Médicis!

—Una dama muy notable, perteneciente a una de las mejores familias de Italia. También es pariente del Papa…

—Y pariente mía –confirmó Alejandro–. La mujer más peligrosa de Europa. Tiene un oído tan fino que oye crecer la hierba. Tiene una vista tan aguda que puede ver lo que sucede en el saloncito de Isabel de Inglaterra y cuánto dinero hay en cada palacio de España. Tiene un olfato tan sensible, que puede oler los primeros síntomas de un escándalo por encima de siete fronteras. Se sirve incluso de astrólogos, magos y brujos…

—¡No!

—¡Sí! Lo hace, incluyendo a ese Miguel Nostradamus, que hace unos años publicó un libro relatando los acontecimientos futuros. De todas maneras, calmaos, no creo que mi querida Catalina haya enviado con su hija a ninguno de sus hechiceros preferidos, aunque no me gustaría estar sentado en un cuarto oscuro con uno de ellos contemplando en una bola de cristal el cortejo real…

—No os preocupéis por ella –dijo Juan arrogante.

Es el Rey quien ha planeado este matrimonio y ha sido una gran victoria política. Don Luis dice que esto pondrá fin a la estúpida guerra con Francia. Y tiene razón… durante toda la mañana el pueblo ha estado gritando en las calles: «¡Viva Isabel de la Paz!».

—Deseo que sea más feliz con ella que con la reina de Inglaterra.

Alejandro estaba de un humor de lo más italiano. Incluso se puso a tararear una cancioncilla florentina.

—¡Callaos! –le dijo Juan–. Carlos puede oíros.

—No podrá a través de estas gruesas puertas. *Il mio cuore…* de todas formas, se dice que es muy bonita, lo cual es más de lo que se podía decir de María de Inglaterra. Consideremos esto como un buen augurio, ¿no os parece? El matrimonio con la inglesa no fue precisamente un éxito… ¡Oh, basta! No tenéis que defender al Rey de mí, ya sé que no fue culpa suya, nadie podía haber tenido éxito con eso. Tiene que ser un país horrendo, con niebla durante casi todo el año y con una gente que bebe cerveza en vez de vino…

—Don Luis dice que el último rey que han tenido y que reinó mucho tiempo tenía la costumbre de matar a sus reinas en cuanto se cansaba de ellas –comentó Juan–. Quizá por eso Dios ha decidido que ese país esté gobernado por reinas.

Alejandro asintió con la cabeza.

—Se os ocurren las cosas más extrañas. Y si yo fuera vos, no pensaría en lo que Dios quiere o no quiere. Dejad eso para la Iglesia –y se echó a reír–. Aunque no es una mala idea. Sería una curiosa manera de hacer justicia.

—Exactamente –afirmó Juan complacido–. Esa es otra razón. Ese Enrique VIII se divorció de su primera mujer porque quería tener un hijo. Pero solo consiguió tener una hija, a pesar de todas las mujeres con las que se casó, y desde entonces, salvo unos pocos años, el país ha estado regido por mujeres. Una clase de justicia, eso es. Y por eso…

Guardó silencio de repente, porque la pesada puerta que daba a las habitaciones del príncipe Carlos se abrió de golpe. Un lacayo con una librea color verde pálido salió dando traspiés. Alguien cerró la puerta detrás de él con tanta violencia que le dio en la espalda. El hombre por poco si se cae, pero recobró el equilibrio y salió disparado a través de la habitación, desapareciendo por otra puerta del lado opuesto.

Los dos muchachos se miraron. Ambos habían visto una profunda herida en la mejilla derecha del lacayo. Por en medio de la habitación había quedado en el suelo un fino rastro de gotas de sangre.

—¡Pobre Carlos! –dijo Alejandro sarcásticamente–. Otra vez a la caza del lacayo.

Pasó casi un minuto antes de que Juan pudiera decir palabra, y Alejandro prosiguió encolerizado:

—*Mamma mia,* comprendo que el Rey se impresionara al volver a ver a su precioso hijo después de todos esos años en Flandes. Por supuesto que debía de estar informado, pero no creo que se atrevieran a decirle lo mal que estaba.

—Sabéis de sobra lo bueno y generoso que es…

El italiano se encogió de hombros.

—Me figuro que todo el mundo tiene momentos de buen humor. Estoy seguro de que Herodes y Nerón los tuvieron. Pero la semana pasada, sin ir más lejos, Carlos habría arrojado por la ventana a su sastre, si don García no lo hubiera impedido. ¡Cielos!, Juan, en todo momento estáis dispuesto a defender a cualquiera. La verdad es que él siempre

está de buenas con vos, y no sé por qué.

—Yo tampoco lo sé –admitió Juan–. Pero comprendo que hoy no esté de buen humor. Y vos también lo comprendéis.

—Entonces todavía no lo ha superado, ¿no?

—Dudo de que lo supere alguna vez, Alejandro. Y también dudo de que vos fuerais capaz de superarlo, si estuvieseis en su lugar. Quiero decir, si tuvierais su carácter.

—La realeza –manifestó Alejandro–tiene sus ventajas y sus inconvenientes. No te puedes desenvolver como cualquier muchacho en nada; tienes buenos manjares, los mejores caballos y los mejores maestros. Pero tienes que casarte con una alianza en vez de con una mujer, y tienes que renunciar a la mujer que amas o que crees que amas, porque existe una razón de Estado.

—Estoy de acuerdo, pero quizá sea todavía más duro tener que renunciar a ella porque tu padre quiera casarse con ella.

—Yo no creo que en realidad Carlos sepa nada de enamoramientos.

—Tiene en su poder un retrato de la reina; el que le envió cuando se comprometieron. Lo he visto cómo lo besaba apasionadamente.

—¿Sabe él que vos lo estabais viendo? No es nada bueno entrometerse en esas cosas. Yo apostaría que todo esto ha sido idea de la reina Catalina.

—¿Qué demonios queréis decir?

—Que es muy propio de ella… primero comprometer a su hija con Carlos y después, cuando muere la reina María de Inglaterra, sugerir al rey Felipe que se case él con Isabel. Tiene espías en todas partes. Conoce perfectamente el carácter de Carlos. ¿Qué más puede ella desear que la enemistad entre el Rey y su heredero?

Juan movió la cabeza. Desde hacía unos cuantos meses no era la primera vez que oía esta clase de habladurías que circulaban por la corte; pero él no caía en ellas. En los últimos tiempos había aprendido un montón de cosas, sin necesidad de esforzarse. Pero estas murmuraciones eran como serpientes y estaba seguro de que don Luis las odiaba.

—Ahí están… las trompetas –dijo Alejandro–. ¿Las oís? Están en la Puerta de Bisagra… ¿Qué estáis haciendo?

—Voy a entrar ahí –dijo Juan–. Carlos tiene que estar ya preparado…

—No podéis hacer eso –exclamó Alejandro aterrado–. Sabéis tan bien como yo que detesta que le interrumpan. Os va a maltratar como a ese infeliz lacayo.

—Es posible –comentó Juan–. Pero no antes de que le advierta que las trompetas están sonando, porque si continúa encolerizado quizá no las ha oído, pero a mí sí que me oirá.

Se fue hacia la puerta, pero esta se abrió antes de que llegara a ella y salió el príncipe Carlos.

Juan y Alejandro se inclinaron ante aquella infantil figura.

Carlos iba también vestido de negro. La amplia gola de encaje acentuaba la palidez de su rostro, aunque por lo menos disimulaba la curvatura de su espalda. Sus ojos grises y profundos no eran los de un chico de quince años, eran unos ojos envejecidos, suspicaces e inquietos. Las comisuras de su pequeñísima boca estaban inclinadas hacia abajo.

En vez de andar parecía arrastrarse hacia adelante con enorme esfuerzo. Su pierna derecha era visiblemente más corta que la izquierda. Era casi un enano. El vestido de la época, con el jubón corto y las calzas largas, hacía que, al andar, tuviera el aspecto de un gran escarabajo negro.

—Juan y Alejandro –dijo–. Vosotros parece que no habéis cambiado.

Tenía una voz sorprendentemente musical.

—¿Cambiado, Alteza? –preguntó Alejandro.

—Sí. Mi padre ha cambiado. Hasta ahora era mi padre. Ahora es un joven esposo. Y eso a los treinta y tres años, cuando tiene unos cuantos cabellos blancos en la barba y en las sienes. Yo los he visto. Se lo dije y no le gustó nada.

—El cortejo real llegará a palacio dentro de unos minutos –le advirtió Juan.

—Tiene pelos en las orejas y también en la nariz –prosiguió diciendo Carlos–. Me pregunto qué dirá la novia cuando los vea. Aunque ella también ha cambiado. Hace solo unos meses era mi novia. Ahora él me la ha quitado. El rey lo ha dado… el rey lo ha quitado… ¡Alabado sea el nombre del Rey!

—Alteza, vamos a llegar tarde –advirtió Juan.

Carlos le dedicó una torcida sonrisa.

—Muy bien, iré.

Apoyó la mano en el hombro de Juan. Alejandro lo siguió.

—Cuando se es rey se pueden hacer casi todas las cosas –comentó Carlos en voz muy baja–. Se puede hacer una promesa… cualquier promesa… y luego volverse atrás. Se puede hacer un regalo… y después reclamarlo. Mi padre lo hace muy bien. Tal vez un día llegue a arrebatarme todo lo que me ha dado… incluso la vida.

—¡Alteza! –exclamó Juan.

Carlos volvió a sonreír.

—Incluso la vida –repitió–. A no ser que…

Se dirigieron a la puerta del lado opuesto de la habitación, que fue abierta y pasaron entre dos filas de criados y de guardias hacia la escalera principal.

En el patio exterior un solemne maestro de ceremonias los condujo a sus asientos en la tribuna real.

Todo el mundo les hacía reverencias.

Carlos saludó con un digno movimiento de cabeza. Su rostro estaba vacío de expresión.

—Sé lo que están pensando y los podría hacer matar a todos por ello –le dijo a Juan hablando en un susurro.

Nadie más lo oyó. Tenía el arte de susurrar sin mover los labios.

Desde lejos llegaban los vítores y los aplausos. El oficial que estaba al frente de la guardia voceó unas órdenes.

—¡Viva Isabel de la Paz! –gritaban las gentes–. ¡Viva Isabel de la Paz!

* * *

Era ya bien pasada la medianoche cuando Juan pudo retirarse a sus habitaciones en la sala este del palacio. El ceremonial de la corte exigió que le acompañaran dos chambelanes hasta dejarlo a salvo en manos de sus ayudas de cámara, los cuales le ayudaron a desvestirse.

—Buenas noches, Excelencia.

—Buenas noches, Pedro, Diego.

Ninguno de los dos tenía la mejilla marcada por un corte de daga.

Había un gran reloj en aquella habitación, como casi en todas las habitaciones del palacio, de todos los palacios en los que había vivido Carlos V. Le gustaban los relojes. Quince relojes habían sido retirados de seis habitaciones en Yuste…

Juan rezó sus oraciones y se acostó. Pero, a pesar de estar tan cansado, no se podía dormir. Palabras e imágenes, imágenes y palabras le asaltaban como en un oleaje silencioso. «Tal vez un día mi padre llegue a arrebatarme todo lo que me ha dado… incluso la vida. Incluso la vida… a no ser que…». Y luego aquella sonrisa horrible y taimada. A no ser… ¿a no ser qué?

Odio. Juan no había visto nunca el odio hasta que conoció al príncipe Carlos. El odio era algo mezquino… era una cosa mezquina y amarga. Don Luis decía: «no te dejes nunca guiar por nadie que sea pequeño, salvo por esa pequeña voz que hay en ti mismo y que es tu conciencia». ¿Qué clase de conciencia tenía Carlos?

Era un enfermo. Tenía que ser un enfermo. ¿Podía realmente haberse enamorado de la reina a quien no había visto hasta aquel mismo día? ¿Podía uno enamorarse de un retrato?

Nada era allí como había sido en Villagarcía. Parecía como si Villagarcía fuera el mundo como tenía que ser, y la corte fuera el mundo como realmente es.

En Villagarcía nadie envidiaba a nadie. Aquí cada cual pareció envidiar a todos los demás. Y las murmuraciones… tal vez esto fuera lo peor de todo. Todos estaban constantemente susurrando, murmurando, cambiando miradas significativas. ¿Cómo podía saberse lo que era verdad y lo que no lo era?

Trató de recordar el rostro encantador de la joven reina. Era muy poco mayor que él, y tenía un porte tan digno y tan gracioso que incluso las damas más orgullosas lo tuvieron que reconocer. A él le permitieron rendirle homenaje. Carlos también lo hizo.

Cerrando los ojos podía verlo otra vez: Carlos arrodillado ante la reina, que había sido su novia, besando el filo de su vestido; a su derecha estaba el Rey, a su izquierda el duque de Alba. Y el duque de Alba miraba a Carlos con ojos de halcón; su mano, aquella mano de hierro con largos y nerviosos dedos, se apoyaba en el puño de su daga.

Ellos sabían.

Más tarde, en el baile, Carlos no despegó los ojos de encima de la reina. Por supuesto, no bailó con ella, porque él no bailaba nunca. Se limitó a estar allí, mirándola mientras bailaba con el Rey.

Juan no había podido evitar oír cómo la duquesa del Infantado le contaba a su hermano que el Rey le había preguntado a la reina si le disgustaban sus cabellos grises.

«Tiene pelos en las orejas y en la nariz. Me gustaría saber lo que dirá la novia cuando lo vea».

¿Sería verdad que el Cardenal arzobispo de Burgos se había tenido que encargar de organizar las ceremonias eclesiásticas, porque el arzobispo de Toledo había sido detenido por la Inquisición? El arzobispo de Toledo, Carranza… Juan se acordaba de él, con su desordenada barba blanca y su mula blanca, aquel día en Yuste, cuando fue a visitar al Emperador.

Qué extraño era el mundo, viéndolo desde el palacio real. Un hijo que odia a su padre. Un rey que tiene que proteger a la reina contra el hijo de ese mismo rey. Un arzobispo detenido por la Inquisición.

La reina era encantadora.

Pobre Carlos…

* * *

Lo primero que llegó a oídos de Juan a la mañana siguiente fue un rumor. Al parecer, la reina estaba enferma; se lo dijo uno de sus ayudas de cámara. Media hora más tarde comprobó que era cierto. La reina estaba en cama con un fuerte ataque de fiebre. Los médicos estaban estudiando el caso.

Por la tarde fueron convocados dos médicos más. La fiebre había subido y se hablaba de una infección.

Todas las celebraciones fueron suspendidas. La forzosa ociosidad multiplicó los rumores. El enorme palacio hervía de rumores.

Juan se unió a don Luis Quijada y a doña Magdalena en la capilla, para rezar por la salud de la reina. Allí estaban un buen número de sus damas francesas con los ojos enrojecidos y el rostro lívido. Estaban formando grupo en un lugar apartado de la capilla y todo el mundo pareció querer evitar su proximidad. Don Luis se dio cuenta y tuvo la cortesía de acercarse a ellas y dirigirles unas palabras amables. Ellas lo agradecieron exageradamente, pero se vio que estaban muy asustadas.

Cuando Juan se lo comentó a don Luis, este asintió:

—Es lógico que estén asustadas. Su Majestad probablemente tiene la viruela.

* * *

Aquella misma tarde, Alejandro Farnesio fue precipitadamente a Juan y le confirmó:

—Es viruela. Están todos preocupadísimos.

Juan asintió pensativo. En Leganés hubo una vez viruela y la señora Massy le obligó a permanecer en casa sin salir durante semanas.

—El demonio que causa la viruela no para de revolotear por las calles –le dijo.

Cuando él le protestó diciendo que ella salía a la calle –aunque pocas voces y con un trapo empapado en vinagre puesto en la cara–, ella le replicó que aquel demonio tenía especial predilección por los niños. Unas treinta personas cayeron enfermas y casi la mitad de ellas murieron. Los que no murieron…

—Si sobrevive, quedará marcada –dijo Juan.

Alejandro asintió con la cabeza.

—¡Una mujer tan hermosa! –dijo–. No me extrañaría que Carlos le haya deseado esa enfermedad.

—¡Alejandro!

—Bueno, ya habéis visto cómo se lo ha tomado. ¿No creéis que es capaz de hacerlo? Los deseos tienen mucha fuerza. Si uno puede creer en la oración, también puede creer en las maldiciones.

—¡Eso nunca! –exclamó Juan con firmeza–. Carlos jamás ha hecho una cosa así. La ama. No puede desear que se muera o que se ponga fea. No es propio de vos que penséis en talos cosas…

—Estoy tratando de pensar con su mente –replicó Alejandro con un gesto muy elocuente, empleando hombros, brazos, manos y dedos e incluso cejas y labios, Juan se preguntó si habría alguna parte del cuerpo que los italianos no utilizaran para poner énfasis en lo que decían–. Aunque no hay que atribuirlo a Carlos propiamente, sino a Catalina de Médicis.

—¡Otra vez esa dama!

—A mí no me extrañaría nada que hubiera enviado a su hija a España con los gérmenes de la viruela. ¿No os dije que la reina podía ser un caballo de Troya? Por cierto, ¿ha preguntado don Carlos por vos hoy? ¿No? Lo suponía. Se ha encerrado en sus habitaciones y no quiere ver a nadie, según me han dicho.

—Voy a acercarme a las habitaciones de la reina –manifestó Juan.

—No os dejarán entrar, desde luego.

—De todas maneras voy a ir.

—Pero qué vais a adelantar, si…

—No lo sé, pero no puedo permanecer aquí sentado.

Con un encogimiento de hombros, Alejandro lo siguió. Los interminables pasillos estaban llenos de grupitos de cortesanos que hablaban en voz baja.

A la entrada de las habitaciones de la reina, unos cuantos médicos discutían susurrando. Había un fuerte olor a vinagre.

En un lado, don Luis Quijada escuchaba atentamente lo que le decía el duque del Infantado, que había estado al frente de la escolta de la reina durante el viaje desde Francia. Existían dos rumores: uno, que ella le había tratado con poca cortesía, y otro, que le paró los pies cuando él quiso tomar demasiado en serio la representación que ostentaba de su real amo.

Alguien hizo mención a que el príncipe Carlos también estaba enfermo… no, desde luego, de viruela, sino con espasmos: «Unas convulsiones muy malas esta vez».

Otro murmuró: «Naturalmente. Le ha tenido que resultar muy duro soportar que Su Majestad haya acaparado la atención de todos».

Aquello era algo más que un simple rumor… sonaba un poco a tomadura de pelo. Don Luis Quijada se volvió en aquella dirección con una mirada severa y en el acto se hizo el silencio en aquel grupo.

Uno de los médicos estaba hablando animadamente y los otros lo escuchaban con gran seriedad acariciándose la barbilla y mirándole por encima de las gafas.

De repente se hizo un silencio total.

Todos se inclinaron profundamente ante la solitaria figura vestida de negro que se aproximaba con paso tranquilo e impasible.

El Rey, que siempre estaba pálido, ahora pareció un fantasma. No dijo nada, pero se veía hacia dónde dirigió decididamente sus pasos; uno de los doctores se dio cuenta y resolvió hablarle sin respetar el protocolo, que exigía que el Rey le interpelara primero.

—Sería preferible que Vuestra Majestad no tuviera la intención de entrar.

—¡Retiraos! –fue la cortante réplica.

El médico levantó los brazos horrorizado.

—Majestad, el diagnóstico no es todavía seguro. Esta enfermedad es tan contagiosa como la peste y casi tan mortal.

Antes de que el Rey pudiera reaccionar, otro médico, el licenciado Protomédico Gutiérrez, dijo suplicante:

—La vida de Vuestra Majestad pertenece a España. Con la ayuda de Dios, Su Majestad la reina se repondrá. Pero si esa no es Su Voluntad… es mejor que Vuestra Majestad quede viudo y que no quede viuda España.

Se produjo un nuevo silencio absoluto. Nadie supo ni nadie sabrá jamás si el Rey estuvo considerando el argumento del doctor o si solamente estaba pensando su respuesta. Secamente Felipe dijo:

—Habéis olvidado cuál es vuestro puesto, doctor Gutiérrez, pero yo no he olvidado dónde está el mío. Mi puesto está al lado de mi esposa.

Se originó tal confusión, que nadie pensó en abrirle la puerta. Luchó unos momentos con la manilla –en su vida había abierto él personalmente una puerta–, consiguió abrir y cerró firmemente detrás de él.

—*Madonna* –suspiró Alejandro Farnesio–. Creo que yo no tendría tanto valor…

Mirando a don Luis Quijada, Juan observó en su rostro los mismos sentimientos que a él le agitaban: miedo y orgullo.

* * *

—Ha entrado en su habitación, ¿no? –el pálido rostro de don Carlos se contraía como si fuera a sufrir un nuevo ataque–. Mi querido padre es un hombre muy, muy valiente.

El contraste entre el odio con que hablaba y su voz armoniosa era casi insoportable.

Juan no dijo nada.

—También es un hombre insensato –prosiguió don Carlos–. ¿Cuánto tiempo ha permanecido con ella?

—Su Majestad está aún con la reina.

—¿Cómo? ¿Lleva tanto rato? –Carlos empezó a reírse con sorna–. Pues lo ha conseguido. No puede librarse de ello. Es muy triste para España. Se llenará totalmente de manchas y de pústulas.

Se puso a pasear arriba y abajo por la habitación, cojeando, arrastrando los pies como un escarabajo.

—Ella ha recibido su castigo –afirmó–. Un duro castigo. Manchas y pústulas en su cara preciosa. Y si sale de estas… tendrá cicatrices, marcas para toda su vida. Ya nadie querrá nunca casarse con ella. Pobre Isabel, pobre Isabel. Todavía es joven. Tiene mi edad. Tal vez sobreviva. A los quince años no se tienen canas.

De repente cambió de humor.

—He estado enfermo –dijo con amargura–. Me he caído. He estado inconsciente mucho rato. Mi padre no se ha molestado en ir a verme. No se preocupa por mí. Nunca. Durante años y años ni siquiera lo he visto. Siempre hay algo o alguien que es mucho más importante que yo. No soy nada. Cuando me habla no me mira.

Esta voz de don Carlos que se compadecía de sí mismo había perdido todo su encanto, ahora era ronca y chillona. Aquella autocompasión era más difícil de soportar que su malicia. ¿Por qué razón?

Pensando en ello, Juan llegó a la conclusión de que la autocompasión, más que ninguna otra cosa, destruye la compasión hacia los demás; y solamente la compasión permitía aguantar la compañía de Carlos.

De nuevo cambió el humor del príncipe.

—Cuando mi querido padre decidió robarme la novia tuvo al menos un gesto generoso conmigo. Me prometió convocar las Cortes de Castilla aquí en Toledo y

pedirles que me prestaran juramento como heredero del reino. Fue muy generoso, desde luego, al darme lo que me pertenece. De todas maneras, aquello era algo… ¿Pero y ahora? No piensa más que en ella. Quizá desea que le dé otro hijo; un hijo tan apuesto como vos… o tan fuerte como el primo Alejandro. Tal vez por eso es por lo que ya no ha vuelto a hablar de la promesa que me hizo –rechinó los dientes–. Pero todavía soy el primogénito –dijo con voz amenazadora–. Eso no lo puede cambiar nadie… excepto mi muerte. ¿Comprendéis ahora por qué siempre tengo armas en mi habitación?

—Vuestra Alteza no puede decir eso en serio…

Carlos se echó a reír a carcajadas.

—Sois como un corderito, Juan. Y os creéis que todo el mundo es como vos. Seguid siendo como sois, seguid siendo como sois, que eso me ayuda. En vuestra presencia puedo pensar en voz alta… porque no vais después hablando de mí por ahí. Es una buena cualidad.

Se oyó un leve ruido en la puerta y con un par de pasos increíblemente largos y ágiles el príncipe se colocó detrás de su escritorio y empuñó una pesada pistola.

—¿Quién va? –gritó.

Entró un anciano lacayo e hizo una inclinación.

—Alteza, don García ha venido a veros de parte de Su Majestad.

—¡Eso es mentira! Su Majestad está con la reina.

Pero don García, el preceptor de don Carlos, entró. Era un hombre de cierta edad, alto y de porte muy digno.

—Nunca he mentido a Vuestra Alteza –dijo con voz firme.

Carlos soltó la pistola.

—Jamás he dicho que lo hayáis hecho –replicó–. Creí que este miserable lacayo estaba mintiendo. ¿Dónde está mi padre?

—Su Majestad ha ido a su despacho para firmar unos documentos oficiales.

—¿En serio? –ironizó don Carlos–. ¿Y ha dejado sola a la reina?

Don García no hizo caso de esa burla.

—Uno de esos documentos se refiere a Vuestra Alteza –dijo–. Y me ha encargado que informe a Vuestra Alteza de que las Cortes de Castilla prestarán el juramento de fidelidad el día 23 de febrero.

—¡Ah! –exclamó Carlos con los ojos echando chispas–. Comunicad a Su Majestad mis respetos y mi agradecimiento.

El anciano hizo una reverencia y se retiró.

—Ya veis que Su Majestad no os ha olvidado –le dijo Juan radiante de alegría–. A pesar de su dolor…

—¡Necio! –exclamó Carlos con voz triunfante–. No ha tenido más remedio que hacerlo. ¿No lo veis? Puede coger las viruelas. Puede morir. Tiene que tener a las Cortes

de su parte. Alguien ha de gobernar España… y ningún otro puede hacerlo.

CAPÍTULO 10

—Con cuidado, con cuidado –advirtió el profesor de esgrima–. ¡No con tanta violencia, por favor, don Juan! ¡Os lo ruego, don Alejandro!

Los muchachos no le escuchaban. Sus finos aceros se cruzaban como en un combate a muerte. En la frente de Alejandro había un profundo pliegue y tenía el rostro congestionado. Era el más fuerte de los dos y le irritaba no haber podido todavía romper la guardia de Juan. Y se puso más furioso cuando este se echó a reír.

—¡Tomad! –gritó Alejandro, atacando salvajemente–. Y este… y este…

Juan esquivó los dos primeros golpes. Cuando vio venir el tercero, saltó hacia delante en lugar de retroceder. Con un revés circular, la espada de Alejandro salió volando de su mano y acabó clavándose en la arena del patio a siete metros de distancia.

Rugiendo de rabia, Alejandro se lanzó a recuperarla. Pero Juan fue más rápido. Adelantándose a su hercúleo sobrino, agarró la espada y, con una reverencia, se la ofreció a su contrincante.

Alejandro lo miró hoscamente, pero después soltó una carcajada.

—Otra vez ese golpe endemoniado. Aquel individuo os enseñó muy bien… ¿cómo se llama?

—Galarza.

—Si alguna vez me lo encuentro le sacaré las tripas.

—¿Con vuestra espada? –preguntó Juan inocentemente–. Yo no os lo aconsejaría.

—Sois un individuo peligroso, honorable tío –bromeó Alejandro.

El profesor de esgrima se acercó a toda prisa.

—Ha sido muy bonito, don Juan, pero os ruego, a los dos, que no sean tan vehementes. Ese segundo golpe podría haber costado un ojo. Si no os portáis con más prudencia, me veré obligado a rogaros que luchéis con la visera puesta.

En lugar de responderle, tomaron entre los dos a aquel hombre robusto y, a pesar de sus protestas, se lo llevaron en volandas a la armería.

Eran ya las cuatro de la tarde y habían terminado tanto las clases como los ejercicios. Se dirigieron a la amplia terraza para relajar sus miembros.

—No se trata solo de los trucos –dijo Alejandro–. Ni se trata de ese Galarza. Habéis progresado una enormidad en estos dos últimos años. Cuando os conocí en Toledo, me caísteis bien inmediatamente, pero creí que no ibais a congeniar conmigo. Erais demasiado… ¿cómo diría?… demasiado bueno. Sí, demasiado buen chico, con una gran admiración por don Luis Quijada.

—Y todavía la conservo…

—Sí, sí. Lo reconozco. Es todo lo bueno que vos pensáis de él más el interés, como dicen los usureros. Pero vos erais tan sencillo y tan amable, que siempre pensabais lo mejor de todo el mundo. A veces se me ocurría que deberíais haber sido una chica encantadora.

—¿Luchamos otra vez? –preguntó Juan divertido.

—No, gracias. Todavía estoy recobrando el aliento. No os vayáis a ofender; lo que quiero deciros es que habéis cambiado.

—Yo no lo creo –replicó Juan–. Sigo pensando lo mejor de vos.

—Me gustaría que fuera así. Ningún tío ha tenido nunca un sobrino que lo admire más. ¡Ah, aquí está lo que nos estaba haciendo falta!

Un criado trajo vino y aceitunas; durante unos momentos la conversación cesó. Mientras bebían, contemplaban a las ardillas jugando entre los árboles. El edificio y el parque habían pertenecido al desgraciado arzobispo de Toledo, que estaba detenido por la Inquisición.

Por encima de los árboles se veían algunas torres de la colegiata y de otros conventos que había a lo largo de la ribera del río Henares. Todos ellos eran como unas poderosas defensas de los muros de la ciudad de Alcalá. Un posible asaltante tendría que apoderarse uno a uno de un gran número de colegios y de monasterios, que habían ido aumentando año tras año. El Cardenal Jiménez de Cisneros fundó allí una Universidad solo hacía sesenta años, la cual se había convertido en tan poco tiempo en una seria y pujante rival de la mundialmente conocida Universidad de Salamanca.

Alejandro dejó su vaso.

—¿Tenéis idea de cuánto tiempo tendremos que estar todavía haciéndonos sabios?

—Ni la más remota. ¿Por qué?

—No, por nada… Bueno, eso no es verdad. Os daré una respuesta más exacta. Porque, lo creáis o no, tengo confianza en vos.

—Lo decís como si fuera algo excepcional –dijo Juan.

—Es excepcional. No creo que haya cinco personas en todo el mundo en las que yo confíe.

—Vamos, vamos. Vuestro padre, vuestra madre, vuestro confesor, el Rey, la reina, nuestro muy venerado maestro Honorato… Ya veis, salen media docena, sin contarme a mí.

—¡Oh, esos seis! –repuso Alejandro–. Solo confío en uno de ellos: mi confesor. Y eso porque sabe que cae en excomunión *ipso facto,* si dice una sola palabra de lo que le cuento en el confesonario.

—No me habéis comprendido… me refiero a que no confiéis en vuestro padre ni en vuestra madre y…

—Mi padre está tan lleno de argucias, que es capaz de engañarse a sí mismo jugando

a los dados. Si me dijera que el sol brilla en el cielo, yo pediría un coche cubierto. Mi madre es, desde luego, diferente… se puede confiar en ella siempre que no se trate de las cuestiones políticas que tiene en la cabeza. Por desgracia, todo lo que piensa son cuestiones políticas. Lo mismo se puede decir de Su Majestad y de la reina. Y en cuanto al sabio Honorato, ¿es que no os dais cuenta, inocente palomita, de que está confeccionando unos largos informes acerca de vos y de mí, por no decir también del príncipe Carlos? Probablemente es el hombre más erudito del reino, y posiblemente el más brillante, y fue maestro del rey Felipe antes de serlo nuestro. Recordaréis, o al menos habréis oído decir, lo que le sucedió al maestro de vuestro padre cuando dejó de darle clases…

—No, ni lo recuerdo ni creo saberlo, pero…

—Pues que fue elegido Papa con el nombre de Adriano VI. Quizá nuestro Honorato tenga altas aspiraciones. Pero de todas maneras, ¿cómo puedo confiar en él cuando sé que informa al Rey de todo? Vos, por supuesto, confiáis en todo el mundo.

—Dadas esas circunstancias, supongo que tengo que sentirme orgulloso de que confiéis en mí –comentó Juan un poco tímido–. O quizá tendría que sentirme avergonzado, porque eso puede significar que me tomáis por un simple. Pero aún no me habéis dicho lo que tenéis en la mente.

—Creo que somos unos rehenes –dijo Alejandro llanamente–. Creo que estamos bajo una vigilancia muy estricta. Y le pido a Dios que la reina tenga pronto un hijo.

—Yo no sé vos –afirmó Juan–, pero yo no soy un rehén. ¿Por qué tendría que serlo? No represento ningún peligro para nadie. Si lo fuera, me habrían dejado en Leganés entre la gente de aquel pueblo.

—No fue el Rey quien envió a buscaros… fue vuestro padre, el Emperador.

—Desde luego. No creo que el Rey conociera mi existencia en aquellos momentos. Cuando lo supo, me aceptó como hermano suyo.

—Pero sin daros el título de Príncipe.

Alejandro era lo suficientemente agudo como para darse cuenta de que Juan tuvo un instante de vacilación antes de replicar tranquilamente:

—Sabéis que mi madre era una persona del pueblo.

—Sí, lo sé. ¿Cómo se llamaba?

—No tengo ni idea. Era una señora alemana… eso es todo lo que sé, e incluso esto me lo dijo el Rey cuando vino a visitarnos el año pasado. ¿Por qué deseáis que la reina tenga un hijo… aparte de las razones meramente patrióticas?

—Por muchas razones egoístas –dijo Alejandro–. Cuantos más hijos tenga el Rey, menor será mi importancia. Y la vuestra, desde luego. Es peligroso ser importante.

—¿Estáis seguro de no estar imitando a vuestro padre ahora… engañándoos a vos mismo? –preguntó Juan–. Seguramente que sois ambicioso…

—Lo soy. Pero no en el terreno de la política. La milicia… eso es lo que a mí me

gusta.

—Eso es lo que a mí me gusta también –aseguró Juan, y durante unos momentos se miraron fijamente el uno al otro.

—Si sois tan bueno en eso como en la esgrima –comentó Alejandro pensativo–, preferiría luchar a vuestro lado que contra vos. Seréis mejor que yo también en la historia militar. Y no es para mí muy consolador el que sea mejor que Carlos…

—No le he visto en todo el día.

—Claro que no. Hoy hemos tenido clase de matemáticas.

Se echaron a reír. Los días en que el Padre doctor Alonso Díaz iba a darles lecciones de matemáticas y de física, invariablemente Carlos se ponía enfermo y se metía en la cama.

—No creo que ahora sepa algo más de ninguna otra materia que hace un par de años –comentó Alejandro–. Más tarde o más temprano, el Rey tendrá que decidir si Carlos estará capacitado para reinar cuando le llegue la hora…

—¡Ya lo tiene decidido! Ha convocado las Cortes de Castilla. Todos juraremos fidelidad a Carlos ese día con toda solemnidad. Nunca he visto tantos obispos juntos como habrá allí. El Cardenal arzobispo de Burgos, los arzobispos de Sevilla y de Granada, los obispos de Ávila y de Pamplona…

—¡Y un montón de Grandes de España! El Almirante de Castilla, los duques de Alba, de Nájera y de Francavilla, los marqueses de Denia, de Cañete, de Mondéjar y Camares, los condes de Benavente y Ureña… ¿Os acordáis cómo el duque de Alba olvidó besar la mano de Carlos? ¡Qué furioso se puso! Alba se ha buscado un enemigo para toda la vida y él lo sabe bien.

—Fue un espectáculo magnífico –recordó Juan–. Lástima que la reina no pudiera asistir. Habría visto a España en todo su esplendor.

—Ya tendrá oportunidad de verlo, si Dios quiere –replicó Alejandro–. Al menos ya estaba fuera de peligro. La verdad es que yo creí que se moría. Y lo más maravilloso es que su belleza no se ha resentido lo más mínimo. Sabéis que la reina Catalina de Médicis…

—¡Ya estamos con lo mismo! ¡Qué manía!

—… envió cremas y lociones especiales, manipuladas por sus hechiceros, para prevenir el contagio de la viruela y eliminar las marcas que deja. Fueron fabricadas por los hermanos Ruggieri. Una de las damas me dijo que estaban confeccionadas con corazones de renacuajos, secos y pulverizados, y mezclados con miel y clara de huevo.

—La pobre reina tuvo que untarse esa mezcla asquerosa en su rostro tan bello.

—Pero le dio resultado, ¿no? ¿Qué más queréis? Aunque no me gustaría saber qué clase en encantamiento hicieron cuando mezclaron esas porquerías. Los hermanos Ruggieri son unos conocidos brujos. Francia tiene mucha manga ancha con esas cosas y eso se debe probablemente a que…

—No lo digáis. Ya lo sé. Me pregunto si no iréis al purgatorio…

—Me daría con un canto en los dientes con que solo fuera eso…

—… y que allí tendréis que estar unos cuantos años a solas con vuestra manía…

—No sabía que podíais ser tan cruel –dijo Alejandro, con un estremecimiento–. Ya es bastante castigo para mí estar aquí junto a Carlos.

—Podría ser peor –protestó Juan débilmente–. En realidad a veces es muy amable y humano. Con frecuencia me pregunto cómo sería yo si tuviera sus… dificultades. No debe de ser fácil verse privado de salud y de fuerzas… saber que la gente le mira a uno siempre con comprensión o con…

—… repugnancia –completó Alejandro.

—Con aversión al menos.

—Ya sabéis lo que Tiépolo escribió acerca de él: que solo se sentía feliz cuando hacía infelices a los demás.

—Es una frase muy odiosa –comentó Juan–. Tiépolo es el embajador de Venecia, ¿no?

—Sí. Y los venecianos no tienen pelos en la lengua… a vuestras espaldas. Entre todos los arrogantes, desagradables, mentirosos, traidores…

—Bueno, bueno… ¿quién no tiene ahora pelos en la lengua a espaldas de los venecianos? –dijo Juan riendo–. Vosotros los italianos sois todavía peores que nosotros. La enemistad entre castellanos y aragoneses es bastante grande, pero parece la mejor caridad cristiana cuando uno oye a un florentino hablar de un veneciano, o a un veneciano hablar de un genovés… y viceversa. Me he enterado de que también los árabes hablan así de los turcos, y de los persas. No parece que sean uña y carne…

—¡Muy bonito, compararnos con los infieles! –protestó Alejandro moviendo la cabeza.

—Si quieres dominar a tu enemigo, tienes que conocerlo bien, dice Honorato.

—Los infieles parece que están más unidos que nosotros –comentó Alejandro–. Pero lo parece porque están muy lejos. Estoy convencido de que entre ellos hay disensiones y rencillas.

—Tal vez –dijo Juan mirando a través de los árboles las torres que apuntaban al cielo–. Pero a veces me pregunto si la fe verdadera no llegó tan temprano a Roma con Pedro y a España con Santiago porque éramos quienes más la necesitábamos.

—¿Cómo? ¿Más que los turcos o los árabes? Se podría pensar que tenéis una especial admiración hacia esos demonios incircuncisos.

—Me gustan tanto como os va a gustar a vos el dolor de tripas que vais a tener por comer tantas aceitunas, mi honorable sobrino. Lo que pasa es que no espero que se comporten como cristianos. Y me echo a temblar cuando pienso cómo nos comportaríamos nosotros si no lo fuéramos.

—Es muy propio de vos pensar en esas cosas raras.

—¿Tan raras son? –preguntó Juan al mismo tiempo que se levantaba y estiraba las piernas–. Me figuro… o mejor, tengo una idea aproximada de lo que yo sería si…

—¿Qué es lo que seriáis? –preguntó una voz armoniosa.

Ambos se dieron la vuelta. Allí estaba don Carlos sonriendo.

—Estoy recuperado –manifestó sin darle importancia.

—Es razonable desear que os encontréis bien al menos durante dos días –le dijo Alejandro con toda calma–. Estamos a miércoles. La próxima clase de matemáticas será el viernes.

—Para ser italiano, sois muy franco, querido primo –repuso Carlos con una sonrisa ácida–. Odio las matemáticas, es verdad. Afortunadamente no las voy a necesitar nunca. Además, no es bueno para un gobernante tener demasiados conocimientos. Siempre tendré gente que me haga esa clase de trabajos. Ahora retiraos, primo, que quiero hablar con Juan.

Alejandro apretó los labios, hizo una reverencia, dio media vuelta y se marchó.

—De vez en cuando hay que ponerlo en su sitio –comentó Carlos cuando Alejandro estuvo fuera del alcance de su voz–. Además, deseo hablar con vos a solas. O mejor, venid conmigo a dar un pequeño paseo. No, por ahí no. Vamos por el parque. Tenemos por lo menos media hora antes de la cena.

No era fácil acompasar el paso con el de Carlos sin poner en evidencia su deformidad física. Parecía encontrarse en un notable estado de buen humor; incluso iba tarareando una cancioncilla.

Se habían acercado al portón de entrada, junto al que estaba la casa del guarda.

—Ahora hay ahí uno nuevo –dijo Carlos–. Un individuo que se llama Gardetas. Tiene una hija. Mariana. Bonito nombre, ¿no?

—Muy bonito.

—Pedro me ha hablado de ella –explicó Carlos–. Mi lacayo. Es un buen hombre Pedro. Sabía lo fastidiado que yo estaba. Así es que vine a echar un vistazo. Qué muchacha, Juan, ¡qué muchacha! Tiene el cabello como si fuera fuego… llamas del… cielo. No sé cómo se pueden encontrar chicas como esa entre la plebe. Tengo que decir que no le reprocho a mi abuelo, vuestro padre, el que no se limitara a conceder sus favores solo a las damas de rango y alcurnia.

Juan frunció el entrecejo, pero no dijo nada. No era fácil.

—He estado hablando con ella –prosiguió Carlos–. Es mucho más divertida que las damas de la corte. Mucho más. Su padre es un estorbo; no para de dar vueltas alrededor poniendo una cara huraña. Creo que ella ha apreciado el honor que le he echo. ¡Mirad… allí!, me ha visto venir. ¿Habíais visto jamás un cabello como ese?

Sí que Juan había visto un cabello como aquel. Precisamente iba a decirle a Carlos que hubo una criada en Villagarcía, La Rubia, llamada así porque su cabello era igual de rojo, cuando se sobresaltó al darse cuenta de que aquella era precisamente La Rubia. Era

de Alcalá y había vuelto allí, a su pueblo. La Rubia, que había prendido fuego al castillo y don Luis la despidió. La Rubia, con la que Galarza se metía tan despiadadamente porque tenía pecas.

Juan observó un relámpago de reconocimiento en su bonito rostro. Por un momento pareció que iba a meterse corriendo en la casa, pero lo pensó mejor y permaneció donde estaba.

Cuando se inclinó profundamente ante el príncipe, Juan vio que le habían desaparecido casi todas las pecas.

Antes de que Carlos pudiera hablar, un hombre alto y delgado salió de la casa. También él se inclinó y preguntó un poco ásperamente si Su Alteza tenía alguna orden que darle.

Su Alteza le echó una mirada asesina, vaciló un poco y lanzó un «¡No!», tremebundo. Dio media vuelta y se alejó.

Al ratito le dijo a Juan:

—Es lástima que no haya una especie de fiebres puerperales para los padres y que murieran de ellas.

Tampoco esta vez Juan dijo nada. Sabía que cualquier cosa que dijera solo serviría para que Carlos continuara con el mismo tema.

Pasó otro rato y Carlos dijo:

—Es encantadora, ¿verdad? Tengo que quitar de en medio a ese vejestorio. Mi lacayo Pedro es un hombre astuto. Con su padre o sin su padre le entregará un mensaje mío. Deseo verla; y deseo verla a solas…

—Pero seguramente…

—¿Seguramente qué?

Juan estaba violento.

—Digo… que no podéis pensar en serio… que no estaréis pensando… en casaros con una chica como esa. Hay que considerar que la mujer con la que os caséis será la futura reina de España.

Carlos se echó a reír.

—¿Quién habla de casarse con ella? Los reyes a veces se inclinan para coger flores humildes. No nos molestamos en casarnos con esa clase de mujeres. Vos deberíais saber eso mejor que nadie.

Juan se detuvo en seco. Estaba blanco como la pared y sus ojos echaban chispas. Instintivamente se llevó la mano a la empuñadura de la espada.

Carlos lo vio. Se dio cuenta de que había ido demasiado lejos. Tuvo miedo. A pesar de ello no se disculpó. Se detuvo y se quedó mirando a Juan. No pudo ni dibujar una sonrisa nerviosa.

Los dedos de Juan apretaron el puño de su espada; ya no era aquella espada que don

Luis le había regalado cuando era niño. Pero se acordó de que en una ocasión, estando en la armería, don Luis le había dicho: «Jamás debéis amenazar: ni a una mujer, ni a una persona de la realeza, ni a un sacerdote. Si amenazas a una mujer, perderás el honor; si amenazas a un miembro de la realeza, perderás la nobleza; si amenazas a un sacerdote, perderás tu alma».

Recobró el dominio sobre sí mismo.

—Es cierto que mi madre no era de sangre real. Pero mi padre era un hombre de más categoría que el vuestro.

—Repetiré al Rey lo que acabáis de decir –le amenazó Carlos.

—Decídselo. No le diréis nada que él ya no sepa.

Y Juan se retiró. Después, cuando volvió a ver a Carlos en la cena, se mostró fríamente cortés. El príncipe hizo como si no lo notara y se comportó con un buen humor casi estrepitoso.

Tres días más tarde, el preceptor del príncipe, don García de Toledo, descubrió que abandonaba el palacio a escondidas, saliendo por una pequeña puerta que daba al salón de juntas y bajando al parque por una escalerilla de hierro; empezó a hacer averiguaciones. Carlos se negó a hablar, pero don García era tenaz. Interrogó a todo el mundo, desde los mayordomos del príncipe hasta a sus lacayos.

El «excelente» Pedro acabó hablando.

El primer efecto fue que don García cerró con llave la puerta.

El segundo resultado fue que don Carlos le dio una paliza tal a Pedro, que este tuvo que ser llevado a la enfermería.

Durante unos días el príncipe estuvo de un humor terrible, maltratando a todo el mundo, incluso al venerable Honorato.

Al final de la semana, el humor del príncipe mejoró hasta tal punto, que tanto Juan como Alejandro pensaron que había encontrado una solución a su problema. Alejandro estaba seguro de lo que sucedía, porque el mismo Carlos no paraba de hablar de los hermosos cabellos rojos y se ufanaba de ser un amante irresistible.

El domingo, durante la cena, el príncipe tenía gran prisa por acabar de comer. En cuanto terminó, despidió a los sirvientes, se quejó de un repentino dolor de cabeza y se retiró precipitadamente a sus habitaciones.

—Algo está tramando –dijo Alejandro–. Me gustaría saber qué es. ¿Vamos a verlo?

—No podemos ir a sus habitaciones… Ya sabéis cómo es.

—No tengo intención de ir allí. Y tampoco creo que él esté allí. No me extrañaría que se hubiera buscado otra llave de la puerta. Nada se pierde con echar un vistazo al salón de juntas.

—Eso no me gusta –manifestó Juan, frunciendo las cejas.

—Bueno, pues iré yo solo. Tengo que saber si el amante irresistible sigue frecuentando a la más hermosa pelirroja de todos los tiempos.

Alejandro abandonó la habitación riéndose.

Juan no supo nunca explicarse qué fue lo que le impulsó a seguirle. Porque no se trataba de curiosidad; la sola idea de husmear le repugnaba. Tampoco fue por ganas de investigar un misterio, tan acentuadas en muchas personas y muy parecidas a la curiosidad. Sintió una especie de incomodidad que fue aumentando conforme se acercaba al salón de juntas. Alejandro había entreabierto la puerta y miraba por la rendija.

—¡No hagáis eso! –le dijo Juan con un gesto de enfado; husmear por las rendijas de las puertas era cosa de lacayos.

Alejandro abrió la puerta de par en par y entró; Juan le siguió. El salón de juntas era enorme y poco acogedor en aquella semipenumbra. En las paredes, obispos miraban con desaprobación a los intrusos, desde sus marcos dorados.

Alejandro andaba de puntillas. De pronto de detuvo tan en seco que Juan casi tropieza con él.

La pequeña puerta estaba abierta.

Al acercarse recibieron una ráfaga de aire frío. Desde el fondo de la empinada escalerilla metálica subía un fuerte olor a humedad y se veía un leve resplandor.

Alejandro empezó a reír por lo bajo.

—Lo que me figuraba. Ha conseguido otra llave; y lleva una luz. ¡Oh, la afortunada pelirroja! Si ahora…

Cortó la frase en seco.

Se oyó un estrépito, un golpe enorme y, al momento, un grito terrible y prolongado.

—¿Cómo ha sucedido? –preguntó el Rey.

Honorato respiró profundamente. Por suerte estaban los dos solos en el salón de juntas. Habría sido peor tener que relatar aquella sórdida historia delante de los médicos y de los altos oficiales que habían invadido la que fue su tranquila sala de dar clases. Ya era así bastante difícil, con los pálidos y penetrantes ojos del Rey fijos en él. Para darse ánimos trató de recordar el tiempo en el que Felipe había sido alumno suyo, pero fue inútil. Detrás de aquellos ojos había una mente en la que no podía penetrar, una voluntad en la que no podía influir, sino que, por el contrario, sería capaz de fulminarlo con un repentino ataque de cólera.

Honorato bajó la cabeza y empezó a hablar. El príncipe estaba en una edad en la que determinados procesos fisiológicos ejercían gran influjo sobre él y desgraciadamente…

El Rey escuchaba impasible… Una miserable chica de servicio… Habían cerrado la puerta con llave. Habían escondido la llave. Carlos había conseguido que le fabricaran otra. Una escalera estrecha, empinada, alumbrada solo por la luz que Carlos llevaba en la mano. Un tropezón, una caída, y así acabó la primera escapada que el heredero real de España hacía por su cuenta. La primera y quizá la última.

—Don Juan y don Alejandro fueron los primeros que dieron la alarma. Casualmente estaban en el salón de juntas…

—¿Por qué?

—Me dijeron que, por la actitud del príncipe, habían sospechado que estaba tramando alguna cosa y quisieron saber de qué se trataba.

—¿No estaban con él cuando el accidente?

—No, Majestad.

—¿Deducís eso de lo que os han contado?

—Sí, Majestad.

—¿Hubo alguna disputa entre el príncipe y sus parientes?

—Siempre había discusiones sin importancia entre ellos, como suele suceder entre jóvenes de su edad.

—¿Cuándo ocurrió la última de esas cosas?

—Que yo sepa, hace unos pocos días, Majestad.

—¿Con quién discutió el príncipe? ¿Con don Alejandro o con don Juan?

—Con don Juan, Majestad. Me lo contó el lacayo Pedro Sánchez, en quien el príncipe tenía una especial confianza hasta hace un par de días, cuando el tal Pedro

Sánchez le confesó a don Diego García que el príncipe se servía de la pequeña puerta…

—¿Estuvo ese hombre presente en aquella discusión?

—No, Majestad. Se lo contó el príncipe. Al parecer el príncipe hizo alguna alusión impertinente acerca del rango social de don Juan.

—¿Seriáis tan amable de repetirme las palabras exactas de la discusión, tal y como os las han referido?

—Sí, Majestad. Pero Vuestra Majestad deberá recordar que solo puedo repetir lo que una tercera persona me ha contado; además, una tercera persona que no presenció el incidente…

—Lo tendré en cuenta. Continuad.

—El príncipe le dijo a don Juan que él debería saber bien que las personas reales no se casaban con gente del pueblo, y don Juan hizo ademán de sacar la espada.

—¿La desenvainó?

—El lacayo no lo sabía. Pero al parecer, don Juan replicó que su propia madre no era de sangre real…

—Sí. Proseguid.

—… pero que su padre era un hombre de más categoría que el príncipe.

Se produjo una pausa. Después, el Rey dijo en voz baja:

—Don Juan tiene toda la razón.

En la Universidad había un profesor que se llamaba Castillo, un hombre ya mayor que llevaba unas gafas de casi dos centímetros de grueso. Pues bien, era mucho más fácil leer la expresión de sus ojos que la de los ojos del Rey.

—El príncipe le amenazó con contarle eso a Vuestra Majestad –prosiguió Honorato.

—Quiera Dios que el príncipe tenga esa oportunidad. ¿Cómo fueron las relaciones entre él y don Juan los días siguientes?

—Fueron un tanto tirantes, pero no hubo más discusiones.

—¿Ha habido alguna disputa seria entre el príncipe y don Alejandro?

—No, Majestad.

—La amistad entre don Juan y don Alejandro es muy estrecha, ¿verdad?

—Sí, Majestad.

—¿No se han disputado nunca?

—No, Majestad.

El Rey suspiró.

—El príncipe tiene un carácter muy desagradable. Es natural que dos… jóvenes sanos y fuertes se unan contra él.

Honorato dijo con voz trémula.

—No tengo evidencia de tal cosa, Majestad.

—Por supuesto que no –replicó el Rey secamente, y añadió en un tono de indiferencia–: don Juan y don Alejandro descubrieron el accidente. Dieron la alarma. ¿Qué sucedió después?

—Don Alejandro salió corriendo a buscar a don García. Don Juan descendió las escaleras para ver lo que había sucedido. Cuando don García llegó acompañado del doctor Olivares y de dos lacayos, lo encontró sentado en los escalones, con la cabeza del príncipe en su regazo.

El Rey asintió moviendo despacio la cabeza.

—Continuad.

—El príncipe tenía una gran herida en la cabeza. Sangraba mucho. El doctor Olivares tuvo gran dificultad en cortar la hemorragia. Solo cuando lo consiguió ordenó que subieran al príncipe a su dormitorio. Allí se unió al doctor Vega y poco después con el doctor Deza Chacón, el cirujano. Mientras tanto, don García envió a don Diego de Acuña para informar a Vuestra Majestad en Madrid.

Una vez más el Rey asintió. Había ordenado que fueran a Alcalá los doctores Gutiérrez, Pedro Torres y el cirujano Portugués. Unas horas más tarde él también vino.

Carlos no había recobrado totalmente el sentido, pero todos los médicos estaban de acuerdo en que aquellos síntomas no eran inquietantes, y no tenían duda acerca de su completa recuperación.

El Rey no estaba convencido de lo que decían los doctores, pero tampoco podía rechazarlo. Había hablado largamente con don García antes de interrogar a solas a Honorato.

—Tenemos que esperar y rezar –dijo con tono apagado.

—Ciertamente, Majestad.

El Rey se levantó y salió a ver otra vez a los médicos. Estos volvieron a asegurarle que no había de ningún modo motivos de ansiedad. Volvió a visitar al enfermo y le dirigió unas palabras sin recibir respuesta. Al mediodía tomó el almuerzo, conversó unos momentos con don Juan y don Alejandro, visitó otra vez al príncipe, que seguía sin recobrar del todo el sentido, y partió para Madrid.

Once días después, el treinta de abril, don Diego de Acuña salió a escape para Madrid llevando la noticia de que el príncipe estaba muy considerablemente peor. Los médicos hablaban de complicaciones y temían que el cerebro estuviera afectado.

El Rey volvió a Alcalá inmediatamente, acompañado por el duque de Alba, el príncipe de Éboli y el doctor Vesalio. Pocas horas más tarde emprendieron también viaje todos los demás miembros del Consejo de Estado y los Grandes que tenían funciones en la corte. Todos ellos arrastraron tras de sí a su personal de servicio y a su séquito, con lo cual el palacio de Alcalá estuvo sobresaturado.

Los párpados de Carlos estaban tan hinchados que no podía abrir los ojos. La pierna derecha se la había paralizado.

El día dos de mayo su puso tan débil que los médicos empezaron a temer lo peor. El Rey ordenó que administraran al príncipe los últimos sacramentos.

Estuvo consciente en esos momentos y recibió los sacramentos con toda reverencia. Terminada la ceremonia, cuando los sacerdotes se retiraban, le hizo señas a don Juan para que se acercase a la cama. Juan se arrodilló junto a la cama.

—Sois muy bueno –le dijo el príncipe en un susurro–. Rezad… por mí… Quizá… los santos os… quieran escuchar.

Juan le tomó una mano y acarició los hinchados dedos.

—Rezaré con todas mis fuerzas, Alteza.

Al levantarse vio que el Rey estaba pegado al otro lado de la cama y lo miraba intensamente.

En Alcalá había un monasterio de franciscanos a donde Juan iba a rezar todas las mañanas y todas las tardes.

Entre el 30 de abril y el 8 de mayo el Rey presidió no menos de catorce conferencias de los médicos, junto con el duque de Alba y don García de Toledo.

El mismo día 8 de mayo se llegó a la conclusión de que el príncipe no viviría 24 horas más. Durante los dos últimos días había permanecido en coma.

Felipe inclinó la cabeza. Al cabo de un momento pregunto:

—¿Existe la más ligera posibilidad de que el príncipe recobre la conciencia antes… del fin?

—Ninguna, Majestad –afirmó el doctor Gutiérrez.

—Gracias, distinguidos señores –dijo el Rey con voz apagada–. Estoy seguro de que habéis hecho todo lo que se podía hacer.

Se marchó y pocos minutos después todo el mundo se enteraba de que había regresado a Madrid.

El duque de Alba le ayudó a entrar en el carruaje. Con el rostro entre las sombras del interior del coche, el Rey dijo:

—Os ruego que permanezcáis aquí hasta que todo haya acabado. Yo… yo no puedo ver esta agonía.

Alba le besó la mano y se quedó allí, tieso como un palo, hasta que el carruaje salió del parque. Después, con su paso estirado militar, regresó al palacio.

Se encontró con don Juan que precisamente volvía de su visita vespertina al convento franciscano. El muchacho estaba llorando. Don Alejandro le había dicho que el final del príncipe estaba cercano. Se resistía a creérselo.

—También los reyes y los príncipes son mortales –comentó Alba con voz átona.

El gran militar parecía propiamente el ángel de la muerte, con su porte solemne, su estatura, la nariz aguileña, las cejas negras y la barba gris. Pero su voz era suave cuando preguntó:

—¿Me permite Vuestra Excelencia que tome asiento?

Jamás Alba se había sentado en presencia de una persona de sangre real sin antes pedir permiso; ni permanecía cubierto, salvo en el campo de batalla.

—Os lo ruego, señor.

Alba se sentó muy derecho junto a Juan. Incluso vestido con el traje de suave terciopelo negro y la gorguera de encaje blanco algo pasada de moda parecía llevar la armadura. Ruy Gómez, el príncipe de Éboli, solía decir: «Sé que Alba se baña todos los días, cosa que no se puede decir de muchos Grandes que conozco, pero siempre huele a acero y a sangre». Alguien se lo contó al duque, el cual se limitó a decir fríamente: «El príncipe de Éboli no lo creería, desde luego, pero ese es el único perfume propio de un hombre».

—Es consolador ver que el príncipe tiene un amigo que reza por él –dijo Alba.

En esta observación no había ni rastro de malicia, y Juan lo apreció así. Alba decía sencillamente lo que pensaba. Podía ser más astuto que mil raposos, pero solo en su elemento: en la guerra. No era un hombre de estado, ni un político, y mucho menos un intrigante.

—El príncipe no tiene amigos –replicó Juan con la misma franqueza–. Ha tenido una vida muy desgraciada. Y pienso… pienso que confiaba en mí. Me gustaría poder ayudarle.

«Es un digno hijo de Carlos, bien lo sabe Dios», pensó Alba, «y todavía no ha sido corrompido». Sin darse cuenta se encontró pensando en que le gustaría que Juan fuera el heredero del trono, en vez de Carlos; pero frunció las cejas y apartó inmediatamente ese pensamiento. Nunca había tolerado una insubordinación, y mucho menos en él mismo. Pero aquel pensamiento había sido suyo, no de don Juan. Se puso de pie.

—Voy a las habitaciones del príncipe –anunció–. ¿Queréis venir conmigo?

—Pensaba hacerlo de todos modos –dijo Juan–. Ahora me resultará más fácil.

Los labios de Alba se estiraron un poco. Era lo más parecido a una sonrisa amistosa que sabía hacer.

Encontraron al príncipe yaciendo inmóvil en el lecho. Tenía la nariz muy afilada. La boca abierta. Respiraba estertóreamente.

El doctor Gutiérrez y el licenciado Deza Chacón estaban sentados en un rincón del cuarto. Alba les hizo señas de que permanecieran donde estaban.

A las dos horas fueron relevados por los doctores Torres y Portugués; y estos a su vez, más tarde, por los doctores Olivares y Vega.

Alba estuvo todo el rato de pie. Solo el propio don Carlos podría haberle autorizado a sentarse, y don Carlos estaba inconsciente.

«Sangre y acero», pensó Juan en medio del torrente de sus oraciones.

Más que nunca se parecía el viejo soldado al ángel de la muerte. Había algo casi preternatural en la resistencia de sus fuerzas.

Durante horas y horas no se oyó más que la trabajosa respiración del moribundo príncipe.

Cuando por fin llegó el amanecer pálido y suave, como si el nuevo día quisiera respetar el final de una vida joven, Juan se levantó y se acercó a Alba.

—Voy a ir otra vez al convento franciscano –le dijo en voz baja.

Aquella estatua de mármol que era Alba pareció recobrar vida lentamente. El convento. El convento franciscano. El Rey le había hablado de ese convento cuando le dio instrucciones detalladas para el funeral de don Carlos. El Prior y los frailes tenían que acompañar al cuerpo hasta Madrid, y con ellos cincuenta y dos portadores de antorchas, el rector de la Universidad, el cuerpo docente, los estudiantes; la nobleza y el clero.

Felipe había tomado todas estas disposiciones con todos sus pormenores, resolviendo una situación de hecho pues Carlos estaba prácticamente muerto y el Rey tenía que tomar esas decisiones porque era el Rey. Pero un poco después, cuando ordenó que prepararan su carruaje para marchar a Madrid, la voz se le quebró. Y por mucho que intentó ocultar su rostro en las sombras del interior del carruaje, Alba pudo ver lo que nunca antes había visto: lágrimas en los ojos de Felipe.

El Emperador mostraba con frecuencia sus emociones, el Rey Felipe no lo hacía jamás, y muchas personas en la corte empezaron a imitarlo en esto, adoptando la actitud de hombres impenetrables, con un autocontrol absoluto.

Felipe llorando era algo insólito.

La muerte del joven príncipe era una derrota, una derrota terrible para el Rey de España, y Alba había sido encargado de luchar en la retaguardia.

—¿Queréis acompañarme, señor?

Acompañarle, ¿para qué? Ah, sí, al convento. Para rezar. Lo único que se podía hacer.

Alba asintió. Se inclinó respetuosamente ante el cuerpo inconsciente del príncipe, dio media vuelta y siguió a Juan.

—¡Los caballos!

Era algo digno de verse el salto que daba todo el mundo ante una orden de Alba. Llevaban un séquito de muy pocas personas, pues la mayoría de los cortesanos estaban aún durmiendo.

Juan iba delante indicando el camino.

Alba tenía una especial preferencia por las iglesias de los conventos, igual que le gustaba más el clero regular que el secular. Los conventos eran los baluartes de Dios en la tierra, castillos con murallas y torreones levantados contra el demonio, el infiel y los herejes. Cuando llegaron a la puerta de la iglesia desmontó con la agilidad de un hombre de la mitad de sus años.

Juan le hizo una indicación y, en vez de entrar en la iglesia, le condujo a través del

huerto hacia el cementerio.

—Aquí es donde he venido a rezar todos estos días –le explicó en voz baja, señalando una sencilla tumba–. Aquí fue enterrado Fray Diego. Sabéis quién era… el fraile más santo que ha habido en este lugar. Quieren que sea canonizado. Un anciano y una jovencita de Alcalá han sido sanados por su intercesión.

Alba hizo la señal de la Cruz y se puso a rezar. Mientras rezaba se le ocurrió una idea. Tuvo que hacer un esfuerzo para terminar sus rezos, se volvió a santiguar y se dirigió a la portería del convento, donde hizo sonar la campanilla. Al momento un fraile abrió la puerta.

—Soy Alba –le dijo–. Deseo ver al Reverendo Prior por encargo de Su Majestad el Rey.

* * *

Un par de horas más tarde, una larga procesión se dirigía hacia el palacio de Alcalá. Antes, cientos de personas de todas clases fueron convocadas por los heraldos de la ciudad y por el tañido de la campana gorda, que solo sonaba en circunstancias extraordinarias. Iba un gran número de penitentes, vestidos de saco y con una caperuza en la cabeza. Después venían cuatro franciscanos llevando un cuerpo en unas angarillas.

Detrás de ellos, descalzos y vestidos también de penitentes, iban don Juan de Austria y don Alejandro Farnesio, príncipe de Parma; a continuación el duque de Alba, descubierto; Honorato, todo el claustro de la Universidad, los estudiantes, un grupo de nobles, los frailes con el Prior, el clero secular y otros centenares de personas del pueblo. Todo exactamente como lo había ordenado el Rey Felipe para el funeral del príncipe… todo excepto una cosa: el cuerpo que llevaban no era el de Carlos… era el de Fray Diego.

La exhumación se llevó a cabo en presencia del duque de Alba y de don Juan. El cuerpo fue cubierto con una amplia sábana, excepto el rostro, de color pergamino y un poco arrugado, que no obstante parecía más el de un hombre que dormía tranquilamente que el de un cadáver. No había en él ni la menor traza de descomposición.

La procesión se detuvo ante el palacio. El cuerpo de Fray Diego fue llevado a la habitación del enfermo, seguido de Alba, don Juan y don Alejandro, Honorato y el Prior.

Las angarillas fueron colocadas junto a la cama del príncipe.

Carlos estaba inconsciente por completo. Respiraba todavía, pero su rostro se parecía más al de un cadáver que el del mismo Fray Diego. Los doctores Gutiérrez y Chacón estaban de guardia.

El Prior se adelantó hacia el príncipe, le tomó la mano derecha y la depositó suavemente sobre el pecho de Fray Diego. Después dio un paso hacia atrás.

Todos rezaban en silencio. Pero todas las oraciones cesaron cuando de repente Carlos empezó a moverse. Muy despacio se volvió hacia el lado derecho.

Respiró hondamente y después siguió respirando con regularidad y reposadamente.

Todos tenían las miradas clavadas en el príncipe, estupefactos, con los ojos abiertos como platos; por eso ninguno de ellos vio lo que nadie había visto ni vería jamás: el duque de Alba estaba temblando.

Pasó un cuarto de hora.

El doctor Gutiérrez se quiso acercar a la cabecera del príncipe, pero un gesto imperioso del duque le detuvo. Tardó otro cuarto de hora en acopiar valor suficiente para murmurar:

—Su Alteza está durmiendo profundamente.

El Prior retiró con delicadeza la mano de Carlos del pecho de Fray Diego. Hizo una seña con la cabeza a los cuatro frailes, los cuales levantaron las angarillas y salieron con ellas de la habitación. Solo se quedaron el duque, Juan y los dos médicos.

Después de haber dormido seis horas, Carlos volvió a moverse y llamó con un murmullo:

—Juan.

Juan se arrodilló junto a la cama.

—Aquí estoy, Alteza.

Estuvo a punto de lanzar un grito de sorpresa. La hinchazón de los párpados había desaparecido casi por completo.

—Puedo ver –dijo Carlos débilmente–. He tenido un sueño muy extraño, Juan. Me encontré a un monje, un fraile. Me dijo… que no moriré… en esta ocasión.

CAPÍTULO 12

El baile había acabado.

Ruy Gómez se retiró de la puerta en la que había estado a pie firme casi una hora despidiendo a sus invitados y dándoles a entender a cada uno que la fiesta había sido organizada solo en su honor. A esto lo llamaban el arte de los reyes. No quería con eso decir en absoluto que él se consideraba «Rey» Gómez.

Por fin podía descansar. Cuando se encaminaba al salón de baile, aflojó los músculos de su abdomen. No le preocupaba todavía esa pequeña curva; tampoco tenía que vigilar especialmente su papada, pero pronto llegaría el momento de cuidarse de ello. Se miró con ojos críticos en uno de los grandes espejos. No se gustó; pero podía tener peor aspecto a las dos de la madrugada. Ni siquiera un duro masaje podría arreglar aquello. Menos mal que su cabello era todavía negro y rizado, solamente había algunas trazas de plata en la barba. Ojalá fuese un poco más alto. No tanto como Alba, desde luego –al Rey no le agradaba hablarle a nadie mirando hacia arriba–, pero sí tan alto como el mismo Rey.

Entraron los sirvientes para retirar las mesas y él se fue de allí. Le disgustaba ver una habitación en aquel estado, como si fuese un campo de batalla y los carroñeros estuviesen recogiendo el botín. Casi todas las duquesas comían con mucha delicadeza, pero los platos sucios eran platos sucios y le producían un asco innecesario y le llevaban a hacer consideraciones más innecesarias aún acerca de las limitaciones de la condición humana.

Había muy pocas personas que fueran verdaderamente exquisitas, tanto por dentro como por fuera. Como Ana. Tenía que ir a ver cómo se encontraba de su dolor de cabeza… si es que de verdad lo tenía.

Subió despacio la escalera, se deslizó desganadamente hacia la habitación de su esposa y entró en ella.

Ana estaba echada en la cama, rodeada de cojines, envuelta en una bata con ribetes de armiño y comiendo una manzana. Le recibió con una sonrisa.

—Tenéis un aspecto muy bello –le dijo Ruy Gómez–. No habéis tenido dolor de cabeza por supuesto, ¿verdad?

—¡Cielos, claro que no! –exclamó, sin dejar de masticar–. Ha sido solo un pretexto. Vi que la fiesta estaba siendo un éxito y que no necesitabais de mi presencia. Ha sido un éxito, ¿o no?

—Vos la habíais organizado, querida.

Ella levantó sus bellas cejas oscuras.

—Os estáis haciendo cada día más castellano, Ruy. ¿Hasta dónde vais a llegar? En serio, desearía que le dijerais al Rey que cese ya de llevar la corte de un lado para otro. Valladolid, Toledo, Madrid, Valladolid otra vez y ahora Segovia. No se es rey para estar rodando por ahí como los gitanos; no tenéis idea de lo difícil que resulta dar una fiesta cambiando continuamente de servicio y de proveedores…

—Lo habéis hecho maravillosamente bien –la interrumpió–. Inés Infantado me comentó que no comprende cómo podéis conseguirlo.

—Bien puedo creerlo –afirmó Ana–. La pobre Inés no ha sabido nunca organizar nada, ni siquiera a ella misma. ¿Habéis visto cómo iba vestida? De seda color albaricoque, a sus años. ¡Y con la presencia del Rey!

—Todavía no existe una ley que nos obligue a ir todos vestidos de negro. Yo mismo llevo una casaca color púrpura, como podéis ver.

—Sí, pero es de color púrpura oscuro. Además, vos podéis hacerlo casi todo; me pregunto por qué.

—Por mi atractivo personal, querida. Importado de Portugal. Nunca podré hacerme castellano, vos lo sabéis –se sentó a los pies de la cama–. Sobre todo para una Mendoza como vos. Aunque los Mendoza son originarios de Vizcaya. Y una larga lista de nombres que podría citaros. Para todos ellos seguiré siendo siempre el portugués, aunque con un título italiano.

—Felipe os ha hecho duque de Pastrana.

—Lo cual ha sido muy amable por su parte. Suena muy bien. Eso dijisteis vos cuando le pedisteis que lo hiciera. ¿Os sorprende que yo lo sepa, querida? El Rey hace casi todo lo que le pedís. No sé por qué.

—Por mi encanto personal, querido… aunque yo creía que no le interesaba mucho.

—Toseré. Lo fastidioso es que probablemente tenéis toda la razón. A veces me pregunto…

—No quiero saber qué –le interrumpió ella.

—A veces me pregunto si Felipe no estará enamorado de vos.

Ella se puso a bostezar.

—¡Felipe enamorado! De lo único que está enamorado es de sus obligaciones. No está enamorado ni siquiera de sí mismo. En todo caso, está enamorado de sí mismo en cuanto que es la personificación de sus obligaciones.

—Una observación muy aguda –afirmó él–. Y la verdad es que no acabo de comprender por qué le pedisteis que me hiciera duque de Pastrana, porque vos raramente empleáis ese título.

—Nunca me ha disgustado ser la Princesa de Éboli –dijo ella, con un gesto displicente–. Especialmente sabiendo que a mucha gente le molesta.

—Y porque nunca habéis dejado de ser Ana de Mendoza y de la Cerda –añadió él.

—Ana la Tuerta –comentó ella, llevándose la mano suavemente al parche de

terciopelo negro que tenía en el ojo derecho.

—Contemplándoos a vos uno piensa que una mujer con los dos ojos es una vulgaridad. Llevamos casados seis años… y vos tenéis ahora veinticinco, ¿no es así? Vuestra cara es muy larga, vuestra nariz es muy larga, sois demasiado alta y, sin embargo, sois más bella que ninguna otra mujer en el mundo. Dolores de Mondéjar tiene diecisiete años, todos sus rasgos son perfectos, tiene una belleza arrebatadora… pero a vuestro lado es como una absurda ovejita.

—En cuanto a Felipe… –dijo ella–. Pero no, no quiero hablar de él. La fiesta era un aburrimiento mientras él estuvo presente. Hasta que se marchó no empezó a animarse. Es curioso hasta qué punto influye en la gente. A veces hasta me da pena de ese pobre bicho, Carlos. ¿Cómo se encontraba esta noche?

—No demasiado mal. Comió demasiado, bebió demasiado y le dijo algunas impertinencias a la pobre Inés Infantado…

—Nunca olvidará que Infantado fue quien iba al frente del séquito de la reina, cuando vino a España.

—Aparte de otras cualidades, Su Alteza tiene una memoria muy buena. Pero le he visto portarse peor que esta noche. Por lo menos no ha echado mano de la espada, no se ha abalanzado al cuello de nadie, no se ha metido en los establos para torturar a los caballos…

—¡Oh, basta, Ruy! Dejad ya a ese desdichado muchacho. Verdaderamente no comprendo por qué ese santo franciscano se molestó en hacer un milagro para él en Alcalá, cuando estuvo enfermo… ya hace tres años de eso, ¿no? ¿Qué ha hecho Carlos en estos tres años que justifique ese milagro en favor suyo?

Ruy Gómez soltó una carcajada echando la cabeza hacia atrás.

—Incidentalmente lo comenté con el único hombre que parece tener alguna buena influencia sobre él. Además yo no acabo de ver claro cómo ese milagro concreto puede ser aducido como prueba en el proceso de canonización de Fray Diego. Aunque hace tiempo que lo leí, creo recordar que un milagro aducido como prueba para la canonización de un santo tiene que haber producido buenos efectos. ¿Y se puede decir que es bueno devolver la salud a un pequeño monstruo que se va a servir de ella para ser una plaga para muchos y un estorbo para todos?

—Sois tremendamente franco. Si yo hubiera dicho esas mismas cosas, me habríais llamado impertinente.

—Y lo habéis sido, al abandonar una fiesta como la de esta noche con un pretexto tan falso.

—Ya os he dicho que no era más que un pretexto. Algo había que hacer para animar aquello. Así todos podían ponerse a parlotear de sus propias cosas, de sus matrimonios, de sus deudas, de sus cacerías y de sus escándalos. Esos pequeños y miserables escándalos que en realidad no llegan a escandalizar a nadie.

—Mucho me temo que todo eso es cierto –suspiró Ruy Gómez–. Lo cual quiere decir

que España entera está en las manos del Rey y en las de una o dos personas más.

—¿Queréis decir vos mismo y quién más?

—Quiero decir yo mismo y alguien que se atraviesa en mi camino.

—¿Es decir, Alba?

—Es decir, Alba.

—¡Mi querido Ruy! Él no podrá nunca ser un peligro para vos. No es lo suficientemente versátil. Pero sigo creyendo que sois un imprudente al criticar tan abiertamente a don Carlos con… ¿habéis dicho incidentalmente? ¿Con Alejandro Farnesio?

Ruy Gómez negó con la cabeza.

—Alejandro no tiene ninguna influencia sobre Carlos. Me refiero a su tío… el tío de don Carlos… don Juan.

—¡Su Excelencia! ¡Dios de mi alma…! Si no es más que un muchacho de dieciocho años. Carlos tiene veinte… ¡Oh, oh! Os conozco cuando miráis así. Creéis que es un personaje importante, ¿no?

—Querida Ana, está hecho de la misma madera de que están hechos los reyes… los reyes de verdad.

—En ese caso –comentó ella– no vivirá mucho.

Él hizo unos cuantos visajes.

—No hay que dramatizar, Ana. Ni tú ni el Rey. Felipe sabe cómo mantener a cada uno en su sitio. En lo que se refiere a don Juan, no creo que le resulte nada difícil. Está el asunto de su madre…

—El Emperador no llegó a casarse con ella en secreto, ¿verdad?

—No. Precisamente por eso lo digo. La buena mujer era alemana de nacimiento y ahora está casada con un hombre que se llama algo así como Kegel. Es oficial del ejército. Desde luego no es noble. La señora esa vive en Flandes y su conducta no parece que sea ejemplar, por lo que se oye decir. Todo esto tendría arreglo, por supuesto, pero ¿con qué objeto? Don Juan tiene tratamiento de Excelencia. No es príncipe. En una ocasión, el viejo Villanueva se dirigió a él llamándole Vuestra Alteza y fue severamente amonestado.

—¿Por don Juan?

—Por el Rey.

—Comprendo. ¿Entonces por qué le dais tanta importancia?

Él la miró con una sonrisa indulgente.

—Porque uno tiene que procurar ver lejos en estas cuestiones. El muchacho está extraordinariamente dotado. Puede llegar lejos… Y podría ser que, en determinadas circunstancias, el Rey le dejara llegar lejos.

—¿Cuáles son exactamente los proyectos que Felipe tiene para él?

Ruy Gómez titubeó un momento.

—Siempre habéis tenido el don de hacer preguntas que uno no puede contestar. No lo sé. Es casi la única cosa de la que nunca me ha hablado. Pero esto en él no es nada raro, ¿no os parece? El día menos pensado ese joven puede convertirse en una figura importante vaya usted a saber de qué manera.

—Mi nariz será muy larga –dijo la princesa de Éboli, haciendo un gesto gracioso–, pero no se puede comparar con la vuestra cuando se trata de olfatear algo como eso. Es importante, por lo tanto, que ese joven esté de nuestra parte y no de parte de Alba.

—Alba parece que ha mostrado interés por él –comentó Ruy Gómez con indiferencia–. Juan está recibiendo clases de historia militar que le da Alba. Me han dicho que muy asiduamente.

—¿Por qué no me habéis dicho eso lo primero de todo? –protestó Ana encogiéndose de hombros–. Yo lo atraeré a nosotros.

—Él admira a Alba, desde luego –le advirtió su esposo.

—Nosotros somos mucho más atractivos para un joven… cuando deseamos serlo. Sois un viejo portugués intrigante, estoy segura de que deseabais despertar mi interés por don Juan.

—He venido a preguntaros por vuestro dolor de cabeza –le dijo él muy serio.

—Estoy bien, ya se me ha quitado. No os preocupéis. Ya podemos considerarlo nuestro.

Esta vez fue él quien levantó las cejas.

—¿Qué os proponéis hacer?

—Tengo siete años más que él –musitó ella–. Supongo que considerará que mi rostro es demasiado largo y que soy demasiado alta…

—No os atreveréis –dijo él con una carcajada.

Ella se pasó la mano por su cuidado pelo.

—No seáis tonto –le replicó cariñosamente–. Nunca me han gustado los jóvenes, ya lo sabéis.

—Lo cual quiere decir que me estoy haciendo viejo –dijo él–. Y también me recuerda que Felipe es casi de mi misma edad.

—No deberíais decir cosas así, Ruy –le respondió ella–. Eso me molesta. No deberíais ni pensarlo nunca. Esas bromas son para gastarlas con otras personas, no entre nosotros.

—¡Qué reina habríais sido! –dijo él.

—¿Queréis acabar de una vez? La reina es una persona muy dulce y no me extrañaría que Felipe se encontrara muy solo, ahora que está ausente. Yo en su lugar no le habría permitido que fuera a visitar a su madre, ni siquiera durante unas breves semanas. Dios sabe lo que la vieja Catalina de Médicis estará vertiendo en los oídos de la reina.

—Habláis como Alejandro Farnesio.

—No. Hablo con sentido común. Adivino lo que estáis pensando, naturalmente.

—Naturalmente –repitió él.

—Pero ese pequeño bicho de Carlos está todavía muy vivo y sigue siendo el primogénito. Puede estropearse, desde luego, pero tal como están las cosas, eso no es razón suficiente para que no llegue a ser rey.

—Su salud no es demasiado buena. Y los milagros no suceden todos los días.

—Os lo concedo. Pero la reina es joven y todavía puede tener una docena de hijos. No obstante, ya procuraré que don Juan esté de nuestra parte.

—Todavía no me habéis dicho cómo.

—Mi querido Ruy, probablemente no existe en España ni un solo hombre que conozca tantos secretos como vos, pero hay al menos uno que no conocéis. Habéis mencionado a Dolores de Mondéjar como ejemplo de belleza extraordinaria.

—Dije que, a vuestro lado, parecía…

—Sí, sí. Ya lo sé. Dolores es hermosa, sin duda. Pero no es más que un espectro comparada con María de Mendoza.

—¿Qué? ¿Vuestra sobrinita? ¿La que llaman «la santita»?

—Sí. Hace ya tiempo que no habéis estado en Pastrana, pero yo sí he estado. Tiene quince años.

—Me gustaría saber qué aspecto tiene. La recuerdo como una pálida y celestial princesita delgaducha y con los ojos siempre bajos, igual que una monja.

—Os quedaréis asombrado cuando volváis a verla. Ahora dejad que yo lleve esto a mi estilo. Yo sé bien lo que tengo que hacer.

—Estupendo –dijo él levantándose–. Si me lo permitís, me voy a retirar, querida. Es muy tarde y mañana voy a tener un día muy ocupado. Habrá una reunión extraordinaria del Consejo en palacio. Solo asistiremos el Rey, Alba y yo, no el resto del Consejo de Guerra. No obstante, puede ser decisivo por el tema que vamos a tratar.

—¡Ah! ¿Qué es lo que ocurre?

—Hay problemas con los turcos. Han atacado a Malta.

—¡Qué fastidio para vos! Buenas noches.

—Buenas noches, Ana.

—El príncipe de Éboli ha confeccionado un sumario con los informes del servicio secreto llegados hasta hoy –dijo Felipe–. Vamos a escucharlo.

Alba miró fríamente a Ruy Gómez que preparaba los papeles. El servicio secreto era exactamente la clase de ocupación que le iba como anillo al dedo al taimado portugués. Sabía muy bien esparcir espías por todo el mundo, y su astucia y su agudeza hacían de él un maestro en el arte de interpretar los informes que le enviaban. Los agentes secretos eran con frecuencia tan peligrosos para quienes los contrataban como para aquellos cuyos secretos poseían. Y también con frecuencia eran agentes dobles. Pero, aunque no lo fueran, invariablemente codiciaban aumentar sus ingresos a base de ofrecer informaciones sensacionales y de exagerar las dificultades que habían tenido que superar para obtenerlas. Ruy Gómez lo comprobaba y lo contrastaba todo, teniendo en cuenta el carácter del agente, considerando el margen de errores naturales, casándolo todo como si estuviera componiendo un mosaico. ¿Y quién lo controlaba a él? Era muy capaz de manipular el material que recibía, incluso de suprimir las partes que no le convenía mostrar. Claro que no podía exagerar, porque siempre se recibían informes secretos de los embajadores o envíos especiales de documentos confidenciales que invariablemente el Rey leía antes que nadie, a no ser que los entregara a Gonzalo Pérez, el Secretario de Estado, que era un viejo secretario del Emperador y no sentía demasiada simpatía hacia Ruy Gómez. Al menos eso decía…

—Vuestra Majestad recordará –habló Ruy Gómez– que el hijo predilecto del Sultán, el príncipe Bayaceto, se sublevó contra su padre y se refugió en la corte del Shah de Persia, en Tabriz. Este Shah Tahmasp recibió a Bayaceto con honores reales y le aseguró que estaría a salvo en su reino.

Alba, en esos momentos, estaba pensando con desprecio por qué no se remontaba a Adán y Eva. Pero ya se sabía que al portugués le gustaba escucharse.

—Por entonces –proseguía Ruy–concebimos la esperanza de que el interés del Sultán se centraría en el Este, al menos durante un cierto tiempo; y esta esperanza pareció confirmarse cuando recibimos noticias del pacto llevado a cabo por Solimán con las tribus de los Uzbeks y de Samarkanda. Pero este pacto intimidó al Shah y, cuando el Sultán lo puso en el trance de escoger entre la guerra o cuatrocientas mil piezas de oro, el rey de Persia eligió el oro. Bayaceto fue apresado en un banquete que le ofrecía el mismo Shah y entregado a los turcos. Inmediatamente fue ajusticiado.

Alba seguía pensando impaciente que el Rey ya sabía todo aquello. Lo que habían ido a discutir era los detalles de las medidas que se deberían tomar para detener el ataque a Malta. Pero había que seguir aguantando a aquel pelmazo de portugués.

—El Sultán tiene casi setenta años –continuaba hablando Éboli–. Poseo informes

fidedignos de que padece de hidropesía. Un agente veneciano lo vio bajar del caballo delante de una mezquita; el anciano sufrió un mareo y estuvo a punto de desmayarse.

—¿Qué agente? –preguntó el Rey impasible.

—Donnini, Majestad, el secretario del *bailo* veneciano.

—Podéis proseguir.

—Es prácticamente seguro, al menos todo lo seguro que puede ser algo que se refiera a los turcos, que el sucesor del Sultán será el príncipe Selim, el último hijo sobreviviente de Roxelana Khanum, cuya influencia ha sido tan grande durante años. Se las apañó para eliminar a los hijos de las otras esposas, incluido el muy valioso príncipe Mustafá, hijo de Gulbekar Khanum. De sus tres propios hijos, Jahangir, el cojo, nunca fue considerado seriamente como posible gobernante, y su muerte, hace tres años, parece haber sido natural, según se puede deducir de las circunstancias en que ocurrió. Con Bayaceto muerto, solo queda Selim, el cual no parece que llegue a ser un gobernante enérgico. Esa es, según mi opinión, una de las razones por las que Solimán ha ordenado atacar a Malta.

Alba pestañeó. El giro repentino de la historia de los turcos al tema que había que tratar lo sorprendió. Estuvo a punto de preguntar por qué Ruy Gómez llegaba a esa conclusión, pero se retuvo a tiempo. Estaba seguro de que eso era lo que el portugués quería que preguntara.

El Rey continuaba en silencio, inmóvil detrás de su mesa de despacho, y Ruy Gómez prosiguió:

—El Sultán sabe que Bayaceto era tremendamente popular. Había que hacer algo para distraer la atención de su pueblo, y lo mejor que se podía hacer era obtener una victoria como las que antaño le granjearon el afecto y la devoción de todos. Esta es una de las razones. La otra es la princesa Mirhmah, hija de Roxelana Khanum. Las noticias procedentes del harén son notoriamente faltas de fiabilidad, pero he recibido una carta de Simónides insistiendo en que la princesa Mihrmah le ha echado en cara al Sultán que ya no es capaz de presentar batalla a los enemigos del Islam. Está muy afectada por la muerte de su hermano Bayaceto y no se quiere quitar el luto. Junto a su madre Roxelana, la influencia que ejercía sobre su padre era enorme. Pero la misma Roxelana también la ha perdido. Simónides me informa de que el Sultán le ha tapiado las habitaciones.

Alba se aclaró la garganta y, cuando el Rey lo miró, dijo abruptamente:

—La exposición de Su Alteza es del mayor interés, pero no estamos reunidos aquí para tratar de intrigas de serrallo. El ataque a Malta es sencillamente un intento por parte de Solimán para obtener el absoluto dominio del Mediterráneo. Mi opinión es que estamos obligados a detenerlo.

—Nada que se refiera a los turcos se puede decir que sea sencillo –observó Ruy Gómez sonriendo suavemente–. Y nadie mejor que el duque de Alba sabe hasta qué punto es importante conocer lo que el enemigo tiene en su mente. El Sultán necesita un éxito popular. Para él, Malta es como otra Rodas. Empezó su colección de laureles militares y navales con la conquista de Rodas. Desea completarla con la conquista de

Malta. Es su canto del cisne.

—Amén –dijo Alba secamente–. Si a Vuestra Majestad le parece bien, podemos desentendernos de ello.

—Malta –replicó Ruy Gómez con la misma sequedad– no es territorio español.

—Es territorio cristiano –farfulló Alba.

Ruy Gómez rio divertido.

—España se metería en buenas complicaciones, si interviniera en cualquier guerra que afectara a un territorio cristiano.

—El Sultán –afirmó Alba– conquistó Rodas porque nadie intervino. Los venecianos rentan una flota entera en las proximidades de Creta, pero ni se movieron. Al fin y al cabo, Rodas no era territorio veneciano. Lo que Vuestra Alteza está sugiriendo significa, en mi humilde opinión, una política que llevaría a la muerte de la causa cristiana.

—Los venecianos –replicó Ruy Gómez– viven en paz con el Sultán desde hace cuarenta años… y se han hecho ricos con esa política de muerte. No veo la razón por la que España tenga que ser más cristiana que Venecia.

—Tal vez Vuestra Alteza no lo vea –dijo Alba–, pero yo sí lo veo.

—Y yo veo que tendré que citar una autoridad más alta que la del Dogo de Venecia –siguió Ruy Gómez con su sonrisa–. ¿Quizá el señor duque no recuerda lo que el Emperador Carlos dijo al enterarse de que Rodas había sido tomada? Me permitiré refrescar su memoria. El Emperador dijo: «Nada ha sido nunca tan bien perdido como Rodas». Estoy seguro, señor duque, de que no hay necesidad de ser más cristiano o más español que el Emperador.

Alba abrió los ojos como platos.

—Yo ya era un simple servidor del Emperador antes de que vos hubierais nacido, Alteza, y si hay alguien que admira su genio, soy yo. Pero él también podía cometer errores. Dejar a Rodas sin ayuda fue uno de ellos. No hay que imitar al Emperador en sus errores, cuando se le puede imitar en tantos aciertos. No soy capaz de seguir a Vuestra Alteza en vuestras especulaciones acerca de la mente del Sultán.

—Pero es sin duda importante saber lo que haya en la mente del Sultán.

—Sería interesante si lo conociéramos realmente. Pero las especulaciones, por muy… brillantes que sean, no son lo mismo que el conocimiento. Yo soy militar…

—Toda Europa lo sabe –dijo Ruy Gómez inclinándose.

—… y como militar solo puedo ver esta situación de dos maneras. Estratégicamente, está claro que el Sultán desea algo más que una fácil victoria. Malta está muy alejada de la costa turca; es una isla pequeña y rocosa cuya conquista significa poco menos que nada para el simple ciudadano de Constantinopla o de Esmirna. Sin embargo, sí que tiene importancia para un plan estratégico de convertir al Mediterráneo en un lago turco. Incluso ahora, cuando todavía se lucha en Malta, nuestros barcos se ven obligados a seguir la costa para esquivar las carabelas del Sultán, que son más rápidas… y no

digamos nada de los piratas africanos. ¿Qué tendremos que hacer una vez que Solimán sea dueño del puerto de Malta? Además, ese maldito Dragut llega a atacar las ciudades de Su Majestad en Sicilia y a saquear Nápoles, como ocurrió el año pasado. Si dejamos Malta en sus manos, Su Majestad tendrá que triplicar sus efectivos militares en Sicilia, pues de lo contrario tendremos que abandonarla dentro de uno o dos años. Tácticamente…

—Perdonad si os interrumpo, señor duque –dijo Ruy Gómez–. En cuestiones de táctica tengo que guardar silencio ante un gran militar. Pero la estrategia está íntimamente ligada a la política; en este aspecto, me permito recordaros que una intervención directa de España significa una declaración de guerra a los turcos. El Sultán puede construir cien barcos por cada sesenta barcos nuestros. Nuestra última expedición acabó con el desastre de Djerba: la pérdida de quince mil hombres y de casi todas las galeras que tomaron parte en la batalla. Además, hay que considerar el aspecto monetario. La recaudación del último año…

—Las recaudaciones –interrumpió el Rey– no son el objeto de esta discusión. Deseo oír la opinión de Alba sobre el peligro de una declaración de guerra a los turcos.

—En mi opinión, esa guerra será más favorable al Sultán cuanto más éxitos bélicos vaya obteniendo. Sería muy peligroso pensar que se va a contentar con la conquista de Malta. Y me permito añadir que el príncipe de Éboli nos ha recordado muy oportunamente que la derrota de Djerba está aún por vengar.

—Cuando los Caballeros de San Juan fueron atacados en Rodas –replicó Ruy Gómez–, el Emperador no quiso intervenir. El Sultán se apoderó de Rodas, pero no nos atacó a nosotros. Cuando los caballeros de San Juan abandonaron Trípoli en manos de los turcos, intervinimos y fuimos derrotados. Ahora esos mismos Caballeros han sido atacados en Malta y, al parecer, el duque de Alba está decidido a que intervengamos de nuevo.

El Rey, impasible, dijo:

—El duque de Alba nos dará ahora una explicación militar de cómo ha sido el ataque a Malta.

—De acuerdo con las últimas informaciones –empezó a explicar Alba–, el ataque empezó el 18 de mayo. La armada turca estaba compuesta por casi doscientos barcos. Desembarcaron unos cinco mil jenízaros, siete mil spahis y otros cinco mil soldados de infantería ligera. Los spahis no llevaban caballos. El segundo o tercer día del asedio, fueron desembarcados sesenta y cinco cañones pesados. El desembarco se llevó a cabo fuera del alcanze de las baterías defensoras de la ciudad; las trincheras fueron excavadas en zigzag, como las suelen hacer los turcos. El quinto día los cañones empezaron a disparar. El primer objetivo de los turcos era el fuerte de San Telmo. Lo cual, en mi opinión, fue un error definitivo, impropio de los jefes Pialy Pachá y Dragut. Se dice que el nuevo jerarca Mustafá Pachá estaba en la expedición. Es posible que él diera esa orden. San Telmo es el punto más resistente de las fortificaciones. Les llevó mucho tiempo reducirlo a escombros.

—Diecisiete mil hombres parecen pocos –interrumpió Ruy Gómez.

—Diecisiete mil soldados regulares –replicó Alba–. Tenían doce o trece mil hombres más, si contaban con las tripulaciones de los barcos… como hacen siempre que es necesario. Los defensores tenían unos quinientos o seiscientos caballeros, mil trescientos mercenarios y no más de cuatrocientos auxiliares… la mayor parte de ellos marineros y nativos. Así es que los turcos eran cinco veces más numerosos.

—¿Cuánto tiempo podrán resistir? –preguntó el Rey.

—Yo creo que unos tres meses, Majestad.

—¿Cinco a uno… y tres meses? –exclamó Ruy Gómez.

—Incluso un poco más, quizá –afirmó Alba–. Pero no pasará de ahí… sin ayuda. Cada uno de los caballeros vale por diez hombres. Conozco a Juan de la Valeta. Es un hombre mayor… tendrá unos setenta años… es francés. Pero es muy bueno. Aparte de esto, los turcos tienen otro enemigo: la propia isla de Malta, que es toda ella rocas y escollos. Cavar allí es muy difícil, especialmente cuando solo puedan hacerlo de noche, una vez que estén al alcance de la artillería.

—En el caso de que nos decidiéramos por ello –dijo el Rey siempre con el mismo tono frío de voz–, ¿podríamos enviar tropa suficiente a tiempo?

—Sí, Majestad –afirmó Alba–. El planteamiento táctico de la empresa está muy claro. He trabajado en ello toda la noche y he traído aquí los planes.

—Es un celo extraordinario –comentó Ruy Gómez con admiración, pero un tanto molesto.

—Pialy Pachá y Dragut –continuó Alba indiferente– eran los jefes cuando el «incidente» de Djerba; tenemos la oportunidad de ajustar cuentas con ellos. Si les dejamos que tomen Malta, el siguiente paso será Sicilia; y el siguiente será el suministro de armas a los moriscos del sur de España.

«He perdido la partida» pensó Ruy Gómez. «Ha sido una buena táctica dejar el argumento más poderoso para el final. Si vencemos, los venecianos no tendrán que preocuparse de Chipre durante mucho tiempo. Cómo se va a burlar de nosotros Tiépolo por sacarle las castañas del fuego».

—Creo que yo no tengo más argumentos, Majestad –dijo–. Mi afecto hacia el Sultán y sus hazañas no es mayor que el del duque de Alba. Yo sabía que él era partidario de la guerra y consideré que era conveniente exponer todos los argumentos posibles en contra, para tener una visión más completa.

—Todos sabemos que el príncipe de Éboli siempre trata de ser útil –manifestó Alba irónicamente.

Ruy Gómez hizo una ligera inclinación de cabeza.

El Rey estuvo a punto de no retener una sonrisa.

CAPÍTULO 14

Juan se precipitó como un torbellino en las habitaciones de Alejandro.

—¡Grandes noticias! –gritó entusiasmado.

—Yo también tengo alguna –replicó Alejandro, haciéndole seña de que se sentase a su lado–. Pero no sé cómo comunicárosla.

Juan estaba demasiado excitado para darse cuenta de lo que el otro le decía.

—Es seguro que habrá guerra. Yo esperaba que la habría; vos también lo esperabais. Pero no estábamos seguros, ¿no? Ahora podemos estarlo. Le he escrito al Rey. He intentado hablar con él, pero no he podido convencer a Gonzalo Pérez. Es comprensible, porque está ocupadísimo. Así es que le he escrito.

—¿Quién os lo ha dicho? –le preguntó Alejandro picado por la curiosidad–. Conocéis todos los rumores que corren en la corte, porque no sois nuevo aquí.

—Nadie puede decir que el duque de Alba se dedique a propalar meros rumores. He tenido mi clase de historia militar y ha sido tan amable que me ha explicado el motivo. Es un gran hombre. La flota se está concentrando en Barcelona. Veinticinco mil hombres. Don García de Toledo estará al mando. También le he escrito a él. Tengo que decírselo a don Luis… si puedo localizarle. Es miembro del Consejo de Guerra y ha estado trabajando día y noche. ¿Cuánto tiempo se tarda en ir por mar desde Barcelona a Malta?

—No tengo ni idea.

Juan se lo dijo. También le estuvo hablando de los diferentes tipos de cañones, en su mayor parte de un calibre relativamente pequeño.

—Esos no son los que nosotros utilizamos para poner sitio a una ciudad; son los de los turcos. Cuando nosotros lleguemos allí cambiarán las cosas.

Se expresaba desbordante de datos, de imágenes, de entusiasmo; golpeaba el escritorio de Alejandro con los puños. Sus ojos centelleaban y no podía quedarse quieto ni un minuto.

—El Rey no podrá decir que no. Tengo dieciocho años. Otros hombres de mi edad están sirviendo en los tercios. ¿Queréis venir vos también?

Alejandro sonrió vagamente.

—Mucho me temo que a mí no me dejarán. Ya sabéis cómo están las cosas; mi madre los ha hecho responsables de mi seguridad. Es una tontería, pero mientras mi madre sea la Gobernadora de los Países Bajos me tendrán retenido aquí. Y también me temo que a vos tampoco os dejarán ir, aunque por razones diferentes.

—Me tienen que dejar –protestó Juan dando un salto–. ¡Se trata de los turcos,

Alejandro, de los turcos!

—Ya sé que no son los indios de América –dijo Alejandro secamente–. ¡Cómo sois los españoles! Basta con nombrar a los turcos o a los moriscos o a los árabes para que empecéis a echar espuma por la boca. Es fácil de comprender, porque os han estado creando problemas durante unos cientos de años. Incluso el amable Honorato tiene que hacer grandes esfuerzos para contenerse cuando en las clases sale ese tema.

—¿Será posible que no comprendáis la importancia de esta empresa? –dijo Juan moviendo la cabeza–. No se trata de Turquía contra España. Se trata de Mahoma contra Jesucristo.

—A mí me parece que hay cristianos que sienten más odio hacia otros cristianos que aun hacia los infieles. Posiblemente hay buenas razones para ello. He recibido una larga carta de mi madre…

—Según las últimas noticias, el fuerte de San Telmo sigue resistiendo –le interrumpió Juan–. Un pequeño barco de los Caballeros se deslizó por entre la flota turca en una noche sin luna y consiguió llegar a Siracusa. ¿Sabéis lo que han hecho los turcos? Les han sacado el corazón a todos los Caballeros caídos en la lucha, los han clavado en una cruz y la han levantado en la trinchera más próxima a la ciudadela. Pero el Gran Maestre de los Caballeros les ha dado la respuesta que se merecían. Cargó los cañones de grueso calibre con cabezas de turcos y disparó sobre el enemigo.

—Tendríamos que estar allí –dijo Alejandro–. Lo sé y lo deseo tanto como vos. Pero no puede ser. El único consuelo es que esto irá para largo. Malta no es más que el comienzo. Todavía tendremos que pelear mucho antes de acabar con los turcos, y ya nos llegará la hora. Como os decía, esta carta que he recibido de mi madre…

—Perdón. Lo lamento –manifestó Juan–. Parece como si no fuera capaz de hablar de otra cosa en estos momentos. ¿Qué dice la Princesa?

—¡Oh! Toda suerte de cosas –sonrió Alejandro–. Creo que es mejor que os lo cuente. Al parecer estáis destinado a una gran distinción. Aunque no sé si va a ser de vuestro agrado…

—¿Yo? ¿Una distinción? Seguro que la Princesa no se ha molestado en escribir acerca de mí.

—Sí, lo ha hecho. Ella piensa que vos lo sabéis, pero yo creo que no. Está en constante correspondencia con el Rey, como bien sabéis, y al parecer el Rey le ha dicho en una de sus últimas cartas que ha solicitado de Su Santidad un capelo para España.

—Bien, pues tendremos otro cardenal español. Los franceses tienen más. El otro día, el príncipe de Éboli dijo que el arzobispo de Burgos se lo merecía…

—Quizá. Pero el nuevo cardenal sería don Juan de Austria.

—¿Qué?

—Es muy importante. Es un gran honor para vos –continuó Alejandro, dejando vagar su mirada por el jardín a través de la ventana–. Mi madre dice que no es corriente que

haya cardenales tan jóvenes. El Rey debe de tener una alta opinión acerca de vos y…

—¡Alejandro! ¡Alejandro! Eso no es serio. No podéis estar hablando en serio.

—¿Cómo nos decía Honorato? *Relata refero*. Eso es lo que mi madre dice y ella no es partidaria de rumores; se atiene a los hechos, como el duque de Alba. Con frecuencia se me ha ocurrido pensar que debería haber nacido hombre, aunque es posible que esto no sea muy respetuoso por parte de un hijo. Vamos, vamos, Juan, suponía que no os iba a gustar la idea, pero después de todo…

—Nunca –dijo Juan con la voz estrangulada–. Nunca.

—Debéis ser razonable –trató Alejandro de calmarlo–. Todavía no ha sucedido. No hay ni una palabra acerca de la conformidad del Santo Padre. Además, si sucediera, ¿podríais enfrentaros al mismo tiempo con el Rey y con el Papa? ¿Qué hay de malo en ser cardenal? Sois un buen católico, mucho mejor que yo… no estáis enamorado de ninguna muchacha, que yo sepa; de hecho sois tan… honesto en estas cosas, que a veces he llegado a pensar que seriáis un buen sacerdote…

Detuvo su mirada en Juan y lo que vio le hizo dar un respingo.

—¡Por todos los santos! ¿Qué os pasa? Estáis blanco como la pared…

—Nunca –repitió Juan–. El Señor sabe que quiero servirle con todas mis fuerzas mientras yo viva. Pero el Señor es Dios y, por lo tanto, es omnisciente, lo cual significa que Él sabe bien que esa no es la manera en la que puedo servirle mejor. Quiero ser Su soldado, no Su sacerdote. También necesita soldados, ¿no? Eso no es el deseo de mi Señor, sino el deseo del Rey, el capricho del Rey, la fantasía del Rey.

—No habléis tan alto, Juan –Alejandro miró a ver si la puerta estaba bien cerrada.

—No me importa que todo el mundo me oiga –exclamó Juan–. Se lo voy a decir al propio Rey.

—Preferiría no haberos dicho nada.

—Yo os agradezco que lo hayáis hecho. Tal vez sea todavía tiempo de arreglar esto. Y salió a escape antes de que Alejandro pudiera decir nada.

* * *

—Nuestro amado Señor necesita también soldados –afirmó doña Magdalena–. Fue a un soldado romano a quien el Señor le dijo que su fe era más grande que la de ninguna otra persona en Israel. Y el primer gentil que se hizo cristiano fue un oficial romano.

Juan le besó las manos.

—Siempre tenéis la palabra acertada para mí, Tía. Que Dios os bendiga por ello. ¿Pero qué debo hacer?

—Tenéis que ir a ver al Rey lo antes posible.

—Él no quiere verme, Tía. Lo sé. He intentado verle por todos los medios, porque quería pedirle su aprobación para unirme a la expedición de Malta…

A doña Magdalena el corazón le dio un vuelco.

—Sois un poco joven para eso, querido.

Juan lanzó una carcajada de enfado.

—Un poco joven para luchar contra los turcos, cuando resulta que durante años me han estado entrenando para eso. Pero no demasiado joven para ser cardenal, cuando no sé nada de teología, aparte de lo que cualquier cristiano sabe. Tía, ¿cómo puede el Rey pensar una cosa así? *¿Por qué* lo quiere?

—Querido –le dijo ella con un movimiento de hombros–, nadie sabe lo que el Rey tiene dentro de la cabeza, ni siquiera el mismo don Luis, que siempre conocía los pensamientos de vuestro abuelo. Pero no es raro que el Rey no haya encontrado tiempo para veros. Dice don Luis que está trabajando muy intensamente. Quiere verlo todo, quiere que le informen de todo y quiere firmar él mismo todos los documentos. Su día debería tener la duración de una semana. Habéis de tener un poco de paciencia. Intentadlo todos los días. Acabará por veros.

Juan lo intentó. Pero Gonzalo Pérez vigilaba sobre el Rey como un Cancerbero, y Felipe había cancelado todas sus obligaciones sociales. Ni él ni el duque de Alba respondieron a la carta de Juan.

Mientras tanto, galeones, galeazas, galeras, carabelas y fragatas se iban reuniendo en Barcelona; grandes transportes de aprovisionamiento, armas y municiones llegaban continuamente, y destacamentos de tropas partían de muchas ciudades de España hacia el puerto.

Juan vio pasar por delante de su ventana uno de esos destacamentos de doscientos hombres que salían de Segovia. Entre ellos iban dos jóvenes de su séquito, don Juan de Guzmán y don José de Acuña.

De repente, Juan se volvió hacia ellos. Sus ojos eran dos brasas.

—¡Amigos! –les gritó–. ¿Me seguís siendo leales?

* * *

Como era característico en él, el primero en preguntar qué era de Juan fue el Rey mismo.

La suposición del muchacho de que el Rey no quería verle, porque los preparativos de la expedición contra los turcos que habían invadido Malta acaparaban todo su tiempo, estaba lejos de dar en el blanco. Cierto que leía cada una de las listas de hombres y de material que el duque de Alba y don Jorge de Melito, ayudante naval de don García de Toledo, le ponían delante; las leía cuidadosamente y las visaba con sus iniciales. Pero la expedición a Malta no era su primera ni más importante preocupación; aquello era algo ya decidido y que solo había que poner en marcha.

Lo preocupante eran los informes de la Duquesa de Parma acerca de ciertos signos de intranquilidad en los Países Bajos; allí se estaban formando unas úlceras y más tarde

o más temprano habría que hacer algo. La Duquesa era todo un hombre, pero aun así podría no ser suficiente para aquellos testarudos flamencos. Era necesario obtener informes más detallados acerca de las actividades de Egmont y de Hoorn y, sobre todo, de aquel Guillermo de Orange. Era extraño que este hombre garrulo, tan amigo de parlotear, tuviera por sobrenombre «El Taciturno».

Habían llegado informes de París y de Londres. La joven reina inglesa estaba jugando un papel de lo más extraño: le escribía unas cartas de lo más amables, en las que se lamentaba de los actos de piratería contra las posesiones españolas y aseguraba que se trataba de actuaciones de personas privadas… pero secretamente alentaba estos actos. Flamencos e ingleses… las dos naciones más difíciles de comprender. ¡Cuántos esfuerzos había hecho, durante los años que había pasado en Inglaterra, para mantenerse en buenos términos con la nobleza de allí!

Las informaciones sobre Isabel eran contradictorias. Ni los embajadores ni los agentes tenían la culpa de ello. Los ingleses eran, ellos mismos, un cúmulo de contradicciones, educados y groseros, pacíficos y belicosos, ingenuos y taimados. Quizá Ruy Gómez tenía razón al afirmar que la clave de su carácter estaba en que Inglaterra era una isla.

¿Y cuál sería la clave del carácter de los flamencos? Como no fuera la mera condición de la naturaleza humana caída…

También le escribía la reina de los escoceses, esa gente sombría tan alejada del sol como la misma Inglaterra y una de las primeras naciones que habían sucumbido ante las doctrinas nuevas, que parecían haberse agarrado a los países del norte como los dientes de un dragón.

El mundo se desmoronaba a su alrededor y a él le correspondía sostenerlo en pie. Nadie sabía de verdad por qué estaba construyendo El Escorial. Hacía cinco años que se le ocurrió la idea, y los trabajos llevaban ya dos años en marcha. Dios mediante, sería una obra que se mantendría en pie como se mantenían las pirámides de Egipto; la Casa de Dios y al mismo tiempo la casa del rey. Lo amaba como a un hijo, hecho con las piedras del Guadarrama. Estaba deseando que llegara el día en que pudiera vivir allí, tan cerca de Dios y de las reliquias de Sus santos, rodeado por las continuas oraciones de los monjes, libre de todo mal pensamiento, libre de todo desorden.

Pero mientras tanto allí tenía los informes que le enviaba Granvela acerca de la situación en el Vaticano. Granvela era nuevo en aquel puesto, que realmente no era un puesto oficial, pero sus informes eran siempre acertados. Pío IV seguía bajo la influencia francesa y costaría mucho trabajo y mucho tiempo convencerle –si es que se llegaba a ello– de que no solo la Orden de Calatrava, sino que ninguna de las Órdenes de Caballería españolas podían seguir bajo el mando de Superiores franceses, como lo estaban desde hacía tanto tiempo. También existía el peligro de que el largo pleito entre España y Francia acerca de la precedencia de sus embajadores ante la corte papal fuera decidido a favor de Francia, a pesar de que España era el único país en el que todos los intentos de introducir herejías habían sido cortados en su raíz.

Dadas estas circunstancias, no era de sorprender que no se hubiera recibido respuesta a la sugerencia de que el Papa creara cardenal a don Juan de Austria. El muchacho podía esperar, pero el honor de España, no.

En este momento, la privilegiada memoria de Felipe le recordó que don Juan de Austria no había asistido a la Misa aquella mañana.

El Rey pidió que le informaran por qué.

Le fue dicho que don Juan estaría en compañía de Su Alteza el príncipe Carlos y de los dos jóvenes archiduques Ernesto y Rodolfo de Austria, cuyos padres los habían enviado a la corte de España para estar seguros de alejarlos del posible contagio de herejía que empezaba a despuntar en Austria.

Un mensajero enviado a las habitaciones de don Carlos volvió diciendo que don Juan no había aparecido por allí aquel día y que creían que estaba enfermo.

Un ayuda de cámara enviado a las habitaciones de don Juan las encontró vacías. Los criados tampoco sabían su paradero.

El Rey hizo llamar a don Luis Quijada. Este, con la cabeza llena de ideas y de datos referentes a la expedición de Malta, acerca de los cuales había estado conversando con el duque de Alba, le dijo al Rey que, por lo que él sabía, don Juan debía de estar con el príncipe Carlos y los archiduques; el Rey se molestó mucho con don Luis.

Se enviaron a todas partes otros ayudantes y mensajeros, pero nadie parecía saber nada, lo único que se consiguió averiguar a lo largo de toda la tarde fue que don Juan de Guzmán y don José de Acuña habían desaparecido también.

Ya al anochecer, el duque de Medinaceli trajo noticias seguras. Un postillón del correo real había visto a tres jóvenes nobles, muy bien vestidos, subir a un coche-correo en Galapagar, un pueblo distante de allí unos pocos kilómetros. De la conversación de aquellos tres jóvenes, dedujo que se dirigían a Barcelona, para enrolarse en la flota.

Cuando Medinaceli facilitó este informe, había medio centenar de cortesanos con el Rey. Los bigotes de Alba temblaron un poco y los dos jóvenes archiduques sonrieron abiertamente.

Pero el Rey se puso muy serio.

—¡Don Pedro Manuel!

El mejor y más rápido de los mensajeros del Rey fue encontrado en un par de minutos y salió en busca de los fugitivos para alcanzarlos y darles el recado de que el Rey ordenaba a don Juan que regresara inmediatamente.

No contento con ello, el Rey despachó una docena de correos directamente a todos los puertos de la costa oriental con órdenes por escrito dirigidas a las autoridades y cartas a los virreyes y gobernadores de las provincias del Este.

—No le ha dejado escapatoria –le comentó más tarde don Luis a doña Magdalena–. El granujilla estará de regreso en menos de una semana.

Todavía le dolían las palabras enojadas del Rey. Empezó a pasearse arriba y abajo.

—¿Por qué no me dijo nada? Yo tendría que haberlo sabido.

—Ha sido una gran tontería por su parte querer unirse a la expedición –afirmó doña Magdalena.

—¿Tontería? –don Luis cesó en sus paseos–. En absoluto. Tiene razón. Tiene absolutamente razón. En su lugar yo habría hecho lo mismo. Era lo único que podía hacer. Pero tendría que habérmelo dicho.

Doña Madgalena sonrió.

—Yo opino que ha sido muy considerado con vos no diciéndoos nada. Si os lo hubiera dicho, os habríais sentido obligado a contárselo al Rey, lo cual no habría sido de vuestro agrado. Os ha ahorrado ese disgusto.

—Es cierto. Mucho me temo que tenéis razón. ¿Por qué sonreís? ¿En qué estáis pensando?

Ella no pudo aguantar la risa.

—¡Buena jugarreta nos ha hecho el futuro cardenal!

* * *

Los coches-correo eran siempre una excelente fuente de información. Todos los postillones, al llegar a los pueblos en donde hacían un alto, saltaban de sus asientos con historias que contar, y no les resultaba difícil encontrar quienes les invitaban a un vaso de vino mientras escuchaban las noticias. Para los postillones que llegaban a Segovia, Galapagar o Sepúlveda, o los que iban a Valladolid, Burgos, Córdoba y Sevilla, la noticia de aquel asunto era la más destacada y la de mayor interés.

La historia de la escapada del joven hermano del Rey para unirse a la escuadra y luchar contra los turcos corrió como la pólvora a través de toda España y en todas direcciones.

Al pueblo le gustaba. Se trataba de un joven… ¿un joven?; un muchacho, un niño… que no se conformaba con que otros lucharan por él, no se conformaba con quedarse de brazos cruzados llevando una vida de esplendor, era una buena rama de un viejo tronco.

No era posible mantener la historia en secreto, con tantos sirvientes del palacio de Segovia contándosela a sus parientes, a los suministradores y bodegueros, a los joyeros, a los sastres, a los zapateros que iban y venían para satisfacer las necesidades de cientos de cortesanos.

El único aspecto lamentable de aquella aventura era que no podía tener éxito… el Rey había enviado a don Pedro Manuel para que detuviera al joven don Juan, y todo el mundo sabía que don Pedro era el hombre más rápido de España. Las apuestas estaban diez, y hasta quince, contra uno a que le echaba mano al muchacho en un plazo de tres días.

«¿Lo ha detenido ya don Pedro?», era la primera pregunta que oía un postillón cuando detenía el coche en una posada.

No había manera de que tres jóvenes nobles se ocultaran durante mucho tiempo, aunque se disfrazaran. Los mensajeros del Rey cabalgaban dos veces más rápidos que un correo normal; pronto, don Juan no podría entrar en un pueblo cuyas autoridades no hubieran sido ya advertidas.

Se hacían muchas conjeturas acerca de lo que entonces ocurriría. Ni la autoridad mayor de un pueblo o de una ciudad podía permitirse detener al hermano del Rey.

Al fin llegaron noticias del pueblo de Frasno, a once leguas de Zaragoza, de que don Pedro Manuel lo había conseguido: había detenido al joven fugitivo. Pero al día siguiente hubo razones para pensar que los apostadores se habían precipitado al pagar su apuesta perdida, porque las últimas informaciones decían que don Juan ¡se había negado rotundamente a obedecer!

Don Pedro lo había intentado todo para hacerle cambiar de actitud; incluso le había dicho que la flota ya había zarpado de Barcelona y que, por lo tanto, no podía embarcar. Lo único que consiguió fue que don Juan envió con urgencia a don José de Acuña para que le preparasen un barco; eso puso en apuros a don Pedro, porque la flota estaba todavía allí, así es que acudió al conde de Coruña, que tenía un castillo por allí cerca, para que le ayudara. El resultado fue que el joven Bernardino de Mendoza, hermano del conde, siguió el ejemplo de don Juan. Y este no fue el único, pues se corrió la noticia y numerosos jóvenes nobles, entusiasmados con la idea de don Juan, abandonaron a su padre para enrolarse en la flota.

Quien más orgulloso se mostraba con esta hazaña en el palacio de Segovia era Juan Galarza, el cual iba comentando a todos los sirvientes del Rey, del príncipe Carlos y de todos los duques, que había sido él quien le enseñó a don Juan el arte de la guerra y que, aunque lo dejaran solo ante los turcos, era capaz de darles unas cuantas lecciones.

Aquella misma noche, don Luis Carrillo, hijo mayor del conde de Priego, y don Jerónimo de Padilla abandonaron el palacio sin decir nada; se supo que también ellos habían tomado el camino de Barcelona. Casi inmediatamente les siguieron don Gabriel Manrique, don Diego de Guzmán y don Lorenzo Manuel.

Un par de días más tarde se comentó que los duques de Villahermosa y de Francavilla suplicaron a don Juan que regresara a Segovia; cada uno de ellos mostraba una carta del Rey, pero don Juan siguió negándose. El arzobispo de Zaragoza también fue movilizado y se presentó allí con un séquito de un montón de clérigos. Don Juan le besó el anillo, pero permaneció inconmovible en su decisión de navegar a Malta.

Tan impresionado quedó el arzobispo, que se creyó obligado a poner a su disposición un destacamento de quinientos soldados para que le acompañaran, «porque no era propio que el hermano de Su Majestad no tuviera una guardia personal, y el Reino de Aragón se sentía orgulloso de ofrecérsela». Don Juan aceptó y ordenó que los soldados se unieran a él en el puerto de Barcelona.

A todo esto, don Francisco Zapata de Cárdenas, don Pedro de Luján, don Juan Bautista Tassis y don Gabriel Niño también se escaparon del palacio de Segovia, y se

tenían noticias de que esto mismo estaba ocurriendo en toda España.

En las calles, en las plazas, en las posadas, en los castillos y en todos los lugares, la gente no hacía más que comentar estos sucesos.

Desde cientos de sitios diferentes llegaban cartas de los comandantes de las plazas dando cuenta de una avalancha de voluntarios; se rumoreaba que el duque de Alba le había dicho al Rey que, por primera vez en su vida, tenía tantos soldados a su disposición, que no sabía qué hacer con ellos.

El virrey de Cataluña detuvo a don José de Acuña cuando este intentó visitar el puerto de Barcelona. Fue arrestado con toda cortesía antes de que pudiera percatarse de que la flota seguía fondeada en el puerto, aunque ya a punto dezarpar.

El obispo de Barcelona salió al paso de don Juan y lo persuadió de que visitase el famoso monasterio de Montserrat antes de salir para la guerra. Don Juan aceptó y entonces fue enviado un mensaje urgente al abad benedictino, ordenándole que entretuviese allí al real huésped el mayor tiempo posible.

El abad hizo lo que pudo. Le mostró a don Juan todo lo que se podía visitar y más…; entre otras cosas la espada y la daga de don Íñigo de Loyola, el cual las había regalado al monasterio como ofrenda a la Reina del Cielo antes de marcharse, vestido como un mendigo, para ser primero ermitaño y después el Fundador de la Compañía de Jesús, hacía casi exactamente treinta y nueve años. Solo hacía nueve años que había muerto.

Partir inmediatamente después de la Misa, del desayuno y de la visita al monasterio habría sido una grave descortesía hacia sus huéspedes benedictinos, que se habían mostrado tan solícitos con él.

Por fin, con gran alivio para los monjes, llegaron el virrey, el arzobispo de Tarragona y el obispo de Barcelona, los cuales se hicieron cargo de todo aquello. Junto con ellos llegó la mitad de la nobleza de Cataluña que deseaba ser presentada al joven y, después de muchas ceremonias y discursos, todos regresaron a Barcelona en un lento cortejo.

Una vez en la ciudad, don Juan se encontró con que la flota había efectivamente zarpado. Lo que no sabía era que las últimas naves habían desaparecido por el horizonte apenas una hora antes de que él pisara el puerto. Y tampoco se enteró de ello don José de Acuña, con el que se reunió.

Pero España entera celebró jubilosa la reacción de don Juan. Él, imperturbable, declaró que partiría para Francia, con el fin de tomar allí un barco.

El virrey, desesperado, despachó un correo urgente a Segovia. Pero el Rey ya había previsto esta situación. Llegó a Barcelona un mensajero personal del Rey, quien no podía haber escogido otro más acertado.

Juan lanzó un grito de alegría al ver a don Luis Quijada.

Pero don Luis, ojeroso y cansado por el agotador viaje, se inclinó ceremoniosamente y le entregó una carta con el sello real.

—Una carta escrita de propia mano de Su Majestad –anunció secamente.

Juan palideció, devolvió la reverencia, tomó la carta, rompió el sello, la desdobló con cuidado y leyó. El Rey le ordenaba que regresase en el acto «si no quería desagradarle».

Aquello era el final. «Desagradar» al Rey significaba el arresto inmediato. Ahora Juan sabía bien que podía elegir entre volver voluntariamente o ser llevado como prisionero; que don Luis podía ir cabalgando a su lado como su amigo y protector natural, o como su carcelero. Aquello era el final. La isla de Malta atacada, que tan cerca de su espíritu había tenido esas últimas semanas, se desvaneció en el horizonte, se hizo más remota que una estrella.

Cuando estuviera de regreso en Segovia, otra vez se dedicaría a la vida de la corte, recepciones, alguna pequeña cacería, charlar cortésmente con damas enjoyadas; y tal vez pronto, se recibiría respuesta de Roma…

Hizo una respetuosa inclinación.

—Su Majestad ordena. Yo obedezco.

Don Luis sonrió. El duque de Francavilla se sintió tan tremendamente aliviado, que le dio un abrazo. Todos sintieron el mismo alivio, todos los rostros se ensancharon con sonrisas. Todos alabaron su valor, su tenacidad, su fuerza de voluntad.

—Estuvieron muy amables conmigo… en mi cara –le comentó amargamente a don Luis, cuando más tarde iban de camino–. Pero ahora se estarán riendo. Toda España se va a reír de mí.

* * *

Pero España no se rio. España sentía de manera diferente acerca de un joven de dieciocho años que había resistido al Rey y a su poder durante casi un mes entero prácticamente sin ayuda de nadie.

Juan era aclamado por dondequiera que pasaba. Él no lo comprendió. Regresaba abatido, la flota había zarpado sin él, y el pueblo se agolpaba para vitorearle y arrojarle flores, como si regresara de haber ganado una batalla.

—No vamos a Segovia –le había informado don Luis–. La corte se encuentra ahora en Madrid.

Cuando llegaron, el Rey había partido hacia la frontera para recibir a la reina, que volvía de haber estado visitando a su madre en Bayona.

Pero don Carlos sí estaba allí radiante de gozo.

—Nunca pensé que erais capaz de hacer una cosa así, Juan. ¡Por todos los santos!, tendríais que haber visto el revuelo que habéis causado. El palacio parecía un hormiguero en el que alguien hubiera hurgado con un palo, y mi padre era el más excitado de todos; sí, ya sé que no debería decir estas cosas, pero ha sido así. En mi vida me he reído tanto. Tomad este anillo. Nadie puede decir que ha agradado a Carlos sin haber recibido una recompensa. Os digo que lo toméis; me enfadaré si no lo tomáis.

Se trataba de un anillo de diamantes exquisitamente labrado por el gran

Jacometrezzo. Don Luis, cuando lo vio, lo valoró en no menos de ochocientos ducados.

Juan no había visto nunca a don Carlos de tan buen humor.

—Habéis provocado una verdadera fiebre, Juan, y mucho más infecciosa que las de Malta. A todos les ha entrado la comezón de Malta. Cuatro de mis ayudas de cámara se marcharon en una misma noche. Yo no podía soportar ni verles, así es que eso hace que os esté agradecido más aún. Ojalá no vuelva ninguno de ellos.

No hubo nadie en la corte que no se sintiera orgulloso.

Alejandro abrazó a Juan y lo besó en ambas mejillas.

—Sois verdaderamente una persona inaguantable. Uno no sabe nunca por dónde vais a salir.

Doña Magdalena lo acogió sonriente.

—Estoy muy orgullosa de vos –le dijo sencillamente.

Pero cuando tres días más tarde se anunció la llegada del Rey y de la reina, Juan empezó a sentirse inquieto. Sabía bien, como por instinto, que toda aquella gente le felicitaba porque había hecho lo que ellos no se atrevían a hacer: se había enfrentado con el Rey.

Nadie sabría decirle cuál sería la reacción del Rey ante no solo un acto de insubordinación, sino ante una cadena de ellos. Don Pedro Manuel, el conde de Coruña, duques y virreyes, arzobispos y obispos… todos ellos le habían transmitido las órdenes del Rey, y Juan los desobedeció a todos; solamente se sometió cuando recibió una orden escrita de puño y letra del monarca, amenazándolo con su real desagrado. Había quienes fueron encerrados en una torre o enviados al exilio por mucho menos.

Incluso don Luis estaba preocupado, por mucho que quisiera disimularlo.

El cortejo real estuvo a la vista de Madrid en la tarde del 30 de julio, y muchos componentes de la corte salieron a recibirlo a tres leguas de la ciudad, encabezados por don Carlos y don Juan.

—Me pregunto qué va a hacer con vos –murmuró Carlos cuando los dos cortejos se dieron vista, y don Juan sintió un escalofrío.

Estaba convencido de que lo menos que podía esperar era el exilio. Una palabra del Rey y desaparecería tras los muros de un monasterio en una provincia lejana. Apretó los dientes. Quizá aquello fuera un castigo de Dios porque no se había mostrado agradecido cuando se enteró de que el Rey quería que lo hicieran cardenal. Ahora se iba a quedar en simple monje, con un rudo hábito de lana, rezando, haciendo penitencia, viviendo en absoluta obediencia a sus superiores.

Bueno… ¿y qué si eso pasaba? Un soldado no podía escoger dónde quería ir y la mayor parte de su vida la tenía que pasar en obediencia absoluta, hasta llegar a ser comandante… y también entonces tenía que obedecer al Rey… el Rey, a quien él, Juan, había desobedecido tan abiertamente.

Si tuviera que ser monje, ¿por qué no iba a ser un buen monje?

Allí estaba ya la real pareja, que descendió de la carroza.

El príncipe Carlos se acercó a besar la mano de su padre y de la reina… la reina le sonrió y le saludó inclinando la cabeza.

Juan se aproximó, con el sombrero en la mano, dobló la rodilla, besó la menuda mano de la francesa y oyó la suave risa de la reina. Levantó la vista y observó la exquisita maliciosa expresión de su rostro.

La reina le dijo:

—¿Habéis encontrado a esos terribles turcos, don Juan? ¿Son peligrosos luchadores? ¿A cuántos habéis matado?

Juan se levantó con el rostro encendido.

—Por desgracia, Madame, no he podido encontrar ni a un solo turco –respondió con un dejo de amargura en la voz.

Antes de que pudiera darse cuenta, se encontró en los brazos del Rey. La barba rubia del Rey, entremezclada con algunas canas, le oprimió la mejilla.

—Paciencia –le susurró el Rey–. Dadme un poco de tiempo. Ahora sé bien cuál es vuestra vocación. Pronto enviaré una flota contra los piratas del Mediterráneo. Vos seréis su comandante. Os lo prometo. Ahora haced lo posible por dominaros. Nadie debe saber que os lo he dicho.

Cuando el Rey lo soltó, Juan se quedó rígido, inmóvil como un soldado en posición de firmes. Mientras volvían hacia Madrid consiguió hacerse dueño de sí mismo. Don Carlos le preguntó qué era lo que el Rey le había dicho, y él respondió:

—Su Majestad ha sido muy bondadoso.

Pero cuando por fin estuvo a solas con don Luis, no pudo reprimirse por más tiempo y se lo contó todo.

—Mi hermano es el mejor, el más noble, el más magnánimo rey que ha existido nunca. Con gusto daría mi vida por él.

Don Luis pensó en las últimas semanas, cuando una multitud de jóvenes nobles habían tenido una única idea: la de imitar el ejemplo del magnífico joven hermano del Rey. Habían hecho de él un ideal y deseaban servir a sus órdenes un día con el mismo fervor, la misma decisión, el mismo desbordante entusiasmo, que él sentía ahora por el Rey. De la noche a la mañana se habían sentido transformados por la decidida actitud de aquel muchacho, con la que había galbanizado a todo el país y lo había tenido en suspenso. En aquellos momentos, Juan era la persona más popular de todo el reino, y el Rey lo sabía.

El Rey –pensó don Luis– era un gran estadista.

CAPÍTULO 15

Al príncipe Carlos pareció que no le preocupaba la nueva popularidad de su joven tío. Incluso hasta le divertía.

—Ahora van a imitar incluso vuestro peinado –bromeó–. Lo próximo que veremos será que se van a teñir el pelo de rubio, como el vuestro. Me estremezco al pensar qué habrían hecho si llegáis a conquistar Malta.

Afortunadamente, aquello ya no era necesario. Los turcos habían conseguido penetrar en el fuerte de San Telmo después de casi seis semanas de asedio. Dentro, solo encontraron unos pocos hombres heridos, que no consintieron entregarse, sino que pelearon hasta el último momento apoyándose en unas sillas, porque no se podían mantener de pie. Los turcos los mataron, les clavaron unas grandes cruces en el pecho y arrojaron sus cuerpos al agua para que la marea los llevase hasta la ciudadela, al otro lado de la bahía.

Pero los defensores de la ciudadela hallaron nuevo aliento al enterarse de que Pialy Pachá estaba herido; que al terrible Dragut, el almirante más valioso del Sultán, una lluvia de piedras le había hecho pedazos la cabeza y había muerto casi instantáneamente.

La fiera resistencia se mantenía, aunque pasaban las semanas sin recibir ayuda. Los turcos habían emplazado no menos de setenta piezas de artillería pesada en posición contra la ciudadela, incluidos tres «basiliscos». El bombardeo no paraba ni de día ni de noche. Intentaron transportar galeras por tierra y botarlas en el puerto, detrás de las fortificaciones, para combinar así un ataque simultáneo por tierra y por mar. Pero los Caballeros hicieron una descubierta y mataron hasta el último tripulante.

Era casi imposible abrir galerías en la roca de la isla, pero el jerarca insistió en ello y las hicieron. Una explosión demolió uno de los bastiones principales, pero cuando los turcos atacaron por allí, los defensores les esperaban.

Media docena de intentos para romper la enorme cadena que cerraba el puerto interior fueron anulados por los nadadores malteses.

Un ataque masivo, capitaneado por el propio jerarca, fracasó miserablemente, y por poco si cuesta la vida del último de los tres capitanes turcos. Con Dragut muerto y Pialy Pachá imposibilitado por sus heridas a bordo de su nave capitana, la suerte de toda la expedición dependía de Mustafá Pachá.

Estaba reagrupando sus efectivos para llevar a cabo un asalto contra el castillo de San Miguel, cuando recibió noticias de que una flota cristiana había llegado a la costa norte de la isla.

Dio la orden de que quemaran todas las armas de asedio, así como todos los barcos que no estuvieran en buenas condiciones… cuarenta de ellos. Veinticuatro piezas de

artillería pesada fueron embarcadas.

En las torres de San Miguel y del Santo Ángel fueron izadas banderas de victoria.

Pero Mustafá no se resignaba. Navegó hasta perderse de vista de la ciudad, viró hacia el este y… desembarcó para atacar a las tropas españolas que se dirigían a la ciudad. El intento falló con graves pérdidas para los turcos, y esta vez se retiraron definitivamente.

A las pocas horas, don García de Toledo fondeaba con setenta barcos en el puerto de Malta, banderas al viento.

Aquella fue la auténtica primera derrota de las tropas regulares turcas y de su flota.

Por una, vez el viejo Solimán no consiguió lo que se proponía. Quedaba por ver lo que iba a hacer en un futuro.

—Bueno, parece que lo hemos hecho muy bien sin vos –fue el comentario que le hizo don Carlos a don Juan.

Juan sonrió cortésmente y no replicó. Era inmune a los pinchazos del príncipe, sobre todo ahora que era admirado por el pueblo, el cual le mostraba su respeto y de la manera más lisonjera: imitándolo. Era cierto que el «peinado a la austriaca» se había puesto de moda entre los jóvenes nobles españoles. También había quienes imitaban su manera de vestir. A él le gustaban los colores vivos y, afortunadamente, a la reina también, cuya influencia empezó a notarse entre los cortesanos, que ya se atrevían a usar otros colores distintos del negro.

Don Carlos no le molestaba demasiado. Últimamente el príncipe se había hecho muy independiente. O bien se le veía salir en compañía de algunos lacayos, sin que nadie supiera bien adónde iba, o bien estaba muy atareado con el problema de su matrimonio, como él decía. Sus misteriosas escapadas provocaban un montón de comentarios maliciosos, pero Juan nunca había oído nada en concreto y, en todo caso, ya se sabía que las damas de la corte eran fácilmente malintencionadas.

Por lo demás, el problema del matrimonio de Carlos era bastante complicado. Todo el mundo sabía que Portugal había rechazado las propuestas matrimoniales del príncipe a la infanta Juana. Era muy hermosa, con unas largas trenzas doradas. Pero también era diez años mayor que el príncipe: andaba cerca de los treinta.

Catalina de Médicis le había dejado caer a la reina que su segunda hija, Margarita, era exactamente lo que le convenía a Carlos.

—Lo cual significa que, si el Rey muere, España seguirá teniendo una reina francesa –comentó Alejandro–. Sabe muy bien lo que se hace. Además, lo conseguirá, ya lo veréis. Apuesto lo que sea a que en estos momentos tiene trabajando en ello a todos sus nigromantes y futurólogos.

También de Francia procedió la tercera posibilidad: la joven reina viuda de Escocia, María Estuardo. No ya una simple princesa o duquesa, sino una reina, con muy legítimas aspiraciones al trono de Inglaterra, además. Y solamente era tres años mayor que Carlos.

La cuarta posibilidad era la Archiduquesa Ana de Austria.

Las casas de Braganza, de Valois y Lorena, y la casa imperial de Habsburgo. No era una elección fácil, y Carlos empleaba gran cantidad de su tiempo comparando los retratos de las reales y de las imperiales damas que habían enviado los solícitos embajadores; retratos pintados por los mejores artistas del momento y, como aseguraba cada embajador, absolutamente fieles a la realidad, sin favorecer lo más mínimo a las modelos. Y hacía sus cábalas acerca de cada una de esas posibilidades:

Portugal tenía su atractivo. La propia madre de Carlos procedió de allí, y en la India los portugueses tenían grandes riquezas. María Estuardo significaba una unión personal entre España y Escocia, y quizá entre España y las Islas Británicas. Y la nieta del emperador Maximiliano… porque un hijo nacido de ese matrimonio sería Emperador también, con toda seguridad, como lo había sido su abuelo, antes de que, comportándose como un asno, hubiera cambiado ese trono por la celda de un monasterio. Emperador… y no simplemente rey de España.

Carlos sabía que su padre nunca se había conformado con que los Electores no le hubieran elegido a él en lugar de Fernando para ser Emperador en la sucesión de Carlos Quinto. De ahí provenía la profunda aversión de Felipe por todo lo alemán… incluidos los flamencos y los holandeses.

Asimismo sabía que aún estaban en marcha ciertas negociaciones con Lisboa, París y Viena. Le dijo a don Juan:

—Mi padre está haciendo juegos malabares con mis novias. Es lástima que no se pueda casar con todas ellas…

Zancajeando arriba y abajo por todas sus habitaciones, iba ponderando los pros y los contras y repartiendo a Europa de manera distinta cada día. Al cabo de unos meses no había conseguido más que descartar a una de ellas: a la infanta. Era demasiado vieja.

Aquel mismo día se dirigió a los establos, echó a todo el mundo fuera, cerró la puerta, y lenta y metódicamente mató veintiún caballos.

* * *

No era la más amplia, ni siquiera quizá la más rica, pero de todas las casas de la ciudad, la de don Ruy Gómez de Silva, príncipe de Éboli era sin duda la más exquisita. Se encontraba no lejos de la Puerta de la Vega y cerca de la iglesia de Santa María de la Almudena. Ruy Gómez poseía casas en casi todas las ciudades importantes de España, y las de Valladolid y Burgos eran más grandes que esta. Dado que Madrid había sido establecida como capital hacía pocos años, los Éboli no habían podido ampliar su casa en esta ciudad, porque sus muchas relaciones sociales no les habían dejado tiempo de ocuparse de ello. Al menos eso era lo que ellos decían.

De hecho, la princesa había sugerido que construyeran un nuevo palacio, tres veces mayor, pero Ruy Gómez le dijo algo que la hizo desistir de su deseo: «Querida Ana, cuando se vive cerca del Rey, es mejor generalmente no desplegar demasiado esplendor; el rayo cae siempre en las torres más altas, según dicen».

Juan disfrutaba con la hospitalidad de los Éboli más que con ninguna otra de Madrid.

—Ruy Gómez es un gran hombre –le dijo a Alejandro–. Creo que es el hombre más poderoso, después del Rey.

—¡Oh, oh! –exclamó el príncipe burlándose–. ¿Qué pasa con vuestro gran amigo Alba?

Juan jugueteó con su gorguera de encaje.

—Es el más grande soldado –respondió–. No es necesariamente el más grande estadista.

—Parece como si estuviese oyendo hablar a Ruy Gómez.

—¿Queréis decir con eso que yo no puedo tener mis propios pensamientos?

Alejandro frunció los labios.

—¿No ha dicho eso Ruy Gómez antes que vos? –preguntó inocentemente.

—No sé qué es lo que podéis tener contra él. Es, por supuesto, un hombre mucho más diplomático que el duque de Alba –replicó Juan dándose ya francamente tirones de la gorguera.

—Es muy posible… al parecer os ha enseñado el arte de ser evasivo. Vamos, admitid que os gusta tanto ir allí más bien por la princesa que por el príncipe. La verdad es que ella es una dama muy encantadora.

—Es una gran dama –protestó Juan molesto–. Tanto ella como su esposo han sido extremadamente amables conmigo.

—Sois inaguantable cuando os ponéis tan estirado –le dijo Alejandro–. Aunque ya no lo hacéis tan a menudo. Parece que os están enseñando a ser un poco más desenfadado. Quizá salgáis ganando con ello. Vais a ir allí otra vez esta noche, ¿no? Yo me tendré que excusar. Don Carlos desea jugar esta noche… al clavo, por supuesto. Si su juego fuera tan bueno como grande es su apasionamiento, ganaría millones.

—Normalmente pierde, ¿no?

—Sí. Y después pide dinero prestado para pagar sus deudas. La semana pasada le pidió cien ducados prestados a su barbero.

—¡A su barbero!

—Además, es un tipo repugnante, le acompaña con frecuencia en sus… aventuras nocturnas. Bueno, presentad mis respetos a los Éboli y decidles que hubiera preferido con mucho acudir a su hospitalaria casa, mejor que intentar perder dinero con don Carlos.

—¿Decís intentar perder dinero?

—Ciertamente. Se pone tremendamente furioso cuando se le gana, y no soy tan avaro como para olvidarme de que, al fin y al cabo, puede llegar a ser rey de España.

También en casa de los Éboli se jugaba al clavo después de la cena. Don Gaspar de Quiroga, arzobispo de Toledo, se entretenía observando el juego cuando la princesa se le

acercó, bellísima con su traje de seda color púrpura. El parche de su ojo derecho era del mismo color, y un collar de esmeraldas ponía en su cuello un aro de fuego verde.

—¿Desearíais quizá intervenir en el juego? –le preguntó.

—No, hija mía. Tengo que marcharme pronto. Nos habéis ofrecido una cena excelente. Esta partida está muy interesante. ¡Oh!, don Mateo ha perdido su mejor baza –añadió en voz baja–, tendría que haber jugado el rey.

—En todo caso, a vos no os parecerá mal que se juegue un poco… –le dijo la princesa sonriendo.

—¡Oh, pobre de mí! No. Está mal cuando se apuesta más de lo que se tiene, lo cual incluye arriesgar el dinero que se necesita para otras cosas. Por lo demás, cada cual tiene derecho a poner precio a su habilidad o a su opinión… dentro de ciertos límites, desde luego.

—Límites –repitió Ana–. A menudo pienso que es la palabra más triste de nuestro vocabulario… y la más odiosa.

—Estáis en un error –dijo el arzobispo con tono amable–. Olvidáis que os conozco desde que erais una niña, Ana. Recuerdo el día en que comisteis ciruelas verdes sin poneros límite…

—Ya me confesé de eso cuando era muy joven. No es justo reprochármelo después de tanto tiempo de haber recibido la absolución.

—Decís bien –replicó el arzobispo con sorna–, porque ahora estáis comprobando hasta dónde puede llegar un castigo que no se mantiene dentro de ciertos límites.

—La verdad es que yo debería ser más prudente y no meterme a discutir con un teólogo en su propio terreno. Tomo buena nota de lo que habéis dicho acerca del juego. Aunque tengo mis sospechas de que nos permitís a los pobres mortales caer en pecado para así poder administrar vos el monopolio del cielo.

—Ana, sois incorregible –dijo el anciano divertido y poniéndose en pie–. Ya tengo que irme. Dad un abrazo de mi parte a Ruy; no quiero interrumpirlo.

—¡Ay! Casi me olvido de lo que he venido a deciros –manifestó la princesa al mismo tiempo que pasaba por el parche de su ojo un dedo cuidadosamente manicurado–. Hay aquí alguien a quien quiero presentaros… hace solo unas horas que ha llegado de Pastrana.

Ahora el dedo señaló a una esbelta y pequeña figura que se hallaba a unos pasos de ellos; esa figura se adelantó iluminada por las luces de un gran candelabro; se trataba de una muchacha muy joven que, evidentemente, estaba luciendo su primer traje de noche, blanco y vaporoso.

—Mi sobrina María de Mendoza –dijo la princesa de Éboli, y la chica hizo una reverencia besando el anillo del arzobispo.

—La hija de Enrique de Mendoza –dijo el arzobispo afablemente–. Recuerdo muy bien a vuestro padre, hija… y a vuestra querida madre. ¿Así es que ahora vivís en

Pastrana?

—Mi tía es muy amable invitándome.

—Estoy seguro de que lo es. ¿Vais a permanecer mucho tiempo en Madrid?

—No lo sé, Ilustrísima.

—Pastrana es un poco demasiado pueblerino para una chica de su edad –intervino Ana rápidamente.

—Lo comprendo.

Por un momento pareció que el arzobispo iba a hacer algún comentario. Pero cuando habló fue solo para decir unas frases corteses de despedida.

Con una leve seña de su dedo, Ana indicó a su sobrina que podía retirarse. La muchacha lo vio, pero no hizo ningún caso, sino que se quedó mirando detenidamente al arzobispo.

—¿Deseáis algo, hija mía?

—¿Puedo… pedir la bendición a Vuestra Gracia?

Cuando levantaba la mano para bendecirla, miró hacia la mesa de juego. Frunció las cejas y detuvo rápidamente a la chica, que ya se estaba arrodillando.

—Es mejor que salgamos de aquí para eso –le dijo con afabilidad, llevando a la muchacha hacia la antecámara.

Haciendo un gesto a los jugadores, Ana los siguió despacio.

En la antecámara solo había dos lacayos, que también se arrodillaron al ver que María lo hacía. Ana permaneció en pie junto a la puerta con las manos cruzadas.

El arzobispo dio la bendición con un amplio gesto que abarcó también a los criados. Cortésmente ayudó a la chica para que se pusiera de pie. Mientras se levantaba, pudo oír que le decía en voz muy baja:

—Conservad vuestro corazón puro, hija mía, y así todo os saldrá bien.

Solamente entonces pareció darse cuenta de la presencia de la princesa. Inclinó hacia ella su blanca cabeza, hizo un simpático gesto y se marchó, haciendo flotar sus amplias vestimentas. Afuera se produjo un rápido revuelo cuando le prepararon el carruaje.

—Es un anciano maravilloso –dijo Ana–. Le tengo gran afecto. Ahora vamos, María, tengo que presentaros a otros invitados. Es lástima que hayáis llegado tan tarde.

—Se salió una rueda y tuvimos que estar horas…

—Sí, sí, ya me lo contaréis más tarde. Ahora venid.

* * *

—Os presento a Antonio Pérez –dijo Ruy Gómez, y Juan vio a un hombre joven sonriente que se inclinaba ante él; tendría unos treinta años, ojos negros y dientes muy blancos–. Es el nuevo Secretario de Estado de Su Majestad.

—Así es, Excelencia –confirmó Pérez–. Es mi primer día en este oficio, por eso he llegado tan tarde. Pero estar ya aquí es una satisfacción maravillosa. Al parecer, en mi vida se mezclan siempre los acontecimientos buenos y malos.

—Los siete años de vacas flacas y los siete de vacas gordas –comentó Ruy Gómez–. Además, nuestro Secretario de Estado acaba de contraer matrimonio.

Juan lo felicitó y Pérez dejó brillar otra vez sus ojos y sus dientes, hizo una inclinación y se retiró.

—Es un hombre muy eficaz –comentó Ruy Gómez–. Es hijo del difunto Gonzalo Pérez.

—Pero… pero Gonzalo Pérez era sacerdote –tartamudeó Juan.

—Sí que lo era. Aunque se puede afirmar que fue mejor Secretario de Estado que sacerdote. Pero Antonio nació tres años antes de que su padre se ordenara. Gonzalo, desde luego, no estaba casado, pero el Emperador, vuestro querido padre, legitimó por decreto al niño. Le tenía gran afecto a Gonzalo, como bien sabéis, y quiso eliminar los posibles obstáculos de la carrera de Antonio. Estas cosas no suceden con frecuencia… pero pueden suceder.

Ruy Gómez habló como sin dar importancia a lo que decía, pero Juan no pudo por menos que percibir un tono especial en sus últimas palabras.

—A pesar de eso, Su Majestad ha estado dudando durante algún tiempo en ofrecer al hijo el puesto de su padre –prosiguió diciendo Ruy Gómez, después de un momento–. Antonio es joven y apuesto, tiene mucho éxito entre las damas. Tuvimos que insistir bastante hasta convencer al Rey de que esto no era un inconveniente para tener talento político… incluso se puede decir que es una ventaja.

Juan se creyó en la obligación de sonreír.

—El mejor sistema para convencer al Rey es por la vía de los hechos –añadió Ruy Gómez–. Ahora Antonio está casado… con doña Juana de Coello Bozmediano, una dama encantadora y muy rica… esto ha sido una prueba tangible de que ha cambiado profundamente. Ya está todo arreglado. El muchacho es brillante y habría sido una lástima que se le hubiera apartado solamente por un par de pequeñeces. ¡Ah! Aquí viene Ana.

—No solo Ana –dijo la princesa–, sino también una dama que es vuestra admiradora desde hace mucho tiempo, don Juan. Permitidme que os presente a mi sobrina más joven, doña María de Mendoza.

En aquella casa siempre estaban ocurriendo cosas, y tan encima una de otra que apenas si tenía uno tiempo de ir prestando suficiente atención a todas ellas. Los Éboli estaban inmersos en la vida, vivían realmente. Un nuevo Secretario de Estado… hombre apuesto; nacido fuera del matrimonio, pero legitimado por imperial decreto. Don Juan conocía ya a Ruy Gómez lo suficientemente bien como para saber que le había contado aquella historia con algún propósito concreto.

Quizá el Rey podría hacer por él lo que su padre había hecho por Gonzalo Pérez…

aunque, desde luego, en su caso eso tendría muchas más consecuencias… tendría que ser príncipe real y no solamente «Excelencia».

Pero en aquel momento no tenía tiempo de pararse a pensar, porque se hallaba ante una jovencita a cuyo saludo tenía que corresponder, si no quería parecer un grosero… aquello era un fastidio.

¿Un fastidio?

Una vez cada cien años, Dios crea, en su infinita bondad, un ser tan perfecto, ante el que las criaturas caídas se quedan admiradas. En aquel caso, no era suficiente la sola admiración, por muy profunda que fuera.

Aquel ser de blancura resplandeciente, aquella mágica aparición no tenía nada en común con las cosas de la tierra. Nunca sería posible describirla; no se la podía comparar con las jovencitas, porque había otras muchas jovencitas, y no tenía nada en común con ellas. Las palabras más maravillosas que se pudieran emplear, como fragancia, radiante, melodía, espíritu de la primavera, eran toscos sacrificios ofrecidos en su altar. Comprendió en un instante por qué los grandes caballeros de las historias como Amadís de Gaula exponían diez veces sus vidas por una sonrisa de Angélica o de Melisenda o de Oriana.

Cuando se dirigió a casa de Ruy Gómez, estaba muy satisfecho de su aspecto y de su traje de terciopelo verde oscuro con adornos dorados. Ahora le pareció que era un mendigo vestido de harapos. Hacía esfuerzos para dominarse y poder decir algo que tuviera un poco de sentido. Su mente, buscando a tientas un asidero, recurrió a las palabras que acababa de pronunciar la misma princesa de Éboli, la cual había quedado reducida a una mera sombra de colores púrpura y verde como telón de fondo de aquella visión.

—¿Que me admira mucho? Jamás había oído decir que los serafines admirasen a un simple mortal.

La visión respondió con una tímida sonrisa, por la que Amadís de Gaula habría dado gustosamente su brazo derecho.

—Recé por vos cuando estabais camino de Barcelona, Excelencia.

Él notó que se ruborizaba.

—Apenas si puedo creerlo –dijo haciendo un esfuerzo–. Estoy seguro de que vuestras oraciones fueron escuchadas.

—Ciertamente lo fueron –replicó la visión–. Recé para que regresarais sano y salvo, y que llegaseis a gobernar España cuando llegara el momento.

—Muy bien, María –dijo la princesa.

Ruy Gómez pensó: «ahora le va a decir que ha hablado como una Mendoza».

—Habéis hablado como una Mendoza –dijo la princesa, y Ruy Gómez se sobresaltó al ver que había acertado.

—La orquesta está tocando en el salón de baile –dijo–. ¿Concederéis el honor a mi

sobrina de ser vuestra pareja en su primer baile en Madrid?

—Eso es –replicó Juan– como preguntarme si deseo ir al cielo.

—¡Qué buena pareja! –comentó Ruy Gómez cuando estuvieron fuera del alcance de su voz.

—No vayáis a pensar que la he aleccionado antes de traerla –le dijo Ana–. Ya sé que no os gusta que me enorgullezca de mi familia, pero…

—… pero es una Mendoza. Lo sé. En todo caso, parece que lo sabe hacer muy bien. Pero, entre nosotros, no creo que todo esto sea necesario. Yo también le he estado trabajando y le he contado algunas cosas. Acerca de Pérez, por ejemplo. Y acerca de la necesidad de tener buenos amigos que puedan recordarle al Rey sus promesas… ya sabéis… el mando de la flota. No sé si es necesario que pongamos en juego a la chica…

—Quizá vos no lo sepáis –dijo Ana–, pero yo sí lo sé. Querido Ruy, sois con mucho el hombre más sutil que conozco; no obstante, a veces parecéis una criatura pequeña.

—*Habemus Papam,* ya tenemos Papa –anunció don Luis lleno de contento, mientras entraba en la habitación.

—¡Por fin! –exclamó doña Magdalena–. ¡Por fin! ¡Alabado sea Dios! ¿Y quién es, querido?

—El Cónclave ha durado mucho tiempo –añadió don Luis–. Veamos: nos enteramos de la muerte de Pío IV en el mes de diciembre; se puso enfermo el día 5 y murió el 19… no, el funeral fue el 19, justo antes de que Requeséns llegara a Roma. El Rey tenía mucha prisa en enviarlo, como si Granvela no fuese capaz de estar a la altura de la situación. El Cónclave comenzó el mismo día 19 por la tarde y ha durado hasta el 7 de enero. ¡Diecinueve días!

—¿Pero quién es? No será Farnesio. ¿Quizá Morone? ¿Orsini? Gonzaga es demasiado joven, supongo, y los cardenales españoles… ¿Por qué me tenéis sobre ascuas? ¿Quién es?

Don Luis extrajo una miniatura del bolsillo de su cinturón.

—Este es –dijo sonriendo–. Este retrato acaba de llegar en el correo. El Rey me lo ha entregado para que lo guarde. No sé quién lo habrá pintado, pero da la impresión de que es un retrato muy bien hecho.

Doña Magdalena contempló una imagen blanca, casi resplandeciente; un hombre muy anciano y tan pálido como el papel, con una larga barba plateada, una poderosa nariz romana y una frente que se parecía a los muros de una fortaleza.

—¡Blanco! –dijo–. Es un dominico. Debe ser.

—Ghisleri –asintió su esposo–. Michele Ghisleri Procede de una pobre y sencilla familia de la Saboya.

«Un Papa blanco», pensaba doña Magdalena, «ni púrpura ni escarlata, sino blanco, como si acabara de recibir el bautismo. El color blanco del hábito dominico, el blanco de la pureza. Tiene un rostro fuerte y severo. Es el rostro de un hombre que está dispuesto a poner orden en su casa».

—Me imagino que hay muchos que no estarán entusiasmados –comentó don Luis–. Hipólito Farnesio debe de encontrarse desolado. Y también Morone. Y no solo porque han estado deseando ser Papa. A muchos no les gusta que un Papa pertenezca a una Orden. Además, otras muchas personas de nombre famoso encontrarán difícil doblar la rodilla ante un hombre que en su infancia pastoreaba las ovejas de su padre.

—¿Y por qué no? Eso es precisamente lo que va a hacer de ahora en adelante –replicó ella.

—Sí, desde luego. No seré yo quien os contradiga en eso. Pero pensad en los nombres de sus electores: Boncompagni, Este, Colonda, Orsini, Sforza, Médici…

—Ellos precisamente son quienes lo han elegido, ¿no?

—Sí… e incluso el mismo Farnesio, cuando vio que él no tenía posibilidades. Pero quien provocó la decisión final fue el Cardenal Borroneo… un gran hombre, según parece.

—¿Qué ha comentado el Rey?

Don Luis se encogió de hombros casi imperceptiblemente.

—Dijo: tengo que escribir al Papa inmediatamente.

—¿No dijo nada más?

—Conocéis a Felipe tan bien como yo.

—Lo cual quiere decir que muy poco –repuso ella–. A veces incluso pienso si Felipe conoce bien a Felipe o si no esconde su corazón a su cabeza y uno y otra a su voluntad.

—Sí, no es fácil entenderle –reconoció don Luis–. Y por eso muchas mentes pequeñitas se atreven a juzgarlo de acuerdo con sus propias medidas. Hay momentos, y de un tiempo a esta parte con mayor frecuencia, en los que me siento cansado de la vida en la corte. Ojalá hubiera una nueva expedición contra los turcos. Me enrolaría si pudiera.

—Entonces me tendréis que perdonar –dijo ella sonriendo– si rezo para que no la haya. ¿Es que creéis que puede haberla?

—No. Al menos de momento. Según las últimas noticias que poseemos, el Sultán ha acusado mucho el golpe de Malta. No encuentra excusa para esa derrota, pues no hubo traición, no hubo incompetencia. La única explicación es que los Caballeros han demostrado ser mejores. Al Sultán le resulta difícil admitir que puedan existir mejores guerreros que los turcos.

—¿Entonces pensáis que es demasiado viejo para buscar un desquite?

—No. Según lo que conozco acerca de Solimán, solo dejará de pensar en ello cuando muera; ni la edad ni ninguna otra cosa, ni nadie le harán desistir. Debe de pensar que ha sido cosa del hado, del kismet como ellos dicen, que estaba escrito. Esa es la manera que tienen los musulmanes de referirse a la voluntad de Dios.

—Así es que quizá no se meta en otra guerra –dijo ella esperanzada.

—Quizá no; a no ser que…

—¿A no ser qué…?

—A no ser que desee comprobar si realmente ha sido voluntad de Dios o no. Pero si lo hace, no será atacando otra vez Malta. Probablemente intentará luchar en tierra firme. En la actualidad, el Emperador está pagándole una gran cantidad de dinero cada año. Lo llaman «regalo de honor», porque la palabra «tributo» no suena bien en labios de un emperador. De todas formas, ya encontrará el Sultán un pretexto. Un gobernante siempre lo encuentra, si se lo propone.

—¡Ah, bueno! –doña Magdalena sonrió aliviada–. En ese caso, ello no significaría que tuvierais que tomar parte en una guerra.

—No es probable. A no ser que el Rey me permitiera luchar al lado del Emperador… si el Sultán le atacara.

—España os necesita –le dijo ella con rapidez.

—Si es la voluntad de Dios que yo muera luchando, prefiero morir por España.

—No habléis de vuestra muerte, os lo ruego, querido.

—Esa actitud no es propia de vos –le dijo él, rodeándole los hombros con el brazo–. Los cristianos sabemos que le debemos a Dios la muerte. ¿Preferiríais que yo muriera de una larga y penosa enfermedad, como el pobre Pablo Véjar? De todas maneras, ya os he dicho que son muy pocas las probabilidades de que haya una guerra en esta parte del mundo. Además, no me apetece especialmente unirme al ejército del Emperador en caso de guerra, aunque Juan lo hiciera… y tampoco creo que él quiera, ahora que se le ha prometido el mando de la flota del Mediterráneo. Por cierto, ¿dónde está Juan?

—Donde siempre. En casa de los Éboli.

Don Luis se quedó mirándola.

—¿No os gusta que vaya? –le preguntó.

—Pues no lo sé…

Permanecieron callados un momento.

—Estamos de acuerdo –dijo él pensativo– en que Ruy Gómez tiene una gran influencia sobre el Rey en muchos aspectos. Pero no es una mala influencia. El duque de Alba es demasiado rígido y estricto y Ruy Gómez es demasiado flexible… quizá el Rey necesite de ambos para mantenerse en un término medio. A Juan le puede venir bien la amistad con Ruy Gómez.

—Y viceversa –replicó ella secamente–. Pero yo no estaba pensando solo en él.

—Ella también es una gran dama. Los Mendoza…

—Sería una gran dama si fuera menos versátil y caprichosa. Nunca se sabe lo que va a hacer en cada momento y juraría que ni ella misma lo sabe. Creo que es muy capaz de dar de lado a una cosa importante por cualquier insignificancia de la que se haya encaprichado. Es una lástima. Sería de verdad grande, si no fuera por eso. Con esa manera de actuar no será nunca grande… y tampoco será una dama.

Don Luis movió la cabeza.

—Hemos frecuentado muy poco su casa…

—Desde luego que no, querido; somos muy aburridos para ella.

—Tal vez lo seamos. Pero Juan es joven. Le invitan a sus fiestas y él se divierte.

—También va cuando no dan ninguna fiesta.

—¿Pensáis que están tratando de atraerle hacia su esfera de influencia política?

—Ya lo han hecho. Está bajo su influencia y mucho me temo que eso no le hace

ningún bien.

Él sonrió bonachonamente.

—¿No será que estáis un poco celosa de la princesa? El chico es la niña de vuestros ojos…

—Don Luis –replicó ella con energía–, yo creía que sabíais que no os habíais casado con una tonta. No estoy celosa de nadie. Estoy celosa por Juan… por su bienestar, por su carrera y más que por nada por su carácter y por su alma. No creo que el ambiente del palacio de Éboli la haga ningún bien. Allí le halagan y bien sabe Dios que él ya es suficientemente vanidoso de por sí. Ahora bien, ¿por qué lo adulan? ¿Qué es lo que esperan de él?

—Juan es demasiado joven para que les pueda ser de utilidad –dijo don Luis–. Si existe un hombre que no necesita ningún refuerzo para su posición, es Ruy Gómez. ¿Me devolvéis esa miniatura, querida? Tengo que entregársela a don Cristóbal para que la guarde.

—Dejadme que la mire otra vez. Un Papa vestido de blanco… ¡qué bonito! Me gustaría que siempre vistieran de blanco.

—No podemos tener solo papas dominicos –dijo él riendo.

—Por supuesto que no. Pero no dejaría de ser una innovación bonita. No sé casi nada acerca de él, pero tiene un rostro muy enérgico. Ya podrían haberlo elegido desde el primer día y no después de tres semanas. Supongo que estoy diciendo tonterías. Solamente deseo…

—… que todos los papas se vistan de blanco.

—No. No estaba ahora pensando en eso. Lo que deseo es que ejerza alguna influencia sobre Juan.

CAPÍTULO 17

Juan solo podía disfrutar viendo a María de Mendoza cuando iba a casa de los Éboli. La princesa no tenía intención de presentarla todavía en la corte.

—Es un poco pronto –le decía a Juan.

Como, además, María no frecuentaba ninguna de las otras grandes casas de Madrid, salvo las de los parientes próximos, no había tampoco posibilidad de que se encontraran en otro sitio.

Juan reconocía que la princesa tenía razón. Cuanto más preciosa es una joya, mejor hay que custodiarla. En seis meses había conseguido verla en tres ocasiones, y nunca a solas, desde luego. Cuando la princesa no estaba con ella, al menos sí estaba doña Pilar, su dueña, una dama regordeta de unos cincuenta años, parlanchina e inoportuna.

—La dueñas son así –le dijo un día don Alejandro Farnesio–. Son parte del castigo de Dios por la caída del Edén.

Alejandro tenía razón. Podía haber añadido que eran también una tentación para asesinar. Juan estaba demasiado enamorado como para darse cuenta de que aquello era un disparate, es más, estaba convencido de que no lo era. Le parecía bien que se custodiase su joya, pero no que se la ocultasen a él.

No encontraba la oportunidad de decirle que la amaba. No encontraba la oportunidad más que para decirle unas cuantas palabras de amable cortesía. Docenas de veces pensaba en los cumplidos galantes que le iba a decir y todos se le olvidaban de repente en cuanto la veía.

Ya no la miraba como si fuera una visión; había conseguido que la princesa le contara algunas cosas de ella, pequeñas anécdotas de cuando era niña; ahora sabía que siempre había sido extraordinariamente formal para su edad y tan piadosa que la familia pensó seriamente en que fuera monja. Pero la princesa había opinado que era demasiado joven para tomar esa decisión y, como siempre, llevaba razón. A Juan no le cabía duda de que la princesa era la mujer más inteligente que él había conocido. No era extraño que todo el mundo sintiera adoración por ella. En una ocasión él se lo había dicho así y ella se lo agradeció, no totalmente en serio pero sin tampoco tomarlo a broma.

—Yo soy una buena amiga vuestra, don Juan –le replicó–. Podéis creerme cuando os digo que no tenéis amigos más devotos que mi marido y yo misma.

—Sé que leéis en mí como en un libro abierto –le dijo él–. Tal vez algún día tengáis la amabilidad de decirme lo que habéis leído. Yo no me comprendo a mí mismo.

—Es posible que algún día yo os interprete para vos mismo –repuso ella–, pero permitidme que lea aún unos capítulos más.

—Lo cual es decirme, de esa manera tan encantadora que es la vuestra, que todavía soy demasiado joven –dijo Juan.

—Estáis haciendo grandes progresos –afirmó ella sonriendo–. Hace unos pocos meses no habríais adivinado eso.

Aquel día le fue permitido ver a María unos momentos, y solicitó su permiso para considerarla en adelante como su dama.

Ella inclinó la cabeza y le dijo que se sentía muy honrada. Respuesta que encajaba a la perfección con el código de la caballería.

Con esto, él estaba autorizado a preguntarle cuáles eran sus colores y a pedirle algún pequeño objeto que le perteneciera; ella le entregó un pequeño pañuelo, que parecía de aire bordado, y dos trocitos de cinta de colores verde y rojo.

Doña Pilar miraba todo aquello riendo tontamente y abanicándose.

Este ceremonial estaba en la mejor tradición de Amadís de Gaula, y no significaba gran cosa, salvo que se comprometía a poner a los pies de María de Mendoza todas las empresas que pudiera acometer y a defender su nombre y su honor frente a quienquiera que pudiese ofenderla o insultarla. Y como él sabía demasiado bien que no le permitirían acometer ninguna empresa en un próximo futuro y que era extraordinariamente improbable que hubiera alguien tan estúpido como para insultar a un miembro de la familia Mendoza, se consolaba con el pensamiento de que, a pesar de todo, ya le llegaría una oportunidad quizá dentro de un año, o tal vez de cinco.

Cuando le contó todo esto a Alejandro Farnesio, este asintió con la cabeza haciendo un gesto de divertida seriedad.

—Sois un realista romántico, Juan, o un romántico realista, como prefiráis. Yo creo de veras todo lo que decís.

—Desafío a cualquiera que dude de mis palabras –dijo Juan con vehemencia.

—¡A mí no, por favor! –le dijo Alejandro con un gesto burlón–. Si todavía no os he dicho que os creo, me apresuro a decíroslo ahora. Sois demasiado bueno con la espada. Y aunque de momento no estoy enamorado… al menos en serio… estoy dispuesto a aseguraros que en el mundo no hay dama más encantadora que la vuestra. ¿Estáis satisfecho?

Juan se le quedó mirando, y acabó riéndose a carcajadas.

—Poco ha faltado para que os lanzara un reto. Es asombroso hasta qué punto puede uno ponerse estúpido cuando se enamora.

—Lo sé, lo sé. A mí me ha sucedido varias veces.

—¡Imposible! –exclamó Juan.

—¿Por qué ha de ser imposible? No, no me lo digáis. Os lo diré yo. Queréis decir que nunca podréis amar a otra mujer, aunque viváis noventa años. También yo he pensado eso mismo, dos veces… y estoy dispuesto a pensarlo otra vez más. No os enfadéis conmigo, Juan. Ya sé que es idiota pretender explicar los colores a alguien que

no puede ver. De todas formas, creo que os lo debo decir. El día menos pensado se os pasará.

—No me conocéis, Alejandro –afirmó Juan.

El joven príncipe suspiró.

—Tanto peor para vos, Juan, porque no podréis nunca… –y no acabó la frase.

—O me caso con ella –le interrumpió Juan– o no me caso.

—Exactamente –aseguró Alejandro–. Entonces no os casaréis nunca.

—¿Pero por qué? –Juan estaba perplejo–. Yo sé que tendré que solicitar la autorización de tres personas. El Rey, Ruy Gómez y la misma María. No sé lo que ella dirá, pero…

—Al primero que se lo tenéis que decir es al Rey –le interrumpió Alejandro–. Y no pasaréis de ahí.

—Pero… pero ¿por qué el Rey no…?

—Mirad, Juan. Imaginaos, si podéis, que os hubierais enamorado de la infanta Juana.

—Eso no me lo puedo imaginar. Es muy dulce, y muy amable, pero…

—De acuerdo, pero vamos a suponer que os habéis enamorado de ella y vais al Rey y le pedís autorización para casaros. ¿Qué creéis que el Rey os diría?

—No… no sé. Pero eso no tiene nada que ver con…

—Sí, sí tiene que ver. Es una princesa real. Tiene derecho a casarse con un príncipe reinante.

—¡Pero María no es una princesa real!

—Es la sobrina de don Ruy Gómez, príncipe de Éboli, el segundo hombre más poderoso de España. Por algo le llaman Rey Gómez. Además, ella es una Mendoza, y los Mendoza son una de las familias más importantes de España. Intentad por un momento pensar con el cerebro del Rey, Juan. ¿Creéis que va a consentir que vos, su hermano, esté apoyado por tanta acumulación de poder? ¡Poder español, Juan! ¡Y siendo vos, igual que él mismo, hijo del Emperador Carlos V!

Juan se había ido poniendo lívido.

—El Rey no puede albergar tales pensamientos –dijo irritado.

—¿Que no puede? Acordaos de las lecciones de historia que vos, Carlos y yo hemos recibido del bueno de Honorato en Alcalá. La historia de los egipcios, de los griegos, de los romanos… cualquier historia. Y pensad en el papel que en ella han jugado los hermanos… los hermanos de los reyes. No tengo nada más que decir. Ya he hablado demasiado.

—No estoy de acuerdo con lo que decís –afirmó Juan–. La historia no es siempre igual. Además, el Rey está por encima de esos pensamientos tan mezquinos.

—Yo solo quería preveniros ante un inevitable desengaño –dijo Alejandro, haciendo un gesto muy italiano–. Es una tontería por mi parte, pero sucede que os tengo gran

afecto, lo cual es posible que también sea una tontería… aunque no lo creo.

—Nunca ha habido una joven como María.

—Por supuesto que no.

—¿Sabéis qué fue lo primero que me dijo? ¿Lo primero de todo? Me dijo: «He rezado por vos cuando ibais camino de Barcelona… recé para que volvierais sano y salvo, de manera que pudierais gobernar España cuando os llegue la hora».

Alejandro lo miró estupefacto.

—¿Eso dijo? Pues no se lo repitáis a nadie. Eso suena a una gran ambición, ¿no lo veis?

Juan golpeó el suelo con el pie.

—¡Queréis envenenarlo todo! –gritó y, dando bruscamente media vuelta, salió de la habitación.

CAPÍTULO 18

Una vez más se comprobó que no había manera de hablar con el Rey. Para el natural egoísmo de un enamorado parecía como si el mundo entero estuviera conspirando contra él.

Los turcos habían entrado en actividad otra vez y habían invadido Hungría. El propio viejo Sultán estaba al frente de ellos. El Emperador había enviado correo tras correo, embajada tras embajada, al Rey pidiéndole apoyo y ayuda: soldados, equipo y dinero.

Como de costumbre, el Rey estaba dubitativo. Al parecer, no quería declararle la guerra al Sultán por el momento. Estaba muy preocupado por la reina, que se encontraba encinta, y por eso se había ido con ella al castillo de Valsaín, en los bosques de Segovia.

—En Valsaín podremos disponer de tres médicos –comentó en la corte.

La criatura nació en agosto. Era una niña, y don Carlos sonreía feliz mientras escribía una carta a su padre.

—Me importa poco que mi padre tenga hijas –les dijo a Juan y a Alejandro, que habían permanecido con él en Madrid–. Por mi parte, puede tener cinco, diez o cincuenta… tantas como tiene el propio Sultán. ¿Creéis que habrá sufrido una desilusión? Yo estoy seguro de que sí. No tendrá otro hijo. Podéis estar seguros. Además, ¿para qué?

La reina cayó enferma y durante algún tiempo se vivió la preocupación por su salud. Cuando por fin se recuperó, llegaron de Flandes las noticias más alarmantes.

Incitada por predicadores calvinistas, la plebe había invadido las iglesias católicas de Yprés, Dunquerque y Armentieres, había quemado las pinturas «idólatras», había destrozado los sagrarios y profanado las Hostias consagradas. Pronto empezaron a suceder esas mismas cosas en todo el país. Obras maestras de arte fueron destruidas; sacerdotes, frailes y monjas fueron maltratados. Libros y manuscritos arrojados al fuego a centenares, vidrieras de valor inestimable destrozadas. En algunos lugares, los devastadores celebraron banquetes en la iglesia, para «purificarla» así. Y durante todos estos acontecimientos, Guillermo de Orange permaneció en silencio. Pero en cuanto abandonó Amberes y se fue a Bruselas, la plebe se sublevó también en Amberes. Ni una sola iglesia, capilla o monasterio, ni siquiera los hospitales se libraron de la destrucción. En poco más de dos semanas, unas cuatrocientas iglesias y monasterios fueron reducidos a escombros.

El nuevo Papa, Pío V, que estaba mucho mejor informado que el Rey, ya había advertido en el mes de febrero de que, en su opinión, sería necesaria la presencia personal del Rey en los Países Bajos, si se quería evitar que hubiera un estallido de violencia. En los meses de marzo y de mayo volvió a hacer la misma advertencia. Llegó

incluso a decir que llevar más lejos la indecisión podría tener graves consecuencias para la fe católica.

Las respuestas de Felipe hablaban de los complicados preparativos para un viaje del soberano, de la escasez de dinero y de otras muchas dificultades. No obstante, prometía que iría en cuanto pudiera, pero que no podía ir sin un ejército, y organizar un ejército requería un esfuerzo muy laborioso. El Papa respondió que la presencia del Rey era mucho más importante que la de un ejército y que, por muy potente que ese fuera, sería ineficaz sin él. Sobre el Rey pesaba aquella responsabilidad y daría cuenta de cada alma que fuera perjudicada por sus vacilaciones.

Aquello era otro lenguaje. Aquel hombre pálido y preocupado que ocupaba el trono de España no estaba acostumbrado a oírlo.

—Yo no entiendo a mi padre –comentó don Carlos–. Todo el mundo sabe cuánto le gusta viajar. He hecho una lista de los viajes que ha emprendido en los últimos años. Mirad… –buscó en un cajón de su mesa y extrajo unas hojas de papel–. Los grandes viajes del Rey Felipe II –leyó sonriendo–. De Madrid a El Pardo; de El Pardo a El Escorial; de El Escorial a Aranjuez; de Aranjuez a Toledo; de Toledo a Valladolid; de Valladolid a Burgos; de Burgos a Madrid; de Madrid a El Pardo; de El Pardo a El Escorial, de El Escorial a Madrid. Y así podría continuar durante una hora. ¿Qué son los Conquistadores comparados con él?

Juan y Alejandro permanecieron en silencio. Aquella lista del príncipe no solo era lesa majestad, sino que era también una chiquillada. Y entonces, por primera vez, se dieron cuenta de que Carlos miraba las debilidades de su padre con ojos de odio. Al Rey le disgustaba mucho la idea de salir de España.

—Debería enviarme a mí –dijo Carlos con amargura–. Yo pondría bien pronto las cosas en su sitio. Pero igual que no sabe ver las cosas desde lejos tampoco sabe ver de cerca. Ciego, ciego, ciego.

Solamente en casa de los Éboli las cosas seguían como de costumbre. Ruy Gómez parecía absolutamente tranquilo, la princesa seguía tan amable y tan ingeniosa, y en una ocasión Juan tuvo la suerte de volver a estar unos minutos con su dama, precisamente el día en que llegaron las noticias de la guerra de los turcos.

No pudo resistir a comentarlas con ella.

—¡Qué acontecimiento! Es un triste, maravilloso, terrible y magnífico acontecimiento.

Ella no sabía bien lo que había ocurrido. Era natural. En su casa la trataban como si todavía fuera una niña.

—Sziget ha caído –le dijo Juan.

—¿Szi… get? ¿Qué es eso?

—Sziget es una fortaleza. Era una fortaleza. Ahora ya no existe. Era un pequeño castillo húngaro, rodeado de agua… por eso pudo resistir a todo un ejército turco durante un mes. El conde Nicolás Zringyi fue su defensor.

—Es un segundo Malta –dijo María de Mendoza.

Él la miró admirado. Lo había comprendido al instante. Sí, era otro Malta, solo que más pequeño y el ejército que la asedió era mucho mayor. Por eso quizá el Sultán había puesto tanto empeño en asediarla; quizá para él aquello significaba el desquite de su fracaso en Malta. Pudo haber dejado tranquilamente a sus espaldas aquella pequeña fortaleza, pues la insignificante guarnición no era ningún peligro para su retaguardia. Y, sin embargo, insistió en conquistarla.

Durante cuatro semanas, la bandera húngara y el estandarte de Zringyi con el escudo de su familia ondearon en la torre de la ciudadela, mientras el Sultán esperaba la victoria en su tienda de seda verde.

Por fin los turcos consiguieron colocar una mina bajo los muros en el foso y la ciudadela se derrumbó en medio de una explosión gigantesca… con Zringyi y toda la guarnición. Pero el Sultán no pudo disfrutar de esa victoria. Tres días más tarde murió.

El Gran Visir Mehmed Sokolli ocultó la muerte. Colocó el cuerpo del Sultán en una litera, como si estuviera aún vivo, y simuló que tenía órdenes del Sultán para retirarse inmediatamente.

Zringyi y un puñado de sus hombres habían resistido la explosión.

—Se puede conseguir –comentó Juan–. Malta fue una prueba de ello, y ahora Sziget.

—Tal vez os corresponda a vos demostrarlo la próxima vez –dijo María.

Había una confianza tan grande en su voz, que él tuvo que echar mano de todo su autodominio para no tomarla en sus brazos, a pesar de la presencia de doña Pilar.

—Esas palabras vuestras –dijo con la voz ronca– me hacen tan rico como si poseyera todo el oro de las Indias.

Doña Pilar, un tanto alarmada, cortó la conversación hablando de otra cosa y en ese momento entró la princesa buscando un pendiente que había perdido. Siempre andaba perdiendo sus joyas y parecía que disfrutaba con el alboroto que causaba todo el mundo buscándolas por debajo de las mesas y de las sillas.

Apareció Ruy Gómez y se llevó a Juan a su estudio, dejando a la princesa entretenida con la búsqueda del tesoro.

—Supongo que os complacerá saber que he dado órdenes de que construyan un buque almirante para vos en Barcelona.

—¿Un buque almirante… para mí?

—Ciertamente. Os he de decir que estoy haciendo todo lo que está en mi mano para aseguraros su mando. Incluso el mejor de los monarcas puede ser olvidadizo, pero los amigos no. Y también el peor de los monarcas puede no disgustarse cuando un súbdito fiel se adelanta a sus deseos. Especialmente si hay escasez de dinero –dijo Ruy Gómez sonriente–. Aquí tenéis una maqueta del barco –le señaló con el dedo una galera de poco más de un metro de largo muy bellamente tallada–. Está hecha con la misma madera que la auténtica… alerce, alerce catalán, el mejor que existe. Es de estilo veneciano, como

podéis ver. Bergamesco ha diseñado los planos para la popa. Tendrá una longitud de veinticinco metros, veinte metros de…

Nada le faltaba, desde el Hércules apoyado en su columna hasta el gran farol de bronce en la popa, con la insignia de almirante.

—Es precioso –dijo Juan con el aliento cortado–. No sé cómo agradecéroslo. Pero cuándo… cuándo…

—No sé cuándo recibiréis el nombramiento oficial –le dijo Ruy–, pero el día que lo recibáis el barco estará terminado, os lo prometo.

Después, Juan se preguntó por qué no había hablado con su benefactor y amigo del asunto de Sziget, a pesar de ser algo que le preocupaba tanto. Quizá fue porque creyó que no le iba a interesar. Aunque esto no tenía sentido, porque cómo no le iba a interesar, si la muerte del Sultán era un acontecimiento político de primer orden. Había sido una estupidez por su parte no haberle preguntado cuál era su punto de vista acerca de las posibles consecuencias.

Un par de veces estuvo a punto de sacar esa conversación, pero no se decidió. Ruy Gómez era un gran hombre a su estilo. Era un hombre muy prudente. El Rey podía estar contento de tener un consejero como él. También era un hombre muy generoso. Construir un barco como aquel costaba mucho dinero… y lo hacía únicamente para complacerle a él, Juan. Y desde luego también al Rey. El mismo Ruy Gómez lo había dicho. Bueno, pues, a pesar de todo esto, algo le impidió hablar con él de Sziget y de Zringyi. Quizá… quizá le habría respondido con alguna ironía, con algún agudo aforismo acerca de los ingenuos soldados, como cuando hablaba del duque de Alba… y eso hubiera sido casi una profanación, un sacrilegio. Una hazaña como la de Zringyi era algo sagrado. Aunque quizá no lo fuera… para Ruy Gómez. Tampoco la princesa lo comprendería, aunque habría sabido hacer un comentario más encomiástico que nadie. Los dos eran muy inteligentes… pero había cosas que no lograban captar, porque eran cosas demasiado sencillas para ellos.

María sí que había comprendido en el acto, e incluso fue más lejos en sus pensamientos que él mismo. Malta… Sziget… quizá fuera él quien detuviera la marea turca la próxima vez. Él no se había atrevido a llegar a tanto en sus pensamientos. No había pasado de sentirse entusiasmado con aquella heroicidad. Pero ella le había puesto letra a ese entusiasmo, porque confiaba en él.

Y se dio cuenta de que esa confianza era el cimiento del amor.

—Bien, ¿le ha gustado su barquito? –preguntó la princesa.

—¡Oh, sí! –respondió Ruy Gómez al tiempo que se servía una copa de vino.

Era vino portugués, desde luego. «Pobre hombre», pensó la princesa, «no puede evitar beber demasiado cuando hay algo que le preocupa». Los vinos franceses estaban de moda, pero aun así había casas en donde tomarlos se consideraba poco patriótico. ¡Qué estúpida era la gente! Ruy había estado bebiendo demasiado, se le veía el rostro congestionado… así ni las preocupaciones le impedirían dormir aquella noche. Cuando

Ruy bebía así, era que había algún asunto que le traía de cabeza. La princesa se propuso averiguar qué sería.

—Le gustó muchísimo –prosiguió Ruy–. Me preguntó un montón de cosas a las que yo no sabía responder. Creo que ha leído muchos libros sobre barcos, sobre navegación, sobre todas esas cosas. Creo que yo tuve la culpa al mencionarle las medidas exactas del barco… ¿Cómo voy a saber yo dónde se coloca la pólvora en una galera y dónde se coloca en un galeón? O qué posibilidades tiene una galera luchando contra cuatro fragatas a tal distancia y en tales condiciones… ¡yo qué sé cuántas cosas más!

—¡Mi pobre Ruy!

—Os aseguro que ese muchacho no se contentará con jugar a ser almirante… sino que quiere serlo de verdad y además puede que triunfe. ¿Sabéis lo que os digo? Que voy a hablar con Sánchez y con Bergamasco para que empiecen a construir el barco.

—¿Todavía no lo habéis encargado?

—Pues no. Pero ahora lo voy a hacer. No quiero que me coja desprevenido. Aunque tampoco creo que haya mucho riesgo de eso. El Rey siempre está necesitando barcos y yo siempre puedo conseguir dinero. Solo que…–no terminó la frase.

—Servidme una copa de ese horrendo vino vuestro –le pidió Ana–. Gracias. ¿Qué es lo que os preocupa?

—Nada en particular: las cosas y las personas de siempre. Tenemos un nuevo Gran Turco, como sabéis, y mi obligación es saberlo todo acerca de él.

—Incluso la misma María sabe que el viejo Sultán ha muerto –dijo la princesa con una sonrisa–. Don Juan se lo ha dicho hoy. Estaba entusiasmado con no sé qué hazaña heroica de un húngaro con nombre impronunciable en una plaza fuerte cuyo nombre suena como un silbido.

—Os referís a Sziget. No me acuerdo del nombre del héroe, pero tendría que ser generosamente recompensado por el Emperador. El asedio de esa plaza ha salvado a Viena de un gravísimo peligro. Si Solimán hubiera pasado de largo, posiblemente habría tomado Viena. El ejército del Emperador es un desastre de organización. Además de eso, muchos de sus soldados estaban de pésimo humor… no habían cobrado sus pagas. Muchas veces le he dicho al Rey que un emperador sin dinero no es emperador. Él está de acuerdo. Pero ¿de qué os reís ahora?

—Es curioso que don Juan haya estado hablando con María de esas cosas. Todavía no es más que un niño.

—Y creo que lo será siempre –comentó Ruy Gómez, mientras se servía otra copa–. Pero a su edad es natural adorar a los héroes. Estoy seguro de que él se imaginaba a sí mismo defendiendo Sziget hasta el final. A propósito, Maximiliano ha decidido seguir pagando el «regalo de honor» al nuevo Sultán. Para Alba, por supuesto, eso es un deshonor.

—En cierto sentido, lo es, ¿no os parece?

—Es una buena política, Ana querida. Eso evita que el Sultán tenga un pretexto para conquistar laureles a su costa. No es que Selim sea especialmente belicoso, pero también tiene sus problemas con los jenízaros, que no paran de pedir una guerra, porque es la única manera de que les paguen la soldada. Pocas personas comprenden cuál es el valor del dinero, Ana. A veces pienso que yo soy el único en España que lo comprende.

—Lo habéis demostrado, ¿no? Sois tan rico como Creso.

—No es eso lo que quiero decir, Ana. Y me gustaría que dejaseis mi pelo tranquilo.

—Es un pelo muy bonito para un hombre de vuestra edad. Ya sé que no es eso lo que queréis decir. Yo desconfiaría de un pobre que pretendiera pasar por un experto en materia de finanzas, igual que desconfío de Inés Infantado en cuestiones de buen gusto, o de un par de prelados, cuyo nombre no digo, cuando hablan sobre la santidad.

—En eso os equivocáis, Ana. Estoy de acuerdo con vos en lo de Inés, pero no en lo de los prelados. Estos no inventan lo que enseñan, y la verdad sigue siendo verdad aunque la exprese un mentiroso. En la vida corriente ningún mentiroso está continuamente mintiendo, como tampoco un asesino está continuamente asesinando. El arte está en darse cuenta de cuándo un mentiroso habla la verdad y cuándo no. No podéis catalogar a un hombre por una sola de sus cualidades o por uno solo de sus defectos. Pensándolo bien, no creo del todo lo que decís de Inés Infantado, pues la semana pasada os dijo que vuestro vestido era encantador. Emplead vuestra lógica. Si sois consecuente, tendríais que pensar: Inés Infantado me dijo que mi vestido era encantador; Inés Infantado no tiene buen gusto; luego mi vestido tenía que ser espantoso.

—Para ser sincera, he de decir que tuve mis sospechas acerca del buen gusto de mi vestido desde el primer momento –admitió Ana adustamente–. Además, Inés lo alabó porque sabía que así me fastidiaba. Pero todo esto solo son tonterías… no tienen importancia. Todavía no me habéis dicho qué es lo que os preocupa. Aparte del Gran Turco.

—Lo que me preocupa es que cada vez es más difícil sacar las cosas adelante. Siempre que sugiero algo, Alba lo pisotea con sus enormes botas claveteadas. Y el Rey cada vez le hace más caso.

—Eso es exactamente lo mismo que Alba dirá de vos.

—El Rey está jugando con nuestra mutua rivalidad. Pérez asegura que esa es la manera que tiene el Rey de tomar sus decisiones. No es más que una excelente excusa para hacer lo que a él más le gusta: seguir vacilante.

—Pero seguramente tendréis más enemigos que solamente Alba. Está Aguilar, está Zayas…

—Aguilar está decrépito y Zayas es un vago que no se compromete con Pérez. Yo podría alargar esa lista considerablemente… pero ninguno, y ni siquiera todos juntos, son peligrosos para mí, a no ser que actúen a través de Alba; son sus tentáculos, sus mensajeros, sus suministradores de noticias. Sin ellos él no es nada. Pero no puedo deshacerme de él. Ahora este nuevo Papa que tenemos no hace más que escribirle al Rey

acerca de la situación en los Países Bajos. Le pide que se traslade allí en persona, y se lo dice en términos tremendamente apremiantes. Alba está plenamente de acuerdo, porque es un hombre muy piadoso…

Ana se echó a reír a carcajadas.

—Hace diez años peleó contra el Papa, ¿no? Será que ahora tiene remordimientos de conciencia.

—No luchó contra el Papa, luchó contra el duque de Guisa, que era aliado del Papa. Además le venció… y después fue a pedirle perdón al Papa de rodillas. Era Pío IV, que no sentía demasiada simpatía hacia los españoles. De todas formas, con remordimientos de conciencia o sin ellos, Alba es totalmente partidario de hacer el viaje a Flandes. Eso significaría que tanto él como yo tendríamos que ir… todos tendríamos que ir. Todos los planes que tengo aquí tendrían que suspenderse. Tendríamos que atravesar aquellas tristes provincias del norte, desplegando el poder real, consolando a los abades y a los priores de las iglesias que han sido destruidas, sometiendo a aquellos nobles rollizos… y además con Alba continuamente a mi lado sin quitarme la vista de encima.

—Me hago cargo –dijo Ana pensativa–. ¿Y se ha decidido ya el Rey a hacer lo que el Papa le pide?

—Mucho me temo que lo hará. No lo ha dicho explícitamente, pero hay síntomas de preparativos. A decir verdad, no le gustaría, porque no le agrada abandonar España.

—No tendrá éxito con los flamencos –aseguró Ana–. Son gente alegre, un tanto toscas, les gusta comer y beber y comerciar; Felipe no les cae muy bien.

—Y él no les aguanta. Para él, son alemanes y vos sabéis que no perdona a los alemanes el haber elegido al anterior emperador Fernando en lugar de a él. Tenéis razón, lo más probable es que este asunto sea un enorme fracaso.

—¿Entonces por qué hacerlo?

—Ya os lo he dicho, querida, el Papa y Alba…

—Si Alba está tan empeñado, que vaya él solo. ¡Esperad! Se me ha ocurrido una idea…

—¡Que el cielo nos proteja!

—No seáis grosero, Ruy. Escuchad… ya he dado con ello. La palabra es: conspiración.

Ruy Gómez gimió.

—Por el amor de Dios. ¿Con quién tengo que conspirar y para qué?

—Con el Rey, por supuesto.

—¡Bien! Por lo menos no me cortarán la cabeza cuando la conspiración se descubra. ¡Vamos, Ana! ¿Qué estáis haciendo?

Le quitó la copa de la mano y la colocó sobre la mesa.

—Ya tenéis todo el vino que necesitáis, querido Ruy. Escuchadme. Convenced al

Rey para que continúe con los preparativos para el viaje. Decidle que le escriba al Papa asegurándole que va a ir a Flandes con gran fausto. Preparar todo eso requiere tiempo. No se puede emprender ese viaje sin un buen ejército… Alba tiene que organizarlo y equiparlo. Y cuando todo esté preparado, el Rey puede cambiar de opinión repentinamente, ¿comprendéis…?, y entonces le pide a Alba que vaya él solo.

Él se la quedó mirando.

—No sé si en lo que decís hay una chispa de genio, Ana. Por supuesto, si Alba va allá solo, habrá guerra. Él no sabe otro lenguaje y tiene la mano dura.

La princesa se encogió de hombros.

—Por lo que me habéis contado, la situación allí tiene que desembocar en fracaso o en guerra. Si Alba va, acabará venciendo. Siempre vence; ya le ayudará el diablo. Conseguirá una pluma más para su sombrero. Pero, Ruy querido, eso le llevará bastante tiempo; estará fuera de España y vos podréis sacar adelante vuestros planes.

—¡Por Dios que lo haré! Necesitará como mínimo seis o siete meses y cuando está guerreando es incapaz de pensar en otra cosa. No puedo presentar al Rey esos planes tal como vos los habéis expuesto, naturalmente. Así nunca los aceptaría. Pero puedo sugerirle la idea de manera que acabe creyendo que se le ha ocurrido a él.

—Estupendo.

—Es un gran plan, Ana –dijo él levantándose, y de pronto se echó a reír–. Estoy pensando en Alba. Lo más divertido es que a él también le va a gustar. Le va a parecer que es una buena astucia militar hacer que los flamencos crean que el Rey va a hacerles una visita oficial y se encuentran con un ejército. Eso le facilitará su tarea.

—Habláis como un general –dijo la princesa frunciendo los labios–. No sabía que también poseíais el genio militar. Ahora me voy a la cama –añadió dirigiéndose a la puerta.

—Buenas noches, Ana. Yo no me voy aún. Esto hay que pensarlo muy cuidadosamente.

—Para eso no me necesitáis. Una vez que una idea ha surgido y se ha puesto en marcha, ya no me interesa demasiado –le echó una mirada de curiosidad–. ¿Aquel húngaro…? –dijo.

—¿Qué húngaro?

—El que defendió el pequeño fuerte contra todo el ejército turco y no se rindió. Seguramente sabía que no tenía ninguna esperanza de salvarse.

—Seguramente. ¿Por qué? ¿Por qué estáis pensando en él?

—Simplemente me preguntaba qué habríais hecho vos en su lugar.

Ruy Gómez soltó la carcajada.

—Querida, yo nunca me habría permitido llegar a esa situación.

—Por supuesto que no –dijo ella moviendo la cabeza–. Buenas noches.

Cuando la puerta se cerró, él se quedó dubitativo. ¿Por qué demonios le había hecho aquella pregunta? En fin, un hombre que pretendiera comprender a una mujer corriente era un loco… ¿Qué sería un hombre que pretendiera entender a Ana? Si hubiera sido un hombre, sería mucho más peligrosa que el mismo Alba.

—La amo, Tía. No podré ser nunca feliz si no me caso con ella.

Doña Magdalena necesitó un poco de tiempo para poner orden en sus pensamientos. Después dijo con un tono un poco seco:

—Me han dicho que la jovencita es muy bella.

Escuchó pacientemente el torrente de elogios que siguió a esta observación suya. Cuando cesó, preguntó:

—¿Le habéis ya declarado vuestro amor?

—No… claro que no.

—¿Habéis mencionado algo de eso a don Ruy o a la princesa?

—No les he dicho una palabra.

—Y ellos… ¿no os han insinuado esa posibilidad? Quizá no directamente… porque son muy… son personas muy finas y muy delicadas; pero esa clase de personas suelen hablar haciendo alusiones indirectas.

—Nunca se han referido a ello de ninguna manera. Creo que no tienen ni la más ligera idea. Pero ¿por qué…?

—Perdonadme, Juan, si os hago estas preguntas. ¿Quién sabe esto aparte de vos y yo?

—Solo Alejandro Farnesio.

—¡Ah! ¿Y qué ha dicho el príncipe de Parma?

Juan se lo contó, enredando con los dedos en su gorguera.

—Es una tontería lo que me dijo. Estuve sin hablarle una semana. Pero no lo decía para molestarme, sino porque de verdad lo creía así. Fue franco y sincero y le perdoné. Se lo dije.

—En ese caso –dijo doña Magdalena–, espero que también a mí me perdonaréis.

—¡Tía! No pensaréis que tiene razón. No podéis.

—No sé si tendrá razón en todo lo que os dijo. Pero me temo que sí la tiene en algunas cosas. Es un buen amigo vuestro y no creo que lo vaya contando por ahí. Al menos eso espero. Se lo puede decir a su madre cuando le escriba y pensad que… ella está en constante correspondencia con Su Majestad.

—Eso no me preocupa lo más mínimo –replicó Juan con tono amargo–. Sería la forma de que se enterara el Rey. He intentado no sé cuántas veces verlo para decírselo, pero es tan inabordable como el cielo para un pecador que no se arrepiente. Y tampoco puedo hablar con su nuevo Secretario de Estado acerca de ello…

—De ninguna manera. Me alegro de que dejéis fuera de esto al señor Pérez. Casi tanto como me alegro de que me honréis con vuestra confianza. Ya empezaba a temer que la habíais perdido.

—¡Oh, Tía! ¿Cómo habéis podido pensar una cosa así?

—Os he visto muy poco últimamente. Ahora comprendo el motivo. Pero vamos a no hablar de mí. A mi parecer, el príncipe de Parma tiene razón en muchos de los puntos que os explicó. Pero existen otro que él no tocó. ¿Puedo hablaros con la misma franqueza con que os he hablado siempre?

—Pero Tía, querida Tía, nada ha cambiado entre nosotros, ¿no? ¡Tienes los ojos llenos de lágrimas!

Doña Magdalena golpeó el suelo con el pie.

—Naturalmente que los tengo. ¿No os parece que me puedo sentir feliz y contenta, enormemente feliz al veros enamorado de una jovencita perteneciente a una de las mejores familias de España? Es cierto que he estado celosa, porque soy una vieja estúpida, pero feliz al mismo tiempo. ¿Creéis que voy a poner cara de vinagre como si me estuvieseis dando una mala noticia? –sacó un delicado pañuelo y se frotó los ojos enérgicamente–. No siento una especial inclinación hacia la princesa de Éboli. Don Luis me lo echa en cara. Supongo que para ella soy una pesada… pero ya estoy otra vez hablando de mí misma. En este asunto yo no tengo ninguna importancia, quien importa es Su Majestad.

—Exactamente. Por eso tengo que verlo y hablarle de ello.

—Y si recibís un no rotundo… ¿qué haréis?

—Eso es lo que dice Alejandro. ¿Por qué se habría de oponer el Rey?

Ella suspiró.

—Querido Juan, vos no sois un noble cualquiera que solicita de su Rey autorización para casarse. Sois hermano del Rey. Él está obligado a tener planes para vuestro futuro. Quizá necesite que os caséis con una princesa extranjera.

—Pero Tía querida, yo no soy un príncipe real –los labios de Juan temblaban–. El Rey lo ha dejado bien claro. Le desagrada mucho que alguien se dirija a mí llamándome príncipe. ¿Por qué no me tengo que considerar como un noble corriente?

Ella le miró fijamente.

—Por primera vez en todos estos años me veo obligada a preguntaros si sois completamente sincero, Juan. Si os habéis conformado con ser un «noble corriente» toda vuestra vida. No… Tal vez sea mejor que no respondáis a esta pregunta. Es posible que ni vos mismo lo sepáis con seguridad. Probablemente ni el mismo Rey lo debe de tener claro. En todo caso, tenéis que esperar su decisión.

—Estoy deseando dejarlo en sus manos –dijo Juan resignadamente.

—Eso de que sois un simple noble es una completa tontería –dijo doña Magdalena un poco molesta–. Lleváis sangre real en las venas. Vuestra carrera todavía no ha

comenzado. Si os casáis demasiado pronto, podríais perjudicarla. El Rey lo considerará así.

Juan se echó a reír amargamente.

—Alejandro me dijo que el Rey no consentiría que me casara con una persona de la casa de Mendoza, porque son muy poderosos. Ahora vos me decís que no son lo bastante buenos para mí. ¿En qué quedamos?

Ella no dijo nada. Al cabo de un momento, él prosiguió:

—Lo lamento, Tía. Soy descortés y acerbo, cuando vos habéis sido solo buena conmigo. Pero amo a María. Yo no puedo calcular qué oportunidades me va a ofrecer la vida. Por favor, ayudadme, Tía. Ayudadme a encontrar el modo de hablar con el Rey.

Ella volvió a suspirar.

—¿Me dais permiso para hablarle de esto a don Luis? Quizá a él le sea posible decirle algo a Su Majestad… y lo que es mejor, tal vez pueda escoger un momento propicio.

Juan se acerco a ella.

—¿Me dejáis que os dé un abrazo?

Cuando ella se deshizo del abrazo, le dijo ásperamente:

—Guardad vuestros besos para alguien más adecuado. Me gustaría saber cómo deciros que no en alguna cosa. Me estoy portando muy imprudentemente en todo esto. Pero intentaré hacerlo lo mejor que pueda.

* * *

No hay nada peor en el mundo que esperar. Incluso la esperanza es un tormento cuando hay que esperar, porque nunca está sola, sino que la acompañan la duda y el temor. Pasaban las semanas y no sucedía nada, salvo que ya parecía cierto que el Rey y media corte irían a los Países Bajos.

Don Carlos también estaba haciendo preparativos y animaba a Juan y a Alejandro para que hicieran lo mismo.

—Parece como si fuésemos a estar fuera un montón de años –comentó Alejandro haciendo un gesto de burla.

Juan asintió tristemente. En otras circunstancias habría disfrutado con la expedición, recibiéndola al menos como un cambio en la monotonía de la vida, pero además siempre había la posibilidad de que se entablara alguna batalla. Ahora, sin embargo, aquello significaba que durante largo tiempo no vería a María; los buenos momentos que pasaba en el palacio de los Éboli eran para él… vida. Ya no podía ni imaginarse cómo fue el tiempo anterior a conocer a María. Además, estaba seguro –aunque, desde luego, ella no le había dicho nada– de que a ella le pasaba lo mismo.

Ya había hecho las paces con Alejandro. El joven italiano no era esa clase de

personas con las que uno puede estar enfadado mucho tiempo.

Unos días más tarde, don Carlos, lleno de orgullo, les había anunciado solemnemente que había tomado la decisión de casarse con la archiduquesa de Austria.

—En realidad esta solución estaba clara desde el principio –declaró, dándose importancia–. Pero me sentía obligado a considerar todas las posibilidades… políticas o de otro tipo. Ya se lo he comunicado a mi padre. Me ha prometido iniciar rápidamente las negociaciones con el Emperador.

De pronto, le pidió al príncipe de Parma que le permitiera hablar a solas con don Juan.

Alejandro, sin inmutarse, hizo una reverencia y salió. Ya estaba acostumbrado a las excentricidades del príncipe.

—¿Ha cerrado bien la puerta? –preguntó Carlos desconfiado–. Mejor es que vayáis a comprobarlo. Cerrada, ¿no? Bien. No necesita oír lo que os voy a decir. Son secretos de Estado, querido amigo. Sí, sí, secretos de Estado. Lo comprenderéis en el acto –se acercó a Juan y le tomó del brazo–. La amo –susurró–. La amé desde que vi su retrato. Miradlo… la futura reina de España. Y más, mucho más.

El retrato, en un marco de marfil y plata, mostraba una chica bastante hermosa, con un vestido de brocado azul y plata. Tenía la nariz un tanto larga y el típico labio inferior prominente de los Habsburgos, que le daba un aspecto un poco adusto.

—Todas las otras son pálidas sombras al lado de mi *fiancée* –aseguró Carlos–. En esta unión hay un montón de enormes posibilidades. Esos borricos, los archiduques Ernesto y Rodolfo, se van a quedar estupefactos cuando se enteren del nombre del futuro Emperador. ¿Os hacéis cargo? ¿Comprendéis? Pero este es un secreto mortal, Juan. Nadie lo conoce excepto nosotros dos… no se lo contaréis a nadie, ¿verdad? Si mi padre se enterase de lo que pretendo, se pondría furioso… furioso de envidia. Perdió la corona imperial porque no supo cómo tratar a esos alemanes. Muy bien, pues. Yo sí sabré tratarlos.

Juan felicitó al príncipe por su elección, tan calurosamente como pudo. La corte entera sabía que el Rey estaba todavía negociando con Viena este matrimonio. A Carlos le gustaba aparentar no solo ante los demás, sino ante sí mismo, que era él y no el Rey quien había hecho la elección. Tenía el don de enamorarse de un retrato. Ya le había pasado anteriormente. No cabía duda de que el Rey había considerado también la posibilidad de recuperar la corona imperial por medio de esta unión. No era ningún secreto mortal… la idea saltaba a la vista. También saltaba a la vista –y era al mismo tiempo conmovedor y patético– la tremenda ambición de aquel pobre muchacho lisiado, que no se sabía dominar a sí mismo y pretendía dominar al mundo.

—Este viaje nuestro a los Países Bajos es el primer paso –resumió Carlos–. La duquesa de Parma ha demostrado que no es capaz de dominar la situación allí. Tendrá que resignarse. Y el nuevo Gobernador será… Carlos –dijo echándose a reír–. Os asombráis, ¿verdad? Mucha gente se asombrará… incluido nuestro amigo Alejandro,

que se cree que su madre es la mejor estadista de Europa. Ahora comprenderéis por qué yo no quería que se quedase escuchando en la puerta.

Juan estuvo a punto de responder irritado que Alejandro no era de la clase de hombres que se ponen a escuchar detrás de la puerta, pero se detuvo a tiempo, pues un par de semanas antes el príncipe Carlos fue sorprendido escuchando detrás de la puerta de la pequeña habitación en la que el Rey estaba despachando asuntos de gobierno con algunos ministros. El gentilhombre de cámara, don Diego de Acuña, se lo reprochó e intentó convencerle para que se marchara. El príncipe le dio una bofetada. Don Diego fue rápidamente a quejarse al Rey y presentó su dimisión, pero Felipe le pidió disculpas en nombre del príncipe y ofreció al noble un puesto entre las personas de su propio séquito.

—Pues bien, esto ha sido enteramente idea mía –prosiguió diciendo Carlos–. Se la he expuesto a mi padre y por una vez ha estado de acuerdo conmigo. ¡Imaginaos! Iremos todos allá, pero mi padre regresará pronto a España y yo me quedaré como Gobernador de aquellos Estados. Podré mandar, sin que nadie se meta por medio. Si hago algo que no le gusta a mi padre, me tendrá que escribir y yo tendré que contestarle. El papel es el más abyecto de los esclavos. Juan, estoy empezando a vivir… por fin estoy empezando a vivir… Y vos… vos estaréis a mi lado. Le pediré al Rey que os lo permita. Seréis mi mano derecha.

Juan salió del estudio del príncipe con la cabeza que le daba vueltas. Si Carlos conseguía su propósito –aunque las posibilidades eran muy escasas–, ¿qué iba a ser de su mando en el Mediterráneo? ¿Y cuándo podría volver a ver a María?

Al parecer el Rey tenía tiempo de interesarse por los proyectos de su hijo, pero no para los de su hermano. Si Carlos decía la verdad… y si no había interpretado mal la actitud de su padre… tendría que abandonar todas sus aspiraciones: Juan de Austria se quedaría en una especie de ayuda de campo. Perdería a María, perdería su mando, perdería incluso su amistad con Alejandro, a quien no podía contarle nada del plan para quitarle el gobierno a su madre y dárselo a Carlos. Además, el príncipe era muy capaz de decírselo a Alejandro cuando le pareciera bien y darle a entender que todo aquello había sido mantenido en secreto entre él y don Juan de Austria…

Y esto sin tener en cuenta el dudoso honor de tener que secundar cualquier acción desatentada que Carlos quisiera llevar a cabo, una vez que su padre hubiera regresado a Madrid.

Juan lanzó un gemido. Pensó en ir a buscar a don Luis, que debía de estar en algún lugar de palacio, y contárselo todo. Pero, si lo hacía, lo único que iba a conseguir era que don Luis, entonces, no quisiera intervenir a su favor cerca del Rey.

Por un momento casi de locura Juan pensó seriamente en irrumpir en las habitaciones privadas del Rey, echarse a sus pies y provocar así que tomase una decisión en el acto.

Pero se dio cuenta de que aquello sería un disparate y que precisamente esa era una

de las cosas que a Felipe le sacaban de quicio. No había nadie en el mundo que pudiera hacer eso con esperanza de tener éxito.

Tuvo unos enormes deseos de ver otra vez a María, ese mismo día. Inmediatamente.

La necesitaba más que nunca. Necesitaba fuerzas. Si consiguiera verla solo un momento, sacaría fuerzas para soportarlo todo, ese mundo de intrigas y de patrañas, de incertidumbre y de vacilaciones.

Tenía que verla.

Cuando se encaminaba hacia el palacio de los Éboli, se le ocurrió la idea de que podría hablar con Ruy Gómez. En efecto… esa era la situación. Si el hombre más inteligente y más agudo de España no encontraba una salida para aquello, es que esa salida no existía.

* * *

Márquez, el mayordomo, le dijo que Su Alteza había salido aquella misma mañana a visitar sus fincas, pero que podía anunciar a Su Excelencia a Su Alteza la princesa. Mientras se estaba todavía recobrando de aquel nuevo golpe, apareció la propia princesa y lo saludó afectuosamente. Era una encantadora sorpresa para ella, lástima que Ruy no estuviera allí, pero había tenido que ir a Pastrana, en realidad había estado retrasando mucho aquella visita y no era nada bueno abandonar una finca tan grande sin inspeccionarla personalmente, pues los administradores eran cualquier cosa, bribones, todos ellos… Si quisiera entrar en el saloncito amarillo…, sí, María también estaba allí…

María también estaba allí.

El saloncito amarillo formaba parte de las habitaciones privadas de la princesa y se llamaba así por las paredes tapizadas con seda amarilla y por la alfombra de color dorado, con un dibujo exótico, tejida en el lejano Cathay.

María llevaba un vestido color miel y parecía como si fuera el espíritu de aquella habitación. Juan se lo dijo así.

—Bien observado –comentó la princesa–. Al fin y al cabo, un futuro almirante ha de ser un buen observador.

Era una buena oportunidad para hacer alusión a que, por lo que acababa de decirle el príncipe Carlos, lo más probable era que se quedase en ayuda de campo, sin llegar a almirante. Pero no le pareció apropiado decir eso, sobre todo delante de María.

—Le sienta muy bien ese vestido –prosiguió Ana–. No hay muchas jovencitas que se atrevan a llevar ese color. Tenéis que admitir que soy una mujer casi heroica.

—Estoy dispuesto a admitir todo lo que me digáis –afirmó Juan haciendo una inclinación–. ¿Pero por qué heroica?

—Querido don Juan, una mujer de mi edad que permite que la vean en compañía de una jovencita como María o es heroica o está loca, y espero que no me tomaréis por lo

segundo.

Juan intentó pensar en una réplica que estuviera a la altura y no la pudo encontrar. ¡Qué aburrida podía llegar a ser una mujer ingeniosa, siempre con agudezas y tan deseosa de que se le hicieran cumplidos!

—Es un vestido precioso –dijo él–. No obstante, pienso que, aunque doña María se vistiese de harapos, estos se convertirían en el vestido de una reina con solo que los tocase.

—Borro todo lo que he dicho –repuso la princesa riendo–. Vos no sois un almirante, sois un cortesano.

—Don Juan se está burlado de una pobre muchacha –dijo María–. ¿Qué soy yo al lado de mi tía? Todo el mundo sabe que es la mujer más bella de España.

—Eres muy amable –la princesa empezó a abanicarse–. Por desgracia la sola palabra «tía» lo echa todo a perder. Ya no soy una mujer, soy una tía.

Juan hizo un esfuerzo para mantenerse a la altura de su humor.

—Si no estoy muy equivocado, es imposible ser tía si no se es mujer –dijo y, dirigiéndose a María, añadió–: Burlarse de vos sería un atrevimiento mortal para quienquiera que lo hiciese en mi presencia. En cuanto a mí…

—Bueno, bueno, ya basta –cortó la princesa riéndose.

Hizo sonar una campanilla de plata y ordenó que trajeran vino y algunas frutas.

El anciano Márquez trajo naranjas, dátiles e higos frescos y secos, almendras, nueces y unas pequeñas manzanas rojas. El vino era un jerez cortado.

La princesa continuó parloteando y gastando bromas. Por primera vez Juan sintió antipatía hacia ella; incluso doña Pilar le parecía más tolerable a pesar de ser tan impertinente. No había manera de hablar con María de algo que tuviese sentido.

De repente, la princesa dio un salto y se puso de pie.

—¡Dios de mi alma! Me olvidaba de las cartas –se pasó lánguidamente la mano por el parche de su ojo, que en aquella ocasión era de tonos plateados para hacer juego con su vestido de tisú de plata gris y violeta–. Es una lata. Ruy se ha ido muy temprano esta mañana y todo el correo llegó cuando ya había partido. Le prometí que le echaría un vistazo y le enviaría solo las cartas más importantes. Si no lo hago ahora, el correo no se las va a poder llevar hoy y tiene que recibirlas sin falta. ¿Me perdonáis, don Juan?… no tardaré más de media hora, quizá un poco menos.

Ya en la puerta se volvió.

—Os mandaré a doña Pilar –dijo con una sonrisa–. La pobre tonta tiene dolor de estómago y le he dicho que se echara un rato y tomara agua caliente. ¡Vaya anfitriona que soy!… No hago más que cometer faltas de etiqueta. De todas maneras, me disculpáis, ¿verdad?

En la antecámara, le preguntó a Márquez:

—¿Dónde está doña Pilar?

—En el patio, Alteza.

Se dirigió al patio, donde encontró a la dueña entretenida con los rosales. A doña Pilar le gustaban mucho las plantas. Con un gesto brusco, la princesa le ordenó que se retirara a su habitación.

—Quedaos allí hasta que os llame.

La dueña la miró atontada.

—¿He cometido alguna torpeza que ha desagradado a Su Alteza? –tartamudeó.

—Cometeréis una torpeza si no hacéis lo que os ordeno.

—Sí, Alteza. Voy inmediatamente.

En el saloncito amarillo, apenas se cerró la puerta detrás de la princesa, Juan dijo:

—Doña María, he recibido noticias desagradables esta mañana. Tendré que abandonar Madrid con don Carlos. Vamos a los Países Bajos… y no sé cuándo podré volver. No sé… no sé cuándo os volveré a ver.

Con la voz temblorosa, la joven le dijo:

—Sabía que eso tendría que llegar. Debéis subir. Subiréis muy alto. Me… me alegro por vos.

Él se la quedo mirando.

—Doña María –murmuró–, estáis llorando. Estáis llorando por mí.

—No… ¡oh, no! –hizo esfuerzos para que su voz fuera firme, pero no pudo conseguirlo–. Lloro por mí misma, porque soy una estúpida muy egoísta. ¡Oh!, no he debido decir esto…

Él temblaba de pies a cabeza.

—Entonces yo también diré lo que no debería decir, señora mía, mi dulce señora… Le he rogado a mi gran amigo don Luis Quijada que en mi nombre le pida al Rey autorización para casarme con vos… si en vuestra bondad me consideráis digno de tan gran fortuna.

—¿Digno? –repitió ella con incredulidad–. ¡Pero si yo no soy nadie!… salvo una sola cosa… que os amo.

En un instante él estuvo a sus pies.

—No sabía que en el mundo pudiera existir una felicidad tan grande –dijo con el aliento cortado–. Ahora me atrevo a desafiar al mundo entero. Si el Rey no me diera su autorización, abandonaré España con vos. Aunque el mundo se ponga contra nosotros, lo conquistaremos. No hay fuerza más grande que el amor. Os he amado desde el primer momento en que os vi.

Cubrió de besos sus manos. Sintió en los cabellos el suave roce de sus labios y levantó la vista; el rostro de ella estaba inclinado sobre él, más bello que nunca, radiante de amor; era como la fruta del paraíso.

—Sois mía –le dijo con vehemencia–. Mía, mía.

CAPÍTULO 20

Algunas semanas después, Ruy Gómez regresó de Pastrana y fue derecho al palacio real «para tomar el pulso de cómo iban las cosas», según él mismo decía. A continuación se dirigió a su casa, radiante de buen humor.

—Vuestro plan se está desarrollando estupendamente, Ana –le dijo a la princesa.

—¿Habéis visto al Rey?

—Desde luego, incluso interrumpió una audiencia para darme la bienvenida. Creo que estaba con el viejo Hernández, que, por supuesto, se enfureció; pero eso no tiene importancia. El Rey va a poner en marcha su plan… vuestro plan… y lo que es mejor, está guardándolo en absoluto secreto.

—¿Cómo lo sabéis?

Ruy Gómez se echó a reír.

—Lo sé porque más de cuatro personas de alta posición me han preguntado si he regresado para desear buen viaje al Rey o para ordenar que hagan mi equipaje. Lo cual quiere decir que no están seguros de si he caído en desgracia y tengo que permanecer aquí, en vez de hacer el viaje con el Rey; y también significa que ese viaje es muy extraoficial.

—Pero el Rey os ha dicho que no se marchará.

—Exactamente. Y lo más bueno de todo es que el Rey está convencido por completo de que ha sido idea suya. Estoy muy contento, sobre todo por Castagna.

—¿El Nuncio? Sí, claro, es un tropezón para él.

—Y muy grave. Sabéis que este nuevo Papa es muy tenaz. Una vez y otra, Castagna ha insistido con exhortaciones y razones para que el Rey acelerase su viaje. Ni le pasaba por la cabeza que el Rey no iba a ir de ninguna manera. No me gustaría tener que escribir una carta como la que le va a tener que escribir a su amo, comunicándole que el Rey se queda en España. No me interesa tener a Castagna como enemigo; es extraordinariamente inteligente –esto no se lo reconozco yo a todo el mundo– y puede llegar muy alto.

—¿Queréis decir que podría ser el próximo Papa?

—Imposible no es. Así que, en estas circunstancias, me alegro mucho de que parezca que es idea del Rey y no mía. Vuestra, quiero decir, por supuesto.

—Sois un tunante sin escrúpulos –afirmó Ana mientras se abanicaba–. ¿Qué otras novedades hay en la corte?

—Nada, un par de cosillas. El Rey ha vuelto a rogar al Papa que conceda una púrpura más a España.

—No será para don Juan…

—No. Para Espinosa. Ahí tenéis una buena carrera: jefe del Consejo real, jefe del Consejo de Estado. Obispo de Sigüenza. Y también podría ser nombrado Gran Inquisidor. Por mí, tiene todas mis bendiciones. Mejor es que le concedan el capelo… a pesar del desengaño que le vamos a causar a Su Santidad en el asunto de los Países Bajos. De hecho, esta concesión asegura a don Juan que no va a ser cardenal. El Vaticano no es precisamente generoso con los capelos. Es una táctica prudente, pero a veces fastidiosa para Su Majestad.

—Entonces el Rey tendrá otros planes para don Juan.

—Sin duda los tiene. Pero me temo que no están en conexión con la pequeña María.

Ana cerró el abanico. La expresión del rostro se le endureció.

—¿Qué decís, Ruy? ¡Dios mío! Me gustaría que abandonaseis esa horrible costumbre de reservar para el final lo más importante y luego soltarlo como si no fuera más que una habladuría o un rumor sin interés. ¿Qué queréis decir? ¿Es que el Rey ha elegido a otra para el muchacho? ¡Decidme algo!

—No quería interrumpiros –dijo él pacientemente–. No. No creo que tenga previsto todavía ningún matrimonio para don Juan. Pero no quiere oír hablar de que se case con María.

—¿Por qué? ¿Cómo os habéis enterado?

—Me lo ha dicho Pérez. Sabéis que la reina está otra vez encinta y…

—No me importa nada la reina. ¿Cómo sabéis que el Rey se opone al matrimonio de Juan con María?

—La reina está otra vez encinta –repitió Ruy con calma–. Y cuando don Luis Quijada se enteró de ello por medio de Pérez, decidió que era el momento adecuado para sugerirle al Rey que don Juan deseaba que le concediera una audiencia con objeto de pedirle permiso para casarse.

—Así que os lo ha dicho Pérez. ¿Y qué pasó?

—El Rey rechazó de plano conceder la audiencia. No dijo ninguna razón. Y tampoco preguntó el nombre de la dama con la que don Juan deseaba casarse. Pero más tarde le dijo a Pérez: «Ese muchacho tiene que esperar. Puedo tener otros planes para él más adelante». Es todo lo que sé. Lamento que esto os rompa vuestros esquemas, querida, pero comprenderéis que no podéis esperar que el Rey cargue con todo lo que vos imagináis en esa preciosa cabecita.

—Es terrible –dijo la princesa con los dientes apretados–. Terrible. Ya es algo tarde.

—¿Algo tarde? –preguntó él fijando en ella la mirada.

La princesa volvió a abanicarse.

—Ciertamente. Están enamorados.

—¿Cómo pueden estar enamorados? Se han visto muy pocas veces y siempre solo durante unos momentos.

Ella se puso en pie y comenzó a pasearse por la habitación.

—Me temo que se han visto lo suficiente. Y yo… yo he contribuido a ello. Yo quería que se casasen.

Ruy Gómez meneó la cabeza.

—Espero que no hayan infringido las reglas del juego. Están precisamente para prevenir cualquier desengaño y cualquier disgusto.

Ella golpeó el suelo con el pie.

—Os ponéis insoportable cuando sois más español que los españoles. Pero yo no abandonaré. Esto no termina aquí. No puede ser. Hay que encontrar la manera de forzar la mano de Felipe…

—No me gustaría hacerlo. No me gustaría ni siquiera pensarlo. Además, ¿cómo lo haríais?

—¡Tan bien como iba todo! –exclamó ella irritada–. Y ahora este… este desastre. ¿Qué voy a hacer ahora? Quijada es más torpe que un oso. Yo tendría que haberme hecho cargo también de esto. ¿Pero cómo podía yo imaginarme esta absurda actitud por parte de Felipe? –se detuvo delante de él–. ¡No me conformo con esto! –gritó con vehemencia–. Ya se me ocurrirá alguna cosa.

—No haréis nada –le dijo él con firmeza–. Es más, don Juan no debe volver a ver a la chica. Enviadla a Pastrana. Lo siento por ella, si está enamorada, pero ni vos ni yo podemos hacer nada. No es la primera vez que ocurren estas cosas cuando hay personas de rango por medio.

Ella sonrió de manera enigmática.

—Lo supongo. Pero esos casos no me concernían. Esta vez es diferente. No enviaré a María a Pastrana. Y no pienso ceder.

—No creí que esto significara tanto para vos –dijo él volviendo a mover la cabeza–. Pero no hay otra salida. Don Juan es un personaje importante… He hecho todo lo que he podido con el fin de ganarlo para nosotros, y vos también. Lo hemos ganado y ahora no podemos perderlo. Por consiguiente, María tiene que marcharse… o de lo contrario él no estará a nuestro lado.

—María es una Mendoza –dijo ella encolerizada–. Los Mendoza son asunto mío, no vuestro. No quiero que se vaya y tengo mis razones para ello –y añadió hablando despacio–: No lo verá… de eso me encargo yo. Diré que se ha ido a Pastrana.

Ruy Gómez se encogió de hombros.

—A veces no os comprendo, Ana. De esa manera la pobre muchacha va a tener que vivir como una prisionera. ¿Por qué queréis hacer eso? ¿Qué es lo que pretendéis?

La princesa se irguió orgullosamente.

—No sé lo que pretendo… todavía. Pero de una cosa estoy segura: no consentiré que mis planes fracasen.

—No lo puedo creer –dijo Alejandro al entrar–. Eso no es posible.

—Todo es posible –replicó Juan sin ni siquiera volver la cabeza.

Estaba sentado de espaldas mirando por la ventana.

—Pues esto no. Me acabo de enterar de que se ha suspendido el viaje.

—¿Ah, sí? –Juan seguía sin moverse.

—Diego de Acuña me lo ha dicho confidencialmente… ya sabéis que ahora trabaja con el Rey. Y no es de la clase de hombres que habían a la ligera, ni creo que haya gastado una broma en los últimos cincuenta años… el mes pasado los cumplió.

—Quizá sea cierto –dijo Juan–. A mí me da igual.

Alejandro lo miró compasivamente. Habían pasado tres meses, casi cuatro, desde que don Luis le dijo que el Rey no quería oír hablar de la boda de su hermano «con nadie»; todavía el muchacho no se había rehecho de aquel golpe. Ya había pasado la primera terrible tormenta, durante la cual Juan intentó en serio convencer a algunos jóvenes nobles amigos suyos para asaltar el palacio de Éboli, «salvar» a su dama y escapar con ella. El joven Guzmán tuvo el suficiente sentido común para hablar de ello y don Luis intervino a tiempo de detener aquella absurda empresa, que habría llevado a Juan a la ruina junto con todos los que participaban en ella. A pesar de todo, Juan no quiso ceder, sino que fue al palacio de los Éboli… y solo consiguió que le dijeran muy cortésmente que la joven había vuelto a Pastrana…

Todos mantuvieron largas conversaciones con él, Alejandro, don Luis y doña Magdalena. El argumento de que iba a perjudicar la reputación de la muchacha tuvo éxito, y prometió que se abstendría de todo acto de violencia. Pero desde entonces cambió absolutamente. Ya no existió aquel alegre, simpático y radiante cabecilla de la juventud. Estaba extrañamente apático y parecía no interesarse por nada.

Cuando doña Magdalena le comentó que la reina esperaba un hijo para el mes de octubre, dijo:

—Quizá María venga de Pastrana para el bautizo.

Había tal pena y tal ansia en su voz, que a doña Magdalena se le saltaron las lágrimas.

Él siguió diciendo:

—Pero yo no estaré aquí. Estaré en los Países Bajos.

Pasaron las semanas y no acababan de emprender el viaje. Ahora, al parecer, se había suspendido definitivamente.

—Probablemente es una tontería que diga esto –afirmó Alejandro–, pero si de verdad

nos quedamos, quizá tengáis la posibilidad de ver a quien vos sabéis, en caso de que venga para el bautizo del hijo de la reina.

Por fin Juan se volvió. Estaba pálido, ojeroso y enflaquecido.

—Ya encontrarán la manera de impedirme que la vea –dijo–. Con suerte, lo más que conseguiré será echarle una mirada en la catedral. Pero si lo hago… no, no, no haré ninguna locura. Y menos en la Casa de Dios. En cambio, he estado pensando…

—Me temo que demasiado –le interrumpió Alejandro.

—Es lo único que me queda… poder pensar. Ya podría haber encontrado la forma de enviarme algún recado, ¿no os parece? Ni una línea, Alejandro, ni una palabra. Siempre se dice que un hombre olvida antes que una mujer. ¡Ni una palabra! Y seguramente…

La puerta se abrió con violencia y un noble joven entró precipitadamente, blanco como la pared.

—¡Excelencia… por favor, venid pronto!

—¿Por qué? ¿Qué ocurre? –preguntó Alejandro.

—¡El príncipe don Carlos está matando al duque de Alba!

Juan se levantó de un salto.

—Debéis de estar loco –exclamó.

—O vos… o el príncipe –dijo Alejandro–. ¿Dónde están?

El muchacho ya había salido disparado y ellos corrieron tras él.

No tuvieron que ir muy lejos. Cuando llegaron a la antecámara de la habitación del Consejo privado, vieron lo que ninguno de ellos olvidarían jamás. El duque de Alba, alto y rígido, estaba sujetando a don Carlos por las muñecas, intentando mantenerlo a distancia. A pesar de todo lo fuerte que era, tenía que utilizar todas sus energías. Carlos parecía un loco, temblando y retorciendo su grotesco cuerpo, agitándose hacia atrás y hacia delante, lanzando insultos al duque. La espada en su mano derecha parecía tener vida propia, tratando de clavarse en cualquier lugar del cuerpo del duque.

Alrededor había media docena de criados paralizados por el terror o simplemente sin atreverse a intervenir.

Juan y Alejandro se lanzaron sobre ellos. No les fue difícil separarlos, porque Alba soltó inmediatamente al príncipe y dio unos pasos hacia atrás; pero no pudieron arrebatarle la espada al príncipe. Carlos la esgrimía en todas direcciones y una vez más intentó arrojarse sobre Alba.

El duque permaneció inmóvil y frío. Su espada no había salido de la vaina.

Entre tanto, ya había acudido un buen número de oficiales y cortesanos que formaron una barrera entre los dos. Carlos quiso arrojarle la espada al duque y Alejandro se la arrebató de la mano cuando la levantaba.

Entre él y Juan tomaron al príncipe por los brazos y lo condujeron a sus habitaciones. Carlos ni los reconoció. Los ojos se le salían de las órbitas y la saliva brotaba a

borbotones de sus labios.

—¡Lo mataré! –gritaba–. ¡No irá a Flandes! Lo mataré. ¿Dónde está?

Se quedó desmadejado de repente y tuvieron que llevarlo a su dormitorio. Los médicos vinieron inmediatamente a cuidarle; Juan y Alejandro salieron, demudados y sobrecogidos, para preguntar qué es lo que había pasado. Encontraron la antecámara vacía; solo estaban unos lacayos que le daban explicaciones a un joven chambelán muy nervioso.

Alejandro lo tomó aparte.

—¿Cómo ha sucedido esto? –le preguntó en voz baja.

El pobre hombre levantó los brazos desolado.

—Su Gracia se había despedido de Su Majestad, después de su visita, y ya se marchaba cuando de pronto Su Alteza se volvió contra él en un estado de… de gran excitación y… detuvo a Su Gracia. Su Alteza le dijo que eso de ir a los Países Bajos era cosa suya y no de Su Gracia. Su Gracia, muy respetuosamente, le dijo que la vida de Su Alteza era demasiado valiosa para exponerla a ningún peligro y que él, Su Gracia, iba a los Países Bajos para imponer orden y seguridad, de manera que Su Alteza pudiera ir después sin correr ningún peligro. Por desgracia, Su Alteza, entonces, en un arrebato, sacó la espada y atacó a Su Gracia…

—Comprendo –interrumpió Alejandro–. El resto lo hemos visto. El duque no ha resultado herido, ¿verdad?

—No, Alteza; ni un rasguño, Alteza. Y si me permitís decirlo, ha sido casi un milagro, pues Su Alteza se abalanzó sobre Su Gracia absolutamente como un… con gran vehemencia.

Alejandro le dio las gracias y se marchó.

—O poco conozco al Rey –dijo Alejandro–, o después de esto Carlos no pondrá nunca los pies en los Países Bajos, aunque viviera cien años. Y nuestro viaje está definitivamente suspendido. *¡Per Baccho!*, el Rey se va a disgustar mucho. Carlos va a sufrir también una gran desilusión. Mi madre me escribió acerca de esto. Ella recibió una carta de Carlos en la que le dice a bocajarro que iba a ir a sustituirla en el gobierno…

Así era como el propio Carlos guardaba su «secreto mortal». Juan se rio con amargura.

—¿Os dais cuenta de todo lo que esto significa? –preguntó Alejandro–. Va a ser una tremenda sorpresa para los flamencos. Están esperando al Rey y a la corte, seguramente han confeccionado una larga lista de peticiones para negociarlas con él… y en cambio se van a encontrar con Alba. Nadie puede negociar con Alba, ni siquiera el mismo Carlos, como acabamos de ver. Lo que me intriga es cuándo ha decidido el Rey enviarlo a él en lugar de ir él mismo. Quizá nunca haya tenido verdadera intención de ir. Quizá todos nuestros preparativos no eran más que un engaño para los flamencos; una burla gigantesca. Si es así, el Rey es un genio. ¿Qué pensáis vos?

—Estará aquí cuando nazca la criatura –dijo Juan–. Y todo el mundo vendrá al bautizo. Tal vez… tal vez pueda verla entonces…

CAPÍTULO 22

Madrid ardía en fiestas. El diecinueve de octubre la reina había dado a luz otra niña; ella estaba bien, la criatura estaba bien, y hoy iba a ser bautizada en la iglesia de San Gil. A Madrid le importaba poco que fuera niña o niño, porque de todas maneras era una razón perfectamente buena para que hubiese fiestas. Además, todo el mundo estaba orgulloso de que Madrid hubiera sido hecha capital, no solo de España, sino de un imperio. Si fuera verdad, como los sabios lo enseñaban ahora, que la tierra era redonda, entonces también tenía que ser verdad que a cualquier hora el sol brillaba sobre alguna parte del territorio español. Alguien había acuñado la frase: «En el Imperio Español no se pone el sol». Y a los madrileños les gustaba repetir esa frase. Eran enormes entusiastas de un rey que había escogido su ciudad –que no era ni la más grande ni la más bonita de España– para ser la capital.

Nada, ni siquiera el paseíllo más rutilante saliendo a la arena de la plaza de toros, se podía comparar con el solemne cortejo que iba desde palacio hasta la nave central de San Gil. Cierto que los madrileños de la calle no pudieron ver el bautizo, pues la iglesia estaba abarrotada por los miembros de las más nobles familias de España, algunos de los cuales habían venido desde lugares distantes del reino. Pero después de la ceremonia, salieron a la calle como un torrente, como un torrente de la sangre más azul.

Alguien tuvo la ocurrencia de decir: «Los grandes están a maravedí la docena».

Cuando nació la primera infanta, catorce meses antes, la corte se hallaba en Valsaín y allí fue bautizada, en la capilla del castillo. La llamaron Isabel Clara Eugenia. Con esta segunda hija se hicieron las cosas a lo grande. Hubo muchas elucubraciones tratando de adivinar qué nombre le pondrían. ¿María? ¿Manuela? La misma gente del pueblo lo discutía apasionadamente.

—Eso es ridículo, su madre es francesa y la opinión de la madre siempre tiene mucha fuerza. Le pondrán un nombre francés.

—El ridículo sois vos. ¿No se llama la primera infanta como su madre? ¡No van a ponerle el mismo nombre a las dos!

—¿Quién ha dicho eso, cabeza de chorlito? La primera infanta se llama Isabel no por su madre, sino por Isabel la Grande, Isabel de España.

—¿Estáis haciendo de menos a la reina, despreciable cucaracha? Ya os voy a enseñar…

Tuvo que acudir un guardia con todo su empaque de coraza reluciente a separar a los dos airados ciudadanos.

Por el pasillo central avanzaba una doble fila de oficiales de la casa real y de la guardia de corps. Detrás iban cuatro arqueros, cuatro heraldos y los maestros de

ceremonia de la reina y de la infanta Juana. Después otros cuatro heraldos con dalmáticas ricamente bordadas. Seguían los duques de Gandía y de Nájera, el Prior don Antonio de Toledo, el marqués de Aguilar, el conde de Alba de Lista, el conde de Chinchón, don Francisco Enríquez de Rivera y los mayordomos reales.

A continuación iban seis Grandes: el duque de Arcos, jefe de la casa de Ponce de León, llevando el capillo, la caperuza blanca; el duque de Medina de Río Seco, con las cintas de raso; el duque de Sesa, con la manteleta de muselina; el duque de Béjar con el salero de plata; el duque de Osuna con el jarro de agua, la jofaina y la toalluela; y por último el conde de Benavente con la fuente bautismal.

Entre los ocupantes de los apretados bancos hubo un intercambio de miradas significativas cuando vieron a don Juan de Austria que, detrás de todos ellos, resplandeciente con su traje de tisú de plata y un manto carmesí ribeteado de piel, llevaba en sus brazos a la real niña envuelta en una capita de terciopelo carmesí adornada con un galón dorado de canutillo.

Aquello lo tendría que haber hecho el príncipe Carlos. ¿Sería que don Carlos estaba otra vez enfermo? Los enterados susurraban que gozaba de buena salud, pero que el Rey le había prohibido asistir porque temía que cometiese otro escándalo, sobre todo cuando viera al arzobispo Espinosa; de todo el mundo era conocido que don Carlos odiaba a Espinosa por no se sabía qué misterioso motivo.

A la derecha de don Juan iba el Nuncio Juan Bautista Castagna; a su izquierda, el embajador del Emperador. Tras él, los embajadores de Francia y de Portugal. A continuación el padrino, el Archiduque Rodolfo de Austria, y la madrina, la infanta Juana, princesa de Brasil. Hacía trece años que Juan había trepado a la tapia del convento franciscano de Valladolid, para ver el cortejo del príncipe Felipe que regresaba de haberla visitado antes de partir para Inglaterra…

Seguían los maestros de ceremonias, don Juan Manrique de Lara y el conde de Lemas; después, las maestras de ceremonias, doña Isabel de Quiñones, doña María Chacón, la dueña doña Isabel de Castilla y las dueñas honorarias de la reina y de la infanta, las damas de compañía y los pajes.

También estaban presentes los distintos consejeros de Estado, entre ellos don Luis Quijada, que era jefe del Consejo de Indias.

Reluciendo bajo un enorme dosel, esperaba la antigua pila bautismal de plata, en la cual Santo Domingo había sido bautizado casi cuatrocientos años antes.

El órgano llenaba con sus notas la iglesia.

Avanzando despacio, con la criaturita en los brazos, Juan miraba hacia el lugar reservado a los Éboli y a los Mendoza, vio a la princesa de Éboli, magnífica en su vestido de brocado de oro. No vio a María.

Aquella tarde se celebró el banquete en las habitaciones de la madrina, la infanta Juana, pero no resultó demasiado bien. Quizá se debió a la presencia de don Carlos, que se empeñó en estropear el buen humor de todos adoptando una actitud de adusto

silencio. Solo lo interrumpió de vez en cuando con un bostezo.

Los invitados más jóvenes estaban retraídos, sin saber cómo comportarse.

De manera brusca, el príncipe se levantó y se dirigió a la infanta. Estaba claro que se iba a despedir y ella se dio perfectamente cuenta de lo que pretendía. Motivo de general comentario en palacio eran sus escapadas nocturnas a los barrios más dudosos de la ciudad, armado, disfrazado y en compañía de aquel horrible barbero y de algunos lacayos.

Antes de que llegara hasta donde estaba la infanta, esta dio unas palmadas para llamar la atención y sugirió que se jugara a la «encamisada».

Carlos sonrió despectivamente.

—No me puedo entretener con esa clase de chiquilladas tontas –dijo–. Os ruego que me excuséis…

—¡Oh! ¡Qué lástima! –dijo la infanta disimulando su indignación lo mejor que pudo–. Esperaba que fuerais el cabecilla de la fiesta, Carlos querido.

—Es fácil encontrar otro cabecilla para eso –replicó el príncipe fríamente–. Cualquiera puede servir. Os doy las gracias por esta deliciosa velada.

Su tono desmentía a sus palabras tan evidentemente que la pobre infanta estuvo a punto de echarse a llorar. Pocas personas se acababan de acostumbrar a los modales del príncipe. Salió cojeando sin dignarse corresponder a los saludos de respeto que le hacían.

Pero llevaba razón: casi antes de que el príncipe hubiera abandonado la habitación ya se había elegido un cabecilla para el juego. La infanta Juana no tuvo que intervenir para nada. Treinta, cuarenta jóvenes se agruparon en torno a don Juan.

En un primer momento, parecía que a él no le gustaba la idea, pero de repente se puso en pie.

—De acuerdo, seré el cabecilla.

Inmediatamente le aclamaron; lo habían visto muy poco en los últimos tiempos, creían haberlo perdido y así lo estaban comentando mientras se vestían con extraños atuendos según la antigua costumbre: fantásticos turbantes improvisados con chales y pañolones de todas clases, boinas adornadas con largas plumas o cintas flotantes. Más cintas con los colores de «sus» damas fueron sujetas en el brazo derecho; y llegaron, divertidos, los sirvientes con las antorchas encendidas.

Juan eligió un caballo negro, como siempre. Montó en él y un chaval de los establos le puso una antorcha en la mano.

Llevaba atadas al brazo derecho unas cintas verdes y rojas. Los colores de María.

—¡Vamos! ¡Seguidme! –gritó.

La cabalgada salió a escape con las capas flotando al viento y las antorchas esparciendo una cascada de chispas. En la puerta se les unió una docena de trompetas y tambores.

Recorrían las calles y las plazas de la ciudad y, por dondequiera que pasaban, los

madrileños aclamaban, jaleaban y aplaudían. A todo el mundo le gustaba una encamisada.

Todos los jóvenes nobles que se encontraban se sumaban a la comitiva.

Pasaron por la plaza de Santiago, donde don Luis y doña Magdalena salieron al balcón de su casa para saludarlos; de ahí se dirigieron al palacio real, donde agitaron las antorchas en saludo respetuoso al Rey. Muchas ventanas se encendían y muchos brazos se agitaban cuando hacían alardes ecuestres y danzaban con los caballos. Después, agitando las antorchas por última vez, partieron de allí, siguiendo a su cabecilla, hacia el palacio de los Éboli. Se detuvieron en la plaza.

—¿Qué pasa aquí? –preguntó el joven Soto–. ¿Se han ido a la cama tan temprano?

Todas las ventanas del palacio estaban cerradas y en ninguna había luz. Aquello era un poco extraño.

—No os preocupéis –dijo Juan–, los despertaremos. ¡Vamos! ¡Música!

Redoblaron los tambores y sonaron las trompetas; volvió a empezar la danza ecuestre, poética representación de la secular lucha contra los sarracenos y moros. También la música estaba inspirada en el mundo árabe oriental, subiendo y bajando en cadencias fantásticas, triunfante y triste a la vez.

Pero las ventanas permanecían apagadas. Nadie aparecía en los balcones.

—Esto es muy extraño –insistió el joven Soto airadamente.

Juan ordenó que se lanzaran vivas a la casa de Éboli, al príncipe y a la princesa, a todas las damas de la casa. Alrededor ya se habían iluminado todas las ventanas, pero el palacio permaneció totalmente a oscuras.

—Ahí tiene que haber alguien enfermo –aventuró el conde de Rojas–. Enfermo o moribundo o muerto… porque de lo contrario esto es intolerable –y siguió haciendo piruetas con el caballo.

Enfermo. Muriendo. Muerto. La casa tenía aspecto de peligrosa y amenazadora. Ella no estaba allí, no podía estar. No podía estar en una casa que tenía aquel aspecto.

Juan miraba fijamente. De pronto, vio una mano que se apoyaba en su silla de montar, delante de él; una mano poderosa y velluda. Instintivamente tiró de las riendas. El caballo se encabritó y la mano soltó su presa.

Entonces Juan vio al hombre misterioso; era un negro corpulento a quien le resaltaba el blanco de los ojos a la luz de la antorcha. Pero, al fijarse mejor, vio que no era un negro, sino alguien que llevaba una máscara negra. El enmascarado le estaba ofreciendo algo con el brazo alargado, no era un arma, pero bien podía llevar una daga en la otra mano.

Juan desenvainó la espada y acercó el caballo de modo que le apoyó la punta de la espada en el pecho.

—Es un mensaje para vos, Excelencia –dijo el hombre temblando de pies a cabeza.

Juan asió la antorcha con la misma mano de la espada y tomó el mensaje, que era una

nota simplemente doblada; al instante, el hombre dio media vuelta y, sorteando hábilmente a los grupos de jinetes que evolucionaban por allí, desapareció atravesando la plaza.

La nota no estaba sellada, de manera que Juan pudo abrirla fácilmente con la misma mano que la sostenía. A la luz de la antorcha vio dos líneas escritas a mano con letra vacilante. Leyó y la plaza, los jinetes y todo lo que tenía alrededor empezó a darle vueltas como un torbellino. En su mano, el papel temblaba visiblemente.

—Supongo que no será una disculpa –comentó el conde de Rojas, que había vuelto a acercársele–. ¿Hay alguien enfermo, Excelencia?

Juan lo miraba fijamente, pero sin verlo.

—Vamos a la Plaza de la Armería –sugirió Rojas.

Antes de que Juan pudiera decir nada, la idea fue recogida por un montón de voces.

—¡A la Plaza de la Armería!

La cabalgata se agrupó alrededor de su cabecilla y lo arrastró consigo. Juan no opuso ninguna resistencia. Aún no era dueño de sus pensamientos, pero ese extraño y misterioso mecanismo, que toma el mando cuando la lucidez abandona a un hombre, siguió la corriente.

En la Plaza de la Armería iba a tener lugar el fin apoteósico de la encamisada. Todas las ventanas estaban iluminadas y había cientos de personas que aclamaban, aplaudían y gritaban hasta enronquecer.

Como traída en alas silenciosas y suaves, la conciencia de lo que ocurría a su alrededor iba volviendo. Ya se encontraba mejor… pero deseaba que acabara aquella especie de locura que daba vueltas en círculo, agitando antorchas, para un lado, para otro; todos los demonios del infierno desencadenados, gritando con entusiasmo… Era el infierno a caballo que se estremeció vertiginosamente, y del cual no podía huir, porque no tenía a mano una explicación satisfactoria.

Por fin, las cuadrillas acabaron sus evoluciones.

—¡Aquí nos dispersamos! –ordenó Juan a sus compañeros.

Les dio las gracias por su colaboración. Ellos expresaron el deseo de acompañarle hasta casa, pero él negó con la cabeza.

—Perdonadme, compañeros, pero deseo estar solo un rato.

Ellos se retiraron gastando bromas. Había en Madrid mujeres muy hermosas y la noche era joven, pensaron algunos; otros se dijeron que su jefe era un poeta y sentía la necesidad de estar solo quizá para componer un poema inspirado en la fiesta que acababan de celebrar. Cosas como esa ocurrían con frecuencia. No había ni una sola persona, por muy simple y tosca que fuese, que no hubiera tenido sentimientos semejantes alguna vez.

Se marcharon todos y las luces de las ventanas fueron apagándose y el ruido cesó poco a poco.

Juan dio media vuelta con el caballo y volvió al palacio de los Éboli. Desmontó ante la puerta y llamó. Como no obtuvo respuesta, volvió a llamar con violencia.

Al cabo de un momento, la pesada puerta se abrió y el viejo Márquez apareció. Lo lamentaba mucho, pero el príncipe y la princesa estaban fuera.

Hacía mucho tiempo que lo conocía. Era el servidor más anciano de los Éboli.

—Deseo hablar con doña María de Mendoza –dijo Juan con la voz ronca.

—Doña María no está aquí –dijo Márquez.

—Quiero hablar con ella en el acto –insistió Juan, levantando la voz.

—Doña María no está aquí –repitió Márquez.

La entrada no estaba muy iluminada, pero Juan pudo ver que el hombre estaba sudando.

—Estás mintiendo –le dijo–. Sé que está aquí. Tengo un mensaje de ella.

Juan hizo ademán de entrar. El viejo Márquez se le puso delante. La mano de Juan se dirigió al pomo de su espada.

Márquez se santiguó, pero no se movió.

Juan apartó la mano.

—¿Cómo está ella, Márquez? –le preguntó en un susurro.

El anciano miró por encima de su hombro.

—Doña María no está aquí –dijo por tercera vez.

Juan asintió con la cabeza. Sus ojos le quemaban.

—Perdóname, Márquez –dijo–. Eres un fiel criado. Que Dios te bendiga.

Dio la vuelta, fue hacia el caballo y, montando, se marchó sin mirar atrás.

—¡Desde luego que no podíais hacer otra cosa! –dijo doña Magdalena enérgicamente–. Excepto que deberíais haber venido derecho a verme, en vez de intentar un asalto en solitario al palacio de Éboli. ¡Ya sé, ya sé! No vayáis a decirme que teníais que ir allí.

—Mañana volveré –afirmó Juan–. Y entonces no consentiré que nadie me detenga…

—Lo que tenéis que hacer es dejar de comportaros como un niño pequeño –le regañó ella–. En vez de eso, será mejor que bajéis la voz para que don Luis no se despierte. No hay ninguna necesidad. Ahora quedaos un momento tranquilo y dejadme que piense.

—En mi vida me he sentido tan desgraciado –murmuró él ocultando su rostro entre las manos–. Dios mío, no sabía que se podía sufrir tanto. Cuando pienso…

—Ya tendréis mucho tiempo para pensar en ello… toda una vida –le cortó ella bruscamente–. Ahora soy yo quien debe pensar.

Le bastaron unos minutos.

—Quedaos aquí –le dijo–. No os mováis de esta habitación. Volveré dentro de un par de horas.

—Pero Tía… –protestó Juan poniéndose en pie torpemente–. He venido a veros en busca de consejo… bien sabe Dios que lo necesitaba… pero no quería que os mezcléis en eso. Seguramente yo mismo podré hacer lo que sea.

—Querido niño, algún día seréis temible para los enemigos del Rey, pero no sois temible para la princesa de Éboli. Esto es asunto de mujeres. Sentaos y esperadme.

—Estoy completamente avergonzado…

—Así tenéis que estar.

Pasó por delante de él y cerró la puerta tras de sí. En la antecámara, un criado medio dormido se puso en pie.

—Ve a despertar a Juan Galarza –le ordenó–. Quiero que venga con una escolta. Y prepárame la litera en el acto. Cuando yo me vaya, puedes acostarte. ¡Vamos, adelante!

Se dirigió a su vestidor y se cambió a toda prisa. Se clavó en el pelo una peineta. Cuando volvió a la antecámara, ya estaba allí Galarza esperando, con la armadura y las armas.

Le hizo una ligera seña con la cabeza y salieron. Fuera, la litera estaba preparada.

Al cuarto de hora, Galarza ya estaba llamando con su mano enguantada a la puerta del palacio de Éboli.

Doña Magdalena permanecía en la litera.

Fue Márquez quien abrió.

Galarza le dijo secamente:

—Anúnciale a Su Alteza: Su Excelencia doña Magdalena Ulloa de Quijada… por orden del Rey.

Márquez, que apenas había abierto la boca, la volvió a cerrar. Pareció vacilar.

—¿Qué estás esperando, hombre? –bramó Galarza–. ¿Es que acaso quieres poner dificultades al servicio del Rey?

Márquez salió volando. Galarza sujetó la puerta con el pie, se volvió e hizo una seña con la cabeza.

Doña Magdalena descendió de la litera y entró. El enorme vestíbulo estaba vacío. Al cabo de unos momento oyó pasos precipitados.

La princesa apareció, impecable como siempre, con una sencilla bata de casa y seguida de dos dueñas.

Las dos damas se saludaron con una inclinación y murmuraron las palabras corteses de costumbre.

—Este Márquez ha sido un torpe, que no os ha introducido inmediatamente en el saloncito amarillo –dijo la primera, mostrándole el camino a su visitante–. Ha debido perder por completo la cabeza. Os pido humildemente perdón por esta falta que es una ofensa.

—En absoluto, Alteza. Hasta el mejor de los criados no puede estar preparado para recibir una visita a esta hora tan insólita.

Entraron en el saloncito amarillo y esperaron a que las dueñas encendiesen unos candelabros. Doña Magdalena aceptó una silla, pero no se sentó hasta que la princesa lo hubo hecho. Con una leve seña de los dedos, el ama de la casa despidió a las dueñas.

Después de una pausa, la princesa dijo:

—Esta casa está al servicio del Rey en todo momento, Excelencia.

—No me hubiera permitido dudarlo ni un instante –en la voz de doña Magdalena había una sombra de sequedad–. Y esto me anima a romper la etiqueta por segunda vez esta noche para ir directamente al grano de mi visita. Os ruego que me permitáis ver a doña María de Mendoza.

Ana levantó las cejas.

—¿Decís que es en servicio del Rey? –preguntó.

—La Majestad del Rey –afirmó doña Magdalena con todo aplomo– es servida a veces mejor cuando no se le informa de lo que se hace por ella.

—En otras palabras, el Rey no sabe que habéis venido aquí –dijo Ana con los dientes apretados.

—Aún no –fue la réplica–. Y quizá nunca lo llegue a saber.

Al cabo de un momento, la princesa dijo:

—Mi sobrina está enferma.

—Naturalmente –repuso doña Magdalena suavemente.

Ana la miró frunciendo las cejas. ¿Qué era lo que buscaba la Quijada, o qué sabía? Tenía que saber; igual que don Juan. Ese era el motivo por el que un par de horas antes había intentado entrar. ¿Cómo habrían llegado a saberlo? Seguramente la chica se las habría arreglado para enviarles un recado. Toda mujer es astuta y esas criaturas que parece que no han roto un plato en su vida son a veces las peores.

¡Cuántos esfuerzos para tenerla oculta todos estos meses!, reteniéndola en Madrid a pesar de todos los inconvenientes, en lugar de haberla enviado a Pastrana o a cualquier otra finca de cualquier familiar en donde parientes, amigos y criados habrían guardado silencio. Pero la muy tonta ha debido de enviar alguna nota a su enamorado. ¿A quién habría convencido para que la llevara?… ¿A Pilar? ¿Al médico? ¿A alguna de las dos damas de compañía?

—Estoy convencida –dijo doña Magdalena– de que Vuestra Alteza no desea hacer nada que desagrade al Rey.

¡Qué mujer más insolente! Entra en mi casa con el pretexto de que está enviada por el Rey… de que es en servicio del Rey, lo cual es lo mismo… y después me amenaza con el desagrado del Rey, cuando Ruy es el hombre de confianza de Felipe.

—El Rey todavía no ha hablado –dijo Ana haciendo un esfuerzo por controlarse.

Doña Magdalena hizo un leve gesto de asombro.

—Vuestra Alteza me permitirá que la contradiga. Su Majestad se ha opuesto expresamente al deseo de un alto personaje de contraer matrimonio. Pero quizá Vuestra Alteza no está enterada de ello.

—Quizá no estoy enterada –replicó Ana suavemente.

Su cerebro trabajaba desesperadamente. Esta mujer es peligrosa. La enemistad de Quijada no era deseable para nadie, ni siquiera para Ruy. Además, Ruy estaba disgustado por lo que había ocurrido. Habían tenido ya un par de escenas muy desagradables y ahora parecía que llevaba toda la razón. ¿Pero quién habría podido pensar que aquella niña tonta se iba a poner en contacto con el mundo exterior? Ruy lo había advertido: «Vos pensáis que siempre hacéis lo acertado, lo más acertado, Ana, simplemente porque vos lo hacéis». No se iba a dar por vencida tan fácilmente.

—Ha sido un hermoso espectáculo el de esta tarde en San Gil –comentó con una sonrisa encantadora–. Don Juan llevando en los brazos a su sobrina para el bautizo. Tenía una magnífica estampa de padrino. Un espectáculo inolvidable.

Doña Magdalena asintió.

—Con toda seguridad. Siempre es correr un gran riesgo olvidar a Dios en las relaciones humanas.

—Sin duda, sin duda –siguió sonriendo Ana–. Pero una vez que se ha aceptado ese riesgo, nadie puede evitar sus consecuencias, ni siquiera un alto personaje.

—Pero lo que sí puede evitarse –replicó doña Magdalena muy seria– es seguir corriendo riesgos mayores. Un simple mortal no puede forzar la mano de Dios. Y se expone a correr un grave peligro si intenta forzar la mano del Rey.

Ana ya no pudo seguir aguantándose. Se puso en pie de un salto. Cruzó la habitación y se detuvo ante un cuadro de San Juan en Patmos, como si estuviera rezando.

Lo ha adivinado todo –se decía para sus adentros–. Ha adivinado incluso más que el mismo Ruy. El plan tan bien pensado… si es que se le podía llamar plan… el lazo, la trampa, la emboscada que todavía no se había realizado… porque había que hacerlo en el momento oportuno, en un momento de debilidad del Rey, cuando se hubiese tenido que ocultar un escándalo a toda costa… y aun entonces podría no haber tenido éxito, siendo Felipe como era. Pero ahora que los Quijada lo conocían, ya no era posible ponerlo en práctica. Le habría gustado ponerse a gritar, pero se hizo violencia y, volviéndose hacia su visitante, sonrió.

—¿Qué es lo que Vuestra Excelencia piensa hacer?

—Ver a doña María de Mendoza.

—¿Y después?

Doña Magdalena se lo dijo.

—¿Y si doña María no está de acuerdo? –preguntó Ana con la voz muy tranquila–. Después de todo, la decisión la ha de tomar ella…

—Sí –respondió doña Magdalena en tono seco–. Ella tiene que decidir. ¿Puedo verla ahora?

De pronto la princesa abandonó toda resistencia.

—¡Oh, bien! –dijo casi sin fuerzas–. Como queráis.

Galarza llevaba esperando casi dos horas cuando doña Magdalena regresó. En sus brazos llevaba un paquete envuelto en una tela oscura; hizo un gesto negativo con la cabeza cuando Galarza se ofreció a tomarlo. Subió a la litera con gran cuidado.

Al parecer, la señora había conseguido lo que se proponía; Galarza no disimuló su contento.

—A casa –ordenó doña Magdalena con voz cansada.

Cuando por fin entró en la habitación donde don Juan estaba esperando, iba pálida y los ojos le brillaban de manera que parecían extraordinariamente grandes.

Él dio un salto en el asiento.

—Tía…

—He luchado contra un demonio y contra un ángel –dijo ella–. Pero los he vencido a los dos.

Se dejó caer en la silla que tenía más cerca y empezó a quitarse el velo.

Él no estaba en condiciones de resolver un enigma.

—¿La habéis visto?

—Desde luego que la he visto.

—¿Cómo está? –preguntó–. ¿Está muy enferma? ¿Es grave? ¿Qué…?

—Sí, está enferma. No creo que sea grave, pero tardará en reponerse del todo.

—Tengo que verla. Tengo…

—Por supuesto que no la veréis. Quitaos eso de la cabeza en el acto. Ya ha sido más que suficientemente duro para ella como para añadir eso.

—Pero…

—De todas maneras ella no quiere veros –cortó doña Magdalena tajante–. Es mucho más prudente y más buena que vos.

—Eso lo sé de siempre –dijo él humildemente–. Pero os lo ruego, Tía, contadme algo más. Decidme todo lo que sepáis.

—Estaba débil, naturalmente –dijo doña Magdalena–. Está pálida, delgada, arrepentida y orgullosa a la vez. No me gusta su familia, nunca me ha gustado, y de todos ellos quien menos me gusta es la princesa. Pero doña María… por lo menos habéis tenido buen gusto. Y no porque sea bella. Ahora no lo es tanto, pero volverá a serlo. Es una gran señora y una verdadera española. Me ha encargado que os diga que no debéis intentar volver a verla.

—¿Pero por qué, Tía…?

—Porque os ama.

Él se pasó una mano temblorosa por la frente.

—No lo entiendo –murmuró.

Doña Magdalena dijo con tono severo:

—Si sois digno hijo de vuestro padre, lo tendréis que entender.

—He hecho lo mismo que hizo él –dijo Juan con una voz opaca–. No tengo ningún derecho… –su voz se fue apagando.

—Derecho –repitió ella–. A todos nos gusta hablar de nuestros derechos. ¿Pero estamos dispuestos a conceder a los demás sus derechos? ¿A quién debéis vuestro rango y vuestro bienestar? ¿Quién os reconoció como hermano ante el mundo entero? ¿Quién tiene derecho, después de Dios, a vuestra lealtad?

Juan agachó la cabeza.

—Sé bien todo lo que le debo al Rey.

—Pues yo no estoy tan segura de que lo sepáis –le regañó ella–. Si fuese así, le obedeceríais. La realeza y la nobleza tienen muchos privilegios, pero esos privilegios serían odiosos y absurdos si no se merecieran de algún modo. Si olvidamos nuestros deberes, hasta los más pobres mendigos tendrían derecho a escupirnos a nuestro paso por la calle. No somos propietarios de nada de lo que somos o tenemos. Somos administradores de Dios y administradores del Rey. Creo que os hemos enseñado esto en Villagarcía, tanto don Luis como yo.

Pasó un momento. Y entonces él dijo:

—Sé que no os puedo contradecir, pero a pesar de eso daría mi brazo derecho por poder ver a María.

—No tenéis derecho a disponer de vuestro brazo derecho –dijo doña Magdalena con severidad–. Pertenece al Rey.

—Seguís teniendo razón –le replicó él mirándola. El dolor le había puesto ojeras bajo los ojos y arrugas en la comisura de los labios–. Hay otra cosa que quería preguntaros… cómo está… la habéis visto…

—¿Estáis preguntando por vuestra hija? –esta pregunta de doña Magdalena era más bien de afirmación–. Está aquí.

—¿Que está…? ¿Cómo decís?

—Está aquí. Está bien. Inés y Luisa la están cuidando mientras preparamos el cuarto de los niños… en mi vestidor –a pesar de su agotamiento, doña Magdalena sonrió–. Hace tres días que ha nacido y la bautizaron inmediatamente: Ana Juana. Creo que la llamaré sencillamente Juana.

—¿María… os la entregó? –preguntó él incrédulo.

—Sí… cuando se enteró de que yo había ido de vuestra parte. Tiene absoluta confianza en vos, la pobre muchacha. Me llevaré conmigo a la criatura a Villagarcía y la educaré como antes eduqué a su padre. ¿Tenéis confianza en mí, Juan?

Él no pudo articular palabra.

—Es extraño –prosiguió ella como hablando en sueños–. Parece que fue ayer cuando me llevaron un muchacho a Villagarcía…

Juan se arrodilló ante ella como lo hacía delante de un altar.

—Sois una santa, Tía –dijo sollozando.

—Eso es una estupidez sin sentido –protestó ella–. No soy más que una mujer con sentido práctico. Lo cual quiere decir que tengo ideas claras acerca de lo que tiene importancia y lo que no la tiene. Y lo que tiene importancia, en lo que a vos respecta, es que ahora cumpláis con vuestro deber –le acarició suavemente el cabello–, tendríais que ir a El Abrojo –le dijo hablando bajito–. Mi deber es facilitaros el camino en esta vida. Pero de poco os serviría, si no ponéis en orden vuestras cosas con Dios. Si hacéis caso a lo que os digo, deberíais permanecer en El Abrojo al menos un mes.

—El Abrojo –repitió él–. Hacía mucho tiempo que no oía esa palabra. Es un convento… Está cerca de Valladolid.

—Así es. Es un convento de franciscanos. Iréis a ver al Padre Juan de Calahorra. A mí me parece que es un santo. Y lo creáis o no, yo sé que lo necesitáis. Ahora será mejor que os vayáis a casa y durmáis un poco. Pronto amanecerá. Y no os preocupéis. Educaré bien a la pequeña Juana… por vos, por María y por Dios.

* * *

Cuando Juan llegó a casa, un somnoliento criado le dijo que un ayuda de campo había llevado una carta para él.

—La he puesto sobre la mesa de despacho de Vuestra Excelencia.

¿Más noticias de María? Era difícil que hubiera tenido tiempo de enviarle un criado, pero nada era imposible. Salió disparado hacia su despacho. Allí estaba la carta. Reconoció el sello y empalideció. Era el sello del Rey. Rompió el sello y leyó. Era una orden escueta de que se presentara en la pequeña sala del Consejo a las diez de la mañana.

Una audiencia. Todo había acabado… una audiencia. ¿Pero… sería así? Tal vez la princesa de Éboli se había comunicado con el Rey. O quizá se lo había dicho a ese Pérez. Si fuera así, tal audiencia podía significar cualquier cosa… cualquier cosa. Por ejemplo, el exilio. O un convento… y no precisamente para hacer un retiro espiritual de un mes, sino para el resto de su vida.

Apretó los dientes. Aquello podría ser la respuesta de Dios. Un mes no era suficiente. Solo una vida entera podía expiar lo que había hecho.

El ayuda de cámara acudió para ayudarle a desvestirse. Juan rechazó sus servicios. No estaba en condiciones de irse a la cama. Prefería sentarse y pensar hasta que amaneciera. O mejor aún: ponerse de rodillas y rezar.

* * *

El Secretario de Estado Antonio Pérez le dedicó una brillante y generosa sonrisa, cuando atravesó su despacho, y él correspondió a ella. No pudo por menos de preguntarse si sería aquella la última sonrisa que recibiría en la corte.

Al momento, un ayudante anunció su título y su nombre y le precedió hacia la pequeña sala del Consejo.

El Rey, pálido y vestido de negro como de costumbre, estaba sentado detrás de su mesa, escribiendo. Levantó la vista un momento y dijo en voz muy baja:

—Tened paciencia unos minutos, mientras firmo estos documentos.

Juan se inclinó profundamente y permaneció en posición de firmes.

El tono de Felipe había sido bastante afable, pero eso no significaba nada, pues tenía a orgullo que nadie pudiera adivinar por su tono o por su expresión cuáles eran sus pensamientos ni sus sentimientos.

Algunos en la corte intentaban imitar esa real impavidez… otros se hallaban siempre con el alma en vilo: «La sonrisa del Rey es prima hermana de una estocada».

En la habitación lo único que se oía era el rascar de la pluma del Rey.

¡Mira que si aquel documento que estaba firmando se refería a él y a… María! Este pensamiento le produjo como un pellizco dentro del pecho. ¿Y si metían a María en un convento? Había sido una tontería por su parte pensar que la princesa de Éboli se hubiera puesto en comunicación con el Rey o con Pérez… Existían otras posibilidades más

verosímiles: el Rey tenía espías entre la servidumbre de Ruy Gómez y, a través de informes fríos y descarnados, se había ido enterando de todo lo que ocurría en el palacio de los Éboli. Esta sola suposición era más que suficiente para salir corriendo y escaparse por la ventana…

El Rey dejó de escribir, soltó la pluma y sonó una campanilla. Por el rabillo del ojo, Juan vio que el hombre que acudió no era un oficial, sino un simple lacayo.

—Arena –dijo el Rey lacónicamente.

El lacayo tomó un pequeño recipiente y espolvoreó cuidadosamente el documento. Después se marchó.

—Esto –dijo Felipe golpeando suavemente con un dedo largo y fino el documento– os concierne de modo directo.

Ya estaba. Juan permaneció inmóvil, en su determinación de mostrarle al Rey un rostro tan impasible como el suyo.

—Os nombra Comandante de mi flota en el Mediterráneo –dijo el Rey con amabilidad–. Vuestro rango oficial será el de Capitán General de los Mares. He hecho regresar a mi embajador en Roma, don Luis de Requeséns y Zúñiga, Gran Comendador de Castilla. Él será el vicealmirante de la flota. Su cerebro y su gran experiencia os serán de gran ayuda. Vuestros dos secretarios personales serán Juan de Quiroga y Antonio de Prado. Ambos son personas con grandes dotes, en especial Prado.

Juan sintió como si una mano gigantesca lo hubiera tomado y lo hubiera puesto en la cima de una montaña.

—Sois todavía muy joven para ocupar un puesto de tanta importancia –prosiguió Felipe–. Hemos procurado que vuestros subordinados no ostenten, en otros aspectos, dignidades mayores que la vuestra. Por consiguiente, os concedemos las insignias de la Orden del Toisón de Oro.

De nuevo Juan se sintió transportado por los aires hasta un lugar en el que solamente los reyes podían respirar.

—Os escribiré por extenso acerca de diversos temas concernientes a vuestro nombramiento –continuó el Rey–. Por el momento os diré solo unas palabras sobre algunos puntos más importantes. Cumpliréis con todos los deberes de un buen cristiano y vuestra vida y costumbres serán un ejemplo para todos vuestros subordinados. Seréis piadoso no solo privadamente, sino también en lo externo. Desconfiaréis de toda adulación. Debéis adquirir fama de ser amante de la verdad y detestar la mentira. Evitaréis los juramentos y las blasfemias y no los toleraréis entre vuestros oficiales y soldados…

Durante casi una hora se estuvo oyendo el sonido monótono de la voz del Rey. Al nuevo comandante de la flota del Mediterráneo se le fueron exponiendo todas las virtudes, una tras otra: moderación y templanza, justicia y decencia, calma y dignidad, sencillez en el atuendo, y todas las advertencias convenientes contra los vicios en general y, en especial, los de quienes han de pasar largos períodos de tiempo en alta mar.

—Vuestro nombramiento tiene efectos desde hoy mismo –concluyó Felipe–. Y es mi deseo que empecéis a trabajar inmediatamente. Vuestros secretarios se pondrán a vuestro servicio en cuanto regreséis a vuestras habitaciones aquí en palacio. Vuestro Estado Mayor está esperándoos en Cartagena, donde inspeccionaréis la flota, el arsenal y el puerto en cuanto lleguéis. Espero que me informéis personalmente en el plazo de dos meses.

* * *

Aquel día don Luis Quijada volvió temprano a casa. Se sentía tan feliz que, sin hacerse anunciar, fue derecho en busca de su esposa a sus habitaciones.

Ella no se encontraba en su salita, desde luego, sino en su dormitorio descansando la siesta. Él se dirigió allá porque sabía que a ella le gustaría recibir cuanto antes una noticia tan buena.

Pero en el dormitorio tampoco estaba. Allí solo vio a la buena y gorda Luisa que estaba echándoles agua a las macetas.

—¿Dónde está mi esposa? –preguntó.

Luisa se puso colorada como un tomate y empezó a tartamudear incoherentemente.

Se abrió la puerta del vestidor y apareció doña Magdalena.

—¿Tan pronto de vuelta, querido? –preguntó–. No sabía que ya estabais aquí. Dejad eso, Luisa, y regresad a… al vestidor.

La gruesa mujer salió y doña Magdalena cerró la puerta tras ella.

—Tengo una noticia estupenda –empezó diciendo don Luis; y le contó el nombramiento de Juan, que ya conocía toda la corte–. Tiene que tomar el mando inmediatamente. He tenido el tiempo justo para desearle buena suerte, y él me ha dicho que os transmita todo su cariño «en todo lo que vale», me puntualizó. Su primer cargo importante, querida, ¡y qué nombramiento! –don Luis estaba radiante–. Parecerá absurdo, pero me siento tan orgulloso de él como si fuera su padre.

—Hubo un tiempo en que yo creía que lo erais –comentó doña Magdalena sonriendo–. Es maravilloso. Y además oportunísimo. El Rey no podía haberlo hecho mejor.

—¿Qué queréis decir con eso de que ha sido oportunísimo? –preguntó don Luis–. La verdad es que la espera ha sido un poco larga, pero a su edad…

Desde el vestidor de doña Magdalena llegó un débil vagido y él volvió la cabeza asombrado.

—¿Qué demonios es eso?

—Se trata solo de una niña muy pequeñita –dijo doña Magdalena y, poniéndole la mano en el brazo, añadió en un tono solemne–: En nombre de mi amor por vos y del vuestro por mí, os ruego que me permitáis cuidar de ella maternalmente. Es hija de una de mis mejores amigas cuyo nombre no estoy autorizada a revelar…

—¿De qué estáis hablando? –exclamó don Luis con los ojos abiertos como platos.

—… pero su nobleza y buen nombre están fuera de cuestión –añadió ella sin dejar de sonreír–. La niña tiene que recibir la educación correspondiente a la hija de un caballero.

—¡Por todos los santos! Eso os lo escribí yo en una ocasión –exclamó él completamente obnubilado–. ¿Pero qué… quién…?

De nuevo se oyó el tenue vagido.

Los labios de doña Magdalena temblaron con un gesto divertido.

—¿Es que yo entonces os hice preguntas?

—Una criatura… –dijo él–. Una niña. La hija de… ¡Dios de mi alma!

—¿Seríais tan bueno que le pidierais al Rey permiso para que yo regresara a Villagarcía? –le preguntó doña Magdalena con voz ingenua–. Es preciso que alguien cuide de aquello.

LIBRO TERCERO
AÑOS 1567-1570

—¿Habéis terminado? –preguntó el príncipe Carlos.

—Completamente, Alteza –dijo el pequeño y grueso ingeniero francés–. Si Vuestra Alteza se digna mirar… la puerta tiene un blindaje tan grueso que no la puede atravesar ni el disparo de un mosquetón. Y un disparo de pistola ni siquiera dejará señal.

—Bien. Esperemos que sea verdad.

El ingeniero Foix levantó la mano.

—Os lo garantizo, Alteza. Os lo juro. Pero eso no es más que una pequeña parte del secreto de la puerta. Le he puesto unos resortes –que son de mi invención, si puedo permitirme decirlo– que se controlan por medio de este cordón rojo. Observe Vuestra Alteza cómo pasa por debajo de la alfombra y sale por el otro extremo, junto a la cama de Vuestra Alteza. Si Vuestra Alteza tira del cordón, de esta manera, la puerta se cierra herméticamente. Nadie puede entrar ni nadie puede salir. Si se tira una segunda vez, la puerta se abre. Si Vuestra Alteza se digna probar…

Su Alteza se dignó probar. Su Alteza probó media docena de veces y aquello funcionó a la perfección.

—Excelente, Foix. Así nadie podrá entrar en mi dormitorio, ni salir de él, si yo no se lo permito. ¡Espero que no le hayáis revelado este secreto a nadie!

—Por supuesto que no, Alteza. Os lo aseguro. Os lo juro… Solo Vuestra Alteza y yo conocemos el secreto del cordón rojo.

—¡Tomad!

Con gran destreza, el ingeniero cogió en el aire la bolsa bien repleta que el príncipe le arrojó. Se deshizo en un torrente de palabras de agradecimiento y empezó a retroceder hacia la puerta. Cuando llegó a ella, esta se cerró con un chasquido. El príncipe había tirado del cordón. Sonó un disparo y Foix dio un salto lanzando un alarido cuando la bala le pasó rozando una oreja y se estrelló en la puerta.

Carlos, con la pistola humeante en la mano, daba saltos muy divertido.

—Casi ni se nota. No me habéis engañado. Tanto mejor para vos. Ahora podéis iros.

Volvió a tirar del cordón, la puerta se abrió y Foix hizo una precipitada reverencia con el rostro verde de espanto. Pero dos ayudas de cámara del príncipe, que habían oído el disparo, lo agarraron enérgicamente.

—¡Dejadlo ir, zoquetes! –gritó Carlos sin dejar de reír–. Enviadme a De la Cuadra y a Osorio, y vosotros desapareced.

El primero que llegó fue De la Cuadra, un ayuda de cámara grande y fofo, con una sonrisa en su rostro ladino.

—¿Cuánto? –le preguntó el príncipe ansioso.

—Otros veinte mil de Burgos, Alteza.

El príncipe hizo un gesto despectivo con el labio inferior.

—Es muy poco –murmuró–. Treinta de Toledo, diez de Medina del Campo… el demonio se lleve a estos usureros infieles y desconfiados… y ahora esos miserables veinte. Bueno, mejor es eso que nada. ¿Dónde está ese animal hipado de Osorio? ¿Os lo han dado en oro, De la Cuadra? Solo quiero oro. Odio las letras de crédito… nunca se sabe si esos bribones las van a aceptar.

—Todo está en buenos y sólidos ducados, Alteza.

Osorio, el primer ayuda de cámara del príncipe, entró.

—Vuestra Alteza perdonará este pequeño retraso…

—No perdono nada. ¿Tenéis ya de una vez noticias de Sevilla? Hace ya diez días que habéis regresado de allí, tendrían que haber enviado lo que prometieron.

—Lo han enviado, Alteza –una sonrisa llenó de arrugas el rostro cetrino del ayuda de cámara–. Ciento ochenta mil.

De la Cuadra se mordió el labio, humillado.

—¡Eso ya es algo! –dijo Carlos satisfecho, y empezó a hacer números en un trozo de papel–. ¿Cuánto suman ciento ochenta más doscientos setenta, Osorio?

—Cuatrocientos cincuenta, Alteza. Acabo de enterarme de que don Juan de Austria ha regresado de Cartagena para informar a Su Majestad.

Carlos dio un respingo.

—¿Dónde está? ¿Está en palacio?

—Sí, Alteza. No sabía que Su Majestad había ido a El Escorial para las fiestas de allí.

—Quiero verlo –farfulló Carlos–. Quiero verlo inmediatamente. Id a traérmelo. Rápido, hombre, rápido… y vos también, De la Cuadra. A ver si no ha abandonado todavía el palacio. Tengo que verlo.

Los criados obedecieron. Carlos se fue hacia su salón de audiencia y se sentó. «Cuatrocientos cincuenta», pensaba, «más los sesenta y cinco que ya tenía anteriormente… hacían quinientos y pico. Más de medio millón de ducados. No estaba mal para empezar».

Tal vez ni el mismo Rey podía disponer de una suma así. El dinero escaseaba en España, el Rey siempre se estaba quejando de lo mismo, como si no pudiera conseguir cualquier cantidad con solo aumentar los impuestos. El Rey no tendría por qué pagar el doce por ciento mensual a los usureros. Bastaría con que se lo cobrase a ellos mismos en impuestos. Esa gente de Sevilla, Burgos, Medina del Campo y Toledo se iban a llevar una sorpresa cuando le pidieran los intereses. Más de medio millón en buenos y sólidos ducados. Y ellos solo pagaron treinta monedas de plata por Jesús. Cuántos Jesús… no, no debía pensar esas cosas. Ya sin eso su confesión iba a ser suficientemente penosa.

Esta vez no podía ir al Padre Chávez. Podría adivinar demasiado acerca de su idea. Y su idea era más importante que el Padre Chávez. Si se enterara…

Allí estaba el bisoño capitán general de los mares, tostado por el sol y condenadamente saludable, condenadamente saludable.

—Querido Juan. ¡Cuánto me alegro de veros! Os he de dar la bienvenida a Madrid, porque mi padre ha ido a El Escorial a pasar unos días. Parece como si él ya hubiera dado a luz el palacio aun antes de que esté acabado. No lo comprendo… porque aquello no es más que un revoltijo de piedras, mortero, madera, monjes jerónimos y un montón de sudorosos obreros. ¿Qué tal por Cartagena? ¿Cómo está la flota? Me alegré mucho de vuestro nombramiento; por una vez estoy cordialmente de acuerdo con mi padre. Ahora sentaos… insisto, sentaos… tengo un montón de cosas que contaros.

Juan obedeció un tanto incómodo. Sabía que el príncipe sentía, a su modo, una cierta confianza con él, pero aquellas expresiones tan efusivas no le parecían normales. Antonio Pérez ya le había dicho que el Rey estaba en El Escorial; también le dijo que Ruy Gómez y la princesa estaban bien. Juan no se atrevió a preguntar por nadie más, pero le gustaría hacer una rápida visita al palacio de los Éboli antes de marchar para El Escorial. Deseaba que el príncipe no le entretuviera ahora demasiado.

—Decidme –le preguntó don Carlos–, y quede solo entre nosotros, ¿qué es lo que el Rey os prometió para vuestro futuro?

—¿Para mi futuro? No comprendo, Alteza. No he hecho más que comenzar…

—Sí, sí, lo sé; un nombramiento muy bueno, ya os he dicho cuánto me alegro; además sois caballero del Toisón de Oro. Todo eso está muy bien. ¿Pero cuáles son los planes del Rey para vos? Los verdaderos planes. No vais a estar al mando de la flota para el resto de vuestra vida, como si fuerais un marino profesional. ¿Qué guarda el Rey en la manga para vos?

Juan sacudió la cabeza.

—Nunca ha dicho nada…

—Lo que yo suponía –dijo Carlos despectivamente–. Y vuestro título oficial sigue siendo el de Excelencia, supongo. Nada más que eso. En otras palabras, que es lo suficientemente listo para darse cuenta de que podéis prestar un buen servicio, y es lo suficientemente ruin para impediros que alcancéis una posición de la que él no os pueda quitar cuando le venga bien.

—Pero, Alteza, el Rey siempre puede…

—El Rey no puede cambiar mi rango, ¿no es así? Tampoco podría cambiar el vuestro si os concediera el título de Alteza.

Juan se mordió los labios. El príncipe tenía el arte de poner el dedo en la llaga.

—Por fortuna –dijo Carlos con una sonrisa–, aquí hay alguien que puede y quiere otorgaros lo que tenéis derecho a esperar. Alguien que pronto estará en condiciones de poder hacer mucho más que eso por vos. Decidme, Juan, ¿qué preferís el ducado de

Milán o el reino de Nápoles?

—Si estáis bromeando, Alteza –dijo Juan con el ceño fruncido–, yo preferiría…

—¿Bromeando? –protestó Carlos–. Querido Juan, este es el momento más importante de vuestra vida –su voz había vuelto a ser chillona–. Es el momento de tomar una decisión, Juan. Ahora podéis dar pruebas de vuestro temple. ¿Sois un vulgar súbdito, como esos que abundan tanto en esta corte… o sois algo más? Este es el primer honor que os otorgo: el de pensar que sois algo más. Tenéis sangre azul. Debéis ser más. Juan, os voy a pedir una cosa, una pequeña cosa. Dádmela… y yo os daré todo lo que vos queráis… la realización de vuestros sueños.

—Si puedo hacer algo por vos, lo haré sin pensar en nada a cambio de ello –dijo Juan con toda cortesía.

Carlos lanzó una breve carcajada.

—No comprendéis –dijo–. Creéis que todavía estáis tratando con el Carlos de Alcalá. No os figuráis el poder que tengo. Os podría enseñar algunas cosas. Tal vez sabéis que mi padre me tiene corto de dinero. Hubo un tiempo en el que tenía que pedir prestado dinero… pequeñas cantidades por aquí y por allá. Bien, pues ahora dispongo de más de medio millón de ducados, de los que el Rey no sabe nada. Por supuesto, también los he pedido prestados. Pero me los han prestado personas que han depositado su confianza en mí… personas de diversas ciudades y pueblos de España.

¿Adónde demonios quería ir a parar? Juan abrió la boca con intención de decir que no necesitaba dinero, pero pensó que era mejor que el príncipe continuara hablando. Medio millón de ducados era una suma enorme. ¿Para qué la querría?

—A mí no me ha importado nunca mucho el dinero –dijo Carlos, haciendo un gesto de desprecio–. Últimamente me han dicho que mi padre no habla de otra cosa. Tendría que haber sido hijo de un mercader; y haberse pasado la vida en un mostrador sumando y restando. Pero yo, ahora, necesito dinero, así es que lo he buscado. Pero me es imprescindible un barco. Vos tenéis todos los barcos del Mediterráneo a vuestra disposición. Me basta con una galera… por el momento.

Juan se hizo cargo de todo en un instante.

—Alteza, no podéis pensar en serio que…

—Una galera –le interrumpió Carlos–, que me lleve a un punto de Italia que yo os indicaré. Lo que quiero es que me proporcionéis una carta dirigida a las autoridades ordenándoles que pongan a mi disposición una galera. Nadie ha ofrecido nunca una ganga mejor: un ducado, un reino a cambio de una miserable galera. Pero no os voy a hablar como si fueseis un asqueroso tendero. Vos y yo llevamos la misma sangre, nos entendemos. Voy a abandonar España, aunque no por mucho tiempo. Todo está muy bien planeado. He enviado cartas a un determinado número de los hombres más poderosos del reino; les digo que los autorizo y les pido que me acompañen. Los duques de Sesa y de Medina de Rioseco han aceptado; así como el marqués de Pescara y algunos otros.

—¿Pero saben cuáles son las intenciones de Vuestra Alteza?

—Quizá sí, quizá no –dijo Carlos sonriendo–. El hecho es que vendrán conmigo. Y cuando yo les diga de qué se trata, ya no podrán volverse atrás. Tampoco tendrían por qué hacerlo, puesto que me juraron fidelidad como heredero del Trono… vos estabais presente aquel día, Juan, y vos mismos también jurasteis. Además, ellos recibirán también una recompensa. Les devolveré el derecho a recaudar contribuciones, que mi padre les arrebató porque deseaba controlar todos los impuestos. Por el bien del país, desde luego, mi padre todo lo hace por el bien del país.

Juan esperó a que la risa del príncipe se calmara. Después dijo:

—Habéis pensado en las repercusiones que esa… acción vuestra tendrá en los Países Bajos, donde…

—… donde Alba es ahora virrey, lo cual me fue prometido a mí –chilló Carlos.

—Alteza, os ruego que consideréis el efecto que puede causar en todos los pueblos y naciones del reino el hecho que el hijo único del Rey se levante contra su padre –le manifestó Juan, que se había repuesto de su aturdimiento–. Porque todos ellos pensarán que, con el mismo derecho, pueden también reclamar su libertad de acción frente al orden establecido. Los moriscos en el sur…

—No mencionéis a esa chusma. Cuento, desde luego, con que en un primer momento se producirá algún levantamiento, eso sucede siempre. También los hubo cuando César cruzó el Rubicón, ¿no es así?

Carlos paseaba excitado por la habitación. Como siempre, pareció que estaba haciendo un enorme esfuerzo para arrastrar de sí mismo. Y como siempre, sus movimientos recordaban la cansina e inexorable marcha de un escarabajo.

—No tenéis ni idea, querido Juan, ni idea de hasta qué punto mis planes se han ampliado. Todo está preparado… excepto la carta que os estoy pidiendo. Aquí, en mi mesa, están las cartas al Papa, a la reina Catalina, a todos los príncipes de los países cristianos, a los Grandes, a las cancillerías más importantes, a las Cortes y a ciudades del reino, exponiéndoles las razones por las cuales me marcho de España…

—¿Y cuáles pueden ser, Alteza? –protestó Juan angustiado–. ¿Por qué vais a tomar una iniciativa innecesaria, puesto que todo eso será vuestro en el momento que Dios tenga determinado? La última vez que estuve con vos, me dijisteis que habíais decidido casaros con la Archiduquesa…

—¡Ni me la nombréis! –gritó Carlos, y después de una pausa, dijo con voz cansina–: Ese es uno de los crímenes de mi padre. Me quitó mi primera novia. Ahora sus representantes en Viena están haciendo todo lo posible para que este asunto no prospere. ¡Para que no prospere! Mi padre tiene un arte consumado. Desea escamotearme también este matrimonio. Me odia, Juan, ¿no os dais cuenta? Pero ya no permaneceré mucho tiempo bajo su tiranía. Dentro de unos pocos días seré libre.

—Habéis implicado a mucha gente en estos planes vuestros –observó Juan–. ¿No tenéis miedo de que por lo menos una de esas personas revele vuestro secreto?

Carlos se detuvo delante de él.

—Ese peligro existe siempre, cuando se proyecta un golpe de Estado. Pero quienes están interesados tienen también la desgracia de conocer a mi padre. Lo cual quiere decir que saben que no es la clase de hombre que les va a recompensar por revelarle algo que puede herir su desmesurado orgullo –afirmó con una sonrisa–. Vos, por ejemplo, querido Juan, no podríais encontrar una manera más rápida de perder vuestro mando que ir a contar al Rey que su hijo proyecta abandonar el país y levantarse contra él. Aunque os creyera (y me odia más que de sobra para creerlo), hay algo que él no creerá nunca: que no se lo contáis con otra intención más que la de suplantarme como sucesor suyo.

Juan se puso en pie de un salto.

—¡Alteza!

—Tranquilizaos, querido Juan –le dijo Carlos haciendo una mueca–. Nunca me ha impresionado mucho la noble indignación. Creo que os habéis percatado de que he pensado en todo. Me habéis subestimado. Pero os disculpo por ello. Todo el mundo me subestima, así es que ¿por qué no habríais de hacerlo vos? Bueno, necesito que os decidáis. ¿Me vais a dar esa carta o no?

Juan movió la cabeza.

—Es un asunto muy grave para tomar una decisión de repente, Alteza. Concededme un poco de tiempo para pensarlo. ¿Estáis seguro de que no cambiaréis de idea?

—Llevo años pensando en esto –dijo Carlos–. Y he estado meses planeándolo. ¿Que cambie de idea? Sería como pretender que volviera al seno de mi madre muerta.

—Habéis empleado meses en planearlo –replicó Juan–. No importa entonces que me concedáis veinticuatro horas para pensarlo.

—No me gusta –repuso Carlos, reanudando sus paseos–. Podéis perfectamente decidiros ahora. Pero bueno…, permaneced en palacio y pensadlo.

—Eso es imposible –dijo Juan con firmeza–. Ya me ha visto mucha gente desde que he llegado, incluido el Secretario de Estado Pérez, el cual me ha dicho que el Rey me espera en El Escorial para que le dé mi informe sobre la flota. Si no voy a El Escorial, se levantarán sospechas.

—¿A El Escorial? –los ojos de Carlos brillaron peligrosamente, pero de repente volvió a reírse–. No teníais por qué haberme dicho eso. No me lo habríais dicho, si tuviéseis la intención de descubrirme. Id, pues, y entregad vuestro precioso informe. Pero recordad: dentro de veinticuatro horas necesito saber vuestra decisión. Y recordad también que lo único que necesito es una breve carta. No os pido que pongáis a mi disposición la flota entera… todavía. Además, pensad en lo que os he dicho de Milán y Nápoles. Tal vez haya alguna otra cosa que os atraiga más. Si así fuera, no tenéis más que decírmelo. Tenéis que elegir entre Felipe, que lo que quiere es abajaros, y Carlos, que lo que quiere es elevaros. Entre seguir siendo siempre un súbdito privado del rango, del título y de la posición que le corresponde… y un trono que os pertenezca, con una reina que libremente escojáis. Pensad, Juan…, ¡pensad si no vale la pena correr el

riesgo!

* * *

Juan cabalgaba a través de la llanura abierta y desolada. Al final de aquella carretera estaba la Sierra de Guadarrama y El Escorial, aunque ocultos aún a su vista.

Iba solo, pero también iba acompañado. Nadie cabalgaba junto al capitán general de la flota del Mediterráneo, ni ayudante, ni séquito, ni siquiera un lacayo. Su compañía eran sus propios pensamientos, y los rostros y las almas de muchas personas.

Un trono en propiedad, con una reina que libremente escojáis. Un ducado o un reino. Con una reina de vuestra elección, una reina escogida por vos… sí, el orden establecido podía ser quebrantado por un hombre que perteneció a medias a la realeza y que llegaba a ser rey, y un rey podía elegir como reina a quien él quisiera. Y el diablo lo llevó a una alta montaña y le mostró en un instante todos los reinos de la tierra. Te daré todo eso –le dijo el diablo– con todo el poder y la gloria. Y el Señor le respondió…

La reina que vos escojáis. ¿Cómo sabía… el diablo… que esas últimas palabras se le quedarían impresas… darían en el clavo mejor que todo lo que le había dicho antes? Quizá sabía… no solo el Rey tenía espías; Carlos podía tenerlos también.

El plan era una locura, una absoluta locura. Pero planes que eran locura habían tenido éxito en el pasado. La historia de los hombres estaba llena de planes disparatados; unos habían fallado y otros habían tenido éxito; del fracaso o del éxito dependió el nombre que se les daba: locura u osadía, absurdo o genial.

Carlos estaba loco. Pero también los locos triunfaban y entonces ya no les llamaban locos. Carlos estaba loco, pero también era ladino y astuto; muchas de sus frases habían puesto de manifiesto no solo su decidido propósito, sino timbren que sus planes eran mucho más amplios de lo que había dejado ver. ¿Podría ser que toda su absurda conducta, sus rebeldías, sus aventuras nocturnas y su crueldad no fueran más que una máscara tras la que se ocultaba el verdadero Carlos y sus verdaderas aspiraciones, presentándolo como absolutamente incapaz de tramar un complot de largo alcance?

María más el trono de Nápoles… por una breve carta que pusiera una nave a disposición del hijo del Rey.

Pero eso no es todo, amigo diablo… Y no solamente porque el complot puede fracasar, con las consecuencias de una cárcel para toda la vida o quizá la espada del verdugo; sino por algo mucho peor. El desprecio de quienes creerá en la lealtad. Doña Magdalena y don Luis… por mencionar solo a ellos. Intenta convencerlos a ellos, si puedes. Y estaba también el Rey, a quien Carlos quería arrebatar el trono haciéndole traición… ¿cómo podría después Carlos confiar en nadie? ¿Qué quedaba de la vida si no se podía confiar en nadie?

¿Aceptaría María la corona de manos de un traidor?

El amor se fundamenta en la fe. ¿Qué fe podría tener en un hombre que conspiraba contra su Rey?

Traidor. ¡Qué palabra tan odiosa! Ahora él, don Juan, no tenía escapatoria, hiciera lo que hiciera. O el Rey o don Carlos… no tenía más remedio que traicionar a uno de los dos. Incluso guardar silencio sería una traición, ahora que estaba enterado de la conspiración…

—¡Ay, Fray Diego, Fray Diego! ¿Por qué escuchasteis mis oraciones por un príncipe moribundo? ¿Qué ha salido ganando él, yo, cualquiera, con haber seguido viviendo por medio de vuestra intersección?

Ya tenía a la vista la Sierra de Guadarrama, que recibía la luz del sol poniente; dentro de un momento vería la imponente mole cuadrada de El Escorial.

* * *

Todavía no se podía habitar. Se habían construido una casa y una capilla para los primeros monjes jerónimos cuya residencia sería aquello un día. La capilla era pequeña, la casa era elemental. Se habían montado tiendas en las que vivían un centenar de trabajadores. Los demás se alojaban en el pueblo, cerca de allí. También había otro edificio, un hospital que el Rey había hecho construir para los trabajadores.

Muchos de los materiales había que traerlos desde lejos. La madera de pino, de los bosques de Valsaín y de Cuenca; el jaspe, de Burgo de Osma; el mármol blanco, de la Sierra de Filabres; los mármoles marrones o verdes con vetas rojas, de Granada, de Aracena e incluso de Portugal. Todo eso transportado por verdaderas flotas de carros arrastrados hasta por veinte bueyes.

Después ya hubo que traer objetos más delicados: rejas de hierro forjado, lámparas de bronce, candelabros, ornamentos de plata y oro, paños de altar, vestiduras sagradas confeccionadas y bordadas por las pacientes manos de las monjas. Grandes artistas de Flandes pintaron cuadros, aunque en su propio país las masas habían destruido sus obras.

El Rey lo supervisaba todo, lo veía todo, hacía todas las indicaciones. Aquello era su mundo.

Juan preguntó en el pueblo dónde estaba el Rey. No lo sabían. Dejó el caballo en una herrería para que le pusieran una herradura que se le había caído, y se metió por en medio de la estructura de una torre, donde cientos de hombres estaban trabajando. Volvió a preguntar. «No se lo sé decir a Vuestra Gracia», le dijo un trabajador, «hace una hora estaba aquí, es lo único que sé». Uno que estaba oyéndolo añadió: «Está por todas partes, Excelencia, uno no sabe nunca dónde va a estar en cada momento».

Y allí no había ni oficiales, ni mayordomos, ni guardias… nada que indicara la presencia del monarca. Era otro Felipe.

Por una cosa o por otra, siempre es difícil encontrarse con él, pensó Juan. Lo mejor que se puede hacer es ir a donde los monjes y averiguar allí si saben cuál es su paradero.

Cuando se dirigía hacia allá, pasó por delante de la capilla. Se detuvo y entró. Era de lo más sencillo. No había más que un crucifijo de madera y un simple altar; un par de bancos: en el primero estaban sentados tres hombres y en el segundo, cinco.

Juan se dirigió al primer banco, hizo una genuflexión ante el Sagrario y se sentó. Se puso a rezar unos momentos, pero, entre los pliegues del Padrenuestro, un pensamiento distraía su atención: Señor, que yo haga lo justo de una manera justa.

El hombre que estaba a su lado en el banco tenía el traje manchado de cal. El traje era de un tejido fino.

El hombre que estaba a su lado en el banco era el Rey.

Unos tres días después, don Carlos fue en su carruaje al convento de monjes jerónimos, que había en las afueras de Madrid, para hacer su confesión sacramental. No quiso ver a su confesor habitual, Fray Diego de Chaves, y preguntó por «otro cualquiera». Fray Pablo de Servaz se puso a su disposición. Ya a solas con el fraile, Carlos habló precipitadamente:

—Mi pecado más importante es uno que todavía no he cometido, pero que cometeré dentro de unos días. Voy a matar a un hombre.

Al cabo de un momento, el sacerdote le preguntó con toda calma:

—¿Por qué?

—Porque lo odio.

—Esto no es una confesión, Alteza –le dijo el fraile–. Es una amenaza. Es imposible absolver un pecado que no se ha cometido. Además, esa misma intención vuestra es prueba de que no estáis arrepentido.

—Necesito que me deis la absolución. He de asistir mañana a la Misa Mayor, y si no recibo la Comunión, la gente murmurará. Cambiad de pensamiento, Padre…, y rápido.

—Lo lamento, Alteza, pero no os puedo absolver.

Carlos se levantó, pues estaba de rodillas.

—No me conformo con lo que decís. Deseo consultar a los teólogos. Enviad a buscar a los dominicos de Atocha. Podéis utilizar mi carruaje.

Fray Pablo de Servaz accedió a ello. Al cabo de muy breve tiempo llegaron dos dominicos, pero el príncipe insistió en que fueran los más doctos. Ni los jerónimos ni los dominicos rentan coches y en el carruaje del príncipe solo cabían dos personas, así es que durante unas horas el carruaje estuvo yendo y viniendo hasta que se reunieron no menos de cuarenta teólogos procedentes de Atocha, incluido el Prior; aun así, el príncipe no estaba satisfecho. Envió, pues, a buscar al erudito agustino Alvarado y a un trinitario igualmente docto.

Entre todos intentaron no solo convencer al príncipe con toda clase de argumentos de que en aquellas circunstancias era imposible darle la absolución, sino también de que desistiera de su horrible decisión.

Carlos, imperturbable, insistió en que él era un caso especial.

—Está loco –dijo el trinitario al oído de Alvarado.

—Tal vez lo esté –susurró el agustino–. Ahora comprendo mejor por qué Satanás no puede arrepentirse. Su voluntad está fija, como petrificada.

—Pero cada hombre dispone de suficiente gracia para… –se calló de repente, porque

el Prior de Atocha dijo:

—Vuestra Alteza no nos ha dicho aún de qué posición y de qué rango es el hombre a quien odia tanto.

Alvarado se quedó atónito cuando oyó la respuesta.

—Es del más alto rango –respondió don Carlos inmediatamente.

—En tal caso, tendrá que ser un pariente próximo de Vuestra Alteza…

—Es mi padre –manifestó Carlos.

Por unos instantes todos quedaron en suspenso y, con gran calma, el Prior preguntó:

—¿Habéis pedido la colaboración de otras personas para esa aventura?

Carlos, sonriente, dijo:

—Vamos a terminar de una vez. ¿Alguno de ustedes está dispuesto a oír mi confesión y absolverme, sí o no?

El silencio era gélido.

—Es una gran lástima –comentó Carlos, levantándose–. Me temo que tendrá que haber muchos cambios sustanciales en mi reino.

Salió de la habitación andando lentamente.

Al día siguiente, asistió a la Misa Mayor. No tomó la Sagrada Comunión. Era el veintiocho de diciembre, fiesta de los Santos Inocentes.

* * *

Aquel mismo día, el Rey y Juan asistieron juntos a Misa en la pequeña capilla provisional de El Escorial. En dos ocasiones, durante la Misa, el Rey estuvo llorando.

Por la tarde fueron también juntos a ver una nueva capilla que se estaba terminando, un poco mejor decorada y con mayor número de asientos.

El Rey no quería que se modificara el ritmo de sus ocupaciones, así es que la vida allí continuó exactamente igual que cuando Juan llegó.

No hubo ningún síntoma de alarma, ni prisas por regresar a Madrid; nada que indicara que había algún motivo de inquietud.

Todo parecía desenvolverse con la misma calma con que Felipe recibió las noticias en la tarde del día que Juan llegó. Escuchó sin hacer ninguna interrupción, sin hacer ni una sola pregunta. Al final, permaneció silencioso unos momentos con los ojos entornados; sus labios se movían un poco, pero sin producir ningún sonido. Era imposible decir si estaba rezando o si solo hablaba consigo mismo. Por último dijo en voz baja y seca:

—Gracias, hermano.

Y eso fue todo. Todo, excepto que después le mandó recado a Juan de que permaneciese con él hasta nueva orden. Juan se permitió recordarle que el príncipe

Carlos esperaba una respuesta en el plazo de veinticuatro horas y le sugirió que podría escribirle unas líneas diciéndole que aquel asunto tendría que esperar a que regresara. El Rey replicó que no debía establecer ninguna clase de comunicación.

Juan no se enteró de que aquella misma noche habían sido enviados a Madrid cuatro correos con instrucciones selladas; ni tampoco supo que en noches sucesivas un cierto número de altas personalidades habían llegado a El Escorial y habían partido antes del amanecer. Entre esos personajes estaban varios miembros del Consejo de Estado y el Prior de Atocha.

El día seis de enero se consagró la nueva capilla.

El once de enero, el Rey y Juan asistieron a la solemne profesión de un monje jerónimo. Aquel mismo día, el Rey envió una carta circular a los abades y priores de los monasterios y conventos de Madrid y sus alrededores, pidiendo que se hicieran rogativas para encontrar la mejor y más prudente solución a un problema de gran importancia que afectaba a todo el reino.

El quince de enero, el Rey y Juan abandonaron El Escorial y se fueron a El Pardo. Uno de los invitados del Rey era el Prior de Atocha, don Antonio de Toledo.

Por la tarde llegó un mensajero con una carta para don Juan. El príncipe le pedía que fuera a verle aquella misma noche a las once en la puerta lateral del parque. Había un *post scriptum:* «Traed con vos al Prior de Atocha».

Juan le entregó en el acto la carta al Rey.

Felipe la leyó y dijo:

—Id, escuchadle y diferid lo que os pida.

A las diez y media, Juan y el Prior salieron hacia la casita que había junto a la entrada lateral y esperaron. Muy poco después de las once llegó el príncipe acompañado de cinco caballeros. Juan y el Prior se adelantaron a recibirlo.

El príncipe preguntó al Prior si el Rey se había enterado de que no había recibido la Sagrada Comunión el día de los Santos Inocentes.

El Prior le hizo saber que Su Majestad se había disgustado mucho.

Carlos le dio la espalda, tomó a Juan por un brazo y se retiró como una docena de pasos.

—Sé que en El Escorial no pudisteis escribirme –murmuró–. Pero el tiempo se echa encima. Tengo que disponer de esa carta. Y además me tenéis que firmar otro documento en el que me juréis que acudiréis a mí en cuanto os llame.

—Aquí no lo puedo hacer –respondió Juan–. ¿Cuándo tenéis intención de partir?

—En la mañana del día dieciocho.

—Estaré en Madrid el diecisiete –dijo Juan–. Allí será más fácil.

Carlos asintió con la cabeza.

—Regresemos –dijo–. No quiero que el Prior sospeche.

Un minuto más tarde él y sus cinco acompañantes habían desaparecido en la oscuridad; y por centésima vez Juan se preguntó si aquel pobre lisiado era un loco o un genio supremo. La forma en que había concertado aquella entrevista era a todas luces pueril, el pensamiento de que un hombre tan inteligente como el Prior no iba a encontrar aquello sospechoso era demasiado ingenuo incluso para un niño crecidito. Por otra parte había adivinado acertadamente –o quizá estaba informado– que Juan no había podido comunicarse con él mientras estuvo en El Escorial; además, tenía conocimiento de que el Prior de Atocha estaba en El Pardo, aunque su estancia allí era un secreto.

Tanto el comportamiento de Carlos como el del Rey eran incomprensibles; era como si estuvieran empeñados en un juego a muerte; como si jugaran al ratón y al gato, pero deseando ser cada uno de ellos el gato.

Juan y el Prior regresaron a palacio e informaron al Rey.

—Mucho me temo que la historia del viaje es una farsa –opinó el Prior–. Una farsa para ocultar otro plan.

Juan no sabía a qué se podía referir.

El Rey frunció el entrecejo. No dijo nada.

* * *

Si la historia del viaje era una farsa, se estaba representando concienzudamente. Al día siguiente, el príncipe ordenó al jefe de los postillones reales, Raimundo de Taxis, que para las cinco de la madrugada del día dieciocho tuviera preparados ocho caballos.

El día diecisiete por la mañana, Taxis voló hacia El Pardo y se lo dijo al Rey.

Al mediodía Felipe y Juan regresaron a Madrid con toda calma y acompañados por la escolta de costumbre. Felipe se dirigió en el acto a las habitaciones de la reina, como hacía siempre que volvía de un viaje.

Con la reina estaban las dos pequeñas princesas, acompañadas por sus ayas, doña María Chacón y la Infanta Juana. La Infanta tomó a la princesa Catalina de brazos de su aya y la mostró al Rey, con gesto triunfante.

—Ya tiene un diente –dijo–. Y solamente tiene tres meses, ¿podéis creerlo? Hace tres días que lo tiene y estaba deseando que lo vierais; miradlo, aquí…

—Es un diente muy bonito –dijo el Rey.

—No he visto ninguno tan bonito –afirmó la Infanta–. Y ella es la criaturita más hermosa, es un verdadero ángel, ¿verdad, Isabel? ¿Verdad, doña María? –y empezó a hacerle gracias a la niña.

La reina, riendo, entregó la hija mayor a su padre, quien la tomó en sus brazos y la levantó en alto.

—Es preciosa –dijo–. Tengo una esposa encantadora y dos encantadoras hijas. Tengo que dar gracias a Dios por esta riqueza –la voz le temblaba un poco.

La Infanta Juana cesó de jugar con la niña y no se quedó tranquila hasta que Juan no se acercó para admirar también el milagro del diente.

La reina estaba muy divertida.

—Esta querida Juana está hoy de lo más portuguesa, ¿verdad, Felipe?

El Rey se sentó con la mayor de las princesitas en sus rodillas y le empezó a decir cosas con voz muy suave. Se oyeron los pasos de alguien que se acercaba cojeando y entonces el Rey, sin cambiar de postura, levantó la vista.

Entró el príncipe Carlos, hizo una inclinación, le tomó cortésmente la mano y la besó con respeto.

—Bien retornado a Madrid, padre –le dijo–. Hemos estado viudos y huérfanos demasiado tiempo.

—Lleváis razón –afirmó Felipe en voz baja–. Ya era hora de que regresara.

Siguió sentado, pero estaba sujetando con demasiada fuerza a la pequeña princesa, que comenzó a llorar. Al instante doña María Chacón se la quitó de los brazos.

Carlos se interesó muy correctamente por la salud de su padre, y este le respondió con igual corrección.

El padre y el hijo se sonreían mutuamente.

—¡Oh, casi me olvido! –exclamó la Infanta Juana–. Hoy es veintisiete, ¿verdad? O sea, que pasado mañana es veintinueve.

—Es un cálculo admirable –comentó la reina muy seria.

—Voy a dar una gran fiesta el día veintinueve, como sabéis –la buena de la Infanta se molestó un poco–. Para gente joven. El príncipe don Carlos será el rey de la fiesta. Habrá fuegos artificiales y nos disfrazaremos todos. Va a ser maravilloso. Vendréis, Carlos querido, ¿verdad que vendréis?

—Dad por seguro que iré –dijo Carlos–. Muchas gracias, querida.

—Y vos también, don Juan.

—Sí, Alteza –dio la impresión de que Juan se atragantaba.

Todos abandonaron las habitaciones de la reina. Afuera había más de una docena de altos oficiales que deseaban dar la bienvenida al Rey. Carlos tomó a don Juan por un brazo.

—Venid.

Atravesaron medio palacio para llegar a las habitaciones del príncipe. Carlos echó con los malos modales de costumbre a los mayordomos y lacayos, y cerró la puerta.

—¡Por fin! –exclamó–. Dadme la carta, Juan.

Juan respiró profundamente.

—Vuestra Alteza prometió darme tiempo para que lo pensara.

—Os di veinticuatro horas. Habéis tenido más de tres semanas.

—Ruego a Vuestra Alteza que me escuche. Vale más que abandonéis ese proyecto.

—Jamás. Dadme la carta.

—Alteza, os lo ruego… el plan no va a tener éxito. Lo mejor que podéis hacer es ir a ver inmediatamente al Rey, contárselo todo y asegurarle que habéis desistido de vuestro plan por el bien de España.

—Estáis loco –le dijo Carlos–. O estáis loco o sois un traidor.

—Hacedlo ahora mismo, Alteza –le apremió Juan–. No sé cuáles serán las intenciones del Rey, pero ahora es el momento, todavía estáis a tiempo de arreglarlo todo. Aún no ha sucedido nada. Tenéis que confesarlo todo. Juradle fidelidad como muestra de arrepentimiento; juradlo sobre la cruz de vuestra espada, o sobre las reliquias de un santo, invocad el nombre de Dios. Me gustaría poder hablar con las palabras de un ángel…

—Judas no puede convertirse en un ángel –replicó Carlos con una voz extrañamente tranquila–. Me habéis delatado, ¿no? Habéis confesado. ¡No sois más que un cobarde!

—No tengo libertad para hablaros de ello –dijo Juan–. Pero sí os puedo recordar que tengo jurada fidelidad al Rey.

—¡Habéis jurado fidelidad hacia mí! –gritó Carlos–. Quizá os ha parecido conveniente olvidarlo.

—Os he jurado fidelidad como hijo de vuestro padre y como sucesor en el trono de España –contestó Juan enérgicamente–. Vuestro padre está en primer lugar. Y una de las terribles equivocaciones de vuestro plan es que habéis querido violentar la conciencia de un amigo… de muchos amigos, me atrevo a decir.

—¡Mirad este traidor predicándome de lealtad y conciencia!

—Llamadlo predicación, si os place, Alteza. Pero recordad, si os parece bien, que el primer acto desleal fue vuestro. Si actuáis deslealmente contra el Rey, ¿cómo podéis esperar que los demás sean leales con vos?

—Juan –dijo Carlos con mucha suavidad–, querido Juan, ¿me vais a dar esa carta?

Sonreía malvadamente, muy malvadamente.

—No puedo –dijo Juan con firmeza.

—Entonces, querido, queridísimo Juan, tendréis que morir… ¡así!

—¡Alteza! –gritó Juan–. ¡No os mováis!

Pero Carlos se había lanzado contra él con la espada en una mano y un puñal en la otra.

Juan arrojó una silla ante él y empuñó su propia espada.

—¡Recobrad vuestro buen sentido! –le gritó, parando la primera estocada.

Carlos se arrojó de nuevo contra él una y otra vez, de manera que Juan tenía grandes dificultades para esquivar las estocadas sin atacar al príncipe. Tras un cuarto ataque, Carlos dio un breve paso hacia adelante y Juan, con un rápido movimiento de muñeca, le

hizo saltar la espada de la mano. En un instante la habitación se llenó de oficiales y de lacayos. Carlos empezó a lanzar toda clase de insultos contra ellos, cuando se avalanzaron contra él. La puerta se había quedado abierta y Juan se deslizó afuera.

Se dirigió en el acto a las habitaciones del Rey, fue admitido a su presencia y le notificó, como era su obligación, que se había visto forzado a esgrimir su espada contra el príncipe.

Felipe movió la cabeza asintiendo. No hizo preguntas. Le ordenó que aquella noche se quedase en palacio, pero no en las habitaciones de costumbre. Don Diego de Acuña quedó encargado de buscarle un acomodo adecuado. A pesar de lo trastornado que estaba, Juan observó que en la antesala del Rey, en vez de los dos guardias de siempre, había ocho, y dos más en cada puerta.

* * *

En unos minutos, Carlos se deshizo de sus acompañantes. Empezó a pasearse por sus habitaciones, enteramente calmado y silbando entre dientes. Como era costumbre en él, empezó a darle vueltas a sus pensamientos, barajándolos una y otra vez y revolviéndolos de acá para allá. Juan era un traidor. Posiblemente también lo era el Prior de Atocha. O quizá los monjes jerónimos. En Taxis podía confiar, porque era un estúpido. Los caballos estarían preparados por la mañana. Si pudiera persuadir a Osorio o a De la Cuadra para que…, pero no, los criados no servían para aquella clase de cosas; si se entrometían en aquello, el otro plan podría verse perjudicado. Y la querida Juana había organizado una fiesta con fuegos artificiales y disfraces. Y yo tengo que ser el rey de la fiesta. ¡Qué lástima no tener aquella carta!, pero siempre podré ponerles cualquier papel delante de las narices, allá en Cartagena; no lo van a examinar con gran detenimiento. Al fin y al cabo no le van a negar una galera al hijo único del Rey.

De repente se detuvo. Juan se lo contará al Rey. Ya lo habrá hecho. Ahora el Rey mandará a buscarlo y se produciría una escena desagradable. No es conveniente que en estos momentos se provoque una escena.

Se fue cojeando a su dormitorio, llamó con la campanilla al criado de turno y le dijo que no se encontraba bien. El criado le ayudó a desvestirse y se metió en la cama.

Media hora más tarde, cuando todavía ahogaba sus risas contra la almohada, le anunciaron que había llegado uno de los ayudantes del Rey.

—Hacedlo pasar.

Entró el ayudante y encontró al príncipe con fuertes dolores, que soportaba con gran entereza.

—Su Majestad ordena a su Alteza que comparezca inmediatamente en la pequeña sala del Consejo.

Carlos lanzó un gemido lastimero.

—Podéis ver el estado en que me encuentro, don Jorge. Por favor, presentad al Rey

mis excusas y mi filial respeto. Mañana estaré sin duda mejor y entonces no dejaré de… ¡oh!, mi cabeza. Vos sabéis cómo decírselo, don Jorge, ahora excusadme…

El mayordomo hizo una inclinación y se marchó.

Carlos estuvo en la cama hasta eso de las seis de la tarde. A esa hora hizo sonar la campanilla y ordenó que le trajeran un capón guisado, una empanada y una jarra de vino para cenar. Se sentó junto a la chimenea encendida y se comió todo lo que le sirvieron. Siempre hacía lo mismo: o no comía nada o comía demasiado. Aquel era el último día antes de emprender su gran viaje y se atiborró de comida para acaparar fuerzas.

Ordenó a Osorio que retirara el servicio de la cena y le encargó que lo despertase a las cuatro en punto de la madrugada.

Cuando el criado se marchó, Carlos cerró la puerta blindada utilizando el cordón rojo. Hizo un gesto como de alivio. Ya estaba seguro, absolutamente seguro. Desde luego más seguro de lo que estaría en las próximas semanas, alojándose en posadas apartadas de los caminos y con los agentes del Rey buscándole por todas partes. Ya no volvería a estar seguro en ningún sitio mientras el Rey viviera. Eso era lo que los monjes no habían querido entender. Pero matar al Rey no era tarea fácil: requería unos preparativos que llevaban mucho tiempo.

Lo tenía todo pensado. Aun en el caso de que Taxis también le traicionara, contaba con sus propias caballerizas, con sus caballos de montar. La verdad es que no le gustaba mucho cabalgar, pero en tal caso no habría otro remedio. Ya veremos lo que hace Taxis. Quizá tendría que añadir su nombre a la lista de sus enemigos, que ya era bastante larga y estaba encabezada por el Rey. Las personas con carácter fuerte siempre han tenido enemigos, incluso el viejo… ¿cómo se llamaba?… el viejo Honorato lo decía. En todo caso, tendré que añadir el nombre de mi tío Juan… cuando llegue el momento.

Carlos recorrió la habitación con la mirada. Aquella iba a ser su última noche en aquel maldito cuarto, tan lleno de horribles recuerdos. Unas pocas esperanzas, unos pocos momentos de triunfo… pero todo eso estaba ahora muerto y podrido, como aquella enorme cucaracha asquerosa que un día había aplastado de un pisotón. No quedaban vivos más que los fracasos, los desengaños, las humillaciones. ¿Quién ocuparía aquella habitación cuando él se hubiera ido? Quienquiera que fuese no iba a tener dulces sueños. Aquella habitación era como un pedazo de infierno. Los monjes no podían comprender que él tenía que escapar del infierno, de la opresiva y mortífera proximidad del Rey. No tenía más remedio que hacerlo.

Pero ya aquella noche se sentía seguro. Aun así… había de tomar las mismas precauciones de siempre. No era posible que rompieran la puerta, lo cual contribuía a que se sintiera más tranquilo.

Sacó el mosquetón de dentro del armario y lo estuvo examinando con todo cuidado. Comprobó que estaba en condiciones y cargado. Lo dejó apoyado contra la silla que estaba junto a la cama. Desenvainó la espada y la colocó al lado del mosquetón. También sacó la daga y la puso debajo de la almohada. «Seguro», dijo en voz alta, lleno

de contento. «Seguro». Y se metió en la cama.

En aquel momento eran las nueve y media.

* * *

A las diez estaba Juan descansando sobre la cama en la habitación que le había asignado don Diego de Acuña; sus pensamientos se vieron interrumpidos por el ruido de los pasos de gente armada. Se levantó, fue a la puerta y la abrió. Al instante ante él se cruzaron las picas de dos guardias, y una voz ronca de:

—¡Orden del Rey!

Alcanzó a ver un grupo de seis guardias que con un oficial al frente llegaban al final del corredor.

Juan dio media vuelta y cerró la puerta. Estaba prisionero. ¿Sería para protegerlo de la venganza de un loco? ¿Podría ser que el Rey sospechara también de él?

Todo era posible. La noche se tornó amenazadora, llena de sospechas y de odios. Su mente le atormentaba girando de manera vertiginosa.

* * *

Poco después de las once, unas figuras fantasmales aparecieron a la entrada de las habitaciones del Rey. Llegaban una a una, decían la contraseña y entraban.

El primero en llegar fue el príncipe de Éboli. Después vinieron el duque de Feria, el Prior de Atocha y don Luis de Quijada; por último, los dos mayordomos don Pedro Manuel y don Diego de Acuña. Todos se hallaban profundamente emocionados. El Rey presidió una reunión de todos ellos que duró casi una hora. De aquella conferencia no se levantó acta, pero, según comentó uno de los asistentes, el Rey habló «como jamás antes había hablado hombre alguno».

A medianoche salieron todos juntos. Primero iba el duque de Feria con una pequeña linterna; después el Rey, que llevaba una coraza bajo la capa y la espada desnuda en la mano; detrás iban todos los otros.

A la puerta del departamento del Rey esperaban doce guardias con un oficial al mando; estaban también dos criados y, en medio de ambos, el ingeniero Foix, que temblaba como un azogado.

Se pusieron todos en marcha a lo largo de una serie de corredores; bajaron un corta escalera. Después, más corredores. Uno de los guardias tropezó en la oscuridad y el oficial lanzó una imprecación ahogada.

A la puerta de la antecámara del príncipe estaban los dos mayordomos de servicio, don Rodrigo de Mendoza y el conde de Lerma.

El Rey ordenó que salieran, cerraran la puerta y no permitieran la entrada a nadie. Con ellos quedaron también seis guardias.

En la antesala, el Rey miró al ingeniero Foix y le hizo una seña con la cabeza.

El francés extrajo del bolsillo una llave de forma extraña, se acercó a la puerta blindada y maniobró en una pequeña abertura que había en la parte inferior de la derecha. El duque de Feria, que sostenía la linterna, pudo ver lo que le parecía una serie de resortes en los que el ingeniero manipulaba. A los pocos minutos, Foix cerró aquella abertura, se puso de pie y se inclinó profundamente ante el Rey.

Feria presionó cautelosamente la manija. La puerta se abrió sin ruido.

El Rey volvió a hacer una seña. Feria y Ruy Gómez entraron de puntillas en el dormitorio del príncipe.

Carlos estaba profundamente dormido. Vieron el mosquetón y la espada y los retiraron. Hicieron un ligerísimo ruido, pero fue lo suficiente para que Carlos se despertara.

—¿Quién está ahí? –preguntó con voz soñolienta.

—El Consejo de Estado –respondió el príncipe de Éboli.

Carlos se levantó dando un salto. La daga resbaló de debajo de la almohada y cayó al suelo. Rápido como una centella, Ruy Gómez se agachó y la cogió.

El príncipe vio que el mosquetón y la espada habían desaparecido, se volvió gimiendo de rabia y entonces, a la luz de la linterna, vio al Rey en el umbral de la puerta, pálido como un muerto, con la espada desnuda en la mano.

El príncipe retrocedió paso a paso hasta que tropezó con la pared.

—¿Ha venido Vuestra Majestad a matarme? –tartamudeó lleno de espanto.

—Tranquilizaos –dijo Felipe con voz serena–. No os va a pasar nada. Santonja… Bernal… encended los candelabros.

Ruy Gómez entregó las armas del príncipe a uno de los guardias, el cual se las llevó fuera.

—Buscad a ver si hay más armas –ordenó Feria a los guardias–. Mirad en todos los armarios. Coged también los morillos de la chimenea.

Ya estaba la habitación bien iluminada.

—Santonja… Bernal –se oyó que decía la voz del Rey–, clavad las ventanas.

Ruy Gómez seguía recogiendo los papeles que había en el escritorio del príncipe.

—¡Estoy arrestado! –exclamó Carlos–. ¡No. No. Eso no! –gritó–; matadme, pero no me arrestéis. Si lo hacéis, me suicido.

—Solo un loco haría eso –dijo el Rey.

Carlos se precipitó hacia la chimenea y se habría lanzado de cabeza al fuego, si el Prior de Atocha no lo hubiera alcanzado a tiempo. Entre el Prior y Feria lo llevaron hasta la cama, en donde quedó maldiciendo y babeando.

El duque de Feria sugirió que se llamara a un médico.

Al instante Carlos se sentó en la cama.

—¡No estoy enfermo! –aulló–. Ni tampoco estoy loco… estoy desesperado por la manera como me trata mi padre.

—Desde ahora –dijo el Rey fríamente–, os voy a tratar no como padre, sino como rey.

Santonja y Bernal empezaron a clavar las ventanas.

El Rey dio media vuelta y se marchó.

* * *

Durante los días siguientes, todas las carreteras que salían de Madrid estuvieron bloqueadas por tropas. Solamente podían salir los correos del Rey; el correo ordinario fue retenido.

Cuando las tropas fueron retiradas, el Rey pudo tener la seguridad de que la versión oficial del arresto del príncipe Carlos era conocida tanto dentro como fuera del reino, antes de que habladurías y chismes hubieran podido falsearla.

Se hicieron algunas detenciones, entre ellas los criados Osorio y De la Cuadra, y algunos comerciantes de diferentes ciudades.

Ruy Gómez estudió hasta el más pequeño trozo de los papeles que había cogido en la mesa del príncipe. Muchas de las cartas que Carlos pretendía enviar –al Papa, a los príncipes de otros países, a las cancillerías y a las cortes, o sea, a todas aquellas personas que ahora habían recibido la versión oficial del Rey– estaban plagadas de insultos al Rey y a sus consejeros. Sin embargo, nada se encontró que indicara un secreto entendimiento entre el príncipe y los rebeldes de Flandes.

Pasada una semana, se preparó un nuevo alojamiento para el prisionero: la habitación más pequeña de las que disponía y que formaba parte de la torre. Tenía una sola puerta y una sola ventana. En la ventana había una reja y el hogar estaba protegido por una parrilla de hierro que lo cubría por entero. Se había abierto un hueco en una de las paredes que daba a la habitación contigua, convertida en capilla. En ella celebraba la Misa todas las mañanas Fray Diego de Chávez, y el prisionero podía asistir a ella desde su cuarto.

Los componentes de la casa del príncipe fueron licenciados, con excepción del duque de Lerma. Se nombraron cinco nuevos ayudas de cámara.

El Rey en persona dio las más estrictas instrucciones para la custodia del prisionero. El príncipe debería ser tratado con todo el respeto debido a su rango. Sus órdenes en lo referente a su servicio personal deberían ser obedecidas, a no ser que fueran contra las disposiciones del Rey. Quedaba suprimida toda relación del prisionero con el exterior. Había que vigilar con cuidado extremo que no pudiera suicidarse. A nadie le estaba permitido entrar armado en aquella habitación. En el servicio de las comidas no habría cuchillo, los alimentos tendrían que ser cortados en la cocina.

La puerta de la habitación tenía que permanecer abierta siempre, día y noche. Dos

ayudas de cámara estarían de vigilancia en la antecámara y uno de ellos dormiría en la habitación del prisionero.

Podía disponer de un misal y de otros libros de devociones, pero no se le permitiría ninguna otra lectura. Si pretendiera hablar con alguno de los que le atendían acerca de su arresto, no se le debería responder.

Aparte de las seis personas que le atendían, solamente otra persona tenía permiso para entrar en la habitación: el hombre al que el Rey hiciera responsable del real prisionero. Durante la primera semana, este hombre fue el duque de Feria. A partir de entonces lo fue don Ruy Gómez, príncipe de Éboli.

A petición del Rey, don Ruy y la princesa se instalaron en las que habían sido habitaciones del príncipe Carlos.

Por aquellos mismos días, don Juan de Austria recibió órdenes de regresar a Cartagena. Su primer acto oficial sería recibir a la flota que volvía de las Indias. Después de esto tomaría el mando para emprender un largo crucero con objeto de expulsar a los barcos piratas de las costas del oeste Mediterráneo.

—Buenas tardes, carcelero –saludó la princesa de Éboli.

Ruy Gómez sintió un estremecimiento.

—Esa no es manera de recibirme, querida. He tenido una cansadísima reunión de trabajo con el Rey.

—Como de costumbre. Pero creo que os interesará saber que todo el mundo en palacio nos llama así. El carcelero y la carcelera. Muy halagador, ¿no?

Él tomó asiento junto a ella. Apareció un criado trayendo su vino preferido y detuvieron la conversación hasta que se hubo marchado, Ruy Gómez llenó una copa, lanzó un profundo suspiro y dijo:

—Sabéis perfectamente bien que a mí eso me hace tan poca gracia como a vos.

—Me pregunto cómo se las habrá apañado Feria para que lo quitaran de aquí –dijo Ana–. Ha sido muy hábil; y eso que yo siempre he creído que era bastante tonto.

—Lo es. Él no hizo nada para salir de aquí. Sencillamente, el Rey lo quitó. Quería que yo me hiciese cargo de esto –se sirvió otra copa–. Supongo que debería sentirme orgulloso. Pero Carlos es un fastidio. Siempre lo ha sido y sigue igual, aun teniendo menos libertad que los inquilinos de una cárcel de Su Majestad. Para nosotros todo esto significa mucho sacrificio, pero todavía lo es más para el Rey.

—¿Ah, sí? Pero él no tiene que vivir en una habitación junto a la de esa pequeña abominación. No tiene que recibir cada día, casi cada hora, información de cómo está el humor de Su Alteza, y cuáles son sus caprichos y si tiene fiebre y sus exabruptos idiotas.

—Os equivocáis, querida. Todos los días le llevo esa misma información al Rey. Se ha recibido una reclamación oficial del Condestable de Castilla por el arresto del príncipe; los aragoneses están dispuestos seriamente a enviar una delegación a Madrid. Hemos tenido que dar un montón de explicaciones jurídicas. Parece que vamos a tener que convocar las Cortes o celebrar el proceso ante el Consejo de Estado…

—Ambas cosas serán una farsa, por supuesto.

Él sacudió la cabeza.

—Querida Ana, a veces pienso que yo, el portugués, conozco a vuestros compatriotas mejor que vos…

—¿Estáis diciendo que los aragoneses son compatriotas míos? –gritó ella.

—Al fin y al cabo son españoles, ¿o no?

—Bueno… una especie de españoles, si lo queréis así.

—Bien, de todas maneras, sabéis que el Rey, en un momento de debilidad, nos hizo a

todos jurar fidelidad a Carlos. Carlos sigue siendo el sucesor del Rey. Y si algo le pasara, Dios no lo permita, a Su Majestad…

—… ese pequeño animal estaría vivito y coleando, tendría que ser coronado y su primer acto como Rey sería cortarnos el cuello. Una perspectiva encantadora…

—Ahora comprenderéis por qué hemos de hacer todo lo posible para excluir a Carlos de la sucesión, lo cual no es cosa fácil, de acuerdo con las leyes de la constitución. Unos cuantos expertos juristas están trabajando en ello y se están recogiendo dictámenes para determinar si está en su sano juicio o no.

—¿Es que puede haber alguna duda? La semana pasada quiso otra vez estrangular al pobre Lerma…

—Siempre le ha tenido odio.

—… y un día se niega en rotundo a comer y al día siguiente come tanto como pesa. Ordena que le traigan montañas de hielo, lo echa en la cama y se revuelca en ella chillando y maldiciendo. Si eso no es tener perdido el juicio, yo no sé lo que será. Está tan loco como su bisabuela.

—No tenéis que convencerme de ello –dijo Ruy Gómez encogiendo los hombros–. Pero ninguna de esas cosas son convincentes para quienes defienden la cordura de Carlos en provecho de ellos mismos. No podemos consentir que se forme un partido de Carlos en el reino, movido especialmente por algunos príncipes extranjeros, que le apoyarían gustosísimamente. Estas cosas pueden dar lugar a una guerra civil.

—¡Oh, no! –exclamó ella espantada–. ¿Piensa el Rey eso mismo?

—Creo que sí, aunque uno no sabe nunca a qué atenerse con Felipe. Y ahora menos que nunca. Depende en mucho de la reina, desde luego.

—¿En el caso de que su próximo hijo fuese varón?

—Exacto. Dará a luz en noviembre. El asunto de Carlos la ha afectado mucho…

—Entonces cabría la posibilidad de que su hijo fuese el heredero… en el caso de que lo tuviera.

—Ella no piensa de esa manera, y vos lo sabéis.

—Es muy cierto –admitió Ana.

Después de un breve silencio, añadió casi con envidia:

—Debe de ser hermoso tener un alma tan buena, tan sencilla. Hay veces en que casi desearía… ¡Bah! Cada cual es como es.

—Ella deseaba ver a Carlos, pero el Rey no se lo ha permitido.

—Lleva razón. No le iba a hacer ningún bien.

—Pero quizá a él sí que se lo haría.

—Nada le puede hacer bien a él –dijo Ana fríamente–. Está loco.

—Se ha confesado por Pascua –replicó Ruy Gómez molesto–. Y recibió devotamente la Sagrada Comunión.

—Los locos tienen momentos de lucidez.

—Es la comidilla de todas las cortes de Europa –comentó Ruy Gómez–. El Emperador no se cansa de que le comenten este asunto. Sabemos que el embajador de Venecia le ha contado todos los dimes y diretes que corren por Madrid…

—Bueno, por lo menos eso le hace cambiar el tema habitual de sus conversaciones…: los síntomas de su indigestión crónica y el efecto pernicioso de las ciruelas y de las ensaladas.

Ruy Gómez se echó a reír.

–Estáis sorprendentemente bien enterada de las costumbres del querido Maximiliano. Pero él no está para andarse con chismorreos. Está seriamente preocupado.

—¿Acerca de las relaciones entre Carlos y su hija?

—Sí. Tengo entendido que ha enviado al archiduque Carlos aquí a Madrid, para que negocie…

Ana lo interrumpió con una carcajada.

—Así su hija compartiría la habitación de una torre, la pintoresca dieta de nada para hoy y media ternera para mañana, el lecho cubierto de hielo… ¡Oh, por todos lo santos! ¡Vaya un padre!

—Al parecer el archiduque viene con intenciones de que se reconcilien Felipe y el príncipe.

—¿Qué? ¿Y soltar a ese loco con el odio que nos tiene a vos y a mí? ¿Qué dice el Rey? ¿Creéis que el archiduque lo conseguirá? ¿Cuándo llegará?

Ruy Gómez sonrió.

—Los archiduques viajan despacio, como marca el protocolo –dijo–. Especialmente cuando no tienen mucho interés por la misión que les han encomendado. Me parece que ni siquiera ha salido aún de Viena.

—Espero que se rompa la crisma antes de llegar –manifestó Ana irritada–. Ya tenemos bastantes quebraderos de cabeza sin él. Si alguien me hubiera dicho que un día iba a estar custodiando a un lunático y que a mi esposo le iban a llamar carcelero…

—Sé de alguien a quien le iría mejor esta tarea –la interrumpió él–. Y alguien que no es solo un carcelero, sino también un ejecutor.

—Os referís a Alba.

—Para él sería fácil –afirmó Ruy Gómez amargamente–. Él no se detendría ante dificultades constitucionales. ¿Sabéis como llaman a su «Tribunal de Emergencia»?: Consejo de la Sangre. Egmont ha muerto y también Hoorn, y con ellos han muerto millares.

—Al fin y al cabo, para eso ha sido enviado a los Países Bajos, ¿no? Pero no le ha podido echar mano a Guillermo de Orange…

—… ni a Luis de Nassau, eso es cierto. Pero los cogerá.

Está en su elemento. Y según parece nuestro amiguito don Juan es igual que él.

—Capitán general de los mares a los veintiún años –dijo ella con rabia y haciendo un gesto de desprecio con los labios–. Aunque supongo que cualquiera podría serlo, teniendo al viejo Requeséns a su lado, sin quitarle la vista de encima.

—Eso no es así, querida.

—¿Cómo lo sabéis? ¿Cómo podéis saber lo que ahora mismo está haciendo? ¿No está en alta mar?

—El Mediterráneo –dijo pacientemente Ruy– está lleno de puertos. En casi todos ellos tengo agentes… y también los tiene el Rey, por supuesto.

—Por supuesto.

—Así es que nosotros recibimos información antes de que él envíe la suya. Está haciéndolo estupendamente bien, Ana. Se ha ganado la confianza tanto de los oficiales como de los marineros, lo cual es ya de por sí algo poco corriente. Lo habitual es que se consiga una sola de esas cosas. Incluso quienes son tan simpáticos como él…

—¡Es una escoria!… Pero es encantador, no penséis que no me lo conozco. Las mujeres se perecen por él, desde luego, pero…

—Es de esa rara clase de hombres a quienes todo el mundo ama –dijo Ruy Gómez pensativo–. Cuando se hizo cargo del mando, sucedió exactamente lo mismo que cuando se fugó para enrolarse en la flota que iba a Malta. Los jóvenes de nuestras mejores familias se precipitaron para apuntarse en la armada y estar a sus órdenes… los dos Padillas, Luis de Córdoba, Quizmán, Portocarrero, Benavides, Ledesma, Gamboa, Zapata de Calatayud, Zanguera…

—Está bien. Está bien. Detesto las estadísticas. Pero todavía no ha *hecho* nada. Todo lo que tiene es encanto, buena presencia, entusiasmo…

—No lleva en la mar más de cinco semanas –explicó Éboli–. Manda treinta y tres galeras. Ha estado dando caza a los piratas cerca de Río de Oro, volvió al Puerto de Santa María, donde inspeccionó las tropas, el arsenal, la fundición de cañones y las fortificaciones. Después atacó por sorpresa el fuerte moro de Fagazas. Liberó a un barco mercante apresado por dos galeras moras y atacó a dos cruceros, maniobrando con tal habilidad que hizo encallar a uno de ellos. A pesar del fuego a que le sometían desde la costa, botó unas escuadras de hombres y capturó el barco encallado. Las últimas noticias que tengo es que navega hacia Orán…

—¿Y cuántas de esas hazañas se deben a su mérito propio? Después de todo, Requeséns…

—Requeséns parece que le deja mano libre. Está admirado por los conocimientos que el muchacho posee, y muchos más por lo que él llama su instinto natural en cuestiones navales. Realmente, en esas primeras empresas suyas no hay nada sensacional, pero lo menos que se puede decir es que son prometedoras. Me alegro de haber tenido acabado su barco a tiempo.

Ella afirmó con la cabeza, pensativa.

—Se ha olvidado por completo de María. Ojalá ella lo haya olvidado a él.

—¿Creéis que ella lo ha olvidado?

—Por lo pronto se ha negado a casarse con el joven Guzmán. Un partido perfecto para ella. En sus circunstancias…

—Yo creo que él tampoco la ha olvidado, Ana. No mencionó su nombre cuando vino a despedirse de nosotros antes de partir para Cartagena, pero sé que hizo muchas averiguaciones para enterarse de dónde estaba y de cómo se encontraba.

—Entonces por eso no nos preguntó nada. Está aprendiendo a ser prudente.

—Y no tiene que aprender nada más… me refiero al paradero de María –dijo Ruy frunciendo ligeramente el entrecejo–. Y no quiero que se cometan tonterías ahora, Ana. Hemos de cuidar de que el Rey no se disguste con nosotros.

—No me importa María ni me importa don Juan –protestó ella con enfado–. Lo único que quiero es salir de esta cárcel. Sí, cárcel, Ruy. El carcelero está tan prisionero como el mismo preso.

—Estamos viviendo en el palacio real de Madrid –le reprochó Éboli.

—Estamos viviendo en unas habitaciones llenas de odio –murmuró ella–. Aquí hay un odio vivo, Ruy. Lo siento. Lo toco con mis manos. Empapa las paredes, gotea por ellas…

—¡Ana, Ana! No debéis dejaros obsesionar por esa idea.

Ella lo miraba con el rabillo de su único ojo.

—¿Os habéis preguntado alguna vez si la locura es contagiosa, Ruy? Está impregnando estas habitaciones como una niebla sutil. Me voy a volver loca aquí, Ruy. Otros tres meses más y me volveré loca como esa contrahecha, maldita, hedionda ruina humana cuyos perros guardianes somos.

—¡Ana!

Ella lo asió por los brazos.

—Dime, Ruy, ¿por qué ha hecho esto el Rey con nosotros? ¿Por qué con nosotros?

—Don Carlos es el hijo del Rey –dijo Éboli–. Tiene sangre real. Su… custodio tiene que ser una persona de alto rango. Don Carlos es también el preso más peligroso del reino. Su custodio tiene que ser un hombre de confianza del Rey. Como sabéis, el Rey confía en poca gente.

Ella le soltó los brazos.

—¿Nada más? –preguntó–. ¿Creéis de verdad que es solo por eso? Cualquier capitán de la guardia, de familia noble, reúne esas condiciones. Pero tenéis que ser vos, el mejor cerebro de que dispone, su más íntimo amigo. Estoy segura de que tiene que haber otro motivo.

—No os comprendo –replicó él, provocador–. Y si os comprendiera, no querría

comprenderos.

—Él desea utilizar vuestro cerebro –exclamó ella con el aliento cortado–. Él desea que adivinéis cuál es su verdadero pensamiento y qué es lo mejor para él… y para España. Él desea que lo hagáis.

—¡Por el amor de Dios, Ana! –dijo Ruy Gómez con voz ronca–. ¡Callaos!

* * *

Don Juan recibió la noticia de la muerte del príncipe Carlos en septiembre, cuando desembarcó en Barcelona.

Fue recibido por el virrey de Cataluña, el duque de Francavilla, el mismo que unos años antes le impidió unirse a la expedición de Malta. Cuando el duque le dio la bienvenida, don Juan le dijo con una sonrisa:

—Es muy agradable ser recibido tan calurosamente. La última vez que nos vimos fue para vos un alivio veros libre de mí.

El duque replicó con el mismo tono jovial:

—Por el contrario, Excelencia. Yo traté por todos los medios de reteneros en Barcelona y Vuestra Excelencia solo pensaba en partir para Malta.

Se dirigieron juntos al palacio y allí el duque se las arregló para liberar con rapidez a su huésped de las personas que habían ido a saludarle. Lo condujo a su despacho privado. Allí le expresó su simpatía y su condolencia.

—He de manifestarle a Vuestra Excelencia el dolor por la trágica muerte del sobrino de Vuestra Excelencia, Su Alteza el príncipe Carlos.

Juan se puso lívido. Intentó decir algo, pero la voz no le obedeció.

—Ocurrió hace dos meses –dijo Francavilla–. Me he dado cuenta, por las amables palabras que me habéis dirigido al llegar, que no teníais noticia de ello.

—He estado en la mar –consiguió decir Juan.

—Se comprende.

—Pero… pero ¿cómo sucedió? Le pido a Dios que no… ¿Cómo sucedió?

El duque se frotó la barbilla.

—Al parecer, el infortunado príncipe había adquirido el hábito… de comer inmoderadamente. Cayó enfermo a mitad de julio y se negó a tomar las medicinas que le recetaron. Hacia el día diecinueve los doctores consideraron su caso como desesperado. Pero aún tuvo fuerzas y claridad de mente para dictar su testamento, confesarse y recibir los Últimos Sacramentos. Murió cristianamente el día de Santiago a la una de la madrugada.

De repente, Juan se echó a llorar.

* * *

La flota tenía que regresar a Cartagena. De allí, Juan se dirigió a Madrid. Encontró a la ciudad en un silencio abrumador; casi todas las ventanas estaban cerradas y las pocas gentes que había por las calles circulaban apresuradamente, como si no desearan ser vistos. En palacio todo el mundo andaba de puntillas. La reina había dado a luz un hijo muerto. Y ella estaba agonizando.

* * *

La noche del cuatro de octubre el cuerpo de la reina yacía en la capilla de palacio rodeado de un bosque de cirios.

En la cabecera del féretro, a un lado estaba don Juan de Austria y al otro don Ruy Gómez, príncipe de Éboli.

La reina parecía una jovencita que dormía sonriente.

Y el príncipe Carlos había muerto cristianamente…

Don Juan creía estar oyendo de nuevo las campanas de Yuste, las campanas de «los pobres pecadores». Porque en el Señor está la misericordia y en Él se halla toda redención.

Un anciano Emperador, cansado de su poder casi sobrehumano, se desprendía de él y moría en un monasterio rodeado de monjes.

Un joven príncipe, tan ansioso de poder que había llegado a querer arrebatarle el trono a su padre, había acabado muriendo como prisionero de su propio padre.

Una joven reina de veintidós años había muerto en su intento de darle un heredero a España, un país al que la habían enseñado a odiar y a temer. Había respetado a su esposo español. Durante su viaje a través de España le había enviado un pequeño poema a su madre. Alejandro Farnesio lo conocía, porque se lo había recitado alguien que vino de Francia… y él lo repitió en cierta ocasión. Juan solo se acordaba de dos versos:

Tantost je sens mon oeil plorer puis ryre

Mais la fin est toujours d’estre martyre

¿Tendría razón la joven reina… unas pocas lágrimas, una breve risa, pero al final siempre está el martirio? Su madre nunca le comentó aquel poema, pero sí lo había hecho su cuñada, otra joven reina, tan bella o quizá más que ella misma… María Estuardo, reina de Francia y por derecho propio reina de Escocia, y ahora prisionera de Isabel de Inglaterra, a la que había acudido en busca de asilo. Catalina de Médicis debió de enviarle el poema a Escocia, cuando María Estuardo estaba aún luchando por su trono. Y ella respondió.

Les pleurs font mal au coeur joyeux et sain

Mais as dolent ils servent quasi de pain.

Las lágrimas le hacen daño a un corazón alegre y sano, pero al corazón que sufre le sirven casi de pan. Alejandro se encogió de hombros cuando recitó esta respuesta que venía de más allá de los mares y comentó que solo una mujer era capaz de sentir cosas

como aquella. Quizá tenía razón. Pero el poder era algo muy extraño…

Un hombre debía detenerse a pensar cuando estaba haciendo guardia ante el cadáver de un rey; estaba de guardia en el umbral entre la vida y la muerte, el símbolo de aquellos compañeros de los antiguos reyes que se mataban o se hacían matar para acompañarlos en su último y más peligroso viaje: el viaje al otro mundo. No debía ni hablar ni moverse. Pero él no podía evitar que sus pensamientos se agitaran… a no ser que fuese un hombre como el duque de Alba, el cual parecía tener la facultad de convertirse en una estatua, como hizo cuando estuvo de guardia en el dormitorio de un príncipe que parecía estar agonizando, aunque fue salvado milagrosamente para al fin y al cabo no ser más que un tirano y un atormentador de sus amigos y criados, y un peligro para su rey y para su país. Tal vez no era más que un loco… todos sus planes eran planes locos, como si hubieran estado concebidos por la mente de un chiquillo malvado y cruel que no era consciente de las consecuencias de sus actos. Para él, las lágrimas no fueron nunca un alivio… no fueron más que señal de su odio impotente o de la compasión que sentía de sí mismo. Sin embargo… sin embargo…

Me da mucha pena de Carlos, pensaba Juan. Me da incluso más pena que la reina. Ella era amable y amada. Perdió muy pronto el miedo que sentía hacia su esposo y hacia España. Aprendió a amarle… tal vez cuando vio con cuánta solicitud estuvo a su lado, sin separarse de ella, cuando tuvo la viruela; o quizá cuando veía lo que disfrutaba con la primera hija que tuvieron. Ha muerto dulcemente y sigue estando tan hermosa como siempre. No se puede decir que haya vivido en vano.

Pero Carlos, detestado y detestable, ¿llegó a conocer algún momento de verdadera felicidad? No esa alegría falsa de sus correrías nocturnas, o de cuando mataba animales de la manera más insensible, o de cuando hería y maltrataba a los hombres. Pero este no era el motivo por el que Juan sentía pena de Carlos, pues los hombres no pueden compadecer a quienes se compadecen de sí mismos. Con esta clase de personas sucede como con aquellas que gustan de rezar en público para que las vean y las admiren, las que ya con eso han obtenido su recompensa.

El pobre Carlos arrastró durante toda su vida una pesada carga… el heredero del trono, el único hijo del rey era feo y deforme tanto de mente como de cuerpo. También Juan llevaba una carga. La de su nacimiento. Él tenía lo que no tuvo Carlos… y Carlos tuvo lo que él no tenía. Esto era lo que los unía a los dos por encima de los lazos de la sangre. Quizá esto era también una de las razones por las que el príncipe sentía cierta inclinación de afecto hacia él… a veces.

No podía llevar su carga, seguía pensando Juan, ¿podré yo aprender a llevar la mía? Y, en el fondo de su corazón se decía: en esta pena que siento por él, ¿no se esconderá un sentimiento de pena hacia mí mismo?

Quitando el momento de su llegada a Barcelona, que había sido un momento de radiante felicidad, cuando el duque de Francavilla le comunicó la muerte de Carlos se hundió en una especie de abismo. Había sido su primera acción al mando de la flota… y había constituido un éxito. Él lo sabía, no por lo que la gente comentaba, incluso el

mismo Requeséns que era demasiado anciano para caer en el halago. Lo sabía porque lo sentía así. La flota era como un cuerpo y él era la mente de ese cuerpo. Tenía que aprender a manejar ese nuevo cuerpo; aprender a andar, a sentarse, a levantarse, a correr y a detenerse con ese nuevo cuerpo, que medía varias millas y era capaz de tener una gran agilidad. Tenía que saber cómo apoyar el peso en uno u otro pie sin perder el equilibrio, cómo avanzar o retroceder o esquivar; y cada uno de esos movimientos requería un tiempo preciso. Solamente cuando tuviera todo eso bien claro en su mente podría decirse que sabía utilizar su nuevo cuerpo.

Hasta después de cuatro meses de constantes ejercicios no estuvo identificado con ese cuerpo nuevo, como se identificaba con un caballo cuando cabalgaba o con su propio cuerpo cuando esgrimía la espada. Muchas de las cosas que Galarza y don Luis le habían enseñado tenían aplicación en esto. En cierto modo, era como si estuviera creciendo.

Por supuesto, había cientos de cosas de las que tenía un conocimiento muy escaso, sobre todo aquellas en las que la experiencia era prácticamente el único maestro. Tales materias –navegación, habilidad en el manejo de las velas y del timón, el estudio de las mareas y de las corrientes, y otras tareas específicas– tenía que confiarlas a sus oficiales; aunque no a aquellos que se habían unido a la flota por el honor de servir bajo su mando, por muy notable que fuera su nombre, sino a los viejos lobos de mar, que contaban con veinte o treinta años de experiencia en sus espaldas, en sus estómagos y en sus narices. Algunos de ellos tenían como un «sentido» de su trabajo, pero en una sola tarea. Posiblemente no había en toda la flota quien supiera tanto sobre velas como Enrique Martínez, por ejemplo. A García de Soto le bastaba ponerle la vista encima a un hombre para saber qué clase de trabajo podía hacer y si era de confianza o no. Requeséns era un tesoro, pero su experiencia en el combate era muy inferior a la de Abrantes, Quiñones, Carrero o Molina. Quiñones era el jefe nato de los navíos ligeros, y esto era muy de tener en cuenta, pues los moros rentan muchos navíos ligeros y también los turcos los utilizaban más que las pesadas galeazas. Quiñones estaba en su elemento con los bergantines y las fragatas, Molina había servido en las galeazas, Abrantes y Carrero en las galeras. Y cada uno de ellos estaba convencido de que la única clase de barcos que servían de verdad eran los suyos.

Con aquellos conocimientos limitados, esos hombres no podían ser comandantes de una flota. Quizá se hacía deliberadamente así para que el mando tuviera que recaer sobre unos pocos hombres escogidos, que gozaban de la plena confianza del Rey. Hombres que poseyeran el don de captar en el acto qué era lo más importante, y cuya mente no estuviera ocupada por esos mil detalles de rutina propios de su misión específica, impidiéndoles una amplia visión de conjunto.

Recordaba que en una ocasión le planteó esta cuestión a Requeséns; el viejo se le quedó mirando con sorpresa y le dijo que nunca se le había ocurrido pensarlo, pero que quizá llevara razón. Acto seguido se puso a contarle la magnífica recepción que le hizo al Emperador Carlos hacía veintidós años, cuando este fue a hacer una visita de inspección al regimiento de caballería en Bavaria, a un lugar cuyo nombre era

absolutamente imposible de pronunciar. Requeséns era de la clase de hombres que saben hacer casi de todo… buen soldado, diplomático, había servido tanto en tierra como en la mar. Podía ser muy duro, pero también tenía sentido del humor y le gustaba contar historias. Cuando hablaba con él, Juan tenía que hacerle volver delicadamente una y otra vez al tema de la conversación: personalidad de los jefes turcos, tácticas y estrategias que utilizaban en la guerra naval…

El tañido profundo de la campana de San Gil hizo cambiar el rumbo de los pensamientos de don Juan. La alta mar quedaba lejana; ahora estaba en presencia de la muerte. En San Gil todos rezaban incesantemente por el alma de la pobre reina y allí estaba él pensando solo en sus actividades navales, muy satisfecho de lo que había llevado a cabo a pesar de que en realidad no tenía nada importante que comunicarle al Rey.

El Rey… cada vez que Juan debía informarle de algo, un suceso imprevisto acaparaba toda la atención del Rey.

Cuando volvió, lleno de orgullo, de su primera misión de inspeccionar la flota, se encontró inmerso en el terrible complot de Carlos, que acabó con el arresto del príncipe. Y ahora que regresaba con un informe cuidadosamente confeccionado acerca de sus andanzas desde junio a octubre, una doble tragedia lo dejaba reducido a una insignificancia sin ningún valor.

¿No sería que lo único que tenía importancia en la vida humana era la tragedia? ¿Querría Dios, de esa manera, darle a entender que lo único que importaba era el fin último? ¿Qué podía hacer un hombre?

Intentó rezar por la reina. Aunque seguramente estaba ya en el cielo, porque había sido una criatura dulce e inocente. Su oración se fue apagando. En cambio se puso a rezar por Carlos. Pero también quedó en un mero recitar palabras. Carlos le había llamado Judas, aunque él se había limitado a cumplir con su deber. Pero… pero… ¿lo había hecho sin pensar de verdad en sí mismo? ¿Habría en él un hipócrita, disfrazado sutilmente de súbdito fiel y leal del Rey? No podía rezar. ¿No sería que Dios rechazaba su oración, como rechazó el sacrificio de Caín? Pensar en eso era un absurdo. Caín mató a su hermano y él no había matado a Carlos.

¡Dios bendito! No podía pensar con claridad en aquella habitación llena de cirios temblorosos. Sí, temblorosos. Hasta él llegó un ligero soplo de viento procedente de la puerta que había en el otro extremo del cuarto… Unas formas negras imprecisas se deslizaban hacia el interior de la capilla; era como una nube oscura, una nube de hombres vestidos de negro que se quedaron al fondo de la habitación. Una de aquellas sombras se adelantó despacio, sus cabellos y su barba tenían reflejos blancos a la luz de las candelas; parecía un anciano.

¡El Emperador!, pensó Juan estremeciéndose. ¿Estoy soñando? Oigo las campanas de Yuste… el Emperador…

Era el Rey. Siguió acercándose despacio hasta llegar a los pies del féretro.

Lentamente, dolorosamente, cayó de rodillas y cruzó las manos en actitud de rezar.

El Rey era un anciano.

CAPÍTULO 27

Cuando Juan cruzó la pesada puerta del monasterio de El Abrojo, tuvo la sensación de que pasaba el umbral de la muerte. El mundo quedaba atrás y él penetraba en un lugar o se colocaba en un estado que no perteneció del todo a la tierra y que tampoco estaba fuera de ella. Tan fuerte fue esta impresión que, cuando la puerta se cerró de un portazo, se detuvo en seco y miró hacia atrás con una aprensión instintiva. En aquel sonido metálico le pareció encontrar algo irrevocable.

Junto al barbudo hermano portero, un fraile pequeño y rechoncho estaba esperándole con un gesto acogedor en su rostro redondo. Tenía los ojos sonrientes y un mechón de pelo gris en medio de la frente.

—Bienvenido, Excelencia –le saludó, acercándose a él con pasitos menudos–. Deseo que cuando os vayáis os llevéis el corazón más alegre que lo traéis. Vuestro equipaje ha llegado esta mañana. Vuestros criados que lo trajeron se han marchado ya, pero todo está en vuestra habitación.

Juan asintió sin hablar. Deseaba pasar allí aquel tiempo solo, sin las constantes actividades y solicitudes de sus ayudas de cámara. Había recordado esta clase de cosas cuando estaba en alta mar y le había tomado gusto. En El Abrojo no habría necesidad de ir tan meticulosamente acicalado. ¿Dónde estaban el Prior y los hermanos?, se preguntó, mirando a su alrededor. Allá en el jardín vio unos cuantos frailes paseando mientras leían.

—Nuestro Prior –dijo el pequeño fraile– ruega a Vuestra Excelencia que le disculpe. Tiene buena salud, en general, pero últimamente le cuesta mucho esfuerzo bajar las escaleras –hizo un ligero movimiento de disculpa con los hombros–. Ha cumplido noventa y tres años en la pasada fiesta de la Anunciación y es natural que le pase eso.

—¡Oh! Sí. Desde luego –dijo Juan.

—Le resulta más difícil bajar las escaleras que subirlas –explicó el fraile–. Yo pienso que eso es perfectamente normal –prosiguió con el rostro radiante–. ¿Sabéis, Excelencia, lo que significa la palabra «abrojo»? *Scala coeli.* Puede que resulte un poco presuntuoso, ¿no os parece? Escalera del cielo. Aunque por estos alrededores le dicen «escalera de Dios». Seguidme, por favor…

Penetraron en aquel edificio grande y gris, que más parecía una fortaleza con sus torres y muros, por una puerta en la que Juan no había reparado.

—Por aquí se corta camino –explicó el fraile–. Si entramos por la puerta principal, tenemos que subir unas escaleras y después bajar otras. A veces es mejor prescindir de esa entrada. Por aquí solo tenemos que subir seis escalones y la puerta siguiente es la de vuestra habitación.

Entraron en un cuarto bastante grande, con una cama que parecía cómoda, un escritorio, dos sillas y una chimenea con un buen fuego. En una repisa había unas macetas pintadas de colores alegres. En la pared pendía un gran crucifijo.

—Vuestras maletas están bajo la cama. Se celebran misas desde las cinco hasta las siete y media. Las comidas se sirven a las ocho, al mediodía y a las seis y media. Y yo estoy a vuestra disposición para lo que queráis mandar.

—Sois muy amable –dijo Juan afablemente.

Después de todo, aquel hombrecillo no tenía la culpa de que no lo hubieran recibido de acuerdo con su rango. Si el Prior estaba demasiado viejo para recibirlo, debería haber enviado al subprior o a cualquiera que lo sustituyese. No pudo evitar el manifestar su desagrado.

—¿También el subprior tiene noventa y tres años? –preguntó con una punta de ironía.

—Solo tiene cincuenta y seis –dijo el pequeño fraile moviendo la cabeza–. Y no es muy competente para ese cargo. Le desagradan profundamente los números. A San Agustín le gustaban; incluso construyó una teoría sobre ellos; pero él tenía una teoría casi para cada cosa. ¡Que inteligencia poseía! Pero en fin, al subprior le disgustan los números y todo lo que sea trabajo administrativo. Nunca deberían haberlo elegido subprior.

—¿Y creéis vos que está bien hablar así de un superior? –le reconvino Juan, frunciendo las cejas.

—Está absolutamente mal –afirmó el fraile muy divertido–. Pero en este caso no es más que conocimiento propio.

Juan le miró fijamente.

—¿Queréis decir… vos sois…?

El fraile se inclinó respetuosamente.

—El subprior, al servicio de Vuestra Excelencia.

—Os pido perdón, Reverendo Padre –dijo Juan todo confuso–. No me lo podía imaginar… Debería haberlo sabido, desde luego. El solo hecho de que me hayáis recibido en la puerta…

—Yo tendría que haberme presentado –replicó el fraile moviendo la cabeza–. Eso mismo demuestra cómo soy… No sirvo en absoluto para estas cosas.

—No me gustaría molestaros más –dijo Juan amablemente–. Doña Magdalena Ulloa de Quijada me pidió que presentara sus respetuosos saludos a uno de los frailes que hay aquí y al que parece tener en gran estima… Fray Juan de Calahorra. ¿Podría tener el gusto de conocerlo? Os quedaría muy agradecido si pudiera tenerlo como director espiritual durante el tiempo que dure mi retiro.

El pequeño fraile volvió a hacer una inclinación.

—Yo soy Fray Juan de Calahorra, al servicio de Vuestra Excelencia –dijo como si se

sintiera abatido–. Y soy completamente indigno de la estima en que me tiene tan alta dama.

Puso una expresión tan abrumada que Juan no pudo evitar reírse. Esto le ayudó a disimular su desilusión. Aquel era el hombre al que doña Magdalena se había referido diciendo que era un santo…

—Llevamos el mismo nombre de pila –comentó cortésmente.

—Sí, es cierto –la cara del fraile se iluminó–. Pero el apóstol debía de parecerse mucho más a vos que a mí. Me refiero al verdadero San Juan, no a esos que con frecuencia encontramos en las pinturas. Pinturas excelentes, pero con tendencia a representarlo con aspecto relamido, casi femenino. San Juan no era así ni mucho menos.

—¿Cómo lo sabéis? –le preguntó Juan sorprendido.

—Directamente de nuestro Señor –replicó el fraile–. Lo solía llamar «Hijo del Trueno». Con toda seguridad que vos no le daríais ese sobrenombre a un muchacho blando y melindroso. Debió de ser un orador magnífico, casi explosivo. Tenía mucho genio. Y, además, por lo menos en una ocasión se mostró un tanto ambicioso.

—¿Ah, sí? ¿Cómo puede ser eso? Yo pensaba que un santo no debía tener ese defecto.

—Nadie nace santo –dijo Calahorra sonriendo–. Yo no creo que ninguno de los apóstoles pueda ser llamado santo… antes de Pentecostés. No podemos ser santos antes de que el Espíritu Santo descienda sobre nosotros. Y muchos no lo somos ni siquiera después. Es necesario que colaboremos. Bueno… pues la ocasión en que San Juan se mostró demasiado ambicioso fue cuando él, y también su hermano, le pidieron al Señor que les reservase los primeros puestos a su derecha y a su izquierda. Y recordad cómo nuestro Señor les preguntó si podían beber el cáliz que Él iba a beber; ellos entonces le respondieron que sí.

—Lo recuerdo –dijo Juan.

—Bueno, pues San Juan tuvo la oportunidad de ver lo que implicaba aquel deseo suyo, cuando estuvo al pie de la Cruz y vio quiénes pendían a la derecha y a la izquierda del Señor. Mucho debió de pensar en ello… después. Y todo se arregló. Nunca es demasiado tarde para pensar en las cosas importantes. Al menos casi nunca lo es. Ciertamente este no es vuestro caso –el pequeño fraile frunció los labios–. Todo depende de lo que entendamos por «ambición» –el fraile siguió hablando sin hacer caso de la cara de sorpresa de Juan–. Si por ello entendemos el ensalzamiento propio, más tarde o más temprano llega el desengaño. Si la tomamos como ambición por el Reino de Dios, también es posible que recibamos desengaños, incluso una serie de ellos, pero no nos perjudicarán, porque no perderemos la ilusión. No la podremos perder. Solo queremos la gloria de Dios y no hay fracaso que la pueda oscurecer. Lo que pasa es que no resulta fácil, al menos al principio, separar nuestra ambición personal de la ambición sana. ¿Habéis comprendido?

Se oyó el tañido de una campana.

—La hora de la cena –dijo el fraile–. Os mostraré el camino del refectorio.

Ya en la puerta, se volvió sonriente.

—No lo olvidéis… San Juan fue el discípulo predilecto de nuestro Señor… antes de ser santo.

Con una enérgica sacudida de cabeza, Calahorra continuó andando sobre sus cortas piernas.

Juan le siguió, preguntándose qué sabía Calahorra acerca de él.

Cuando entraron en el refectorio, una treintena de frailes esperaban de pie.

Calahorra se dirigió al asiento del Prior. Al parecer, el anciano estaba demasiado débil incluso para presidir la cena. El asiento de Juan estaba a la derecha del subprior. Se bendijo la mesa y entraron unos hermanos llevando unas fuentes humeantes. La comida era sencilla, pero sabrosa. En el refectorio no se hablaba. Uno de los frailes leyó unos pasajes del Evangelio y después un libro piadoso que Juan no entendió. Leía en latín y, después de hacer esfuerzos para medio enterarse, Juan dejó de escuchar. Los platos y los vasos eran de peltre, toscos y escrupulosamente limpios. Se puso a observar los rostros de los frailes. La mayoría de ellos tenían aspecto de ser más santos que Fray Juan de Calahorra. Este parecía muy inteligente. Volvió a preguntarse qué sabría Calahorra acerca de él. Probablemente lo que le hubiera contado doña Magdalena, lo cual no le aclaraba nada. Estaba seguro de que la historia de la ambición del Apóstol había sido una indirecta. ¿Podría ser aquel hombrecillo regordete un espíritu combativo?

Todos se pusieron de pie para dar gracias. Salieron en fila y se dirigieron a la iglesia para terminar de rezar las Horas y acabar con la *Salve Regina.* Todo aquello él lo había vivido ya antes… hacía mucho tiempo. Cuando todavía era un niño. En Valladolid, no lejos de donde ahora estaba. Había seguido a los frailes y había escuchado sus cantos. Allí estaba aquel anciano, sentado detrás de él en la iglesia… aquel anciano que se parecía a Dios. La Tía le habló de él después, era un gran hombre, y muy santo. Pedro de Alcántara. En estos momentos a Juan no le apetecía ir con los frailes a la iglesia. Se sentía un poco irritado, había algo dentro de él que le irritaba. Se fue a su cuarto y se echó en la cama.

No se quedaría allí mucho tiempo. Desde luego no dos o tres meses como le había sugerido la Tía cuando fue a visitarla, a ella y a la criatura, a Villagarcía.

La criatura tenía los mismos ojos que María. ¿Sabría la Tía dónde estaba María? Un par de veces él tuvo la sensación de que conocía su paradero, pero ella no habló del asunto.

Podía oír muy bien los cantos de los frailes en la iglesia. Cantaban todos los días, y rezaban, enseñaban, estudiaban y decían Misa… y eran felices. En sus rostros había felicidad, incluso en el más austero y ascético. Eran macizos, hechos de una pieza. Probablemente ninguno de ellos era ambicioso.

Aquel fraile rechoncho era listo. Y parecía que también era enérgico.

Pero Juan no se iba a quedar allí mucho tiempo. Tal vez hubiera sido mejor no haber

venido. Se sentía intranquilo e irritado, lo cual no era precisamente lo más adecuado para disfrutar de una serenidad alegre.

El problema estaba en que no tenía a dónde acudir. María estaba no se sabía en qué lugar lejano, fuera de su alcance. Y tampoco podía quedarse en Villagarcía con aquella niña que lo miraba con los ojos de María.

La flota estaba fondeada. En esa situación, las cosas marchaban de acuerdo con un ritmo ya establecido y la presencia del capitán general no haría más que estorbar.

La corte estaba de luto riguroso. El Rey estaba trabajando todo el día con Pérez y los miembros de los diversos Consejos; aparte de eso, no quería ver a nadie. También él había perdido a la mujer que amaba… y la había perdido irrevocablemente. No era de extrañar que hubiera envejecido. ¿Cómo se sentiría él mismo si supiera con seguridad que no volvería a ver a María? Pobre Felipe. Pero no había manera de procurarle algún consuelo. Tal vez era eso lo que estaba en la raíz de la terrible enemistad que hacia él sintió don Carlos… en que Felipe siempre era primero Rey y después padre o hermano.

Alejandro estaba en Italia. Ahora que ya su madre había cesado como Gobernadora de los Países Bajos, él ya no estaba «confinado en la corte», como solía decir.

La vida estaba dormida. Había tratado de despertarla, Pero todos sus intentos habían sido puerilmente ineficaces. Él era insignificante. Quizá siempre lo sería. Cada vez que había querido hacer algo, la vida se le había reído en su propia cara, y le había mostrado que él no importaba nada. Últimamente incluso le parecía que deseaba convencerle que nada era importante. ¿Qué sentido había tenido la vida de Carlos? ¿Por qué había muerto la reina antes de haber dado a luz un hijo varón, que podía haber sido lo que Carlos no había sido nunca? Ya verás, pequeño fraile… mañana te voy a hacer unas cuantas preguntas…

Habían terminado de cantar.

* * *

—Según vuestro punto de vista –dijo el pequeño fraile–, Dios debería haber hecho que la reina, a quien Dios tenga en su gloria, no muriera antes de dar a luz un hijo varón.

—Yo no lo he planteado así –protestó Juan frunciendo las cejas–. Pero su muerte no tiene mucho sentido. Puedo comprender que Dios llamara a Carlos, que probablemente habría sido un mal rey… aunque tampoco puedo comprender por qué hizo un milagro por medio de uno de sus santos para conservarle la vida, sabiendo, como tiene que saber, porque es omnisciente, que Carlos iba a utilizar su nuevo plazo de vida solo para mayor desgracia. Además…

—Un momento –le interrumpió Calahorra–. Como ninguno de nosotros somos Dios, tenemos que considerar las cosas una por una. ¿Cómo sabéis que, si la reina hubiera tenido un hijo, este habría sido mejor rey que el príncipe Carlos? Vamos a suponer que la criatura hubiera vivido y hubiera sido rey y que al cumplir los veintiún años hubiera tomado una decisión que llevara a la catástrofe al país entero. Vos mismo, que entonces

tendríais cuarenta y dos años, se lo habríais reprochado a Dios.

—¿Entonces vos pensáis que Dios ha hecho que la reina muera porque su hijo habría sido un mal rey?

—Eso no lo puedo saber –respondió Calahorra con toda calma–. Pero tengo suficiente confianza en Él para creer que sabe lo que se hace. No he hecho más que plantear una hipótesis entre las muchas posibles. ¿Podéis aguantar un duro golpe?… Perdonadme, la pregunta es tonta. Sois el jefe de la armada del Rey y debéis saber aguantar un golpe. Veamos: ¿cómo podéis estar seguro de que Dios quiere que esta dinastía continúe rigiendo los destinos de España?

Juan se quedó mirando estupefacto al pequeño fraile.

—No querréis decir…

—Hubo un tiempo –dijo Calahorra sin inmutarse– en el que Dios permitió que nuestro país fuese dominado por los moros. Aquello duró mucho, como sabéis. Muchos siglos. Moros. Musulmanes. Durante los primeros siglos de esa dominación, la actual casa reinante no existió, ni aquí ni en ninguna parte. Pero la historia sigue su curso. ¿Quién os asegura que no se pueda repetir? Y si se repite, ¿vais a censurar a Dios? Que yo sepa, Dios no ha garantizado a ningún país sus fronteras ni sus gobernantes. Lo que sí ha garantizado es nuestra personal salvación, si tenemos fe y cumplimos sus mandamientos.

El fraile se deslizó de su silla, se inclinó y empezó a remover el fuego. El reflejo rojizo transformó su rostro en el de un querubín envejecido.

—Veamos ahora lo del príncipe Carlos –prosiguió al mismo tiempo que se levantaba–. Fray Diego intercedió por él, ¿no? Y vos rezasteis para que intercediera, ¿no es así? Observad que ahora censuráis a Dios por hacer lo contrario de lo que antes le reprochabais. O sea, que Dios tenía que haberle conservado la vida a la reina, pero tenía que haber permitido la muerte del príncipe Carlos.

—Me acabáis de decir que Dios sabe mejor que yo qué clase de rey habría sido el hijo de la reina –replicó Juan vivamente–. Lo mismo se podría decir que Dios sabía lo que Carlos iba a hacer con el tiempo de que dispondría después de sanar. No me iréis a decir que Dios quería que Carlos se rebelara contra su padre, que lo hicieran prisionero y que muriera de forma lamentable.

—Es algo muy arriesgado rezar por algo o por alguien –dijo Calahorra hablando despacio–. La oración es siempre escuchada, pero uno no sabe nunca si lo que pide es conveniente o no. Por eso, yo nunca le pido una cosa a Dios sin añadir: «si esa es tu santa voluntad» o «si eso va a ser bueno para mí». Por supuesto que Dios dice a veces que no a nuestras oraciones… aparentemente. Pero cuando lo hace, su «no» se convierte en un torrente de gracia para otra cosa, y a veces para varias cosas. No existe una oración no escuchada. En el caso que habéis referido, vuestra oración fue directamente escuchada. El príncipe se curó. ¿Recordáis cuando el Señor se encontró con aquel hombre ciego de nacimiento? Los discípulos le preguntaron si la causa de su ceguera

eran sus pecados o los de sus padres. Y Jesús respondió: «ni sus pecados ni los de sus padres, sino para que las obras de Dios se manifiesten en él». Y después lo sanó. No se nos dice nada de si aquel hombre llevó a partir de entonces una vida ejemplar o no.

—Bueno… no… pero…

—Rezasteis por el príncipe –le interrumpió Calahorra con energía–. Fue curado. Y vos recibisteis un torrente de gracias que robustecieron vuestra fe para cuando más la necesitéis. Porque os fue concedido ver la intervención de Dios.

—¿Queréis decir que… Carlos fue curado para provecho mío?

—Desde luego. Pero no solo para provecho vuestro, aunque eso ya habría sido suficiente motivo. Había otras personas que lo presenciaron, entre ellas algunos médicos. Pues bien, uno de ellos, no me acuerdo de su nombre, vino aquí poco después para hacer el primer retiro de su vida. Estaba asaltado por fuertes dudas. Él sabía que, desde el punto de vista médico, el príncipe estaba virtualmente muerto, y aquella curación le abrió los ojos.

—Yo no sabía…

—Por supuesto que no. En este caso concreto, yo tuve la oportunidad de conocer los motivos. Y la gracia concedida tanto a vos como a doña Magdalena ha sido la de que vengáis a plantearme esta cuestión y que yo haya podido responderla desde el punto de vista de la ciencia y desde el de la fe. No es corriente que podamos ver una muestra tan clara de la acción de Dios en el mundo, y sin duda debe de ser por alguna razón. Al fin y al cabo, nosotros solo podemos contribuir a la construcción del Reino de Dios con un poco de fe, de esperanza y de amor, y la fe sería innecesaria si lo supiéramos todo. Gracias a Dios no es así. Esta vida nuestra sería inconmensurablemente más pobre si no fuera por la fe. ¿No es algo maravilloso poder confiar en los demás? ¿Poder asegurar con absoluta certeza que un hombre es honrado, que una mujer es fiel? Si lo supiésemos solo por conocimiento, sería como afirmar que una piedra es dura o que el agua es líquida; no tendría más valor que eso. Cierto que los seres humanos pueden defraudarnos, pero siempre podemos refugiarnos en Dios, que no nos engaña… y al que no podemos engañar.

Después de una pausa, Juan dijo:

—Parece algo terrible que un hombre tenga que nacer ciego para que Dios tenga la oportunidad de mostrar su poder…

—Yo no lo veo así –repuso Calahorra con calor–. Ese hombre ni siquiera existiría, si no fuera por la voluntad de Dios. Y recibió muchas alegrías de otra clase antes de que el Señor le abriera los ojos. ¿Con qué derecho le exigimos a Dios que a todos nos conceda los mismos dones? Igual se me podía ocurrir a mí pedirle al rey Felipe que me nombrara capitán general de los mares… o a Dios que me hiciera un rey tan poderoso como el rey Felipe. Dios tiene perfecto derecho a distribuir sus dones como le plazca. En cambio, quien en esta vida tiene un lote mayor de dificultades y contradicciones será recompensado por Dios cien veces, mil veces, más en la otra vida.

Fray Juan se arrellanó en la vieja silla.

—Tanto vos como yo somos cristianos –prosiguió–. Esto quiere decir, entre otras cosas, que consideramos la vida presente solo como una preparación para la otra. Nuestro Señor mencionó esto una y otra vez, empezando por el sermón de la montaña. Pero es corriente que, cuando un cristiano se pone a pensar y juzgar tal o cual situación de esta vida, se olvida de esa otra vida que hay después de la muerte. Son como niños que piensan que la golosina que se les ha caído en el fango es irrecuperable para la eternidad. Pierden la esperanza de recobrar esa golosina, cualquiera que sea: la mujer amada, los honores, el rango, la casa, un privilegio, un vestido nuevo, una apuesta… Cualquier cosa. Y protestan contra Dios porque ha cometido con ellos la injusticia de arrebatarles su golosina. ¿Sabéis lo que demuestra eso? ¿Lo sabéis, Excelencia?

No había lugar a responder a estas preguntas, por eso el pequeño fraile continuó:

—Pues significa que la acción del Señor con aquel mendigo ciego de Jerusalén no le concernía solo a este. Nos concierne a todos, según las circunstancias propias de cada cual. También vos sois un mendigo ciego, Excelencia, hasta que nuestro Señor os abra los ojos.

La mirada de asombro de Juan se encontró con una sonrisa seráfica.

—Está claro –dijo Calahorra– que nos resultará difícil ser felices mientras estemos espiritualmente ciegos.

Juan se puso de pie.

—Creo que esto es más de lo que puedo resistir por ahora.

No pareció que Fray Juan se sorprendiera. También él se levantó con una elasticidad felina.

—Como queráis –dijo amablemente–. Pero no olvidéis que el Señor puede hacer todavía milagros… si se le piden.

Al cabo de unos días, doña Magdalena vino a hacerle una visita. Estuvo con Juan en una salita especial, pues en las otras no podían entrar las mujeres. Le contó que la niña estaba bien. Don Luis le había escrito desde Madrid y le decía que el Rey trabajaba demasiado, principalmente porque todo lo quería hacer él mismo…, don Luis mandaba saludos cariñosos para Juan y para Fray Juan de Calahorra.

—No me olvidaré de decírselo, Tía.

—¿Qué impresión os ha causado? –preguntó ella inocentemente.

—No sé si es un santo –respondió Juan sonriendo–, pero sí sé que a veces es un tanto rústico. Ya sé que lo uno no quita necesariamente lo otro. San Jerónimo también era bastante rústico, a veces, si recuerdo bien lo que me enseñaron en Leganés.

Ella se echó a reír de buena gana.

—Quizá hayáis estado demasiado tiempo en la corte, querido; de todas formas, si queréis os podéis venir a Villagarcía a hacerme compañía…

—Aún no, Tía –le dijo él–. Todavía hay dos o tres cosas que quiero preguntarle.

—Ya sabía que me ibais a decir eso.

* * *

—El mendigo ciego quiere hacer algunas preguntas –dijo Juan.

El pequeño fraile se rio suavemente. No dijo nada. Estaban paseando por el desolado y triste jardín. Juan llevaba guantes y se envolvía en una capa, el fraile llevaba el mismo hábito de siempre, solo que ahora tenía los brazos cruzados y las manos metidas en las mangas.

—Conocéis mi historia, Fray Juan. ¿Creéis que me separaron de María por el pecado de mi padre o por el pecado de mi madre?

—No lo creo.

—¿A causa de mi pecado?

—Es posible. Ya hace tiempo que os confesasteis y recibisteis la absolución. Pero el perdón no excluye la pena. Aunque os lo repito: no creo que sea cuestión de causa y efecto.

—No os comprendo.

—Quiero decir que en todo eso hay algo más de lo que se puede ver por el momento; que probablemente Dios tiene Sus planes para vos… no es el Rey el único.

—Eso pensé yo en una ocasión –le recordó Juan con cierta amargura–. Fui a unirme a la expedición que zarpaba para rescatar Malta. Supongo que aquello fue una chiquillada.

—¿Lo creéis así de verdad? –la voz del pequeño fraile era muy suave–. Yo me pregunto si no fue lo más bonito y lo más generoso que habéis hecho en vuestra vida…

—Pero no fue precisamente un éxito…

—¡Como si eso tuviera importancia! Vamos a ver, ¿por qué lo hicisteis? Sé las cosas que os enseñó don Luis; sé los libros que leíais, de caballeros andantes y de grandes proezas y demás. Deseabais pelear, buscabais aventuras y gloria. También sé que no queríais ser cardenal. No os lo reprocho. Yo tampoco querría. Todo eso está muy bien. ¿Pero era eso todo?

Juan lanzó una risita incómoda.

—Es curioso que hagáis esa pregunta. Los defensores de Malta eran los Caballeros de San Juan y yo… yo me sentía como ligado a ellos. Nunca le he dicho esto a nadie.

—Juan –el fraile habló despacio–. Fue el Rey quien os dio ese nombre, ¿no?

—Sí. ¿Por qué?

—El Rey es vuestro único pariente próximo…

—… excepto mi madre, a quien nunca he visto y probablemente nunca veré –dijo Juan con voz apagada.

—El Rey es hermano vuestro…

—Mi hermanastro –corrigió Juan–. Es así, ¿no? Mi nacimiento me cerrará siempre el camino. Siempre. Lo sé. Lo sentía en cada una de las miradas de don Carlos. E incluso del Rey…

—El mendigo ciego se lamenta de su suerte –dijo Calahorra.

—¿Qué queréis decir?

El fraile se detuvo.

—Cuando nos conocimos hicimos la observación de que teníamos el mismo nombre. Ahora os quiero hablar de otro Juan, un fraile como yo, pero, por lo poco que sé de él, estaba mucho más cerca de Dios de lo que yo nunca llegaré a estar. Su nombre de religión era Fray Juan de la Cruz. Ahora es Santo. También es un poeta. Os voy a recitar dos versos, solo dos versos, de una de sus poesías. Si los comprendéis, tendréis la receta para la felicidad, el resto es cuestión de oración. Esto es lo que escribió: «Si quieres serlo todo, ve a donde no seas nada; si quieres tenerlo todo, ve a donde no tengas nada».

Juan movió la cabeza.

—Es decir, a Dios –prosiguió Calahorra–. Dios lo es todo y suyo es el universo. Buscad la unión con Él y lo seréis todo, y todo os pertenecerá. ¿Lo veis? ¿O es que habéis olvidado que la corona del Rey de reyes, infinitamente más preciosa que todas las coronas del mundo juntas, es una corona de espinas? Cuando nuestro Señor andaba por el mundo, ¿qué era para los doctores judíos?, ¿para los sacerdotes del Templo? Un rabí errabundo con falsas pretensiones. ¿Qué era para los romanos? Un súbdito provinciano del gran Emperador y un hombre cargado de crímenes. Él mismo nos advirtió que el discípulo no puede esperar ser mejor tratado que su Maestro, ¿no fue así? Pero vos, Su Excelencia don Juan de Austria, no queréis reconocer en Cristo a vuestro Maestro, deseáis ser grande y enaltecido y os permitís molestaros cuando no os otorgan toda la grandeza y todo el honor por culpa de vuestro nacimiento. ¿No habéis pensado en la clase de nacimiento que tuvo nuestro Señor? ¿Podéis reclamar el derecho de haber nacido en un palacio, cuando Él nació en un establo?

—Si alguna vez tengo que batallar con un infiel –dijo Juan–, espero que no sea tan duro como sois vos.

—No lo será –exclamó Calahorra–, porque no os podrá hablar como yo os hablo, en nombre de Cristo crucificado.

CAPÍTULO 28

Aquel mes de diciembre fue extraordinariamente frío y un viento cortante soplaba del norte. Tuvieron que desistir de su paseo ordinario y se acomodaron en la habitación de Juan, en donde ardía un buen fuego.

Calahorra se calentaba sus dedos regordetes.

—Un hombre que conozco –dijo Juan sonriendo–, me dijo una vez que la mejor manera de tratar a Dios es tratarle como al fuego. No se debe uno apartar mucho de Él porque se siente frío… pero tampoco hay que acercarse demasiado, porque uno se quema.

Calahorra asintió con un movimiento de cabeza.

—Si le volvierais a ver, decidle que la Escritura no dice que no a los que son muy fríos ni a los que son muy calientes… sino a los tibios vomitará Dios de Su boca.

Juan parpadeó y, como quitándole importancia, dijo:

—Se trataba de un hombre muy ingenioso y sus agudezas eran célebres.

—Era ingenioso porque se expresaba de manera divertida –comentó el fraile–. Y cientos de personas insensatas repetirían esas agudezas como escudo ante sus propias cobardías. El demonio conoce bien el juego. Sabe utilizarlo todo para conseguir sus propósitos, incluso el sentido del humor que poseen los hombres y que es uno de los más valiosos dones de Dios. Esa frase se ha convertido casi en un dicho popular. Pero vivid según ella a ver qué ocurre. Ocurre exactamente lo que está ocurriendo hoy a nuestro alrededor. Es igual que decir: cumple con Dios, pero no te comprometas demasiado. No digas nada, sobre todo no hagas nada. Permanece neutral. ¿Qué os importa si los turcos atacan tal o cual país? ¿Os han atacado a vos? ¿No? Pero no os mostréis demasiado frío; enviad al Príncipe atacado una carta amable, incluso hacedle alguna pequeña promesa, pero no os acerquéis demasiado al fuego. Permaneced neutral… considerado… comprensivo. ¿Cuántos de los llamados príncipes cristianos han actuado de esa forma recientemente? Los venecianos no movieron un dedo cuando el Sultán atacó Rodas. Auténticos cristianos voluntarios se juntaron en Italia, miles de ellos. Pero nadie puso un barco a su disposición. Y Rodas, uno de los bastiones de la cristiandad, cayó ante la acometida del Islam –el fraile fijó un momento la vista en el fuego y dijo–: rutina. La rutina es uno de los peores enemigos de la humanidad. A veces parece como si nos hubiéramos acostumbrado a tantas cosas como hemos heredado. Nos creemos que estamos en posesión de ellas sin peligro de perderlas en cualquier momento. Y no nos damos cuenta de que el buen espíritu nos ha abandonado.

—Sin embargo en España no faltan hombres valerosos –replicó Juan un tanto molesto.

—No. Y Dios quiera que nunca falten. Pero muchos de los que tienen espíritu de aventura lo mezclan desconsideradamente con el espíritu de apropiación. Van a esos países lejanos no tanto para plantar en ellos la fe como para apoderarse de su oro. Esos hombres ponen su valor al servicio del oro y no al de Dios. ¡Para eso no hace falta ser cristiano! Cualquier pagano lo puede hacer. ¿Dónde está el hombre que posee todavía el espíritu de los cruzados? ¿El hombre que se comprometa a hacer una tarea no porque a él le guste, sino porque le gusta a Dios? *Deus lo vult!* ¡Dios lo quiere! No he oído ese grito en toda mi vida. Si dejamos las cosas tal como van, las generaciones futuras ni siquiera comprenderán por qué fue lanzado ese grito. En sus mentes materialistas les sonará como una especie de hipocresía o, Dios no lo permita, como una superstición.

—Yo creo sin ninguna duda que siempre habrá buenos sacerdotes que nos enseñarán el bien…

—Sí, los habrá. Las puertas del infierno no prevalecerán, lo sabemos bien. Pero cada uno de nosotros debemos vivir como si esta promesa de Cristo dependiera solo de uno mismo. No bastan los sacerdotes ni las monjas. Cristo necesita también de los laicos. Y, con el tiempo, los irá necesitando cada vez más.

—Nunca he oído a nadie decir esas cosas –comentó Juan moviendo la cabeza.

—Sacerdotes, monjes, frailes y monjas están en su sitio para su quehacer específico –prosiguió diciendo Calahorra–. Pero junto a su trabajo tendrá que haber también el de los laicos, hombres y mujeres.

—Esas son ideas nuevas –dijo Juan.

—Hasta hace poco, las únicas personas que sabían leer y escribir eran los eclesiásticos –dijo el fraile–. Y no porque los demás no tuvieran acceso a la enseñanza, sino porque la gente no se tomaba la molestia de aprender, pues para eso estaban los sacerdotes y los monjes. Y un buen día la gente dirá: «Rezar y predicar es cosa de sacerdotes y de monjes», y pasará lo mismo que pasó con lo de leer y escribir, que la piedad se irá como encogiendo y retrocediendo hasta quedar encerrada en los monasterios: Dejad que pase un poco de tiempo y veréis cómo los únicos que sabrán el Padrenuestro serán los sacerdotes.

—Eso no lo puedo creer.

—Desde que el individuo ese inventó el nuevo sistema de escribir con una máquina impresora, hay que pensar que, al mismo tiempo que es un progreso, nos amenazan nuevos peligros. Se puede imprimir papel con tanta rapidez y facilidad, que es posible cubrir con manifiestos y panfletos ciudades y pueblos enteros. Gobernantes y maestros utilizarán ese invento para dar publicidad y difundir sus mandatos y sus ideas y sus conocimientos. ¿Qué mandatos, qué ideas, qué conocimientos? Con todo esto, la influencia del laico aumenta y seguirá aumentando. Y de ello solo saldrán bienes. Por una parte, los eclesiásticos serán más humildes y, por otro lado, aumentará la responsabilidad de los laicos. Pero ahora todo depende del uso que se haga de eso. Si lo utilizan para su propio ensalzamiento o si lo utilizan en servicio de nuestro Señor.

Fray Juan se levantó y echó leña en el fuego.

—No vayáis a pensar que es algo que se me ha ocurrido a mí –dijo–. Cristo mismo lo dijo… como todo. ¿No habló de la escasez de obreros en el campo? Y él envió a sus Apóstoles para que difundieran sus enseñanzas no solo entre unas pocas gentes selectas, sino a todas las naciones. ¡Laicos, laicos! Es como una nueva cruzada. *Deus lo vult!*

Un leño se desmoronó en el hogar. El fraile lo señaló con la mano.

—Si Dios es como el fuego, yo me quemaré en él. Si Dios es como el agua, yo me sumergiré en ella. Si es como el aire, yo volaré en él. Si es como la tierra, yo penetraré en ella hasta alcanzar su mismo centro.

Juan le ayudaba a Misa al pequeño Fraile todos los días a las cinco de la mañana. La noche invernal pendía sobre El Abrojo y la iglesia se llenaba de sombras y de las voces susurrantes de los frailes que celebraban la Misa en otros altares en aquel mismo momento.

Para Juan, la Misa de Calahorra fue una revelación. Celebrada sin prisas, leyendo los textos con pausa y atención, pero no tan despacio que pareciera que las palabras se iban cayendo al suelo en vez de elevarse hasta el techo. Pronunciaba con claridad, dándoles todo su sentido sin necesidad de recurrir a una entonación chocante.

Si él le servía a Dios de esa manera, también había algo que Dios hacía por él. Los rasgos duros y toscos de su rostro se ennoblecían hasta el punto de que parecía otra persona; y cada gesto, cada movimiento, tenía un empaque regio. Aquel hombre pequeño y regordete, más regordete aún cuando se revestía para celebrar, se transformaba en una persona de tal dignidad, de tal majestad, que llegaba a superar los límites de lo meramente terrenal.

Allí, en el altar, estaba la fuente de ese poder que poseía; de allí sacaba la fuerza, como Anteo cuando tocaba a su madre la Tierra.

Juan se encontró pensando en cosas que antes no había pensado nunca. Anteo, el Titán de la mitología griega, era invencible mientras no perdía el contacto con el cuerpo de su madre. El cristiano es invencible mientras no pierde la unión con Cristo, con el Verbo hecho carne, con Dios que se hizo hombre y cuyo Cuerpo nos da a comer en la Hostia.

Los musulmanes, en cambio, querían cortar este nuevo puente entre Dios y el hombre. Para ellos, Cristo no es el Dios-Hombre, sino solo un profeta menor, un profeta anterior a Mahoma. Y este también era solamente un profeta. Una vez más, el lazo entre Dios y la humanidad había sido cortado, la unión más estrecha y más amorosa había sido rota. De nuevo Dios se había alejado, ya no era el Padre de los hombres, sino solamente el Rey, el terrible y temible Señor de los viejos tiempos.

El Islam era… un retroceso. Y puesto que lo que quería era anular el supremo sacrificio de Cristo, era peor que un retroceso; había que luchar contra él sin descanso.

Eso era lo que importaba, mantener y extender un reino por toda la tierra, en el cual Dios reine, pero no solo como Rey, sino también como Padre, en el que los hombres

puedan tener parte en la divinidad de Aquel que no tuvo a menos asumir la condición humana. Esto es lo que Dios quiso cuando, hablando como Cristo, dijo: «Id y enseñad a todas las naciones».

El título que un hombre pueda tener: príncipe, excelencia o nada en absoluto, no tenía importancia; la calidad de lo que coma o beba o vista, no tenía importancia; el lugar que ocupa: un trono o el más insignificante escabel, no tenía importancia.

Ni siquiera tenía importancia el que encontrara o no la felicidad junto a una esposa, en comparación con la más grande de las tareas. Porque el hombre no se pertenecía a sí mismo, sino a Dios.

Esa era la razón por la que los caballeros de tiempos pasados llegaban a dejar a sus mujeres y sus castillos y sus posesiones todas por la Cruz: *Deus lo vult!*

Esa era la razón por la que don Luis se lanzó al fuego para rescatar el crucifijo que los moros estaban quemando. ¿Cómo no se le había ocurrido pensar estas cosas antes? Don Luis era otro hombre que no había tenido miedo de estar demasiado cerca de Dios, en el fuego… se había arrojado materialmente a la hoguera.

Ya hacía muchos años que aquel crucifijo colgaba de la pared de su dormitorio y a sus pies él hacía su oración. Que encontrara a María, que el Rey le concediera rango real… y así todo; oraciones que siempre, cansinamente, se referían a él mismo, a su dignidad, a su felicidad, de una forma o de otra. Pidiendo, pidiendo siempre.

A partir de ahora tenía que pedir por otra cosa diferente, y solo por esa cosa: «¡Señor, concédeme que pueda servirte!».

* * *

La Navidad pasada en El Abrojo fue inolvidable. Era como si Cristo hubiera nacido realmente aquel día allí; parecía que todos los frailes se habían puesto de acuerdo para compensar el hecho que, hacía quince siglos, no hubo sitio en la posada. Competían entre sí para demostrar que en El Abrojo sí había sitio para Él. Los altares estaban cubiertos de flores… Juan estaba intrigado, pues no sabía de dónde podían haberlas sacado en aquella época del año. Ni los muros parecían tan terribles, ni las torres tan amenazadoras.

Un Niño había nacido… pero el Salmo noventa y nueve hablaba por boca de Dios Padre: «Contigo está el principado en el día de tu poderío, en medio de los resplandores de la santidad: de mis entrañas te engendré, antes de existir el lucero de la mañana». Y el rey David cantaba: «El Señor dijo a mi Señor: siéntate a mi derecha, mientras que pongo a tus enemigos como tarima de tus pies».

Daba la impresión de que el monasterio entero vibraba.

* * *

Dos días más tarde, doña Magdalena volvió, rebosante de noticias de Madrid.

—El levantamiento de los Países Bajos había sido sofocado –le contó–. Alba ha ganado, aunque yo habría preferido que en algunos casos no hubiera sido tan severo. Cuesta trabajo creer que eso haya terminado, ¿verdad? Y al parecer, ha sido definitivo, porque si no, la reina de Inglaterra no habría felicitado al Rey por su éxito.

—¿Isabel? ¿Que ha felicitado al Rey por eso? –Juan meneó la cabeza dubitativo–. ¿Pero los rebeldes no eran partidarios de ella?

—Supongo que primero es reina y después protestante. También hay noticias de Granada; me temo que no son nada tranquilizantes.

—¿De Granada? ¿De los moriscos?

—Sí. También ellos se han rebelado.

—¿Pero y el virrey? ¿Mondéjar? Seguro que tendrá que luchar contra unos pocos rebeldes nada más.

—Ha pedido refuerzos y parecía estar preocupado. Es lo único que sé, y me lo ha dicho vuestro secretario.

—¿Quiroga? Tengo que hablar con él inmediatamente. ¿Está…?

—Me figuré que querríais hacerlo y lo he traído conmigo. Está ahí fuera.

—Sois una maravilla, Tía. ¿Le puedo decir que entre? –Juan hablaba tartamudeando de puro nerviosismo.

Ella asintió con la cabeza y él salió de la habitación. Doña Magdalena encontraba a Juan cambiado, y no solo por las noticias que le daba. Algo le había sucedido; lo percibía. Calahorra lo había conseguido; o mejor dicho, había hecho que él mismo lo consiguiera.

Juan volvió con Quiroga, sometiéndolo a un bombardeo de preguntas. El secretario le daba respuestas rápidas y breves y doña Magdalena le escuchaba atentamente. En realidad, a ella no le había dicho muchas cosas, porque la mayor parte del tiempo se lo había pasado haciéndose lenguas de lo maravilloso que era su jefe y de cómo en la armada todo el mundo sentía veneración por él.

—… en los montes de las Alpujarras, cientos de pueblos.

—¿Y qué ha hecho hasta ahora Mondéjar?

—Expediciones de castigo unas veces, negociaciones de reconciliación otras. Asegura que hay muchos moriscos que son leales.

—Debe de saberlo muy bien, porque lleva allí mucho tiempo. ¿Y aun así necesita refuerzos?

—Sí, Excelencia.

—¿Cómo se lo ha tomado el Rey?

—Ya se han celebrado cuatro reuniones del Consejo y, cuando yo he salido de Madrid, se estaba celebrando la quinta.

—Cuántos… Os pido perdón, Tía, pero ya veis…

—Por supuesto, tenéis que informaros bien. Si os estorbo…

—En absoluto. ¡Qué idea! ¿Cuántos moriscos se supone que están en armas, Quiroga?

—De acuerdo con las últimas noticias, unos veinte mil, aunque…

—Mondéjar debe de creerlo así, puesto que ha pedido refuerzos. ¿Quién es su cabecilla?

—Han elegido un rey… Mohamed Aben Humeya.

—¿Y quién es?

—El morisco más rico de las Alpujarras, un califa descendiente de Mahoma. Es pariente de Abderramán.

—La antigua estirpe real. Veo que eso es algo serio. En las Alpujarras, cualquiera puede sublevarse y mantener un estado de guerra durante mucho tiempo, porque todo son rocas y despeñaderos y quebradas; se puede resistir en un paso de montaña con cinco hombres contra quinientos. Y si además tienen al frente a alguien que, según ellos, es sucesor de sus antiguos reyes… Una pregunta, Quiroga, nada más que una: ¿hay indicios de que los turcos les estén ayudando?

—Se sospecha, porque se han hecho prisioneros que vestían como los turcos, pero ellos afirman que son súbditos del rey de Argelia.

—¿Sabéis cómo comenzó todo eso?

—Sí, Excelencia. Primero…

—Dejadlo. Me lo contaréis camino de Madrid. Tengo que marcharme en el acto.

En el rostro de Quiroga se abrió una sonrisa de satisfacción.

—Ya me figuraba que lo haríais, Excelencia. He traído conmigo a Fuentes y a De Lima, y seis caballeros.

—Estupendo. Entonces vamos a…

El rostro de Juan se puso serio.

—No. Esperad –dijo–. Tengo que ir a ver a Fray Juan. ¿Me permitís, Tía? Vuelvo pronto.

* * *

El fraile estaba en la iglesia, aunque en aquel momento no había ningún acto de culto. Juan lo encontró solo, sentado en un banco. Parecía dormido: tenía los ojos cerrados y daba la impresión de ser una talla de madera.

Juan se sentó a su lado. Su excitación se fue sosegando y al cabo de unos momentos la trepidación que había en su mente se calmó. Aquella talla de madera se movió un poco, la cabeza se volvió hacia él y abrió los ojos. Juan oyó su voz muy bajito:

—Ha llegado antes de lo que pensabais.

Él movió la cabeza sin sorprenderse.

Calahorra se levantó, hizo una genuflexión ante el sagrario, dio media vuelta y salió. Juan iba tras él; ya en la puerta, se puso de rodillas para recibir la bendición de su maestro. Después, se dieron la mano.

—¿Sabéis lo que ha sucedido?

—Sí. Doña Magdalena me vio a mí antes de estar con vos.

—¿Os parece bien que me vaya?

—Debéis ir.

—Lo haré gustoso. Si el Rey me permitiera ir…

—Os lo permitirá –dijo Calahorra–. Y triunfaréis y vuestro triunfo hará famoso vuestro nombre en toda Europa.

CAPÍTULO 29

El día 15 de abril de 1569, Su Excelencia don Juan de Austria, Caballero del Toisón de Oro, Comandante jefe de las fuerzas españolas destinadas a sofocar la rebelión, se dirigía a Granada, desde el pueblecito de Iznalloz a quince millas de la capital, para hacer su entrada oficial en esta.

El Rey personalmente había determinado hasta el más pequeño detalle de esa entrada, incluido el número de personas que debían componer el Tribunal Supremo y el Capítulo que habían de recibirle. La vanguardia consistía en doscientos hombres vestidos con las armaduras, bajo el mando del conde de Tendilla, hijo mayor del marqués de Mondéjar.

Después iba don Juan a caballo, con una armadura de plata, botas de gamuza blanca y espuelas de oro. En vez de yelmo, llevaba un sombrero de terciopelo. En la manga izquierda, una gran escarapela roja era el distintivo de su mando supremo.

Don Luis Quijada iba a su derecha, el conde de Miranda a su izquierda. Cincuenta nobles cabalgaban tras él y, al final, los ayudantes oficiales y, en una larga fila de a cuatro, las tropas con todo su equipamiento.

En la Puerta de Elvira le esperaba don Pedro Deza, Presidente del Tribunal Supremo, con cuatro auditores y todos los jueces, el arzobispo con cuatro canónigos y los dignatarios del Capítulo. Las tropas de Mondéjar, unos diez mil soldados, estaban formadas para rendirle honores.

Lo único que el Rey no había ordenado específicamente, pero que nadie habría podido impedir, era la presencia de casi la mitad del pueblo de Granada, la nobleza, los ciudadanos corrientes y miles de moriscos vestidos a la usanza española, que habían ido para proclamar su lealtad y gritar los «vivas» más estusiastas que nadie.

Don Juan descendió del caballo, abrazó al Presidente Deza y besó el anillo del arzobispo. Después fue dando la mano a cada uno, que le iban siendo presentados por sus superiores.

Deza y el arzobispo tenían dispuestas dos mulas ricamente enjaezadas. Montaron todos y don Juan les hizo ocupar los puestos que antes tenían don Luis Quijada y el conde de Miranda.

Cuando el cortejo se puso en movimiento, las campanas de Granada empezaron a sonar. Los tambores redoblaron y se dispararon las salvas de ordenanza.

Pero nada más atravesar la Puerta de Elvira, Juan tuvo que detener el caballo.

Cientos de mujeres desmelenadas y vestidas de negro se avalanzaron hacia él. Al menos cincuenta de ellas se arrojaron bajo los cascos de su caballo, otras le rodearon a él, al Presidente, al arzobispo y a todos los jinetes. Una anciana pequeña, con los

cabellos blancos revueltos, levantó los brazos y gritó:

—¡Justicia, señor… justicia para las viudas y los huérfanos de nuestro país! –y se deshizo en un torrente de lamentos.

Los moriscos habían matado a su marido, a sus padres, a sus hijos y a sus hermanos, habían prendido fuego a sus casas y le habían arrebatado todas sus propiedades… y aún no se había hecho nada para llevar ante la justicia a los criminales; para colmo, ahora se hablaba de conceder una amnistía general.

Juan escuchaba. Mientras lo hacía miró al marqués de Mondéjar, que iba unos metros delante de él, y vio cómo se mordía los labios; un poco a la izquierda, don Pedro Deza contuvo a duras penas una sonrisa de triunfo.

Juan estaba enterado de que existía una cierta rivalidad entre los dos. Aquel incidente estaba preparado para poner en aprietos a Mondéjar y ganarse la simpatía del nuevo comandante supremo. Pero eso no quería decir que aquella pobre mujer no tuviera motivos para lamentarse. El propio Mondéjar había enviado informes acerca de las atrocidades cometidas por los moriscos… hombres, mujeres y niños asesinados de la manera más bestial, quemados vivos dentro de las iglesias, sacerdotes torturados hasta la muerte. Para impedirles que pronunciaran los nombres de Jesús y de María, les llenaban la boca con pólvora y después le prendían fuego. Según los informes de Mondéjar, habían sido destruidas más de trescientas iglesias, saqueadas y profanadas, y habían dado muerte a más de cuatro mil cristianos. El principal instigador de estos actos era no tanto el «rey» Mohamed Aben Humeya como su brazo derecho, su lugarteniente Aben Farax.

Juan dirigió unas palabras de consuelo y simpatía a las mujeres y les prometió que se haría justicia rápidamente; con visible alivio de Mondéjar, que al fin y al cabo era el responsable de la ciudad, las mujeres se apartaron y el cortejo pudo continuar su marcha.

El panorama cambió por completo. Calles, ventanas y terrazas estaban rebosantes de gente que lo aclamaba como a un libertador, echándole flores a él y a los demás caballeros a lo largo de todo el camino. Atravesaron la Plaza Nueva y llegaron a las macizas puertas del Palacio de la Audiencia, donde desmontaron y Juan se despidió de las autoridades.

—Una entrada triunfal –le comentó a don Pedro Deza–. Ahora hemos de hacer algo para merecerla.

No había hecho más que entrar en las habitaciones que le tenían preparadas, cuando llegó una comisión de ciudadanos moriscos.

—Los recibiré ahora mismo –dijo sin hacer caso del manifiesto disgusto de Deza–. Y deseo que Quiroga esté presente a mi lado.

La comisión de moriscos estaba compuesta por cuatro hombres principales que, por su aspecto, eran modelo de la más perfecta adaptación al estilo, a las costumbres y a las maneras de vestir de los españoles. Tenían nombres españoles y el que iba al frente de los cuatro, un hombre gordo de mirada astuta, aseguró con abundante elocuencia que todos ellos eran tan leales como el que más. Representaban a la gran mayoría de

ciudadanos moriscos sobre quienes había recaído la lamentable reputación de ser unas bandas de bandoleros, que se decían moriscos y que, en parte, eran rufianes y asesinos como los que se podían encontrar en cualquier lugar y, en parte, eran súbditos de los reyes de Argelia y de Túnez.

Don Juan los escuchaba con toda atención.

—Hemos sufrido mucho por culpa de estos infieles –continuó diciendo el que hablaba en nombre de los demás–. Nuestras casas han sido registradas por los soldados y, por desgracia, no se han limitado a buscar armas y rebeldes escondidos, sin encontrar nada, sino que se han llevado todo aquello a lo que le han podido echar mano. El daño inferido a las propiedades y al honor de los más leales súbditos del Rey es muy grande y muy grave, y nos alegra ver que su Majestad, sin duda bien informado de ello, ha tomado la decisión de enviar a tan alto y poderoso príncipe como don Juan de Austria para restablecer la vida normal y las normales relaciones y así proteger las vidas, el honor y las propiedades de los súbditos moriscos honrados.

Don Pedro Deza se recomía por dentro de rabia, pero Juan les habló sin prisas, diciéndoles que los ciudadanos leales eran dignos de respeto y no de castigo, y que tanto los que son leales como los que no lo son serían tratados con toda justicia.

—Haced una reclamación por escrito, especificando con todo detalle los daños que os han ocasionado, y daré las órdenes para abrir la correspondiente investigación –les dijo, y terminó añadiendo–: Pero poned cuidado de que en la reclamación no haya nada que no sea verdad. Si mentís o exageráis, no haréis más que salir más perjudicados.

—¡La audiencia ha terminado! –explotó don Diego Deza.

Cuando la delegación se retiraba, sonriente y haciendo reverencias, Juan hizo una seña con la cabeza a Quiroga para que los acompañara hasta la puerta del palacio.

En cuanto la puerta se cerró tras ellos, Deza exclamó:

—Es posible que Vuestra Excelencia no sepa que esos perros son mentirosos de nacimiento y han sido esmeradamente educados para ser maestros en el arte de mentir. Si no fuera por los comerciantes ricos de su ralea, los moriscos no habrían podido nunca adquirir armas.

Juan sonrió y Deza prosiguió, temblando indignado:

—Nos van a hacer una lista de daños y perjuicios tan larga como de aquí a Madrid, y cada partida de ella estará respaldada por el juramento de cincuenta testigos que igual estarían dispuestos a jurar que Mahoma es cristiano, si hubiera alguien que les ofreciera un maravedí por ello. Son una banda de rufianes, sí… y un quebradero de cabeza para el marqués de Mondéjar y para el marqués de los Vélez… Virreyes de Su Majestad. Pero me he alegrado de que Vuestra Excelencia los haya escuchado con tanta atención. Eso hará que se sientan seguros y pensarán que ya lo tienen todo dicho. Un moro no sabe nunca cuándo va a parar de decir mentiras, ya he tenido tiempo de sobra para aprenderme cómo son.

Quiroga regresó y Juan le dijo:

—Cuéntanos.

—Han dicho cosas estupendas de vos en español, Excelencia –dijo Quiroga–. Os llamaban Sol de Justicia y Rayo de Esperanza y otras cosas bonitas, pero era solo para que yo me enterara. El individuo que habló aquí en nombre de todos murmuró en árabe: «Este hombre es peligroso»; otro de ellos añadió: «Ese hijo de perra no se ha creído ni una de las palabras que habéis pronunciado».

—Gracias, Quiroga –le dijo Juan y después, dirigiéndose a Deza:

—No he podido salir de Madrid hasta que su Majestad acabó de preparar un montón de cosas, pero en ese tiempo de espera no estuve ocioso. Y tampoco lo estuvo mi secretario, a quien hice que estudiara árabe unas cuantas horas al día durante cuatro meses.

Deza se puso radiante de alegría.

—¡Quién podía suponer que un águila conocía todos los ardides de una raposa! –exclamó–. Ahora ya sabéis que yo tenía razón. Se han condenado con sus propias palabras.

—No obstante –prosiguió don Juan suavemente–, deseo que un alcaide de la real audiencia estudie seriamente sus peticiones. Y cada caso ha de ser juzgado según derecho. Quiroga, deseo reunir al Consejo de Guerra aquí a las tres esta tarde.

* * *

El primero que tomó la palabra en el Consejo fue el marqués de Mondéjar, Virrey de Granada.

Juan conocía la manera de pensar del marqués a través de los continuos informes que enviaba a Madrid; había tenido tiempo para estudiarlos. No solo describían el país y su situación, sino también al mismo informador: un hombre honrado a carta cabal, pero con un carácter débil, que deseaba dominar una situación desesperada negando que era una situación desesperada.

Mondéjar había considerado como una ofensa la llegada del hermano del Rey. Había tenido noticias de su llegada con cuatro meses de antelación, tiempo suficiente para haber restablecido el orden, si hubiera sabido hacerlo. Pero no lo hizo. Ahora estaba buscando la manera de justificarse.

—Hace un par de meses –estaba diciendo el marqués–, habría podido adueñarme fácilmente de la situación.

Un hombre corpulento, ya no joven, pero que se parecía al dios de la guerra, soltó una risa y Juan frunció el entrecejo. Aquel gigante era el marqués de los Vélez, Virrey de Murcia; Juan conocía también su carácter y sus puntos de vista. Mondéjar era agua, Vélez era fuego, y el afecto que sentían el uno por el otro era como el que se profesan estos dos elementos.

—Fácilmente –repitió Mondéjar ásperamente–. Conozco el país y conozco a los

moriscos. Al principio, el porcentaje de rebeldes era pequeño… la inmensa mayoría de la población morisca no deseaba sumarse a ellos, no querían tener nada que ver con ellos. Por eso, el primer intento de rebelión que hizo Aben Farax solo contó con ciento ochenta seguidores, todos ellos bandidos de la peor especie, y los moriscos de Granada le cerraron sus puertas. Tuvo que abandonar la ciudad.

—Exacto –dijo el Presidente Deza secamente–. ¿Pero por qué no encontró ningún apoyo? No porque esos preciosos moriscos fueran leales, sino porque Farax había prometido que traería ocho mil hombres bajo su mando y no pudo mantener su promesa. Los moriscos de Granada no deseaban ciertamente arriesgar sus vidas y sus propiedades haciendo causa común con esa pequeña banda. Incluso ahora que hay en el monte veinte mil hombres tienen buen cuidado de no dar la cara, con la ciudad llena de soldados españoles y el ejército morisco a varias millas de aquí.

Mondéjar siguió hablando como si Deza no hubiera dicho nada.

—Los rebeldes quisieron que los reyes de Argelia y de Túnez se aliaran con ellos, pero no recibieron más que promesas y unos cientos de voluntarios para apoyar su causa. No pude impedirles que desembarcaran porque yo no disponía de barcos suficientes, y mis insistentes peticiones de ayuda naval no fueron escuchadas por los ministros de Su Majestad en Madrid. No es posible hacer un despliegue de fuerzas numerosas en los montes de las Alpujarras, aparte de que no dispongo de esas fuerzas. No obstante, se han producido unas cuantas escaramuzas que han demostrado nuestra superioridad. Al mismo tiempo hemos hecho todo lo posible por apoderarnos del llamado rey de los moriscos y de su visir…

—Y habéis perdido seiscientos cuarenta hombres de los setecientos que tomaron parte en esa notable tentativa –dijo Vélez despectivamente.

Mondéjar asintió.

—Es cierto. ¿Pero por qué? Porque las tropas carecen de toda disciplina y solo están dispuestas a saquear. El rey y su visir lograron escapar porque los soldados estaban más interesados en las mujeres moriscas que capturaban. No eran tropas regulares. Eran auxiliares de la más dudosa calidad, reclutados en el campo. Me atrevería a decir que Su Excelencia tendrá ocasión de comprobarlo.

—Todo el mundo sabe que vuestros soldados son una banda de rufianes y un deshonor para el nombre de España –dijo Vélez–. La verdadera razón por la que ese intento fracasó fue que Aben Humeya y Farax tuvieron conocimiento de ello dos días antes. Y lo supieron porque algunos aduladores y mansos leales ciudadanos de Granada se lo contaron.

—No tenéis pruebas…

—Tengo bastantes pruebas como para empapelar una habitación del Palacio de Justicia con los informes. También en Murcia tenemos moriscos… y tengo mis procedimientos para hacerlos hablar. Excelencia, el barrio del Albayzin está tan lleno de moriscos como lo está de piojos la cabeza de un moro pordiosero, y no hay ni uno solo

que no esté dispuesto a hacer de espía en favor de ese nuevo rey que ahora tienen. No pierden nada con ello porque, si vencemos, como no sabemos nada de sus actividades de espías, seguirán siendo unos ciudadanos leales; y si perdemos, pueden reclamar una recompensa de Su Majestad el Rey Mohamed Aben Humeya, a quien ojalá se lleve el diablo.

—El Albayzin –dijo Deza– es como una llaga de Granada. Mucho me temo que tendremos que emplear el bisturí.

—Muchos enfermos han muerto bajo el bisturí del cirujano –objetó Mondéjar.

—No habrá matanza entre los no combatientes –aseguró Juan con voz sosegada, y Mondéjar le dirigió una mirada de agradecimiento.

—Yo no he sugerido nada de eso, Excelencia –protestó Deza.

—No estoy diciendo que lo hayáis sugerido –replicó Juan–. Oigamos al marqués de Mondéjar hasta el final.

—Incluso intenté aislar a los rebeldes en sus plazas fuertes de los montes –continuó Mondéjar–. Pero la población española, irritada por la muerte de tal o cual pariente, cometió una serie de actos de venganza; cada uno de estos provocaba que más moriscos se unieran a los rebeldes, y el mismo Virrey de Murcia tuvo que enfrentárseles en una pequeña escaramuza, con el mismo escaso éxito que yo…

Vélez dio un respingo y comenzó a dar bufidos. Mondéjar, en tono cortante, añadió:

—Seguramente habéis demostrado que merecéis el nombre que os dan los moriscos de vuestra provincia: el demonio con cabeza de hierro.

—Cuando hay que hacer frente a esa raza de víboras, prefiero ser eso a ser un blandengue –aulló Vélez.

Mondéjar llevó su mano a la empuñadura de la espada, y don Juan dijo con voz tajante:

—No estoy aquí para esto, señores. He venido precisamente para acabar con estas cosas. Las diferencias personales tendrán que esperar hasta que la guerra termine. Ahora deseo que el marqués de Mondéjar nos proponga las soluciones prácticas que estime convenientes para resolver la presente situación… ya no importa cómo ha llegado a producirse esta situación.

—Sugiero conseguir por todos los medios el sometimiento de los pueblos de las Alpujarras, que ahora están aterrorizados por el poder de los rebeldes. Tenemos que convencerles de que su seguridad se cifra en permanecer leales. En segundo lugar, sugiero establecer guarniciones en puntos importantes de los montes, para apoyarles. En tercer lugar, reforzar mis tropas de Argiva y que procedan a arrasar la campiña, destruyendo los sembrados, para que los rebeldes se vean obligados a rendirse.

Juan miró a Deza.

—Yo no pertenezco a la milicia –dijo el Presidente–, pero pienso que no se podrá tomar ni una sola medida militar mientras tengamos miles de espías moriscos metidos en

Granada. El barrio del Albayzin tendría que ser pasado por el peine y sacar de allí a todos los sospechosos. Y también creo que habría que dar un escarmiento al menos con un poblado morisco para advertir de que no toleramos más crímenes contra los hombres, mujeres y niños españoles.

Juan pensó en la delegación de moriscos que había recibido.

—Haremos una votación sobre las sugerencias del marqués de Mondéjar –dijo–. Pero en lo que se refiere al Albayzin, haré algo más de lo que ha propuesto don Pedro Deza. Por orden de Su Majestad, el barrio entero del Albayzin será evacuado, los habitantes serán enviados a Castilla y repartidos por Andalucía hasta que acabe la guerra. Don Luis asintió con la cabeza, muy serio. Deza y Vélez saltaban de contento.

—Me temo que no comparto el punto de vista del marqués de Mondéjar acerca de que sea pequeña o nula la ayuda que pueden recibir los moriscos desde el norte de África o incluso de un enemigo más lejano y temible –prosiguió Juan–. Hemos tenido noticias de un posible desembarco turco en las costas del este. El día que salí de Madrid di órdenes a mi vicealmirante don Luis de Requeséns para que patrulle a lo largo de esa costa con veinticinco galeras, cuanto antes. Ya debe de estar en la mar. Su Majestad ha hecho llegar al almirante Andrea Doria órdenes para que vigile atentamente a los barcos turcos en la costa este de Sicilia. Queremos evitar toda posible sorpresa.

En el Consejo se produjo una pausa.

Don Luis tenía la mirada fija en un punto por encima de la cabeza de Deza y hacía esfuerzos para conservar el rostro serio, aunque sonreía por dentro. Demasiado bien sabía lo que estaba pasando por la cabeza de los allí presentes. Creían que se iban a encontrar con un joven príncipe inexperto, una simple figurita, que se iba a acomodar a los conocimientos y a la mente de las personas que mandaban en aquel lugar; las dos facciones, Mondéjar por un lado, y Deza y Vélez por el otro, pensaron que se lo iban a atraer sin grandes dificultades a sus respectivos campos. Habían topado con algo muy distinto…

El primero en reaccionar de su sorpresa fue Mondéjar.

—Es para mí una satisfacción ver que se van a tomar las medidas adecuadas a la importancia de la situación.

—… que el marqués de Mondéjar se ha resistido a reconocer durante tanto tiempo, considerándola como un vulgar motín en algunos pueblos insignificantes –añadió Vélez sin poder contenerse.

—No ha lugar a discutir lo ya pasado–corrigió Juan con firmeza, antes de que Mondéjar pudiera replicar en el mismo tono airado.

Cuando se procedió a la votación de los tres puntos sugeridos por Mondéjar, el Virrey de Granada se encontró que su voto era el único «sí». Pálido y tembloroso expresó su deseo de presentar la dimisión al Rey, pero Juan no lo autorizó a hacerlo.

—Estoy seguro de que necesitaré de vuestra experiencia para las tareas que deberemos emprender.

A continuación encargó a Deza que organizara la evacuación del Albayzin y declaró concluido el Consejo.

Solo don Luis Quijada permaneció en su sitio.

—Habéis estado muy bien –le comentó con calor–. Lo único que me dio miedo fue la votación que propusisteis, porque los tres puntos sugeridos por Mondéjar no podían ser más desesperadamente desacertados.

—Lo sé –dijo Juan–. Pero quería evitar que aumentara la aversión que ya siente hacia mí. Estaba seguro de que tendría todos los votos en contra, así es que no corría ningún riesgo. Lo que me preocupa es otra cosa.

—¿El Albayzin?

—Sí. Pobre gente. Mujeres y niños. Si al menos pudiera estar seguro de que serán bien tratados en el lugar donde vayan… ¡Cuántas miserias va a originar esta orden… la primera orden que tengo que dar en esta guerra! En Madrid traté de encontrar por todos los medios otra solución, pero el Rey no quiso ni escucharme. Insistió en la total evacuación.

—El Rey tiene razón–dijo don Luis–. No los van a tratar muy bien, pero tampoco demasiado mal. Y de todas maneras van a estar considerablemente mejor que si se quedan aquí. Que se vayan cuanto antes o de lo contrario habrá una matanza. No tenemos suficientes tropas para impedirla y luchar contra el enemigo. Incluso creo que las tropas empeorarán las cosas, porque son una escoria. En esto al menos lleva razón Mondéjar. ¡Cómo me gustaría tener aquí algunos regimientos de tropas regulares! Pero los tercios no pueden estar en todas partes y Alba necesita hasta el último soldado para dominar a esos flamencos. ¿Qué os parece Vélez?

—Nos va a dar más quehacer que tres Mondéjar –dijo Juan–. Es un engreído y no está acostumbrado a obedecer.

Don Luis asintió, moviendo la cabeza lentamente.

—Malos soldados y malos jefes, una población amotinada y un enemigo violento atrincherado en buenas posiciones en las montañas. Me gustaría que el Rey os hubiera encargado una misión más fácil.

Los acontecimientos que siguieron fueron una auténtica larga pesadilla.

La primera noticia que don Luis tuvo que darle a Juan fue que el conde de Tendilla, el hijo mayor de Mondéjar, había partido aquella noche para Madrid.

—La primera queja contra vos –dijo don Luis con amargura.

—Podría haber sido peor –comentó Juan–. Tendilla no es un muchacho muy inteligente y su actuación en esta guerra tampoco ha sido demasiado brillante…

—Yo diría que no –gruñó don Luis–. Todo lo que hizo fue saquear un pueblo indefenso y que sus tropas tuvieran cortada la retirada.

—Mucho peor habría sido que Mondéjar mismo fuera a Madrid, pero no puede abandonar sus tropas como un oficial inferior y yo no le daría permiso… al menos durante bastante tiempo.

Unos días más tarde comenzó la evacuación. La mitad de las tropas estaban presentes para evitar una revuelta de última hora por parte de los moriscos, que estaban medio locos de rabia y de desesperación; fuertes contingentes escoltaban a los evacuados y el resto del ejército ocupó todos los puntos estratégicos desde los que el «rey» o alguno de sus capitanes podían atacar la capital. Juan organizó unas escuadras volantes que vigilaban el comportamiento tanto de los moriscos como de las tropas, con el resultado de que hubo relativamente pocos incidentes sangrientos.

El Consejo de Guerra se reunió diariamente, pero aunque el marqués de los Vélez había regresado a su provincia, el ambiente no había mejorado mucho, especialmente cuando se recibieron noticias de que la flota de Requeséns había sufrido una terrible tormenta. Cuatro galeras se habían hundido; otras varias que habían resultado seriamente aventadas iban, junto con las demás, camino de Sicilia.

—Ahora sí que los turcos pueden desembarcar en nuestra costa –dijo Mondéjar aterrado–. No tenemos nada para impedírselo… Incluso pueden venir los argelinos o los tunecinos.

—Hay que cubrir ese hueco –dijo Juan escuetamente–. He dado órdenes a don Álvaro de Bazán para que acuda desde Cerdeña y he solicitado a Madrid que el almirante Doria nos envíe algunas galeras suyas desde Nápoles. Según mis cálculos, estaremos en peligro solo una semana, pero, por supuesto, en esa semana los argelinos al menos pueden intentar un desembarco.

Se enviaron unas barcas para que hicieran señales de humo de día y de fuego por la noche, si advertían que barcos moriscos se acercaban; en diversos puntos de la costa se situaron tropas alerta.

Aun así, unas cuantas galeras argelinas consiguieron desembarcar de noche unos centenares de voluntarios y armamento, municiones y alimentos para los rebeldes, en algunos puntos de Murcia.

—Incluso un demonio con cabeza de hierro duerme de noche –comentó con ironía el marqués de Mondéjar.

El número de componentes del Consejo había aumentado. El duque de Sesa se había sumado, y Mondéjar insistió en que asistieran otras dos altas personalidades: Muñatorres y Diego Hurtado de Mendoza, emparentado con él y con el príncipe de Éboli.

Tanto Diego Hurtado de Mendoza como don Luis Quijada tomaron la costumbre de escribir a Ruy Gómez lo que no querían escribir directamente al Rey. Los informes de Mendoza eran modelo de concisa brevedad: «Muy noble señor: Sin novedad en Granada. Don Juan escucha, el duque de Sesa está nervioso, el Marqués de Mondéjar se lamenta, Luis Quijada gruñe, Muñatorres es componedor y mi sobrino Tendilla está con vos en Madrid. No se puede decir que le echamos de menos».

Las cartas de don Luis Quijada eran verdaderas explosiones de ira. El clima de Granada no le sentaba bien, estaba enfermo y lo decía: «No puedo ocuparme todo lo que quisiera de estos condenados soldados nuestros. Nunca he visto una ralea semejante. No tienen nada de soldados, excepto el uniforme, y son de muy mala condición. Se ve que no han sido soldados en su vida. Ni saben comportarse como tales ni tienen arrestos. Lo único que buscan es enriquecerse a costa de Dios, del Rey y de sus semejantes. Tendremos que empujarles a patadas para que peleen y, en esas condiciones, no se sabe qué puede pasar. Ojalá pudiésemos disponer de algunos tercios, pero no hay ni esperanzas de ello. Para colmo de males, Requeséns ha tenido mala suerte. Se espera que habrá más desembarcos procedentes de Argelia, según los informes que nos llegan de nuestros espías, y cuando estos perros tengan armas suficientes, la rebelión se extenderá a pasos agigantados. Los capitanes y los oficiales subalternos no son mejores que sus soldados. Las únicas tropas buenas que tenemos es la caballería, pero tenemos muy poca. Don Juan está trabajando hasta el agotamiento, intentando imponer a estos demonios algo de disciplina, y no tolera ningún crimen, Dios lo bendiga por ello, roban a diestro y siniestro, y estafan a todo el mundo todo lo que pueden, que es mucho. Nuestro auditores y jueces están más ocupados que en toda su vida…».

Aunque parezca extraño, la popularidad de Juan tanto entre los oficiales como entre la tropa aumentaba, a pesar de su severidad. Ello se debía en parte a los métodos que empleaba y que causaban no solo consternación sino auténtico horror entre los nobles. Tomaba el mismo rancho que los soldados, hablaba con ellos como con sus oficiales e incluso participaba en la instrucción, como si él también tuviera que manejar un mosquetón en el combate.

—¡Por Dios y todos sus Santos! –juraba el duque de Sesa–. ¡He visto al hermano del Rey dando una lección de esgrima a un simple soldado! Y estaban rodeados de unos doscientos demonios de esos, gritando hasta desgañitarse, como si estuvieran en una corrida de toros.

Pero lo que más se ganaba a los hombres era que su joven comandante en jefe siempre era amable y educado. Eran gentuza y estaban acostumbrados a ser tratados como tales por subalternos que maldecían de ellos y oficiales indiferentes. Aquel era un noble entre los nobles, nada menos que el hermano del Rey, y les trataba como si fueran caballeros… siempre que no hiciesen algo que realmente estuviera mal.

—Es educado en toda ocasión –le comentaba el mosquetero Vicente Díaz a un soldado de otro regimiento–. Nunca dice: «Tú. Bastardo descendiente de monos, pedazo de bestia, te vas a pudrir en el calabozo durante una semana»; sino que dice: «Lamento que os hayáis portado tan mal. Iréis al calabozo un mes». Pero sabe ser severo. La semana pasada envió a tres hombres a galeras. ¿Y sabéis por qué? Porque habían golpeado en la cabeza a una anciana que no quería entregarles una pulsera. Ellos no podían saber que aquella vieja bruja tenía el cráneo más delgado que una oblea, ¿no os parece? Pero me habría gustado que hubieseis oído cómo les dijo que los mandaba a galera… como si les estuviese encomendando una tarea agradable. ¡Ay, compadre! Es todo un tío.

Todos los días acudían nuevos jóvenes nobles ofreciéndose para servir bajo las órdenes de Juan. Los examinaba minuciosamente y les daba encargos especiales.

Hacia el mes de junio ya empezó a ver que sus esfuerzos no habían sido inútiles.

Don Luis Quijada se había repuesto y Juan lo llevó consigo para hacer una inspección general. El viejo soldado estaba encantado.

—Cuando llegué aquí y vi los pordioseros que tenían que luchar contra los moriscos pensé que esto no tenía arreglo. Ahora creo que podemos hacer lo que sea. No sé cómo lo habéis conseguido.

—Unas cuatro semanas más –dijo Juan– y podremos ponermos en marcha. Creo que tenemos posibilidades de obligar a Aben Humeya a que entable una batalla decisiva. ¿Me permitís que mire otra vez los mapas?

Estaban estudiándolos cuando les llegaron noticias de que el marqués de los Vélez había emprendido una batalla por su propia cuenta y había obtenido una gran victoria. Unas horas más tarde, dos agentes de Juan en Murcia informaron de que la «victoria» no había sido más que un terrible encontronazo con graves pérdidas por ambas partes y que Vélez se había tenido que retirar. Un tercer informe añadió que Requeséns había desembarcado en Murcia y que Vélez había utilizado los hombres de la escuadra para su acción bélica.

Don Luis se puso fuera de sí.

—Yo no sé lo que pretendía… ganar laureles a nuestra costa, eso es.

—Es mucho peor todavía –dijo Juan señalando un punto en el mapa–. Mirad aquí, don Luis… ahora que el marqués se ha retirado, Aben Humeya puede penetrar en el valle del Almanzora. ¿Qué guarnición tenemos allí?

—Güéjar: doscientos cincuenta hombres; Galera: unos trescientos. Serón debe de tener unos cuatrocientos, pero dudo mucho de que estas cifras sean correctas. Los

gobernadores de provincias son una plaga.

Juan envió una nota a Vélez, con una seca reprimenda y ordenándole que tuviera a sus tropas preparadas para una próxima ofensiva general.

Al cabo de una semana vio cómo sus temores se confirmaban. Llegó un oficial a galope por las calles de Granada. A unos doscientos metros del palacio, su caballo se derrumbó. El oficial tuvo que ser llevado al palacio. Tenía vendados la cabeza y el brazo izquierdo, estaba cubierto de sangre, pero insistió en que lo condujeran a presencia de don Juan.

—Me llamo Fernando de Olmedo, Excelencia; estoy bajo las órdenes de don Diego de Mirones, comandante del fuerte de Serón. Don Diego me envía a informar de que desde el viernes pasado Serón está sitiado por al menos cinco mil moriscos a cuyo frente está un jefe llamado Ali Misib.

¡Serón! Justamente en el valle de Almanzora.

—¿De cuánta fuerza dispone don Diego? –preguntó Juan.

—En total unos ciento treinta hombres –respondió el oficial–. Y en el fuerte tenemos dos sacerdotes y dieciocho mujeres que han conseguido refugiarse allí procedentes de Úbeda, que está en llamas… al menos lo estaba cuando yo salí hacia acá.

Don Luis lanzó una especie de rugido.

—¿Algo más?

—No, señor.

Juan dio orden de que se le curasen las heridas al oficial y de que se le suministrara cuanto necesitase. Ya a solas con don Luis, le preguntó:

—¿Cuántos hombres creéis que necesitaré para levantar el asedio, don Luis?

—Dos mil infantes con un buen jefe –respondió don Luis–. O tres mil con un jefe menos bueno. Por cada soldado de caballería que enviéis, podéis dejar aquí tres o cuatro infantes.

—No cambiaré la fecha de la ofensiva general –dijo Juan–. Me gustaría, pero no lo haré.

* * *

—Podríais apoyaros en Güéjar y en Galera, desde luego, pero por los datos que poseemos es posible que también estén sitiadas. Creo que lleváis razón. Tenemos que hacer un buen reconocimiento del terreno.

—Mil quinientos infantes y ciento cincuenta de caballería –dijo Juan–. Alonso de Carvajal irá al frente con ellos. ¡Dios mío, cómo me gustaría ir yo mismo!

—Eso no es posible –afirmó don Luis–. La ofensiva general…

—Sí, ya lo sé. Pero no deja de costarme un gran esfuerzo –replicó Juan.

A las seis horas de esta conversación partió la tropa hacia Serón. Carvajal, un militar

bravo y prudente, era el hombre hecho a la medida para esa empresa. Le juró a don Juan que se emplearía a fondo en el empeño.

Ahora lo único que podían hacer era esperar, y para Juan esta situación resultaba mucho más difícil de soportar que cualquier otra.

—Debería estar ya acostumbrado –comentó–. Solo Dios sabe lo difícil que es aparentar que se está alegre y feliz. Cuando todo en mí me está pidiendo luchar contra los moros, me tengo que limitar a sacar soldados de una pandilla de bandidos con uniforme y a poner en orden sus estupideces y sus crímenes… Aunque no, eso no es totalmente cierto, me olvido de mi quehacer más importante: el enviar informes a Madrid. Esto me recuerda que ahora mismo tengo que ponerme a escribir. Papeles… papeles… quién me iba a mí a decir que el principal trabajo en la guerra es pelear con los papeles.

—Su Majestad tiene mucho empeño en estar informado al detalle –comentó don Luis un poco reticente.

Al día siguiente llegó correo de Madrid.

Juan lo leyó e hizo venir en el acto a don Luis.

—Esto es un enorme fastidio –le dijo con una sonrisa nerviosa–. El Rey ha presidido una sesión especial del Consejo de Guerra y han tomado una serie de decisiones. Han previsto, como nosotros, que los moriscos van a aprovechar la retirada de Vélez para atacar el valle del Almanzora, y han decidido que en ese caso sea Vélez quien contraataque… y no nosotros. Nos los prohíben estrictamente. Y Carvajal está ya de camino…

—Hay que hacer regresar inmediatamente a Carvajal –dijo don Luis enfadado.

—¿Qué decís?

—Si enviamos la orden con un jinete rápido, Carvajal la recibirá cuando aún no esté cerca de Serón.

—¡Don Luis! No podemos dejar Serón en la estacada. ¿Cómo sé yo lo que Vélez está haciendo? Tenemos todas las razones…

—De ningún modo, Excelencia. No podéis desobedecer al Rey. No cambiar una orden ya dada, cuando todavía hay tiempo de hacerlo, es una desobediencia y como tal se considerará en Madrid.

Juan sabía bien lo que significaba que Quijada le dirigiera la palabra nombrándole por su rango cuando no había nadie delante. Aquello quería decir que le hablaba como oficial del Rey y miembro del Consejo de Guerra. Era al mismo tiempo una protesta oficial y una advertencia personal.

—El asunto tiene que ser llevado a nuestro Consejo, desde luego –continuó diciendo don Luis–. Aunque yo no os lo hubiera advertido… no debéis actuar por vuestra cuenta en este caso. Incluso si Carvajal ganara la batalla y liberara Serón, esto tendría menos importancia que la desobediencia directa a una orden del Rey. Investigarían cuándo se

recibió el mensaje de Serón, cuándo partió Carvajal para allá y cuándo recibisteis el correo… lo demás sería un simple cálculo. En un instante sabrían si habíais podido avisar a tiempo a Carvajal.

—Serón, Serón… –dijo Juan con los dientes apretados.

—Hay que convocar nuestro Consejo de Guerra inmediatamente –dijo don Luis con la cara muy seria.

Dos horas después, el Consejo había decidido que se hiciera volver a don Alonso de Carvajal. La decisión fue tomada por unanimidad, con la abstención de uno de los miembros.

* * *

Cada día eran peores las noticias que se recibían. Todo el valle del Almanzora, densamente poblado por moriscos, se había pronunciado a favor de Aben Humeya.

Vélez, en lugar de marchar contra Serón, ordenó a su cuñado de Baza que lo hiciera. El cuñado, que estaba enfermo, envió a su hermano al mando de las tropas disponibles… quinientos infantes y setenta jinetes. Cuando llegaron a tres leguas de Serón, fueron atacados con tal furia que tuvieron que retirarse con la pérdida de doscientos hombres.

Durante un tiempo las comunicaciones entre Murcia y Granada estuvieron interrumpidas, y cuando, después de grandes dificultades, se restablecieron, ya era demasiado tarde para don Juan y también para Serón.

El fuerte capituló con la condición de que fueran respetadas las vidas de los defensores y de los habitantes. Pero cuando los moriscos entraron, mataron a todos a sangre fría, excepto a las mujeres, que fueron entregadas como esclavas a los vencedores.

Juan estuvo veinticuatro horas sin querer ver a nadie. Su secretario, Quiroga, impedía toda visita, cualquiera que fuera su rango. Solamente permitió que el correo real le entregase los despachos. Cuando por fin don Juan apareció, estaba pálido y ojeroso, como si estuviese enfermo; Quiroga le preguntó con voz insegura si quería que llamase a un médico.

—Don Luis Quijada –se limitó a decir con voz apagada, y volvió a meterse en su habitación.

Quijada fue llamado. Encontró a Juan hundido en su sillón con los ojos cerrados.

—Se acabó, don Luis –le dijo Juan sombríamente–. No habrá ofensiva. El Rey la ha prohibido. No tenemos fuerzas suficientes. A mí me reprende por haber intervenido en todo esto. He de limitarme a llevar la dirección desde aquí. En ninguna circunstancia debo mandar personalmente las tropas.

Quijada se quedó sin habla.

—¿Sabéis lo que esto significa, don Luis? Significa que no soy un general, sino un mero funcionario, que solo debo transmitir las órdenes del Consejo de Guerra de Madrid

al Consejo de Guerra de Granada. La guerra tiene que ser hecha por otros. Significa que no soy más que un figurón, un pelele; cualquier tonto podría desempeñar mi misión. ¿Dónde estaría yo, si desde el comienzo hubiera actuado así? Según lo ve Madrid, todo mi trabajo tendría que haber sido realizado por subalternos.

—En ese caso no tendrían ahora un ejército. Habéis hecho maravillas con los soldados –dijo Quijada.

—No parece que el Rey sea de esa opinión, don Luis. ¿Qué van a pensar los soldados cuando entren en batalla y yo me quede atrás, cómodamente instalado en el palacio?

—El Rey no tiene hijos –dijo don Luis en voz baja–. Solo tiene un hermano.

—Mejor sería que perdiera ese hermano, antes de ver que el ejército lo considera un cobarde –replicó Juan bruscamente–. Y mucho mejor sería mandar una simple galera, la más pequeña de la flota, en alta mar, donde nadie interfiere un mando, que estar al frente de un ejército y tener que pedir permiso antes de enviar una patrulla a hacer un reconocimiento. ¡Seguro que esto no pasaba en las batallas que emprendió mi padre!

—No –admitió Quijada–. No pasaba. Estos son otros tiempos.

—Vos luchasteis junto a mi padre en Túnez y en Mühlberg…

—Es cierto. Y llegará el día en el que, si Dios quiere, lucharé a vuestro lado –dijo Quijada con una pequeña sonrisa–. Aunque me gustaría que no tuviera que ser a bordo de una galera. Soy mal marino y ganaría pocos honores para vos.

A pesar de su desgracia, Juan apreció cómo el viejo soldado estaba tratando de animarle. Le tomó las manos y le dio un apretón.

—Yo sé bien lo que ocurre –dijo suspirando–. En Madrid no tienen confianza en mí… y la verdad es que no hay motivos para que la tengan. No he hecho nada para ganármela. Pero por otra parte, ¿cómo me la voy a ganar, si me prohíben que me mueva?

—Es una lástima que no podamos hacer una ofensiva –se lamentó Quijada–. Pero al menos hay una cosa en la que estoy de acuerdo con lo que nos dicen. No tenemos fuerzas suficientes. Eso quiere decir que nos van a enviar refuerzos, y bien sabe Dios todo lo que podremos hacer con ellos. Con un regimiento de tropas regulares podríamos organizar un ataque formidable. Bueno, supongo que será mejor convocar el Consejo para informar de la nueva situación…

Cuando se quedó solo, Juan escondió el rostro entre las manos. Pensó en El Abrojo y en Fray Juan de Calahorra: «Seréis un conquistador. Y vuestra conquista hará que vuestro nombre sea conocido en toda Europa».

¿Cómo puedo conquistar, Fray Juan? Ni Godofredo de Bonillón, ni San Luis de Francia habrían podido conquistar nada con las manos atadas a la espalda… el Rey no me permite luchar… Me encierra aquí, detrás de un escritorio y lo único que puedo hacer es esgrimir órdenes y cartas. Me da una pluma, Fray Juan, en vez de una espada…

Desde la lejanía, el rostro de querubín amable del fraile parecía sonreírle.

Juan se puso en pie. ¿Tenía que escribir? Pues bien, escribiría.

Tomó la pluma y empezó a escribirle al Rey.

CAPÍTULO 31

Mehmed Sokolli, Gran Visir y Jerarca del último Sultán Solimán, Gran Visir y Jerarca del actual gobernante Selim II, se arrodilló y se inclinó, tocando con su frente el laberíntico dibujo de la principesca alfombra de Tabriz.

Una voz ronca le dijo:

—Álzate y sé breve.

Mehmed Sokolli se levantó ágilmente a pesar de su edad. Mantuvo la vista baja, como exigía el protocolo.

—Señor de los dos mundos –comenzó–. Jefe de los creyentes, que Alá te otorgue cien años de vida.

Como le habían ordenado que fuese breve, omitió el resto de la fórmula que alababa al Sultán como Señor del Mar Negro y del Mar Blanco, el Kanuni, el Legislador y el Ghazi o Conquistador, y fue derechamente a su informe.

—El mundo se nos ha puesto en contra desde el cuartel general de los creyentes en España. Han asesinado a Aben Humeya, a quien habían elegido rey al comenzar la guerra; dicen que el motivo ha sido que tenía la intención de romper con sus aliados de Argelia, porque estos querían que su propio rey se alzara con todo el poder.

—¿Es eso cierto o no?

—No es cierto, Señor de los Creyentes, pues, según nuestros informes fidedignos, no más de cinco mil voluntarios habían llegado a España procedentes de África en casi un año que llevan de guerra; una cantidad totalmente insuficiente para alzarse con el poder. La verdad es la siguiente: Aben Humeya tomó al asalto el harén de un tal El Guazil; y, además, muchos de los cabecillas estaban insatisfechos porque, según ellos, actuaba con demasiada precaución y prudencia en la guerra. El Guazil se alió con Aben Aboo y ambos asesinaron a Aben Humeya. Ahora Aben Aboo ha sido proclamado rey y todos los caídes lo han aceptado; se hace llamar Muley Abdallah Aben Aboo y como lema de su escudo ha escogido la frase: «No aspiro a más y no me contentaré con menos». Le ha dado un nuevo impulso a la guerra, demostrando mayor astucia y arrojo que Aben Humeya, ha extendido su poder y ha reforzado su ejército.

—Más breve –dijo la voz ronca.

—Señor, tú sabes que siempre he sido partidario de tomar medidas enérgicas en aquella parte del mundo. Hay un solo Dios y no debería haber más que un solo Señor de los Creyentes. Esos moriscos son musulmanes, por lo tanto son súbditos tuyos y de nadie más, ya sea Aben Aboo o ya sea el rey de España. Hemos de decir esto en el momento adecuado y actuar en consecuencia, aunque en este caso la acción podría preceder a las palabras.

—Lala Mustafá y Pialy Pachá no están de acuerdo con eso.

Mehmed Sokolli levantó la vista por primera vez hacia el trono dorado. Allí, siete pies por encima del mundo, no estaba Solimán, sino Selim. No era la figura familiar, inclinando su largo cuello, el rostro macilento y los ojos penetrantes; allí había un hombre rechoncho y obeso, pero que también poseía una mirada tan terrible que incluso los embajadores orientales más descarados preferían mantener la mirada fija en la alfombra cuando eran recibidos en audiencia.

Un enorme turbante de seda blanca coronaba una cabeza en la que el rostro estaba pintado de color sangre; las cejas, los bigotes y la barba parecían de azabache.

En el serrallo se murmuraba que al Sultán le había dado la ventolera de llevar ese extraño maquillaje después de haber asesinado a una de sus mujeres; le cortó el cuello con su cimitarra y un chorro de sangre le cayó en la cara. Esta historia podría muy bien ser cierta. Pero también era cierto que la piel del Sultán estaba enrojecida a causa del vino que bebía, y él trataba de disimularlo de esa manera. Más de una vez su padre Solimán le había advertido que el vino era una «locura roja», pero Selim nunca le había hecho caso. El vino se lo proporcionaba un maldito individuo llamado Jussuf Nassi, el cual lo adquirió de los mejores viñedos que había en los países cristianos. Incluso había quienes aseguraban que por eso Jussuf Nassi tenía tanta influencia sobre él y el Sultán le había hecho señor de la isla de Naxos y de otras islas, con el título hereditario de duque.

Mehmed Sokolli sabía eso y otras cosas. Lo de menos era que Selim hubiera hecho duque a su suministrador de vino. Nassi era mucho más que un mero agente de placeres ilícitos. Hubo un tiempo en el que Sokolli pensaba que era un instrumento de Pialy Pachá, pero probablemente eso no era todo. Era un marrano de España, un «cristiano nuevo» de esos que se hacían bautizar porque era la única manera de evitar el exilio, según la ley española; no obstante, abandonó España y él mismo se exilió nadie sabe por qué… quizá porque a la Inquisición le llegaron indicios de la insinceridad de su conversión y tuvo que escapar rápidamente. Primero se fue a Flandes, donde después de su llegada se desencadenaron las guerras sangrientas contra el mejor general del rey de España. Desde Flandes se fue a los Dardanelos; le faltó tiempo para abandonar el cristianismo y volver a la fe de sus padres; allí cambió su nombre original de José Miquez por el de Jussuf Nassi.

Era verdaderamente asombroso lo en serio que esos infieles se tomaban sus errores y su herejías… era como si de verdad les importara acabar en el cuarto infierno en vez de en el séptimo.

El hecho es que Nassi montó su negocio en Constantinopla, se casó con una judía rica e hizo mucho dinero. Pero todo eso no era nada extraordinario en su carrera. Se las arregló de modo que se atrajo el favor del príncipe Selim, hasta el punto de que este le hizo duque de Naxos casi en el mismo momento de acceder al trono. Alá sabrá cómo lo consiguió, y seguramente también lo sabe Sheitan, el rey de los infiernos. Entre él y Lala Mustafá había una especie de vínculo… ¿sería el dinero? Nassi podía oler un ducado a millas de distancia. También conocía a Pialy Pachá. Pero su gran influencia sobre el

Sultán era directa. Se decía que le permitían la entrada en el serrallo por una puerta trasera y que se pasaba las horas hablando a solas con el Sultán.

Ese era Jussuf Nassi, Señor de Naxos, Señor de las Cícladas, y precisamente porque sus idas y venidas eran secretas y porque no ocupaba un puesto definido en la corte, su influencia era difícil de contrarrestar.

—Señor de los Creyentes –dijo Melmed Sokolli con voz firme–, vuestro siervo está bien enterado de que Lala Mustafá y Pialy Pachá se oponen a esta aventura. ¿Pero por qué se oponen? Porque prefieren conquistar Chipre. Le he pedido a mi señor esta audiencia porque ya es hora de tomar una decisión. A primera vista parece evidente que nuestro objetivo prioritario tendría que ser Chipre, porque está muy cerca de nuestras costas. Pero no siempre lo más cercano es lo mejor. Chipre pertenece a Venecia. Estamos en paz con la Serenísima desde hace casi cuarenta años. Y ellos se mantuvieron en paz incluso cuando vuestro padre conquistó Rodas. ¿Por qué, entonces, romper antes de tiempo el equilibrio en el Mediterráneo? En nuestros planes de conquista los venecianos tienen que estar en último lugar. Ahora tenemos la oportunidad de dar un golpe mortal al más antiguo enemigo de nuestra fe. España está padeciendo una seria rebelión en muchas provincias, tan seria que las tropas del Rey llevan meses sin poder dominarla, sino al contrario, cada vez la rebelión se extiende más y más. Han venido mensajeros de los creyentes de España a pedirnos ayuda. Esto es mucho más importante que la conquista de una isla, por muy rica y fértil que sea. Una sola palabra del Señor de los Dos Mundos y el Mediterráneo será un lago turco. Tenemos que llegar a echar el cerrojo en el estrecho que atravesó el gran Tarik, el primero que plantó la bandera del Profeta en la cima de aquella enorme roca que lleva su nombre.

—Tal vez pronuncie esa palabra –dijo el Sultán–. Ya veremos.

—Chipre no es más que un puesto estratégico –se abrevió a insistir Mehmed Sokolli–. España nos brinda la ocasión de atenazar a Europa. Los príncipes cristianos están peleándose unos con otros, no hay peligro de que utilicen Chipre como base para atacar nuestras costas. Alá los ha castigado con la ceguera y no ven el peligro que les amenaza.

—Ya veremos –repitió el Sultán con tono cortante–. Retírate.

Mehmed Sokolli se arrodilló, volvió a tocar la alfombra con la frente, se levantó y abandonó la sala. No tenía ni idea de si había ganado o perdido. Con Selim no se sabía nunca. Muchas cosas habían cambiado, pero si bien el Gran Visir del Sultán estaba preocupado, el lugarteniente del Sultán no lo estaba. Lo que en definitiva importaba era el ejército y la armada, y nunca habían estado mejor. En el Este, el reino estaba tranquilo gracias a la política que había llevado Solimán. Si había que lanzarse a la conquista de Europa, aquel era el momento.

* * *

El hombrecillo rechoncho y obeso de rostro pintado de color sangre se hallaba

sentado en un diván que había en una habitación pequeña cuyas paredes estaban tapizadas con conchas de tortuga; sorbía vino de una copa que acababa de regalarle su huésped. Estaba hecha de oro, pero eso era lo de menos. El Sultán la vació despacio, después la levantó con el brazo extendido para contemplarla y admirar su exquisito labrado.

—Por la gloria de Alá –dijo– que he visto los más finos repujados de Persia y de la India, pero nunca he visto una cosa como esta.

—El nombre del artista –dijo el huésped– es Benvenuto Cellini; nadie en el mundo puede competir con su arte.

El huésped era un hombre de estatura media, ojos oscuros y penetrantes, y nariz aguileña.

—El vino también es muy bueno –comentó el Sultán–. No tan dulce como el que me trajiste de Samos la semana pasada, sino más ardiente. ¿De dónde es esta vez?

—De Hungría, Señor del Mundo. Habría ido a parar a la bodega del Emperador, si mi agente no hubiera andado listo.

—Le voy a pedir al Emperador que cada año me mande cincuenta cargamentos de este vino –dijo Selim–. Me lo enviará aunque sea el último vino que haya en su país. Hará lo que sea, con tal de no encontrarse frente a mis jenízaros.

—Yo te enviaré los cincuenta cargamentos, Señor del Mundo –replicó inmediatamente el huésped–. Nunca se podrá decir que el más grande señor de la tierra tiene que pedir tan poca cosa.

—Nunca se podrá decir –repuso Selim, torciendo el gesto– que un Osmauli pide vino. Eres un individuo muy astuto, Jussuf.

—La astucia que poseo –afirmó Jussuf Nassi– está al servicio de mi señor, como todo lo demás. Mi señor no tiene más que ponerme a prueba…

—Lo haré. Mehmed Sokolli ha venido a hacerme una propuesta.

—Acerca de España.

—Desde luego. Desea que tome una decisión. La tomaré. ¿Cuál crees que será?

—Nadie osaría adivinar el pensamiento del Señor del Mundo.

—Es una respuesta leal –dijo el Sultán con ironía–, pero no es una respuesta astuta. Yo estoy esperando tu astucia y no tu lealtad. No, no digas nada, no harías más que empeorar las cosas. Tú quieres que yo te regale Chipre, ¿no es así? Es un reino y hace mucho tiempo que del pueblo judío no sale ningún rey… desde que el último fue clavado en una cruz.

Nassi se dio cuenta de que todo dependía de una respuesta acertada. Estaban solos en la pequeña habitación, pero detrás de la puerta estaban al acecho unos silenciosos y corpulentos esclavos negros tan dóciles como perros. En el fondo del Bósforo había una verdadera multitud de hombres y mujeres que murieron porque los esclavos negros les habían pasado un dogal alrededor del cuello y lo habían apretado durante un par de

minutos. El Sultán se percató de cuáles eran los pensamientos de Jussuf. Ahora ya no cabían protestas de lealtad ni justificación alguna.

—Señor del Mundo –dijo con audacia–. Dios no permita que yo te diga algo que no sea verdad. Es cierto, Chipre es el más profundo deseo de mi corazón… salvo otra cosa: la venganza contra España. No solo por los daños que me ha hecho, sino por todos los males que ese maldito país ha causado al pueblo de mi raza.

—Continúa –dijo Selim, mirándolo con los ojos entreabiertos.

—Quizá llegará un día la guerra de España –dijo Nassi–. Pero lo primero es lo primero. Mi camisa está más próxima a mi cuerpo que mi casaca. Chipre es la camisa. El Gran Visir ha dicho seguramente que ahora es el momento de atacar a España. Pero mejor momento será cuando Chipre sea turca y pueda ser utilizada como lugar de reunión para la gran flota necesaria para esa conquista. Primero la flota veneciana. Después España. Así es como yo pienso y esa es la razón por la que me llevé una gran alegría al enterarme de lo del arsenal.

—¿El arsenal?

—No es concebible –dijo Nassi suavemente y bajando los ojos– que el Gran Visir no le haya hablado al Señor del Mundo del arsenal de Venecia. Aunque sí que puede ser, pues mi agente acaba de llegar esta mañana. El día trece de septiembre el arsenal de la República Serenísima saltó con una enorme explosión. La flota ha perdido todas las reservas de municiones, de artillería e incluso la fundición de los cañones –Nassi sonrió significativamente–. Se habló mucho de que había sido una acción llevada a cabo por un enemigo desconocido –y añadió en voz baja–, por eso mi agente se marchó con toda rapidez.

El Sultán levantó un dedo.

—Por Alá compasivo y misericordioso que eso ha sido obra tuya, Jussuf –dijo.

Nassi seguía con la sonrisa.

—Lo es, si el Señor del Mundo así lo dice –respondió.

* * *

Dos semanas después, Jussuf Nassi, duque de Naxos, desembarcaba en la hermosa isla sobre la que reinaba «como leal señor, vasallo y príncipe» de Selim II. Disfrutaba de cada momento: las salvas de recibimiento, el izar su propia bandera, la guardia de honor de soldados nativos bajo el mando de un capitán armado y empenachado de plumas, las aclamaciones entusiastas del pueblo. Se encaminó hacia el castillo montado en una mula blanca; iba vestido con resplandecientes ropas al estilo turco. Un anciano oficial cabalgaba a su lado llevando una gran bolsa de cuero llena de monedas de plata; de cuando en cuando el duque extraía un puñado y las arrojaba a sus entusiasmados súbditos. Era una lástima que sus padres no vivieran para ver a su hijo ahora. Era una lástima que su mujer hubiera muerto en Constantinopla antes de que él alcanzara esta posición. Ahora solo tenía a Grazia…

Estaba esperándole a la entrada del grande y delicioso edificio que era el palacio, asistida por dos damas; en el patio doce soldados y cuarenta y dos criados estaban formados.

Dominando su emoción besó de manera formal la frente fría y marfileña de su hija.

Grazia era hermosa. La miraba con orgullo cuando, después del banquete oficial de bienvenida, le pidió que lo acompañara a su despacho. Era incluso más hermosa que su madre. Era alta y espigada… quizá demasiado delgada… con finas muñecas y tobillos, los dedos largos y un cuello aristocrático sobre el que la cabeza descansaba orgullosa, como un rey sostiene la corona. Tenía que ser así, porque no existía ninguna aristocracia que fuera ni siquiera la mitad de antigua que la judía; su familia descendía en línea directa del príncipe Efraim, jefe de la tribu de su mismo nombre y miembro del Sanedrín; se decía que se salió de aquella reunión del Sanedrín en la que fue decidido el destino del Rabí Yeshúa bar Joseph… porque no quería participar en una injusticia.

Aquel Rabí Yeshúa bar Joseph al que Selim se había referido como el último rey judío…

Sí, Grazia era bella. Su bien cincelado perfil quedaría bellísimo grabado en una moneda. El Sultán le había otorgado el privilegio de acuñar su propia moneda.

–Siéntate a mi lado, palomita mía. Tengo muchas cosas que contarte.

Ella obedeció.

—El regalo que elegiste fue muy del agrado del Sultán. Pero le agradó mucho más la noticia de que el arsenal de Venecia había sido destruido por una explosión –Nassi sonrió–. Fui el primero en hacérselo saber… y ahora está creído de que yo intervine en ese asunto.

—¿Interviniste? –le preguntó ella.

—No, pero no lo negué expresamente. Selim es un zorro y a nada respeta tanto como a un buen cerebro. Mehmed Sokolli es demasiado lento para él y lo pone nervioso. Creo que tendremos guerra pronto… no, no te asustes, pues no será en esta parte del mundo.

Pero a ella no se le quitó el miedo.

—Padre… tú no…; sé de qué manera valora el Sultán vuestro consejo y vuestra sabiduría… ¿No serás tú quien le ha aconsejado que emprenda una guerra?

—De todas maneras, su mente estaba fija en la guerra –afirmó él arrugando el entrecejo–. Lo único que hay que decidir es cuándo comenzarán las hostilidades. En eso puedo tener influencia sobre él.

—¿Pero por qué, padre, por qué? El Sultán posee ya suficientes tierras, gobierna sobre mucha gente, es más rico que cualquier otro gobernante… ¿Por qué ambiciona todavía más?

—¿No conoces la religión musulmana? Tiene que extenderse… lo mismo que el cristianismo.

—¿Y eso no se puede hacer sin necesidad de una guerra?

—No lo sé. Al parecer todo el mundo piensa que no. Así es que vamos a ver qué provecho se puede sacar de su enemistad. Eso es lo que yo puedo hacer. Supongo, palomita mía, que no tengo que decirte que guardes este secreto en tu preciosa cabecita. El Sultán va a enviar un embajador a Venecia para que presente allí un ultimátum…

—Venecia… yo creía que eran amigos nuestros, casi aliados…

—Los venecianos son comerciantes y están dispuestos a pagar mucho dinero por la paz, porque la paz significa ganancias. Aceptarían las condiciones que les impone el Sultán, en cuyo caso ganaremos Chipre sin un solo disparo. Es una gran isla, palomita mía, que vale la vida de muchos hombres… es mucho más grande y mucho más fértil que Naxos…

—Naxos se me ha metido en el corazón, padre. Yo también tengo noticias que darte, necesito tu autorización y tu firma para unas cuantas cosas.

—¿Sí, hija mía? –sonrió él con indulgencia–. Dime, ¿de qué se trata esta vez?

—Al viejo Sotros hay que concederle una pensión, padre. Es demasiado orgulloso para aceptar una limosna…

—Es un bribón indecente. Más de una vez me he tenido que tragar mi orgullo y callarme ante actuaciones suyas, así es que, ¿por qué tendría que concedérsela? Bueno… sabes que soy incapaz de negarte nada. ¿Qué más?

—Gracias en nombre de Sotros, padre. Me gustaría construir un hospital para los pobres de la costa norte. Iscander ha descubierto un lugar maravilloso, en donde el río…

—Es el segundo hospital que me pides. Y un asilo para ancianos y enfermos, y otro para los judíos ancianos…

—Y además desearía que se suprimiera la tortura en todos los procesos legales.

—Eso no –dijo secamente Nassi–. Eso es una ingenuidad. Sin la tortura no se obtiene nunca la verdad de ningún criminal.

—Mientras se sigan utilizando las ruedas y los torniquetes no se obtendrán más que mentiras provocadas por el miedo a esos horribles instrumentos.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Yo hablo con mucha gente… con el juez Simonis, con los abogados… Uno de ellos ha estudiado en Salamanca, ¿no te parece curioso? También hablo con algunos presos…

—¿Qué? ¿Vas a la cárcel a visitarlos? –Jussuf se había puesto pálido de rabia–. ¿Cómo te atreves a hacer eso? Te estás rebajando, tu rango…

—He estado yendo todas las semanas –le dijo Grazia con valentía–. ¿No querrás, padre, que yo tenga este rango únicamente para ostentarlo? Si tengo que ser lo que me llaman, debo ayudarles cuando lo necesiten.

—Chiquilla, no conoces el mundo, no conoces a la gente. Siempre tratan de engañar a todo el mundo… te halagan en la cara y te maldicen a tus espaldas. Quien quiere gobernar ha de tener mano dura.

—Padre, eso se consigue perfectamente bien con un poco de amor –le replicó ella sonriendo.

—Amor –repitió él torciendo el gesto–. Los cristianos están siempre hablando de eso. Hablar no cuesta dinero… –le cruzó un pensamiento por la cabeza–. ¿No habrán intentado captarte? ¿Los cristianos? ¿Has hablado con malhechores… incluso quizá con algún sacerdote cristiano?

—He hablado con dos de ellos –dijo ella divertida–. Y al menos con cinco imanes y con varios rabinos. Todos han sido muy amables conmigo, y ninguno ha intentado «captarme».

—Somos judíos –afirmó él con orgullo–, judíos.

—¿Está escrito en la Torah –preguntó Grazia– que los judíos no deben ser amados?

Jussuf permaneció silencioso.

—Quiero que todo el mundo te ame, padre –dijo ella con una sencillez encantadora.

—Eres una estupenda discutidora –le dijo él orgulloso–. Mejor que si te hubiera enviado a una escuela rabínica –y añadió haciendo un gesto de simpatía–: Ahora vete. Después firmaré esos papeles tuyos. Vas a acabar arruinándome con esos planes y tendré que encontrar otras maneras de exprimir al Sultán.

—Eres un padre maravilloso –dijo ella.

Mientras miraba cómo se alejaba, le asaltó un extraño pensamiento… el pensamiento de que quizá se le perdonarían muchas cosas por el gran amor que sentía hacia ella. Pero se enfadó consigo mismo por pensar así. Era un pensamiento como los que habría podido tener el Padre Núñezi que le había enseñado el catecismo cristiano en Valladikud…

—Dejadme tranquilo ahora, Padre. He vuelto a ser judío y eso es mi hija y eso serán sus hijos, por siempre y por siempre.

Chipre. Los venecianos no aceptarían el ultimátum. No podían aceptarlo. Chipre significaba demasiado para ellos. Era una joya de isla. Irían a la guerra. ¿Pero quién les ayudaría? Nadie. Los gobernantes de los países cristianos se condolerían oficialmente, pero por dentro sonreirían. El rey de España, porque Venecia era una república; los genoveses por su rivalidad; los franceses ya tenían bastantes complicaciones con sus propios problemas; los príncipes alemanes todavía más, con ese cisma que los dividió en dos campos adversos. El Emperador estaba muy satisfecho comprando al Sultán por el precio anual de treinta mil ducados, lo cual era mucho más barato que una guerra. El único que no sonreiría era el Papa. Pero el Papa no disponía de fuerzas.

El Sultán no podía encontrar circunstancias más favorables que una Europa dividida por odios tanto religiosos como políticos: cristianos contra cristianos.

Los venecianos tendrían que pelear solos… y eso sería el fin de la República Serenísima.

Chipre, después Sicilia, eran los pasos que quedaban por dar hacia la última y mayor

de todas las aventuras: la conquista de Europa. Una vez que la flota veneciana… o lo que quedara de ella… fuera incorporada a las fuerzas navales turcas, el Mediterráneo podría ser limpiado de cualquier otro ocupante, y cuando llegara el momento oportuno una armada tan grande como nunca se había visto podría desembarcar en Italia, Francia y España.

Pero primero Chipre.

Jussuf Nassi, duque de Naxos, tomó un papel y una pluma. Cuidadosamente, con primor, empezó a hacer un dibujo, un escudo. En lo alto tenía una gran corona; debajo, escribió con letras firmes y grandes: «José, Rey de Chipre».

Una larga y gris columna subía la montaña serpenteando, medio oculta por la niebla matutina.

La caballería había desmontado. Los hombres tiraban de sus caballos hacia lo alto del puerto. Los mulos arrastraban los cañones cuyas ruedas rechinaban; de vez en cuando se oían gritos y maldiciones.

Don Juan había vuelto a desaparecer; era la quinta vez que lo hacía aquella mañana, pero don Luis Quijada ya se estaba acostumbrando a ello. Habría sido más fácil tratar de conducir un rebaño de gatos que vigilar al comandante jefe.

Desde que se recibió de Madrid la autorización para atacar, era otro hombre, por decirlo de alguna manera. Había experimentado una transformación que quitaba el aliento… sobre todo el aliento de sus oficiales. Parecía que estaba en una docena de lugares al mismo tiempo; nadie sabía lo que iba a hacer de un momento para otro.

—Ha entrado en erupción como un volcán –comentó don Diego Hurtado de Mendoza.

Aquel «Sí» había llegado de Madrid después de meses y meses de espera; era un sí un tanto a regañadientes y, por supuesto, había llegado en la peor época del año. El enemigo había dispuesto de todo el verano y de todo el otoño para extender sus fuerzas en todas las direcciones; había tomado Purchena, Tahali, Durcal, Cantoria y Galera e incluso había invadido Murcia. Aquel nuevo «rey» que tenían, Aben Aboo, era un guerrero mucho más activo que el anterior, y tan escasamente llorado, Aben Humeya, en cuyo asesinato había colaborado. Todo el territorio montañoso que había al norte del Almanzora se había convertido en una gran zona de peligro. Habían llegado casi hasta las mismas puertas de Granada, habían tomado Güéjar a pocas leguas de la capital.

Durante todo aquel tiempo, Juan había permanecido sentado ante su escritorio en el palacio de justicia; tenía prohibida cualquier acción, cualquier actuación bélica. Una vez pasada la primera reacción violenta, se dejó invadir por una calma que llamaba la atención… como si ya solo esperara acabar sus días.

Escribió una carta tras otra al Rey, para estar seguro de que las órdenes eran estarse quieto; don Luis hizo otro tanto. El silencio de Madrid no le desanimaba en su insistencia. Aquella calma tozuda no era natural en un hombre tan joven. Hasta el mismo don Luis estallaba algunas veces, sobre todo cuando se recibían aquellas encantadoras y corteses cartas de Ruy Gómez, en las que se interesaba por la salud de don Juan y contaba las muchas ocupaciones del Rey, pero no decían nada en concreto, como si el Consejo de Guerra de Madrid creyera que con la sola presencia del ejército español en Granada se detenía la invasión morisca.

Particularmente descorazonador fue que el Rey permitiera al marqués de los Vélez atacar repetidas veces, lo cual se llevó a cabo con muy poco éxito.

Y por fin llegó aquel repentino «sí» a finales de diciembre… el día veintiuno; dos días después el ejército estaba en marcha y Juan liberó Güéjar tan fácilmente como un cuchillo corta una rebanada de queso; inmediatamente maniobró en dirección a Baza y Huéscar. Baza necesitó cuatro días de marcha y durante casi todo el tiempo Juan no fue a caballo, sino que iba a pie con este destacamento de infantería o con aquel otro, departiendo con los soldados y ayudando a pasar los cañones por un puente. Ahora que de verdad la ofensiva estaba a lo vivo, el noble marqués de Vélez reconoció que notaba el peso de los años y pensó en retirarse aunque no de inmediato. Se unieron a él en Huéscar y Juan tuvo una conversación con él a solas; el resultado fue que Vélez se marchó a casa con una pequeña escolta y dejó sus tropas a disposición del comandante jefe.

Cómo lo consiguió aquel muchacho era un misterio. No quiso hablar del tema, respetando con delicadeza los sentimientos del marqués.

Ya lo averiguaré, pensó don Luis. Iba montado en un mulo. Juan Galarza llevaba de las riendas su caballo y el de Quijada. Para un hombre con sesenta y pico de años y cargado con una pesada armadura era un tanto arduo subir a pie una escarpada montaña. Don Luis Requeséns, Comendador de Castilla, con quien se habían unido en el cuartel general de Vélez, también estaba en las mismas condiciones; Quijada lo alcanzó en una curva del camino.

—Don Juan está allá arriba, en el puerto –dijo Requeséns, señalando.

—Eso significa que puede ver Galera casi a sus pies –comentó Quijada–. ¿Es muy sólida esa fortaleza, señor?

La pregunta no estaba privada de malicia. Requeséns y Vélez habían tenido sitiada Galera durante semanas sin ningún éxito.

—Me temo que sea inconquistable –respondió Requeséns con un encogimiento de hombros–. A no ser que don Juan pueda deslizarse por el ojo de la cerradura, hay muy pocas posibilidades de que veamos las puertas por el lado de dentro. ¡María Santísima!, cómo se desesperaba el bueno del marqués cada vez que los moriscos nos rechazaban; un libro se podría escribir con las maldiciones y los juramentos que el marqués conoce.

—Pues parece que no le dieron mucho resultado –manifestó Quijada secamente–. En cuanto a lo del ojo de la cerradura, veremos. Yo solo digo que ojalá Su Majestad nos hubiera permitido atacar antes de que se echara encima este tiempo tan frío.

—Su Majestad –replicó Requeséns– tiene encima un montón de problemas. La situación financiera de España, los Países Bajos… las últimas noticias de allí son malas, a pesar de los triunfos de Alba. Que el diablo se lleve este mulo… siempre se empeña en caminar por el mismo filo del precipicio.

—Los mulos hacen algunas cosas que también hacen las personas –le dijo Quijada–. Vos estáis más acostumbrado a la mar que a las montañas, señor, por eso no tomaréis a

mal que os sugiera un remedio que emplean los muleros: cerrar el ojo del lado del precipicio y mirar derecho al frente con el otro.

—Lo intentaré, gracias. No veo nada de humillante en ello, considerando que la princesa de Éboli lleva haciendo eso mismo toda su vida. Una dama extravagante. ¿Tenéis noticias recientes de su esposo?

—Muy recientes –dijo Quijada con cierta reserva.

—Dice mucha gente que es la mano izquierda del Rey, igual que Alba es su mano derecha –comentó Requeséns–. Si eso es así, Su Majestad sigue la Sagrada Escritura al pie de la letra, pues no deja que su mano derecha sepa lo que hace la izquierda.

Quijada no deseaba entrar en una conversación que a la semana siguiente todo el mundo repetiría en Madrid.

—Hemos oído que un gran transporte con armas y dinero destinado a las tropas del duque fue hundido por el camino. ¿Es cierto que lo hicieron los ingleses?

—Sin duda, señor. Fue atacado por uno de los capitanes de la reina Isabel… un tal Dragón o Draco o algo Así… no consigo acordarme de los nombres ingleses. Para pronunciarlos correctamente hay que ser el mismo diablo o un inglés. Hemos formulado una protesta oficial, por supuesto. Probablemente la reina nos expresará su profundo horror, prometerá castigar a su capitán por haber actuado contra sus órdenes, y nos asegurará que pagará todos los daños… y eso será todo lo que veremos y oiremos acerca de este asunto.

Quijada, en realidad, no lo estaba escuchando, pues tenía el pensamiento puesto en otra cosa.

—Hay algo que no acabo de entender –dijo–. Al tomar Güéjar hemos capturado cinco turcos. ¡Cinco! Según las informaciones que poseemos no hay más de un centenar de ellos en el campo morisco, además de unos pocos miles de argelinos y tunecinos.

—Las fortificaciones de Galera están hechas por ingenieros turcos –dijo Requeséns, rezongando–. Hicieron un trabajo excelente, como he podido comprobar yo mismo. Menos mal que no hay muchos de ellos.

—Eso veo. ¿Pero por qué no hay más? La guerra ya lleva mucho tiempo… el Sultán podría haber enviado unos cientos de marinos y treinta mil voluntarios para ayudar a sus correligionarios.

—Como no soy el Sultán, no puedo responderos a eso –dijo Requeséns, con impertinencia–. Figuraos que se habla de una posible guerra con Venecia… cosa que me parece muy improbable, porque la Sublime Puerta y la República Serenísima han estado siempre a partir un piñón. Daría algo por ver cómo se pelean y se destruyen mutuamente las flotas de ambos, porque entonces las galeras españolas podrían navegar por todas partes sin problemas. Ya estamos en el paso… y allí está Su Excelencia.

Su Excelencia estaba al borde de una plataforma rocosa con una docena de jóvenes nobles, contemplando una cumbre que había a lo lejos, entre dos pequeños ríos, el Huéscar y el Orce. Al oír los cascos de los mulos se volvió y les hizo señas.

—Por favor, venid aquí, señores –dijo muy contento–. He estado estudiando el terreno y me parece que ya sé lo que hay que hacer.

Galera se llamaba así porque el escarpado sobre el que estaba construida se parecía a una galera. La parte más alta de la roca con el castillo en lo alto era la popa; la proa descendía hasta la llanura, hasta el lugar en donde se juntaban los dos ríos.

—Aquella pequeña loma que hay al este de la roca –dijo Juan– parece un buen sitio para plantar nuestro campamento base. Podemos instalar una batería allí, en aquel saliente… y otra en el norte. La posición de la tercera no sé aún cuál será… tendremos que inspeccionar mejor las fortificaciones que el enemigo tiene en el sur. Padilla con su infantería ocupará ese sector, protegido por el Huéscar a su izquierda.

Quijada asintió. No quería decir delante de Requeséns que la batería de cañones ligeros en el norte no podría ser muy eficaz contra aquella masa rocosa de fortificaciones. Ya se lo diría después al joven general.

Pero Requeséns lo dijo.

—Los cañones, desde allí, no les harán ni cosquillas, Excelencia. Esas rocas son macizas.

—No los voy a utilizar para perforar la muralla –replicó Juan con un gesto de impaciencia–. Se sumarán al ataque cuando ya Inés y Dolores hayan abierto una brecha.

—¿Cuándo… quiénes…? –preguntó Requeséns.

—Inés y Dolores –explicó Quijada– son unas piezas de artillería muy pesadas. Pero…

—Vos las conocéis bien, señor –intervino don Juan–. Nos las enviasteis de Cartagena. Son cañones de barco. Ya me gustaría tener algunos más de ellos.

—¡María Santísima! –exclamó Requeséns–. No podéis traer esa artillería pesada por carreteras como esas; eso no se ha hecho nunca. ¿Os habéis dado cuenta en qué condiciones están los puentes?

—Por supuesto –dijo Juan con desenfado–. Por eso di órdenes a Vázquez para que construya dos puentes nuevos que puedan aguantar a nuestras dos pesadas señoras. Conocéis a Vázquez de Acuña, ¿no? Nunca se siente más feliz que cuando tiene que hacer los puentes en una noche. Los cañones deberán estar aquí dentro de unas cinco horas. No los van a traer por lo alto del puerto, desde luego, sino por la carretera de allá abajo. Le he dado a Vázquez doscientos hombres de escolta, aparte del tren de mulos.

Quijada se aclaró la garganta ruidosamente. Aquello era nuevo también para él, pero no quería que Requeséns se diera cuenta de ello.

—La batería ligera –prosiguió Juan– servirá para cubrir el asalto, cuando ya Inés y Dolores hayan hecho su tarea. ¡Sánchez!, decid al capitán Pacheco que descienda con sus hombres y vaya directamente al lugar del campamento base. ¡Esperad! Señor Requeséns, vos estuvisteis presente en el primer sitio de Galera. ¿Cuál es el cañón más potente que tienen?

Requeséns se lo explicó y Juan hizo unos rápidos cálculos.

—Sánchez, decid al capitán Pacheco que los sitúe a lo largo de aquella línea, no más cerca de la fortaleza que aquellos arbustos.

Sánchez se marchó.

—No tenemos que correr riesgos innecesarios –dijo Juan, hablando consigo mismo–. Aquí llega Zapata con su caballería. Señores, ¿qué os parece si inspeccionamos la defensa del lado opuesto?

—Tendrá que ser pasando sobre mi cadáver –aseguró Quijada firmemente–. No lo haremos hasta que llegue toda la caballería.

Juan puso una cara hosca.

—Eso quiere decir que tendremos que esperar otras dos horas por lo menos. ¿Y si tomáramos algo de comer mientras?

—Así sí –dijo Quijada–. Es una idea estupenda. Os advierto, Excelencia, que no estoy seguro de que vuestras dos gordas señoras tengan suficiente potencia para abrir una brecha lo bastante ancha en esas rocas.

—No se pierde nada con probar –replicó Juan–. Si no pueden, tendremos que echar mano de Molina. No hay nadie que le iguale para colocar una mina. El sitio adecuado sería debajo mismo del castillo. Se lo consultaremos cuando regrese, porque ahora está emplazando la batería número dos. Y a Fernán hay que decirle que abra una trinchera en zigzag desde el campamento hacia la fortaleza. El capitán García tendrá que poner a sus hombres a cavar en cuanto hayan comido –dijo, sonriendo con picardía hacia Quijada–. Recordad que vos mismo me enseñasteis que nunca hay que hacer trabajar a la tropa antes de que coma.

—No habéis olvidado nada de lo que os enseñé –repuso Quijada–. Y además habéis aprendido algunas cosas más por vuestra cuenta.

—Don Luis Quijada, don Luis Requeséns y el duque de Alba –comentó Juan–. Nunca nadie ha tenido tres maestros mejores que los míos. ¡Francisco!, seguid a los hombres de Pacheco, y no os acerquéis tanto a la fortaleza, haced el favor. ¡Cristóbal!, decid a don Pedro Martínez que despliegue a sus hombres a lo largo de la curva del río Orce, que allí estarán a cubierto de la línea de tiro.

—Vuestra Excelencia es de lo más amable –comentó don Luis Requeséns.

Quijada guardó silencio. Estaba pensando en un muchachito rubio con ojos azules, que en una ocasión le ofrecía un cojín con las llaves de Villagarcía. Por alguna razón, este recuerdo hizo que se aclarara otra vez la garganta.

* * *

Ante Juan se presentó una delegación de jóvenes nobles solicitando que les permitiera formar la punta de lanza en el primer asalto que se iba a llevar a cabo.

Se podía contar con unos doscientos jóvenes, cada uno con su correspondiente

acompañamiento de voluntarios. Juan los conoció a cada uno personalmente; muchos eran de Madrid o de Valladolid y había departido con ellos en banquetes y en partidas de caza; otros habían servido a sus órdenes en el crucero hecho por la flota; y todos ellos llevaban meses tascando el freno impacientes. Aquella iba a ser su primera oportunidad, ya que Güéjar, Baza y Huéscar habían sido tomadas prácticamente con solo entrar las tropas en ellas.

Juan comprendió que le era imposible decirles que no, aunque él habría preferido con mucho que se quedaran a su lado para cuando llegara el momento de entrar en acción. Pero no les podía decir esto en presencia de don Luis Quijada. «El general no debe participar en la batalla, tiene que dirigirla…», le había dicho Quijada docenas de veces, y el Rey le había escrito en muchas cartas que no debía esponer su vida «innecesariamente», ofreciendo a los moriscos la oportunidad de un triunfo que favorecería grandemente su causa en todos los países musulmanes y que reforzaría su resistencia. Juan tenía sus propias ideas acerca de esto, pero no era el momento de exponerlas.

No de muy buena gana les concedió el permiso que le pedían; ellos le dieron las gracias y se fueron corriendo a dar la buena noticia a los demás.

A don Luis se le saltaron las lágrimas. Se estaba viendo a sí mismo, tal como era hacía casi cincuenta años, comportándose como aquellos jóvenes… él y dos hermanos suyos que después cayeron en servicio activo, uno en Túnez y otro en Alemania. El general a quien se lo pidió entonces era el padre de este general de ahora…

Requeséns guardaba silencio. Pero al cabo de un momento señaló hacia la torre del castillo.

—Espero que lo vengarán –dijo ceñudo.

Juan vio una larga pértiga con lo que parecía una pequeña bola en la punta.

—Es la cabeza de don León de Robles –precisó Requeséns–. Hijo de un primo del marqués de los Vélez. Yo le conocía muy bien.

Juan no comentó nada. Fueron a inspeccionar el bosque de tiendas, que habían levantado en el campamento base, y cómo estaban cavando la trinchera en zigzag que serpenteaba hacia el pie del risco de Galera.

—Es un trabajo muy arduo –comentó Juan en voz alta–. Creo que una canción lo estimularía. ¿Dónde están los músicos?

Los hombres se echaron a reír, pero en unos momentos se formó una banda de música que empezó a interpretar canciones de guerra populares. Mientras tanto, Juan se había sumado a los hombres que traían matojos de la ladera cercana y acarreó unas cuantas cargas a las trincheras, a pesar de llevar la armadura puesta.

Requeséns puso muy mala cara e incluso Quijada protestó por lo bajo, pero los hombres se habían puesto a cantar y estaban muy divertidos por la evidente desaprobación de los dos viejos militares ante la flagrante ruptura de la etiqueta por parte de su joven general. Y la trinchera en zigzag avanzó a doble velocidad.

Cuando Juan salió de ella, se dirigió a Quijada:

—Se me ha ocurrido una idea –le dijo–. ¿Por qué no excavamos también por la noche? Hay que tener en cuenta que nos empezarán a disparar en cuanto estemos a tiro, pero los podemos engañar con linternas, linternas pequeñas, de manera que crean que estamos en otro sitio… y por la mañana estaremos listos para el asalto.

—Tenéis mucha prisa, ¿no, Excelencia? –comentó Requeséns astutamente–. Probablemente se pasarán disparando toda la noche y no podremos sacar ni una hora de sueño.

—Y ellos tampoco –replicó Juan–. Además, sí, tengo mucha prisa. He de recuperar diez meses en los que no he hecho nada. Ahora, si os parece, señores, iremos a inspeccionar las defensas del lado opuesto.

Así lo hicieron, llevando trescientos hombres de caballería y cinco mil infantes; al poco de llegar ellos, emplazaron el tercero de los cañones. Celebraron un breve Consejo de Guerra en el que Requeséns informó del fracasado ataque por parte de Vélez. Un joven capitán se presentó para anunciar que Inés y Dolores habían llegado; Quijada sugirió que se hiciera un ensayo de ataque con las tropas que habían quedado en el lado sur.

—Precisamente para eso las he dejado allí –dijo Juan, mostrando sorpresa–. Yo creía que vos lo sabíais.

—Lo que yo sabía es que vos habíais dicho a don Alonso que no atacara.

—Efectivamente. Se lo dije porque es un precipitado y yo quería que esperase a que yo le diera la señal.

Quijada sonrió. Ya más tarde, cuando se retiraban a dormir, después de haber cenado, el viejo militar dijo en voz baja:

—Lo estáis haciendo muy bien… hijo. Creo que ya no me necesitáis mucho.

—Estoy empezando a dominar todo esto –replicó Juan–. Es lo mismo que cuando tuve que aprender a manejar barcos, muchos barcos, una flota. Es algo así como poseer un cuerpo nuevo. Las baterías son como los puños. Mañana golpearé con ellos las puertas de Galera. Pero aún tengo mucho que aprender y le doy gracias a Dios de que estáis a mi lado en mi primera batalla. Buenas noches… padre.

Quijada le dio un apretón de manos y se retiró con cortos y cansados pasos.

Ya era noche cerrada y las hogueras del campamento ardían como un anillo que rodeaba a la fortaleza sitiada.

* * *

Contra todo pronóstico, los moriscos no abrieron fuego por la noche sobre las trincheras.

Por la mañana, al amanecer, comenzó el cañoneo. Inés abrió una brecha al quinto disparo y por ella penetró una columna de asalto a cuya cabeza iban los jóvenes nobles

con Padilla, Favara y Luzón; casi inmediatamente les siguieron don Juan Pacheco y sus hombres.

Pero el contraataque los rechazó con grandes pérdidas; un morisco gigantesco arrojó por encima de las murallas el cuerpo de Pacheco… cortado en cuatro partes. Lo habían cortado en cuatro pedazos porque, como Caballero de Santiago que era, llevaba cosida a sus ropas una cruz grande de su Orden.

—Colocad las minas –ordenó Juan.

Las colocaron exactamente bajo los muros del fuerte. Cuando todo estuvo preparado, cuatro mil hombres se ocultaron en las trincheras esperando el momento de la explosión.

El estallido ensordeció a todos, haciendo saltar por los aires a medio centenar de defensores de la fortaleza. Los muros exteriores se derrumbaron y en la muralla interior quedó abierta una brecha.

Las trincheras empezaron a vomitar soldados que se lanzaron a trepar como cabras por los riscos pelados.

Mientras tanto, las baterías ligeras abrieron fuego también.

—Se están reagrupando –exclamó Quijada, señalando hacia el extremo oriental del pueblo, donde se veía cómo aumentaba cada vez más el brillo de las armas de fuego que apuntaban a los asaltantes procedentes de las trincheras.

El joven abanderado don Pedro de Zapata fue el primero que llegó a la brecha, sosteniendo la bandera de su unidad. Media docena de moriscos se lanzaron contra él, que se defendió luchando en todas direcciones sin soltar la bandera. Logró matar a dos de ellos, pero los otros cuatro lo derribaron con heridas en la cara y en los hombros, cayendo sobre los Escombros aún humeantes.

—¡Salvadle! –gritó Juan.

—No hay ni una probabilidad entre ciento –dijo Requeséns, dando media vuelta para ocultar su emoción.

Pero Quijada envió un puñado de hombres para rescatar a Zapata de en medio de los escombros.

—Al menos recuperad su cuerpo –dijo.

Se volvió hacia don Juan y vio que había desaparecido.

—¡Virgen Santísima! –exclamó Requeséns–. Está allí, con los hombres de Cabral, que atacan por el otro extremo. ¡Lo van a matar! ¡Que los demonios se lleven a este maldito pueblo! Mirad allí…

Quijada ya no escuchaba. Espoleando a su caballo irrumpió por en medio de una unidad de arcabuceros y se lanzó a darle alcance a Juan, cuyo caballo negro podía ver rodeado de un hervidero de cascos, escudos y espadas. Pegado a la grupa iba otro jinete; se dio cuenta de que era Galarza, pero no podía detenerse en ese pensamiento.

Los moriscos mantenían el fuego y aquel joven loco iba derecho hacia ellos… Buen Dios, que no suceda… qué le voy a poder decir después al Rey si… Se produjo una salva

cerrada. Buscó aterrado con la mirada; no se veía al muchacho, lo habían matado; no, allí estaba, había desmontado y estaba trepando por aquella maldita roca con los hombres de Cabral; caían como moscas a su alrededor. Todo aquello era una completa locura –pensaba Quijada de sí mismo–, pero si Dios quería que muriese a su edad mientras trepaba como una cabra loca, lo haría…

Se produjo otra salva de disparos en el preciso momento en que don Luis desmontaba. Tampoco esta vez Juan había sido alcanzado por puro milagro, pero ahora solo disponía de unos cincuenta hombres, de manera que él mismo se dio cuenta de que con tan pocos no podía asaltar la fortaleza y, gracias a Dios, empezó a retirarse, cubriéndose detrás de las rocas, deslizándose hacia el lugar a donde le habían acercado el caballo, y allí subió a la montura. Si Requeséns tuviese el sentido común de tocar retirada general… pero no se le ocurrirá a ese viejo, que tiene la mente acaparada por sus barcos; para lo único que sirve es para…

Se oyó el toque de retirada y al cabo de un momento Juan pasó como una exhalación al lado de don Luis sin ni siquiera verlo. ¡Qué cara llevaba, por Dios y por Santiago, qué cara! No tenía en el rostro ni una gota de sangre y sus ojos eran como carbones encendidos… pero no había recibido ni un arañazo, gracias al Dios de los Cielos, ni un arañazo…

Quijada se acercó lentamente a Requeséns.

—Gracias por haber ordenado retirada, señor –le dijo–. Ya era tiempo.

—Alguien tenía que mantenerse lúcido –replicó Requeséns; y en eso tenía razón el condenado.

* * *

De todas partes iban acudiendo los soldados españoles.

—Tres horas más tarde, todos los jefes fueron convocados a la tienda del general.

—Ya os dije que Galera era inconquistable –le dijo Requeséns a Quijada ante la puerta de la tienda–. Ahora espero que nuestro joven jefe y amigo hará más caso a la voz de la experiencia. Yo propondría que se levante el sitio.

Quijada pensó en la cara que le había visto a Juan y no dijo nada.

Ante su asombro, se encontraron con que en la tienda había unos sesenta oficiales.

Como solo en Consejo de Guerra podían ser adoptadas decisiones, aquello tenía que ser una reunión de otra índole, a la que habían asistido para recibir órdenes.

Y así fue.

Juan llegó con el mismo aspecto que tenía cuando pasó a galope junto a Quijada.

—Señores amigos y oficiales –dijo–. El revés que hemos sufrido me ha hecho ver cómo podemos obtener la victoria. El obstáculo que hemos de superar es el muro del fuerte. Por consiguiente hay que eliminar ese muro. Ya hemos hecho los planes para ello. El día diez de febrero tiene que caer Galera, y solo Dios podrá impedirlo, si tal es su

deseo.

Los oficiales acogieron estas palabras con una aclamación.

Quijada evitaba mirar a Requeséns.

—Pero eso no es todo –prosiguió don Juan–. Hay que dar cumplida réplica a los rebeldes por lo que han hecho con don León de Robles y don Juan de Pacheco. Quiero que Galera sea arrasada hasta los cimientos y su suelo sea sembrado de sal. Todos los moriscos y turcos que se encuentren en ella serán pasados por la espada.

Los oficiales se retiraron sin dejar de aclamar.

Juan se dirigió a Quijada:

—Señor, hágame el favor de vigilar que ningún correo salga del campamento hasta el día once de febrero. Quiero que la noticia de nuestra victoria le llegue al Rey al mismo tiempo que la de nuestra derrota de hoy. Ahora excusadme… voy a ver cómo sigue Zapata. Ha conseguido salvar la vida.

Salió de la tienda dando zancadas.

Quijada le dijo a Requeséns con un gesto solemne:

—Señor, si lo deseáis, haré constar en acta que habríais votado por levantar el sitio de Galera… si hubiera habido votación.

—Sería una tontería, señor –replicó Requeséns nervioso–. Una tontería. Don Juan tiene razón. Hay que arrasar el lugar, sembrarlo de sal y no conceder cuartel. Estoy totalmente de acuerdo. Me alegro de que haya dicho eso. Me alegro mucho.

—Alguien tiene que conservar la lucidez, señor –comentó Quijada, haciéndose el ingenuo.

De manera sorprendente, Requeséns estalló en una carcajada.

* * *

Don Juan encontró a Zapata consciente por completo. El joven abanderado intentó incorporarse en el lecho cuando su jefe entró, pero Juan lo sujetó amablemente.

—Toda España se sentirá orgullosa de vos, don Pedro. Mencionaré vuestro nombre y vuestra acción en mi informe especial al Rey. Deseo que estéis siempre a mi lado de ahora en adelante, tanto en las campañas de tierra como en las de mar. Recuperaos pronto, don Pedro.

El noble rostro del abanderado se puso radiante.

—Vuestra Excelencia… me ha dado… la mejor medicina –dijo en un susurro.

Cada día, Juan visitaba a los heridos y permaneció con ellos un buen rato… había más de quinientos. También todos los días conversaba con Francisco de Medina, el técnico en minas, y observaba cómo los túneles –uno al este y otro al oeste– iban profundizando en la roca. Molina ponía una serie de pequeños barrenos para ensanchar el túnel y los defensores de la plaza fuerte se burlaban por la cantidad de pólvora que

gastaban los españoles inútilmente.

El diez de febrero, dos grandes minas estallaron simultáneamente y la infantería de Padilla irrumpió a través de las rocas humeantes en Galera, convertida en un infierno llameante y crepitante.

Los destacamentos de caballería, estratégicamente situados, impedían la salida de los fugitivos.

Dos mil cuatrocientos moriscos y cincuenta y cuatro ingenieros turcos murieron. Los soldados se apoderaron de un botín en el que participaron todos.

Juan encargó a Quijada que recogiera la quinta parte que correspondía al Rey. Encomendó a Del Mármol que arrasara la ciudad y rociara el suelo con sal.

Al día siguiente dio orden de levantar el campamento.

—Primero vamos a Cuéllar –dijo–. Después iremos a Canillas.

Quijada y Requeséns se miraron. Aquellas dos plazas eran pueblos que no podían defenderse. El verdadero objetivo estaba bien claro. Cerca de Canillas estaba la fortaleza cuya conquista por los moriscos causó a don Juan tan gran disgusto aquel nefasto día del mes de julio; la fortaleza de Serón.

CAPÍTULO 33

El escuadrón de reconocimiento estaba formado por dos mil soldados de infantería y doscientos de caballería; Juan llevó consigo a Quijada y a Requeséns, dejando a Padilla como jefe del campamento en Canillas. Uno de los dos viejos comandantes tendría que haberse quedado en el campamento, pero no hubo manera de convencerlos. Quijada insistió en que él era el responsable personalmente de la vida de don Juan y Requeséns replicaba que, como vicealmirante de la flota, se hallaba exactamente en las mismas circunstancias y que además tenía una carta del Rey para probarlo. Se pusieron a discutir como dos chiquillos hasta que Juan cortó la disputa hábilmente, diciéndoles que no estaba dispuesto a prescindir del consejo de ninguno de ellos.

Se llevaron una sorpresa al ver que Serón estaba muy mal defendida. Unos cientos de moriscos intentaron cortarles el paso con un fuego graneado, pero se apresuraron a retirarse tras las murallas ávidamente perseguidos por Tello González de Aguilar al frente de la caballería.

—Parece que le temen a la caballería –observó Quijada–. Sin embargo, ellos siempre la han sabido utilizar muy bien; será que han perdido la costumbre.

Un joven oficial llegó a todo galope.

—Excelencia, os traigo los respetos de don Tello y os comunica que se ha apoderado de la puerta principal. El enemigo se ha dispersado.

—Es demasiado bueno para ser verdad –comentó Quijada–. Hay que enviar exploradores para que hagan un reconocimiento de las calles. Puede ser una trampa.

Juan asintió con la cabeza.

—Enviaré exploradores. Que vayan quinientos.

Dio las órdenes oportunas y veinte minutos después llegó otro mensajero.

—Don Tello informa de que hay muy poca pelea. Hemos tomado los principales almacenes de víveres y de municiones.

Juan se volvió en su silla.

—Señores, parece como si les hubiéramos cogido de sorpresa. Si aprovechamos esta oportunidad acortaremos la campaña en una semana.

Diciendo esto, apuntó hacia el fuerte con su espada. Las tropas empezaron a avanzar dando gritos de entusiasmo.

—Serón tomada por un escuadrón de reconocimiento… –dijo Requeséns con una risa apagada–. Esto hará un efecto muy bueno en Madrid.

Pero Quijada movió la cabeza pensativo.

—Estamos aquí –dijo– para transmitirle la prudencia y la experiencia de la edad. En

cambio, parece que nos está haciendo jóvenes y precipitados.

—Al parecer nuestros hombres ya han dominado aquello –comentó Requeséns–. Las casas están ardiendo.

—Puede ser eso o puede que sean señales de humo que hace el enemigo –replicó Quijada–. En todo caso, esto no me gusta.

Trató de decírselo al comandante jefe, pero Juan estaba dando unas órdenes a los soldados y no podía oírle. Después, un tropel de soldados, ansiosos por apoderarse de parte del botín, se interpuso entre ellos. Fue en vano todo el esfuerzo que los oficiales hicieron para poner un poco de orden en aquel zafarrancho.

—¡Vaya una gente que tenéis aquí, señor! –gritó Requeséns muy enfadado–. Si yo no pudiera imponer mejor disciplina en mis barcos…

Quijada no pudo oír nada más, porque los atropelló otra horda de soldados que, gritando desaforadamente, contribuyeron a que la confusión fuera indescriptible. Toda la tropa se precipitó hacia la puerta principal, empujándose y amontonándose de manera inconcebible.

Juan se hallaba por allí en medio, imposible de localizar. Quijada, dando voces enormes, arremetió contra aquella masa apretujada, azotando a diestro y siniestro con la parte plana de su espada. A unos metros de distancia, Requeséns y algunos oficiales hacían lo mismo.

Quijada vio emerger al otro lado a don Tello y a un par de oficiales, y hacia ellos se lanzó.

—¿Dónde está Su Excelencia?

—Acabo de verlo cabalgando por las calles hacia la ciudadela –le respondió el joven oficial de caballería.

—¿Dónde demonios están sus hombres? –aulló Quijada.

—Los he sujetado todo lo que he podido –le respondió don Tello visiblemente violento–. Pero se han ido como todos los otros en busca de botín. La ciudad es nuestra –añadió como dándose cuenta de repente.

—Reúna una veintena de hombres inmediatamente… ¡inmediatamente! ¿Habéis oído? –le ordenó Quijada, taladrándolo con los ojos–. Y eche el cerrojo a la puerta principal. Si quedan moriscos en las proximidades del pueblo, nos atraparán como a ratas. A la primera señal de presencia de moriscos enviadme un mensajero. Estaré en las cercanías de la ciudadela. Os hago responsable personalmente de la puerta principal.

Continuó cabalgando. El estruendo que lo rodeaba era familiar para cualquier viejo soldado. El crujido de las puertas derribadas, los muebles arrastrados, las maldiciones, los chillidos de las mujeres, todo eso mezclado con gritos desgarradores… era el ruido que acompañaba a las primeras horas de la conquista de un pueblo.

Unas cuantas casas estaban en llamas, pero al volver la esquina, vio la ciudadela y en ella, ondeando, la bandera del nuevo «rey» morisco. De allí se levantaba una columna de

humo negro y espeso… estaban haciendo señales.

Y allí estaba Juan intentando agrupar a unos cientos de hombres, amenazándolos a voz en grito hasta desgañitarse.

Quijada, algo aliviado, volvió a fijar la vista en la ciudadela. Por suerte, los cañones estaban muy sujetos al suelo y no podían apuntar a la plaza, de lo contrario allí no quedaría títere con cabeza en cinco minutos.

—¡Estúpidos idiotas! –les gritó a los hombres que más cercanos tenía–. ¡Basta ya y comportaos como soldados! A ninguno se os permitirá quedaros con el botín que habéis cogido… todo eso se repartirá después. ¡Basta he dicho!

Se tardó casi dos horas en reagrupar a unos seiscientos hombres.

—Todos están metidos en las casas –le dijo Quijada a Juan.

—Hay que hacerlos salir de ellas, si vamos a incendiar el pueblo –dijo Juan lleno de rabia–. Son unos canallas, no soldados.

Llegó Requeséns con otro centenar de hombres que había conseguido reunir. Algunos estaban heridos; a uno de ellos le había arrancado una oreja una mujer morisca, cuando quiso arrancarle las joyas que ella llevaba en las orejas y en el cuello.

—¿Cuántos creéis que habrá allá arriba? –le preguntó Juan a Quijada señalando a la ciudadela.

Antes de que pudiera recibir respuesta, llegó don Tello en medio de la plaza con treinta hombres a caballo. Quijada se puso pálido. Don Tello no era un cobarde. Si había abandonado la puerta principal a pesar de las órdenes que él le había dado, era señal de lo peor.

—Moriscos a millares –informó don Tello casi sin respiración–. Todo un ejército está llenando el valle. Llegarán aquí dentro de diez minutos.

Juan se mordió los labios. Por un momento pensó en dar un desesperado asalto a la ciudadela. Si lo conseguía, podría resistir allí hasta que Padilla llegase con refuerzos. Pero allí arriba los moriscos serían seguramente más numerosos que sus propias tropas y en un cuarto de hora se hallaría entre dos fuegos. Todo aquello era una locura.

—¿Cuál es el objetivo del enemigo? ¿Forman una columna o varias? –preguntó con voz tajante.

—Son varias –respondió don Tello–. Por lo que he podido ver, todas se dirigen a la puerta principal. Tengo otros cincuenta hombres junto a la puerta que hay cerca de aquella iglesia.

—Por ahí es por donde tenemos que salir –decidió Juan–. ¡Cornetas! ¡Tambores! ¡Tocad alarma general!

—Si esto no los despierta, los moriscos lo harán bien pronto –comentó Requeséns.

Los oficiales, llenos de vergüenza, trataban de organizar a los hombres, pero los soldados acudían de todas partes precipitadamente y pronto aquello fue una masa de hombres, muchos de los cuales iban cargados con el botín que no querían abandonar;

había incluso algunos que llevaban a rastras alguna mujer.

Desde lejos llegó un nuevo estrépito formado por un conjunto de gritos agudos; desde la ciudadela respondió otra estridencia semejante.

Los soldados españoles empezaron a salir de las casas a borbotones.

—Los piojos de la barba del viejo Serón están excitados –dijo don Tello–. Espero haber actuado bien abandonando la puerta principal en estas circunstancias, señor.

—Seguramente sí –dijo Quijada ásperamente–. Sin la caballería no conseguiríamos nunca salir de aquí con vida.

Los treinta hombres de don Tello habían aumentado a cuarenta y dos; había unos cincuenta más en la puerta pequeña. Eso era mejor que no tener nada. Un hombre a caballo valía no por tres o cuatro, sino por treinta de infantería, en esta guerra.

Pero ¿estarían allí esos cincuenta?… Si, allí estaban. Quijada podía verlos ahora. Y lo que era mejor, había unos setenta.

No fue fácil hacer salir a los hombres, pues estaban llenos de pánico. Unas dos terceras partes de ellos habían atravesado la puerta cuando llegaron los moriscos aullando como lobos.

—¡Hacedles frente! –ordenó don Juan.

Era la única forma de evitar un total desastre. Había que cubrir la retirada.

Pero Juan vio, con absoluta impotencia, que no le obedecían. Cada uno no pensaba más que en sí mismo y en lo que había rapiñado.

—Dejadme tomar el mando –le rogó Quijada–. La mayor parte de los hombres ha salido y vos sois el general…

Pero don Juan se lanzó en medio de la masa de hombres que no hacían más que lamentarse con grandes gritos.

—¡A luchar! –les bramó, mientras se cruzaba con el caballo ante ellos–. ¿Sois españoles o no?

—¡A su lado, don Tello! –ordenó Quijada firmemente–. ¡Protegedle! ¡Que una docena de hombres lo rodeen!

Solo podía oír algunas de las palabras que don Juan estaba gritando… «hombres, no mujerzuelas… honor…». Daba palos de ciego con el plano de la espada, hasta que, con la ayuda de don Tello, consiguió formar una línea de resistencia; entonces, dispararon contra los moriscos, que estaban tan apretujados como ellos mismos, de manera que no se perdió ni uno de los disparos.

Quijada organizó un puñado de arcabuceros para cubrir dos de las calles que llevaban a la puerta y le hizo señas frenéticas a don Tello para que se llevase al general con sus jinetes.

—Vámonos, Excelencia –le dijo don Tello, urgiéndole–. Habéis armado caballeros a más canallas de esos que los que Su Majestad ha armado en toda su vida.

Una bala de cañón pasó por encima de ellos y una descarga de piedra cayó en el grupo a su alrededor, matando a tres hombres e hiriendo a una docena.

—Han puesto sus cañones en posición –dijo don Tello–. Vámonos.

Otra nueva descarga con otra lluvia de piedras.

—Quiero que primero salga don Luis Quijada –dijo don Juan.

Una salva más les llegó desde el otro lado.

Horrorizado, don Juan vio que don Luis se hundía en su silla y se deslizaba lentamente del caballo.

Los hombres que rodeaban al viejo jefe estaban todavía gritando llenos de rabia cuando Juan aterrizó entre ellos. Se encontró de frente con el rostro de Quijada marcado por su cicatriz y oyó su voz que le decía:

—Un disparo de mosquetón me ha alcanzado en el hombro, señor. No bajéis del caballo, que ya están aquí.

Quijada le sonreía… el anciano tenía la cabeza apoyada en el regazo de un arcabucero y su coraza estaba salpicada de sangre. Vio cómo los moriscos se lanzaban en tromba, como una nube, gritando con júbilo.

—¡Arcabuceros! –aulló–. ¡Preparados!… ¡Fuego!

Dispararon una salva cerrada. La muerte y la confusión se sembraron en aquella nube blanca.

—¡Fuego!

Otra vez la muerte cruzó el aire. Pero aquello era poco. Juan miró a su alrededor. Vio a don Tello y a sus hombres.

—¡Seguidme!

Lanzó su caballo contra la masa blanca sin ni siquiera mirar hacia atrás para ver si le seguían.

—¡Santiago! –gritó don Tello, blandiendo su espada, y sus hombres repitieron el grito.

En una fracción de segundo, una multitud tonante de casi un centenar de caballos arremetió contra aquel gentío de moriscos.

Una piedra lanzada por una honda se estrelló contra el casco de don Juan y casi lo derriba de la silla. Entre una neblina roja vio un rostro oscuro y barbudo, con la boca abierta en un alarido, al mismo tiempo que un brazo desnudo se alzaba levantando una lanza; la espada de don Juan entró limpiamente por la axila.

Otra piedra rebotó en su escudo y él, dominado por una furia incontenible, aplastó el escudo contra el rostro que tenía más cercano.

Cuatro brazos intentaron agarrarse a las riendas y a la silla de don Juan; él espoleó el caballo y todas desaparecieron, excepto una que quedó separada de su correspondiente cuerpo.

El siguiente objeto oscuro que se puso delante de su vista fue una espalda desnuda y brillante. La atravesó con una profunda estocada y desapareció. A continuación otra…

¿Una espalda? ¡Una espalda!

¡Por Dios y todos los santos! Estaban huyendo. El rostro de don Tello surgió de no se sabe dónde sonriendo malignamente. La razón se impuso de nuevo y la niebla se disipó delante de los ojos de Juan.

—¡Volved! –ordenó–. ¡Volved a la puerta principal, españoles!

Espoleó a su caballo. La infantería perseguida por la caballería tarda mucho en poder reorganizarse. Alguien se lo había dicho una vez… ¡Ah! Había sido Alba, allá en la sala de mapas del palacio. Y le había añadido: «excepto cuando la retirada era una trampa para engañar a la caballería».

En aquel momento no tenía tiempo de recapacitar. Lo que importaba era sacar a toda la tropa de Serón y volver a Canillas, si fuera posible. Toda la tropa que pudiera salir. Los bellacos que se habían quedado saqueando a pesar de la llamada general no tendrían salvación.

Ya en la puerta, la situación era menos comprometida. Requeséns se había hecho con el mando; la mayor parte de los soldados habían salido y el resto iba llegando con un cierto orden. Galarza había improvisado una especie de angarillas para su jefe herido y la había colgado entre dos mulos.

—Noventa y seis jinetes a la orden, incluidos siete heridos, señor –informó don Tello, casi festivamente, como si se estuviera divirtiendo.

—Muy bien –dijo Juan.

Una docena escoltarán a don Luis Quijada lo más deprisa posible. Tomad a los mejores hombres, don Tello. Y mejor será que toméis el mando de ellos. Galarza irá con vos cabalgando sobre uno de los mulos.

—Os ruego me perdonéis, señor, pero don Luis me ha encargado que os escolte yo –se excusó don Tello, preocupado.

—Mi jefe me ha dicho que permanezca a vuestro lado, Excelencia –dijo también Galarza–. Si no, me arrancará la cabeza.

—¡Obedeced mis órdenes! –les gritó don Juan–. ¡Vamos, a toda prisa! –y se volvió para disimular su emoción.

Con unos ochenta jinetes que quedaban, don Juan cubrió la retirada y después se unió a todos.

—Hemos perdido alrededor de trescientos hombres –le dijo Requeséns, cuando llegaron a una pequeña loma distante como media legua del pueblo–. Y según me han informado ahora, hay unos cinco mil demonios oscuros en Serón. A menos que sean los mayores cobardes del mundo, los tendremos aquí dentro de un cuarto de hora… y todavía tardará un buen rato en oscurecer.

—Tenéis razón, señor –dijo don Juan, asintiendo con la cabeza y señalando hacia la

puerta, que se veía a distancia–. Ahí vienen ya.

* * *

Quijada estuvo inconsciente durante la mayor parte del viaje a Canillas. Cuando volvió en sí por completo ya estaba acomodado en la tienda de campaña y un médico le acercó un vaso a los labios.

—Bebed, señor.

—¿Dónde está don Juan? –murmuró Quijada.

—Todavía no tenemos noticias, señor. Por favor… bebed esto… os hará dormir. Tenemos que hacerle una operación, señor. Aún tenéis la bala en el cuerpo.

Pero Quijada volvió la cabeza hacia otro lado.

—Refuerzos –susurró–. Padilla tiene que enviar… refuerzos.

—Ya están en camino, señor.

—¿Cuán… cuántos? ¿Cuánta caballería?

Eso no lo sabía el médico.

—Enviad en busca de Padilla –ordenó Quijada.

El cuerpo le dolía como si hubiera recibido no uno, sino una docena de disparos, pero se daba cuenta de que no iba a morir, al menos durante unas cuantas horas. Antes tenía que saber que Juan estaba a salvo y enviarle un informe al Rey. Pero aún no había noticias…

—¿Qué hora es?

Pero el médico había salido en busca de Padilla.

A los pocos minutos, Padilla llegó con un joven oficial. Cuando lo vio, los ojos de Quijada brillaron. Era Juan de Soto, uno de los ayudas de campo de don Juan.

—De Soto acaba de llegar –dijo Padilla–. He pensado que os gustaría oír directamente sus informes.

—Su Excelencia está sano y salvo y se encuentra bien –dijo Soto–, aparte de una pequeña herida en el brazo.

El rostro de Quijada se puso radiante de alegría.

—Rechazó dos ataques en las proximidades de Serón –prosiguió informando Soto–, y ya se hizo de noche. No obstante, los moriscos prepararon un tercer ataque con todas las fuerzas de que disponían… cerca de seis mil hombres; pero don García de Manrique, que se ha criado en esta comarca, conocía un sendero que nos permitió retirarnos a tiempo. Hemos perdido unos seiscientos hombres, todos decían…

—Es inútil que prosigáis –dijo Padilla–. Don Luis ha perdido el conocimiento.

* * *

Doña Magdalena llegó a Canillas cinco días después de haber recibido la carta de Juan. Viajó a través de Granada en una litera, acompañada por unos pocos amigos de la familia y una docena de sirvientes armados; desde Granada a Canillas fue a lomos de mulo.

Juan, con el brazo izquierdo en cabestrillo, la ayudó a desmontar. No permitió que nadie más la tocara. Había hecho todo lo que estaba en su poder para que el viaje fuera cómodo. El primer mensajero que le envió fue su propio criado, Jorge de Lima, que le entregó un mapa trazado por el mismo comandante jefe del ejército, indicando cuál era la ruta segura a seguir. Se habían preparado caballos de refresco en cada uno de los lugares en donde había de pasar la noche. También iba recibiendo a cada momento un boletín con noticias de don Juan. En Granada fue puesta a su servicio una nueva escolta de cincuenta hombres.

No había necesidad de explicaciones. Todo lo que preguntó cuando penetró en la casa destartalada y ruinosa, del brazo sano de don Juan fue:

—¿Está consciente?

—Esta mañana no lo estaba –le dijo Juan–. Pero ahora sí. Hace una hora le he dicho que ibais a venir. Aquí está la puerta, Tía.

Cuando entró en la tienda, el amor hizo el milagro de dibujar en su cara una sonrisa llena de cariño. Juan la vio, así como vio que se reflejaba en el pálido rostro de don Luis. Cerró la chirriante puerta tras ella y se echó a llorar.

Unas horas después le dijeron que don Luis quería verle. Lo encontró relajado y en calma, completamente consciente.

—Tengo que daros las gracias –dijo el viejo soldado– por todo el cuidado y las delicadezas de que habéis rodeado a mi esposa. ¿Queréis cuidar de ella cuando yo me haya ido? Veo que no tenía necesidad de haberlo preguntado. ¿Habéis recibido noticias de Su Majestad acerca de los refuerzos? –se expresaba lentamente, pero se le entendió con toda claridad.

—Sí, don Luis. Dos mil hombres están de camino… son soldados regulares.

—Bien. Lo conseguiréis con ellos. ¿Quién viene al frente de ellos?

—Don Francisco de Córdoba.

—No es tan bueno como yo –aprobó don Luis con la cabeza–, pero es bueno. Además conoce a los moriscos y su estrategia. El Rey… ha escogido bien. Acabaréis con esta rebelión… hijo. No conozco… otro que sea mejor.

—Basta ya, querido –intervino doña Magdalena.

Don Luis le sonrió.

—Parece como… si vos fueseis… el general.

Don Luis pasó bien la noche. Al día siguiente hizo venir al auditor del ejército y le dictó su última voluntad, dejando a doña Magdalena beneficiaria de por vida. Cuando ella muriera, todo debería ir a los pobres. Habrían de ser construidos silos para el trigo en

las cuatro comunidades: Villagarcía, Villanueva de los Caballeros, Santoficio y Villamayor; también tendrían que ser dotados los hospitales.

—Si a doña Magdalena le pareciera bien unir su patrimonio al mío y fundar monasterios o conventos –excepto conventos de descalzas, pues en nuestra comarca hace mucho frío–, le otorgo poderes a ella y a los ejecutores de mi testamento, ya que siempre ha sido deseo nuestro hacer una fundación permanente y ser enterrados juntos allí, para permanecer unidos en la muerte con la misma armonía con que hemos estado durante la vida.

Después pidió un confesor. Juan le llevó a Fray Cristóbal de Molina. Era un hombrecillo feo, pero él fue quien hizo pasar al ejército español a través de una quebrada de Tablada por encima de un «puente» que consistió en una sola viga de madera. Hasta los soldados más valientes sintieron miedo. La viga tenía el ancho de un brazo humano y el abismo era de unos cuantos centenares de pies. Fray Cristóbal lo atravesó con la espada en una mano y el crucifijo en la otra, mientras los honderos moriscos le lanzaban piedras; su ejemplo arrastró a todos tras él. Una audacia tan grande desalentó a los moriscos hasta tal punto que se retiraron… y así los españoles pudieron acudir en ayuda del pueblo de Argiva, que estaba acosado por el enemigo. Todo eso sucedió antes de la llegada de don Juan.

Don Luis no pudo evitar mover la cabeza cuando vio a aquel frailecillo tan poca cosa, que parecía no haber matado nunca una mosca. Pero le dijo:

—Reverendo Padre, habéis podido conducir a los soldados por encima de un abismo… conducidme a mi por encima del mío.

Ya entrado el día recibió los Últimos Sacramentos y el Viático y, como ocurre con frecuencia, pareció recobrar las fuerzas. Durante casi todo el día se tuvo la impresión de que incluso podría volver a ponerse bien, pero más tarde se hundió de nuevo en la inconsciencia. Tenía la bala todavía dentro del cuerpo.

En la tarde del día veinticinco de febrero dejó de existir.

Juan le había puesto una vela encendida en la mano y doña Magdalena le llevó un crucifijo a los labios. A los pies de la cama, Fray Cristóbal de Molina leía la más majestuosa y más conmovedora de todas las oraciones: las oraciones por los moribundos.

Cuando todo acabó, Juan abrazó a doña Magdalena, hasta que cesó de sollozar. Juntos le cerraron los ojos a don Luis. Doña Magdalena le sujetó los párpados y don Juan derramó sobre ellos unas gotas de cera, como era la costumbre.

Durante el día, el ejército entero desfiló por delante del féretro en el que el cuerpo del gran general, vestido de su armadura, reposaba con las manos sobre el pomo de su espada.

Los mosquetes apuntaban hacia el suelo; las lanzas, las picas y los estandartes se arrastraban por el polvo.

La única bandera que permaneció izada era el estandarte del capitán general.

Por la tarde, se llevó a cabo el entierro en el cementerio de un cercano monasterio de jerónimos, en espera de que más adelante pudiera ser trasladado el cuerpo a Villargarcía. Doña Magdalena se quedó allí tres días más; después se marchó en un litera enlutada, acompañada por una fuerte escolta; se retiraba a un convento de Madrid. Juan la acompañó durante unas cuantas leguas.

Nada más regresar, don Juan presidió una asamblea general de jefes y oficiales.

Con una expresión en el rostro que parecía de piedra los fue mirando despacio uno por uno.

Después, no les dijo más que una frase:

—Señores, capitanes: la fortaleza de Serón está sentenciada.

* * *

La fortaleza de Serón cayó en los primeros días de marzo.

La fortaleza de Tijola cayó después de un sitio de once días.

Purchena fue tomada, Cantoria conquistada, Tahali ocupada. Después, don Francisco de Córdoba llegó con sus dos mil soldados regulares y Terque y los Padules fueron tomados. El diecisiete de abril, el general jefe entraba en Santa Fe.

Todo el valle de Almanzora fue reconquistado y el duque de Sesa fue liquidando uno por uno todos los nidos de moriscos en las Alpujarras.

El día veinticinco de mayo, vísperas del Corpus Christi, los moriscos capitularon. Los dos jefes más importantes después de Aben Aboo, El Granadino y El Habaqui, se rindieron con trescientos de sus hombres; el estandarte de Aben Aboo yació a los pies de don Juan.

Durante los días siguientes, los moriscos se fueron entregando a millares.

Aben Aboo cambió repentinamente de pensamiento y, en un intento de reanudar las hostilidades, asesinó a El Habaqui. Pero ya sus seguidores habían perdido el espíritu de lucha. Se había corrido la voz de que el joven general español de barba rubia era invencible, que lo más peligroso que podían hacer era ganarle temporalmente una batalla y que era admirablemente generoso y clemente con quienes se le sometían.

Aben Aboo cayó víctima de una emboscada que le tendieron sus propios hombres y fue asesinado. Su cuerpo fue entregado al Presidente Deza en Granada.

La rebelión de los moriscos estaba dominada.

LIBRO CUARTO
AÑOS 1570-1571

CAPÍTULO 34

La reunión que se estaba celebrando en una de las pequeñas salas del Vaticano, el día siete de noviembre, transcurría más tediosa que las anteriores.

Cinco días antes se recibió la noticia de que los turcos habían conquistado Nicosia, la capital de Chipre, y habían asesinado a dos mil cristianos. Los dos embajadores de Venecia, Suriano y Surenzi, se retiraron, aterrorizados y, durante cuarenta y ocho horas, se pensó que la constitución de la Liga Santa iba a fracasar definitivamente.

El Papa se había pasado esos dos días ayunando y rezando; canceló todas sus audiencias.

El día cuatro de noviembre, la Señoría ordenó a sus embajadores que reanudaran las negociaciones, pero todos seguían tan afectados por ese terrible desastre, que se hicieron muy pocos progresos.

Los españoles se mostraban molestos y recelosos; los venecianos, ofendidos y desconfiados. Solamente el Papa, que presidía las reuniones, parecía haber recuperado sus energías, a pesar de ser el más anciano de los participantes.

—Parece que a Su Santidad le sienta bien el ayuno –susurró el cardenal Granvela al oído del embajador de España.

Zúñiga hizo un imperceptible gesto con la cabeza y dijo también en voz baja:

—Ya me gustaría tener su empuje. Cualquier otro ya habría abandonado hace tiempo.

—Él no abandonará nunca. La Liga es como si fuera su hija…

—Pues no creo que vaya a vivir mucho tiempo. De hecho ha nacido muerta.

—Entonces, él le dará su propia vida. Sin embargo, aquí estamos tratando de sacarla adelante, muchos personajes están decididos a…

—Sabéis tan bien como yo que todo puede quedar en nada cada minuto que pasa. Esos venecianos… –cortó la conversación al darse cuenta de que el Papa miraba hacia él.

—Doscientas galeras –estaba diciendo el enérgico anciano vestido de blanco– y cien barcos de transporte. Cinco mil soldados de infantería, cuatro mil quinientos de caballería… pero no tenemos quien los mande. Después de tantas discusiones no tenemos quien los mande.

—Porque sus eminencias los cardenales españoles no están de acuerdo con nuestra propuesta –replicó Suriano con cierto resentimiento–. No obstante, no hay quien se pueda comparar con el almirante Sebastián Veniero, como hombre de la mar, experiencia y… otras muchas cualidades tan necesarias para ese mando.

El cardenal Pacheco se encogió de hombros con indiferencia.

—No es cuestión de nuestra conformidad, Excelencia. El Rey Felipe…

—El Rey Felipe no ha perdido Nicosia, ni Limarol, ni casi toda la isla de Chipre –le interrumpió Surenzi abruptamente–. La hemos perdido nosotros. ¿Y por qué? Porque la poderosa flota aliada enviada a Chipre estuvo remoloneando hasta que fue demasiado tarde para salvar a Nicosia. ¿Y quién la mandaba?

—El almirante Marco Antonio Colonna –respondió el cardenal Zúñiga rápidamente, soslayando la mirada de reproche del Papa–, que no es español.

—Todo el mundo nos ha asegurado que el almirante Colonna fue el jefe solo de nombre –dijo Surenzi sin advertir la tosecilla de aviso de su colega–. El jefe de hecho era un español… un vasallo de España: el almirante Juan Andrea Doria. Pongámoslo en claro de una vez: mientras yo sea embajador, la Serenísima República no consentirá nunca que sus barcos vuelvan a ser mandados por ese hombre.

—No ha sido solo la Serenísima República la que ha perdido Nicosia –dijo el Papa–. Ha sido toda la cristiandad y, por encima de todo, nuestro Señor. Mientras estamos aquí hablando, seguros al menos por un cierto tiempo, las iglesias de Chipre están siendo destruidas o convertidas en mezquitas. No podemos alimentar suspicacias ni enemistades entre nosotros. Eso no es cristiano. Y en unos momentos como estos…

—Doria de ningún modo, Santidad –insistió Surenzi.

—Yo estoy de acuerdo con Su Excelencia, Santo Padre –intervino el cardenal Morone–. El almirante Doria es el propietario de los barcos que él mismo manda. Los barcos son españoles solo porque los ha puesto a disposición de Su Majestad Católica. El propietario de unos barcos no es el más indicado para correr riesgos con ellos.

El cardenal Granvela protestó enérgicamente:

—¡Nadie puede decir que el rey Felipe pone fácilmente su confianza en cualquiera!

En otro momento, esta afirmación habría provocado una sonrisa, pero las sonrisas no se prodigaban en aquellas reuniones. Surenzi se encogió de hombros.

—Yo no sé los métodos que haya podido emplear el rey de España. Lo único que aseguro es que el almirante Doria, aunque no fuera el jefe de hecho, es absolutamente inaceptable por nosotros.

—Parece que para un veneciano –comentó secamente Granvela– solo sería aceptante un veneciano. Ayer mismo nos decían que el almirante Colonna no estaba bien visto ni siquiera por la Serenísima República; sin embargo, España, la nación más poderosa de Europa, quiso adelantarse a proponerlo como jefe para complacer al Santo Padre.

—Su Eminencia el cardenal Granvela es un maestro en diplomacia –dijo Suriano con frialdad–. Por eso precisamente está aquí, por eso sin duda el rey Felipe confía en él de manera absoluta. Estaba claro desde el principio que su sugerencia de entregar el mando supremo a Colonna iba a encontrar el veto de Venecia. Pero Venecia lo veta porque España estaría dispuesta a enviarnos de nuevo al almirante Doria como segundo jefe, de esa manera nos encontraríamos con la misma desdichada combinación cuyo fracaso nos ha costado perder Nicosia.

—Creo que no es justo considerar al almirante Colonna como mera figura decorativa –intervino el Papa–. Garantizo sus excelentes cualidades en todos los aspectos, aunque, por supuesto, en esta ocasión hay que tomar todas las precauciones.

—… ninguna clase de riesgos –gruñó Surenzi.

—… yo me permito precisar que el mando supremo tampoco se le puede dar a un oficial que disponga de demasiados pocos barcos. Por desgracia, la flota pontificia no es todo lo poderosa que a todos nos gustaría que fuera.

—¡Ya lo estáis viendo! –exclamó Surenzi–. ¿Quién se está oponiendo a Colonna ahora?

Suriano secundó a su colega:

—Sería interesante saber a quién propondría como idóneo Su Eminencia el cardenal Granvela. Hasta ahora solo ha mencionado a Doria…

—… y a don Juan de Austria –interrumpió el cardenal Pacheco–. Creo recordar que se le nombró en una de nuestras reuniones… allá por el mes de julio.

Suriano sonrió cortésmente.

—Lo recuerdo, Eminencia. Y si recuerdo bien, apreciamos entonces el honor que esa sugerencia suponía, pero al mismo tiempo nos pareció que Su Alteza era demasiado joven, pues solo tiene veintitrés años…

—Aunque –dijo irónicamente Surenzi–, si nuestras reuniones se prolongan lo suficiente, puede llegar a ser demasiado viejo.

—Don Juan lo ha hecho extraordinariamente bien en la guerra contra los moriscos –dijo el Papa–. Sentimos una gran admiración hacia el joven hermano de Su Majestad. Pero tiene poca experiencia en la mar… y es muy joven.

—Quizá la mejor solución sea una persona completamente neutral –apuntó Suriano–. Por ejemplo, el duque de Saboya.

—O el duque de Anjou –aportó Surenzi.

Los tres cardenales españoles se miraron unos a otros.

—Francia ha mostrado muy poco interés por la Liga… por decirlo suavemente –puntualizó Granvela–. Además, es sabido que en Francia no se hace nada sin el consentimiento de una formidable dama…

—No cabe duda de que a la reina Catalina de Médicis le agradaría la idea de un comandante francés –dijo el cardenal Pacheco secamente–. De esa manera, Francia no aportaría ni un solo barco ni un solo centavo… excepto el generalísimo. Y si se gana la batalla, sería una victoria francesa.

—Ni el duque de Anjou ni el duque Manuel Filiberto de Saboya tienen experiencia de la mar –añadió Granvela.

—Podemos transmitir la sugerencia a Madrid –dijo el cardenal Zúñiga–. Pero tengo serías dudas de que Su Majestad acepte un comandante de Francia… o de Saboya.

Con toda firmeza el Papa dijo:

—Tenemos que tomar una decisión. Hay que llegar a un acuerdo.

Se produjo una pausa de silencio.

Todos estaban muertos de cansancio, después de cinco horas de un debate casi infructuoso, primero sobre la clase de artillería que se tendría que utilizar, después acerca del precio que los españoles querían pagar por el trigo de Sicilia a la administración pontificia, y por último sobre el nombramiento del mando supremo de la flota.

—Desearía hacer toda clase de concesiones –dijo el Papa–, aunque sigo pensando que el almirante Colonna sería la mejor solución. Toda clase de concesiones…

Fue pasando su mirada por los rostros de los cardenales españoles, después por los venecianos. Todos los ojos se mantuvieron prudentemente bajos y nadie dijo nada.

El embotamiento de la fatiga planeaba sobre la sala. Surenzi, el más vehemente de todos ellos, disimuló un bostezo.

El Papa se puso de pie.

—Aplazamos la reunión hasta mañana –dijo, cansado–. Y ruego a todos consideren que no son solo españoles o venecianos, sino también, y en primer lugar, cristianos.

Uno tras otro se arrodillaron ante él y besaron el anillo del pescador. Granvela fue el último. Cuando se puso de pie, dijo con una sonrisa un tanto triste:

—Vuestra Santidad sabe que todos nosotros no deseamos más que lo mejor…

—Por supuesto, por supuesto…

—No es nuestra intención pelearnos, Santidad –prosiguió Granvela–. Estamos todos luchando juntos, como Laocoonte y sus hijos lucharon contra las serpientes… y yo deseo fervientemente el mejor resultado.

El anciano vestido de blanco asintió con la cabeza.

—Laocoonte –dijo– no tenía a nuestro Señor para apoyarse.

Abandonó la sala.

—Estamos todos rendidos –comentó Zúñiga–. Pero él no parece estarlo. Me gustaría saber de qué está hecho.

—De hierro –replicó Granvela.

* * *

El anciano vestido de blanco entró en una habitación pequeña y de forma triangular. No la había diseñado ningún arquitecto. En realidad, había sido el ángulo de una sala de recibir, de la cual ahora estaba separada por un tabique. Toda decoración, toda tapicería había sido eliminada de allí y ni siquiera tenía alfombra. El suelo era de mármol.

Desde el techo, que había sido despojado de su artesonado, pendía una lámpara de plata cuya débil luz alumbraba el más sencillo de los altares, hecho de madera oscura y sin más adorno que un sagrario de plata, por encima del cual, en la pared, había un

cuadro con un Cristo crucificado.

Ante el altar, el anciano se derrumbó.

Parecía como si no hubiera huesos dentro del hábito blanco; solamente las manos resecas y la cabeza evocaban las de una momia, en la que la piel apergaminada se hubiera adherido a los huesos, estirándose en la ancha frente, en las mejillas y en la nariz aguileña. Tenía los ojos cerrados y la larga barba arrastraba en el suelo.

El anciano empezó a rezar, haciendo suyas las palabras del rey David.

«Dichoso aquel a quien le son perdonadas sus faltas, a quien le ha sido remitido su pecado. Dichoso el hombre a quien el Señor no le imputa su iniquidad, en cuyo espíritu no hay falsedad. Mientras callé, mis huesos se consumían, gimiendo, todo el día. Pues día y noche tu mano pesaba sobre mí; mi vigor se cambió en sequedad del estío…».

¿Cómo podía permanecer libre de pecado un hombre que, por razón de su oficio, tiene que tratar con hombres mundanos? Lisonjas, halagos, compromisos en esto y en lo otro y en lo de más allá…

¡Cuánto más feliz se sentiría si fuese un fraile corriente en cualquier monasterio! Así podría tener una razonablemente bien fundada seguridad de salvarse. Ya empezó a perderla cuando le hicieron obispo. Y ahora que era Papa quizá había perdido esa seguridad por completo.

Se volvió a sumergir en las palabras del Salmo 31, abriéndose paso entre ellas, versículo tras versículo.

Solamente cuando se ponía a hablar con Dios olvidaba la terrible e insoportable carga que llevaba y había estado llevando desde hacía cinco años. Solo entonces encontraba esos momentos en los que podía volver a ser Fray Michele Ghisleri, en vez de Pío V.

Aquella pequeña habitación era su celda, donde se refugiaba del esplendor que le imponía su oficio; el esplendor para Dios siempre era poco y él no podía hacer nada para disimularlo. Pero un fraile necesitaba la pobreza cuando quería vaciar su corazón para Dios.

Después del Salmo 31 recitó el 37: «¡Oh, Dios, no me reprendas en tu furor, ni me corrijas en tu ira!…».

No a mí. Ni tampoco a esas pobres criaturas que siempre están discutiendo y regateando con toda su astucia para no perder las ventajas de su posición, el favor de sus dueños en este mundo, lo que estiman que es mejor para sus estados o sus naciones, y son ciegos para la única cosa que importa: la causa del Hijo unigénito de Dios. Ciegos ante la amenaza de la Media Luna, que no cesa de crecer y de moverse solapadamente contra la Cruz, la guadaña asesina, enrojecida con la sangre de Rodas, de Malta y de Chipre.

No podían ver porque solo tenían ojos para su propio engrandecimiento, para sus propias riquezas, para su propio poder.

No era, pues, maravilla que sus flotas fueran débiles para oponerse a la marea y que sus comandantes no hubieran conseguido salvar Nicosia, evitando enfrentarse con el enemigo como unos cobardes. Pero no eran cobardes. Lo que pasaba era que solamente se preocupaban por la grandeza de sus propios países; ni uno de ellos, ni siquiera el mismo Colonna, tenía el espíritu de las cruzadas, el espíritu del propio sacrificio.

¡Señor, Señor! ¡Habrá que ver de qué forma discutían entre ellos acerca del que ha de ser el jefe supremo de una Liga en servicio tuyo! Bastaba con que una parte se inclinara por uno para que los demás se opusieran. Y cuando fue sugerido el nombre de un «neutral» todos se opusieron, como si les fuera a arrebatar la gloria para su propio país.

Como si algún jefe cristiano pudiera permanecer neutral cuando la causa de Cristo está en juego. Y sin embargo lo son, muchos de ellos, la mayoría de ellos. Ya no hay un Godofredo, ni un Raimundo, ni un Ricardo, ninguno de aquella raza de leones. En Inglaterra está la fría hija de Enrique VIII; en Francia, las veleidades y las intrigas de otra mujer; en Alemania, igual que en los Países Bajos y que en Inglaterra, pretenden servir a Jesucristo odiando a su Santísima Madre…

En Viena, el Emperador es hombre vacilante y débil, contento con comprarle la paz al Sultán.

He enviado emisarios a Polonia e incluso a Rusia, pero poco se puede esperar de esos dos países.

Y aquí está un anciano, ya cerca del final de su vida, un sacerdote al servicio del Príncipe de la Paz, que tiene que ponerse a hablar de cañones y de barcos y de tropas, que tiene que intentar movilizar ejércitos y naves para sacarlos de su estéril inactividad y que defiendan Su causa.

Pronunció las palabras del Salmo 50: «Enseñaré a los transgresores tus caminos, y los pecadores se convertirán a ti. Líbrame de la sangre, Dios mío, Dios de mi salvación, y mi lengua cantará tu justicia…».

Y continuó con el Salmo 101: «Se desvanecen como humo mis días y se tuestan mis huesos como en un horno. Marchitado como hierba se deseca mi corazón; me olvido de comer mi pan. Por la insistencia de mi gemido se pegan mis huesos a la piel…».

¡Ay, Señor! Yo seguiré insistiendo. No te dejaré…

Y el Salmo 129: «De lo profundo te invoco, Dios mío. Escucha mi voz, Señor…».

Y finalmente el último de los siete salmos penitenciales, el 142, la más fervorosa de las súplicas, luchando con Dios como Jacob luchó con el ángel: «Apresúrate a oírme, Señor, que desfallece mi espíritu… De mañana hazme sentir tu favor, pues en ti confío. Dame a conocer el camino por donde he de ir…».

El cuerpo macilento del anciano fue sacudido por los sollozos.

Desde la pared en donde pendía, el Cristo crucificado miraba compasivamente a su siervo.

* * *

Amanecía. Pero era un amanecer del mes de noviembre que no ofrecía ningún alivio.

El anciano se levantó del suelo de mármol, cansado y tiritando. Hizo la señal de la Cruz. Como siempre le sucedía por la mañana, y también en muchos momentos del día, sintió agudos dolores de estómago, que le subían hasta la garganta. Se quejó débilmente.

—Señor –rezó–, aumenta mis dolores, pero aumenta también mi paciencia.

Estiró los pliegues de su hábito lo mejor que pudo. Rodeó el altar y penetró en una habitación adyacente, por una pequeña puerta que había detrás de él.

Aquella estancia era una hermosa capilla octogonal. A la izquierda del altar había un baldaquino de tela dorada y bajo él un sillón dorado tapizado con un paño también dorado.

Cuatro prelados vestidos de púrpura, con roquetes de encaje y estolas bordadas, se levantaron de sus reclinatorios e hicieron una profunda reverencia.

El Papa estuvo rezando unos momentos, de rodillas junto al sillón de debajo del baldaquino. Después tomó asiento, con las fuerzas exhaustas.

También en esta capilla había una sola pintura por encima del altar. Hacía ciento veinticinco años que la había pintado un miembro de la Orden a la que perteneció el propio Papa, un fraile dominico. Por entonces era Papa Eugenio IV; estaba este muy preocupado porque la sede arzobispal de Florencia había quedado vacante y no sabía a quién nombrar para que la ocupara. Durante cinco largos meses estuvo buscando el hombre adecuado sin encontrarlo. Un día, paseando por el Vaticano, inmerso en sus pensamientos, se encontró con un fraile dominico que tenía los cinco sentidos puestos en una pintura que estaba haciendo de la Virgen. Sin saber por qué, comentó con el pintor el problema en que se hallaba. El fraile, sin dejar de pintar, le dijo tranquilamente:

—Es muy fácil, Santo Padre. Tenemos muchos hombres buenos y eruditos, que podrían cargar sobre sus espaldas esa responsabilidad: el hermano Antonio es uno de los más indicados para ello. Precisamente ahora está aquí camino de Nápoles…

—No eres tú quien ha hablado –replicó el Papa Eugenio–, sino el Espíritu Santo quien ha hablado a través de ti. He estado buscando agua en medio del océano.

Al día siguiente nombró arzobispo de Florencia a Antonio di Niccolo Perrozi, el pequeño Antonio, como le llamaba todo el mundo. Y el pequeño Antonio murió en olor de santidad. Es muy posible que Fra Angélico, que así se llamaba el pintor dominico, fuera también santo; al menos eso se podría pensar contemplando las pinturas que nos ha dejado de nuestra Señora.

Pío V sintió que recuperaba un poco las fuerzas. Volvió a arrodillarse para rezar un momento. Después hizo señas a los cuatro prelados, que se acercaron a las vestiduras sagradas colocadas sobre el altar y le ayudaron a revestirse.

Celebró la Misa como de costumbre, completamente sereno, leyendo el misal despacio. Dios, invocado con Sus propias palabras, bajó al altar y se convirtió en Carne y Sangre; Su Siervo se declaró por tres veces indigno de recibirlo bajo su techo, utilizando las palabras de un oficial romano, cuyo nombre todo el mundo ha olvidado, pero cuya fe

se recuerda a través de los siglos y será siempre un ejemplo para la humanidad. La fe de un soldado, de un jefe que guía a los hombres en la batalla…

Pío V participó de la Carne y de la Sangre de Cristo deseando, como todo el mundo, que las oraciones de los grandes santos le ayudaran a ser menos indigno.

Al final, el Papa leyó en el misal el comienzo del Evangelio de San Juan: «En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios; y el Verbo era Dios. Estaba al principio con Dios. Todas las cosas fueron hechas por medio de Él y sin Él nada fue hecho. En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. Y la luz brilla en la oscuridad, las tinieblas no la aceptaron. Hubo un hombre enviado por Dios, cuyo nombre era Juan…».

El Papa se detuvo en estas palabras.

Los prelados se le quedaron mirando, no porque se había detenido, sino porque la última frase fue pronunciada en un tono totalmente distinto, con una voz diferente, profunda y vibrante, casi como una campana.

El anciano temblaba todo él, pero su rostro estaba radiante.

Se ha puesto enfermo, pensó el prelado Ruggiero, aterrado. No se nos puede ir. Se va a desmayar. Miró al prelado Gorring y se dio cuenta de que estaba pensando lo mismo que él. No podía ver a Duodo porque estaba al otro lado del Papa, pero Vanini, situado detrás, estaba pasmado con la boca abierta.

—«Hubo un hombre enviado por Dios –dijo el Papa–, cuyo nombre era Juan…».

Esta vez su voz fue también diferente, mucho más alta y un tanto insegura, como la de un niño que repite las palabras que le dice su maestro. El anciano tenía la vista levantada. Parecía mirar a la Señora. ¿Estaba viendo algo o a alguien a través de la pintura?

El prelado Ruggiero era el vivo retrato de la confusión. Nunca, en cinco años, había oído que el Papa repitiera una frase de la Misa.

Pío V respiró profundamente.

—Hubo un hombre enviado por Dios, cuyo nombre era Juan –repitió por tercera vez, pero ya con su voz normal.

Irguiéndose bien sobre sus pies y sin el más mínimo rastro de temblor, continuó leyendo las palabras sagradas.

Cuando le ayudaron a quitarse las vestiduras, Ruggiero vio que el rostro de Vanini estaba bañado en lágrimas.

El Papa ni los veía. Sus ojos miraban a lo lejos y sonreía como un niño.

* * *

Los miembros de la asamblea fueron entrando y ocuparon sus lugares de costumbre. Cuando el Papa llegó, todos se pusieron de pie y se recogieron, con las manos cruzadas,

mientras el Papa rezaba la breve oración del comienzo de la sesión. Después se volvieron a sentar.

—Eminencias –dijo el Papa–. Excelencias. El comandante supremo de la flota de la Liga Santa será don Juan de Austria.

Se produjo un silencio de estupefacción.

El primero en reaccionar fue Granvela.

—¿A pesar de su juventud? –preguntó–. ¿A pesar de su… relativa… falta de experiencia?

—A pesar de todo lo que pueda decir cualquiera –afirmó Pío V–. Esa es la voluntad de Dios.

—Deus lo vult! –soltó Surenzi, y tanto Suriano como los cardenales españoles lo miraron obnubilados.

Pero nadie estaba más sorprendido que el mismo Surenzi. ¡Madre mía!, pensó, ¿qué es lo que me ha hecho decir esto? Miró a Suriano, que tenía la boca abierta de par en par. Hizo un gesto tímido.

—Teníamos que llegar a una solución, ¿no? –murmuró como excusándose.

—Podía haber sido peor –comentó Suriano a regañadientes, y Surenzi sonrió abiertamente con alivio.

—Estoy de acuerdo –dijo el cardenal Zúñiga.

—También yo –declaró Granvela.

—Deus lo vult! –repitió el cardenal Pacheco, mirando al Papa.

—Si le parece bien a Vuestra Santidad –manifestó Suriano con voz campanuda–… yo propondría que se nombraran dos vicealmirantes y que don Giovanni d’Austria… don John… don Juan tuviera muy en consideración sus consejos. Yo sugeriría a los almirantes Sebastián Veniero y Marco Antonio Colonna.

—Acepto con agrado la sugerencia –repuso el Papa.

El cardenal Granvela redactará los correspondientes decretos. Se aplaza la sesión.

Se puso en pie y rezó la oración final, que consistió en una sola frase:

—Hubo un hombre enviado por Dios, cuyo nombre era Juan.

CAPÍTULO 35

El aviso de que doña Magdalena de Ulloa y Quijada había llegado a Madrid y se había alojado en casa de doña Isabel de Guzmán le llegó a don Juan cuando regresó a palacio a primera hora de la tarde. Inmediatamente acudió a la dirección que le habían dado.

Al entrar, ella se levantó y, mientras él la abrazaba, le hizo en la frente la señal de la cruz, como cuando era niño.

Le sorprendió ver cuánto había envejecido en tan poco tiempo. Solo habían pasado quince meses desde aquel aciago día en Canillas, cuando la vio por última vez, pero la diferencia saltaba a la vista. En parte se debía a la manera como iba vestida… seguía llevando luto y su vestido era muy sencillo, confeccionado de tela ordinaria, bastante parecido al hábito de una monja. Su cabello, asomando por el filo de la cofia blanca almidonada, era gris; unas profundas arrugas se le marcaban desde la nariz a las comisuras de la boca; y sus manos, aquellas hermosas manos frescas, también habían envejecido.

—No me miréis, querido –le dijo con una sonrisa temblona–. Estoy hecha una vieja.

—No digáis eso –protestó él–. Tal como estáis y sin una sola joya sois la dama más bella de toda la corte, incluida la reina.

—La reina… –ella no hizo caso de su galantería–. No es demasiado bella nuestra nueva reina, ¿verdad? Sobre todo cuando se acuerda uno de la pobre reina Isabel, que en paz descanse. De todas formas, el Rey tenía que volverse a casar, supongo, y me han dicho que es muy buena y piadosa. Él todavía es un hombre joven… a sus cuarenta y cuatro años. Exactamente veinte años más que vos. Bien está que el pobre Carlos no viva para ver que su padre se casa con otra novia suya. Primero fue Isabel de Francia, ahora Ana de Austria. En cierto sentido, dice mucho en favor del Rey que escoja a las novias de su propio hijo… tienen el mismo gusto. Estoy segura de que en todo actúa con recta intención, y en particular me alegra saber con cuánta prudencia habla de vos.

—¿De mí?

—Pero sentaos y poneos cómodo. ¿Queréis un poco de vino? ¿Tenéis hambre? ¿No? Ya sabéis que aquí estoy como en mi propia casa. Isabel de Guzmán es una de mis más íntimas amigas; además, ahora está en Sevilla, en la boda de una sobrina suya, que hace un buen casamiento con el conde de Tendilla… vos le conocéis: es el hijo del marqués de Mondéjar… pero no hablemos de eso ahora. ¿De verdad no queréis beber ni comer nada?

—Vengo precisamente de un suntuoso banquete en palacio, Tía. Era en honor del Legado del Papa.

—El cardenal Alessandrino… sí, lo sé todo acerca de eso. Es muy joven, ¿verdad?

—Sí, pero muy inteligente, y dicen que muy buen diplomático. Aunque me gustaría que dejase de llamarme «Alteza». Yo sigo siendo lo de siempre.

—¡De ninguna manera! –exclamó doña Magdalena–. Ahora sois también el vencedor de la guerra contra los moriscos y el comandante supremo de la Liga Santa. El título de «Alteza» no es nada en comparación con eso.

—Tía querida. Sois como nadie para acertar siempre en lo que decís.

—El Rey os prometió el mando de la flota –dijo ella con voz firme–. Pero nunca pudo imaginarse que lo que mandaríais no iba a ser solo la flota española, sino también la del Papa y la de Venecia. ¡Además a vuestra edad! No tenéis idea de lo orgullosos que estamos todos en Villagarcía.

Juan sonrió.

—¿Cómo está la «abadesa»? –preguntó.

Doña Magdalena y él llamaban así a su hija en las cartas, desde que doña Magdalena le contó que, después de haber asistido la niña a un bautizo en el pueblo, se dedicaba a «bautizar» todo lo que le caía al alcance, las muñecas, los otros juguetes, armarios, mesas y sillas.

—No da muestras de tener vocación –le dijo doña Magdalena–. A no ser que se tome como tal el que ha bautizado a un gato. Lo malo es que lo bautizó con tinta –él echó la cabeza hacia atrás con una carcajada.

—Tía, no sabes lo que disfruto estando con vos. Durante semanas y meses no he hecho más que asistir a solemnes conferencias, discusiones, Consejos de Guerra… El Rey me programa todas mis ocupaciones con todo detalle, como siempre hace, descendiendo hasta los más pequeños pormenores. Además, todos esos cumplidos y las adulaciones, todos esos laureles anticipados que me otorgan. Vos… vos sois como un soplo de aire fresco, una bebida tonificante, después de estar días trabajando en una atmósfera agobiante.

—Me alegro de que no os dejéis impresionar por los cumplidos –dijo ella con las cejas un poco fruncidas–. Estaba un poco preocupada con… ciertas cosas. No todos los que os elogian lo hacen por amistad.

—Lo sé –replicó él con desenfado–. Me he hecho algunos enemigos… supongo que ha sido inevitable. Hace un momento habéis mencionado uno de ellos…

—¿El marqués de Mondéjar?

—Sí. A nadie le gusta que lo sustituyan en su cargo, en su alto cargo, porque no es capaz de dominar la situación. Y lo que os digo de Mondéjar, os lo digo también de Vélez. Estoy enterado de que ambos han expresado sus quejas y han intentado probar que las medidas que proponían habrían sido más eficaces. Lo que pasa es que ahora es más difícil para ellos, una vez que se ha ganado la guerra.

—¿Qué me decís del Secretario de Estado, Pérez? –preguntó doña Magdalena.

—¿Antonio Pérez? –dijo Juan sorprendido–. No tengo motivos para pensar que esté contra mí por ninguna razón. Es un hombre de Ruy Gómez, por supuesto, pero los Éboli han estado muy amables conmigo desde que he vuelto, no obstante… –se calló de repente.

—Yo creo que es un hombre muy, muy ambicioso –afirmó ella, hablando despacio–. De hecho, sé que lo es. Y los hombres ambiciosos siempre temen la ambición de los otros… en especial cuando esos otros han sido favorecidos por su nacimiento y por sus éxitos.

—Favorecidos por su nacimiento… –repitió Juan con amargura.

—¡Juan! Recordad, por favor, quién fue su padre y de quién sois hijo. En un instante habéis hecho que me enfade, yo, una anciana, con el Comandante Supremo de la Liga Santa. Eso no puede ser.

—Sois un ángel –le dijo besándole la mano–. Vos no podréis enfadaros nunca conmigo, ni yo lo podría soportar. Habéis sido muy amable y muy delicada viniendo a Madrid antes de que yo llegara, para que pudiera visitaros. Nunca me he sentido tan honrado…

—Bueno, bueno… No olvidéis lo que os he dicho del señor Pérez. No me gusta y no me fío de él. Don Luis pensaba lo mismo.

—Don Luis… –a Juan se le humedecieron los ojos–. Cómo me gustaría que supiera de qué forma lo vengué. Y que me pudiera dar su bendición para esta nueva aventura…

—La tenéis –dijo ella con sencillez–. En mi cabeza no cabe ni la más ligera duda de eso.

—El crucifijo –manifestó Juan– que él salvó de los moros y que me regaló cuando yo era un niño… lo llevo conmigo a todas partes. Voy a ordenar que lo fijen en el trinquete de mi barco cuando entremos en batalla.

—Gracias –dijo ella, rebosando orgullo–. Sois exactamente lo que él deseaba que llegaseis a ser. ¡Qué hombre más maravillosamente sabio tiene que ser el Papa! Tengo entendido que fue el único que insistió en que fuerais vos.

—Me ha escrito una carta de su puño y letra –le dijo Juan.

Ella lo miró expectante, pero se produjo una pequeña pausa antes de que él continuara hablando.

—Casi no me atrevo a repetirlo, Tía, pero no me dice que me desea la victoria o que tenga buena suerte o que va a rezar por mí… me promete la victoria en nombre de Dios.

Ella palideció y empezó a temblar.

—Tía… no os encontráis bien. Voy a…

Ella sacudió la cabeza.

—No se trata de nada… físico. ¿Os acordáis del Padre Calahorra, de El Abrojo?

—Por supuesto que me acuerdo. Os iba a preguntar antes por él. Es que…

—Se ha marchado una temporada a Medina del Campo, donde está construyendo una instalación muy grande para acoger a los moriscos expulsados de Granada. Dice que en esos casos siempre se producen desgracias y que se cree en el deber de ayudar a esas pobres gentes.

—Es muy propio de él.

—Ya ha emprendido otras tareas como esa, primero aquí y después en otras dos instalaciones. Me ha escrito varias veces y me dice que siempre encuentra grandes obstáculos por parte de las autoridades civiles, que le exigen una serie de requisitos. Pero también me dice que no parará hasta que lo consiga. Hace unas semanas regresó de El Abrojo y estuve visitándolo antes de que se marchara de Madrid. Me encargó que os dijera en el nombre de Dios que vuestra victoria era segura.

Juan la miró fijamente.

—Las mismas palabras que las del Santo Padre.

—Exacto.

Después de un momento de silencio dijo:

—No puedo fracasar…

Su tono y su expresión eran como los de un niño pequeño… los de un asombro modesto que la conmovió.

No obstante, le pareció detectar en ello una cierta sombra.

—¿Cuándo partiréis, querido?

—Lo tiene que decidir el Rey, Tía, pero puede ser cualquier día de estos. Quizá me encuentre con una orden por escrito cuando vuelva a casa. La ruta ya está fijada desde hace tiempo. Primero iré a Guadalajara, después a Calatayud, a Zaragoza, y desde allí a Barcelona. Me detendré uno o dos días en Montserrat. Es casi la misma ruta que hice cuando, siendo un muchacho, quise unirme a la flota que iba a zarpar para Malta…

—Esta vez no vais solo a uniros a ella, sino a mandarla. Él afirmó con la cabeza, absorto en sus pensamientos.

—¡Qué curiosa es la vida, Tía! El mismo camino que entonces. De aquello hace solamente seis años. Pero ¡qué años, Tía, qué años! Están tan atiborrados de acontecimientos como toda una vida. A veces pienso que Dios no me va a dejar vivir mucho tiempo…

—¡Juan!

–… y por eso llena cada año de mi vida con el contenido de siete años. Hay vidas así, Tía. Alcanzan el éxito muy pronto… y acaban pronto también. Los paganos solían decir: «Los amados de los dioses son llamados pronto por ellos».

—Vos no sois pagano.

—No. Pero también los paganos eran criaturas de Dios, aunque creyeran en estupideces. Pensad, por ejemplo, en Alejandro…

—¿Alejandro?

—No me refiero a Alejandro Farnesio, Tía, sino a Alejandro Magno. Siempre me gustó. Y también hay mucho que aprender de él. ¡Las cosas que ya había hecho a mi edad! Murió a los treinta y dos años. Quizá la longitud de la vida no tenga ninguna importancia, al fin y al cabo. Yo… yo no me veo a mí mismo como un anciano, ni siquiera como un hombre de edad mediana.

—Yo diría que pocos hombres pueden verse así cuando aún tienen veinticuatro años –le dijo ella, sonriendo, aunque notaba un peso en el corazón–. Don Luis también tuvo una vida muy llena…

—Y muy feliz –repuso Juan–, gracias a vos en primer lugar y sobre todo. Y vos no podréis jamás amar a otro hombre, igual que yo no podré jamás… –se calló de repente y se mordió los labios.

Doña Magdalena se puso de pie.

—¿La seguís amando, Juan?

Él no dijo nada. No era necesario.

—Y ella os sigue amando –dijo ella con naturalidad.

—Ella… ¿cómo lo sabéis?

—Porque me lo ha dicho.

—¿Cuándo?

—Esta mañana.

—¿Es que… está aquí? ¿En Madrid?

—Le pedí que viniera y ha venido.

—¿Dónde…?

—Ha venido conmigo.

Doña Magdalena hizo como que no veía que Juan estaba temblando de pies a cabeza. Abandonaron la habitación, atravesaron un ancho corredor y entraron en la capilla privada de doña Isabel de Guzmán.

Una mujer joven estaba de rodillas delante del precioso pequeño altar. Se volvió hacia ellos.

—María… —suspiró Juan.

Suavemente, doña Magdalena se deslizó fuera de la capilla y cerró la puerta tras ella.

Los dos enamorados permanecieron inmóviles, encantados, mudos.

Los ojos de María de Mendoza estaban anegados en lágrimas, pero sonreía.

—María –volvió a suspirar él–. Amor mío, mi gran amor. ¿Me esperaréis? Tengo que irme a la guerra. ¿Me esperaréis?

—Os esperaré –pronunció con voz casi inaudible.

Los ojos de Juan resplandecieron.

—Hasta este momento yo creía, y lo creía firmemente, que vencería. Ahora lo sé. Y cuando regrese, el único premio que voy a pedir es el permiso del Rey para casarme con vos. No podrá denegármelo.

—Rezaré por vos –le dijo ella–, como lo hacía cuando aún mis ojos no os habían visto. Pero ahora todo mi amor irá en cada una de mis oraciones.

—Es natural y justo que nos hayamos encontrado aquí, María, y que hayamos podido hablar en la presencia de Dios y ante su altar.

Ella tuvo que hacer un esfuerzo para dominarse.

—Voy a empezar a rezar ahora mismo –afirmó.

Aquella fue la despedida. Y acabó la visión; la visión que le había sido permitido tener. Se dio cuenta de que allí no debía acercarse a ella ni para besarle la mano. Le hizo una reverencia como a una reina, y lo último que vio fue cómo se volvía hacia el altar.

Se santiguó y salió precipitadamente de la capilla.

Oyó pasos que se acercaban, de una mujer y de un hombre. El hombre tenía que ser un militar cuyas espuelas tintineaban.

—Aquí está Juan Galarza –dijo doña Magdalena, aparentando indiferencia–. Insiste en ir con vos, si queréis llevarlo. Es mejor que se lo permitáis, porque si no, va a volver loco a todo Villagarcía.

El enjuto veterano, con su gran cicatriz en la mejilla, lo miró con expresión ansiosa.

—Estoy en deuda con los infieles… por don Luis –afirmó–. Y todavía no me he oxidado, Excelencia… al menos no demasiado.

—Venid, pues, conmigo –le dijo Juan.

Se dirigió después a doña Magdalena.

—A mí también me gustaría pagar mis deudas, pero me temo que no voy a poder. Ningún hijo le debe tanto a su madre como yo os debo a vos.

Cuando él la besó, ella le hizo una vez más la señal de la cruz en la frente. Y cuando se marchó, Galarza le seguía como si fuese su sombra, igual que había sido la sombra de don Luis Quijada en tantas campañas.

Doña Magdalena se dirigió a la capilla, entró, se acercó al altar y se puso de rodillas al lado de María de Mendoza.

Al cabo de un momento, María apoyó su cabeza en el hombro de la anciana dama.

—Cuando él regrese, yo seré una novicia carmelita –dijo, hablando en un suspiro–. ¿Estáis segura de que obramos bien?

—Completamente segura, querida niña. Él necesita ahora todas sus energías, y solamente vos podríais dárselas.

María sollozó.

—Se ha vuelto a abrir la herida…

Con un gesto de infinita ternura, doña Magdalena señaló con el dedo la estatua de

otra María, cuyo corazón estaba traspasado por una espada.

Había algo muy extraño, casi irreal, en aquel viaje emprendido camino de la guerra.

Con la finalidad de presentar batalla al enemigo más peligroso no solo de España, sino de Europa y de toda la cristiandad, un joven de veinticuatro años se ponía en marcha acompañado por quince personas.

No hubo despedida oficial. Ni siquiera estaba prevista una escolta. Fue Juan mismo quien insistió en que así fuera. En la audiencia última, el Rey estuvo de lo más simpático y amable. A pesar de ello, Juan no quiso dar lugar a manifestaciones que pudieran después ser aprovechadas por críticas hostiles.

El Generalísimo de las fuerzas combinadas de la Liga Santa, tanto de mar como de tierra, trataba de abandonar Madrid sin llamar la atención.

No lo consiguió. Unas pocas lenguas ligeras bastaron para crear el rumor y difundirlo como fuego en el bosque por toda la ciudad; cuando el desmedrado cortejo llegó a la Puerta de Guadalajara, miles de personas lo esperaban, dando voces de entusiasmo y aclamándolo.

En Guadalajara Juan hizo noche en el palacio del duque del Infantado; se añadieron a su séquito ciento cincuenta y siete personas, la mayoría jóvenes nobles con sus sirvientes, voluntarios para pelear contra los infieles. Entre ellos estaba don Pedro Zapata, el joven héroe de Galera, que manifestó que deseaba encargarse de la misión más difícil que surgiera: derribar la puerta de una fortaleza mora o abordar una galera turca.

—Os llevaré conmigo en el buque insignia –le había dicho Juan—, pero no enarboláréis una bandera. Lo hicisteis extraordinariamente bien cuando la alzabais en una mano mientras peleabais con la otra. Ahora deseo saber lo que podéis hacer con las dos manos.

Partieron al día siguiente después de cenar y cabalgaron durante toda la noche por la reseca llanura de Castilla la Vieja; a la tarde del otro día descansaron en Arcos y continuaron hasta Calatayud, donde les alcanzaron unos correos que entregaron unas cartas importantes, incluido un Breve papal en el que el enérgico anciano de Roma llamaba a Juan su querido hijo y le daba su bendición apostólica, al mismo tiempo que le exhortaba a apresurarse. También había cartas del almirante Colonna, el cardenal Granvela, el Virrey en funciones de Nápoles, conde Landriano, el Virrey delegado de Sicilia, de don Juan Zúñiga, embajador de España ante el Vaticano, y de don Antonio de Mendoza, embajador de España en Génova.

Ya en la frontera de Castilla, alrededor de otros cincuenta nobles con sus respectivos séquitos se unieron al cortejo. Y en Calatayud el número se triplicó con la llegada de

jóvenes nobles aragoneses.

—Si esto continúa así, llegaremos a Barcelona con un ejército propio –le comentó don Juan a Soto, que iba a ser su secretario particular en la campaña, pues el pobre Quiroga había fallecido a causa de unas fiebres justo al terminar la guerra contra los moriscos.

—No vamos a tener suficientes barcos, tendremos que construir algunos por nuestra cuenta –replicó Soto jovialmente.

Tuvieron que poner freno a todo eso cuando, al llegar a Zaragoza, multitudes de jóvenes nobles hambrientos de batallas pretendieron enrolarse.

—Ya viví esta misma experiencia cuando hace seis años intenté alcanzar la flota en Barcelona –dijo Juan estupefacto–. Pero por cada hombre que acudió entonces, ahora hay tres o cuatro.

—Quizá Vuestra Excelencia no tiene en cuenta que, de entonces acá, ha habido un pequeño acontecimiento llamado guerra contra los moriscos –le dijo Soto–. Y además, esto no es una guerra… es una cruzada.

Subieron a Montserrat. Allí, en la gran iglesia, Juan se arrodilló en el mismo lugar que hacía seis años, y el rostro redondo de querubín de Fray Juan de Calahorra le sonrió en medio de su oración: «El tiempo no cuenta más que para los mortales. Dios vive fuera del tiempo». Y añadió con acento grave: «Os prometo la victoria en nombre de Dios».

Cuando descendían hacia Barcelona, todas las campanas de la ciudad comenzaron a doblar.

—Van a despertar a todo Occidente –se oyó Juan decir a sí mismo.

De Soto se volvió a mirarlo con una extraña mirada, pero se mantuvo en silencio.

La gran ciudad los engulló. Les hicieron una solemne recepción, presidida por el Virrey de Cataluña, que ya no era el viejo duque de Francavilla, sino don Hernando de Toledo, y… don Luis de Requeséns.

Juan abrazó a su viejo compañero de armas y vicealmirante.

—Esta vez os voy a necesitar más que nunca.

—Echáis de menos a don Luis Quijada, ¿no es eso? –dijo Requeséns impulsivamente, y se arrepintió de haberlo dicho–. Un gran hombre, un hombre extraordinario, es una gran lástima que no esté con nosotros. Cuánto podría haberos ayudado en esta ocasión, aunque él decía de sí mismo que era un mal marinero porque no le gustaba la mar. Mirad lo que tengo aquí.

Era una carta dirigida a Requeséns y Juan la leyó con profunda emoción. Escribía don García de Toledo, que había sido durante mucho tiempo Capitán General de los Mares, la enviaba desde Poggio, en Toscana, donde el veterano estaba tomando los baños. Don García de Toledo… había estado con el Emperador Carlos V en la gloriosa victoria de Túnez y en el desastre de Argelia. Había estado en Prevesa. Hacía seis años que había relevado al valiente Gran Maestre de los Caballeros de San Juan, Juan de la

Valette, y había arrojado a los turcos de Malta.

«Por el mismo San Pedro», escribía don García, «juro que, si yo tuviese solo un poquito de mejor salud, navegaría como soldado o como simple marinero a las órdenes de don Juan con tanto entusiasmo como si estuviera a las órdenes del propio Rey».

Juan le escribió aquel mismo día pidiéndole consejos.

Barcelona palpitaba de vida. Todos los días llegaban nuevas avalanchas de soldados, cargamentos de equipo y de víveres. Las enormes atarazanas trabajaban día y noche.

El día de su llegada, don Juan envió órdenes a los jefes de la flota para que se dirigieran inmediatamente a Barcelona: el almirante don Álvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz, desde Cartagena, y el almirante Sancho de Leiva, desde Mallorca.

El primero en aparecer fue Leiva; por la noche llegó su escuadra con los mástiles y los puentes iluminados por cientos de linternas.

En esta escuadra venía la nave capitana de don Juan. Era la misma con la que había realizado sus hazañas en el Mediterráneo, pero por orden del mismo don Juan la enorme figura de Hércules había sido retirada y el espacio lo habían aprovechado para poner más cañones. En la popa, en lugar de una gran linterna dorada, llevaba tres, como símbolo del mando sobre las tres fuerzas aliadas.

Don Lope de Figueroa y don Miguel de Moncada llegaron cada uno con un regimiento de infantería.

Todos los días se botaban nuevas galeras y cada vez se celebraba una Misa; todos los soldados y marineros se confesaban y recibían la Comunión antes de embarcarse.

Al día siguiente de la llegada del marqués de Santa Cruz, que fue recibido con una salva de los cañones del puerto y de los arcabuces de las naves, Juan ofreció una recepción a bordo de la nave capitana.

Aquello fue más que una recepción, fue una fiesta desbordante de entusiasmo, fue como un grito prolongado de alegría y de orgullo exultante.

Un hombre joven, casi un muchacho, con los laureles de la victoria aún frescos en sus sienes, estaba comprometido en la más arriesgada aventura del siglo.

No había enemigo más peligroso en el mundo que los turcos.

Los Santos Lugares donde el cristianismo había nacido y donde fue predicado por vez primera estaban en manos de los turcos; y ahora esas manos pretendían estrecharse alrededor del azul Mediterráneo, en cuyas orillas el cristianismo había entablado sus primeras batallas y por donde se había extendido hasta conquistarlo. Habían derribado la Cruz de Oriente y lo que fue orgullo del emperador Justiniano, la iglesia de Santa Sofía, había sido convertida en mezquita. Ahora se disponían a apoderarse también de Occidente, escalón por escalón, aprovechando astutamente las discordias entre los poderes cristianos.

Ningún peligro mayor había amenazado a Occidente desde el comienzo del siglo VIII, cuando Tarik trasladó a sus árabes salvajes a través del Estrecho e invadió España. Largo

tiempo estuvo luchando el mundo cristiano e incluso llegó a reconquistar los Santos Lugares. Pero desde entonces los turcos se habían impuesto a los árabes y a los sarracenos. El Islam desplegó un nuevo espíritu de conquista. ¡El Islam! La misma palabra ya quiere decir «someter». Este nombre es todo un programa de acción. Sumisión, en primer lugar bajo los jenízaros del Sultán, para después quedar sometidos a Alá y a su profeta Mahoma. Y además de mandar sobre los jenízaros, que eran los guerreros más temibles, el Sultán mandaba un ejército «tan numeroso como las arenas de las playas y las gotas de agua de los mares», formado no solo por soldados regulares, sino también por hombres armados pertenecientes a cientos de naciones y tribus, blancos, amarillos, oscuros, negros; procedentes de las alturas nevadas del Cáucaso y de las ardientes arenas de los desiertos de Arabia, Egipto y las áridas costas del norte de África; procedentes del Mar Negro y del Caspio, de las abruptas montañas del Kurdistán y de los bosques del Líbano; procedentes de la tierra de los búlgaros y de las fortalezas fronterizas de Persia, de las hordas mongoles, descendientes del terrible Gengis Khan, de Uzbeck y de Turquestán; kirguises, circasianos, nublos y moros.

Bastaba con que el Sultán hiciera una seña para que imanes y mulais, faquires y morabitos se levantaran a lo largo y a lo ancho de este gigantesco imperio para proclamar que tenían asegurado el paraíso todos aquellos que se lanzaran a la Jelad, la guerra santa contra los infieles cristianos; entre ellos, el primero y principal era el Gran Mufti, que se había alzado en guerra santa, aunque la Sublime Puerta tenía convenido un tratado de paz con Venecia. Ningún verdadero creyente estaba obligado a mantener una promesa hecha a un infiel.

Como un hombre que luchara con sus puños, el Sultán reclamó sus derechos, convocó a sus ejércitos y lanzó su primer puñetazo de izquierda por encima de los mares; este puñetazo derribó a la isla de Chipre y solo una ciudad, Famagusta, seguía ofreciendo una desesperada resistencia.

Contra esta potencia, la mayor que Europa había conocido desde los días del Imperio Romano, iba a emprender una guerra don Juan de Austria, el campeón de la causa cristiana, elegido por el propio Santo Padre, a pesar de su juventud y de su inexperiencia, elegido también por el rey de España y por las Señorías de Venecia y de Génova, a pesar de la bastardía de su escudo de armas. Por eso, cuando subió a bordo de su nave capitana volcó su júbilo y su orgullo en una gran fiesta, permitiendo a los grandes nobles y caudillos, a los almirantes y generales y capitanes, que participaran de su compañía.

Banderas y gallardetes ondeaban en los mástiles y la banda interpretaba músicas marciales; ordenanzas vestidos de librea de damasco rojo sirvieron un suntuoso banquete. La gran nave parecía un jardín flotante: las señoritas y las damas de Barcelona habían rivalizado devastando sus jardines para contribuir a ello.

El punto culminante de la fiesta lo constituyó la danza de los marineros en los tres mástiles del barco. Siguiendo el ritmo de la música, iban y venían por las jarcias, subían y bajaban por el palo mayor, sobrevolando las cabezas de los entusiasmados huéspedes.

El único que gruñía era el viejo Requeséns:

—Ojalá sepan luchar tan bien como danzan.

Juan sonreía. Recordaba cómo había salido de Madrid acompañado por menos seguidores que los que acompañaban a cualquier noble en una partida de caza; cómo había ido aumentando ese ridículo séquito con los hijos de las más altivas familias de todas las comarcas, que se precipitaban de todas partes para servir a sus órdenes. Y aquello no era más que el principio. En media docena de puertos de Italia más hombres y más barcos se estaban amontonando.

Con arrebatadora alegría, Juan pensaba que estaba construyéndose un nuevo cuerpo.

La música sonaba cada vez más animada; los danzantes aéreos cruzaban el aire como luciérnagas.

A Juan se le figuraba que eran como partes de sí mismo, expresiones de lo que estaba sintiendo, el oleaje y el centelleo de su júbilo.

Soto apareció a su lado, diciéndole algo, pero su voz era inaudible con el estrépito de la música y del clamor de los invitados, que aplaudían a los danzantes.

Se trataba de una carta, le estaba entregando una carta… ¿qué podría ser, a esa hora? Juan se fijó en el sello y se puso de pie en el acto, la tomó, pidió excusas a los invitados que le acompañaban en la mesa, y se retiró a su cámara.

Era una carta con el sello del Rey. La abrió. Estaba escrita de puño y letra del Rey y era breve.

Con unas pocas frases escuetas y severas, el Rey le reprochaba que permitiera que un número cada vez mayor de personajes se dirigieran a él con el tratamiento de Alteza y rindiéndole honores que solo podían darse a un Infante de España. Se le prohibía terminantemente que aceptase esos honores, que no correspondían a su rango. El Secretario de Estado, Pérez, le enviaría una copia de las instrucciones dadas a las autoridades de Italia en relación a cómo deberían recibirlo y las formalidades que tenían que cumplir; a él, a don Juan, se le rogaba que se atuviera estrictamente a esas instrucciones en adelante.

La carta había sido escrita inmediatamente después de su partida, el día siguiente de su conversación de despedida con el Rey, que se había mostrado de lo más amable y benévolo.

Fuera, la música continuaba sonando vibrante. En el techo de la cámara se oía el roce de los pies de los bailarines.

Se decía que la sonrisa del Rey era como la cuchillada de una daga.

Ni siquiera el propio Gran Turco habría escrito una carta así al hombre enviado por él mismo a una empresa de conquista.

Juan ocultó el rostro entre sus manos. Desde la lejanía un angélico rostro le sonreía a través de la oscuridad. «El mendigo ciego lamenta su suerte». Sintió que volvían a él los ánimos y recuperó la sonrisa. El Gran Turco no habría enviado una carta como esa. No se habría atrevido. Pero el Gran Turco no tenía ningún general cristiano. Un general

musulmán se rebelaría. Un general cristiano sabía permanecer fiel ante una injusticia regia.

Eso era fácil de pensar. Pero era menos fácil de aceptar. No obstante, Juan sabía que lo haría. Si su misión era triunfar sobre una testa coronada con los cuernos de la Luna, no podía consentir echarse atrás a la primera cornada. Si tenía que ser el corcel del Señor, tenía que responder a las espuelas del Señor.

A pesar de todo, tuvo que hacer un esfuerzo aquella noche para rezar, como de costumbre, por su hermano, Felipe, rey de España.

* * *

En Génova le hicieron a Juan la más espléndida recepción que jamás le habían hecho. El Dogo y toda la Señoría se reunieron para acompañarlo hasta el palacio, donde el gran Andrea Doria se habría entrevistado tantas veces con su señor y amigo el Emperador Carlos V. Si las instrucciones del Secretario de Estado, Pérez, habían llegado, la verdad era que nadie parecía hacerles mucho caso.

Juan protestó muchas veces porque le llamaban «Vuestra Alteza»… pero todo fue en vano. Los italianos, mucho menos formalistas y mucho más dados a cumplimientos y halagos que los españoles, no admitían lo que ellos consideraban una modestia exagerada. Para ellos, don Juan era el hermano del rey de España, ¿por qué, pues, tendrían que llamarle solamente «Excelencia»?

El almirante Juan Andrea Doria sonreía ante las protestas de Juan. Era un hombre alto, un poco inclinado hacia delante, con una curiosa barba puntiaguda, ojos profundos y nariz chata. Tenía una voz ronca gritona, la voz de un hombre acostumbrado a ser obedecido instantáneamente y sin preguntas.

—Os daremos el título que vos queráis, Alteza –le dijo.

Juan se preguntó si estaba bromeando o si no habría una intención oculta en el modo de pronunciar la palabra «queráis». El almirante era un hombre difícil y pocas personas podían jactarse de saber cuáles eran sus pensamientos. El informe que sobre él había confeccionado Ruy Gómez tenía una extensión de más de cincuenta páginas.

Ya en palacio, un joven distinguido y de constitución hercúlea se acercó a Juan, con una abierta sonrisa en su agradable rostro.

—Bienvenido, tío –le saludó.

—¡Alejandro! –exclamó Juan, abrazando a su viejo amigo–. ¿Qué estáis haciendo aquí?

—Esperándoos, por supuesto –replicó Alejandro Farnesio–. E iré con vos, si vos me aceptáis.

—¿Si yo os acepto? ¡Yo os necesito! –dijo Juan casi gritando.

—Bien. Estupendo. Tengo conmigo un pequeño séquito y, entre ellos, hay veinte individuos que no están dispuestos a dejaros hundir la flota turca sin ellos.

—Todos serán bienvenidos.

—Aquí os presento al príncipe de Urbino… también quiere acompañaros. He olvidado cuántos hombres ha traído consigo.

—Solamente sesenta –dijo con modestia el joven príncipe, inclinándose ante el Generalísimo–. Pero me voy a permitir presentaros algunos de mis parientes y amigos que desean unirse a nosotros: mi primo Paolo Contarini… Ettore della Rovere… Lorenzo Alfieri…

Las presentaciones se prolongaron durante horas. Rostros jóvenes anhelantes, cuerpos robustos, la flor de Génova, Florencia, Ferrara, nombres que habían hecho la historia a lo largo de siglos, espadachines y jinetes de la más alta reputación.

Alejandro no se apartaba del lado de Juan.

—Desearía ir con vos en la nave capitana –le dijo–, pero Doria me ha ofrecido un puesto en una de sus galeras… contando con vuestro permiso… y es un demonio muy susceptible.

—Dondequiera que estéis os prometo una hermosa diversión durante la batalla –le aseguró Juan.

—De acuerdo. ¿Os acordáis del disgusto que tuvisteis cuando os impidieron ir a liberar Malta? Y aquel lugar de Hungría cuyo nombre he olvidado…

—Sziget –respondió Juan rápidamente–. El conde Zringyi lo defendió y su nombre se hizo famoso en la tierra y en el cielo. Ojalá Dios nos permita vengar su muerte.

—Por aquel entonces os dije que todavía nos quedaba por hacer no poco trabajo a nosotros, ¿os acordáis? Al parecer soy un buen profeta. Si la reina Catalina de Médicis se enterara, me pediría que me sumara a su grupo de magos y nigromantes.

—Mucho me temo que también hayáis acertado en la opinión que tenéis de ella –comentó Juan–. Me han dicho que por su influencia Portugal no se ha unido a la Liga Santa.

—Seguro. Es una horrible vieja. Si le echarais agua bendita, le saldrían ampollas, estoy convencido. Es natural que deteste a la Liga Santa. Realmente esta Liga… es poco menos que un milagro. Imaginaos: genoveses y venecianos luchando codo con codo… por no decir nada de españoles y venecianos. No comprendo cómo lo ha hecho el Santo Padre. No puedo evitar maravillarme al ver que ha conseguido que esta clase de gente tan diversa sean aliados.

—Adquirí cierta experiencia en esto durante la guerra de los moriscos –dijo Juan con aplomo–. Tendré que emplearme en conseguir que continúen unidos.

—Supongo que sabréis lo que el nombre de Doria significa para los venecianos…

—Sí, sí, pero no habléis tan alto, sobrino. Me he dedicado a pensar largamente en ello, y tengo mis planes.

—Cualesquiera que sean, me aventuro a profetizar…

—Basta de profecías, por favor –la mirada firme de los ojos azules de Juan

desmentía a su sonrisa–. Esta no es una alianza corriente. Es una cruzada. Es un medio que utiliza Dios para unir la fuerza de los cristianos. Y si alguien intenta entorpecerla, se encontrará colgado del palo mayor de mi nave capitana.

* * *

Cuando Juan zarpó de Barcelona, su fuerza estaba formada por cuarenta y siete galeras. En Génova, el número se elevó a ochenta y cuatro.

En Spezia fueron tomados a bordo fuertes contingentes de tropas alemanas e italianas, y aún llegaron más en Port Ercole y en Civita Vecchia.

El nueve de agosto atracó en Nápoles. El día catorce se celebró una solemnidad en la iglesia conventual de Santa Clara, donde los frailes franciscanos le recibieron cantando un Te Deum.

Escoltado a uno y otro lado por los príncipes de Parma y de Urbino, subió los escalones del presbiterio. Iba vestido con su armadura de guerrero.

El cardenal Granvela celebró la Misa de Pontifical. Al acabar, el Generalísimo se acercó al altar y se puso de rodillas. El cardenal, espléndido en sus vestiduras de color escarlata, le entregó un bastón de Generalísimo, formado por tres bastones unidos, con el puño incrustado de piedras preciosas, y el estandarte de la Liga Santa; estaba confeccionado de damasco azul, con una gran imagen bordada del Crucifijo y debajo de ella el escudo del Papa… tres barras rojas en campo de plata… el león de la República de San Marcos y las armas de los escudos del jefe de la Casa de Austria. Al pie de todas ellas, estaban bordadas las armas de don Juan de Austria.

—Tomad, afortunado príncipe –sonó estentórea la voz de Granvela–, estos emblemas del Verbo hecho Carne, estos símbolos de la fe verdadera, y que ellos os otorguen la victoria sobre nuestro impío enemigo. Y que por medio de vuestra mano sea abatida su soberbia.

—Amén –contestó don Juan.

—Amén –sonaron miles de voces acostumbradas a dar órdenes en las batallas, tanto de tierra como de la mar.

A la una de la tarde, en medio de un estruendo de salvas de las baterías de toda la flota y del fuerte, el estandarte sagrado fue izado en el palo mayor de la nave capitana.

Unos días después, la flota zarpaba rumbo a Mesina.

CAPÍTULO 37

—Ya están todos aquí, Excelencia –informó el secretario Soto.

Juan asintió con la cabeza, medio ausente. Desde la ventana de su cámara podía ver todas las galeras papales y algunas de Venecia. Colonna tenía sus barcos en perfecta formación, pero los venecianos estaban escasos de tripulantes; le había costado días convencer al viejo Veniero de que permitiera incluir a bordo unas pocas tropas españolas para completar la dotación. Ese hombre podía dar lecciones de obstinación a una mula, pero al menos era claro en sus simpatías y en sus antipatías, lo cual era más de lo que se podía decir de Doria y de algunos otros.

Soto estaba nervioso.

—¿Puedo hacer entrar al Nuncio, Excelencia?

Monseñor Odescalchi, obispo de Penna, había sido enviado a Mesina por el Papa, para dar la Bendición Apostólica a la flota entera reunida, y para entregar al Generalísimo un relicario con un trozo de la Vera Cruz, un Lignum Crucis.

Inmediatamente, Juan le rogó que presidiera el decisivo Consejo de Guerra, el último de los que se habían venido celebrando, y era la hora que se había convenido. Setenta jefes estaban reunidos bajo una toldilla. Solo los oficiales de la nave capitana quedaban a bordo. Los marineros y soldados habían sido enviados a tierra mientras duraba el Consejo, no solamente para garantizar el secreto, sino también porque no había espacio suficiente.

—Dejemos que espere unos momentos –dijo Juan–. Yo os avisaré.

Soto se retiró.

Otros tres botes estaban acercándose a una gran galera veneciana… a la Santa Maura. No había manera de que Sforza siguiera las instrucciones que le había dado Juan para que no enviara ni a un solo genovés a bordo de un barco veneciano. Se llevaban como perros y gatos, y peor todavía. Hacía solo tres días habían tenido que colgar a catorce hombres por haber asesinado a unos perfectos cristianos, como si no hubieran podido esperar hasta poder matar a unos cuantos turcos.

No sabía hasta qué punto podría fiarse del capitán de un barco calabrés que había avisado de haber visto una gran flota turca cerca de Corfú. Veniero lo creía. Doria no. Colonna no quiso pronunciarse. Los turcos seguían asediando Famagusta. ¿Podrían tener una flota allí y otra en Corfú? Si así fuera, aquel era el momento para darles batalla. Pero podría ser que Famagusta hubiera caído. No lo sabían, porque era difícil mantenerse bien informado en una guerra naval.

Hasta él llegaba el sonido de las conversaciones que se mantenían en el puente. Setenta caudillos, setenta ágiles cerebros. Ya los conocía bien a todos y, lo que era más,

también conocía la manera de pensar de muchos de ellos, gracias a un valiosísimo documento con inapreciables consejos que le habían entregado en aquella campaña. Le había llegado desde Bruselas, enviado por su antiguo maestro, el duque de Alba. Juan se lo aprendió de memoria. «Antes de proponer un debate en el Consejo de Guerra», escribía Alba, «es aconsejable discutir en privado la materia en cuestión con cada uno de los miembros para conocer cuál es su verdadera opinión. Esto ofrece grandes ventajas. La persona así consultada se siente extremadamente halagada y agradecida por la confianza que le muestra Vuestra Excelencia. Es probable que así exprese su opinión con toda libertad. En una discusión general, los militares suelen dejarse llevar por el deseo de sobresalir ante los demás, por pura ambición; pero si tienen el honor de manifestar su punto de vista a Vuestra Excelencia con anterioridad, no caerán en esa falta; al mismo tiempo, ya no se dejarán influir por el conocido espíritu de contradicción con el que cada uno pretende demostrar que él es más firme en sus opiniones que los demás; así llegarán al Consejo con su criterio formado. Una vez que Vuestra Excelencia haya escuchado a cada uno, podrá considerar las razones que hubiese en pro y en contra acerca de la materia a tratar. Es esencial que Vuestra Excelencia no exponga sus propias opiniones en estas conversaciones particulares previas… excepto las pocas que se refieran a los temas que el Consejo de Su Majestad estima importantes o las que vos mismo consideréis como tales. Vuestra Excelencia no debe tolerar ningún altercado durante el debate. Se deben debatir las cuestiones, pero sin discusiones personales, pues esto iría en grave detrimento de vuestra propia autoridad. Será muy útil que Vuestra Excelencia permita que algunos coroneles o capitanes de barco asistan al Consejo de los almirantes. Esto producirá una gran satisfacción en todo el cuerpo de oficiales».

¡Astuto viejo Alba! Gracias a sus consejos él sabía ahora lo que podía esperar de aquellos setenta hombres, cada uno de los cuales se consideraba como depositario de una especial confianza por parte del Generalísimo.

Ya era hora de comenzar. Llamó a Soto, que se estaba impacientando afuera; juntos fueron en busca del Nuncio, a la cámara que había puesto a su disposición.

Monseñor Odescalchi tenía aspecto de ser un hombre enérgico, con el cabello gris y unas espesas cejas negras; su perfil era aguileño. Parecía mucho más militar u oficial de marina que algunos de los jefes de la flota.

—Vuestra Excelencia les ha hecho esperar un poco –le dijo a don Juan, sonriendo amablemente–. Supongo que esto no les habrá apagado el entusiasmo por entrar en acción.

—Si hubiese sido así –replicó Juan en un suave tono de broma–, las palabras que les dirija Vuestra Excelencia harán que lo recuperen. ¿Vamos?

El murmullo de la conversación general cesó cuando el Nuncio y el Generalísimo aparecieron, y todos se pusieron ágilmente de pie.

Monseñor Odescalchi hizo una breve oración y después pronunció unas palabras durante diez minutos, pidiendo a todos los presentes, en nombre de Su Santidad, que recordasen que aquella empresa estaba muy por encima de cualquiera otra que pudiera

afectar a un país o a otro; que el deber de servir a Cristo pasase por delante de cualquier otro deber; y que todo aquello estaba confiado a la sabiduría de aquel Consejo. Acabó animándolos a buscar y desafiar a la flota turca, y en nombre del Santo Padre les prometió la victoria.

El anciano conde de Priego, de setenta y seis años, mayordomo de don Juan y maestro de ceremonias, se puso en pie.

—Excelencias y comandantes: he tenido el honor de ser recibido en audiencia por Su Santidad muy recientemente. Me he sentido feliz al ver que el más alto oficio que existe en la tierra está ahora en manos de un santo. Si el Santo Padre nos promete la victoria, sería una enorme impiedad, sería una locura, no hacer lo que nos dice.

Hubo algunas voces de aclamación. La mayoría de la asamblea permaneció en silencio. El anciano Priego tomó asiento lentamente.

—Lo primero que hay que considerar, desde el punto de vista militar y naval, es de cuántas fuerzas disponemos –dijo Juan sin levantarse–. El almirante de Santa Cruz nos va a decir cifras de la flota española.

—La flota de Su Majestad el rey de España –pronunció Santa Cruz con tono solemne–, presente en este puerto de Mesina, consiste en noventa galeras, veinticuatro grandes naves y cincuenta fragatas y bergantines. Además hay tres galeras aportadas por Malta, tres por el duque de Saboya y tres por la República de Génova.

—Gracias. ¿Almirante Colonna?

Marco Antonio Colonna, duque de Pagliano, era un hombre robusto de no más de treinta y cinco años.

—Las fuerzas de Su Santidad constan de doce galeras y seis fragatas –dijo brevemente–. Todos los barcos tienen completa su tripulación.

Esto último era un velado reproche que hacía a los venecianos.

Juan dirigió una simpática sonrisa al viejo almirante veneciano, haciéndole una imperceptible inclinación de cabeza.

—¿Y el Néstor de los capitanes del mar, almirante Sebastián Veniero, de la Serenísima República de Venecia?

—Ciento seis galeras –gruñó Veniero–, seis galeazas (no hay en todo el Mediterráneo buques que se les puedan enfrentar), dos grandes transportes y veinte fragatas.

—Sumadas todas –manifestó don Juan–, son doscientas ocho galeras, treinta y dos grandes naves y setenta y seis fragatas y bergantines… en total trescientos dieciséis barcos.

Hizo una pausa para que esas cifras enormes calaran en las mentes de los participantes en la asamblea.

—El número de marineros y remeros pasa de cincuenta mil –prosiguió–. Además, según las listas que me han entregado los comandantes de las fuerzas de tierra, tenemos a

bordo unos veintinueve mil soldados, de los cuales ocho mil son españoles, diez mil italianos, seis mil alemanes, dos mil pontificios –incluidos veinticinco suizos de la Guardia del Santo Padre– y unos tres mil nobles voluntarios.

—Las cifras –dijo Doria con su voz alta y ronca, al mismo tiempo que se ponía de pie– son con frecuencia impresionantes. ¿Pero se ha tomado alguien la molestia de contar el número de enemigos? Hace un par de horas, mis hombres han capturado un pequeño barco, cuyo capitán ha hecho manifestaciones que me han llevado a cambiar de opinión sobre el informe que nos facilitó hace poco el barco calabrés. Hemos de admitir definitivamente que hay dos flotas turcas y, probablemente, tres. Una, la flota de Mustafá Pachá, que está sitiando a Famagusta. Dos, la flota de Alí Pachá, el gran almirante del Sultán. Tres, las fuerzas de Ulluch Alí, virrey de Argel. Los turcos no solo son marineros de primera clase, sino también maestros en la estrategia naval. Si intentamos salir al encuentro de la flota turca, que al parecer ha sido vista cerca de Corfú, evitarán verse frente a nosotros y huirán con la esperanza de que los persigamos. Entonces, en un par de días nos hallaremos cercados por las tres flotas.

—En esas circunstancias, almirante, ¿cuál es vuestro parecer? –preguntó don Juan con deferencia.

—No hacerles el juego –replicó Doria sin titubear–. Tenemos a Ulluch Alí vivito y coleando. No tendremos una oportunidad mejor para ir a conquistar los puertos que ahora están privados de defensa naval: Argel y Túnez. Sería una victoria espectacular –y concluyó–: Además no nos costaría mucho esfuerzo.

—Todos sabemos que esos planes y sus costos son palabras escritas con grandes letras en los legajos del almirante Doria –gritó casi el viejo Veniero–. ¡Por la Madonna! No he estado esperando con todos mis barcos y mis hombres durante semanas y meses para acabar oyendo que toda la gran flota de la Liga se va a conformar con apoderarse de un par de ciudades en la costa del norte de África.

—El almirante Veniero es un marino de mucha experiencia –dijo Doria afablemente–. Pero ha tenido pocas oportunidades de luchar contra el Turco… pues la Serenísima República ha vivido en paz y armonía con la Sublime Puerta desde hace mucho tiempo.

—Prefiero eso –repuso Veniero con acritud–, que ir a la guerra contra ellos y evitar cuidadosamente su encuentro.

—A pesar de la edad del almirante Veniero –replicó Doria–, afirmo que en esta asamblea soy la persona que posee la mayor experiencia en la guerra naval. Si estuviera al mando de tres naves, no dudaría un momento en atacar a un enemigo de igual o de incluso una ligera mayor potencia. Pero estamos ante una situación muy diferente. Las fuerzas de la cristiandad están todas aquí reunidas. Quedan escasas reservas, si es que quedan. La tesorería de los Estados están agotadas. Esto quiere decir que no nos podemos permitir jugarlo todo a una sola carta. En tanto en cuanto nos mantengamos a flote, el Turco se lo pensará dos veces antes de atacarnos. Pero si somos derrotados, ya nada podrá detenerlo.

—Aun así, soy partidario de correr ese riesgo –dijo con firmeza el almirante Colonna.

—Arriesgar doce galeras y seis fragatas –comentó Doria, sonriendo, y el almirante pontificio se mordió los labios.

—Estoy totalmente de acuerdo con el almirante Doria –manifestó el general Ascanio della Corgnia, comandante de las tropas de tierra–. Eso sería correr demasiado riesgo.

Sforza, conde de Santa Fiore, secundó a su jefe.

Juan miró al Nuncio. Los ojos de monseñor Odescalchi habían perdido brillo y sus labios estaban apretados formando una fina línea. Juan se acordó de Fray Juan de Calahorra y de lo que dijo acerca del espíritu de las Cruzadas y acerca de la importancia que tenían los laicos en la difusión del reino de Cristo en el mundo.

Ochenta mil hombres y más de trescientas naves… y no se atrevían a atacar al enemigo.

Veniero, mesándose su hirsuta barba blanca, lanzaba una protesta detrás de otra, apoyado y animado por sus dos subjefes, el gordo y bonachón Barbarigo y el bronco y peludo Quirino. Llegó un momento en que se puso tan abrupto que Juan tuvo que intervenir.

—Se ve cada vez con mayor claridad –afirmó Doria con su tono contundente– que los comandantes de Venecia solo piensan en un objetivo: conservar sus posesiones de Chipre con ayuda de las flotas española y pontificia.

—No permitiré ninguna observación que ponga en peligro la unión de la Liga Santa –cortó Juan antes de que Veniero pudiera replicar.

Doria hizo una inclinación de cabeza hacia el Generalísimo.

—En tal caso –dijo–, me limitaré a puntualizar que la flota turca está tripulada por marinos experimentados mientras que nuestros hombres son casi todos unos bisoños… incluidos los de las galeras venecianas. El jenízaro turco es un soldado de primera clase y las galeras de Alí Pachá están llenas de jenízaros. En nuestros barcos he visto hombres que ni siquiera saben disparar sus mosquetes.

—Sin embargo, creo que nuestra artillería es superior a la de ellos –dijo Juan con entusiasmo, ante la mirada atónita de Doria.

—Eso es cierto, Excelencia. Pero la artillería no lo es todo y, a pesar de nuestra potencia, mucho me temo que no podamos contra las fuerzas combinadas de las tres flotas turcas. No podemos olvidar que durante toda nuestra vida… no solo la de Vuestra Excelencia, sino la del almirante Veniero o la del conde de Priego… la armada turca no ha sido nunca vencida. Quienes me conocen saben bien que no digo esto porque me falte el valor.

Juan se puso de pie. Con su fina figura y su elegante atavío, pareció como si fuera a hacer un brindis ante una distinguida concurrencia. El tono de su voz era amable y suave.

—Ya he escuchado vuestros puntos de vista y vuestras opiniones, señores, y os agradezco a todos el modo como los habéis expuesto. Mi decisión es hacernos a la mar con toda la flota tan pronto como nos hayamos abastecido de agua y de alimentos. Nos dirigiremos hacia Corfú.

Todos se pusieron en pie de puro asombro. Desde los asientos que ocupaban los jóvenes oficiales llegaron unos cuantos aplausos. Veniero estaba radiante. Barbarigo, menos impulsivo, se dio unas jubilosas palmadas en el muslo. Della Corgnia y el conde de Santa Fiore intercambiaron unas incómodas miradas. Don Luis Requeséns sonreía abiertamente al conde de Priego.

—Pero, Excelencia… –tomó la palabra Doria, que también se había levantado–, esto puede llevarnos al desastre. Alí Pachá…

—Basta, señores –cortó Juan con voz seca y acerada–. Ya habéis oído cuál es mi decisión. Estoy dispuesto a presentar batalla al Turco. Las instrucciones detalladas, incluidas las correspondientes a la formación en la batalla, serán entregadas dentro de un par de días a cada comandante de nave. Con la ayuda de Dios y con la vuestra, al final estará la victoria.

El Nuncio, que había estado rezando desesperadamente, se despabiló cuando Juan le puso una mano en el hombro.

—Amén –concluyó automáticamente.

Entonces se percató de que él era quien presidía.

—La sesión del Consejo ha terminado –añadió con voz clara y entusiasta.

CAPÍTULO 38

La flota se había puesto en marcha.

La vanguardia estaba compuesta por tres galeras sicilianas y otras tres venecianas, al mando de un guerrero especialmente experto, don Juan de Cardona. A una distancia de veinte millas durante el día y ocho durante la noche seguía el ala derecha mandada por el almirante Doria; a continuación el ala izquierda, sesenta y tres galeras bajo el mando del Proveedor Agostino Barbarigo; y el centro, con sesenta y dos galeras a cuyo mando estaba el propio Generalísimo. La Real de Juan estaba al frente de este cuerpo principal, flanqueada por la capitana del almirante Colonna a estribor y la del almirante Veniero a babor.

A una distancia de solo una milla, el marqués de Santa Cruz capitaneaba la retaguardia… unas treinta galeras.

Cada escuadra era una mezcla de barcos de las naciones aliadas, y cada una de ellas ostentaba un pendón de color diferente, en lugar de las banderas nacionales. El pendón de don Juan era azul, el de Doria verde, el de Barbarigo amarillo y el de Santa Cruz blanco.

En una conversación privada, don Luis Requeséns le expuso a don Juan que la idea de mezclar las naves de diversas procedencias podría ser un inconveniente para la agilidad de sus movimientos.

—Cada almirante ha traído su escuadra, los barcos se conocen entre sí, están acostumbrados los unos a los otros. Con este sistema les habéis dado vecinos diferentes, cuyo carácter y cuyo temperamento no conocen.

Juan asintió vivamente con la cabeza.

—Esa ha sido exactamente mi intención, don Luis. Mirad, cualquiera de mis almirantes podría mandar su escuadra estupendamente… pero si se le ocurriera dar orden de que se retirasen de la zona de pelea, su tripulación le obedecería en el acto… sobre todo si, además, el tal almirante es propietario de los barcos.

Don Luis movió la cabeza.

—Creo que sé a quién os referís.

—No he mencionado ningún nombre –dijo Juan con un rápido pestañeo–. Pero esa no es la única razón de haber tenido esta idea. Los defectos de los capitanes son, en general, mis propios defectos: es decir, son ambiciosos y vanidosos. Esta es la manera que yo tengo de sacar provecho de estas cosas. A ningún capitán español le gusta verse superado en audacia por un capitán veneciano, y viceversa. Hay que procurar que haya un saludable espíritu de emulación. Durante semanas le he estado dando vueltas a esta cuestión y creo que esto que se me ha ocurrido es la mejor solución.

—Pero no lo habéis expuesto en el Consejo de Guerra.

—Porque habrían surgido protestas de todas partes y yo no habría podido sacar a relucir cuáles eran mis verdaderos motivos, ¿no os parece? No obstante, tanto Doria como Barbarigo han venido a hablarme de ello. Barbarigo es un hombre muy sensato, me gusta. Le pude explicar que Doria no se atrevería a mantener los barcos venecianos fuera de la línea de tiro, como quizá sí lo haría con los suyos propios, y que él, Barbarigo, tendría ahora la oportunidad de hacer que las galeras genovesas bajo su mando luchasen de verdad. Y como le gusta la lucha, pues es un buen hombre, ya no puso más objeciones. Doria, por supuesto, estuvo más escurridizo que una anguila. Pero lo suavicé prometiéndole que yo mismo debía tener bajo mi mando la mayor parte de sus galeras, pues, al fin y al cabo, el Rey las había contratado para que estuvieran a su servicio en esta campaña; de esta forma se quedó sin pie donde apoyar sus protestas… aunque en realidad una anguila no necesita pies.

—Si sois tan buen almirante como diplomático… o como general.

—La guerra de los moriscos no era nada comparada con esta, don Luis. A veces me recordaba los juegos de cuando yo era niño; moros y cristianos. Cada acción que planeábamos en Granada tenía que ser sometida a la aprobación de Madrid, y Madrid la cancelaba la mayor parte de las veces. En esta ocasión nada ni nadie nos estorbará… excepto Dios y el enemigo. A no ser que el mismo Dios quiera castigar Su propia causa en la tierra, como a veces hace… derrotaré al enemigo.

¿Sería posible que Dios quisiera castigar Su propia causa?

Antes de zarpar en Mesina, cada hombre, desde el Generalísimo hasta el último marinero, se confesó y recibió la Sagrada Comunión. Ahora había a bordo un pequeño ejército de capellanes, franciscanos, jesuitas, dominicos, capuchinos.

La última panorámica que la flota tuvo ante su vista cuando se hacían a la mar fue la del Nuncio, monseñor Odescalchi, revestido de púrpura, rodeado de un grupo de sacerdotes con roquetes blancos, bendiciendo cada barco y a todos los que navegaban en él conforme iban pasando por delante de donde estaba. Permaneció allí durante horas, dando la bendición a todos los que se disponían a defender la causa de Jesucristo. Aquellas bendiciones estaban cargadas, de modo misterioso, con las de aquel anciano vestido de blanco, allá lejos en el Vaticano, aquel santo que ocupaba el trono de San Pedro y que había prometido la victoria con palabras tan firmes.

No puedo fallar, pensaba Juan. Si fracaso, el Señor me apartará y colocará en mi lugar a otro que no falle. La causa no puede fracasar. Las puertas del infierno no prevalecerán. Y con una especie de santo egoísmo rogó: «Señor, que no sea yo quien te falle cuando llegue la hora».

La flota estaba en marcha. Lentamente salió al mar Jónico dirigiéndose en primer lugar a Fossa di San Giovanni, llamada así por el santo patrón de Juan; muy pronto recibió noticias de que los turcos habían desembarcado en Corfú, habían puesto cerco a Cattaro y después navegaban rumbo al sur, a Vellona.

Los cristianos anclaron el día dieciocho ante Spartivento, el diecinueve en La Pace. Aquella noche, una gigantesca estrella fugaz brilló de pronto, iluminando todo el cielo y estalló dividiéndose en tres meteoros. A Juan le comentaron que los marineros consideraban aquello como un portento de buen augurio.

El día veinte, la flota alcanzó la altura del Cap Stilo; el veintiuno, Le Colonne. Al llegar a Castello, fueron admitidos a bordo quinientos hombres de la caballería calabresa. El tiempo, que había sido bueno, se puso borrascoso, y el viento tormentoso del norte, llamado Bora, los retuvo unos cuantos días. Juan envió a Gil de Andrade, con algunos barcos ligeros, para que explorase la situación; uno de ellos regresó con noticias y encontró a la flota todavía detenida en Fano, pues el tiempo seguía borrascoso. Andrade informaba de que el Turco había zarpado en dirección a Zante, y que Ulluch Alí con la escuadra argelina, posiblemente, navegaba hacia Coron. También se decía que Alí Pachá estaba esperando nuevas órdenes del Sultán. Se notaba que Andrade estaba muy satisfecho de proporcionar esas noticias, obtenidas de los capitanes de unos barcos pesqueros que habían apresado.

El día veintiséis estuvo a la vista el oscuro promontorio de San Salvador, pero los vientos eran tan contrarios que no llegaron al puerto de Corfú hasta el día veintisiete.

La fortaleza saludó la llegada con unas salvas y Juan, acompañado por sus jefes y oficiales, bajó a tierra para inspeccionar los daños que los turcos habían ocasionado a la ciudad. Alí Pachá se había limitado, prácticamente, a llevar a cabo un ataque devastador. Quizá fuera porque había tenido noticias del inminente arribo de la gran flota cristiana. O también podría ser porque hubiera recibido órdenes recientes del Sultán.

En cualquier caso, había perdido tres galeras en el ataque y un par de cientos de hombres. Pero había destruido media docena de pueblos, profanando y saqueando muchas iglesias, y había secuestrado ciento ochenta hombres cristianos a los que condenó a remar en las galeras. Muchos de los esclavos que remaban en las galeras turcas eran prisioneros cristianos; en realidad lo eran todos, excepto el normal contingente de criminales, que en lugar de ser condenados a muerte por sus vidas de crimen, eran destinados a esa prolongada tortura, que duraba exactamente el tiempo durante el cual podían sostenerles sus fuerzas físicas. Juan hizo entrar a sus hombres en una de las iglesias destruidas. Ya había visto cosas como aquella en Granada, en el valle del Almanzora. Sagrarios destrozados, crucifijos rotos, las pinturas de los santos desgarradas y utilizadas para practicar el tiro… toda la repugnante hediondez de la profanación. Muchas de las manos de sus acompañantes se dirigieron al pomo de sus espadas casi sin pensarlo.

—Contra esto, señores, es contra lo que vamos a luchar –les dijo en voz alta.

Los guías que le mostraban la ciudad, antiguos nobles de Corfú y el capitán Domenico Barola, comandante del fuerte del puerto, se miraron unos a otros.

—Esto es terrible –dijo Barola–, pero mucho peor ha debido de ser lo de Famagusta.

—¿Famagusta? –preguntó Juan con rapidez–. ¿Qué ha pasado en Famagusta?

Barola le miró fijamente.

—¿Es posible, Excelencia, que todavía no sepáis que Famagusta ha caído?

El viejo Veniero se adelantó ansioso y con el rostro como la púrpura.

—No sabemos nada. Decidnos, ¿qué ha pasado?

—Lamento profundamente tener que daros esta noticia tan mala –dijo Barola con la voz muy seria–. Famagusta ha capitulado después de un asedio de sesenta y cinco días. Solo unos tres mil hombres quedaban con vida en la fortaleza y la mayor parte de ellos estaban heridos o enfermos. No les quedaba alimento más que para dos días y unas ciento veinte cargas para los cañones. Mustafá Pachá les ofreció unas condiciones muy aceptables para que se rindieran. Les prometió embarcar a todos los oficiales y a todos los hombres para Candia.

Veniero había sido gobernador de Candia antes de ser comandante de la flota.

—Y Bragadino… Marco Antonio Bragadino, mi viejo amigo, ¿qué ha sido de él? –preguntó con voz ronca.

—El bravo comandante está ya en el cielo –dijo Barola–. Su muerte… –la voz se le quebró.

Veniero se había echado a llorar desconsoladamente; y lo mismo hicieron muchos de los venecianos que allí estaban.

—¿Cayó… en la defensa de la ciudad? –preguntó Veniero cuando se sobrepuso lo suficiente para poder hablar.

Barola sacudió la cabeza.

—¡Asesinado! –bramó Veniero–. Asesinado por los turcos, ¿no?

—Cruelmente asesinado –confirmó Barola.

La barba entrecana de Veniero tembló. El anciano hizo un tremendo esfuerzo para dominarse.

—Contádmelo todo –pidió–. Tengo derecho a saberlo.

—En cuanto la ciudad se rindió, Mustafá rompió su palabra. Todos los cristianos fueron encadenados a las galeras… a los de más edad se les dio muerte. Bragadino fue torturado durante doce días.

—¡Santa Madonna! –exclamó Veniero, que se había puesto tan blanco como la pared.

—Le cortaron la nariz y las orejas. Tres veces lo condujeron al lugar de ejecución y tres veces se lo llevaron. Cada mañana era flagelado y después le hacían trabajar en los muros derruidos. Siempre que Mustafá pasaba por allí forzaban a Bragadino a que le besara los pies. Al final fue conducido a la catedral, donde Mustafá estaba sentado en el altar que había profanado…

De entre los que allí estaban se elevó un grito de furia.

—Mustafá le dijo que la catedral iba a ser convertida en mezquita. También le dijo

cómo le iban a dar muerte. Lo iban a desollar vivo. Después, se puso a gritarle: «¿Dónde está tu Jesucristo? ¿Por qué no te libera, si tiene tanto poder?». Comenzaron a desollarlo, empezando por los pies. Él se puso a rezar el Miserere. Esta fue su única respuesta. Cuando llegaron a los muslos su voz se apagó… Mustafá mandó que rellenaran la piel con paja y la colgaran en el mástil de una galera para que los esclavos cristianos la vieran.

—Ha muerto como un mártir –comentó Juan, santiguándose, y los demás le imitaron–. Ordeno que esta historia sea contada a todo el mundo en la flota. Supongo que vuestras informaciones son completamente ciertas, capitán Barola.

—Absolutamente ciertas, Excelencia; lamento que sea así.

Tan pronto como Juan estuvo de regreso a bordo, tomó todas las seguridades para que su última orden se cumpliera. En pocas horas todo el mundo conocía el destino de Famagusta y el de Marco Antonio Bragadino.

A lo largo del día veintiocho fueron admitidos a bordo nuevos voluntarios y se cargaron provisiones. Juan tuvo una conversación con Colonna. Veniero se excusó por no asistir y el Generalísimo respetó su aflicción.

—He hecho cortar los espolones de mis naves –le dijo Juan al almirante pontificio–. Además, necesitamos mucho más afinar la puntería que los ganchos de abordaje. Los ganchos son muy altos y dificultan la acción de los cañones desde la proa y los puentes.

—Excelencia, pensad que el Turco es muy hábil con los remos.

—Lo sé. Ahí es donde han de intervenir las redes. He hecho sacar todas las redes para tenerlas a mano y hemos estado haciendo prácticas con ellas. Además, he quitado todo lo que era meramente ornamental, para conseguir así más espacio para cañones. Potencia de tiro es lo que vamos a necesitar, una gran potencia de tiro.

—¿Habéis hecho quitar los maravillosos adornos hechos por el Bergamasco? –preguntó Colonna estupefacto–. Son objetos que no tienen precio.

—Los he quitado. He mandado que los guarden en tierra. Así he conseguido más sitio para poner cañones.

—¿Pero de dónde habéis sacado los cañones?

—De la fortaleza del puerto. He convencido a esas gentes de que nosotros somos ahora su fortaleza y, además, la mejor fortaleza que nunca hayan podido desear. Si os son útiles, podéis disponer de dos cañones.

Colonna aceptó en el acto, no sin echar una mirada de tristeza al puente de popa de su propio barco, bellamente ornamentado.

—Parece que estáis muy seguro de que vamos a darle caza al Turco, Excelencia.

—Estoy muy seguro. Donde quiera que estén, los buscaré hasta dar con ellos.

Colonna invitó al Generalísimo a que hiciera una inspección en su barco. Juan encontró una impecable disciplina a bordo, igual, si no superior, a la del mejor barco español. En particular le llamó la atención la guardia personal del almirante, compuesta

por veinticinco hombres de la Guardia Suiza del Papa, bajo el mando de un joven comandante, un gigantón llamado Hans Nölle.

—Es la espada de San Pedro –comentó Juan, sonriendo–. Pero esta vez, Messer Nölle, habrá que cortar más de una oreja.

Nölle sonrió simpáticamente y dijo algo en un italiano tan horriblemente suizo que Colonna tuvo que traducirle las palabras a Juan.

—Dice que quiere llevarse una bandera turca a su casa de Suiza. Procede de un lugar llamado Kriens, pero la mayor parte de su gente, de Lucerna.

—Muy bien. Me alegraría que pudiese llevarse la bandera. ¿Quién es aquel hombre?

Un soldado alto y delgado estaba en la popa y otro trataba de tirar de él, tomándolo por su jubón, pero él se resistía tenazmente, al mismo tiempo que saludaba con la mirada fija en los dos altos jefes.

—¿Qué pasa ahí? –aulló Colonna.

El hombre que estaba detrás del soldado se asomó tímidamente.

—Soy el ayudante del médico, señor. Este muchacho está enfermo con fiebre y debe estar metido en la cama, señor.

—No tengo casi nada de fiebre, Vuestra Gracia –protestó el soldado–. Acabo de enterarme de lo que ha ocurrido en Famagusta. Ruego a Vuestra Gracia que perdone mi atrevimiento… pero solicito un favor de Vuestra Gracia.

—¿Cómo os llamáis? –preguntó Colonna con el ceño fruncido.

—Miguel de Cervantes Saavedra, al servicio de Vuestra Gracia.

—Es español –dijo Juan–. ¿De dónde?

—He nacido en Alcalá, Excelencia.

—Conozco bien esa ciudad. ¿En qué lugar de Alcalá?

—Nuestra casa estaba junto al huerto del monasterio de capuchinos, Excelencia. Fui bautizado en Santa María la Mayor. Después me fui a Sevilla y más tarde a Madrid.

—Sois voluntario, ¿no es cierto?

—Sí, Excelencia. Mejor dicho, pertenezco a esa clase de locos que creen que la nobleza del corazón, el valor y la poesía son las tres cosas más importantes, después de la gracia de Dios.

—¿Entonces sois poeta? –le preguntó Juan con ese particular encanto que se ganaba el corazón de todos.

—Sí, Excelencia. Llegué a Roma con el séquito del Muy Reverendo Julio Acquaviva de Aragón. ¿Pero qué es la vida más magnífica cuando las trompetas llaman a luchar contra el infiel? La poesía es poesía solo si va emparejada con el valor y con la nobleza de corazón.

—Ya me gustaría que todos los españoles pensaran como vos –le comentó don Juan.

Miguel de Cervantes sonrió modestamente.

—También es bueno que haya otra clase de españoles –dijo–. ¿No ha observado Vuestra Excelencia que solamente hay dos clases de españoles?

Colonna carraspeó impaciente, pero Juan no le hizo caso.

—¿Solamente dos clases? ¿Y cuáles son, señor poeta?

—El primero –explicó Cervantes– es delgado y soñador, se llena de entusiasmo con todo lo grande, sagrado y esplendoroso. La mujer que ama es invariablemente la más hermosa del mundo y, si no es una reina, tendría que serlo. Está convencido de que el mundo es un campo que Dios le ofrece, en el cual ha de realizar brillantes hazañas al servicio de una gran causa, por eso él es un héroe, un loco, un poeta y un caballero.

—Como vos –apostilló Juan sonriendo.

Cervantes hizo una ceremoniosa reverencia, pero en sus ojos oscuros había una disimulada expresión de cortés ironía.

—El segundo tipo –prosiguió– es profundamente práctico y conoce con exactitud lo que vale un maravedí, un real y un ducado. Para él, una mujer es una criatura muy útil y, si es bella, tanto mejor. Está convencido de que el mundo es un campo en el que debe encontrar un sitio donde poder vivir lo menos incómodamente posible. No tenéis más que mirar a un español para daros cuenta de a cuál de estas dos clases pertenece.

Colonna volvió a carraspear sin ningún resultado.

—Muy agradecido, señor poeta –dijo Juan–. Ciertamente pensaré en vuestra teoría. ¿Pero cuál era el favor que deseabais pedirme?

—Se trata, Excelencia, de que desearía verme libre de los bien intencionados pero torpes servicios de este medicucho y que me permitáis mandar una docena de hombres en la batalla… preferentemente arqueros.

—Al parecer lo que desea es que lo maten –comentó Colonna.

—Pero si no lo matan ascenderá al Parnaso –replicó Juan, y los ojos de Cervantes relucieron–. Poned a sus órdenes esa docena de hombres, Excelencia, como favor personal a mí.

—Muy bien, Excelencia. Y ahora lo mejor que podéis hacer es iros a la cama, señor poeta, y no aparecer por aquí hasta que empiece la batalla.

A su regreso a la nave capitana, Juan fue informado de que se habían recibido nuevas noticias de Andrade. La flota turca estaba en el puerto de Lepanto. La componían por lo menos ciento setenta galeras, y quizá llegaran a las doscientas. Se confirmaba que Ulluch Alí había abandonado la flota. Se había marchado con todas las fuerzas de la costa berberisca: unas ciento diez galeras. Así pues, el total de la flota turca excedía considerablemente a las fuerzas cristianas, puesto que en el informe no estaban incluidas las fragatas y los bergantines ni otras unidades menores.

El viento soplaba fuertemente en contra. Era imposible navegar hacia Lepanto en aquellos momentos.

Juan decidió poner rumbo a Gomenizza en la costa albanesa, unas doscientas millas

al sureste de Corfú, y acercarse así por etapas al enemigo.

En Gomenizza se le unieron también las seis enormes galeazas, orgullo de Venecia, verdaderas fortalezas flotantes de una extraordinaria capacidad de artillería, aunque tenían el inconveniente de que no llevaban remeros y solamente podían maniobrar a vela.

El día dos de octubre tuvo lugar la última revista de inspección de todos los barcos; Juan hubo de intervenir en un altercado entre los almirantes veneciano y genovés. Doria se disponía a inspeccionar unos cuantos barcos venecianos y Veniero se opuso rotundamente a admitirlo a bordo. Al final tuvo que pasar la revista don Luis Requeséns; Doria estuvo enfadado durante un buen rato y Veniero se mostraba de lo más fastidioso y difícil.

Pero aún quedaba lo peor. Ya bien entrada la tarde, Juan estaba conversando con el joven príncipe de Urbino; de repente se oyeron unos disparos, seguidos de un ruido confuso, procedentes de las naves venecianas. Envió un bote para que le informara acerca de lo que había sucedido, pero antes de que regresara, ya otro bote se acercó con el coronel Paolo Sforza a bordo, que pidió ser recibido inmediatamente.

El coronel estaba tan nervioso que durante unos minutos a Juan le pareció que todo lo que decía no tenía ni pies ni cabeza. Pudo sacar en claro que a bordo de la galera veneciana L'Aquila, mandada por el capitán Andrea Calergi, de Creta, se había producido una discusión entre algunos marineros y unos cuantos arcabuceros españoles de los que habían sido enviados allí para completar el número de soldados venecianos. Aquello no pasaba de ser una cuestión que la policía militar ordinaria debería resolver. Pero a Sforza se le metió en la cabeza que había sido una ofensa cobarde cometida por el propio almirante Veniero, el cual por algún motivo intervino en el asunto y, cuando Sforza quiso obtener la autorización para zanjar la disputa, lo amenazó con arrojarlo al agua y hundir la galera…

Juan escuchaba con solo una parte de su atención, porque estaba viendo un cierto movimiento entre algunos barcos venecianos, incluida la capitana de Veniero. Desde una de las galeras pontificias llegó un disparo de aviso.

Aún seguía Sforza balbuciendo, cuando se presentó allí Soto, que se había enterado de lo que ocurría a través de los hombres del bote. El jefe de la policía veneciana había ido a bordo de L'Aquila para arrestar a dos arcabuceros españoles, pero su comandante, Mucio Alticozzi, disparó contra él e hirió a dos oficiales venecianos. Se produjo entonces una sublevación general y el almirante Veniero había enviado tropas a bordo.

—Los va a colgar, Excelencia –tartamudeó Sforza–. Ha dicho que los va a colgar del palo mayor; está loco, completamente loco.

Juan dio órdenes de echar al agua el bote. Quería ir a ver aquello por sí mismo. Pero no hubo tiempo de cumplimentar la orden, pues en el palo mayor de la capitana de Veniero fueron izados tres cuerpos. Uno de ellos llevaba el uniforme de un oficial español.

De la nave capitana española se elevó un clamor de rabia y de indignación. Nadie más que el Generalísimo tenía jurisdicción sobre la vida y la muerte. Aquello era no solo un crimen, sino también un insulto a la bandera española, al Generalísimo y al rey de España. Si aquello no se castigaba, y se castigaba en el acto, los venecianos se burlarían cada vez que se pronunciara el nombre de España.

Grupos de oficiales empezaron a bullir en el puente de popa, protestando y gritando; toda la nave capitana se convirtió en una masa de hombres fuertemente excitados.

Pero aquello iba de mal en peor. Como tocados por los invisibles dedos del demonio, todos los barcos que había en la bahía empezaron a moverse. Los españoles, los pontificios y los genoveses se agrupaban alrededor de la galera del Generalísimo, los venecianos se reunían junto a la nave capitana de Veniero. Los marineros echaban mano de los garfios de abordaje y de los machetes, los soldados preparaban sus arcabuces y sus picas.

Juan se quedó paralizado, con las uñas clavadas en el pecho. Mejor que ningún otro sentía el insulto que se le había hecho a él, y a través de él, a su real hermano.

—¡Dad la orden, Excelencia! –exclamó Juan de Cardona, con voz ronca–, y hundiremos la capitana veneciana y lanzaremos al mar a ese bellaco de Veniero para que se lo coman los tiburones.

—¡Abajo Venecia! –clamó un coro de jóvenes oficiales–. ¡Al diablo todos los venecianos!

Un pequeño bergantín rápido se puso al lado de la nave capitana y un grupo de oficiales subió por la escala. La masa reconoció junto al almirante Colonna el estandarte del vicealmirante Barbarigo y empezaron a lanzar imprecaciones. Un machete silbó por el aire y se clavó vibrando en la borda del bergantín.

En un instante, Colonna y Barbarigo estaban ante Juan, tan pálidos como cadáveres y temblando de arriba abajo.

Barbarigo se puso a disculpar a su propio jefe con grandes ademanes y elevando las manos.

—Siempre estuvo a su lado, Excelencia, hasta que se enteró de lo ocurrido en Famagusta. Marco Antonio Bragadino era muy querido por él. Ya sé que esto no es excusa suficiente, no hay excusa para su acción, que puede arrastrarnos a todos a un desastre…

—Y no solo a nosotros, sino también a la causa de Cristo –añadió Colonna–. Excelencia, en el nombre de nuestro Señor, os lo suplico… El Turco está a pocas millas y, si no habláis, la Liga Santa caerá hecha pedazos en esta maldita bahía. Los cristianos se matarán a miles contra los cristianos.

—No los escuchéis, Excelencia –bramó la voz de Cardona, y alguien gritó–: ¡A la horca todos los venecianos!

Una palabra… una sola palabra y miles de armas de fuego escupirían muerte sobre las galeras venecianas, hundirían el barco de aquel loco que se creía que podía colgar a

un oficial español como si se tratara de un desgraciado enrolado a la fuerza por una patrulla en Rialto o en la plaza de San Marcos. Nadie podría echarle en cara nada al Generalísimo si pronunciaba aquella palabra. Incluso podrían censurarle con dureza y hasta destituirlo, si no la decía, por no defender hasta el extremo el honor de su monarca. Era la oportunidad perfecta, para los enemigos de don Juan de Austria, de destilar su veneno contra él: «Cuando la honra sagrada del Rey fue ofendida, don Juan no hizo nada. Esto ocurre por entregar a un bastardo un mando tan alto…».

—¡A la horca todos los venecianos! –seguía clamando la turba–. ¡Abajo Veniero! ¡Abajo Barbarigo!

Como procedente de la lejanía, por encima de tierras y de mares y de los aires, la voz de un hombre vestido con un hábito oscuro se dejó oír: «¿Dónde se hallará al hombre que conserve el espíritu puro de las cruzadas? ¿El hombre que asuma una tarea no porque ese sea su gusto, sino porque Dios lo necesita? Deus lo vult…».

Además, allá en una de las estancias del Vaticano, un hombre vestido de blanco rezaba con toda su alma por la victoria de la Cruz contra el terrible poder de la Media Luna.

Juan hizo frente a los oficiales que atestaban el puente de popa, las escaleras y buena parte del puente inferior. Levantó la mano.

—¡Atención! –ordenó.

Cuando el tumulto se aplacó, dijo con voz clara y tranquila:

—Conozco bien lo que debo a nuestro Señor y lo que debo a mi real hermano. Estas son mis órdenes para toda la flota: todo hombre, ya sea soldado o marinero, cualquiera que sea su rango, que haga un solo disparo, será colgado en el acto. ¡De Soto!, cuidad de que esta orden llegue inmediatamente a cada uno de los barcos.

Se volvió hacia los dos almirantes.

—Señor Colonna, os agradezco vuestros buenos oficios. Señor Barbarigo, regresad al almirante Veniero y decidle que le prohíbo que vuelva a poner el pie en mi nave capitana. En adelante, la Serenísima República será representada en los Consejos de Guerra por el Proveedor Barbarigo. El almirante Veniero deberá hacer inmediatamente los preparativos para partir. Lo mismo os digo a vos, señor Colonna. Esta noche zarparemos para Lepanto.

CAPÍTULO 39

De nuevo la flota se puso en marcha.

Pero antes del amanecer pasó por delante de Prevesa, de funesto recuerdo; Prevesa, donde una anterior liga de fuerzas cristianas encontraron un fin sin ninguna gloria. Muy poco después penetraba la flota en el golfo de Arta, el golfo Ambraciano de los antiguos, donde Octavio derrotó a la flota conjunta de Marco Antonio y Cleopatra en una batalla que decidió la soberanía del mundo romano.

A Juan le parecía oír la suave voz de Honorato cuando en la clase de historia explicaba lo que allí sucedió… ¿cuándo sucedió aquello? Ya hacía mucho más de quince siglos, casi dieciséis siglos.

¿Estarían contemplando desde el mundo de las sombras, para ver cómo entablaría él la batalla donde ellos habían luchado y habían perdido?

Incluso en aquella deslumbrante luz del sol matutino había algo fantasmal y ominoso en el lento navegar de las naves, como un bosque de mástiles que progresaban suavemente, sin más ruido que el crujido de los remos al rozar con los escálamos y el chirrido de las jarcias.

Los turcos habían triunfado en aquellas aguas y quizá algunos de los oficiales de Alí Pachá habían participado de aquel triunfo, hacía unos treinta años.

Con un esfuerzo resuelto, Juan ahuyentó los espectros del pasado, tanto próximo como lejano. Estoy donde mi padre desearía que estuviera, pensó, y estoy encaminándome hacia donde él quería que me encaminara. Con frecuencia se había sentido reconfortado por el recuerdo de aquel anciano de Yuste, que había sido el más grande Emperador y que ahora estaba en el cielo. Si algún fantasma del pasado lo miraba, era el del Emperador. Además, ya era tiempo de vengar la afrenta de Prevesa.

Por enésima vez, Juan volvió a repasar las órdenes que había dado.

Nada había sido olvidado, no quedaba cosa por hacer que pudiera contribuir al triunfo, se había previsto todo lo que humanamente se podía prever. Todos aquellos «niños grandes» y barbudos estaban ahora portándose bien, incluso ese niño de setenta y dos años, Veniero, aunque le habían informado de que se encontraba desalentado y disgustado. Probablemente había sido siempre así, cambiante de un optimismo entusiasta a un profundo desánimo, sin saber exactamente cuándo se podían producir esas variaciones de espíritu. Muchos hombres eran así y no cambiaban nunca.

Ya no se había vuelto a producir ningún incidente desagradable como aquel tan peligroso de Gomerizza, aquel último ataque de Satanás para dar al traste con el empeño de la Liga Santa, aprovechándose de la debilidad de los hombres, de la obstinación, de la cólera y, sobre todo, del orgullo. Él mismo, Juan, había tenido que dominar su propio

orgullo con la ayuda de las palabras de Fray Juan de Calahorra y con el recuerdo del anciano de Roma, que oraba por una victoria desesperadamente amenazada por aquellos acontecimientos.

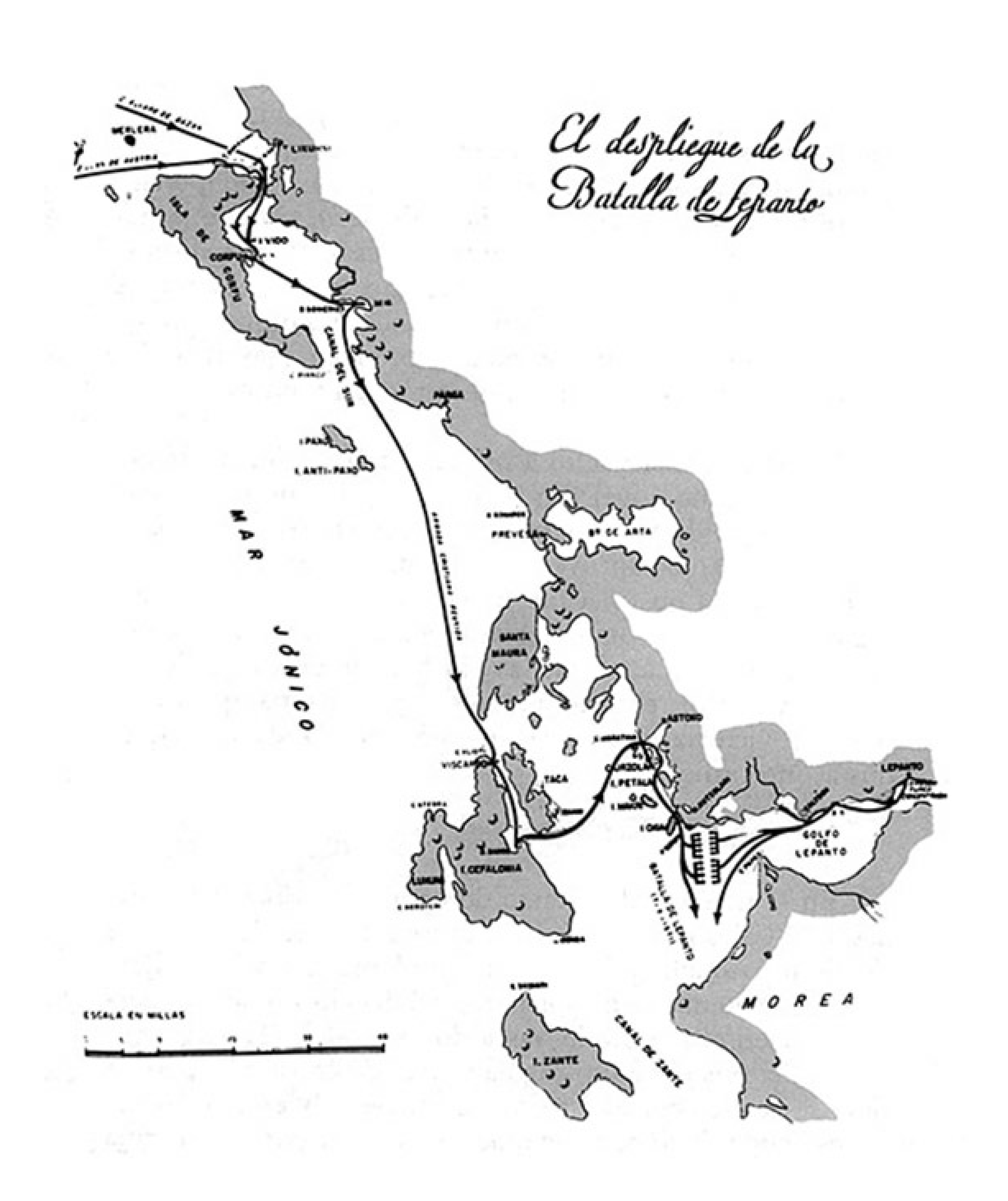
* * *

En la mañana del cuatro de octubre, la flota navegaba desde el Cabo Blanco, hacia el extremo norte de la isla de Cefalonia. Aquella misma noche, el viento cambió y se hizo tan contrario que la mayor parte del día cinco hubo de permanecer en el puerto de Viscardo.

El día seis, el viento seguía siendo desfavorable, pero la flota se deslizó por el estrecho canal. Se volvieron a dar órdenes de que, bajo pena de muerte, nadie disparara un arma de fuego. Ahora esta prohibición no obedecía al temor de que se originaran nuevas disputas, sino que el enemigo estaba ya tan cerca que un disparo podía alertarlo. Y la flota quedó anclada en Petala, a unas siete millas del cabo Scrofa.

Al amanecer del siete de octubre, las primeras naves de la flota cristiana empezaron a avanzar con grandes precauciones por el canal formado entre la costa griega y la última de las islas de Curzolari, la isla de Oxia.

Juan dio la orden de que dos fragatas se llegaran a la isla de Oxia y enviaran unos cuantos hombres, buenos oteadores, a tierra, para que treparan por las rocas desde las cuales se podía ver todo el golfo de Lepanto.


El despliegue de la Batalla de Lepanto
MERLERA
ISLA DE CORFU
CORFU
CANAL DEL SUR
I. PAXO
I. ANTI-PAXO
MAR JÓNICO
PREVESA
Bº DE ARTA
SANTA MAURIA
VISCARDO
TACA
CURZOLARES
I. PETALA
I. CEFALONIA
GOLFO DE LEPANTO
LEPANTO
BATALLA DE LEPANTO
MOREA
CANAL DE ZANTE
I. ZANTE
ESCALA EN MILLAS

Aquel día era domingo y en todos los barcos se celebró la Santa Misa.

Uno de los bergantines ligeros que se habían adelantado en vanguardia, retornó con la noticia de que, desde el Cabo Scrofa, se habían visto dos navíos, uno con vela latina y otro con una flámula; con toda probabilidad eran barcos turcos de reconocimiento.

Apenas pasado un cuarto de hora regresó una de las fragatas enviadas a Oxia y Juan dio orden de que su capitán fuera inmediatamente a su cámara para informarle personalmente.

Era un genovés llamado Cecco Pizano. Estaba tan blanco como la pared.

—Jamás he visto una cosa como esa, señor –dijo con voz trémula–. El golfo entero está lleno. He podido contar unos doscientos barcos, pero había montones de ellos más, demasiado lejos para poder contarlos.

—¿Distancia? –preguntó Juan muy tranquilo–. ¿Velocidad?

—Estarán aquí dentro de unas tres horas, señor. Además, señor… el informe de que la escuadra argelina se había separado del resto… no era cierto, o al menos ahora está allí. He visto docenas y docenas de naves argelinas, conozco bien su arboladura. Ulluch Alí ha debido regresar, señor… es decir, si es que se había marchado.

Juan asintió con un movimiento de cabeza.

—Eso nos ahorrará el engorro de tener que salir en su persecución.

Soto anunció la llegada del almirante Doria y del general Delia Corgnia; un minuto después también abordaron Colonna y Barbarigo.

Con el rostro impenetrable, Juan escuchó las consideraciones de Doria en contra de dar la batalla a toda la flota turca reunida y que, además, estaba respaldada por un buen puerto como el de Lepanto, mientras que la flota de la Liga no tenía tras de sí ningún puerto accesible; Juan silenció con un gesto a Barbarigo, que iba a manifestarse de acuerdo con Doria.

—Señores –dijo fríamente–, ya no es tiempo de deliberar, es tiempo de combatir. Os ruego que volváis a vuestras naves inmediatamente.

Apenas estuvieron en sus puestos cuando Juan ordenó que izaran la vela del palo mayor y dispararan un cañonazo.

Al sonar el disparo, todas las miradas de la flota se volvieron hacia la nave capitana y vieron cómo la enorme bandera azul de la Liga Santa ondeaba. Desde cada una de las naves se elevó un clamor que parecía haber estallado en el viento. Todos sabían lo que aquello significaba: el final de la larguísima espera, del navegar de un puerto a otro, de la búsqueda del enemigo; y, aunque pueda parecer extraño, también significaba el fin del miedo. Porque es condición del hombre sentir más temor ante el peligro que presiente que ante el peligro real.

Pero lo principal era que aquella señal indicaba que cada cual debía ocupar su puesto en el orden de batalla.

Tenían que efectuar una maniobra de por sí complicada, pero que en este caso lo era

aún más, puesto que unos trescientos barcos estaban atravesando penosamente un estrecho canal y debían desplegarse a lo ancho de la boca del golfo.

El canal de Oxia seguía vomitando barcos. A medida que iban saliendo, se dirigían a ocupar sus puestos correspondientes; cada capitán sabía a la perfección detrás de qué barco tenía que navegar.

Juan, con Soto y don Luis de Córdoba, subió a una de las fragatas ligeras para inspeccionar las galeras del centro y del ala derecha. Don Luis Requeséns estaba haciendo lo mismo en el ala izquierda. El Generalísimo aún no se había puesto la armadura. La primera orden que dio fue la de que todos los remeros que no eran musulmanes fuesen liberados de sus cadenas y les fuesen entregadas armas, prometiéndoles la amnistía a todos aquellos que quisieran participar en la batalla. Esta orden fue acogida con gritos de alegría. Esclavos y marineros, soldados y jefes dieron grandes muestras de entusiasmo cuando les dijo:

—Hijos míos, estamos aquí para vencer o morir… y recordad que en el cielo no hay sitio para los cobardes. No deis a los infieles ocasión para que os pregunten: «¿Dónde está vuestro Dios?». Luchad en el Santo Nombre de Dios y, tanto en la muerte como en la victoria, conquistaréis la inmortalidad.

Era tal la fuerza de su personalidad, que, tan pronto como se marchó, los hombres comenzaron a vocear las hazañas que harían durante la batalla y se perdonaron mutuamente todas las rencillas que podía haber entre ellos.

El mismo Juan hizo otro tanto. Cuando pasaron junto a la capitana de Veniero, vio al anciano de pie en el puente de popa, vestido con su armadura. Se descubrió la cabeza, sonriendo, y con la mano derecha hizo la señal de la cruz como si lo bendijera; la respuesta de Veniero consistió poco más que en un solemne saludo, pero el gesto de Juan le devolvió la paz interior, pues, cuando poco después Marco Antonio Colonna pasó a su lado en una fragata ligera, Veniero le hizo grandes gestos de saludo, al mismo tiempo que le gritaba:

—¡Bienvenido, la más sólida columna de la Iglesia!

Más de una docena de veces, Juan se trasladó a alguna galera durante unos minutos para distribuir medallas, monedas, rosarios y recuerdos de muchas clases. Cuando ya no tenía nada que regalar, a un hombre le dio su sombrero y a otros dos les dio sus guantes, que ambos fijaron llenos de orgullo en sus gorros. A uno de ellos, un joven noble, le ofreció cincuenta ducados por el guante, pero él se negó altivamente a vendérselo.

Cuando Juan regresó a la nave capitana, la flota estaba ya casi completamente colocada en orden de batalla: algunas embarcaciones ligeras remolcaban hasta primera línea las seis enormes y pesadas galeazas. Aquellas fortalezas flotantes tenían que servir como arietes de la flota; colocaron un par de ellas delante del centro de la formación y los otros dos pares delante de cada una de las alas.

El ala izquierda constaba de sesenta y tres galeras mandadas por Barbarigo; tenía la misión de mantenerse lo más cerca posible de la costa, para evitar que los turcos

pudieran atacar por aquel flanco.

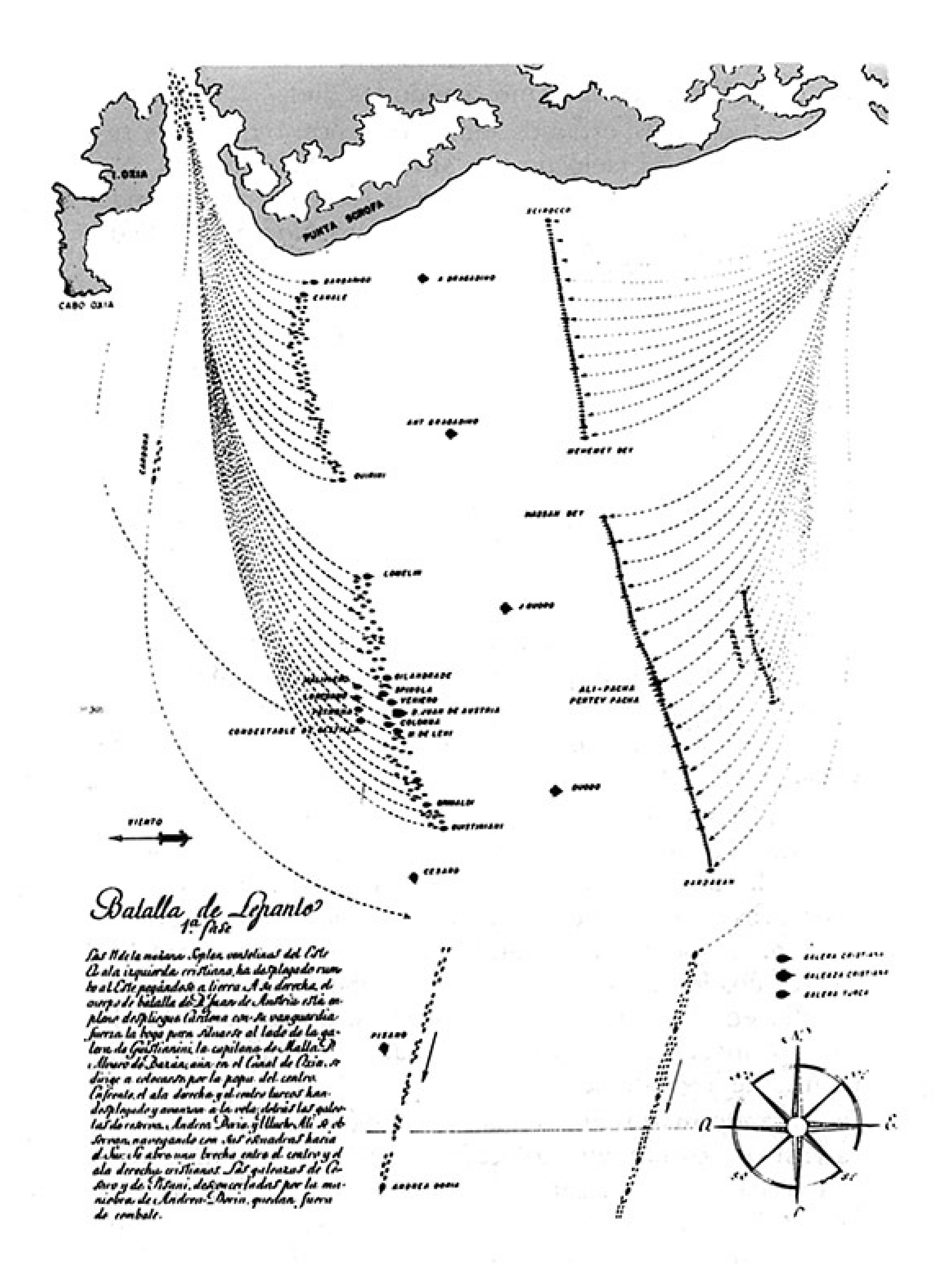
En el centro había otras sesenta y tres galeras agrupadas alrededor de las tres naves capitanas: a la izquierda la de Veniero, en el centro la del Generalísimo, y Colonna a la derecha. Don Luis Requeséns se situó inmediatamente detrás de Juan, preparado para acudir en su refuerzo, si fuese necesario. En la parte izquierda del centro estaba la galera del capitán Ettore Spinola, con Alejandro Farnesio a bordo; en la parte derecha, los tres barcos de los Caballeros de San Juan bajo el mando del Prior de la Orden, Giustiniano de Mesina.

Doria, que mandaba el ala derecha hacia el mar abierto, tenía sesenta y cuatro galeras.

Detrás de este triple frente, el marqués de Santa Cruz mandaba una poderosa retaguardia de treinta y cinco galeras.

A las once de la mañana, la flota turca entera estaba a la vista, a una distancia de no más de milla y media.

Juan los contemplaba desde cubierta, mientras sus criados le vestían la armadura de hierro oscuro con broches de plata. Bajo ella llevaba la reliquia de la Santa Cruz que le había enviado el Papa; sobre ella, el Toisón de Oro que, según los estatutos de la Orden, tenía que llevar todo caballero en el momento de entrar en batalla.


I. OXIA
PUNTA SCROFA
CABO OXIA
SCIROCCO
BARBARIGO
CANALE
QUIRINI
MEHEMET BEY
HASSAN BEY
LOMELLIN
D. JUAN DE AUSTRIA
COLONNA
ALI-PACHA
PERTEV PACHA
GRIMALDI
GIUSTINIANI
CARDONA
VIENTO
CESARO
PISANO
ANDREA DORIA
GALERA CRISTIANA
GALEAZA CRISTIANA
GALERA TURCA
Batalla de Lepanto
1ª fase
Las 11 de la mañana. Soplan ventolinas del Este.
El ala izquierda cristiana, ha desplegado rumbo al Este pegándose a tierra. A su derecha, el cuerpo de batalla de D. Juan de Austria está en pleno despliegue. Cardona con su vanguardia fuerza la boga para situarse al lado de la galera de Giustiniani, la capitana de Malta. D. Álvaro de Bazán, aún en el Canal de Oxia, se dirige a colocarse por la popa del centro.
Enfrente, el ala derecha y el centro turcos han desplegado y avanzan a la vela; detrás las galeras de reserva. Andrea Doria y Uluch Alí se observan, navegando con sus escuadras hacia el Sur. Se abre una brecha entre el centro y el ala derecha cristianas. Las galeazas de Cesaro y de Pisani, desconcertadas por la maniobra de Andrea Doria, quedan fuera de combate.

—¡De Soto! –exclamó don Juan.

—¿Excelencia?

—¿Veis la formación que ha adoptado la línea turca? Las dos alas están curvadas hacia el frente. ¿Qué os recuerda eso?

—La cabeza del diablo con sus dos cuernos –respondió Soto.

Juan se echó a reír.

—Es una media luna –le dijo–. El símbolo de los musulmanes. ¿Y nuestra formación? ¿Seis galeazas al frente, con las pequeñas embarcaciones, las naves del centro y la retaguardia de Santa Cruz? Si Dios nos mira desde lo alto del Cielo, verá la Cruz en lucha contra la Media Luna.

De Soto se le quedó mirando, pero no hizo ningún comentario.

—De Soto, haced que traigan mi crucifijo… el que está medio quemado a la cabecera de mi cama. Que lo claven en el palo de trinquete.

—Sí, señor.

Cuando Soto se marchó del puente de mando, Juan dio la orden de izar un gallardete blanco y volverlo a arriar. Era la señal convenida para que cada barco de la flota colgara un gran crucifijo en su palo de trinquete.

Regresó Soto acompañado del Padre Miguel Servia, que había sido confesor del padre de Juan y que portaba el crucifijo medio quemado que don Luis Quijada había rescatado de manos de los moros. Juan besó con reverencia el crucifijo. Después el sacerdote se acercó al palo de trinquete y con la ayuda de un carpintero dejó allí sujeto el crucifijo.

Seis trompetas lanzaron al aire un potente sonido.

Juan se puso de rodillas frente al crucifijo y lo mismo hicieron todos. El sol, casi en su cenit, se reflejaba en las cubiertas de los barcos brillando en las armaduras de los hombres allí arrodillados. Esa escena se repitió en cada uno de los barcos cristianos.

Volvieron a sonar las trompetas.

Ochenta mil cristianos tornaban a sus tareas inmediatas, después de haber estado unos momentos en contacto con la eternidad. Los remeros asieron los remos, los marineros ocuparon sus puestos, los artilleros encendieron las mechas. Los oficiales dirigieron la colocación de las redes, el reparto de municiones y la distribución de grupos de soldados en puntos estratégicos. Los ordenanzas pusieron cestos con comida y pellejos de vino bajo los bancos de los remeros, y en una serie de lugares se colocaron unos hombres con grandes cántaros de aceite, destinados a ser derramados en cubierta para hacerla resbaladiza en caso de que el enemigo se decidiera por el abordaje.

La constelación de puntos blancos que era la flota turca se iba haciendo más compacta por momentos.

De pie junto a don Juan, don Felipe de Heredia dijo:

—El demonio empieza a enseñar los cuernos.

Juan no respondió. Don Felipe repetía lo que había dicho Soto, pero estaba equivocado. Alí Pachá no estaba retrasando las alas, sino que avanzaba el centro, de manera que ahora formaba una clara línea de combate con un centro y dos alas. Parecía evidente que se proponía quedarse él en el centro y dejar frente a Doria su ala izquierda formada por los barcos argelinos, así es que el adversario de Doria sería Ulluch Alí, discípulo de Dragut, el más astuto de los jefes musulmanes. Le llamaban El Ulceroso, porque tenía una repugnante enfermedad de la piel. Ulluch Alí y Doria… un duelo entre dos raposos en el que podía suceder cualquier cosa.

Alí Pachá en el centro, Ulluch Alí frente a Doria… esto quería decir que el contrincante de Barbarigo sería Mohamed Pachá, de Alejandría, al que llamaban Siroco, aludiendo al ardiente y devastador viento procedente de África, cuyo aliento abrasador llegaba hasta las costas del Adriático. Tanto él como su vicealmirante eran reconocidos valientes experimentados y astutos…, capitanes de gran clase y, por supuesto, musulmanes fanáticos. Ni siquiera los informes que se poseían acerca de ellos, cuidadosamente confeccionados por Ruy Gómez, podían decir nada desfavorable acerca de ninguno, ni acerca de Pertau Pachá, que era el comandante en jefe de las tropas turcas.

—¡Vigía! –gritó Juan–. ¿Cuántas galeras forman la retaguardia enemiga?

—Ninguna, señor. Solamente hay fragatas y bergantines, pero son muchos.

Ninguna. No tienen reservas. Esto quiere decir que van a intentar romper nuestras líneas utilizando como transportes de tropas todas las embarcaciones ligeras, que podrán acercarse a sus galeras en cualquier momento con el fin de proporcionarles tropas de refresco.

Al parecer, Alí Pachá estaba determinado a ganar la batalla de un soberbio puñetazo. Pero Ulluch Alí pareció haberla concebido de otra manera. Estaba estirando sus líneas hacia el mar abierto, y Doria también abría las suyas, pues se había dado cuenta de la maniobra y no estaba dispuesto a permitir un ataque de flanco. Los raposos estaban acechándose mutuamente. Había que procurar que la línea no se extendiera demasiado lejos.

—Don Bernardino.

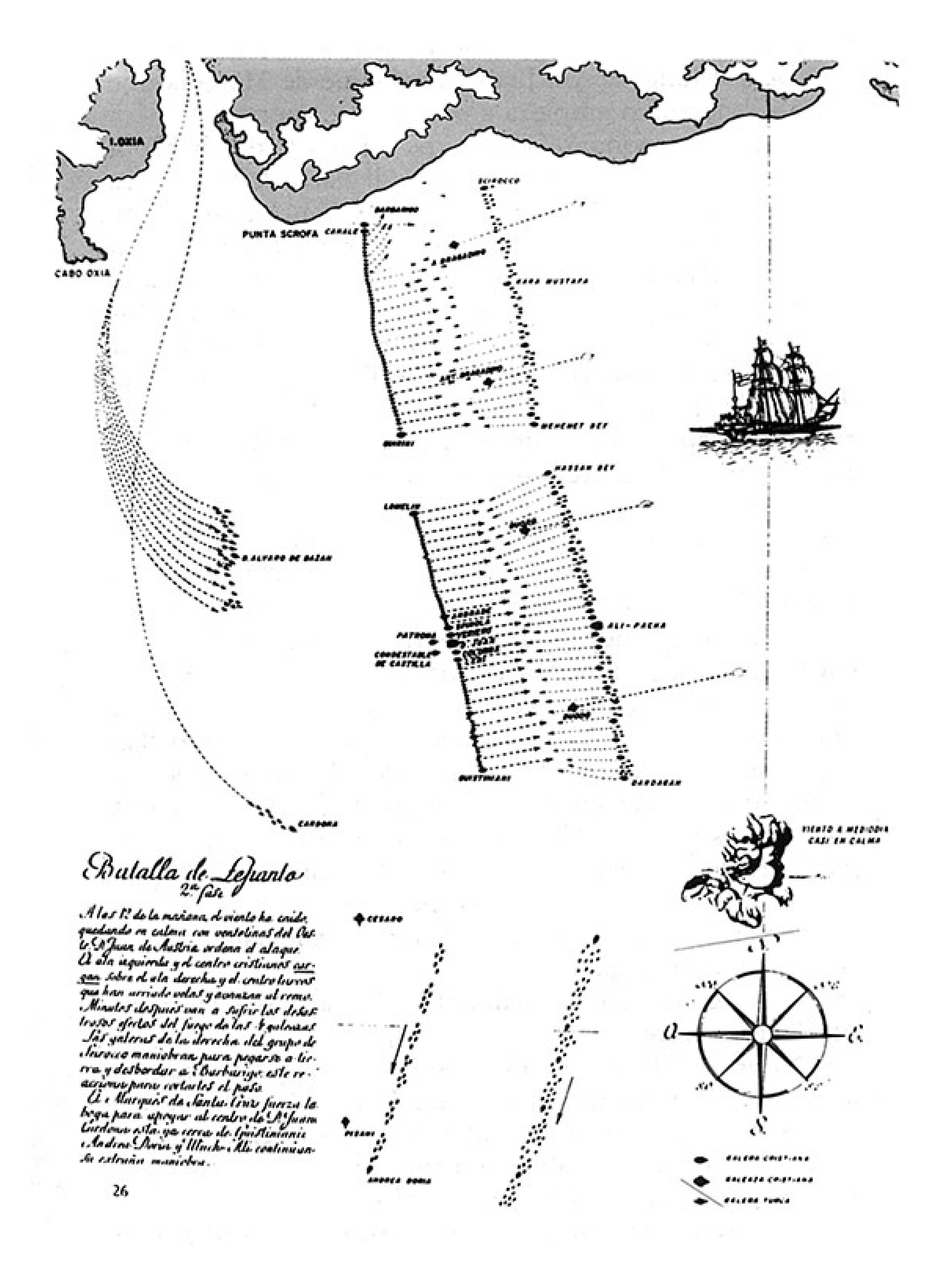
—¿Excelencia?

—Enviad una fragata a la capitana del almirante Doria. Que presenten mis respetos al almirante y le digan que cuide de no perder contacto con mi ala derecha.

—Sí, Excelencia.

Existía el peligro de que el zorro musulmán estuviese tendiendo una trampa, con la intención de atraer a Doria hacia el mar abierto y entonces introducirse por la brecha que se produciría entre el ala de Doria y el centro de las líneas cristianas; de esta forma Doria quedaría aislado del resto. Doria era demasiado sagaz para no advertir esa eventualidad, aunque podría ser que confiase en Santa Cruz para que se encargara de cerrar la brecha… lo malo era que no se podía saber en qué se tendría que emplear Santa Cruz dentro de una hora.

Juan podía ver con toda claridad la nave capitana turca, una galera grande, casi del tamaño de una galeaza. No había preparado redes. Tenía el espolón muy alto. En el palo mayor ondeaba una gran bandera verde, la llamada bandera del Profeta, especialmente venerada en La Meca, bordada con frases del Corán, su libro sagrado.


I. OXIA
CABO OXIA
PUNTA SCROFA
MEHEMET BEY
HASSAN BEY
D. ALVARO DE BAZAN
ALI-PACHA
PATRONA
CONDESTABLE DE CASTILLA
CARDONA
VIENTO A MEDIODIA CASI EN CALMA
ANDREA DORIA
GALERA CRISTIANA
GALEAZA CRISTIANA
GALERA TURCA
Batalla de Lepanto
2ª fase
A las 11 de la mañana, el viento ha caído, quedando en calma con ventolinas del Oeste. D. Juan de Austria ordena el ataque.
El ala izquierda y el centro cristianos cargan sobre el ala derecha y el centro turcos que han arriado velas y avanzan al remo.
Minutos después van a sufrir los desastrosos efectos del fuego de las 4 galeazas.
Las galeras de la derecha del grupo de Siroco maniobran para pegarse a tierra y desbordar a Barbarigo; este reacciona para cortarles el paso.
El Marqués de Santa Cruz fuerza la boga para apoyar al centro de D. Juan. Cardona está ya cerca de Giustiniani. Andrea Doria y Uluch Alí continúan su extraña maniobra.
26

De repente surgió una nube blanca de la galera más próxima a la capitana turca y unos instantes después sonó una detonación sorda y retumbante.

—Están disparando contra las galeazas –comentó don Felipe.

Dos… seis nubes blancas más, seguidas de detonaciones.

Una de las embarcaciones ligeras que habían remolcado a las galeazas perdió su gallardete.

Con satisfacción, Juan observó que las galeazas no habían abierto fuego todavía, de acuerdo con las órdenes que les tenía dadas.

Las informaciones que había suministrado Gil de Andrade eran exactas en conjunto, salvo la presencia de la potente escuadra argelina. Las naves turcas parecían algo más ligeras que las españolas; eran más o menos como las venecianas. Pero lo que tenían de menos en tonelaje y, por consiguiente, en potencia de fuego, estaba compensado por su mayor número. Su ala izquierda, enfrentada a Barbarigo, era igual de fuerte que la de este, pero en el centro había unos cien barcos y el ala izquierda era tan potente como el centro.

El sol estaba en todo lo alto. Era mediodía. Hacía muy poco viento. Los barcos se deslizaban, formando un enorme y compacto frente de proas, cascos, velas y estandartes. Cada barco turco se mostraba adornado por todas partes con colgaduras, incluidos gallardetes de colores variadísimos. Las pequeñas nubes de humo blanco, pronto disueltas en el aire, eran los únicos signos de que estaban disparando con los cañones del castillo de proa… en muchos sitios alrededor de las dos galeazas situadas delante del centro de la flota cristiana brotaban surtidores de agua.

Una columna de humo surgió de una de ellas y por un momento Juan pensó que la habían tocado, pero el profundo estampido que siguió lo tranquilizó, comprendiendo que se trataba de un disparo de la galeaza; casi inmediatamente la otra disparó también.

Desde la capitana de Ventero llegó un sonido de música. La banda de los venecianos estaba interpretando músicas militares, lo cual no era mala idea, al menos mientras no hubiera que gritar órdenes.

Al parecer, las galeazas habían dado en el blanco, porque se estaba produciendo una cierta conmoción en el ancho frente turco… un par de galeras se habían retirado y habían sido sustituidas rápidamente por otras dos.

Había llegado el momento en el que se tenía que ver cómo pretendían organizar la batalla; si les iban a atacar o no. No…, estaban intentando sobrepasar las galeazas y dejar delante de ellas un arco de galeras disparándoles, para impedir que les causasen estragos por la espalda. Ahora estaba claro: su plan era romper las líneas en el centro, mientras trataban de apartar lo más lejos posible el ala derecha cristiana. Doria debía de haber recibido ya la fragata enviada por Juan, pero no había hecho nada para evitar separarse del resto de la formación.

¿Habría que ordenar a Santa Cruz que avanzara un poco y se ocupara de taponar la brecha?

No. Todavía no. Santa Cruz era un hombre de gran experiencia, podía percatarse perfectamente de la situación y obrar en consecuencia, si lo consideraba oportuno.

En aquel momento, los turcos abrieron fuego contra Barbarigo, que aún estaba fuera de su alcance. Juan podía ver las salpicaduras en el agua. Aquella batalla podría muy bien estar ganada, pues el ala derecha de los turcos era muy endeble y, además, estaba muy cerca de la costa, donde había bancos de arena y bajos peligrosos. Si no fuera por eso, sería cuestión de considerar si daba órdenes a Santa Cruz para que atacara el ala izquierda e intentara romper el frente por allí, arrollando el centro de los turcos. Podría resolverse todo ello en una victoria casi regalada, pues una docena de galeras podrían encallar en los arrecifes y constituirían un serio obstáculo para la maniobra de muchas otras.

Estaba claro lo que había que hacer: un golpe de audacia al centro de las líneas turcas; con la ayuda de Dios, eso significaría ver realizados todos los sueños.

Juan observó una vez más las líneas enemigas. Rodear las galeazas y dejarlas atrás resultaba una maniobra difícil para Alí Pachá, sobre todo teniendo en cuenta que las galeazas estaban ahora disparando con toda su potencia de tiro. Cuatro barcos turcos habían sido alcanzados y otros dos estaban en inminente peligro de colisionar entre sí.

—¡Santa Madre de Dios! –exclamó alguien que estaba al lado de Juan–. ¡El viento está cambiando!

Juan miró hacia arriba. Era cierto. El viento, que había sido ligeramente contrario, ahora favorecía a la flota cristiana. Era como si el soplo de Dios los impulsase. Juan recordó que en el Antiguo Testamento se habla de que el Señor penetra en los corazones como un viento suave.

Juan se santiguó. Después, levantó muy alto su brazo derecho. Era la señal para que la Real hiciese su primer disparo… y también era la señal para que el centro entero avanzara.

El disparo se produjo inmediatamente. El oficial de la pieza y los artilleros habían estado en tensión, esperando la señal.

A media milla de distancia, la capitana de Alí Pachá estaba dando un rodeo a la galeaza de la izquierda, la de Andrea de Pesaro, y este le dispensó un saludo con las piezas de estribor; los turcos respondían y el humo se puso tan espeso que no se podía ver el efecto de los disparos.

Surgiendo de la humareda, se vio a la nave capitana turca, que había salido indemne. Sus puentes estaban abarrotados de soldados ataviados con todos los colores del arco iris; en un lugar prominente, en lo más alto del castillo, una figura solitaria danzaba dislocadamente.

—Es un derviche –explicó Luis de Córdoba–. Es una especie de monje.

—¡María Santísima! ¡Cómo aúllan! –exclamó don Bernardino.

—Siempre lo hacen cuando van a entrar en combate. Piensan que así nos acobardan.

Se oyeron unas carcajadas entre los jóvenes nobles agrupados detrás de los oficiales.

Media docena de galeras iban a la zaga de la capitana turca, retando al fuego de la galeaza de Pesaro; todas menos una pasaron sin deterioro. La que había sido alcanzada se retiraba con grandes dificultades hacia el puerto, pero Pesaro le envió una andanada con dos cañones de gran calibre que podían acabar con una galera en pocos minutos.

Arrancando de atrás, toda la línea turca comenzó a avanzar remando lo más deprisa que podía, pero la formación se iba rompiendo. Las galeazas habían cumplido exactamente su misión de ser un estorbo en su avance.

Juan volvió a levantar el brazo, apuntando a la nave capitana turca.

—¡Timonel, un punto a estribor!

En aquellos momentos se estaba produciendo un nutrido fuego en el ala izquierda; a pesar de ello, se oía el estrépito infernal que hacían los turcos en el barco de Alí Pachá.

Don Luis de Córdoba, que era el responsable de la artillería, miró al Generalísimo.

—Esperad –dijo Juan fríamente.

La capitana turca se les echaba encima, cubriendo progresivamente el horizonte.

—¡Don Luis!… ¡Preparados los cañones del castillo de proa y de babor!

—Sí, Excelencia.

—Sul… ta… na –leyó don Bernardino en voz alta.

Era uno de los pocos que sabían leer el turco.

El derviche no cesaba de danzar; era un individuo alto y delgado, vestido con una túnica blanca y un gorro en forma de cono. En el puente había cientos de arcabuceros e innumerables hombres con arcos y flechas.

—Don Luis… Los cañones del castillo dispararán contra los soldados del puente cuando yo dé la señal.

—Sí, Excelencia. ¡Artilleros del castillo! Apuntad a los soldados del puente…

—Don Bernardino… tened listas las piezas de babor.

La Sultana lanzó un disparo y se produjo un estrépito en proa. Todo el mundo se puso a gritar. Se oyó otro disparo y otro estrépito. El bote del barco de Juan quedó reducido a un montón de astillas que danzaban en el aire. Un tercer disparo pasó por encima de sus cabezas.

Juan pensó: les han estorbado sus propios foques, y al mismo tiempo ordenó:

—¡Castillo de proa, fuego!

Don Luis rugió la orden, pero solo se oyeron las primeras palabras, el resto fue sofocado por el trueno de los cañones del castillo, que eran cuatro, con los dos añadidos en Corfú.

Una enorme nube de humo negro envolvió la nave.

—¡Piloto, todo a estribor! –gritó Juan con toda la potencia de su voz.

El barco dio unas bandadas, apartándose.

—¡Don Luis!… ¡Batería de babor, fuego!

Don Luis dio la orden desde el interior del humo y las baterías volcaron su munición sobre la Sultana; las bocas de los cañones casi tocaban la borda de la nave turca.

—¡Mantened los escudos en alto y agarrarse fuerte! –ordenó Juan, al mismo tiempo que se asía a la borda de hierro.

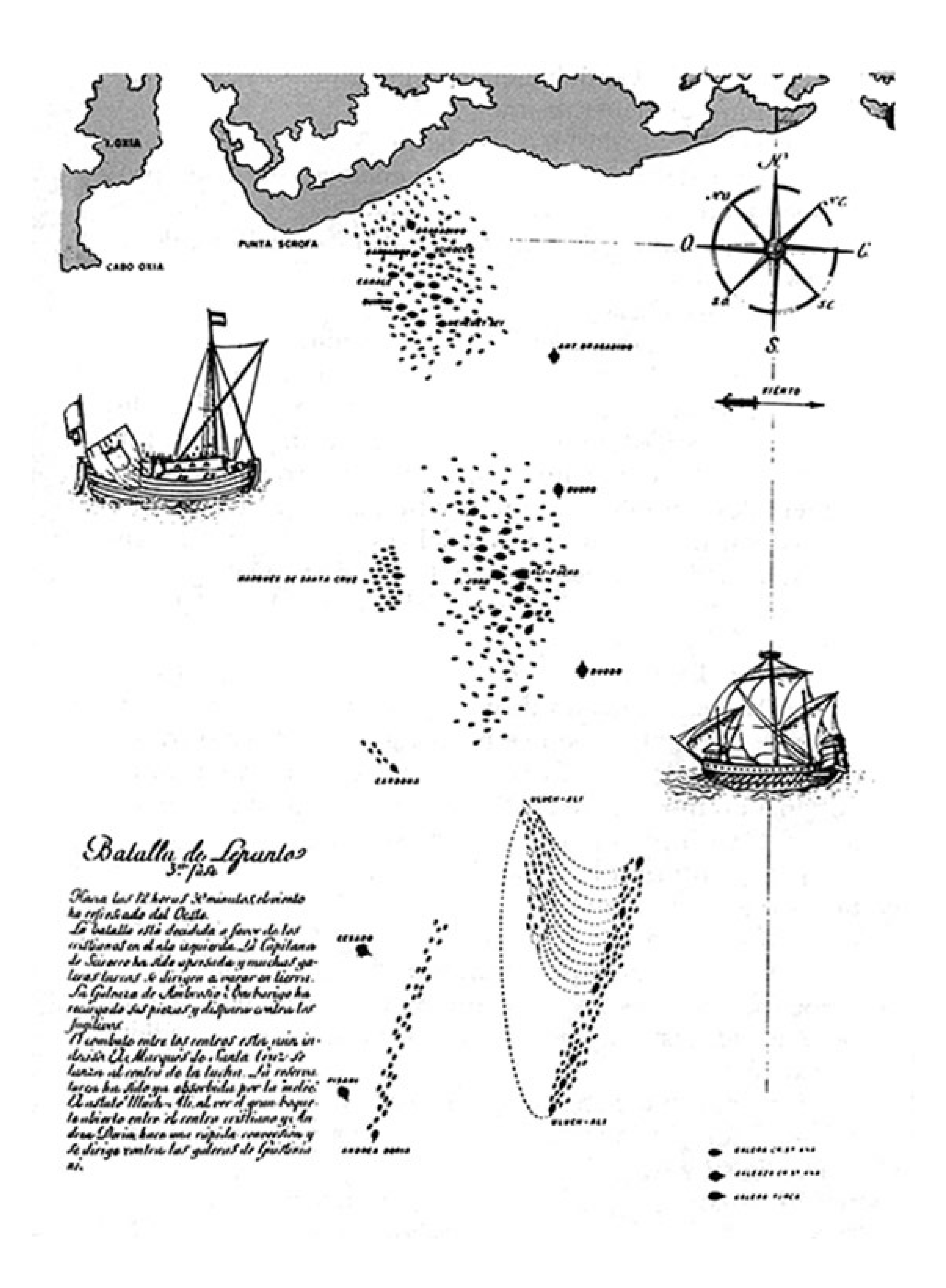
Se oyó un enorme crujido y esta vez parecía que el mundo saltaba en pedazos. Por entre aquella humareda infernal, una gigantesca aparición se les echó encima por el castillo de proa de la Real. El barco se encabritó como si fuera un caballo.

—¡Son los cuernos del diablo! –exclamó don Bernardino, tambaleándose sobre sus pies.

—¡No!, que es la proa del Turco. ¡Nos ha abordado! –gritó don Luis de Córdoba hecho una furia.

—¡Por descontado! –dijo Juan.

Hasta ese momento no vio claro don Luis que esto formaba parte de la estrategia concebida por el Generalísimo.


LOXIA
CABO OXIA
PUNTA SCROFA
N
NO
NE
O
E
SO
SE
S
Batalla de Lepanto
3.ª fase

Se había organizado un pandemónium de alaridos y maldiciones, humo acre, vigas de madera que volaban en todas direcciones, remos rotos saltando por los aires, trozos de hierro y un montón de objetos no identificables, que habían sido partes de seres humanos.

De repente se produjo un momento de sorprendente silencio.

—¡Preparados para el abordaje! –aulló Juan.

El humo tendría que dispersarse un poco al menos. No se podía volver a abrir fuego con las piezas de babor, estando los dos barcos trabados como estaban, balanceándose alocadamente, como luchadores que se agarran tratando de derribarse mutuamente.

—¡Don Miguel! Tened preparados cien arcabuceros para apoyar a los asaltantes. Que hagan fuego a discreción.

Un soplo de viento barrió parte del humo y por unos momentos se pudieron percibir los puentes de la Sultana, inclinada grotescamente, sembrados de un centenar o más de cuerpos sin vida. Los cañones del castillo de proa habían hecho un buen trabajo.

Los mosqueteros de ambas partes disparaban salvajemente.

—¡Al abordaje! ¡Cristo y el Rey! –gritó don Juan. Estalló un griterío ensordecedor. Los hombres se descolgaban por las jarcias, reproduciendo aquella danza aérea, pero esta vez no lo hacían por diversión.

Una espantosa tos de ahogo hizo que Juan se volviera en redondo. Don Bernardino de Cárdenas había caído a sus pies con una larga flecha clavada en la garganta. Estaba muerto.

—¡Escudos en alto! –volvió a gritar Juan.

Recordó que dos de los hijos de don Bernardino estaban luchando en otros barcos y apretó las mandíbulas rechinando los dientes.

Los asaltantes llovían como gatos sobre la Sultana, con los machetes entre los dientes. Escuadras de hombres con mosquetes y arcabuces estaban regando la cubierta enemiga. Por parte de este, el fuego era muy poco nutrido, gracias a que la andanada enviada por la artillería del castillo de proa de la Real había barrido la cubierta, pero esa situación no iba a durar mucho.

Don Miguel de Moncada ya estaba sobre la Sultana y con él don Pedro de Zapata, que en esta ocasión no portaba ningún estandarte.

—¡Vigía! –llamó don Juan, pero sin recibir respuesta–. ¡Que dos hombres suban al mástil! Necesito información

En el puente de la Sultana se estaba desarrollando una fuerte batalla, pero solo podía observarla parcialmente; las dos naves se balanceaban ahora menos que anteriormente.

—Don Rodrigo, preparad una segunda ola de asaltantes, un centenar de hombres. ¡Vigía! ¿Qué veis?

—Nuestros hombres han llegado casi hasta el palo mayor, señor, pero la lucha es muy dura. Los turcos están saliendo del interior del barco. Ahora están dos contra cada

uno de los nuestros, señor.

—¡Segunda ola de abordaje, adelante! –gritó Juan.

Una nube de flechas pasó sobre sus cabezas y uno de los dos hombres que habían subido al palo mayor enviados por Juan cayó lanzando un alarido, estrellándose sobre uno de los puentes de tiro. El mástil quedó que parecía un erizo.

La segunda oleada de asaltantes cayó sobre el enemigo.

—Don Luis, armad a los arcabuceros con machetes y espadas. Y preparad un tercer grupo de abordaje. ¡Hombres! ¡Necesito más hombres!

—¡Se acercan tres galeras enemigas con refuerzos, señor! –gritó el vigía.

—Don Pablo, dé la señal a don Luis Requeséns para que envíe inmediatamente refuerzos.

Pero aquella señal nunca fue dada. Se produjo un fuerte choque y, simultáneamente, un atronador griterío de soldados españoles. Requeséns no tenía que esperar la orden, ya estaba allí.

—Estamos retrocediendo, señor –anunció la voz del vigía–. Otras dos galeras se acercan a la Sultana, señor.

—Señores –dijo don Juan, excitado–. Esto es lo que estábamos esperando. ¡Seguidme!

Surgió un clamor desde el grupo de jóvenes nobles, que siguieron a don Juan a lo largo del puente y atravesando una plancha colocada hasta la borda de la Sultana.

Los dos barcos, trabados entre sí, eran como un campo de batalla rodeado de agua; un campo de batalla que no cesaba de aumentar de extensión. Había seis galeras pegadas a la Sultana o situadas a su popa, y dos más estaban a popa de la capitana real; todas ellas lanzaban tropas a la lucha.

El viejo Requeséns se puso a dar saltos en el puente de su propio barco, dominado por la excitación al ver el grupo de oficiales con sus armaduras invadir la nave turca.

—¡Está con ellos! –gritaba–. Estoy seguro de que está con ellos. Le he dicho miles de veces que no lo debía hacer, pero como si nada. ¡Dios Todopoderoso! Es exactamente lo mismo que hizo en Galera y en Serón. ¡Enviad otro bote a Santa Cruz! Vázquez, ocupaos de eso vos personalmente. González, llevad vuestros hombres a la Sultana. Si algo le sucede al Generalísimo, os rajo las tripas, aunque eso sea lo último que haga en mi vida. ¡Estoy diciendo que adelante!

Media docena de jóvenes nobles se abrieron paso con grandes esfuerzos hacia la amura de la Sultana y Juan les seguía. No había forma de pasar por encima de la plancha, que estaba cubierta de cuerpos sin vida, de heridos y de sanos. Había que dar un salto verdaderamente atlético, cargado con la armadura, pero lo consiguieron. Don Juan cayó con los dos pies sobre un arcabucero español que estaba allí agachado, y el buen hombre empezó a lanzar maldiciones en términos bien contundentes, hasta que vio quién era el «hijo de p. de una mula de carga» y se puso firmes de un salto.

Juan, sin prestarle mayor atención, siguió adelante, mientras un joven le ofrecía un escudo, que él tomó, al mismo tiempo que contemplaba la situación a su alrededor. Jamás en su vida había visto tantos hombres apelotonados en la cubierta de un barco, pero solo una tercera parte eran españoles, que se debatían contra un enjambre de guerreros variopintos y ululantes como almas en pena, los jenízaros, soldados que nunca habían sido derrotados… aunque eso ya se vería.

En la popa, adornada con ricas colgaduras, un grupo de hombres selectos cubría con sus escudos a un puñado de oficiales cuyas vestimentas parecían confeccionadas con tisú de oro; quizá entre ellos estuviera Alí Pachá. Había que acercarse allá y averiguarlo, pero no se veía por dónde llegar a su alcance.

La única manera sería caerles encima desde lo alto. Juan recordó la danza aérea de los marineros.

—¡Don Jaime!

—¿Excelencia?

Juan le dio determinadas órdenes en voz baja y don Jaime miró hacia las velas de la Sultana, enredadas en la arboladura de la nave Real.

—¡No miréis hacia allá! –le gritó Juan–. ¿Habéis comprendido lo que os he dicho? ¡Pues a saltar, amigo!

Don Jaime desapareció como había venido, por encima de la borda.

Juan vio a Pedro de Zapata tratando de introducir una cuña en el macizo frente turco, aprovechándose de la ventaja que le daba su armadura. Habían herido a don Miguel de Moncada y estaban intentando retirarlo a un rincón donde pudiera sentarse. Un soldado estaba aporreando su escudo, en el que se habían clavado una docena de flechas y las estaba cortando con su espada. En aquellos momentos don Jaime tendría que haberse reunido ya con don Luis de Córdoba; ahora era necesario hacer algo para distraer la atención de los turcos hacia otra parte. Entonces, Juan levantó su espada en alto.

—¡Cristo y el Rey! –gritó por encima de todo aquel estruendo.

Los jóvenes que con él estaban hicieron suyo aquel grito y se lanzaron furiosamente hacia adelante.

El piso del castillo de proa estaba resbaladizo por la mucha sangre derramada. Tendrían que echar arena, como en las plazas de toros, pensó Juan. Tropezó con la pierna de un turco y estuvo a punto de caer de bruces; una cabeza adornada con un turbante cayó delante de él y la apartó con uno de sus pies conforme subía. Un oficial jenízaro con un precioso escudo repujado y una gran cimitarra le cerraba el paso, con rostro sonriente; era un individuo muy corpulento.

Juan arremetió contra él con su espada, pero paró el golpe; con gran habilidad volvió a parar unas cuantas estocadas más. Era un estupendo espadachín, por eso quizá no cesaba de sonreír. Juan decidió terminar con aquello; un golpe doble… ¡Ahí tienes, amigo!… Un molinete… otro golpe… una estocada… y una cuchillada le cruzó el rostro… Esto borró la sonrisa de sus labios, y cayó por tierra.

—¡Killidj Hussein! –gritó alguien–. ¡Killidj Hussein!

Un estremecimiento recorrió el frente de ataque de la línea turca.

—¡Magnífico, Excelencia, magnífico!

Quien decía eso era Galarza con el rostro radiante de alegría, mientras apartaba con el pie el cuerpo del turco muerto.

—Era uno de sus mejores hombres –aseguró–. Le llamaban el Espadachín, Hussein el Espadachín… ¡Eh! ¿Dónde vas? –exclamó al mismo tiempo que le daba un mandoble a un tipo demasiado atrevido.

Don Lope de Figueroa se abrió paso hasta don Juan.

—Tienen doce barcos rodeando a este, señor, diez galeras y dos transportes. ¿Cuáles son vuestras órdenes, señor?

—Atacarles –dijo Juan sin dejar de pelear–. Pronto empezarán… ¡Ah, ya están aquí!

Los danzarines aéreos trepaban por las velas turcas; veinte, treinta… cincuenta, unos armados con mosquetes, otros con arcabuces… y los turcos vieron sorprendidos que eran atacados desde el aire.

—¡Arriad la bandera! –aulló don Juan–. ¡Arriad la bandera verde!

Los turcos empezaron a trepar por las jarcias.

Desde la arboladura llovían disparos y en el puente de popa se oyeron unos gritos que produjeron consternación en las líneas turcas, aunque no era posible ver lo que allí estaba sucediendo.

Juan continuaba luchando mientras se abría camino hasta la cubierta del castillo, cubierto por un lado por Juan Galarza y al otro por don Lope de Figueroa. Recibió un golpe en la pierna y sintió un ardiente dolor en el tobillo, vio cómo Galarza atravesaba al jenízaro que le había herido… el individuo le había atacado moribundo; ahora ya estaba muerto.

—Estáis herido, Excelencia… –le dijo Lope de Figueroa, que se hallaba detrás de él.

—Tranquilo, don Lope… no es nada. Que nadie se entere.

Siguió avanzando, mientras aplastaba su escudo contra el rostro del jenízaro que tenía más cerca.

—¡Han herido al Pachá! –bramó don Pedro de Zapata.

Lo podían ver desde donde estaban. Era un hombre alto, barbudo, con una espléndida armadura bajo un manto de brocado de oro; dos oficiales le ayudaban a mantenerse en pie. Estaba sangrando por una herida que había recibido en la frente.

Una sombra grande y verde cayó flotando sobre un grupo de arcabuceros españoles; era la bandera, la bandera sagrada del Profesa.

Lanzando gritos de rabia, los turcos arremetieron para rescatarla.

—¡Lleváosla! –bramó don Juan–. ¡Lo más lejos posible! ¡Llevadla a bordo de nuestro barco!

Precisamente en ese momento, una nueva y formidable aparición se avalanzó sobre el flanco de la Sultana; hubo un crujido como el de un trueno y la mitad de los hombres cayeron rodando por el puente.

Juan también habría caído, si media docena de brazos no hubieran acudido rápidamente a sostenerlo.

—¡Es Colonna! –aulló don Lope de Figueroa–. ¡Ahora sí que estáis perdidos, perros!

La capitana pontificia había abordado de lleno a la Sultana. A diestro y siniestro, los soldados turcos saltaban por la borda a docenas. Algunas de las galeras que estaban a proa intentaron retirarse lo más aprisa posible.

—¡El Pachá! –gritó Juan–. ¡Atención al Pachá! ¡Que no se escape!

—Yo me encargo –aseguró don Pedro de Zapata, lanzándose a buscarlo, aunque casi se había quedado sin sentido a causa de la sacudida del abordaje.

Alí Pachá vio cómo sus hombres titubeaban cuando los primeros combatientes de Colonna asaltaron la Sultana. Un grupo de soldados llevaban escoltado el estandarte pontificio. Los rutilantes oficiales que tenía a su alrededor intentaban que utilizase la escala, que había servido para la llegada de sus propios refuerzos, y que pasara a otra nave que ahora estaba casi vacía, pero él negó con la cabeza y, tomando un arco adornado con piedras preciosas, lanzó una flecha contra la masa de soldados españoles que invadían el barco.

Cada vez eran más numerosos los soldados turcos que saltaban por la borda, tratando de refugiarse en las galeras situadas a proa.

Se produjo un revuelo notable en el puente de popa; un montón de cascos españoles se agitaban por la escalera. Cuando Pedro de Zapata llegaba al pie de esta, ya había treinta españoles arriba del todo, llevando a cabo una verdadera matanza. Uno de ellos se volvió hacia el puente de mando levantando en alto un objeto redondo y sangrante. Era una cabeza… la cabeza de Alí Pachá.

Ante este espectáculo, los turcos todavía vivos arrojaron sus armas y cayeron de rodillas. Todos fueron muertos antes de que don Juan consiguiera poner fin a aquello; el soldado que había dado muerte a Alí Pachá clavó la cabeza en un pica y la levantó en alto para que pudiera ser vista desde los demás barcos.

Españoles e italianos lanzaron vítores estruendosos cuando Juan subió al puente de popa. A pesar del dolor que le producía la herida, disimuló perfectamente su cojera.

—Izad la bandera de la Liga Santa –ordenó.

Eran las dos de la tarde.

* * *

Monseñor Busotti di Bibiana, Tesorero del Vaticano, estaba despachando como de costumbre y el Papa, como de costumbre, lo estaba escuchando paseando arriba y abajo de la habitación, porque así le dolían menos los huesos.

Después de llevar cosa de un cuarto de hora leyendo cantidades; cifras y dando explicaciones, el buen monseñor tuvo la vaga sensación de que el Santo Padre no le escuchaba.

Levantó la vista para mirarlo y comprobó que sí estaba escuchando… pero no el informe del Tesorero.

Pío V miraba por la ventana con la cabeza inclinada hacia un lado y una expresión de la más intensa expectación.

—¿Qué… qué ocurre, Santidad? –tartamudeó monseñor.

El Papa le hizo señas de que se quedara quieto. Se fue hacia la ventana y la abrió. Daba la impresión de que estaba escuchando algo o a alguien.

A monseñor le pareció que el rostro le brillaba; levantó las manos y las mantuvo en alto.

Pasaron los minutos y monseñor empezó a preguntarse cómo el anciano podía mantener aquella postura, aquejado como estaba por el reumatismo de brazos y hombros.

Por fin el Papa bajó los brazos y se volvió de la ventana. En su rostro había una sonrisa.

—Hoy no es día de dedicarse a resolver cuestiones de gobierno –dijo–. Lo que tenemos que hacer es dar gracias a Dios por nuestra victoria sobre los turcos.

Saludó con un amable gesto de cabeza al Tesorero y se encaminó a su capilla privada.

Allí estaba la Madonna de Fra Angélico, que lo miraba plácidamente, mientras él rezaba ante el crucifijo del altar.

Después de haber alabado a Dios, dirigió su mirada a Su Madre Santísima.

—Salus infirmorum –susurró–… Refugium peccatorum… Consolatrix afflictorum…

Todo eso era Ella: Salud de los enfermos, Refugio de los pecadores, Consoladora de los afligidos. Todo eso y mucho más. Por medio de Ella la humanidad había emparentado con el Creador, por medio de Ella la cristiandad recibió a Su Hijo, y su ayuda no acabará nunca.

—Auxilium christianorum –murmuró–. Ruega por nosotros, Auxilio de los cristianos.

Allí y entonces decidió que se añadiera este título a las bellísimas letanías en su honor.

Mientras tanto, monseñor Busotti di Bibiana fue poniendo al corriente de lo que había ocurrido en el despacho del Papa a todo aquel que se le puso por delante… al cardenal Rusticucci, a los prelados Vannini y Ruggiero…

El prelado Ruggiero era un hombre eminentemente práctico.

—Muy bien –le dijo–. Vamos a poner por escrito este incidente inmediatamente y lo depositaremos, firmado por nosotros, en la notaría de la cancillería. Después veremos

qué ocurre, o qué ha ocurrido, en ese mismo momento… si es que ha ocurrido algo. ¿Qué hora era exactamente cuando el Santo Padre empezó a mirar por la ventana?

—Hace cosa de un cuarto de hora –afirmó monseñor Busotti–. ¿Qué hora es en este momento?

El prelado Ruggiero señaló un reloj que había en la repisa de la chimenea. Tomó una pluma y una hoja de papel con membrete oficial, y empezó a escribir: «El día siete de octubre del año del Señor 1571, a las dos de la tarde…».

El espectáculo que ofrecía el puente de popa de la Sultana era de los que no se olvidan en la vida.

Colonna estaba terminando de atacar a unas galeras y unos bergantines que aún quedaban por allí; las dos más próximas se rindieron sin un disparo. Era la primera vez que sucedía eso con barcos de guerra turcos. El estandarte santo de La Meca en manos de cristianos y la cabeza de Alí Pachá clavada en una pica eran cosas superiores a las que podían ser soportadas.

La nave de Colonna parecía estar también seriamente dañada.

Juan se acordó de aquel joven que iba a bordo, que se llamaba algo así como Cervas o Cervantes, y al que había deseado buena suerte.

Una gran nave veneciana se estaba hundiendo allí delante mismo y le quitaba la vista del ala mandada por Barbarigo. Media docena de fragatas se pusieron a su costado, tomando a bordo los soldados y la tripulación. No se trataba de la nave capitana de Veniero, pues esta se hallaba más a la derecha, disparando contra un oponente invisible y rodeada de restos de naufragios.

Las fragatas que se habían acercado a la galera veneciana se dispersaron con rapidez cuando empezó a hundirse; era la Veglia. Unos cuantos barcos turcos se apresuraban en dirección al puerto de Lepanto; iban en franca retirada… Barbarigo había cumplido con su deber magníficamente.

Don Miguel de Moncada se acercó a don Juan con un brazo vendado y acompañado de un grupo de oficiales, todos sonriendo abiertamente; aquellos insensatos pensaban que la batalla estaba ya ganada del todo.

Juan cortó en seco sus felicitaciones.

—Señores, hay que desalojar a todos los turcos de este barco –les ordenó–. Ocupaos de que los equipos de cada pieza de artillería estén completos. Don Miguel, presentad mis respetos a don Luis de Córdoba y rogadle que provea también los marineros necesarios y organice la manera de que liberen mi barco. Don Rodrigo, mis respetos al almirante Colonna, transmitidle mi agradecimiento por su oportuna intervención y decidle que suelte los ganchos de abordaje que aún están clavados en este barco. Señores, no hemos hecho más que empezar.

Y con estas palabras fueron lanzados en todas direcciones.

Ahora Juan podía ya ver a Colonna; el almirante estaba de pie en su castillo de proa, inspeccionando los daños que había causado el abordaje. Juan le hizo señas de saludo y Colonna las devolvió con gestos de entusiasmo.

Un bergantín ligero veneciano se acercó al costado de la capitana con el banderín azul y blanco izado en el mástil, lo cual significaba que traía información importante.

A los pocos momentos, un apuesto joven noble veneciano se cuadraba delante del Generalísimo.

—Se presenta Almoro Morosini, de la plana mayor del almirante Veniero –dijo con voz agradable–. El almirante informa de que, por desgracia, el Proveedor Barbarigo ha recibido una herida de flecha en el ojo izquierdo y no parece que pueda sobrevivir.

Barbarigo… tan buena persona, cuya lealtad tanto había contribuido a superar el incidente de Gomerizza…

—Otras pérdidas han sido: el capitán Giovanni de Loredano y el capitán Caterino Malipieri, hundidos con sus naves por el enemigo. El mando del ala lo ostenta ahora el comisario Canale, y el comandante de la galera del Proveedor Barbarigo es el capitán Nani. El comisario Canale informa, con todos los respetos, de que presentó batalla al barco de Mohamed Sirocco, Pachá de Alejandría, y que lo ha hundido.

—Excelente –dijo Juan con la cara radiante–. ¿Qué ha sido del Pachá?

—Lo hemos sacado del agua, Alteza –afirmó el joven veneciano con júbilo–. Fue subido a bordo de la galera del comisario, pero estaba tan malamente herido, que el comisario ordenó que le cortaran la cabeza.

Juan levantó las cejas, pero se abstuvo de pronunciar ni una palabra de crítica. A diferencia de Alí Pachá, aquel hombre había sido un prisionero de guerra, pero no se le podían exigir distinciones tan matizadas a un comisario veneciano, sobre todo si se tenía en cuenta lo que les había sucedido a sus compatriotas en Chipre y en particular a Bragadino. Lo verdaderamente muy importante era que de los tres más altos jefes turcos dos habían muerto y que eso había tenido una repercusión desalentadora en toda la flota turca. Recordó Juan cómo, en Sziget, Mehmet Sokolli mantuvo en secreto la muerte del Sultán Solimán, para asegurar que la retirada se llevara a cabo ordenadamente.

—¡Atención! –exclamó don Lope de Figueroa.

Señalaba hacia estribor de la Sultana, por donde se acercaban a toda velocidad cuatro galeras turcas.

—Pasad la orden al capitán de las baterías: fuego a discreción –ordenó Juan en el acto–. Ya pueden prepararse.

Lo último que los turcos podían esperar era que los recibieran a cañonazos desde su propia capitana. No quedaba un turco vivo a bordo, pero aun así iba a ser una lucha de uno contra cuatro, a no ser que don Luis de Córdoba consiguiera liberar a la nave Real. A Colonna le estaba costando mucho trabajo desenganchar su proa, pero sus baterías no alcanzaban todavía a los atacantes; además, la capitana pontificia solamente disponía de los cañones transversales del castillo de proa. Colonna había visto al nuevo enemigo pero daba la impresión de haberse quedado tan tranquilo.

Al momento Juan se dio cuenta de cuál era la razón de esa calma. Hasta cinco galeras españolas se estaban aproximando, en formación tan cerrada que las bordas casi se

tocaban. ¡Era Santa Cruz! Si Santa Cruz se había podido permitir enviarlas, entonces o bien el hueco entre el centro y el ala izquierda se había cerrado o Ulluch Alí no era tan zorro como decía su reputación.

Colonna estaba haciendo unos esfuerzos tremendos para separarse de la Real. Los cañones de la Sultana empezaron a hacer fuego, aunque no todos; no era de extrañar. Don Luis de Córdoba no podía dejar sin hombres sus propias baterías, y los hombres disponibles no estaban acostumbrados a los cañones turcos. A pesar de ello, los disparos produjeron su efecto en la moral de los turcos. No hay nada que desmoralice tanto a un soldado o a un marinero como verse bajo el fuego de sus propias armas.

Pero los turcos empezaron a responder con sus disparos.

—Habíamos hundido seis galeras hasta el momento de yo salir hacia acá y, mientras venía, vi cómo otra se estaba hundiendo –el joven Morisini seguía con su informe como si nada estuviese sucediendo.

—¡Excelente! –volvió a decir Juan–. Llevad mis respetos al comisario Canale y mis deseos de que se mantenga firme en ese buen trabajo. Decidle cuánto lamento lo del Proveedor Barbarigo. Le enviaré mi médico personal tan pronto como sea posible.

Se produjeron tres estallidos sucesivos.

—Lo siento, pero vuestro regreso a vuestro propio barco va a tener que retrasarse –le dijo Juan afablemente al joven veneciano–. Mucho me temo que vuestro barco ha sido tocado.

Se volvió hacia otro sitio y ordenó:

—Sacad del agua a los hombres de esa fragata. Don Lope… reunid a vuestros hombres para rechazar a los asaltantes si fuera necesario.

No fue necesario, pues los refuerzos de Santa Cruz hundieron dos de las galeras que se acercaban y las otras dos se dieron a la fuga. Al mismo tiempo, don Luis enviaba recado de que al cabo de unos momentos la capitana Real estaría ya libre.

—Muy bien. Voy para allá –dijo Juan.

Dejó a don Rodrigo de Mendoza al cargo de la Sultana y regresó con don Lope, don Miguel y los demás nobles, incluido don Pedro de Zapata, que estaba de un humor de perros porque un individuo cualquiera había dado muerte a Pachá adelantándose a él.

—Además ha sido un simple soldado raso.

—¿Sabéis su nombre? –le preguntó Juan.

—Sí, Alteza. Es un tal José Gómez, un granuja descarado.

—Pues ese descaro del granuja recibirá mil ducados de mi parte –afirmó Juan–. Tomad nota, don Francisco, y comunicadlo a Soto.

—Yo le he dado todo lo que tenía en los bolsillos –comentó don Pedro con una carcajada.

Don Luis de Córdoba se encontraba en un estado de gran excitación.

—Quienquiera que haya construido este barco nuestro, Excelencia, conocía muy bien su oficio. Hemos cortado el espolón del Turco y lo único que hemos perdido nosotros ha sido un par de vergas, que ya han sido sustituidas por otras, y el bote, desde luego. Los marineros están todos en sus puestos.

—¿No hay ningún informe del almirante Doria?

—No, Excelencia.

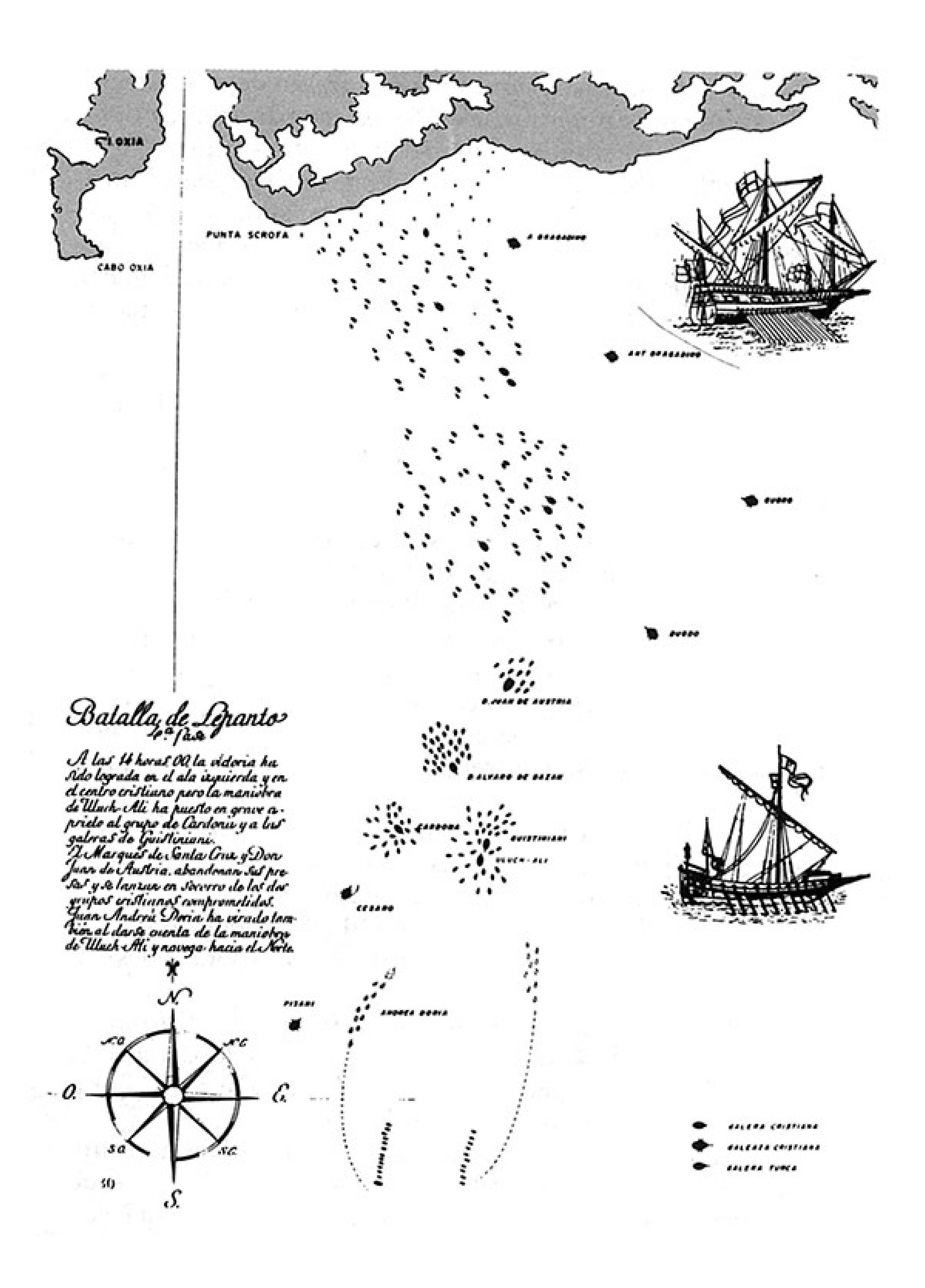
—Arranquemos, pues, don Luis.

—¡Remeros! –exclamó don Luis.

El jefe de los remeros estaba preparado con la trompeta y el látigo. Los hombres empezaron a remar como si tuvieran que huir del mismísimo infierno. No había necesidad de emplear el látigo en aquella ocasión, en la que no tenían las cadenas puestas y estaban remando hacia su propia libertad.

—¡Marineros! –aulló don Luis.

Un capitán de la marina se encargó de materializar esa voz de mando, empleando palabras y expresiones marineras que, para un noble, carecían de interés. La nave capitana se puso en movimiento.


OXIA
PUNTA SCROFA
CABO OXIA
D. JUAN DE AUSTRIA
D. ALVARO DE BAZAN
CARDONA
ULUCH - ALI
CESARO
ANDREA DORIA
Batalla de Lepanto
4ª fase
A las 14 horas 00, la victoria ha sido lograda en el ala izquierda y en el centro cristiano pero la maniobra de Uluch-Alí ha puesto en grave aprieto al grupo de Cardona y a las galeras de Guistiniani.
El Marqués de Santa Cruz y Don Juan de Austria, abandonan sus presas y se lanzan en socorro de los dos grupos cristianos comprometidos.
Juan Andrea Doria ha virado también al darse cuenta de la maniobra de Uluch-Alí y navega hacia el Norte.
N.
NO
NE
O.
E.
SO
SE
S.

La tripulación que habían dejado a bordo de la Sultana estalló en aclamaciones. Un momento después, el almirante Colonna también consiguió soltar su nave con una magnífica maniobra, sin necesidad de cortar el espolón, sino desprendiéndolo del casco de la Sultana como cuando se hace la extracción de una muela.

El joven Morosini contemplaba fascinado la capitana de su almirante. El viejo Veniero, mientras perseguía a una gran galera turca, arrastraba literalmente tras de sí unas cuantas naves ligeras enemigas cargadas de soldados.

Juan percibió al anciano de pie en la popa y gesticulando con todo entusiasmo. En varios lugares del ala izquierda, entre dos o tres barcos habían formado como un campo de batalla particular, pero un gran número de los navíos turcos estaban huyendo hacia el puerto, todos ellos perseguidos. Canale lo estaba haciendo muy bien. Juan se acordaba de él de los Consejos de Guerra, un hombre calvo y de pocas palabras, tan frío y sereno como temperamental y excitable era Veniero.

La otra ala, la de Doria, desapareció por completo en medio de un humo pálido que colgaba sobre el mar como una niebla espesa. Allí se podía estar fraguando alguna dificultad… por lo menos dos o tres barcos tenían que estar ardiendo; aquel humo no era el de los disparos.

Se acercó otra fragata, esquivando con elegancia los restos del naufragio de una nave turca. Llevaba el banderín azul y blanco… eran nuevas noticias. Las enviaba Santa Cruz. El oficial que mandaba la fragata era un sobrino suyo.

—Os presento los respetos de mi… del almirante marqués de Santa Cruz, Alteza. Y traigo un mensaje al que Vuestra Alteza deberá prestar la más cuidadosa atención.

¡Un mensaje escrito! Seguro que eran malas noticias. Estaba claro que Santa Cruz no quería que el oficial le diese el mensaje en voz alta delante de los oficiales.

Juan abrió la nota. Ulluch Alí había conseguido atravesar las líneas. Después de una laboriosa maniobra, daba la impresión de que abandonaba definitivamente la batalla, pero cambió de rumbo y se lanzó hacia lo que ya no era un hueco, sino una especie de golfo; no llevaba menos de sesenta galeras, las argelinas, las más rápidas de todas. Arremetió contra la retaguardia de la formación cristiana y Santa Cruz se vio obligado a dar media vuelta para hacerle frente y después volver a dar otra media vuelta, pues Ulluch Alí esquivó el encuentro y se lanzó contra la extremidad derecha del centro de las líneas cristianas, donde causó algunos estragos. Santa Cruz lo persiguió, pero llegó demasiado tarde para salvar las tres galeras del Prior Giustiniani y sus Caballeros de San Juan.

Juan tuvo que hacer un esfuerzo para no dejar traslucir sus sentimientos mientras leía. Todos estaban con los ojos puestos en él, intentando adivinar qué noticias eran.

Aquello debía de haber sucedido después de que Santa Cruz envió las cinco galeras para ayudarle; ahora lo que había que esperar era que Doria, cuyos barcos se habían dejado engañar por solo treinta o cuarenta galeras de Ulluch Alí, viera lo que estaba sucediendo y se dispusiera a atacar al raposo argelino.

«Estoy atacando –escribía Santa Cruz–, pero solamente dispongo de veintitrés navíos y bastantes de ellos están averiados».

—Ahí llega otra fragata, Excelencia. Noticias del almirante Colonna.

—Tomad a bordo al mensajero. Necesito que quince galeras se pongan a la zaga de mi capitana.

Todos se miraron desconcertados. La batalla se había disgregado en docenas de combates aislados; el ala izquierda estaba en plena persecución de los turcos… pero ¿podrían suministrar esas quince galeras?

Juan echó una mirada a su alrededor. A una cierta distancia, dos barcos estaban remolcando unas naves apresadas a los turcos.

—Que aquellos barcos se detengan –ordenó–. Equipad con tripulaciones esas naves turcas. Enviadlas aquí.

El mensajero de Colonna subió a bordo.

—Alteza, los tres barcos de los Caballeros de San Juan…

—Eso ya lo sé. ¿De cuántos barcos dispone vuestro almirante?

—No lo sé, Alteza. Acaba de apresar a la Mihrmah, que resulta ser la antigua nave capitana del Papa Pío IV, de la cual se habían apoderado los turcos en Djerba. Ahora era la nave tesorera turca y está llena de oro.

—Mis felicitaciones al almirante, pero lo que necesito es al menos una docena de galeras para aclarar lo que está sucediendo allí –Juan señaló hacia el humo espeso, que seguía tan impenetrable como antes–. Partid en el acto y decidle que me envíe todos los barcos que pueda. La batalla es más importante que el botín. Ya tendremos todo el botín que queramos, pero, si vacilamos ahora, no tendremos nada. Decidle que hay que hacer un mayor esfuerzo.

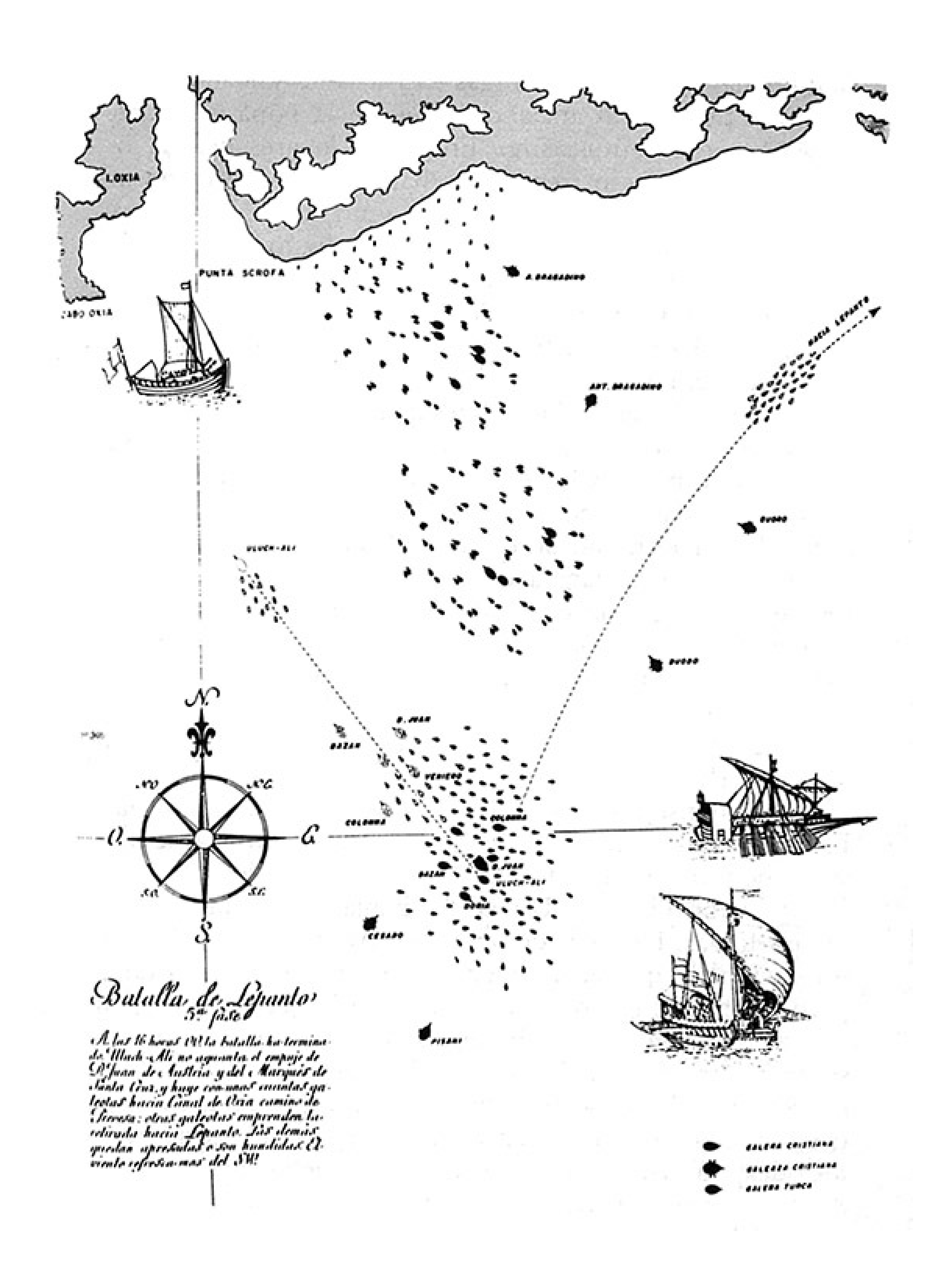
Juan tomó tres naves venecianas con los barcos turcos a remolque. Sus capitanes se resistían a entregarlos, porque temían que cualquier otro podía fácilmente apoderarse de su valiosa conquista, pero Juan acabó con las protestas arremetiendo con la proa de su nave y cortando el cable de arrastre.

Tomó otros cinco barcos, esta vez españoles, y Colonna le envió tres galeras pontificias, incluidas la Toscana y la Eleugina, que habían capturado una galera de Rodas hacía poco menos de media hora.

En total, trece; catorce con la nave Real. No era mucho, pero eso era lo que había. Se lanzó con ellas a través de la niebla y llegó exactamente a tiempo para dirigir una media docena de encarnizados combates, en los cuales cada galera cristiana luchaba contra dos y hasta tres barcos ligeros argelinos. A una distancia de por lo menos tres millas, Doria se estaba batiendo con la retaguardia de Ulluch Alí, si se podía llamar retaguardia a una formación que cambiaba el orden de combate cinco veces en una hora.

Por fin, Doria consiguió hacerles frente y los barcos de Ulluch Alí cambiaron de rumbo y se dirigieron a mar abierta.

Juan los persiguió con sus trece naves, pero desistió de ello cuando vio que no había posibilidad de alcanzarlos. Eran barcos construidos para ser rápidos y Ulluch Alí era un maestro en saber aprovechar al máximo esa ventaja.


LOXIA
PUNTA SCROFA
CABO OXIA
A. BRAGADINO
ANT. BRAGADINO
HACIA LEPANTO
DUODO
ULUCH-ALI
DUODO
N
NO
NE
O
E
SO
SE
S
D. JUAN
BAZAN
VENIERO
COLONNA
COLONNA
BAZAN
D. JUAN
ULUCH-ALI
DORIA
PISANI
Batalla de Lepanto
5ª fase
A las 16 horas 1º la batalla ha terminado. Uluch-Ali no aguanta el empuje de Dº Juan de Austria y del Marqués de Santa Cruz y huye con unas cuarenta galeotas hacia Canal de Oxia camino de Prevesa; otras galeotas emprenden la retirada hacia Lepanto. Las demás quedan apresadas o son hundidas. El viento refresca más del SW.
GALERA CRISTIANA
GALEAZA CRISTIANA
GALERA TURCA

Al regresar de su persecución el escuadrón del Generalísimo, solo con su presencia fue bastante para que acabase la lucha que todavía estaba manteniendo Doria con el resto de los barcos argelinos.

Juan vio cómo Doria le saludaba efusivamente cuando sus dos barcos se cruzaron, y él le correspondió con cierta frialdad.

El genovés estaba cubierto de sangre desde el yelmo hasta los pies, pero a juzgar por cómo se movía con su habitual elegancia felina, la sangre no debía de ser suya. Juan supo más tarde que aquella sangre era la de un piloto genovés, que había recibido en pleno pecho la bala de un cañón turco, a dos pasos de distancia de donde el almirante se hallaba.

La herida de Juan le producía agudos dolores. Estuvo a punto de desmayarse un par de veces. Pero no era aquel un día como para permitirse ceder ante lo que San Francisco llamaba el «Hermano Asno», es decir, ante las limitaciones corporales. Muchas veces en su vida había disfrutado; también en aquel día, al vencer al hombre a quien los turcos llamaban Killidj Hussein. Pero, aparte de eso, aquel día había experimentado más que nunca las limitaciones de su cuerpo. En una batalla en la que participaban más de seiscientos barcos, el comandante jefe necesitaría seiscientos cuerpos para enfrentarse con todas las situaciones que se podían presentar. Había sido imposible no responder al reto de la Sultana. Pero también había sido imposible mantener ese duelo y al mismo tiempo estar dirigiendo los hechos que se sucedían en el ala derecha del centro o en el frente mantenido por Doria.

Ya eran diecisiete las galeras argelinas que se habían rendido; había llegado a tiempo, que era lo importante. Ahora había que volver al golfo para ver qué quedaba por hacer.

* * *

El panorama que ofrecía el golfo de Lepanto era alucinante. Todo el mar alrededor de la flota estaba cubierto de extensas manchas de color rojo oscuro, con despojos de naufragios por todas partes, botes vacíos, botes en los que yacían unos cuantos cadáveres, trozos de mástiles, de bordas, de muebles. Unos cuantos barcos ligeros se afanaban recogiendo del agua sobrevivientes, barriles, cajones, todo lo que flotaba y era aprovechable.

En algunos lugares todavía se estaba combatiendo contra unos treinta barcos turcos que trataban de resistir ante una fuerza aplastantemente superior.

Pero todo intento cesó cuando los turcos vieron llegar la nave capitana en vanguardia de lo que parecía ser otra formidable flota cristiana… las trece galeras de Juan, seguidas por las de Doria y por el resto de los barcos de Santa Cruz. Los turcos se rindieron.

La nave Real no tuvo que disparar ni un solo cañonazo en esta última fase de la batalla.

El viejo Galarza se acercó a Juan.

—Si vuestra Excelencia me permite –dijo con voz baja–… ya no es necesaria la armadura.

Sin esperar respuesta empezó a soltar los broches de plata de las pesadas piezas de hierro.

Juan vio que le temblaban los dedos y que sus ojos brillaban de admiración. ¿Quién era aquel hombre que estaba junto a él? Era el doctor Martínez, naturalmente. En realidad, tendría que haberse ido a su cámara, pero allí tenía que hacer mucho calor… y ya hacía más que suficiente en el puente. Alguien le acercó una silla y él tomó asiento cerrando los ojos. Era curioso que se tuviera que sentir tan cansado ahora que le habían liberado de tanto hierro como llevaba encima; ahora que Dios le había quitado de encima un peso tan grande…

El doctor Martínez le examinó el pie herido y chasqueó la lengua con gesto preocupado.

—¿Es grave? –preguntó Juan.

Hizo un gesto de dolor cuando los dedos del doctor inspeccionaron el tobillo.

—¿Grave? No es grave, Excelencia; solo es doloroso.

Empezó a dar una serie de explicaciones técnicas, para acabar diciendo que en esos casos era muy improbable que se produjera una gangrena, y procedió a hacer una cura.

Don Pedro de Zapata anunció que se acercaba una fragata con el almirante Colonna a bordo.

El almirante pontificio parecía estar en el séptimo cielo. Hizo una profunda reverencia, y los que venían con él hicieron otro tanto. Intentó decir algo, pero no le salieron las palabras. Tenía el rostro bañado en lágrimas.

Juan le dio un abrazo y él empezó a balbucear incoherentemente, sollozando en el hombro de Juan. Los oficiales españoles los rodearon apretujándose y detrás de ellos los soldados y los marineros acudían desde el castillo de proa, desde las pasarelas y desde la popa.

—¡Dios me ayude! –consiguió pronunciar Colonna, con el aliento cortado–. ¡Bendito sea Dios! Nunca ha sucedido una cosa como esta, nunca.

Juan no dijo nada.

—Salamina… Actium… Prevesa –seguía diciendo Colonna–. No tienen comparación. ¿Os dais cuenta, Excelencia, de que esto es el fin, el fin absoluto, del poderío naval turco?

—Así lo espero –manifestó Juan sin conmoverse.

—Lo que no sabemos es cuántos barcos de Ulluch Alí han conseguido escapar…

—Treinta, poco más o menos –aseguró Juan con prontitud.

—Se han hundido unos noventa –le informó Colonna triunfante–. Todos los demás han sido capturados. Es increíble. Supera a mi capacidad de comprensión. Todos los demás han sido capturados. Ciento sesenta… quizá ciento ochenta. Dios mío, no

permitáis que me despierte y me dé cuenta de que todo esto ha sido un sueño. ¿Qué dirá el Santo Padre cuando se entere? ¿Y vuestro real hermano? ¡Dios mío, no permitáis que me despierte!

—¿Qué sabemos de nuestras pérdidas? –preguntó Juan.

Colonna lo miró con una expresión de desconcierto y le dijo:

—Eso es también increíble. Yo he perdido una galera… ¡una! Veniero ha perdido ocho…

—Nosotros hemos perdido otras seis –manifestó Juan–, incluidos los tres barcos de los Caballeros de San Juan y uno perteneciente al duque de Saboya.

—En total, cincuenta barcos –resumió Colonna– y el enemigo ha perdido trescientos. ¡Santa Madre de Dios! No nos van a creer cuando lo contemos…

Tiene razón, pensó Juan. Aquello era como un ensueño. Allí había algo insondable.

—La Cruz contra la Media Luna –pronunció en voz baja, al mismo tiempo que se llevaba la mano a la reliquia de la Santa Cruz.

Galarza no se había atrevido a quitársela cuando le ayudó a despojarse de la armadura.

—Esta victoria es de nuestro Señor, no es nuestra –añadió Juan.

Mientras hablaba, su mirada se fijó en una nube. No era una nube grande, tendría el tamaño de la mano de un hombre, pero era de color plomizo y la atmósfera se estaba poniendo pesada.

Colonna le estaba diciendo algo acerca de que las bajas habían sido de cuatro o cinco turcos por cada cristiano.

—Tendremos datos más exactos dentro de un par de días, pero estimo que…

Juan observó que la nube aumentaba de tamaño. Aumentaba despacio. Se sintió extrañamente inquieto y deseó que Colonna dejase de charlar. Pero Colonna no paraba.

—… es fácil calcular nuestras pérdidas. Hay más de diez mil cristianos condenados a galeras en los barcos turcos y, si todos se comportan de la misma manera que los que he visto en algunos de los barcos que he apresado, me matarán a fuerza de darme abrazos o me romperán en pedacitos… harán reliquias con los trozos de mi cuerpo y también con el vuestro, si no tomáis precauciones.

¿Reliquias?, pensó Juan, ¿ha dicho algo de reliquias? Se acercaba una tormenta, lo cual ocurría con frecuencia en aquellas aguas durante aquella época del año.

Una tormenta. ¡Dios del cielo! Una tormenta y medio millar de barcos estaban allí en alta mar. Se producirían colisiones, se hundirían galeras, los barcos turcos aprovecharían para ponerse a salvo. Perseguirlos sería imposible a causa de las olas, no se podría utilizar la artillería.

—¡Don Luis! –gritó Juan, y Colonna se llevó tal sobresalto que retrocedió como si le hubieran dado un empujón–. ¡Don Luis de Córdoba!

—¿Excelencia?

—Que disparen un cañonazo y que se ice la señal de tormenta en el palo mayor.

—Sí, sí, Excelencia.

—¡Dios mío, una tormenta! –exclamó Colonna, oteando el horizonte–. ¿Cómo es posible que no la haya visto? ¿Y cómo vamos a vigilar ahora a todos esos turcos?

—Exactamente, señor Colonna. Tenemos que ponernos en marcha al instante… tenemos que volver a Petala. Y tendremos suerte si conseguimos pasar por el canal de Oxia antes de que la tormenta se nos eche encima.

La flota consiguió refugiarse en el puerto de Petala hora y media antes de que estallara la tormenta, sin perder ni un solo barco ni un solo prisionero, aunque no les resultó nada fácil poner en orden de marcha a los barcos.

Los hombres consideraban que ya habían hecho bastante por aquel día; deseaban comer y beber y contemplar su botín; tenían ganas de contarse unos a otros sus propias hazañas y presumir de ellas. En muchos casos, los oficiales tuvieron que mostrarse violentos para que cada cual ocupase sus puestos, y las naves capitanas se vieron en la necesidad de ir de un lado para otro como perros pastores, para mantener juntas a las ovejas y conducirlas al redil.

Oscureció mucho antes de que pasaran el cabo Scrofa; las nubes amenazadoras velaron y después extinguieron las estrellas. Pero en todos los mástiles había linternas. Treinta galeras formaban la vanguardia, seguidas por una larga doble fila –los barcos cristianos en un lado y los turcos en el otro–, costeando; las embarcaciones ligeras iban en la retaguardia.

Casi no fue necesario emplear los remos, pues los mismos vientos metieron a la flota en el puerto.

Hasta entonces no cruzó el cielo el primer rayo; la tormenta, como el estampido de un millar de cañones, estalló sobre vencedores y vencidos.

* * *

Juan estaba solo en su cámara.

Nobles y oficiales habían acudido a felicitarle, tuvo que estrechar innumerables manos y gastar hasta la última de sus sonrisas. Después llegó Soto, un tanto embarazado, a decirle que la gente estaba hambrienta y que uno de los disparos de la Sultana había destruido la cocina sin que por el momento se pudiera reparar y que, por lo tanto, no se podía hacer la cena.

—Eso no tiene importancia –le dijo Juan con indiferencia–. ¿Están bien atendidos los heridos?

—Los médicos están haciendo todo lo que pueden, Excelencia.

Juan asintió con la cabeza. Bien sabía lo poco que podían hacer, salvo en casos de heridas leves, como la suya. Todo aquel que había perdido un miembro era como si hubiera muerto. Todo aquel que había sido herido en el pecho o en el vientre era como si hubiera muerto. También le habían informado de que, al menos algunos turcos, emplearon flechas envenenadas.

En el exterior los truenos retumbaban uno tras otro.

—¿Da permiso Vuestra Excelencia…?

Otra vez estaba allí Soto.

—¿Sí, Soto?

—Don Luis de Córdoba desearía llevar a algunos de sus hombres a bordo de la San Felipe, donde podrían comer algo.

—Sin ninguna duda, Soto. Vos podéis ir con ellos, si lo deseáis.

—Muchas gracias, Excelencia, pero…

—¿Qué más, Soto?

—Don Luis piensa… todos pensamos… si no desearíais vos acompañarnos también. En todo el día solo habéis tomado unas galletas y un vaso de vino…

—No tengo nada de hambre, Soto. Id vos, id todos.

El secretario se retiró. En sus ojos había la misma expresión que en los de Galarza, en los de los nobles y oficiales; una expresión de admiración rayana en la veneración.

Por fin le dejaron solo con los truenos de Dios retumbando por encima de su cabeza; a veces parecían disparos de cañón, a veces parecían el galopar de un millón de caballos. El viento aullaba por entre las jarcias de los barcos. La mayor flota que jamás el Mediterráneo había visto estaba allí refugiada en un puerto pequeño y miserable; los hombres del Rey, los hombres del Sultán, los hombres del Papa, todos, estaban allí refugiados, asustados como niños.

En poco se diferenciaban ahora vencedores y vencidos.

Y él, el triunfador, a quien todos miraban como si fuera la imagen de un santo, estaba sentado en una pequeña cabina de un barco, y no tenía qué comer.

Quinientos barcos. Quinientos cascarones de nuez. Ciento cincuenta mil hombres, todos apiñados como hormigas en un hormiguero.

¿Qué lección quería Dios darle con todo eso? ¿Que seguía siendo como un chaval que jugaba a moros y cristianos por las calles de Leganés?

¿Que victoria y derrota eran hermanas bajo el cielo, y que no se podía confiar en ninguna de las dos?

¿Que cada hombre nacido de mujer era un pobre diablo? Riquezas y poder eran cosas efímeras; en una batalla de cuatro o cinco horas el gran pachá había quedado reducido a la condición de esclavo, encadenado a un remo. La belleza era efímera, una sola estocada con una espada o con una cimitarra y cualquier mujer apartaría la vista de un hombre sin nariz, o de un hombre con una cicatriz que le cruzara el rostro.

Toda vida sobre la tierra era igualmente efímera. Recordó cómo Honorato les explicaba que la tierra tenía una corteza delgada, tremendamente delgada, y que estaba rellena de fuego; que este fuego salía a la superficie en diferentes lugares, por los volcanes, que eran una advertencia de que la vida sobre la tierra era efímera.

Al gran mar le preocupaban poco aquellas cáscaras de nueces que se peleaban entre sí, aquellas orgullosas galeras que perdían su dignidad huyendo despavoridas, como si fueran polluelos asustados, hacia el puerto más cercano para ponerse a salvo.

¿Qué significaba aquel día, entonces? ¿Qué importancia tenía? Por seguro que se comentaría mucho en todos los países, habría recepciones y banquetes, discursos solemnes y elogios manidos. El Mediterráneo había sido testigo de un montón de batallas y le era indiferente cuántos hombres y cuántos barcos habían tomado parte en ellas. Les importaba a las madres, que lloraban por los hijos que no regresarían. Una o dos generaciones después, la batalla no sería más que una fecha que tendrían que aprenderse de memoria los niños en la escuela.

El siete de octubre del año del Señor 1571, la flota de la Liga Santa, mandada por un tal don Juan de Austria, venció a la flota turca en el golfo de Lepanto.

Así es como lo escribirían, así es como se lo enseñarían a sus hijos.

Y aquello no era verdad. Porque lo que en realidad había ocurrido era que Dios había utilizado a un puñado de servidores suyos para detener, en el santo nombre de la Cruz, el avance de la Media Luna.

Afirmarían que el comandante de los cristianos era un gran hombre, el hijo de un gran Emperador, un genio de la estrategia naval y militar; que era otro Alejandro Magno.

Pero en realidad el comandante de los cristianos era noble solo por parte de su padre; su madre fue una mujer que despertó en una ocasión los sentidos del Emperador, una mujer corriente del pueblo e incluso de dudosa reputación. Él había nacido fuera del matrimonio; en cuanto a sus dotes, ¿quién se las había concedido, sino Dios?

Dirían que un joven maravilloso, de no más de veinticuatro años, tomaba decisiones acertadas, superando a las grandes mentes de hombres que le doblaban la edad y que tenían diez veces más experiencia que él; dirían todo esto sin querer ver que aquello lo hacía Dios, para mostrar que podía inspirar incluso a una persona como él para hacer Su santa voluntad.

También dirían que la victoria había sido suya, cuando en realidad había sido la victoria de Cristo, que seguía triunfando con Su Cuerpo sagrado clavado en una Cruz. In hoc signo vinces…

Esa era la razón por la cual la victoria era decisiva y definitiva. Jamás volverían los turcos a tener la hegemonía de los mares. Verdaderamente, a partir de ahora su poderío no solo había disminuido, sino que había desaparecido y, con él, el poder del Islam.

Lo veía con toda claridad. Aquello era lo que Dios estaba escribiendo en el cielo con sus relámpagos.

Y con la misma luminosa y terrible claridad veía que no había para él recompensa en la tierra. No tendría ninguna posición, ni siquiera sería hecho Infante de España y, con un dolor seco en el alma, se dio cuenta de que tampoco María iba a ser para él. Ninguno de los sueños que había acariciado se haría realidad. Ninguno aquí, ninguno en la tierra.

Una vez más, como ya en otras ocasiones, tuvo la viva sensación de que no viviría

mucho tiempo; y quizá eso era una bendición.

Aquel día, aquel siete de octubre de 1571, era el día para el que él había nacido. Aquello era lo que Dios había determinado obtener de él.

Sabía que no iba a pensar siempre de esa manera, que intentaría apartar esos pensamientos, olvidarlos y volver a la caza de honores y de poder; que querría volver a ver a María; se diría a sí mismo que Dios seguía teniendo necesidad de él… quizá para conquistar Constantinopla, o los Santos Lugares…

Pero también estaba seguro de que no le sería posible olvidar nunca lo que había aprendido aquel día, lo que desde siempre había sabido en el fondo de su corazón y que, realmente, lo había aprendido por la gracia de Dios, que lo había hecho fuerte contra el desaliento y la desesperación.

* * *

El día ocho de octubre, a primera hora de la tarde, tuvo lugar una reunión con todos los comandantes en la nave capitana pontificia; a continuación se procedería a pasar revista a toda la flota.

El tiempo era perfecto.

Cuando don Juan de Austria subió a bordo, fue recibido por una banda de trompetas de plata acompañadas de timbales; unas y otros eran parte del botín del día anterior.

El almirante Colonna recibió al Generalísimo en la pasarela y lo condujo a su cámara, donde ya esperaban los demás comandantes.

Juan estrechó la mano de Doria, felicitó calurosamente a Requeséns y a Santa Cruz, y a continuación se encontró ante el viejo Veniero. Le dio un abrazo.

—Lo habéis hecho admirablemente, padre mío –le dijo, y el irascible viejo se deshizo en lágrimas.

—Muchas gracias, Excelencia –pronunció con un hilo de voz–. Lo único que lamento es tener que decirle que el Proveedor Agustín Barbarigo ha muerto. Recuperó los sentidos durante unos momentos y pude darle la noticia de nuestra gran victoria. Ya no podía hablar, pero levantó las manos al cielo y sonrió.

—Envidiable Barbarigo –comentó Juan–. Dios le tenga en Su gloria.

—Amén –contestaron todos.

Alejandro Farnesio subió por la escala.

—Esto ha sido mejor que Malta y Sziget juntos… querido tío –murmuró, haciendo gestos como un niño pequeño–. Me habría gustado estar con vos cuando os apoderasteis de la Sultana.

—Alguien me ha comentado esta mañana que vos tampoco habéis desperdiciado el tiempo –le dijo Juan–. Os apoderasteis de una galera turca sin ayuda de nadie, y eso es más de lo que ningún otro en toda la flota puede decir. Me gustaría conocer todos los

detalles, por supuesto.

—No es cierto, tío –replicó Alejandro–. No estaba yo solo. Conmigo estaba Dávalos, un español, y, si no hubiera sido por él, ahora estaría muerto. Salté a bordo de la nave y él detrás de mí, entonces nuestra galera se separó de ella y allí quedamos los dos. Así es que decidimos hacer lo que pudiéramos, dando palos a diestro y siniestro, y los turcos debieron de pensar que éramos djinns o ifrits o como sea que llamen a sus demonios, porque estaban llenos de espanto, en especial cuando di muerte al capitán y Dávalos al timonel. En aquel momento, nuestra galera maniobró para abordar otra vez al barco y arrojaron a todos los turcos por la proa al agua; cuando los asaltantes acabaron su tarea, allí estábamos nosotros. Lo creáis o no, ni Dávalos ni yo recibimos ninguna herida. Fue verdaderamente milagroso, como en realidad lo ha sido todo el día.

—Sí –afirmó Juan–. Que entreguen a ese Dávalos mil ducados. Tomad nota, Soto. En cuanto a vos, querido sobrino…

—Yo lo único que quiero es el privilegio de llamaros tío mío –le interrumpió Alejandro, gesticulando–. ¡Madonna! Cómo me gustaría ver la cara de la reina Catalina cuando oiga contar estas cosas. Va a dar un reventón, y con ella todos sus brujos. Pero si deseáis saber algún detalle, os contaré uno muy bueno. Teníamos a bordo un capellán, que nos habían enviado de Roma, un irlandés con un nombre que parecía una invocación: Odonel, o algo así… no estoy muy fuerte en esos nombres extranjeros. Bien, pues cuando abordamos a otro turco, nos encontramos con que estaba lleno de jenízaros que pelean muy bien, como sabéis… En un determinado momento, las cosas empezaron a no irnos demasiado bien. Entonces, el Padre Odonel, que mide dos metros y tiene el pelo rojo, tomó una pica, lanzó un bramido: ¡Es Cristo quien pelea en esta batalla!, y se puso a la tarea como Sansón entre los filisteos. Quitó de en medio a siete u ocho e hizo una docena de prisioneros… no me he divertido tanto en toda mi vida.

—Cinco capellanes han muerto en la batalla –intervino Veniero–. Cuatro sacerdotes venecianos y un fraile de Su Santidad.

—Todos los sacerdotes y todos los frailes estuvieron en cubierta durante la batalla –añadió Colonna–. Ya tengo las cifras definitivas, Excelencia. Hemos perdido quince barcos y algo más de mil seiscientos hombres; tenemos unos quince mil heridos. Hemos hundido noventa y dos galeras y capturado ciento setenta y ocho. Hemos hecho casi diez mil prisioneros. Según las listas que hemos encontrado, los turcos han debido de tener entre treinta y treinta y cinco mil muertos. Y hemos puesto en libertad unos quince mil esclavos cristianos condenados a galeras. Todos ellos quieren servir en nuestros barcos hasta que regresemos a casa.

—Nunca ha sucedido una cosa como esta –comentó Doria excitado–. Y si no lo hubiera visto con mis propios ojos, no me lo creería.

—La victoria acompaña siempre a quienes no vacilan –afirmó Veniero, sin poderse reprimir y sin referirse a nadie en particular.

—Por favor, señores, dejadme continuar –rogó Colonna–. Hemos tomado ciento

quince piezas de artillería pesada y doscientos noventa y cuatro cañones ligeros. Entre los prisioneros se encuentran los dos hijos de Alí Pachá: Ahmed Bey, de dieciséis años, y Mohamed Bey, de treinta; con ellos está su preceptor El Hamed. Su madre es hermana del Sultán. También hemos hecho prisionero a Pertau Pachá y a no menos de treinta gobernadores de provincias. Todavía no hemos calculado el valor del oro, la plata y las joyas; hay unos peritos trabajando en ello. Entre las muchas banderas, estandartes, pabellones y banderines están la bandera verde del Profeta, de La Meca, y el pabellón del Sultán.

—Me gustaría que aquel oficial suizo hubiera conseguido la bandera que tanto deseaba –comentó Juan, sonriendo.

—Los guardias suizos se han apoderado de varias banderas –le informó Colonna–. Han honrado a su país y al Santo Padre. Pero todavía hay un hecho del que quisiera daros cuenta, Excelencia. Se pusieron en los mástiles de todos nuestros barcos los crucifijos, tal como vos ordenasteis, y, a pesar de que muchas de las naves han sufrido daños, ni uno solo de los crucifijos se ha descolgado.

Unos cuantos oficiales se aclararon la garganta carraspeando, pero no hicieron ningún comentario.

Juan asintió con la cabeza, como si aquello fuera lo más natural. Estaba mirando la majestuosa calma azul del mar. Y pensaba: le tengo que mandar a la Tía la reliquia de la Santa Cruz y también un estandarte turco.

Se preguntaba si aquellos señores estaban esperando que les dirigiese la palabra, aunque en la agenda que le había pasado Soto eso no estaba previsto.

Si en efecto esperaban que les hablase, tendrían que haberse dado cuenta de que no era aquel el mejor momento, aunque no se tratara de ningún discurso oficial. Por eso allí estaban todos sin saber hacia dónde mirar y un tanto desconcertados. Por la noche volverían a estar juntos a bordo de la Real, pues la cocina ya estaba reparada, y se estaba imaginando las discusiones que surgirían, después de la cena, a propósito del reparto del botín.

Uno de los ayudantes de Colonna se acercó para informar de que la fragata Madrileña estaba junto a la borda.

Habían convenido en que él, Colonna, Veniero, Doria, Requeséns y Santa Cruz, cada uno desde su propia nave capitana, girarían una visita a todos los barcos.

Colonna acompañó al Generalísimo por la pasarela.

Apareció por allí un soldado alto y delgado con el brazo izquierdo vendado y en cabestrillo. El ayudante del médico de a bordo estaba tratando de tirar de él agarrándole por el jubón, pero se resistía fuertemente, al mismo tiempo que hacía el saludo con la vista fija en don Juan.

—Señor poeta –exclamó Juan, sonriendo–. ¡No tiréis de él! Me alegra de que continuéis con vida, aunque parece que habéis peleado como dijisteis que lo ibais a hacer.

—Lo ha hecho, Excelencia –afirmó Colonna–. Y muy bravamente.

—He perdido el movimiento de mi mano izquierda para gloria de mi mano derecha –dijo Miguel de Cervantes–. Y deseo daros las gracias, Excelencia. Ayer fue el día más hermoso del siglo.

Sabe que, efectivamente, no podrá haber otro igual, pensó Juan.

—Me acordé de vos durante la batalla –le dijo Juan.

Profundamente conmovido, Cervantes replicó:

—Con o sin corona… vos, señor, sois un verdadero rey.

Aquello no tenía comentario. Las trompetas de plata y los timbales de cobre volvieron a sonar con entusiasmo.

Don Juan de Austria subió a bordo de su fragata y su estandarte se elevó en el único mástil que le quedaba.

La nave empezó a desplazarse a lo largo de la interminable fila de barcos, todos adornados orgullosamente con sus gallardetes.

Los soldados, los marineros, los esclavos libertados saludaron con grandes aclamaciones y vítores.

Un verdadero rey, pensaba Cervantes. Un magnífico joven rey. Un cruzado. Quizá… el último cruzado.

Aunque esos mismos que hoy gritan «Hosanna», tal vez mañana griten «Crucifícale». El triunfador de ayer puede ser la víctima de hoy y el loco de mañana.

Pero ahí queda lo que está hecho.

¡Qué magnífico loco! ¡Qué magnífica locura! Ya hubo alguien que habló de la Locura de la Cruz.

Fue San Pablo.

En cualquier altura a la que un poeta lograra elevarse, en cualquier profundidad a la que pudiera descender, se encontraría con que allí ya había estado antes un santo…

ÍNDICE

Índice